Marion Zimmer Bradley



DARKOVER
LA TORRE PROHIBIDA

ePUB

Damon Ridenow (un sensible lord de Comyn) y el terrano Andrew Carr, junto a sus esposas Ellemir y Camila (la Celodora que ha renunciado a sus sagrados votos por amor a un terrano), contruyen una nueva Torre en el plano astral del supramundo. De este modo desafían el poder de las Celadoras y amenazan con subvertir algunos de los más arraigados tabúes y tradiciones que configuran la cultura darkovana. Todos las fuerzas de Darkover se alían para combatir esa Torre sacrílega, en una novela que obtiene su gran fuerza emotiva de un grave conflicto psiquico y en la que el amor, en todos sus facetas, es la causa última y, tal vez, la solución final de todos los enfrentamientos.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Marion Zimmer Bradley

La torre prohibida

ePUB v1.0

evilZnake 27.02.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: The Forbidden Tower
Traducción: Mirta Rosenberg
1ª edición: junio, 1990
© by Marion Zimmer Bradley
ISBN: 84-406-1347-4
Depósito legal: B.6.709-1990
Diseño cubierta: Aurora Ríos
Ilustración: Juan Giménez

OceanofPDF.com

Para Diana Paxon, quien formuló la
pregunta que originó este libro,
y para
Theodore Sturgeon, que fue el primero
que exploró las cuestiones que,
directa o indirectamente, subyacen
a casi todo lo que he escrito.

OceanofPDF.com

Presentación

LA TORRE PROHIBIDA continúa el hilo narrativo enhebrado en LA ESPADA ENCANTADA, y lo hace prácticamente con los mismos personajes. Se trata de Damon Ridenow, el sensible Lord del Comyn que tuvo que dejar la Torre de Arilinn rechazado por la Celadora Leonie y que aquí se alzará como el elemento central de una de las más profundas subversiones de las costumbres darkovanas. Junto a él, el terrano Andrew Can es aquel que, sorprendentemente, demostró poseer también el laran telepático que se creía exclusivo de los darkovanos y así pudo contactar con la Celadora Calista, perdida en el supramundo astral, y colaborar en su salvación. Ellos dos forman ahora la vertiente masculina del cuarteto protagonista de LA TORRE PROHIBIDA que se completa con sus esposas, las mellizas Ellemir y Calista.

Calista parece dispuesta a renunciar a sus votos como futura Celadora por amor al terrano Andrew, pero cumplir con las consecuencias de su decisión no será tan fácil y así lo constata la misma Calista, que, en su boda con el terrano, se da cuenta duramente de que *«todas las elecciones producen arrepentimiento»*. Se retoma así el tema de la dificultad de ser libre y de las consecuencias de la propia libertad, uno de los temas centrales en la ya famosa serie de Darkover a la que Susan M. Shwartz ha etiquetado justamente como una *«ética de la libertad»*.

Pero LA TORRE PROHIBIDA incluye una dedicatoria que parece haber tenido gran repercusión en la propia novela. Se trata de esa referencia

que Bradley hace a *«Theodore Sturgeon, que fue el primero que exploró las cuestiones que, directa o indirectamente, subyacen a casi todo lo que he escrito»*. Y esa es una referencia infalible para afirmar que LA TORRE PROHIBIDA tiene como tema central el del amor en todas sus facetas.

Para los lectores y aficionados a la ciencia ficción, Tbeodore Sturgeon es uno de los grandes maestros del género y es precisamente quien ha abordado el tema del amor con mayor intensidad, interés y efectividad. Se trata de una concepción del amor que, sin rehuir la vertiente sexual, la sobrepasa en mucho y lo configura como la barrera segura contra la soledad y la incomprensión, al tiempo que constituye uno de los más evidentes caminos para la realización personal aunque no deje de estar también plagado de renuncias.

En LA TORRE PROHIBIDA, Marión Zimmer Bradley aborda con la extensión suficiente el tema central que Sturgeon fijó magistralmente en sus relatos y novelas cortas. Y el punto de vista de Bradley es, al mismo tiempo, complementario y seguidor del de Sturgeon. Bradley nos lleva de la mano para advertir las reticencias del terrano Andrew a aceptar ciertas costumbres sexuales y amorosas de los darkovanos, incluyendo la confusa sexualidad que se le ofrece, a la que no son ajenos ciertos perfiles tal vez homosexuales, que despiertan todos sus recelos. Y es precisamente el personaje del terrano Andrew el que nos hace apreciar la complejidad del entramado cultural de Darkover en lo que respecta al amor y al sexo. Andrew actúa en definitiva como esa figura tan querida por los sociólogos del *«observador-participante»* que interviene íntegramente en los hechos sin dejar de establecer el contrapunto cultural necesario para apreciar la profundidad de la sociedad estudiada.

De ahí que, paulatinamente, vayan surgiendo a la luz los tabúes a los que debe enfrentarse Andrew en su aceptación (primero casual y después voluntaria) de la cultura darkovana, tan parecida y, al mismo tiempo, tan distinta de la terrana.

Pero no es sólo el terrano Andrew (y nosotros como lectores poseedores de su misma cultura...) quien debe someter sus concepciones amatorias y sexuales a un juego de contrapuntos, sino que la propia cultura de Darkover

tiene también sus tabúes y costumbres propias que han arraigado y muestran síntomas de anquilosamiento.

Y en este punto la figura de Damon Ridenow se alza como el desencadenante que pone en cuestión el mismísimo papel de los sexos en Darkover. El poder de las Celadoras de las Torres parece reservado a las vírgenes, que renuncian al sexo para dominar profundamente el laran, el poder telepático de los darkovanos. Pero esa rígida separación de las potencialidades de los sexos, que parece inevitable en la cultura telepática darkovana, tal vez no esté completamente justificada. Sabemos que Damon ha sido expulsado de la Torre de Arilinn por la Celadora Leonie y empezamos a intuir cuál puede ser la causa última de todo ello: el amor.

Tal vez es también necesaria la figura de este varón sensible que, en el fondo, se rebela ante el hecho de que al arquetipo masculino se le quiera privar de sensibilidad. Damon puede aportar un nuevo punto de vista, fruto de la cuestión que él mismo se plantea a mitad del capítulo nueve de esta novela: *«...¿por qué la sensibilidad habría de destruir a un hombre cuando capacita a una mujer para hacer el más delicado trabajo con matrices y el trabajo de una Celadora?»*

Y ésa es, en mi opinión, la cuestión central en LA TORRE PROHIBIDA, la investigación del porqué de los roles sexuales establecidos (en Darkover y, ¿cómo no?, en Terra...) y de las posibles consecuencias de su superación. En definitiva y como ya decía antes, LA TORRE PROHIBIDA es esencialmente una novela (una interesante novela) sobre el amor y todas sus manifestaciones.

En estos tiempos difíciles (y escribo a finales de febrero), en los que el temor y el dinero logran comprar la dignidad de tantas conciencias, tal vez sea cierto que el amor es, todavía, uno de los últimos recursos de que dispone la especie humana. Pero ese amor, nos cuenta Bradley, debe ser abierto, debe superar el individualismo fácil y castrante para que pueda mantenerse erguido como un faro, como la Torre prohibida de Darkover, para dar nueva luz a un mundo gobernado en demasía por las costumbres y poderes del pasado.

MIQUEL BARCELÓ

OceanofPDF.com

1

Damon Ridenow cabalgaba a través de una tierra ya purificada. Durante casi todo el año, la gran meseta de las colinas Kilghard había estado sometida a la maligna influencia de los hombres-gato. Las cosechas se marchitaban en los campos, bajo la antinatural oscuridad que tapaba la luz del sol; las pobres gentes del distrito se acurrucaban en sus hogares, temerosas de aventurarse en la campiña arrasada.

Pero ahora los hombres trabajaban otra vez bajo la luz del gran sol rojo de Darkover, almacenando sus cosechas para protegerlas de las inminentes nevadas. Era principios del otoño, y casi todas las cosechas ya estaban recogidas.

El Gran Gato había muerto en las cavernas de Corresanti, y la gigantesca matriz ilegal que había utilizado también había sido destruida junto con él[1]. Los pocos hombres-gato que aún vivían habían escapado hacia los lejanos bosques lluviosos, más allá de las montañas, o habían caído bajo las espadas de los Guardias que Damon había lanzado contra ellos.

Una vez más la tierra estaba limpia y libre de terror, y Damon, que había ordenado regresar a casi todo su ejército, cabalgaba de vuelta a casa. Pero no a sus predios ancestrales de Serráis; Damon era el hijo menor, poco atendido, y jamás había sentido que Serráis fuera su hogar. Ahora cabalgaba hacia Armida, hacia su boda.

Detuvo su caballo a un costado del camino, observando a los últimos hombres que se separaban para seguir cada uno rutas diferentes. Había Guardias uniformados de verde y negro que se dirigían a Thendara; otros pocos hombres se encaminaban hacia el norte, hacia los Hellers, a los Dominios de Ardáis y de Hastur; y otros cabalgaban hacia el sur, dirigiéndose a las llanuras de Valeron.

—Deberías hablar a los hombres, Lord Damon —dijo un hombre bajo y de aspecto nudoso, que se hallaba junto a Damon.

—No soy muy bueno para los discursos.

Damon era un hombre menudo y delgado con rostro de estudioso. Hasta esta campaña, nunca había pensado en sí mismo como soldado, y todavía se sentía sorprendido de haber comandado a estos hombres, con éxito, contra los hombres-gato que quedaban.

—Ellos lo esperan, señor —le recordó Eduin, y Damon suspiró, sabiendo que lo que le decía el otro era cierto. Damon era Comyn de los Dominios, no señor de un Dominio, ni siquiera heredero, pero igualmente Comyn, de la antigua casta telepática, con talento psi, que había gobernado a los Siete Dominios desde épocas inmemoriales. Ya habían pasado los tiempos en que los Comyn eran tratados como dioses vivientes, pero todavía persistía el respeto hacia ellos, un respeto próximo a la reverencia. Y Damon había sido educado para asumir las responsabilidades de un hijo del Comyn. Suspirando, espoleó a su caballo y se trasladó a un sitio en el que los hombres pudieran verlo.

—Hemos hecho nuestro trabajo. Gracias a todos los hombres que respondieron a mi llamada hay paz en las Kilghard Hills y en nuestros hogares. Sólo me resta daros las gracias a todos y deciros adiós.

El joven oficial que había traído a los Guardias de Thendara se acercó a Damon mientras los demás se marchaban.

—¿Lord Alton vendrá a Thendara con nosotros? ¿Debemos esperarlo?

—Tendrías que esperarle demasiado —dijo Damon—. Fue herido en la primera batalla contra los hombres-gato, una herida pequeña, pero la

médula resultó dañada, y fue imposible curarlo. Está paralizado de cintura para abajo. Creo que nunca volverá a cabalgar.

El joven oficial pareció trastornado.

—¿Quién será ahora comandante de los Guardias, Lord Damon?

Era una pregunta lógica. Durante generaciones, la comandancia de los Guardias había estado en manos del Dominio Alton; Esteban Lanart de Armida, Lord Alton, había sido comandante durante muchos años. Pero el hijo mayor superviviente de Dom Esteban, Lord Domenic, era un joven de diecisiete años. A pesar de ser ya un hombre, según las leyes de los Dominios, no tenía todavía la edad ni la autoridad necesarias para el cargo. El otro hijo de Alton, el joven Valdir, tenía once años y era novicio en el Monasterio de Nevarsin, donde lo educaban los hermanos de San Valentín de las Nieves.

¿Quién comandaría a los Guardias entonces? Era una pregunta muy razonable, pensó Damon, pero él no sabía la respuesta. Eso fue lo que dijo, y agregó:

—Eso lo decidirá el Concejo del Comyn el próximo verano, cuando se reúna en Thendara.

Nunca había habido guerra en invierno en Darkover, y jamás la habría. En invierno había un enemigo más feroz, el cruel frío, las tormentas que arrasaban los Dominios, bajando de los Hellers. Ningún ejército podía marchar contra los Dominios en invierno. Hasta los bandidos se quedaban recluidos en sus casas. Podrían esperar hasta la próxima sesión del Concejo para que se nombrara un nuevo comandante. Damon cambió de tema.

—¿Llegaréis a Thendara al anochecer?

—Sí, a no ser que algo nos demore en el camino.

—Entonces, no te entretengo más —dijo Damon, e hizo una inclinación —. Te cedo el mando de los hombres, pariente.

El joven oficial no pudo ocultar una sonrisa. Era muy joven, y ésta era la primera vez que estaba al mando, por breve que fuera el lapso. Damon lo observó con una sonrisa pensativa, mientras el joven reunía a sus hombres y partía. El muchacho era un oficial nato, y ahora que *Dom* Esteban estaba incapacitado, los oficiales competentes podían aspirar a un ascenso.

El mismo Damon, a pesar de haber dirigido esta misión, nunca se había considerado un soldado. Al igual que todos los hijos del Comyn, había servido en el cuerpo de cadetes, y había cumplido con su turno de oficial, pero su talento y su ambición iban por otro camino. A los diecisiete años había sido admitido en la Torre de Arilinn como telépata, para ser entrenado en las antiguas ciencias de matriz de Darkover. Durante muchos, muchos años había trabajado allí, mientras su fuerza y su habilidad aumentaban, hasta alcanzar el grado de técnico psi.

Entonces lo habían despedido de la Torre. No por su culpa, le había asegurado su Celadora, sólo que era demasiado sensible y su salud, incluso su cordura, podían resentirse si se las sometía a las tremendas tensiones del trabajo de matriz.

Rebelde pero obediente, Damon se había marchado. La palabra de una Celadora era ley, y jamás podía ser cuestionada o rechazada. Con su vida destrozada y sus ambiciones arruinadas había tratado de construirse una vida nueva en la Guardia, aunque no era soldado y lo sabía. Durante un tiempo, había sido maestro de cadetes, después oficial médico, oficial de suministros. Y en esta última campaña contra los hombres-gato, había aprendido a manejarse con cierta confianza. Pero no sentía deseos de mando, y ahora agradecía cedérselo a otro.

Observó a los hombres que se alejaban hasta que sus contornos se perdieron en medio del polvo del camino. Ahora, a Armida, a casa...

—Lord Damon —dijo Eduin junto a él—, hay jinetes en el camino.

—¿Viajeros? ¿En esta época? —Parecía imposible. Las nevadas invernales todavía no habían empezado, pero en cualquier momento la primera ventisca bajaría de los Hellers, bloqueando las rutas durante varios días. Había un viejo dicho: «Sólo los locos o los desesperados viajan en invierno.» Damon forzó los ojos para distinguir a los distantes jinetes, pero desde la infancia había sido un poco corto de vista, y sólo pudo distinguir algo borroso.

—Tus ojos son mejores que los míos. ¿Te parece que son hombres armados, Eduin?

—No lo creo, Lord Damon; entre ellos cabalga una dama.

—¿En esta época? Eso parece improbable —dijo Damon. ¿Cuál podría ser el motivo para que una dama viajara con el invierno tan próximo?

—Es un estandarte de Hastur, Lord Damon. Sin embargo, Lord Hastur y su dama no saldrían de Thendara en esta época del año. Si por alguna razón viajaran hasta el castillo Hastur, no lo harían por esta ruta. No lo entiendo.

Sin embargo, aun antes de que Eduin terminara de hablar, Damon supo quién era la dama que cabalgaba con el pequeño grupo de Guardias y escoltas. Sólo una mujer de Darkover cabalgaría sola bajo un estandarte de Hastur, y solamente una Hastur tendría motivos para cabalgar en esta dirección.

—Es la Dama de Arilinn —dijo finalmente, con reticencia, y vio que el rostro de Eduin se iluminaba de asombro y respeto.

Leonie Hastur, Leonie de Arilinn, Celadora de la Torre de Arilinn. Damon sabía que, según las reglas de cortesía, debía adelantarse a recibir a su prima, saludarla, y sin embargo permaneció sentado en su caballo, como petrificado, luchando por dominarse. El tiempo pareció detenerse. En un petrificado, atemporal y resonante rincón de su mente, un Damon más joven temblaba ante la Celadora de Arilinn, mientras escuchaba las palabras que destrozaron su vida:

—No me has fallado, ni tampoco me has causado disgustos. Pero eres demasiado sensible para este trabajo, demasiado vulnerable. Si hubieras nacido mujer, habrías sido Celadora. Pero tal como están las cosas... Te he observado durante años. Este trabajo destruirá tu salud, tu cordura. Debes dejarnos, Damon, por tu propio bien.

Damon se había marchado sin protestar, pues se sentía culpable. Había amado a Leonie, la había amado con toda la pasión desesperada de un hombre solitario, pero la había amado castamente, sin una palabra ni un roce. Pues Leonie, como todas las Celadoras, había hecho voto de castidad y jamás se le podía dedicar un pensamiento sensual, ni tampoco un hombre podía tocarla. ¿Acaso Leonie lo había sabido de algún modo, y había temido que algún día Damon perdiera el control, aunque sólo fuera con el pensamiento, e hiciera algo que ninguna Celadora podía permitir?

Destrozado, Damon se había marchado. Ahora, años más tarde, parecía que toda una vida separaba al joven Damon, lanzado a un mundo hostil para construirse una vida nueva, del Damon de hoy, dueño de sí mismo, veterano de una campaña triunfante.

El recuerdo todavía estaba vivo en él —estaría en carne viva hasta su muerte—, pero a medida que Leonie se acercaba, Damon se armó con el recuerdo de Ellemir Lanart, que lo esperaba en Armida.

Debería haberme casado con ella antes de esta campaña. El había deseado hacerlo, pero a *Dom* Esteban le parecía que una boda apresurada era indigna tratándose de nobles. ¡No podía permitir que su hija fuera lanzada al lecho matrimonial con tanta prisa como si fuera una criada embarazada! Damon había accedido al retraso. La existencia de Ellemir, su prometida, debía disipar ahora hasta el más doloroso de sus recuerdos. Haciendo uso del control adquirido durante toda una vida, finalmente Damon se adelantó, con Eduin a su lado.

—Nos honras, prima —dijo con seriedad, haciendo una reverencia desde la montura—. Está muy entrado el año para cabalgar por las montañas. ¿Por qué viajas en esta época?

Leonie le devolvió la reverencia con la excesiva formalidad de una dama del Comyn en presencia de extraños.

—Mis saludos, Damon. Voy hacia Armida, de modo que, entre otras cosas, viajo a tu boda.

—Me siento honrado. —El viaje desde Arilinn era largo, y nadie lo emprendía con ligereza en ninguna época—. Pero seguramente no será solamente por mi boda, ¿verdad, Leonie?

—No sólo para eso. Aunque es cierto que te deseo toda la felicidad del mundo, primo.

Por primera vez, momentáneamente, sus miradas se cruzaron, pero Damon desvió los ojos. Leonie Hastur, Dama de Arilinn, era una mujer alta, de cuerpo delgado, con el llameante pelo rojo del Comyn, que ahora encanecía bajo la capucha de su capa de viaje. Tal vez, había sido muy bella en otros tiempos; Damon nunca estaría en condiciones de juzgarlo.

—Calista me comunicó que desea cancelar su juramento a la Torre y casarse. —Leonie suspiró—. Yo ya no soy joven: mi intención era ceder mi plaza de Celadora a Calista cuando fuese mayor y pudiera ocuparla.

Damon asintió en silencio. Todo esto se había dispuesto desde la llegada a la Torre de Arilinn de Calista, una niña de trece años. Damon había sido su técnico psi y se le había consultado sobre su entrenamiento como Celadora.

—Pero ahora desea dejarnos para casarse. Me ha dicho que su amante... —Leonie utilizó la inflexión cortés que daba a la palabra el significado de «prometido»— no es de este mundo, sino uno de los terranos que han construido el espaciopuerto de Thendara. ¿Qué sabes de esto, Damon? A mí me parece algo fantasioso, fantástico, como una vieja balada. ¿Cómo llegó a conocer a ese terrano? Me dijo el nombre, pero lo he olvidado...

—Andrew Carr —dijo Damon mientras enfilaban sus caballos en dirección a Armida, cabalgando lado a lado. Sus escoltas y la dama de compañía de Leonie les seguían a respetuosas distancias. El gran sol rojo lucía bajo en el cielo, arrojando una luz cárdena a través de las cumbres de las Kilghard Huís. Hacia el norte, habían empezado a juntarse las nubes, y un viento helado soplaba desde las distantes e invisibles cumbres de los Hellers.

—Ni siquiera ahora estoy seguro de cómo empezó todo —dijo finalmente Damon—. Sólo sé que cuando Calista fue secuestrada por los hombres-gato, y se hallaba sola, sumida en el temor y la oscuridad, prisionera en las cavernas de Corresanti, ninguno de sus familiares pudo establecer contacto con su mente.

Leonie se estremeció, ciñéndose más la capucha de su capa.

—Fue una época espantosa —dijo.

—Es cierto. Y de alguna manera, ocurrió que ese terrano, Andrew Carr, estableció con ella un estrecho contacto mental. Aún ahora no conozco todos los detalles, pero de algún modo se convirtió en la única compañía que ella tuvo en su solitaria prisión: sólo él podía llegar a su mente. Y así ambos se aproximaron en mente y corazón, aunque ninguno de ellos había visto al otro.

Leonie suspiró.

—Sí —comentó—, esos vínculos pueden ser más fuertes que los carnales. Y así llegaron a amarse. Y cuando la rescataron y se encontraron...

—Andrew fue quien más colaboró en su rescate —dijo Damon—, y ahora están prometidos. Créeme, Leonie, no es una fantasía nacida del temor de una muchacha solitaria, ni del deseo de un hombre solitario. Calista me dijo, antes de que yo emprendiera esta campaña, que si no podía conseguir el consentimiento de su padre ni el tuyo, abandonaría Armida, y Darkover, para irse con Andrew a su mundo.

Leonie sacudió la cabeza, apenada.

—He visto las naves terranas en el puerto de Thendara —dijo—, y mi hermano Lorill, que está en el Concejo y tiene tratos con los terranos, dice que en todos los aspectos parecen humanos como nosotros. ¿Pero un matrimonio, Damon? ¿Una joven de este planeta y un hombre de otro? Aunque Calista no fuera Celadora, con voto de virginidad, ese matrimonio sería extraño y aventurado para ambos.

—Creo que lo saben, Leonie. Sin embargo, están decididos.

—Siempre he sentido intensamente —dijo Leonie, con una voz extrañamente remota— que ninguna Celadora debería casarse. Lo he sentido toda mi vida, y así he vivido. Si hubiera sido de otro modo... —Miró brevemente a Damon, y el dolor que había en su voz le sorprendió. Trató de protegerse. *Ellemir*, pensó, como si fuera un hechizo defensivo, pero Leonie prosiguió, suspirando.

—Aun así, si Calista se hubiera enamorado de un hombre de su propio clan y casta, yo no le impondría mi convicción, sino que la liberaría con gusto. No... —Leonie se interrumpió—. No, no con gusto, conociendo qué problemas esperan a cualquier mujer entrenada y condicionada como Celadora de un círculo de matriz, no lo hubiera hecho con gusto. Pero, al menos, la hubiera liberado y la hubiera entregado en matrimonio con tanta gracia como fuera posible. Pero ¿cómo puedo entregársela a un extraño, a un hombre de otro mundo, que ni siquiera ha nacido en esta tierra y bajo este sol? ¡La idea me estremece de terror, Damon! ¡Me eriza la piel!

—También yo sentí eso al principio —respondió Damon, lentamente—. Sin embargo, Andrew no es un extraño. Mi mente sabe que nació en otro mundo, que giraba en torno al sol de otro cielo, una estrella distante, que ni siquiera es un punto de luz en nuestro cielo de aquí. Sin embargo, no es inhumano, no es un monstruo que finge ser hombre, sino verdaderamente uno de los nuestros, un hombre como yo. Es extranjero, tal vez, pero no ajeno. Te lo aseguro, yo lo sé, Leonie. Su mente ha estado unida a la mía. —Sin advertir su gesto, Damon posó su mano sobre el cristal matriz, la gema psi-sensible que llevaba colgada del cuello en su bolsa aislante—. Tiene *laran* —agregó.

Leonie lo miró consternada, dudando. ¡El *laran* era el poder psi que distinguía al Comyn de la gente común, el don hereditario que se transmitía por la sangre Comyn!

—¡*Laran*! —dijo casi colérica—. ¡No puedo creerlo!

—Creer o no creer no altera los hechos, Leonie —musitó Damon—. Yo he tenido *laran* desde niño, he sido entrenado en la Torre y he hecho contacto con su mente, y puedo decirte que no es en nada diferente de un hombre de nuestro propio mundo. No hay motivo para sentir horror ni asco ante la elección de Calista. Él es tan sólo un hombre como nosotros.

—Y es tu amigo —afirmó Leonie.

Damon asintió.

—Mi amigo. Y para rescatar a Calista unimos nuestras mentes... por medio de la matriz. —No había necesidad de decir más. Era el más intenso vínculo conocido, más fuerte que el parentesco, más fuerte que la unión de los amantes. Había reunido a Damon y Ellemir, así como a Andrew y Calista.

Leonie suspiró.

—¿Es así? Entonces supongo que debo aceptarlo, a despecho de su casta o su nacimiento. Como tiene *laran*, es un marido adecuado... ¡si es que algún hombre puede ser verdaderamente un marido adecuado para una mujer que ha tenido adiestramiento de Celadora!

—Hay veces en que olvido que no es uno de nosotros —dijo Damon—. Otras veces parece extraño, casi ajeno, pero la diferencia sólo estriba en las

costumbres y la cultura.

—Incluso eso puede causar una enorme diferencia —comentó Leonie —. Recuerdo cuando Melora Aillard fue raptada por Jalak de Shainsa, y lo que tuvo que soportar allá. Ni siquiera los matrimonios entre personas de los Dominios y las Ciudades Secas han podido realizarse sin tragedia. Y un hombre procedente de otro mundo, de otro sol, debe ser todavía más ajeno.

—No estoy seguro —dijo Damon—. En cualquier caso, Andrew es mi amigo, y yo lo apoyaré.

Leonie se derrumbó en su montura.

—Tú no entregarías tu amistad ni te unirías a través de una matriz con alguien indigno —dijo—. Pero aunque todo lo que dices sea cierto, ¿cómo es posible que tal matrimonio no sea un desastre? Aun cuando él fuera uno de nosotros, con plena comprensión del dominio que la Torre ejerce sobre el cuerpo y la mente de una Celadora, el matrimonio sería prácticamente imposible. ¿Acaso *tú* te hubieras atrevido a tanto?

Damon evitó dolorosamente la pregunta. Era imposible que ella lo hubiera dicho a propósito, no al menos en el sentido que él le daba.

Ya no vivían en los días anteriores a las Épocas de Caos, cuando las Celadoras eran mutiladas, e incluso castradas, convirtiéndolas en algo menos que una mujer. Oh, sí, aún se entrenaba a las Celadoras, Damon lo sabía, con una terrible disciplina, habituándolas a vivir separadas de los hombres, infundiéndoles reflejos profundos en el cuerpo y en la mente. Pero ya no se las cambiaba. Y seguramente Leonie no podía haber sabido... si no, pensó Damon, no le hubiera hecho justamente esa pregunta a él. Se protegió en la inocencia de Leonie, se obligó a mirarla, a decirle suavemente:

—Sin duda, Leonie, si amara tanto como Andrew.

Mientras luchaba duramente para lograr que su voz se mantuviera firme e impasible, algo de su lucha interna se comunicó a Leonie. Ella alzó los ojos, rápidamente y apenas por un momento, un segundo o menos. Sus miradas se encontraron pero rápidamente Leonie desvió sus ojos.

Ellemir, se acordó Damon con desesperación. *Ellemir, mi amada, mi prometida.*

—Trata de enfrentarte a Andrew sin prejuicios —dijo con voz tranquila —, y creo que advertirás que es una clase de hombre a quien con gusto entregarás a Calista en matrimonio.

Leonie había vuelto a controlarse.

—Tus palabras te honran, Damon. Pero aun cuando lo que me dices sea cierto, sigo sintiendo cierta reticencia.

—Lo sé —dijo Damon, observando el camino. Ya tenían a la vista los grandes portales de Armida, el predio hereditario del Dominio de Alton. Mi casa, pensó, y Ellemir esperándole.

—Pero aun cuando lo que *tú* dices sea cierto, Leonie, no sé qué podremos hacer para detener a Calista. No es ninguna tonta jovencita engreída, es una mujer adulta, entrenada en la Torre, capacitada, acostumbrada a tener opinión, y creo que hará su voluntad, a despecho de todos nosotros.

Leonie suspiró.

—No la obligaría a regresar contra su voluntad: la carga de una Celadora es demasiado pesada para llevarla a regañadientes. Yo la he llecado toda la vida, y lo sé. —Parecía cansada, agobiada por el peso—. Sin embargo, no es facil dar con una Celadora. Si puedo conservarla para Arilinn lo haré, Damon, debes saberlo.

Damon lo sabía. Los antiguos dones psi de los Siete Dominios, fijados en los genes de las familias del Comyn cientos de miles de años atrás, eran ahora más escasos y estaban moribundos. Los telépatas eran más escasos que nunca. Ya no podía darse por hecho que los hijos e hijas en línea directa de cada uno de los Dominios tendrían el don, el poder psi heredero de su Casa. Y ahora apenas le importaba a nadie. El hermano mayor de Damon, el heredero de la familia Ridenow de Serrais, no tenia *laran*. Damon era el único de los hermanos que poseía *laran* pleno, y nadie lo había honrado de manera especial por ello. Por el contrario, su trabajo en la Torre había logrado que sus hermanos lo despreciaran, por considerarlo menos que un hombre. Era difícil encontrar telépatas suficientemente potentes para el trabajo de la Torre. Algunas de las antiguas Torres habían sido clausuradas y permanecían oscuras, sin enseñar, sin trabajar con las antiguas ciencias psi

de Darkover. Los que no pertenecían o sólo tenían un mínimo de sangre Comyn habían sido admitidos en las Torres menores, aunque Arilinn se atenía a las costumbres antiguas, y solo admitía a aquellos estrechamente vinculados, por sangre, a los Dominios. Y se encontraban pocas mujeres con la fuerza, la capacidad psi y la energía —más la voluntad y el valor necesarios para sacrificar casi todo lo que era querido para una vida de mujer en los Dominios— que hacían falta para soportar la terrible disciplina de las Celadoras. ¿A quien encontrarían para ocupar el lugar de Calista?

Entonces, en cualquier sentido sería una tragedia. Arilinn debía perder una Celadora... o Andrew una esposa y Calista un marido. Damon suspiró profundamente.

—Lo sé, Leonie —dijo, y ambos cabalgaron en silencia hasta los grandes portales de Armida.

OceanofPDF.com

2

Desde el patio exterior de Armida, Andrew Carr vio a los jinetes que se aproximaban. Llamó a los mozos de establo para que se hicieran cargo de los caballos, y fue al salón principal para anunciar su llegada.

—Ése debe ser Damon que regresa —dijo Ellemir, excitada, y corrió hacia el patio. Andrew la siguió más lentamente, con Calista a su lado.

—No es Damon solo contestó ella, y Andrew supo, sin necesidad de preguntarle, que la joven había usado su capacidad psi para establecer la identidad de los jinetes. El ya se había acostumbrado a eso, y no le resultaba misterioso ni atemorizante.

Calista le sonrió, y Andrew volvió a sentirse impresionado por la belleza de la joven. Tendía a olvidarla cuando no la miraba. Antes de verla por primera vez, ya había llegado a conocer su mente y su corazón, su amabilidad, su coraje, su rápido entendimiento. Había llegado a conocer y a valorar su ingenio y su alegría, incluso cuando estaba sola, aterrorizada, prisionera en la oscuridad de Corresanti.

Pero también era bella, muy bella, una joven esbelta y de miembros largos, con pelo cobrizo flojamente recogido sobre la nuca, y ojos grises bajo cejas rectas.

—Es Leonie, la *leronis* de Arilinn —dijo ella mientras caminaba junto a él—. Ha venido, tal como se lo pedí.

Él le tomó la mano con suavidad, aunque ese gesto era siempre arriesgado. Sabía que la joven había sido entrenada y disciplinada, mediante

métodos que ni siquiera podía suponer, para evitar hasta el más leve roce. Pero esta vez, aunque sus dedos se estremecieron, Calista los dejó en la mano de él, y pareció que ese leve temblor era una tormenta que la estremecía, interiormente, a través de su calma aparente. El pudo ver, en las manos y muñecas delgadas de la joven, un gran número de diminutas cicatrices, quemaduras o cortes curados. Una vez la había interrogado acerca de ellas. La joven se había encogido de hombros, diciendo solamente:

—Estas heridas están curadas desde hace mucho tiempo. Fueron... una ayuda para recordar. —No había dicho nada más, pero el había podido adivinar el significado, y el horror volvió a estremecerlo. ¿Alguna vez llegaría verdaderamente a conocer a esta mujer?

—Creí que *tú* eras la Celadora de Arilinn —dijo Andrew ahora.

—Leonie ha sido la Celadora desde antes de que yo naciera. Ella me entrenó para que yo ocupara algún día su lugar. Ya había empezado a trabajar como Celadora. A ella le corresponde liberarme, si lo desea. —Una vez más se estremeció ligeramente, lanzándole una rápida mirada de soslayo. ¿Que poder tenía esa terrible anciana sobre Calista?

Andrew observó a Ellemir, que corría hacia las puertas. ¡Qué parecida era a Calista —la misma esbeltez, el mismo pelo cobrizo dorado, los mismos ojos grises, pestañas negras, cejas rectas—..., pero que diferente de su melliza! Con una tristeza tan profunda que ni siquiera le pareció envidia, Andrew vio como Ellemir corría hacia Damon, vio que él se deslizaba de la montura, la estrechaba fuertemente y la besaba. ¿Alguna vez Calista seria suficientemente libre como para correr hacia él de esa manera?

Calista le llevó hasta Leonie, que había desmontado con la ayuda de un miembro de su propia escolta. Los delgados dedos de Calista estaban todavía en manos de Andrew, como un gesto de desafío, como una deliberada transgresión del tabú. Él sabía que ella deseaba que Leonie viera eso. Damon presentaba a Ellemir a la Celadora.

—Nos honras, señora. Bienvenida a Armida.

Andrew observó atentamente mientras Leonie se quitaba la capucha. Preparado para encontrarse con alguna vieja horrible, se sorprendió al ver

que era tan solo una mujer mayor, delgada y frágil, con ojos todavía adorables y sombreados por largas pestañas, e indicios de lo que debía haber sido una belleza notable. No tenía aspecto severo ni formidable, y sonreía amablemente a Ellemir.

—Eres muy parecida a Calista, niña. Tu hermana me ha enseñado a amarte; estoy contenta de conocerte por fin. —Tenía una voz amable y clara, muy suave. Después se volvió hacia Calista, extendiendo las manos en un gesto de saludo.

—¿Ya estás bien, *chiya*? —Era bastante sorprendente que alguien llamara «niñita» a la imponente Calista. La joven soltó la mano de Andrew; sus dedos rozaron las yemas de los de Leonie.

—Oh, sí, bastante bien —dijo, riéndose—, pero todavía duermo como los niños pequeños, con una luz en el cuarto, para no despertar en la oscuridad pensando que otra vez estoy en esas condenadas cavernas de los hombres-gato. ¿Estás avergonzada de mi, prima?

Andrew hizo una reverencia formal. Ahora conocía lo suficiente de los modales darkovanos para saber que no debía mirar directamente a la *leronis*, pero sintió sobre él los ojos grises de Leonie.

—¡Éste es Andrew, mi prometido! —dijo Calista, con una voz ligeramente desafiante.

—Calla, *chiya*, todavía no tienes derecho a decir eso —la reprendió Leonie—. Hablaremos de eso más tarde. Ahora debo ir a saludar a mi anfitrión.

Recordando sus deberes de anfitriona, Ellemir soltó la mano de Damon y acompañó a Leonie hasta la escalera. Andrew y Calista les siguieron, pero cuando él intentó tomar a la joven de la mano, ella la retiró, no deliberadamente sino sin darse cuenta, con un hábito de años. El sintió que ella ni siquiera advertía su presencia.

El Gran Salón de Armida era una enorme habitación con piso de piedra, amueblada a la antigua usanza, con bancos junto a la pared, y con antiguas armas y estandartes que colgaban encima de la gran chimenea de piedra. En un extremo del recinto había una mesa. Cerca de ella, *Dom* Esteban Lanart, Lord Alton, estaba tendido en una cama con ruedas, entre almohadas. Era

un hombre grande y pesado, de hombros anchos y abundante pelo rojizo veteado de gris. Cuando entraron los huéspedes, dijo con voz severa;

—Dezi, muchacho, ayúdame a sentarme para recibir a mis huéspedes. —Un joven que se encontraba sentado en uno de los bancos se incorporó de un salto, con pericia apiló las almohadas y levantó al anciano hasta dejarlo sentado en la cama. Al principio, Damon creyó que el muchacho era uno de los criados de Esteban, pero luego advirtió la gran semejanza que existía entre el viejo señor del Comyn y el joven que le atendía.

Era solamente un muchacho, delgado como un látigo, con rizado pelo rojo y ojos mas azules que grises, pero sus facciones eran casi iguales a las de Ellemir.

Se parece a Coryn, pensó Damon. Coryn había sido el hijo mayor de *Dom* Esteban y de su primera esposa, que había muerto mucho tiempo atlas. Mucho mayor que Ellemir y Calista, había sido el amigo juramentado de Damon cuando ambos eran adolescentes. Pero hacia muchos arios que Coryn estaba muerto y sepultado. Y no había vivido lo suficiente como para dejar un hijo de esta edad... era imposible. *Sin embargo,* pensó Damon, *el muchacho es un Alton. ¿Pero quién es? ¡Nunca lo he visto!*

No obstante, Leonie pareció reconocerlo de inmediato.

—¿Así que has encontrado un lugar, Dezi?

El muchacho esbozo una sonrisa obediente.

—Lord Alton me hizo llamar para que sirviera aquí, señora.

—Mis saludos, prima —dijo Esteban Lanart—. Lamento no poder levantarme para darte la bienvenida. Me honras, *Domna*. —Capto la mirada de Damon, y agrego como casualmente—: Olvidé que no conocías a nuestro Dezi. Se llama Desiderio Leynier. Se supone que es un hijo *nedestro* de uno de mis primos, aunque el pobre Gwynn murió antes de poder legitimarlo. Lo hicimos probar por su *laran* y estuvo en Arilinn durante una o dos temporadas, pero cuando necesité tener a alguien todo el tiempo, Ellemir recordó que él estaba de regreso en su casa, así que lo hice llamar. Es un buen muchacho.

Damon se sintió consternado. ¡De qué manera directa, incluso brutal, había hablado *Dom* Esteban, en presencia de Dezi, de su bastardía y de su

categoría de pariente pobre! Dezi había apretado los labios, pero había guardado la compostura, y Damon se sintió bien dispuesto hacia él. ¡Así pues, el joven Dezi también sabía lo que era conocer la intimidad y el calor de un círculo de Torre, y después ser arrojado de él!

—Maldición, Dezi, ya hay suficientes almohadas, deja de moverte —ordenó Esteban—. Bien, Leonie, esta no es manera de recibirte bajo mi techo después de tantos años, pero debes tomar el deseo como un hecho y darte por recibida, formalmente, y con todas las cortesías debidas... ¡como si yo pudiera levantarme de esta condenada cama!

—No necesito ninguna cortesía, primo —dijo Leonie, acercándose más —. Solo lamento encontrarte en este estado. Me habían dicho que estabas herido, pero no sabía que fuera tan grave.

—Tampoco yo lo sabía. Era una herida pequeña... me he hecho otras peores y más profundas con un anzuelo; pero grande o pequeña, la medula resultó dañada, y dicen que nunca volveré a caminar.

—Eso ocurre a menudo con las heridas de la medula —observó Leonie —. Eres afortunado si conservas el uso de tus manos.

—Oh, sí, eso supongo. Puedo sentarme en una silla, y Damon ideó un aparato para mi espalda que me permite sentarme sin desmoronarme como si fuera un bebe demasiado pequeño para su sillita alta. Y Andrew ayuda a supervisar las tierras y el ganado, mientras Dezi se dedica a hacer mis recados. Todavía puedo controlar las cosas desde mi silla, así que, como dices, supongo que soy afortunado. Pero fui soldado, y ahora... —Se interrumpió, encogiéndose de hombros—. ¿Damon, muchacho, que tal resultó tu campaña?

—Hay poco que contar, suegro —dijo Damon—. Los hombres-gato que no murieron han escapado a los bosques. Unos pocos presentaron una última defensa, pero murieron. Eso es todo.

Esteban se río con picardía.

—¡Es fácil advertir que no eres un soldado, Damon! Aun así, tengo motivos para pensar que sabes luchar cuando debes hacerlo! Algún día, Leonie, se dirá en todas partes que Damon blandió mi espada en Corresanti contra los hombres-gato, con nuestras mentes en contacto por medio de la

matriz... ¡pero eso será otra vez! Por ahora, supongo que si quiero detalles de la campaña y de las batallas, tendré que preguntárselos a Eduin... ¡él sabe que es lo que deseo escuchar! En cuanto a ti, Leonie, ¿has venido a devolverle la sensatez a mi tonta muchacha, para que vuelva a Arilinn, adonde pertenece?

—¡Padre! —protestó Calista. Leonie esbozó una sonrisa.

—No es tan sencillo, primo, y estoy segura de que lo sabes.

—Perdóname, prima. —Esteban pareció avergonzado—. Mi hospitalidad deja que desear. Ellemir te conducirá a tus habitaciones... Condenada muchacha, ¿adónde ha ido ahora? —Levantó la voz hasta convertirla en un grito—: ¡Ellemir!

Ellemir entró apresuradamente por una puerta lateral, limpiándose en el delantal las manos manchadas de harina.

—Las criadas me llamaron para que las ayudara a hacer las pastas, padre... son jóvenes e inexpertas. Perdóname, prima. —Bajo los ojos, ocultando las manos enharinadas.

—No te disculpes por ser una buena ama de casa, muchacha —dijo Leonie con amabilidad.

Ellemir se debatió para conservar la compostura.

—He hecho preparar una habitación para ti, señora, y otra para tu acompañante. Dezi se ocupará del alojamiento de tu escolta, ¿no es cierto, primo?

Damon advirtió que Ellemir le hablaba a Dezi con el modo familiar, de la intimidad familiar; había advertido también que Calista no lo hacía.

—Los dos nos ocuparemos, Ellemir —dijo Damon, y salió con Dezi.

Ellemir condujo a Leonie y a su dama de compañía (sin la cual hubiera resultado escandaloso que una mujer de sangre Comyn viajara tan lejos) a la planta alta, a través de los vastos salones de la antigua casa.

—¿Manejas tú sola esta enorme casa, niña? —pregunto Leonie.

—Solo durante la época de sesión del Concejo, cuando me quedo sola aquí —dijo Ellemir—. Y nuestro *coridon* es viejo y tiene gran experiencia.

—Pero ¿no tienes ninguna mujer responsable, ni una parienta ni una dama de compañía? ¡Eres demasiado joven para llevar una carga tan pesada

tú sola, Ellemir!

—Mi padre no se ha quejado —dijo Ellemir—. Me he ocupado de la casa desde que se casó mi hermana mayor; tenía quince altos entonces —agrego con orgullo, y Leonie sonrió.

—No te acusaba de falta de competencia, prima. Solo pretendía decirte que seguramente te sentirás sola. Si Calista no se queda contigo, creo que deberías tratar de que alguna parienta o amiga venga a vivir aquí por un tiempo. Ya estas sobrecargada, ahora que tu padre necesita tantos cuidados... y ¿como te las arreglarías si quedaras inmediatamente embarazada?

Ellemir se sonrojo ligeramente.

—No había pensado en eso...

—Bien, una novia debe pensar en eso, tarde o temprano... —respondió Leonie—. Tal vez una de las hermanas de Damon podría venir a hacerte compañía... Niña, ¿es é*sta* mi habitación? ¡No estoy habituada a tanto lujo!

—Era la suite de mi madre —dijo Ellemir—. Hay otro cuarto en el que puede dormir tu acompañante, pero espero que hayas traído tu propia criada, ya que ni Calista ni yo tenemos una que pueda atenderte. La vieja Bethiah, que fue nuestra niñera, fue asesinada la noche que secuestraron a Calista, y nos sentimos demasiado apenadas como para poner a alguna otra en su lugar. En la casa solo hay ahora cocineras.

—Yo no tengo criada personal —dijo Leonie—. En la Torre, lo último que deseamos es la presencia de extraños, como me imagino que Damon ya te habrá explicado.

—No, nunca habla de la época que pasó en la Torre —replico Ellemir.

—Bien —dijo Leonie—, no tenemos sirvientes humanos, aunque el precio sea que debemos cuidarnos nosotros mismos. De modo que me arreglare perfectamente, niña. —Rozó suavemente la mejilla de la joven, una suave caricia de despedida, y Ellemir bajó las escaleras pensando, sorprendida: *Es amable... ¡me gusta!* Pero muchas de las cosas que Leonie había dicho la habían perturbado. Comenzaba a darse cuenta de que no sabía muchas cosas de Damon. Había dado por hecho que Calista no deseaba tener criados a su alrededor, y había dado el gusto a su hermana

pero ahora advertía que los años que Damon había pasado en la Torre, esos años de los que nunca hablaba —y la joven se había dado cuenta de que a él no le agradaba que le interrogara sobre ellos— siempre funcionarían como una barrera entre los dos.

Y Leonie le había dicho: «Si Calista no se queda contigo» ¿Estaba eso en cuestión? ¡Era posible que Calista fuera enviada de regreso a Arilinn, que se la persuadiera, en contra de su voluntad, de que esa era su obligación? ¿O... y Ellemir se estremeció... era posible que Leonie se negara a liberar a Calista, que Calista se viera forzada a cumplir su amenaza, que abandonara Armida, e incluso Darkover, para huir con Andrew a los mundos de los terranos?

Ellemir deseó tener aunque tan solo fuera un destello de la ocasional precognición que aparecía de tanto en tanto en los que tenían sangre Alton, pero el futuro estaba vacío y cerrado para ella. Por más que intentó proyectar su mente hacia adelante, lo único que pudo ver fue un inquietante retrato de Andrew, el rostro cubierto por las manos, agachado, sollozando, mientras todo su cuerpo se estremecía agobiado por una pena insoportable. Lentamente, preocupada, se dirigió a la cocina, buscando el olvido entre sus pastas abandonadas.

Pocos minutos más tarde, la dama de compañía —una mujer descolorida, llamada Lauria— vino a anunciar con toda deferencia que la dama de Arilinn deseaba hablar a solas con *Domna* Calista. Con reticencia, Calista se puso de pie, extendiendo sus manos hacia Andrew. Su mirada revelaba temor, y él le dijo en voz baja y sombría:

—No tienes que enfrentarte sola con ella, si no lo deseas. ¡No permitiré que esa vieja te asuste! ¿Quieres que vaya y le diga lo que pienso de ella?

Calista se encamino hacia la escalera. Fuera de la habitación, en el vestíbulo, se volvió hacia él. —No, Andrew, debo enfrentarme a ella yo sola. No puedes ayudarme ahora.

Andrew deseó poder tomarla en sus brazos y consolarla. Parecía tan pequeña, tan asustada, tan perdida y frágil. Pero Andrew había aprendido,

dolorosamente y con frustración, que Calista no podía ser consolada de ese modo, que ni siquiera podía tocarla sin causar toda una serie de complejas reacciones que él aún no comprendía, pero que aparentemente aterraban a la joven.

—Haz lo que quieras, amor —dijo amablemente—. Pero no permitas que te asuste. Recuerda que te amo. Y si no nos permiten casarnos aquí, hay todo un mundo más allá de Armida. Y una condenada cantidad de otros mundos en la galaxia, aparte de éste, por si lo has olvidado.

Ella lo miro y le sonrió. A veces pensaba que si le hubiera visto por primera vez de la manera usual, y no de la manera en que lo había conocido, gracias al contacto mental establecido a través de la matriz, el nunca le hubiera parecido apuesto. Incluso hubiera resultado desagradable y feo. Era un hombre grande, corpulento, de pelo rubio como un habitante de las Ciudades Secas, alto, desaliñado, torpe y, sin embargo, más allá de todo eso, ¡que querido le resultaba, cuan segura se sentía con él! Con dolor verdadero, deseó poder arrojarse libremente en sus brazos, abrazarlo como Ellemir lo hacía con Damon, pero su viejo miedo la condenó a la inmovilidad. Sin embargo, posó levemente la punta de los dedos sobre la boca de él, en una extraña caricia. El besó sus dedos y sonrió.

—Y yo te amo, Andrew. Por si *tú* lo has olvidado —musitó ella, y ascendió la escalera hasta el sitio donde Leonie la esperaba.

OceanofPDF.com

3

Las dos Celadoras de arilinn, la joven y la anciana, se encontraban frente a frente. Calista observó cuidadosamente la apariencia de Leonie: no era bella, exceptuando quizá sus hermosos ojos, de rasgos serenos y regulares. Y su cuerpo era delgado y enjuto, asexuado como el de una *enmasca*: el rostro pálido e impasible como si estuviera tallado en mármol. Calista experimentó un leve estremecimiento de horror, pensando que el hábito de años, la disciplina que había calado hasta sus huesos, estaba borrando su propia expresión, volviéndola tan fría, remota y distante como Leonie. Le pareció que el rostro de la vieja Celadora era un espejo del suyo después de los muchos años muertos que la esperaban. *Dentro de medio siglo me veré exactamente como ella... ¡Pero no! ¡No lo haré!*

Como todas las Celadoras, había aprendido a bloquear sus pensamientos. Sabía con extraña clarividencia, que Leonie estaba esperando que se desmoronara y llorara, que le rogara como una muchacha histérica, pero había sido la misma Leonie la que la había acorazado, años atrás, con esta calma helada, con este control absoluto. Era una Celadora, entrenada en Arilinn: no se mostraría Indigna. Se puso las manos en el regazo con calma y espero, y finalmente fue Leonie quien hablo primero.

—En una época —dijo—, si un hombre procuraba seducir a una Celadora, lo colgaban de un gancho, Calista.

—Esa época pasó hace siglos —replico Calista con una voz tan desapasionada como la de la misma Leonie— y además Andrew no procuró

seducirme; me ha ofrecido un honroso matrimonio.

Leonie se encogió de hombros.

—Es lo mismo —dijo, y quedó en silencio durante mucho tiempo, un silencio que se extendió durante minutos, y una vez más Calista sintió que Leonie quería descontrolarla, hacer que le rogara. Pero la joven esperó, inmóvil, y una vez más fue la mujer mayor quien rompió el silencio.

—¿Es así, entonces, como cumples tu juramento, Calista de Arilinn?

Por un momento Calista sintió que el dolor le atenazaba la garganta. Ese título solo era utilizado para las Celadoras... del título que había ganado a un costo tan terrible! ¡Y Leonie parecía tan triste, tan vieja, tan fatigada!

Leonie es vieja, se dijo. *Quiere librarse de su carga, ponerla en mis manos. ¡Fui tan cuidadosamente entrenada, desde que era una niña! Leonie ha trabajado y esperado con tanta paciencia el día en que yo pudiera ocupar el lugar para el que me prepare. ¿Qué hará ahora?*

Después, la furia sustituyó al dolor, la furia contra Leonie, por haber jugado así con sus emociones. Su voz sonó tranquila.

—Durante nueve años, Leonie, he llevado la carga del juramento de una Celadora. No soy la primera que pide ser liberada, ni seré la última.

—Cuando yo me convertí en Celadora, Calista, se dio por hecho que sería una decisión de por vida. Esperaba que lo mismo ocurriera en tu caso.

Calista quería llorar, gritar *yo no puedo*, rogarle a Leonie. Pensó, con extraño distanciamiento, que sería mejor si lo hiciera. Leonie estaría más dispuesta para creerla inadecuada, para liberarla. Pero le habían enseriado a ser orgullosa, y ahora no podía rendirse.

—Nunca me dijeron, Leonie, que mi juramento era para toda la vida. Tú misma me dijiste que era una carga demasiado pesada como para llevarla a disgusto.

—Es cierto —dijo Leonie, con inconmovible paciencia—. Sin embargo, creí que eras más fuerte. Bien, entonces cuéntame. ¿Te has acostado con tu amante? —La palabra era peyorativa; era la misma que había utilizado antes, con el significado de «prometido» pero esta vez Leonie usó la inflexión despectiva que le confería, en cambio, la connotación de

«concubino», y Calista tuvo que der una pausa para reunir la tranquilidad necesaria para contestar, con suavidad.

—No. Todavía no me he librado de mi juramento y el es demasiado honorable para pedirme eso. He pedido permiso para casarme, Leonie, no que se me absuelva por traición.

—¿De veras? —pregunto Leonie, descreída y con una expresión despectiva—. ¡Si ya decidiste romper tu juramento, me pregunto por qué esperaste mi opinión!

Esta vez Calista tuvo que hacer use de todo su control para no estallar en una furiosa defensa de sí misma, de Andrew..., pero entonces advirtió que Leonie trataba de hacerle morder el anzuelo para probar si en verdad había perdido el control de sus emociones cuidadosamente disciplinadas. Ella conocía este juego desde primeros días en Arilinn, y el alivio que le causó recordarlo le provocó deseos de reír. La risa hubiera sido tan increíble como las lagrimas en este solemne enfrentamiento, pero había alegría en su voz, y sabía que Leonie la advertía.

—Tenemos una comadrona en Armida, Leonie —dijo divertida y tranquila—, llámala y que certifique que aún soy virgen.

Fue Leonie la que bajo los ojos ahora.

—Eso no será necesario, niña —dijo al fin—. Pero vine preparada para enfrentarme con la posibilidad de que hubieras sido violada.

—¿Por no-humanos? No. Sufrí frío, miedo, prisión, hambre, abusos, pero se me evito la violación.

—En realidad no hubiera tenido demasiada importancia, ¿sabes? —matizó Leonie, y su voz se suavizó—. Por cierto, por lo general una Celadora no siente demasiado temor de ser violada. Sabes tan bien como yo que cualquier hombre que toque a una Celadora entrenada como lo has sido tú arriesga su vida. Sin embargo, la violación es posible. Algunas mujeres han sido sometidas merced a la fuerza bruta, y algunas temen invocar su fuerza para protegerse. De modo que, entre otras cosas, vine a decirte que aunque hubieras sido verdaderamente violada, todavía tendrías opción, niña. No es el acto físico el que establece la diferencia, ¿sabes? —Pero Calista no lo sabía, y quedó sorprendida.

Tras una pausa, Leonie prosiguió, con voz fría:

—Si te hubieran tornado en contra de tu voluntad, sin tu consentimiento, eso no causaría mayores problemas: todo podría superarse con un poco de tiempo de reclusión, que curaría todos tus temores y heridas. Pero incluso cuando no se trate de una violación, aunque te hayas acostado con el hombre que te rescato, por gratitud o amabilidad, sin involucrarte verdaderamente..., como es probable que te haya ocurrido, bien, tampoco, eso es irrevocable. Un tiempo de reclusión, de reentrenamiento, y podrías quedar como antes, inalterada, sana, libre todavía para ser Celadora. Esto que te cuento no lo sabe todo el mundo: lo mantenemos en secreto por razones obvias. Pero todavía tienes opción, niña. No quiero que creas que se te expulsa de la Torre a causa de algo que no ocurrió por tu voluntad.

Leonie hablaba tranquilamente, impasible, pero Calista sabía que en realidad le estaba rogando.

—No, no es así —dijo la joven, desgarrada por la pena y el dolor—. Lo que ocurrió entre nosotros... es muy diferente. Llegue a conocerlo, y a amarlo, antes de haber visto su rostro en este mundo. Pero él es demasiado honorable para pedirme que quebrante un juramento sin autorización.

Leonie alzo los ojos, y su mirada azul, acerada, parecía, por un instante, como un relámpago centelleante.

—¿Él es demasiado honorable —dijo ásperamente—, o es que tú tienes miedo?

Calista sintió una puñalada de dolor interno, pero controló su voz.

—Yo no tengo miedo.

—Tal vez no por ti... ¡lo reconozco! Pero ¿por él, Calista? Todavía puedes regresar a Arilinn, sin castigo, sin daños. Pero si no regresas... ¿quieres que la sangre de tu amante caiga sobre ti? ¡No serias la primera Celadora que causa la muerte de un hombre!

Calista alzó la cabeza, abrió la boca para protestar, pero Leonie le indicó que se callara con un gesto y prosiguió implacablemente.

—¿Has podido siquiera tocarle la mano, por lo menos?

Calista sintió que el alivio la invadía, un alivio tan grande que era casi un dolor físico, que le quitaba fuerzas. Con la memoria de los telépatas, la imagen volvió a su mente, aniquilando lo demás...

Andrew la había llevado en brazos, sacándola de la caverna donde yacía muerto el Gran Gato, un cadáver ennegrecido junto a la matriz destrozada que él mismo había profanado. Andrew la había envuelto en su capa y la había llevado delante de él, en su montura. Ella volvió a sentir, en evocación total, la manera en se habla apoyado contra él, con la cabeza en su pecho, estrechamente abrazada, mientras el corazón de él latía contra su mejilla. Segura, cálida, feliz, completamente en paz. Por primera vez desde que era Celadora, se sintió libre, acariciando y acariciada, en brazos de él, contenta de hallarse allí. Y durante toda esa larga cabalgata hasta Armida había permanecido con él, envuelta en su capa, feliz de una manera que nunca antes había imaginado.

Mientras la imagen de su mente se comunicaba a Leonie, el de la mujer mayor cambió. Finalmente dijo, con una voz más suave de la que Calista le hubiera oído nunca:

—¿Es así, *chiya*? Bien, entonces, si Avarra es piadosa, todo puede ser tal como lo deseas. No creí que fuera posible.

Y Calista sintió una extraña inquietud. Después de todo, no había sido completamente sincera con Leonie. Si, durante ese lapso había estado encendida de amor, calidez, no había tenido miedo y si satisfacción... pero después había regresado la antigua tensión nerviosa, hasta que ahora le resultaba difícil incluso rozarle la punta de los dedos. Pero seguramente eso era tan solo el hábito, el hábito de años, se decía. Sin duda todo mejoraría...

—¿Entonces, niña, de veras te haría tan desdichada separarte tu amante?

Calista descubrió que su calma la había abandonado.

—No desearía vivir, Leonie —dijo, y supo que su voz se quebraba y que las lágrimas le llenaban los ojos.

—Entonces... —Leonie la miro durante un largo momento, con una horrible y distante tristeza—. ¿Él entiende que será muy duro?

—Creo..., estoy segura de que puedo hacer que comprenda —dijo Calista, vacilando—. Me prometió esperar tanto tiempo como fuera

necesario.

Leonie suspiro.

—Bien, entonces... entonces, niña... no quiero que seas desdichada —dijo al cabo de un momento—. Como dije, el juramento de una Celadora es una carga demasiado pesada para llevarla a disgusto. —Deliberadamente, con un gesto formalmente ceremonioso, extendió sus manos, con las palmas hacia arriba, hacia Calista; la joven posó las suyas sobre las de la otra, palma contra palma. Leonie suspiro profundamente—. Te libero de tu juramente, Calista Lanart. Ante los dioses y ante los hombres te declaro sin culpa y libre de tu promesa, y eso mantendré.

Sus manos se separaron lentamente. Calista temblaba toda. Leonie enjugó con su pañuelo los ojos de la joven.

—Ruego que ambos tengáis fuerza suficiente —dijo. Pareció estar a punto de decir algo más, pero se interrumpió—. Bien, supongo que tu padre tendrá muchas cosas que decir al respecto, querida, de modo que vamos a escucharle. —Se sonrió y agregó—: Y después, cuando las haya dicho, nosotras le diremos lo que ocurrirá, lo quiera o no. No temas, niña; yo no temo a Esteban Lanart, y tampoco debes hacerlo tú.

Andrew esperaba en el invernadero que se extendía detrás del edificio principal de Armida. Solo, observaba a través de los gruesos vidrios el perfil de las montañas lejanas. Hacía calor allí, y había un denso aroma a hojas y tierra y plantas. La luz de los colectores solares le hizo entrecerrar los ojos hasta que se habituó a ella. Camino entre las hileras de plantas, recién regadas, sintiéndose aislado e insondablemente solo.

De tanto en tanto se sentía así. Casi todo el tiempo conseguía sentirse como en su casa aquí, más a gusto que en cualquier otra parte del Imperio; más a gusto que en cualquier otro lado desde que tenía dieciocho años, cuando había vendido la propiedad de Arizona, dedicada a la cría de caballos, en la que había pasado su infancia, y se había marchado al espacio como servidor del Imperio, pasando de un planeta a otro según la voluntad de los administradores y de los ordenadores. Y aquí lo habían recibido bien,

después de los primeros días de extrañeza. Cuando les dijo que sabía algo de doma y adiestramiento de caballos, un oficio raro y muy bien pagado en Darkover, le habían tratado con respeto, como si fuera un profesional experto, cualificado. Se decía que los caballos de Armida eran los mejores de los Dominios, pero usualmente traían a los adiestradores del sur, de Dalereuth.

Y así, en general, había sido feliz aquí, en las semanas transcurridas desde su llegada, como prometido de Calista. Solo Damon y *Dom* Esteban conocían su origen terrano, así como Calista y Ellemir; los otros simplemente creían que era un extranjero que venía de las tierras al sur de Thendara. Por increíble que resultara, había encontrado aquí un segundo hogar. El sol era enorme y ensangrentado, las cuatro lunas que pendían de noche en el cielo curiosamente violeta tenían colores extraños y nombres que todavía no conocía, pero más allá de todo eso, había encontrado un hogar...

Un hogar. Y sin embargo tenia momentos como este, momentos en los que sentía su cruel aislamiento, en que sabía que solo la presencia de Calista hacia que todo esto fuera su hogar. Bajo el resplandor de mediodía del invernadero, experimentó un momento así. ¿Que añoraba? No había en el mundo nada que pudiera sentir propio, en el mundo seco y estéril del Cuartel General Terrano no había nada que deseara. Pero ¿habría para él una vida aquí, después de todo, o Leonie volvería a llevarse a Calista al ajeno mundo de las Torres?

Al cabo de largo tiempo advirtió que Damon estaba de pie junto a él, sin tocarlo —Andrew ya se había habituado a que esto ocurriera entre telépatas —, pero suficientemente cerca para que pudiera sentir su presencia consoladora.

—No te preocupes de este modo, Andrew. Leonie no es un ogro. Ama a Calista. Los vínculos entre un circulo de Torre son los más estrechos que conocemos. Ella sabrá que es lo que realmente desea Calista.

—Eso es lo que me temo —afirmo Andrew, con la boca seca—. Tal vez Calista no sepa qué desea. Tal vez acudió a mí tan solo que estaba sola y

tenía miedo. Tengo miedo del poder que esa mujer tiene sobre ella. El dominio de la Torre... temo que sea demasiado intenso.

—Sin embargo, puede romperse —dijo Damon, suspirando—. Yo lo rompí. Fue difícil... no puedes imaginarte cuanto, pero sin embargo me he construido otra vida. Y si debes perder a Calista de esa manera, mejor que sea ahora y no cuando ya sea demasiado tarde para volver atrás.

—Ya es demasiado tarde para mí —observo Andrew, y Damon asintió con una sonrisa de preocupación.

—Tampoco yo quiero perderte, amigo mío —dijo Damon, pero pensó para sí: *Eres parte de esta nueva vida que me he construido con tanto dolor. Tú, Ellemir y Calista. No puedo soportar otra amputación.* Pero Damon no pronuncio las palabras, simplemente suspiró de pie junto a Andrew. El silencio que colmaba el invernadero se prolongó durante tanto tiempo que el sol rojo, cayendo desde su cenit, perdió fuerza y Damon, otra vez suspirando, fue a acomodar los colectores solares.

—¿Como puedes esperar con tanta tranquilidad? —le espetó a Damon —. ¿Que es lo que le está *diciendo* esa mujer?

No obstante, Andrew ya había aprendido que la interferencia telepática era considerada uno de los más vergonzosos crímenes dentro de una sociedad telepática. Ni siquiera se atrevía a establecer contacto con Calista de esa manera. Toda su frustración fue empleada en caminar de arriba abajo por el invernadero.

—Calma, calma —le reprendió Damon—. Calista te ama. No permitirá que Leonie la convenza.

—Ni siquiera estoy seguro de eso ahora —dijo Andrew con desesperación—. No me permite tocarla, besarla...

—Creí que te lo había explicado —dijo Damon con suavidad—. *No puede.* Son... reflejos. Son más profundos de lo que imaginas. Un hábito de años no puede desaparecer en pocos días, y sin embargo puedo decirte que ella está tratando de superar este... este profundo condicionamiento. No sé si sabes que en una Torre sería inconcebible que ella te tomara la mano, como la he visto hacer, y que te permitiera siquiera que le besaras la punta

de los dedos. ¿Tienes idea de la lucha que eso debe haber sido para ella, contra años de entrenamiento, de condicionamiento?

En contra de su voluntad, Damon recordaba la época de su vida durante la que se había empeñado, dolorosamente, en no recordar: una lucha solitaria, peor todavía, porque no era física en absoluto, destinada a alejar su conciencia de Leonie, a controlar incluso sus propios pensamientos, para que ella no pudiera adivinar lo que él pretendía ocultarle. Jamás se habría atrevido a concebir siquiera un roce de dedos como el que Calista había concedido a Andrew en el salón, justo antes de subir a encontrarse con Leonie.

Con alivio, vio que Ellemir había acudido al invernadero. Caminaba entre las hileras de plantas verdes, y se arrodilló junto a una vid pesadamente cargada. Se incorporo con aspecto satisfecho, diciendo:

—Si hay otro día más de sol, estas uvas estarán maduras para la boda.

Después su sonrisa se esfumó al ver el rostro tenso de Damon, el silencio desesperado de Andrew. Se acercó de puntillas y rodeó a Damon con sus brazos, percibiendo que él necesitaba el consuelo de su presencia, de su roce. Deseó poder consolar también a Andrew, quien dijo entonces, entristecido:

—Incluso si Leonie da su consentimiento, ¿qué pasara con su padre? ¿Lo aceptara él? No creo que yo le guste mucho...

—Le gustas —dijo Ellemir—, pero debes comprender que es un hombre orgulloso. También creía que yo era demasiado buena para Damon, pero soy suficientemente mayor como para hacer mi voluntad. Si me hubiera ofrecido a Aran Elhalyn, que calienta el trono en Thendara, mi padre hubiera pensado igualmente que él no era suficientemente bueno para mí. Para Calista, ningún hombre nacido de mujer será suficiente... ¡ni aunque fuera tan rico como el señor de Carthon o el bastardo de algún dios! Y por supuesto, incluso en esta época, es algo importante tener una hija en Arilinn. Calista debía ser Celadora en Arilinn, y a él le resulta difícil renunciar a eso. —Andrew sintió que se le encogía el corazón. Ellemir le dijo—: ¡No te preocupes! Creo que aceptara. Mira ahí viene Calista.

Se abrió la puerta, y Calista entró en el invernadero. Les tendió las manos, con la mirada perdida.

—No regresare a Arilinn —dijo—, y papa ha dado su consentimiento para que nos casemos...

Se interrumpio, con la voz quebrada por los sollozos. Andrew tendio los brazos, pero ella lo evito, apoyandose contra la gruesa pared de vidrio, ocultando el rostro mientras sus hombros se estremecian por la violencia de sus sollozos.

Olvidandolo todo salvo su desdicha, Andrew intento abrazarla; Damon le tocó el brazo y sacudio la cabeza firmemente. Entristecido, Andrew se quedo mirando a la mujer que lloraba, incapaz de soportar su desdicha, incapaz de hacer nada para aliviarla, desesperado e impotente.

Ellemir se acerco a Calista y con suavidad la hizo girar hacia ella.

—No te apoyes en esa pared, cariño, cuando cualquiera de nosotros tres puede ofrecerte un hombro para que llores. —Enjugo las lágrimas de su hermana con su largo delantal—. Cuéntanos. ¿Leonie estuvo muy horrible contigo?

Calista sacudió la cabeza, mientras sus ojos enrojecidos parpadeaban.

—Oh, no, no pudo ser más amable... Ellemir sacudió la cabeza con escepticismo.

—Entonces, ¿por qué estas aullando como un alma en pena? ¡Aquí te esperamos, desesperados ante la idea de que te arrebaten de nosotros y te envíen otra vez a la Torre, y vienes a decirnos que todo está bien, y cuando todos estamos dispuestos a alegrarnos, resulta que empiezas a sollozar como si fueras una criada preñada!

—No... —exclamó Calista—. Leonie... Leonie fue muy amable, verdaderamente creo que comprendió. Pero papa...

—Pobre Cal —dijo Damon suavemente—. ¡Yo también he sufrido la agudeza de su lengua muchas veces!

Andrew escucho sorprendido el apodo, sintiendo unos celos repentinos y agudos. Nunca se le había ocurrido, y la bonita abreviatura que Damon había empleado con tanta naturalidad le pareció de un grado de intimidad que agudizaba aún más su propio aislamiento. Se recordó a si mismo que,

después de todo, Damon había sido de la familia desde que Calista era pequeña.

Calista alzó la vista y dijo suavemente:

—Leonie me liberó de mi juramento, Damon, y sin cuestionar nada. —Damon percibió la angustiada lucha que se ocultaba debajo de la calma controlada de la joven, y pensó; Si Andrew la hace desdichada, creo que lo mataré. Tan solo dijo:

—Y tú padre, por supuesto, fue otra historia. ¿Estuvo muy desagradable?

Por primera vez, Calista sonrió.

—Si, fue terrible, pero Leonie es incluso más obstinada que él. Dijo que no se podía encadenar una nube. Y papa la tomó conmigo. Oh, Andrew, dijo cosas espantosas, que habías abusado su hospitalidad, que me habías seducido...

—¡Condenado viejo tirano! —dijo Damon, furioso. Andrew apretó los labios en silenciosa ira—. Si cree eso...

—Ya no lo cree, ahora —contestó Calista, y sus ojos mostraron una chispa de su antigua alegría—. Ella le recordó que ya no tengo trece años, que cuando las puertas de Arilinn se cerraron por primera vez detrás de mi, él cedió para siempre su derecho darme o negarme en matrimonio; que aunque Leonie me hubiera encontrado inepta y me hubiera despedido de la Torre antes que alcanzara la edad adulta, hubiera sido el derecho de ella, no de él, concertar mi matrimonio. Y muchos otros secretillos de familia que a él no le agrado demasiado escuchar.

—Alabada sea Evanda porque has vuelto a reírte, querida dijo Ellemir —, pero ¿cómo se tomó papa esas verdades desagradables?

—Bien, no le gustaron demasiado, como ya puedes imaginarte —observó Calista—, pero finalmente no tuvo más remedio que aceptarlas. Creo que incluso le gustó que Leonie estuviera allí para pelearse con él... ¡lo hemos consentido demasiado desde que le hirieron! Empezó a portarse como hace siempre, y tal vez eso es síntoma de que se encuentra mejor. Después, cuando ya estaba plenamente convencido, Leonie empezó a seducirlo... diciéndole que afortunado era por tener dos yernos adultos que

podrían manejar la propiedad para él, dejando a Domenic libre para ocupar su asiento en el Concejo, y él tendría también dos hijas que le harían compañía. Por fin, dijo que Leonie había dejado perfectamente en claro que yo no necesitaba su bendición para casarme, pero pidió que de todas maneras fueras a recibirla, Andrew.

Andrew todavía estaba furioso.

—Si ese viejo tirano cree que su bendición me importa mucho, o que su maldición me afecta... —empezó a decir, pero Damon le apoyó una mano en la muñeca, interrumpiéndole.

—Andrew, esto significa que te aceptará como a un hijo en su casa, y creo que por Calista debes aceptarlo con tanta amabilidad como puedas. Cal ya ha perdido una familia, ha decidido, por ti, no regresar a Arilinn. A menos que lo odies demasiado y que eso no te permita vivir en paz bajo su techo...

—No le odio en absoluto —comentó Andrew—, pero puedo cuidar de mi esposa en mi propio mundo. No quiero aparecer ante él sin un centavo, ni aceptar su caridad.

—La caridad, Andrew —dijo Damon con suavidad—, nos corresponde a ti y a mí. Él puede vivir todavía muchos años, pero nunca volverá a apoyar los pies en el suelo. Domenic debe ocupar su lugar en el Concejo. Su hijo menor tiene sólo once años. Si tú le arrebatas a Calista, lo dejas a merced de los desconocidos a los que pueda contratar por un sueldo, o de parientes lejanos que vendrán por codicia aquí para ver qué huesos pueden roer. Si te quedas aquí y le ayudas a administrar su propiedad, y le das además la compañía de su propia hija, serás tú quien más dé, no él.

Pensándolo, Andrew advirtió que Damon tenía razón.

—Aun así, si Leonie le arrancó el consentimiento en contra de su voluntad...

—No, pues en ese caso no te hubiera ofrecido su bendición —dijo Damon—. Lo conozco de toda la vida. Si no consintiera, hubiera dicho algo así como llévatela, y condenados sean los dos. ¿No es verdad, Cal?

—Damon tiene razón: su furia es terrible, pero no es rencoroso.

—Menos que yo —afirmó Damon—. En el caso de Esteban, todo es un estallido de ira y después todo vuelve a estar bien y vuelve a entregarte su corazón con tanta facilidad como te golpeó un minuto antes. Puedes volver a pelearte con él, y probablemente lo harás, ya que tiene mal genio y es irritable. ¡Pero no se alimentará de viejos rencores, ni de antiguas rencillas!

Después de que Damon y Ellemir se retiraran, Andrew miró a Calista, y le dijo:

—¿Esto es verdaderamente lo que deseas, amor? Tu padre no me desagrada. Simplemente me enfurecí porque te había mortificado y te había hecho llorar. Si quieres quedarte aquí...

Ella alzó los ojos y le miró, y volvió aquella intimidad, aquel viejo contacto que les había reunido antes de que se conocieran, el contacto que para él era más real que el vacilante y temeroso contacto físico que era todo lo que ella podía permitir.

—Sí papá y tú no os hubierais puesto de acuerdo, te habría seguido a cualquier parte de Darkover, o a cualquier lugar de tu Imperio de las estrellas. Pero con un dolor inconmensurable. Éste es mi hogar, Andrew. Mi deseo más profundo es no abandonarlo nunca más.

Él posó sus dedos sobre los labios de ella.

—Entonces también será mi hogar, amada. Para siempre —dijo con suavidad.

Cuando Andrew y Calista siguieron a la otra pareja hasta la casa principal, hallaron a Damon y Ellemir sentados en un banco junto a *Dom* Esteban. Cuando entraron, Damon se incorporó y se arrodilló ante el anciano. Dijo algo que Andrew no alcanzó a oír, y Lord Alton sonrió.

—Has demostrado ser mi hijo tantas veces, Damon, que no necesito nada más. Tienes mi bendición —dijo el anciano, y posó su mano por un momento sobre la cabeza de Damon. Incorporándose, el joven se inclinó y besó a Esteban en la mejilla.

Dom Esteban miró por encima de la cabeza de Damon, esbozando una sonrisa sombría.

—¿Eres demasiado orgulloso para arrodillarte y recibir mi bendición, Ann'dra?

—Demasiado orgulloso no, señor. Si ofendo las costumbres, en eso o en alguna otra cosa, Lord Alton, te pido que lo consideres ignorancia y no una ofensa deliberada.

Dom Esteban les indicó con un gesto que se sentaran junto a Damon y Ellemir.

—Ann'dra —dijo dándole al nombre la inflexión darkovana—, en realidad no sé nada malo de tu pueblo, pero también sé pocas cosas de él que sean buenas. Supongo que son como la mayoría, algunos buenos y otros malos, y casi todos ni una cosa ni la otra. Si fueras un mal hombre, no creo que mi hija estuviera tan deseosa de casarse contigo, contrariando todas las costumbres y el sentido común. Pero no puedes inculparme de que no me sienta demasiado feliz al entregar a mi hija más amada a alguien de otro mundo, aunque seas un hombre que ha demostrado ser honorable y valiente.

Andrew, sentado junto a Ellemir, sintió que la joven apretaba los puños cuando su padre dijo que Calista era su hija más amada.

Pensó que había sido algo cruel decirlo en presencia de ella. Después de todo, Ellemir era la que se había quedado en casa todos estos años, comportándose como una hija obediente y atenta. La indignación que sintió ante la falta de tacto del anciano hizo que su voz sonara fría.

—Sólo puedo decir, señor, que amo a Calista y que trataré de hacerla feliz.

—No creo que ella pueda ser feliz entre tu gente. ¿Pretendes llevártela?

—Si tú no hubieras dado tu consentimiento a nuestro matrimonio, señor, no habría tenido otra opción. —Pero ¿en realidad podría haberse llevado a esta muchacha sensible, criada entre telépatas, a la Zona Terrana, para aprisionarla entre enormes edificios y máquinas, para exponerla a la vista de personas que la considerarían una rareza exótica? Incluso su *laran* habría sido considerado una locura o pura charlatanería—. Pero tal como están las cosas, señor, con gusto me quedaré aquí. Tal vez pueda demostrarte que los terranos no somos tan raros como crees.

—Eso ya lo sé. ¿Crees que soy desagradecido? ¡Sé perfectamente que de no haber sido por ti, Calista hubiera muerto en las cavernas, y las tierras seguirían aún bajo el manto de esa condenada sombra!

—Creo que eso fue más obra de Damon que mía —dijo Andrew con firmeza. El anciano soltó una risita picara.

—Y así todo ocurre como en los cuentos de hadas, por lo que corresponde que los dos sean recompensados concediéndoles las manos de mis hijas y la mitad de mi reino. Bien, no tengo reino para dar, Ann'dra, pero aquí tienes el lugar de un hijo mientras vivas y, si lo deseas, para tus hijos después.

Los ojos de Calista estaban llenos de lágrimas. Se deslizó del banco para arrodillarse junto a su padre.

—Gracias —susurró, y la mano de él se posó, por un momento, sobre los relucientes rizos cobrizos de la joven. Por encima de la cabeza de Calista, dijo:

—Bien, Ann'dra, arrodíllate para recibir mi bendición —y su voz áspera sonó cálida.

Con una especie de confusión, a medias incomodidad y a medias una inexpresable extrañeza, Andrew se arrodilló junto a Calista. En la superficie de su mente pululaban pensamientos fluctuantes, tales como lo necio que esto parecería en el Cuartel General, y que allá donde fueres... Pero en un nivel más profundo, algo en su interior se dulcificó ante el gesto. Sintió la mano callosa y grande del anciano en su cabeza, y con su todavía extraña y reciente conciencia telepática, que aún no aceptaba totalmente, captó una extraña mezcla de emociones: recelo, fusionado con un gusto, espontáneo. Se aseguró de que lo que percibía era exactamente lo que el anciano sentía por él; y para su propia sorpresa, advirtió que era probable que también él sintiera lo mismo por el anciano señor del Comyn.

Trató de conservar la neutralidad en su voz, aunque estaba perfectamente seguro de que también el viejo podía seguir sus pensamientos.

—Te lo agradezco, señor —musitó—. Trataré de ser un buen hijo para ti.

—Bien —dijo *Dom* Esteban, hosco—, como puedes ver, voy a necesitar un par de buenos hijos. Escucha, ¿vas a seguir llamándome *señor* por el resto de nuestras vidas, hijo?

—Por supuesto que no, pariente. —Utilizó la forma íntima de la palabra, tal como hacía Damon. Podía significar «tío» o cualquier otro estrecho grado de parentesco con una generación mayor que la propia. Se incorporó, y mientras se alejaba sus ojos se cruzaron con la mirada curiosa de Dezi, silencioso detrás de Esteban, y esa mirada estaba llena de una furiosa intensidad... sí, y algo más que Andrew pudo identificar como resentimiento y envidia.

Pobre chico, pensó. *Llego aquí como un extraño, y ellos me tratan como si fuera de la familia. El es de la familia,.. ¡y el viejo lo trata como a un criado o un perro! ¡No es raro que esté celoso!*

OceanofPDF.com

4

Se había decidido que las bodas se llevarían a cabo después de cuatro días, y que la ceremonia sería sencilla, con Leonie como única invitada de honor, y unos pocos vecinos que acudirían a la celebración. El breve intervalo daba el tiempo justo para que llegara el heredero de *Dom* Esteban, Domenic, que se hallaba en Thendara, y para que uno o más de los hermanos de Damon vinieran desde Serráis si así lo deseaban.

La noche anterior a la boda, ambas mellizas se hallaban despiertas en la habitación que habían compartido de niñas, antes de que Calista se marchara a la Torre de Arilinn.

Finalmente Ellemir habló, con voz triste.

—Siempre creí que el día de mi matrimonio habría grandes festejos, hermosos vestidos, que todos nuestros parientes vendrían a celebrarlo con nosotros... ¡Nunca pensé que tendría una boda apresurada con la presencia de unos pocos campesinos! Bien, con Damon por esposo puedo arreglármelas sin nada de eso, pero sin embargo...

—Yo también lo lamento, Elli, sé que es por mi culpa —dijo Calista—. Tú te casas con un señor del Comyn del Dominio Ridenow, de modo que no hay motivo para que no tengas un matrimonio *di catenas*, con todas las viejas ceremonias, con todos los festejos y celebraciones que desees. Andrew y yo te lo hemos arruinado todo. —Una hija del Comyn no podía casarse *di entenas*, según la antigua ceremonia, sin el permiso del Concejo del Comyn, y sabía que no había posibilidad de que el Concejo le diera su

aprobación para casarse con un extraño, un don nadie... ¡un terrano! De modo que habían elegido la forma de matrimonio más simple, conocida como compañeros libres, que podía solemnizarse mediante una simple declaración ante testigos.

Ellemir percibió la tristeza que inundaba la voz de su hermana.

—Bien —acotó—, como tanto le gusta decir a papá, el mundo andará como quiera y no como tú o yo queramos. Damon ha prometido que en la próxima temporada de sesión del Concejo, viajaremos a Thendara y allá habrá suficientes festejos para todos.

—Y para entonces —agregó Calista—, mi matrimonio con Andrew ya estará tan firme que nada podrá alterarlo.

Ellemir se rió.

—Sería muy mala suerte que justo en ese momento ya estuviera embarazada, y no pudiera disfrutarlo. Y no porque crea que fuera una desgracia darle a Damon un hijo inmediatamente.

Calista quedó en silencio, pensando en sus años pasados en la Torre, durante los que había dejado de lado, sin lamentarlo, por ignorancia, todas las cosas con las que sueña una joven. Ahora, al escuchar esas cosas en boca de Ellemir, preguntó, vacilante:

— ¿Deseas un hijo de inmediato?

Ellemir volvió a reírse.

—¡Oh, sí! ¿Acaso tú no?

—No había pensado en eso —dijo Calista lentamente—. Pasé tantos años sin pensar en el matrimonio, en el amor, en los niños...

Supongo que Andrew querrá tener niños, tarde o temprano, pero me parece que una criatura debe ser deseada por ella misma, no solamente porque esa sea mi contribución al clan. He vivido tantos años en la Torre, pensando solamente en mí deber hacia los demás, que creo que primero debo tener un poco de tiempo para pensar únicamente en mí misma. Y en... en Andrew.

La afirmación desconcertó a Ellemir. ¿Cómo podía alguien pensar en su marido sin pensar primero en su propio deseo de darle un hijo? Pero percibió que no era ése el caso de Calista. De todos modos, pensó con

inconsciente esnobismo, Andrew no era del Comyn; no importaba tanto que Calista le diera inmediatamente un heredero.

—Recuerda, Elli, que me pasé muchos años pensando que nunca me casaría...

Su voz sonó tan triste y extraña que Ellemir no pudo soportarla.

—Amas a Andrew, y le elegiste libremente —dijo, pero en esa afirmación había también algún indicio de interrogación. ¿Calista había elegido casarse con su salvador tan sólo porque eso era lo que parecía más simple? Calista siguió la idea.

—No, le amo —dijo—, más de lo que puedo expresar. Sin embargo, hay un viejo dicho que, hasta ahora, no había podido comprobar: todas las elecciones producen arrepentimiento, ya que cualquier opción nos traerá más pena y alegría de lo que prevemos. Mi vida me parecía inamovible, decidida, tan simple: tomaría el lugar de Leonie en Arilinn y serviría allí hasta que la muerte o la vejez me liberaran de la carga. Y ésa también me parecía una buena vida. El amor, el matrimonio, los niños..., ¡no soñaba con nada de eso!

Su voz temblaba. Ellemir se levantó de su cama y fue a sentarse en la de su hermana, tomándole la mano en la oscuridad. Calista se movió, con un gesto automático e inconsciente, para alejarse.

—Supongo que debo aprender a no hacer más esto —dijo después, penosamente, más para sí misma que dirigiéndose a Ellemir.

—No creo que a Andrew le agrade demasiado —contestó suavemente Ellemir.

Sintió que Calista asimilaba dolorosamente esas palabras.

—Es un... reflejo. Me resulta tan difícil desprenderme de él como me resultó aprenderlo.

—¡Debes haber estado muy sola, Calista! —dijo impulsivamente Ellemir.

La respuesta de Calista pareció llegar desde sus defendidas profundidades.

—¿Sola? No siempre. En la Torre, todos estamos más próximos de lo que puedes imaginar. Todos somos parte de los otros. Aun así, como

Celadora yo siempre estaba aparte, separada por una... una barrera que nadie podía atravesar. Creo que realmente hubiera sido más fácil estar verdaderamente sola. Ellemir sintió que su hermana no estaba hablándole a ella, sino a recuerdos remotos e incompartibles, tratando de expresar con palabras algo que nunca había deseado decir.

—En la Torre, los otros podían expresar de algún modo esa intimidad, esa proximidad. Podían tocarse. Podían amar. Una Celadora aprende un doble aislamiento. A estar cerca, más cerca que nadie, de cada una de las mentes que integran el círculo de matriz, y sin embargo... aprende a no ser real para ellos. No es nunca una mujer, ni siquiera un ser humano vivo, que respira. Sólo... sólo una parte de las pantallas y los transmisores.

Hizo una pausa, con la mente perdida en esa vida extraña, defendida, solitaria que había llevado durante tantos años.

—Hay tantas mujeres que lo intentan y fracasan. Se involucran, de algún modo, en el aspecto humano de los otros hombres y las otras mujeres que están allí. Durante el primer año que pasé en Arilinn, vi a seis muchachas que llegaron para recibir entrenamiento de Celadora y que fracasaron. Y me sentí orgullosa por poder resistir el entrenamiento. No es... fácil —dijo, sabiendo que las palabras resultaban ridículamente inadecuadas. No daban cuenta de los meses de rígida disciplina mental y física, hasta acostumbrar a la mente a un poder increíble, hasta que el cuerpo pudiera soportar esas tensiones y flujos inhumanos. Finalmente volvió a hablar, con suavidad y amargura ¡Ahora desearía haber fallado también! —y se detuvo al escucharse, horrorizada.

—Me gustaría que no hubiésemos crecido tan separadas, breda —dijo Ellemir con ternura. Casi por primera vez, había pronunciado la palabra que significaba hermana en el modo íntimo y que también significaba querida. Calista respondió más al tono que a la palabra.

—Nunca ocurrió que no... no te amara, o que no te recordara, Ellemir. Pero me enseñaron... ¡y no sabes cómo...!, a mantenerme apartada de cualquier contacto humano. Y tú eres mi hermana melliza, la persona más próxima a mí. Durante el primer año, lloré cada noche hasta dormirme porque te extrañaba muchísimo. Pero más tarde empezaste a ser lo mismo

que toda mi vida anterior a Arilinn, alguien a quien sólo había conocido en sueños. Y así, después, cuando me permitieron verte de tanto en tanto, traté de mantenerte distante, como parte de ese sueño, para no desgarrarme con cada nueva separación. Nuestras vidas estaban separadas, y yo sabía que debía ser así.

Su voz era más triste que las lágrimas. Impulsivamente, ansiosa por consolarla, Ellemir se tendió junto a su hermana y la abrazó. Calista se puso rígida ante el contacto; después, suspirando, se quedó inmóvil, pero Ellemir percibió el esfuerzo que hacía su hermana para no desasirse. Pensó, con un violento estallido de furia: *¿Cómo pueden haberle hecho esto? ¡Es algo deformante, como si la hubieran convertido en una inválida, o en una jorobada!*

La abrazó fuerte antes de hablar.

—¡Espero que hallemos el camino para encontrarnos nuevamente!

Calista toleró el gesto, aunque no se lo devolvió.

—Yo también lo espero, Ellemir —dijo tan sólo.

—Resulta espantoso pensar que jamás estuviste enamorada.

—Oh, no es tan malo —dijo su hermana, con ligereza—. En la Torre estábamos tan próximos que supongo que, de algún modo, siempre estábamos enamorados. —Estaba demasiado oscuro como para que Ellemir pudiera ver el rostro de Calista, pero de todos modos percibió su sonrisa cuando la otra continuó—:

¿Qué pasaría si te dijera que cuando llegué a Arilinn, Damon todavía estaba allí, y durante un tiempo me imaginé que estaba enamorada de él? ¿Eres muy celosa, Ellemir? Ellemir se rió.

—No, no demasiado.

—Era un técnico importante, me enseñó a monitorear. Por supuesto, para él yo no era una mujer, sino tan sólo una niña al principio del adiestramiento. Por supuesto, para él no existía ninguna mujer, salvo Leonie... —Se interrumpió y dijo rápidamente—: Eso fue hace mucho, por supuesto.

Ellemir se rió a carcajadas.

—Sé que el corazón de Damon es completamente mío. ¿Cómo pondría sentir celos del amor de un hombre por una Celadora, una virgen juramentada? —Ellemir escuchó sus propias palabras y se interrumpió, consternada—: ¡Oh, Calista, no tuve intención de decir...!

—Creo que sí —dijo Calista con amabilidad—, pero el amor es el amor, incluso sin que haya manifestaciones físicas. Si no lo hubiera sabido desde antes, lo habría aprendido en las cavernas de Corresanti, cuando llegué a amar a Andrew. Es amor, y era genuino, y en tu lugar no me reiría de eso, ni menospreciaría el amor de Damon por Leonie como si se tratara de la fantasía de un jovencito. —Pensó, aunque no lo dijo, que había sido suficiente corno para perturbar la tranquilidad de Leonie, aunque nadie más que Calista hubiera podido adivinarlo.

Hizo bien en despedir a Damon...

—A mí me parece extraño amar sin deseo —dijo Ellemir—, y no me resulta demasiado real, digas lo que digas.

—Hubo hombres que me desearon —comentó Calista suavemente—, a pesar del tabú. Sucede. La mayoría de las veces ese deseo no me provocó nada. Sólo me hizo sentir como si... como sí unos insectos sucios reptaran por mi cuerpo. Pero en otras oportunidades, casi deseé saber cómo desear, dar una respuesta.

De repente su voz se quebró. Ellemir percibió una nota salvaje, casi de terror.

—¡Oh, Ellemir, Elli...! Si no soporto el contacto de mi hermana melliza, ¿qué le haré a Andrew? Oh, por piedad de Avarra, ¿cuánto tendré que herirlo?

—*Breda*, Andrew te ama, seguramente comprenderá...

—¡Pero comprender tal vez no sea suficiente! ¡Oh, Elli, aunque se tratara de alguien como Damon, que conoce las costumbres de la Torre, que sabe qué es una Celadora, yo seguiría teniendo miedo! ¡Y Andrew no lo sabe, no comprende, y no hay palabras para explicárselo! Y él también ha abandonado el único mundo que conocía... ¿Qué le ofreceré a cambio?

—Pero tú has sido liberada de tu juramento de Celadora —dijo Ellemir con suavidad. Sabía que un hábito de muchos años no desaparecería en un

día, pero una vez que Calista se librara de sus temores, todo iría bien. Abrazó estrechamente a su hermana y le dijo, con ternura—: No hay nada que temer en el amor, *breda*, aunque te parezca extraño o aterrador.

—Sabía que no comprenderías —dijo Calista, suspirando—. Había otras mujeres en la Torre, mujeres que no vivían según las leyes de una Celadora, que eran libres para compartir la intimidad que todos compartíamos. Había tanto... tanto amor entre nosotros, y yo sabía qué felices les hacía amar, o incluso satisfacer el deseo, cuando no había amor sino tan sólo... necesidad, y amabilidad. —Volvió a suspirar—. No soy ignorante, Ellemir —dijo con curiosa dignidad—, inexperta sí, a causa de lo que soy, pero no ignorante. He aprendido maneras de... no ser demasiado consciente de ello. Era más fácil así, pero yo sabía, oh, sí, sabía. Del mismo modo que sabía, por ejemplo, que tuviste otros amantes antes de Damon.

Ellemir se rió.

—Nunca hice de eso un secreto. Si no te lo conté, fue porque conocía las leyes por las que tú vivías, o al menos sabía tanto como puede saber un espectador, y esas leyes se interponían como una barrera entre nosotras.

—Pero seguramente sabrías que yo te envidiaba —dijo Calista, y Ellemir se incorporó, para mirar a su melliza con sorpresa y consternación. Apenas podían verse; una pequeña luna verde, un pequeñísimo cuarto creciente, pendía más allá de la ventana.

—¿Envidiarme... a mí? —preguntó al fin Ellemir, vacilante—. Yo creía... creía que seguramente... una Celadora, juramentada, me despreciaría, o le resultaría una vergüenza que yo... que una *comynara*... no fuera diferente de una campesina, ni de cualquier otro animal hembra en celo.

—¿Despreciarte? Nunca —dijo Calista—. Si no hablamos demasiado sobre eso, es porque tememos no poder soportar nuestras diferencias. Hasta las otras mujeres de la Torre, que no comparten nuestro aislamiento, nos consideran extrañas, casi inhumanas... El aislamiento, la distancia, el orgullo, se transforman en nuestra única defensa para ocultar una herida, para ocultar nuestra propia... nuestra propia deficiencia.

Su voz temblaba, pero Ellemir pensó que el rostro de su hermana, bajo la penumbrosa luz de la luna, lucía inhumanamente impasible, como esculpido en piedra, Calista parecía estar desgarradoramente lejana, parecía que ambas trataban de hablar atravesando un enorme y doloroso abismo que se extendía entre las dos.

Durante toda su vida, Ellemir había aprendido a pensar en una Celadora como en alguien muy remoto, por encima de ella, alguien que debía ser reverenciada, casi venerada. Hasta su propia Hermana, su melliza, era como una diosa, totalmente fuera de su alcance. Ahora, por un momento, experimentó una sobrecogedora sensación de marcha atrás, que hacía desaparecer todas sus certidumbres: ahora era Calista la que la consideraba por encima de ella, la que la envidiaba, Calista la que era de algún modo más joven y más vulnerable, que ya no estaba ataviada con la remota majestad de Arilinn, sino que se había convertido en una mujer corriente, frágil, insegura...

—Querría haber sabido todo esto antes, Cal... —dijo Ellemir en un susurro.

—Yo misma querría haberlo sabido antes —contestó Calista con una sonrisa de tristeza—. No se nos estimula demasiado a pensar en esas cosas, ni en ninguna otra que no sea nuestro trabajo. Sólo ahora empiezo a descubrirme como mujer, y... y no sé muy bien por dónde empezar. —A Ellemir la confesión le resultó increíblemente triste. Al cabo de un momento Calista volvió a hablar en la oscuridad—. Ellemir, te he dicho todo lo que puedo decirte sobre mi vida. Cuéntame algo de la tuya. No quiero fisgonear, pero tú has tenido amantes. Cuéntame eso. Ellemir vaciló, pero percibió que detrás de la pregunta había algo más que mera curiosidad sexual. También había eso, y considerando el modo en que Calista había sido obligada a eliminar esa parte de sí durante sus años de Celadora, la curiosidad era un síntoma saludable y un buen augurio con respecto a su inminente matrimonio. Pero también había algo más, el deseo de compartir la vida de Ellemir durante los años de su separación. Respondiendo impulsivamente a esa necesidad, Ellemir dijo:

—Fue el año que se casó Dorian. ¿Conociste a Mikhail?

—Lo vi en la boda. —Dorian, la hermana mayor, se había casado con un primo *nedestro* de Lord Ardáis—. Me pareció un joven amable y cortés, pero no cambié con él más de una docena de palabras. Yo había visto muy poco a Dorian desde la infancia.

—Fue en invierno —dijo Ellemir—. Dorian me rogó que fuera a pasar el invierno con ella; se sentía sola, ya estaba embarazada, y había hecho muy pocas amigas entre las mujeres montañesas. Papá me dio permiso. Y en primavera, cuando el embarazo ya estaba muy adelantado y a Dorian no le daba ningún placer compartir la cama con Mikhail, él y yo nos habíamos hecho tan amigos que yo ocupé el lugar de Dorian. —Soltó una risita, acordándose de algo.

—¡No tenías más de quince años...! —dijo Calista, alarmada.

Ellemir se rió.

—Ya es edad para casarse, Dorian no era mayor cuando lo hizo. ¡Yo también me hubiera casado, si papá no me hubiera pedido que me quedara en casa para atenderle!

Una vez más Calista sintió una envidia cruel, un sentimiento de desesperada soledad. ¡Qué simple había sido todo para Ellemir, y qué directo! ¡Y qué diferente era todo para ella!

—¿Hubo otros? —preguntó.

—No muchos —respondió Ellemir en la oscuridad—. Aprendí que me gustaba acostarme con los hombres, pero no quería que se chismorreara sobre mí como lo hacen sobre Sybil-Mhari... habrás oído decir que toma amantes entre los Guardias, e incluso entre los criados... y además no quería tener un niño que no se me permitiría criar, aunque Dorian me aseguró que si me quedaba embarazada de Mikhail, ella se ocuparía del niño. Y no quería que me casaran deprisa y corriendo con alguien que no me gustara, y sabía que eso era lo que haría papá si se producía algún escándalo. De modo que no hubo más de dos o tres hombres que pudieran decir, si querían, que habían tenido más de mí que la punta de los dedos para besar en la noche de Solsticio de Verano. Ni siquiera Damon. Ha esperado pacientemente...

Soltó una risita de excitación. Cal acarició el pelo suave de su melliza.

—Bien, ahora la espera casi ha terminado, querida.

Ellemir se apretó contra su hermana. Podía percibir los temores de Calista, su ambivalencia, pero todavía no entendía su naturaleza.

Ha hecho votos de virginidad, pensó Ellemir, *ha vivido toda su vida separada de los hombres, de modo que no es sorprendente que sienta temor. Pero una vez que comprenda que es libre, y que Andrew será amable con ella, y paciente, será por fin feliz... feliz como yo... y Damon.*

Estaban ligeramente en contacto, y Calista captó los pensamientos de Ellemir, pero no quiso preocupar a su hermana diciéndole que las cosas no eran tan simples.

—Debemos dormir, *breda,* mañana es el día de nuestra boda y mañana por la noche —agregó con picardía— es probable que Damon no te deje dormir demasiado.

Riéndose, Ellemir cerró los ojos. Calista quedó en silencio, con la cabeza de su hermana apoyada sobre su hombro, observando la oscuridad. Al cabo de un largo rato sintió que el hilo del contacto telepático entre ambas se adelgazaba y que Ellemir soñaba, ya dormida. Silenciosamente se levantó de la cama y fue hasta la ventana, a observar el paisaje inundado por la luz de la luna. Permaneció allí hasta que sintió frío, hasta que las lunas se pusieron y una fina llovizna empezó a empañar los cristales. Con la dura disciplina que había adquirido durante muchos años, no lloró.

Puedo aceptar esto y soportarlo, como he soportado tantas otras cosas. Pero ¿y Andrew? ¿Puedo soportar lo que le haré a él, lo que le haré a su amor? Permaneció allí inmóvil hora tras hora, helada pero sin advertirlo, pues su mente se había retirado a uno de esos dominios más allá del pensamiento, a los que le habían enseñado a entrar para refugiarse y protegerse de las ideas atormentadoras, y había dejado atrás su cuerpo frío y acalambrado, ese cuerpo que le habían enseñado a despreciar.

Al alba, la lluvia había sido reemplazada por una cellisca que tamborileaba contra los cristales de la ventana. Ellemir se movió, buscando a su hermana junto a ella, y entonces, consternada, se incorporó y vio a Calista inmóvil junto a la ventana. Se levantó y se le acercó, llamándola por su nombre, pero Calista ni la oyó ni se movió. Alarmada, Ellemir gritó.

Calista, que percibió menos la voz que el miedo en la mente de Ellemir, regresó lentamente a la habitación.

—Todo está bien, Elli —dijo suavemente, mirando el rostro asustado de su hermana.

—Estás helada, querida, helada y rígida. Vuelve a la cama, deja que te caliente —la instó Ellemir, y Calista permitió que su hermana la condujera a la cama, la tapara, arropándola, y la abrazara muy estrechamente. Al cabo de largo rato, dijo en un susurro:

—Yo estaba equivocada, Elli.

—¿Equivocada? ¿Cómo, *breda*?!

—Tendría que haber ido a la cama de Andrew en cuando me sacó de las cavernas. Después de tanto tiempo en la oscuridad, de tanto miedo, mis defensas estaban bajas. —Con profundo pesar, recordó cómo él la había sacado en brazos de Corresanti. cómo ella había descansado, cálida y confiada, entre sus brazos—. Pero había tanta confusión aquí, papá inválido, la casa llena de heridos. Sin embargo, habría sido más fácil entonces.

Ellemir siguió el razonamiento, y se sintió inclinada a acceder. Sin embargo, Calista no era la clase de mujer que hubiera podido hacer algo así ante la desaprobación de su padre, en contra de su juramento de Celadora. Y Lord Alton lo hubiera sabido fácilmente, como si Calista lo hubiera gritado a viva voz desde la planta alta.

—Tú misma estabas enferma, querida. Seguramente Andrew lo comprendió.

Pero Calista se preguntaba: ¿la prolongada enfermedad que la aquejó después del rescate no habría sido una reacción ante su fracaso? Tal vez, pensaba, ambos habían perdido una oportunidad que nunca más se presentaría, la oportunidad de unirse cuando los dos estaban encendidos por la pasión, sin lugar para dudas ni temores. Hasta Leonie había pensado que había ocurrido eso.

¿Por qué no lo hice? Y ahora, ahora es demasiado tarde...

Ellemir bostezó, esbozando una sonrisa de puro deleite.

—¡Es el día de nuestra boda, Calista!

Calista cerró los ojos.

El día de mi boda, Y no 'puedo compartir la alegría de ella. Amo como ella ama, y sin embargo no estoy contenta... Sintió el loco impulso de arañarse, de golpearse con sus propios puños, de atacar y castigar esa belleza que era una promesa tan vacía, ese cuerpo que parecía tan semejante a un deseable y adorable cuerpo de mujer: una coraza, una coraza vacía. Pero Ellemir la miraba, inquisitivamente, preocupada, así que se forzó a sonreír alegremente.

—El día de nuestra boda —dijo, y besó a su melliza—. ¿Eres feliz, querida?

Y durante un momento, por la alegría de Ellemir, logró olvidar sus propios temores

OceanofPDF.com

5

Esa mañana, Damon fue a ayudar a *Dom* Esteban a sentarse en la silla de ruedas que se había construido para él.

—¡Así podrás asistir a la boda sentado y erguido, y no tendido en una cama con ruedas como un inválido!

—Es raro volver a estar vertical —dijo el anciano, afirmándose con ambas manos—. Me siento tan mareado como si ya estuviera borracho.

—Has pasado demasiado tiempo acostado —dijo Damon, a manera de explicación—. Pronto te acostumbrarás.

—¡Bien, mejor sentado que reclinado sobre las almohadas como si fuera una parturienta! ¡Y al menos mis piernas todavía están aquí, aunque no pueda sentirlas!

—Todavía están aquí —le aseguró Damon—, y si alguien te empuja, podrás recorrer perfectamente toda la planta baja.

—Será un alivio —dijo Esteban—. ¡Estoy harto de mirar este techo! Cuando llegue la primavera, traeré a algunos operarios y me haré hacer algunas habitaciones en la planta baja. En cuanto a vosotros dos —añadió, indicando a Andrew que se acercara—, podéis quedaros con cualquiera de las grandes habitaciones de la planta alta, para vosotros y vuestras esposas.

—Eres muy generoso, suegro —dijo Damon, pero el anciano sacudió la cabeza.

—En absoluto. Ninguna habitación de la planta alta volverá a servirme para nada. Sugiero que vayáis y escojáis las habitaciones ahora; dejad mis

antiguas habitaciones para cuando Domenic tome esposa, pero todas las demás podéis usarlas. Si lo hacéis, las mujeres podrán mudarse a su nueva casa en cuanto se casen —agregó, riéndose—. Y mientras os dedicáis a la mudanza, yo pediré a Dezi que me empuje por aquí para habituarme nuevamente a mi propia casa. ¿No te di las gracias por esto, Damon?

En la planta alta, Damon y Andrew fueron a buscar a Leonie.

—Quería preguntarte algo —dijo Damon—, sin que nos oyeran. Sé lo suficiente como para comprender que *Dom* Esteban no volverá a caminar. Pero, por lo demás, ¿cómo está, Leonie?

—¿Sin que nos oyeran? —La Celadora se rió—. Él tiene *laran*, Damon; lo sabe todo aunque tal vez, sabiamente, se ha negado a comprender qué es lo que esto significa para él. La herida superficial se ha curado, por supuesto, y los riñones no están dañados, pero el cerebro ya no se comunica con las piernas ni los pies. Conserva algo de control sobre las funciones corporales, pero sin duda, a medida que pase el tiempo y la parte inferior de su cuerpo se deteriore, también perderá ese control. El mayor peligro que le acecha son las llagas. Debes asegurarte de que su criado lo cambie de posición cada pocas horas, porque como no tiene sensibilidad tampoco sentirá dolor, y no se dará cuenta si un pliegue de la ropa o de la cama lo está lastimando. La mayoría de las personas paralizadas mueren por infección de esas llagas. Ese proceso puede demorarse con grandes cuidados, si sus miembros se mantienen flexibles mediante masajes, pero tarde o temprano los músculos se deterioran y mueren.

Damon sacudió la cabeza, consternado.

¿Él sabe todo eso? —preguntó.

—Lo sabe. Pero tiene una fuerte voluntad de vida, y mientras la conserve, es posible conservar su vida. Por un cierto tiempo. Años, tal vez. Después... —Se encogió de hombros, con resignación—. Tal vez encuentre un nuevo motivo para vivir si tiene nietos. Pero siempre ha sido un hombre activo y orgulloso. No se adaptará fácilmente a la inactividad ni a la impotencia.

—Yo necesitaré muchísimo de su ayuda para manejar esta casa —dijo Andrew—. He tratado de hacerlo sin molestarlo...

—Si me permites, ha sido una equivocación —dijo Leonie con amabilidad—. Ha de saber que sus conocimientos son necesarios, aunque no pueda hacer uso de sus manos ni de su habilidad. Pídele tantos consejos como puedas, Andrew.

Era la primera vez que ella se dirigía directamente a Andrew, y el terrano la miró sorprendido. Tenía suficientes rudimentos de telepatía para saber que Leonie se sentía incómoda con él, y le perturbaba saber que ahora, en la consideración de ella, había algo más. Cuando la mujer se marchó, Andrew se dirigió a Damon.

—No le gusto, ¿verdad?

—No creo que sea eso —dijo Damon—. Creo que se sentiría incómoda con cualquier hombre al que debiera entregarle a Calista en matrimonio.

—Bueno, no puedo echarle la culpa por creer que no soy suficientemente bueno para Calista: no creo que ningún hombre lo sea. Pero mientras Calista no lo sienta así...

Damon se rió.

—Supongo que el día de su boda ningún hombre se siente digno de su novia. ¡Todo el tiempo tengo que recordarme que Ellemir ha accedido a nuestro matrimonio! ¡Vamos, debemos elegir habitaciones para nuestras esposas!

—¿No tendrían que elegirlas ellas?

Damon recordó que Andrew era ajeno a las costumbres.

—No, es costumbre que el esposo proporcione un hogar a su esposa. Por cortesía, *Dom* Esteban nos permite elegir lugar y prepararlo antes de la boda.

—Pero ellas conocen la casa...

—También yo —replicó Damon—. Pasé casi toda mi adolescencia aquí. El hijo mayor de *Dom* Esteban y yo éramos *bredin* amigos juramentados. ¿Tú no tienes parientes en la Zona Terrana, ni criados juramentados que esperen tu retorno?

—Nadie. Los sirvientes son un recuerdo de nuestro pasado: ningún hombre debe servir a otro.

—Sin embargo, tendremos que asignarte algunos. Si vas a administrar la propiedad para nuestro pariente —Damon utilizó el término que habitualmente se traducía como «tío»—, no tendrás tiempo de ocuparte de los detalles de la vida ordinaria, y no podemos esperar que las mujeres hagan la limpieza y el lavado. Y no tenemos máquinas como las que tenéis vosotros en la Zona Terrana.

—¿Por qué no?

—No somos ricos en metales. De todos modos, ¿por qué deberíamos hacer que la vida de la gente sea inútil por no poder ganarse su comida de manera decente? ¿O de veras crees que todos seríamos mas felices si construyéramos máquinas y nos las vendiéramos entre nosotros como lo hacéis vosotros? —Damon abrió una puerta que se hallaba a mitad de pasillo—. Estas habitaciones no han sido utilizadas desde que murió la madre de Ellemir y Dorian se casó. Parecen en buen estado.

Andrew lo siguió hasta el espacioso salón central de la suite, mientras seguía pensando en la pregunta que le había hecho Damon.

—Me enseñaron —dijo—, que es degradante para un hombre servir a otro, que es degradante... para el siervo y para el amo.

—A mí me parece más degradante pasarme la vida como siervo de alguna máquina. Y si posees una máquina, también eres poseído por ella, y te pasas el tiempo sirviéndola. —Pensó en su propia relación con la matriz, y en la de cada técnico psi de Darkover, por no hablar de las Celadoras...

Abrió todas las puertas de la suite.

—Mira: a cada lado de esta sala central hay una suite completa, con dormitorio, sala íntima y baño, y pequeñas habitaciones detrás para las criadas de las mujeres, cuando las elijan, cuartos de vestir y demás. Las mujeres querrán estar juntas y, además, también hay posibilidades de intimidad, cuando lo deseemos, y otros pequeños cuartos cercanos por si algún día los necesitamos, para nuestros hijos. ¿Te parece bien?

Era un espacio mucho mayor que el que se le habría asignado a una pareja joven en la sección de Personal Casado en el Cuartel General. Andrew asintió, y Damon volvió a hablar:

—¿Prefieres la suite de la izquierda o la de la derecha?

—Me da lo mismo. ¿Quieres que tiremos una moneda?

Damon se rió con ganas.

—¿También tenéis esa costumbre? Pero si te da lo mismo, será mejor que nosotros nos quedemos con la suite de la izquierda. Ellemir, según he advertido, se despierta al alba, y a Calista le gusta dormir hasta tarde siempre que puede. Tal vez será mejor que el sol matinal no dé en la ventana de tu dormitorio.

Andrew se sonrojó, con una incomodidad placentera. Él también lo había advertido, pero no había ido tan lejos para pensar anticipadamente en las mañanas en las que despertaría en la misma habitación que Calista. Damon sonrió, solidario.

—Sólo faltan pocas horas para la boda. Y seremos hermanos, tú y yo... y es una agradable idea. Sin embargo, es un poco triste que no tengas ni un solo pariente ni amigo en tu boda.

—De todos modos, no tengo amigos en este planeta. Y tampoco tengo familiares vivos en ninguna parte.

Damon parpadeó, consternado.

—¿Viniste aquí sin familia, sin amigos?

Andrew se encogió de hombros.

—Crecí en Terra, en un establecimiento dedicado a la cría de caballos, en un lugar llamado Atizona. Cuando tenía alrededor de dieciocho años, mi padre murió, y hubo que vender la propiedad para pagar sus deudas. Mi madre no le sobrevivió mucho, y yo me marché al espacio como funcionario civil, y un funcionario va más o menos adonde lo mandan. Me tocó aquí, y ya conoces el resto.

—Creí que no había sirvientes entre vosotros —dijo Damon, y Andrew se metió en un laberinto de palabras para tratar de explicarle qué era lo que hacía que un servidor civil[2] fuera algo diferente de un sirviente. Damon escuchó con escepticismo.

—¡Un sirviente, entonces, de los ordenadores y los papeles! —dijo finalmente—. ¡Creo que preferiría ser un criado honesto o un cocinero!

—¿Acaso no hay aquí amos crueles que explotan a sus servidores?

Damon se encogió de hombros.

—Sin duda los hay, del mismo modo que hay hombres que maltratan a sus caballos y los azotan hasta matarlos. Pero un hombre razonable puede llegar a advertir sus errores, y en el peor de los casos, otros pueden corregirlo. Pero no hay manera de enseñarle a una máquina sabiduría, después de la necedad.

Andrew sonrió.

—Sabes, estás en lo cierto. Tenemos un refrán: «No puedes luchar con el ordenador, incluso cuando se equivoca tiene razón.»

—Pregúntale al mayordomo de *Dom* Esteban, o a Ferrika, la comadrona de la casa, si se sienten explotados o maltratados —dijo Damon—. Tienes suficientes dotes telepáticas para saber si te dicen la verdad. Y tal vez entonces decidas que puedes permitir que algún hombre se gane honestamente un salario como tu criado.

Andrew se encogió de hombros.

—Sin duda lo haré. Tenemos otro refrán: «Cuando estés en Roma, haz como los romanos.» Creo que Roma era una ciudad de Terra; fue destruida por una guerra o un terremoto, siglos atrás, sólo queda el proverbio...

—Nosotros tenemos un dicho similar —agregó Damon—, «No trates de comprar pescado en las Ciudades Secas». —Recorrió la habitación que había elegido como dormitorio para él y Ellemir—. ¡Estas colgaduras no han sido ventiladas desde la época de Regís IV! Ordenaré que las cambien. —Tocó una campanilla, y cuando apareció el mayordomo, le dio las órdenes.

—Todo estará listo para esta noche, señor, para que las damas puedan trasladarse aquí cuando lo deseen. Lord Damon, me pidieron que te dijera que tu hermano, Lord Serráis, ha venido para asistir a tu boda.

—Muy bien, gracias. Si ves a la dama Ellemir, pídele que venga a dar su aprobación a nuestra elección —dijo Damon. Cuando el criado se marchó, hizo un gesto de disgusto.

—¡Mi hermano Lorenz! ¡Por la buena voluntad que debe tener con respecto a mi boda, bien podría haberse quedado en su casa! Había esperado que viniera mi hermano Kieran, o mi hermana Marisela, pero supongo que debo sentirme honrado e ir a atender a Lorenz.

—¿Tienes muchos hermanos?

—Cinco —dijo Damon—, y tres hermanas. Fui el hijo menor, y cuando nací, mi padre y mi madre ya tenían demasiados hijos. Lorenz... —Se encogió de hombros—. Supongo que se siente aliviado porque he elegido a una novia de tan buena familia que no necesita preocuparse por el patrimonio ni por la parte que corresponde al hijo menor. No soy rico, pero nunca he deseado demasiada riqueza, y Ellemir y yo tendremos bastante para cubrir nuestras necesidades. Mi hermano Lorenz y yo nunca fuimos grandes amigos. Kieran, que sólo me lleva tres años, y yo somos *bredin*; Marisela me lleva tan sólo un año, y tuvimos la misma madre de crianza. En cuanto a mis otros hermanos y hermanas, todos somos suficientemente corteses cuando nos encontramos durante la época de sesión del Concejo, pero sospecho que ninguno lamentaría mucho que no volviéramos a vernos. Mi hogar ha sido siempre éste. Mi madre era una Alton, y me criaron cerca de aquí, y después el hijo mayor de *Dom* Esteban entró conmigo en los cadetes. Hicimos el juramento de *bredin*. —Era la segunda vez que utilizaba la palabra, que era la forma íntima o familiar de hermano. Damon suspiró, mirando fijamente al vacío.

—¿Fuiste cadete?

—Un cadete muy malo —dijo Damon—, pero ningún hijo del Comyn puede eludirlo si tiene dos buenas piernas y no es ciego. Coryn era, como todos los Alton, un soldado nato, un oficial nato. Yo era otra cosa. —Se rió —. En el cuerpo de cadetes hay una broma acerca de los que tienen dos pies derechos y diez pulgares. Ese era yo.

—Torpe todo el tiempo, ¿eh?

Damon asintió, saboreando la frase.

—Castigado once veces cada diez días. Como ves, soy diestro. Mi madre de crianza, que era la partera de mi madre, solía decir que yo había nacido al revés y de nalgas, y desde entonces he hecho todo de esa manera.

Andrew, que había nacido zurdo en una sociedad de diestros, y que solamente en Darkover había hallado que las cosas estaban dispuestas de un modo que tenía sentido para él, desde los cubiertos hasta las herramientas de jardinería, dijo:

—Sin duda puedo entenderte.

—Además, soy un poco corto de vista, lo que no fue una ayuda, aunque sí me sirvió para aprender a leer. Ninguno de mis hermanos tiene la más mínima capacidad con las letras, y sólo pueden leer un anuncio o garabatear sus nombres. Pero yo me aficioné tanto a la lectura como un conejo astado a la nieve, así que cuando terminé en los cadetes fui a Nevarsin, y me pasé uno o dos años aprendiendo a escribir y a leer y a hacer mapas y cosas así. Entonces fue cuando Lorenz decidió que yo nunca sería un hombre. Cuando me aceptaron en Arilinn, eso sólo ratificó su opinión: medio monje. Medio eunuco, solía decirme. —Damon quedó en silencio, mientras en su rostro se asentaba una expresión de disgusto—. Pero a pesar de todo —prosiguió—, no quedó nada complacido cuando me despidieron de la Torre, hace unos años. Gracias a que Coryn ya estaba muerto, pobre chico, a causa de una caída en la montaña, *Dom* Esteban me aceptó en los Guardias. Aunque nunca fui gran cosa como soldado: oficial médico, maestro de cadetes durante uno o dos años. —Se encogió de hombros—. Y eso es mi vida, y basta. Escucha, las mujeres vienen... ¡Podemos mostrarles todo antes de que baje a atender a Lorenz!

Andrew advirtió, aliviado, que la expresión triste y solitaria desaparecía del rostro de su amigo ante la entrada de Ellemir y Calista.

—Ellemir, ven a ver el dormitorio que he elegido para nosotros.

Se la llevó a través de la puerta más lejana, y Andrew percibió, más que escuchó, que la estaba besando. Calista los siguió con los ojos y sonrió.

—Me alegra verles tan felices.

—Tú también eres feliz, ¿amor?

—Te amo, Andrew. Pero alegrarme no me resulta tan fácil. Tal vez sea por naturaleza menos alegre. Ven, muéstrame nuestras habitaciones.

Ella aprobó casi todo, aunque señaló media docena de muebles que, según dijo, eran tan viejos que nadie podría sentarse en ellos, y llamó a un criado, indicándole que se los llevara. Llamó a las criadas y les dio instrucciones acerca de las cosas que debían traer del depósito de ropa blanca, y envió a otro a buscar su ropa y a acomodarla en su gran cuarto de vestir. Andrew escuchó en silencio, y finalmente dijo:

—¡Eres una buena ama de casa, Calista!

La risa de ella fue de deleite.

—Es pura farsa. He estado escuchando a Ellemir, simplemente, porque no quiero parecer ignorante ante las criadas. Sé muy poco de estas cosas. Me enseñaron a coser porque nunca se me Permitió tener las manos ociosas, pero cuando observo a Ellemir en las cocinas, me doy cuenta de que sé menos de las tareas de la casa que una niña de diez años.

—Yo me siento igual —confesó Andrew—. Todo lo que aprendí en la Zona Terrana ahora me resulta inútil.

—Pero tú sabes un poco de caballos...

Andrew se rió.

—Sí, y en la Zona Terrana eso se consideraba un anacronismo, una habilidad inútil. Yo solía domar los caballos de silla de mi padre, pero creí, cuando abandoné Arizona, que nunca volvería a cabalgar.

—Entonces, ¿todo el mundo camina en Terra?

Él sacudió la cabeza.

—Tránsito motorizado. Aceras transportadoras. Los caballos eran un lujo exótico para excéntricos ricos. —Fue hasta la ventana y observó el paisaje iluminado por el sol—. Es raro que de todos los mundos conocidos del imperio Terrano, yo haya venido justo a éste. —Sintió un escalofrío al recordar de qué modo podría haberse perdido lo que ahora le parecía su destino, su vida, el verdadero propósito para el que había nacido. Sintió desesperados deseos de abrazar a Calista, pero ella se puso tensa y pálida, como si el pensamiento de él la hubiera tocado. Andrew suspiró y se alejó un paso.

—Nuestro encargado de los caballos —dijo ella, como completando una idea que ya no le interesaba demasiado— está viejo, y ahora que papá ya no puede encargarse, tal vez te toque a ti adiestrar a los más jóvenes. —Entonces se interrumpió y se quedó mirándolo, mientras retorcía la punta de una de sus largas trenzas—. Quiero hablar contigo —dijo repentinamente.

El nunca había llegado a decidir si los ojos de ella eran azules o grises; parecían variar según la luz, y bajo esta luz sus ojos eran casi incoloros.

—Andrew, ¿te resultará muy duro? ¿Compartir una habitación cuando todavía no... no podemos compartir la cama? Se lo habían advertido la primera vez que hablaron de matrimonio, le habían advertido que ella había sido condicionada tan profundamente que tal vez pasaría un largo tiempo antes de que pudieran consumar su matrimonio. Sin que ella se lo pidiera, él le había prometido que nunca la apresuraría ni la presionaría, sino que esperaría tanto tiempo como fuera necesario.

—No te preocupes, Calista —le dijo ahora, rozándole ligeramente la punta de los dedos—. Ya te lo prometí.

Las pálidas mejillas de ella se tiñeron de un leve rubor.

—Me han enseñado que es... vergonzoso despertar un deseo que no podré satisfacer. Sin embargo, si me mantengo separada de ti, y no lo despierto, de modo que impido que tus pensamientos actúen sobre mí, tal vez las cosas nunca cambien. Pero si estamos juntos, tal vez lentamente las cosas empiecen a cambiar. Pero eso será muy duro para ti, Andrew. —Su rostro se contorsionó—. No quiero que seas desdichado.

Una vez, una sola vez, con gran contención y brevemente, él había hablado de esto con Leonie. Ahora, mientras observaba a Calista, ese breve encuentro, difícil para ambas partes, volvió a su mente como si una vez más se hallara en presencia de la leronis del Comyn. Ella se le había acercado en el patio, diciéndole suavemente:

—Mírame, terrano.

Él había levantado los ojos, incapaz de resistirse. Leonie era tan alta que los ojos de ambos se hallaban a la misma altura.

—Quiero ver a qué clase de hombre le estoy entregando la niña que amo —dijo ella, en voz baja.

Sus miradas se habían cruzado, y durante un largo momento Andrew Carr había sentido que la mujer exploraba y escarbaba en cada idea de su vida, como si en esa única mirada, tan rápida, ella hubiera extraído de él su parte más íntima y la hubiera dejado expuesta, fría y marchita. Finalmente (no habían transcurrido más de un par de segundos, pero había parecido una eternidad), Leonie había suspirado, diciendo:

—Que así sea. Eres honesto y amable y tienes buenas intenciones, pero no tienes la más leve idea de lo que significa el entrenamiento de una Celadora, ¿o te imaginas lo difícil que a Calista le resultará romperlo?

El había sentido deseos de protestar, pero en cambio, solamente había sacudido la cabeza, diciendo humildemente:

—¿Cómo puedo saberlo? Pero trataré de que le resulte lo más fácil posible.

El suspiro de Leonie había parecido brotar de las profundidades de su ser.

—Nada que hagas —había dicho la mujer—, en este mundo o en el otro, podría hacérselo mas fácil. Si eres paciente y cuidadoso, y afortunado, tal vez logres hacérselo posible. No quiero que Calista sufra. Es joven, pero no tanto como para que pueda dejar de lado su entrenamiento sin dolor. El entrenamiento que da como fruto a una Celadora es largo, no puede olvidarse en poco tiempo.

—Lo sé... —había protestado Andrew.

Leonie había suspirado una vez más.

—¿De veras? Lo dudo. No se trata de demorar la consumación del matrimonio durante algunos días, ni siquiera meses: eso es tan solo el principio. Ella te ama, y está ansiosa por tu amor...

—Puedo tener paciencia hasta que esté lista —había jurado Andrew, pero Leonie había replicado, sacudiendo la cabeza:

—La paciencia podría no bastar. Calista no puede olvidar todo lo que aprendió. No quieras saber nada de eso. Tal vez sea mejor para ti no saber demasiado.

—Trataré de facilitarle las cosas —había protestado Andrew. Y una vez más Leonie había sacudido la cabeza, suspirando y repitiendo:

—Nada de lo que puedas hacer facilitará las cosas. Los pollos no pueden volver al huevo. Calista sufrirá, y me temo que tú sufrirás con ella, pero si eres afortunado, si los dos sois afortunados, tal vez logres que ella desande sus pasos. No es fácil. Pero sí posible.

Entonces Andrew había dejado brotar su indignación.

—¿Cómo pueden hacerle eso a unas niñas? ¿Cómo pueden destruir sus vidas de ese modo?

Pero Leonie no había respondido, sino que había agachado la cabeza y se había alejado silenciosamente. Cuando él parpadeó y volvió a abrir los ojos, ella ya había desaparecido, rápida como una sombra, de modo que Andrew empezó a dudar de su cordura, empezó a preguntarse si en realidad la mujer había estado verdaderamente allí o si sus propias dudas y miedos no habrían elaborado una alucinación.

Calista, de pie ante Andrew en esa habitación que compartirían, volvió a alzar los ojos, lentamente, hasta los de él.

—No sabía que Leonie se te había aparecido de esa manera —susurró —, y él vio que la joven apretaba los puños con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron tan blancos como el hueso. Ella le dijo entonces, sin mirarle—: Andrew, prométeme algo.

—Lo que pidas, amor.

—Prométeme... Si alguna vez... deseas alguna mujer, prométeme que la tomarás y que no sufrirás innecesariamente.

—¿Qué clase de hombre crees que soy? —estalló él—. ¡Te amo! ¿Por qué tendría que desear a otra?

—No tengo derecho a esperar... no es correcto, ni natural...

—Mira, Calista —dijo él, y su voz se suavizó—, he vivido mucho tiempo sin mujeres. Nunca me hizo demasiado daño. Unas pocas, aquí y allá, mientras viajaba solo por el Imperio. Nada serio.

Ella se miró las puntas de sus pequeñas sandalias de cuero teñido.

—Eso es diferente, hombres solos que viven alejados de las mujeres. Pero aquí, viviendo conmigo, durmiendo en la misma habitación, todo el tiempo cerca de mí y sabiendo... —Se quedó sin palabras. El deseó tomarla en sus brazos y besarla hasta que la joven perdiera esa mirada rígida, ausente. Le puso las manos sobre los hombros, la sintió tensarse bajo el contacto, y dejó caer las manos. ¡Maldito fuera quien había logrado que la joven incorporara esos reflejos! Pero incluso sin tocarla, sintió la pena y la culpa que la invadían.

—Has hecho mal negocio con tu esposa, Andrew —le dijo suavemente.

—Tengo la esposa que deseo —replicó él con amabilidad.

Damon y Ellemir entraron en la habitación. Ellemir estaba despeinada, sus ojos brillaban, tenían esa mirada vidriosa que Andrew asociaba con las mujeres excitadas. Por primera vez desde que había visto a las mellizas, miró a Ellemir como mujer, no meramente como a la hermana de Calista, y descubrió que le resultaba sensualmente atractiva. ¿O fue que por un momento vio en ella la manera en que tal vez algún día Calista lo miraría? Sintió un ramalazo de culpa. Ella era la hermana de su prometida, en unas pocas horas sería la esposa de su mejor amigo y, entre todas las mujeres, era la única a quien no debía mirar con deseo. Desvió la vista mientras Ellemir se arreglaba, volviendo lentamente a la normalidad.

—Cal —dijo—, debemos hacer poner cortinas nuevas, ya que éstas no han sido ventiladas ni lavadas desde... desde...—vaciló, buscando una analogía— desde la época de Regis IV. —Andrew sabía que la joven había estado en estrecho contacto con Damon, y sonrió para sí.

Justo antes del mediodía resonaron en el patio cascos de caballos, produciendo una conmoción similar a la de un pequeño huracán. Jinetes, ruidos, gritos. Calista se rió.

—¡Ése es Domenic: nadie más llega aquí con tanta furia!

Condujo a Andrew al patio. Domenic Lanart, heredero del Dominio de Alton era un muchacho alto y de pelo rojo, pecoso, montado en un enorme caballo gris. Le arrojó las riendas a un criado, desmontó de un salto, apresó a Ellemir y le dio un exuberante abrazo, y después rodeó a Damon con sus brazos.

—¡Dos bodas en una! —exclamó, arrastrándoles escaleras arriba—. Has demorado bastante tu petición de mano, Damon. El año pasado supe que la deseabas, ¿por qué tuviste que esperar toda una guerra para pedir su mano? Elli, ¿te gustará tener un esposo tan reticente? —Giró la cabeza hacia ambos lados, besándolos a los dos, y después se desasió y se dirigió a Calista.

—¡Y para ti un amante tan insistente como para sacarte de la Torre! Estoy ansioso por conocer a esa maravilla, *breda*.

Pero su voz se hizo súbitamente amable, y cuando Calista le presentó a Andrew, el joven hizo una reverencia. A pesar de toda su exuberancia y sus carcajadas juveniles, el muchacho tenía modales principescos. Tenía manos pequeñas y cuadradas, callosas como las de un espadachín.

—¿De modo que te casas con Calista? Supongo que a toda esa banda de damas viejas y a los pelucones del Concejo no les gustará, pero ya es hora de que tengamos un poco de sangre nueva en la familia. —Se puso de puntillas... Calista era una mujer alta, y a pesar de su aspecto desgarbado y de su estatura, pensó Andrew, Domenic todavía no había terminado de crecer... Depositó un beso en la mejilla de su hermana—. Que seas feliz, hermana. ¡Por la caridad de Avarra! Te lo mereces, si te atreves a casarte así, sin el permiso del Concejo ni las *catenas*.

—*Catenas* —dijo ella con desprecio—. ¡Preferiría casarme con un habitante de las Ciudades Secas, y que me encadenara!

—Bien por ti, hermana. —Se dirigió a Andrew mientras entraban en el salón—. El mensaje de mi padre decía que eres terrano. He hablado con algunos de los tuyos en Thendara. Parecen buena gente, aunque perezosa. Por los dioses, tienen máquinas para todo; para caminar, para subir las escaleras, para que les sirvan la comida. Dime, Andrew, ¿también tienen máquinas para lavarse? —Estalló en una ruidosa carcajada juvenil, mientras las muchachas se reían.

Se dirigió entonces a Damon:

—¿Así que no volverás a los Guardias, primo? Eres el único maestro de cadetes decente que hemos tenido en mucho tiempo. El joven Danvan Hastur está intentando cubrir tu vacante ahora, pero no funciona. Los muchachos le tienen demasiado respeto, y de todos modos es muy joven, hace falta un hombre de más edad. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Probad con mi hermano Kirian —sugirió Damon, sonriendo—. A él le gusta la vida militar mucho más que a mí. v—Sin embargo, eras un maestro de cadetes condenadamente bueno —dijo Domenic—. Me gustaría que volvieras, aunque supongo que no es un trabajo de hombre, eso de ser una especie de institutriz masculina de un rebaño de muchachitos a medio crecer.

Damon se encogió de hombros.

—Me gustaba que me aceptaran, pero no soy un soldado, y un maestro de cadetes debe tener la capacidad de inspirar a los cadetes cierto amor por el oficio de soldado.

—Sin embargo, no demasiado amor —dijo *Dom* Esteban, que los había escuchado con interés mientras se aproximaban a él—, pues si no, los endurecerá demasiado, convirtiéndolos en bestias, no en hombres. ¿Así que por fin has llegado, Domenic, muchacho?

El joven se rió.

—No, papá, todavía ando de fiesta en las tabernas de Thendara. Lo que estás viendo es mi fantasma. —Pero la alegría desapareció de su rostro al ver a su padre, delgado, encanecido, con las piernas cubiertas con una piel de lobo. Se dejó caer de rodillas junto a la silla de ruedas.

—Papá, oh, papá —dijo con voz estremecida—, hubiera venido de inmediato si me hubieras hecho llamar, en serio...

El señor de Alton puso sus manos sobre los hombros de Domenic.

—Ya lo sé, muchacho, pero tu lugar estaba en Thendara, ya que yo no podía estar allí. Aunque verte me produce más alegría de la que puedo expresar.

—También a mí —dijo Domenic, incorporándose y mirando a su padre —. Me alivia ver que estás bien y con buen ánimo... ¡En Thendara se decía que estabas al borde de la muerte, e incluso muerto y enterrado!

—No es para tanto —dijo *Dom* Esteban, riéndose—. Ven aquí y siéntate a mi lado, cuéntame lo que ocurre en la Guardia y en el Concejo.

Era fácil advertir, pensó Andrew, que el muchacho era el hijo mimado de *Dom* Esteban.

—Lo haré con gusto, papá, pero éste es un día de boda... ¡y en lo que tengo para contarte hay poca alegría! El príncipe Aran Elhalyn cree que soy muy joven para comandar la Guardia, aun estando tú enfermo en Armida, y pasa noche y día murmurando eso en los oídos de Hastur. Y Lorenz de Serráis... Perdóname por hablar mal de tu hermano, Damon...

Damon sacudió la cabeza.

—Mi hermano y yo no mantenemos buenas relaciones, Domenic, así que di lo que quieras.

—Lorenz, maldito zorro intrigante, y el viejo Gabriel de Ardáis, que quiere el cargo para el matón pretencioso de su hijo, están dispuestos a cantar la misma melodía, o coro: yo soy demasiado joven para comandar la Guardia. Se pasan todo el tiempo revoloteando alrededor de Aran, dándole regalos y halagándole, a un paso del soborno, para convencerle de que nombre comandante a uno de ellos mientras tú estás aquí en Armida. ¿Estarás de regreso antes del Solsticio de Verano, padre?

Una sombra cruzó por el rostro del inválido.

—Será como los Dioses lo quieran, hijo. ¿Crees que es posible que los Guardias sean comandados por un hombre atado a su silla de ruedas, con unas piernas que no tienen más utilidad que las aletas de un pez?

—Mejor un comandante inválido que un comandante que no sea Alton —dijo Domenic con feroz orgullo—. ¡Yo podría comandar en tu nombre, hacerlo todo en tu lugar, si tan sólo tú estuvieras *allí* para comandar tal como lo han hecho los Alton durante tantas generaciones!

Su padre le tomó las manos con fuerza.

—Ya veremos, hijo. Ya veremos lo que ocurre.

Pero Damon pudo ver que la sola idea había infundido súbita esperanza y resolución a Lord Alton. ¿Sería capaz de comandar una vez más la Guardia desde su silla de ruedas, con Domenic a su lado?

—Lástima que ahora no tengamos a ninguna Lady Bruna en la familia —dijo Domenic risueñamente—. Dime, Calista, ¿tú no tomarías la espada, como lo hizo Lady Bruna, para comandar a los Guardias?

Ella se rió, sacudiendo negativamente la cabeza.

—No conozco esa historia —dijo Damon, y Domenic la repitió, sonriendo.

—Ocurrió hace muchas generaciones...no sé cuántas, pero su nombre, Lady Bruna Leynier, está inscrito en el pliego de los comandantes. Cuando su hermano, que era Lord Alton, fue asesinado dejando un hijo de sólo nueve años, tomó a la madre del niño en matrimonio como compañera libre para protegerla, tal como pueden hacerlo las mujeres, y comandó los

Guardias hasta que el niño llegó a la mayoría de edad. En los anales de la Guardia figura que fue una comandante notable. ¿No querrías tener esa fama, Calista? ¿No? ¿Ellemir? —Sacudió la cabeza con fingida pena cuando ambas se negaron—. Caramba, ¿qué les ha pasado a las mujeres de nuestro clan? ¡Ya no son lo que solían ser en otras épocas!

Al estar todos de pie en torno a la silla de ruedas de *Dom* Esteban, el parecido familiar resultaba notable. Domenic tenía el mismo aspecto que Calista y Ellemir, aunque su pelo era más rojo, sus rizos más indisciplinados y sus pecas más doradas y abundantes. Y Dezi, silencioso e ignorado detrás de la silla de ruedas, era un reflejo más pálido de Domenic. Domenic levantó la vista y lo vio, y le propinó un afectuoso golpecito en el hombro.

—¿De modo que estás aquí, primo? Oí decir que te habías marchado de la Torre, y no te culpo. Yo pasé cuarenta días allí hace unos años, mientras me probaran el *laran*... ¡y no veía el momento de irme! ¿También tú te casaste, o te despidieron?

Dezi vaciló y miró para otro lado, y Calista se interpuso.

—Allí no aprendiste nada de nuestras cortesías, Domenic. Esa pregunta jamás debe formularse. Es algo a resolver entre un telépata y su Celadora, y si Dezi prefiere no hablar de ello es imperdonablemente grosero preguntárselo.

—Oh, lo siento —dijo Domenic, de buen grado, y sólo Damon advirtió el alivio que se pintaba en el rostro de Dezi—. Simplemente, es que no veía el momento de irme de allí, y quería saber si a ti te había ocurrido lo mismo. A algunos les gusta. Mira a Calista, que se pasó allí casi diez años, y otros... Bien, no era para mí.

Damon, observando a los dos muchachos, pensó con dolor en Coryn... ¡tan parecido a Domenic a la misma edad! Le pareció saborear otra vez los casi olvidados días de su propia juventud, cuando él, el más torpe de los cadetes, había sido aceptado como uno más a causa de su amistad con Coryn, quien, al igual que Domenic, había sido el más querido, el más enérgico y el más revoltoso de todos.

Eso había ocurrido en la época anterior al fracaso, al desesperanzado amor y a la humillación que lo habían marcado tan profundamente... pero pensó que todo eso había ocurrido también antes de que conociera a Ellemir. Domenic, que sintió sobre él la mirada de Damon, alzó los ojos y le sonrió y Damon sintió que desaparecía el peso de su soledad. Tenía a Ellemir, y a Andrew y Domenic como hermanos. El aislamiento y la soledad habían terminado para siempre.

Domenic tomó a Dezi del brazo, con un gesto amistoso.

—Mira, primo, si te cansas de andar por aquí revoloteando alrededor de mi padre, ven a Thendara y te conseguiré una comisión en el cuerpo de cadetes... puedo hacerlo, ¿verdad, padre? —preguntó. Ante el indulgente asentimiento de su padre, agregó—: Siempre necesitamos muchachos de buena familia, y cualquiera puede ver que tienes sangre Alton, ¿no es cierto?

—Eso me han dicho siempre —dijo Dezi con suavidad—. Si no, jamás hubiera podido atravesar al Velo de Arilinn.

—Bien, eso no importa lo más mínimo en los cadetes. La mitad de nosotros somos bastardos de algún noble —volvió a reírse a carcajadas—, ¡y el resto somos pobres diablos hijos legítimos de algún noble, que sudamos para demostrar que somos dignos hijos de nuestros padres! Pero he sobrevivido a tres años de eso, y tú también lo harás, así que ven a Thendara y te conseguiré algo. Desnuda está la espalda de quien no tiene hermanos, dicen, y como Valdir está con los monjes en Nevarsin, me gustará que estés conmigo, pariente.

El rostro de Dezi se ruborizó un poco.

—Gracias, primo —dijo en voz baja—. Me quedaré aquí mientras tu padre me necesite. Después de todo, será para mí un placer. —Se volvió rápidamente, mirando con atención a *Dom* Esteban—. Tío, ¿qué te ocurre? —El anciano se había puesto pálido y había caído contra el respaldo de su silla.

—Nada —musitó *Dom* Esteban, recobrándose—. Un desmayo momentáneo. Tal vez, como dicen en las montañas, alguien orinó sobre mi

tumba, o tal vez sólo sea que éste es mi primer día erguido después de pasarme tanto tiempo acostado.

—Deja que te ayude a volver a la cama, tío, para que descanses hasta la hora de la boda —dijo Dezi.

—Yo te ayudaré —ofreció Domenic. y mientras los dos alborotaban alrededor del anciano, Damon advirtió que Ellemir los observaba con una extraña expresión sombría.

—¿Qué pasa, *preciosa*[3]?

—Nada, una premonición, no lo sé —dijo Ellemir, estremeciéndose—, pero mientras hablaba lo vi caer muerto ante esta mesa...

Damon recordó que, ocasionalmente, en los Alton un poco de precognición solía acompañar el don del *laran*. Siempre había sospechado que Ellemir estaba mejor dotada de lo que ella misma se había permitido suponer. Pero apaciguó su inquietud y le dijo, amorosamente:

—Bien, no es un hombre joven, querida, y vamos a establecer nuestro hogar aquí. Es lógico que algún día lo veamos morir. No te preocupes, cariño. Y ahora, supongo que debo ir a presentarle mis respetos a mi hermano Lorenz, ya que ha elegido honrar mi boda con su presencia. ¿Crees que podremos evitar que él y Domenic se maten a golpes?

Y en cuanto Ellemir volvió a dedicarse a las ideas de la celebración y de los huéspedes que llegarían, su palidez cedió. Pero Damon deseó haber compartido su experiencia. ¿Qué habría visto Ellemir?

Andrew observó, con sensación de irrealidad, cómo se acercaba la boda. El matrimonio entre compañeros libres consistía en una simple declaración ante testigos, y se llevaría a cabo al final de la cena ofrecida a los invitados y a los vecinos de fincas vecinas, que habían sido avisados para que tomaran parte en la celebración. Andrew no tenía parientes ni amigos aquí, y aunque había dejado de lado esa carencia con bastante facilidad, a medida que el momento se acercaba descubrió que hasta envidiaba a Damon la presencia del engolado Lorenz, de pie a su lado para la solemne declaración que convertiría a Ellemir, según la ley y la costumbre, en su esposa. ¿Cómo

era el proverbio que Domenic había citado? «Desnuda está la espalda de quien no tiene hermanos.» Bien, la de él estaba ciertamente desnuda.

En torno a la larga mesa del Gran Salón de Armida, dispuesta con los más finos manteles y con la mejor vajilla, se reunían todos los granjeros, pequeños hacendados y nobles de los alrededores. Damon estaba pálido y tenso, más apuesto que de costumbre con su traje de cuero suave, teñido y ricamente bordado, con los colores que según había oído decir Andrew pertenecían a su Dominio. A Andrew, el verde y el naranja la resultaban estridentes. Damon tendió la mano a Ellemir, quien rodeó la mesa para unírsele. Se la veía pálida y grave con su vestido verde, el pelo recogido por una redecilla plateada. Detrás de ella, dos muchachas jóvenes (le había dicho a Andrew que eran compañeras de juego de cuando ella y Calista eran niñas, una mujer noble de una finca cercana, la otra una aldeana de sus predios), se colocaron a su lado.

—Amigos —dijo Damon con firmeza—, nobles y gentiles, os hemos reunido para que seáis testigos de nuestra promesa. Sed todos testigos de que yo, Damon Ridenow de Serráis, nacido libre y no comprometido con mujer alguna, tomo como compañera libre a esta mujer, Ellemir Lanart-Alton, con el consentimiento de sus parientes. Y proclamo que sus hijos serán declarados herederos legítimos de mi cuerpo, y que compartirán mi herencia y propiedades, sean grandes o pequeñas.

Ellemir le tomó la mano. Su voz sonó como la de una niña en la enorme habitación.

—Sed todos testigos de que yo, Ellemir Lanart, tomo a Damon Ridenow como compañero libre, con el consentimiento de nuestra familia.

Hubo un estallido de aplausos y carcajadas, abrazos y besos para el novio y felicitaciones para la novia. Andrew tomó en las suyas las manos de Damon, pero Damon lo abrazó, como era costumbre allí, entre parientes, y su mejilla rozó levemente la de su amigo. Después Ellemir se apretó ligeramente contra él, de puntillas, y por un momento sus labios se posaron sobre los de Andrew. Por un instante, mareado, le pareció que había recibido el beso que Calista nunca le había dado, y su mente se nubló. Por

un instante no supo cuál de las dos le había besado realmente. Ellemir se rió de él, diciéndole suavemente:

—¡Es demasiado temprano para que estés borracho, Andrew! Los recién casados dieron una vuelta para aceptar todos los besos, abrazos y buenos deseos. Andrew sabía que de un momento a otro le tocaría el turno de hacer su declaración, pero debía sostenerse solo.

—Si quieres —le dijo Domenic en un susurro, acercándose a él—, yo puedo respaldarte como pariente, Andrew. Eso sólo significa anticipar el hecho unos pocos minutos.

Andrew se conmovió ante el gesto, pero vaciló antes de aceptar.

—No sabes nada de mí, Domenic...

—Oh, eres el elegido de Calista, y eso es suficiente garantía acerca de tu carácter —dijo Domenic con ligereza—. Después de todo, conozco muy bien a mi hermana. —Se puso en pie con Andrew, como si diera la cosa por hecha—. ¿Viste la cara agria de *Dom* Lorenz? Es difícil creer que sea el hermano de Damon, ¿no es cierto? ¡No creo que hayas visto a la mujer con la que *él* se casó! ¡Creo que le envidia a Damon mi bonita hermana! —Mientras se desplazaban rodeando la mesa, murmuró—: Puedes usar las mismas palabras que usó Damon, o las que se te ocurran... no hay ninguna fórmula establecida. Pero deja que sea Calista quien declare legítimos a tus hijos. Sin ánimos de ofenderte, eso le corresponde hacerlo o no hacerlo al padre de mayor rango.

Andrew le agradeció el consejo. Ahora se hallaba de pie ante la cabecera de la larga mesa, frente a los invitados, vagamente consciente de la presencia de Domenic detrás de él, de la de Dezi frente a él, en el otro extremo de la mesa, de los ojos de Calista, fijos, que miraban al frente.

Tragó con dificultad, y escuchó su propia voz, enronquecida. v—Yo, Ann'dra —un nombre doble denotaba en darkovano, al menos cierto grado de nobleza: Andrew no tenía ningún linaje que ellos pudieran reconocer— declaro que, ante testigos, tomo a Calista Lanart-Alton como compañera libre, con el consentimiento de su familia... —Le pareció que debía decir algo más. Recordó una secta terrana que había llevado a cabo sus matrimonios de esta manera, ante testigos, y con un recuerdo vago

parafraseó, traduciendo las palabras del eco que sonaba en su mente—: La tomo para amarla y cuidarla, en los tiempos buenos y en los malos, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, mientras nuestra vida dure, y eso declaro ante todos.

Lentamente, ella rodeó la mesa para reunirse con él. Llevaba puesto un vaporoso vestido de color carmesí, bordado en oro. Ese color apagaba el de su pelo y la hacía parecer más pálida. El había escuchado que era el color y la vestimenta reservada para las Celadoras. Leonie, detrás de ella, se hallaba similarmente ataviada, solemne y grave.

Sin embargo, la tranquila voz de Calista pareció la de una cantante profesional. A despecho de su suavidad, podía escucharse en toda la habitación.

—Yo, Calista de Arilinn —dijo, y sus dedos se tensaron casi convulsivamente mientras pronunciaba el título ritual en voz alta por última vez—, tras haber abandonado mi santo oficio para siempre con el consentimiento de mi Celadora, tomo a este hombre, Ann'dra, como compañero libre. También declaro —y su voz tembló— que si le doy hijos, éstos serán legitimados ante el clan y el concejo, en casta y en herencia. —Luego agregó, y a Andrew le pareció que había en su voz un tono desafiante—: Que los dioses y las cosas sagradas de Hali sean testigos.

En ese momento vio que Leonie tenía sus ojos clavados en él. Parecían revelar una tristeza insondable, pero él no tuvo tiempo de preguntarse la razón. Inclinó la cabeza, tomando las manos de Calista y rozándole la punta de los dedos con los labios. Ella no rechazó ese contacto, pero él sabía que estaba defendida, que en realidad el roce no le había llegado, que de alguna manera ella había logrado soportar este beso ritual delante de los testigos, sólo porque sabía que hubiera sido escandaloso no hacerlo. La desolación que Andrew vio en sus ojos le causó un dolor agónico, pero ella le sonrió, murmurando:

—Tus palabras fueron muy bellas, Andrew. ¿Son terranas?

El asintió, pero no tuvo tiempo de darle más explicaciones, pues fueron arrastrados por una ronda de abrazos y congratulaciones similares a la que

había rodeado antes a Damon y Ellemir. Después, todos se arrodillaron para recibir la bendición de *Dom* Esteban y la de Leonie.

Muy pronto, en cuanto empezaron las celebraciones, se hizo evidente que el verdadero propósito de la fiesta era que los vecinos conocieran y juzgaran a los hijos políticos de Dom Esteban. Por supuesto, de nombre y por reputación conocían a Damon: un Ridenow de Serráis, un oficial de los Guardias. Andrew, sin embargo, quedó gratamente sorprendido al ver cómo lo aceptaban y lo recibían y qué poca atención atraía. Sospechaba —y más tarde supo que había estado en lo cierto— que en general se suponía que lo que hacía un señor del Comyn era incuestionable.

Todo el mundo bebía, y muy pronto se vio arrastrado a la danza. Todos se unieron, incluso la solemne Leonie, que tomó del brazo a Lord Serráis. Hubo algunos juegos y bromas pesadas. Andrew fue arrastrado a participar en un juego donde había muchos besos, regido por reglas confusas. En un momento de calma, logró transmitirle a Ellemir algo de su confusión. Ella tenía el rostro arrebolado, y Andrew sospechó que había estado bebiendo bastante de ese vino dulce y pesado. Ella soltó una risita.

—Oh, es un cumplido para Calista que todas estas jóvenes encuentren deseable a su marido. Y además, desde el Solsticio de Invierno hasta el del Verano, sólo ven a sus hermanos y parientes; tú eres un rostro nuevo y les resultas excitante.

Eso parecía bastante razonable, pero aún así, cuando se trataba de jugar a los besos con muchachas borrachas, apenas adolescentes, le parecía que era demasiado viejo para una fiesta de esa clase. De todas maneras, nunca le había gustado mucho beber, ni siquiera entre sus propios compatriotas, cuyas bromas conocía perfectamente. Miró a Causea con anhelo, pero una de las reglas no escritas parecía ser que el marido no debía bailar con su propia esposa. Cada vez que lograba acercarse a ella, otros se interponían y los separaban.

Todo se hizo tan obvio que finalmente buscó a Damon para preguntárselo. Su amigo se rió.

—Había olvidado que tú eras un extraño en las Kilghard Hílls, hermano. No querrás privarlos de su diversión, ¿verdad? Es un juego común en las

bodas, eso de mantener separados a marido y mujer, para que no puedan escaparse a consumar el matrimonio en privado, antes de que los lleven a la cama. Entonces todo el mundo tiene la oportunidad de hacer la clase de bromas que aquí se estilan en las bodas. —Volvió a reírse con picardía... ¡y de repente Andrew se preguntó qué era lo que le esperaba!

Damon captó sus pensamientos con exactitud.

—Si la boda se hubiera llevado a cabo en Thendara —le dijo—, allí son más sofisticados, y también más civilizados. Pero aquí persisten las costumbres rurales, y me temo que están muy próximas a la Naturaleza. A mí no me preocupan demasiado, pero claro, yo fui criado aquí. A mi edad, tendré que soportar más bromas de las habituales... aquí la mayoría de los hombres se casan cuando tienen la edad de Domenic. Y Ellemir también creció aquí y le ha tomado el pelo a muchas novias, de modo que supongo que se divertirá tanto como las demás. Pero me gustaría ahorrarle todo esto a Calista. Ella ha estado más... protegida. Y una Celadora que abandona su lugar es una presa especial para las bromas procaces; me temo que planean algo verdaderamente duro para ella.

Andrew miró a Ellemir, que reía, sonrojada, en medio de una ronda de muchachas. Calista estaba rodeada de manera similar, pero tenía aspecto desdichado y miserable. Andrew advirtió, no obstante, con alivio, que aunque muchas mujeres reían, sonrojadas y excitadas, a carcajadas, otras muchas, en general las más jóvenes, se veían como Calista, con aspecto tímido e incómodo.

—¡Bebe! —Domenic puso una copa en manos de Andrew—. No puedes estar sobrio en una boda, es una falta de respeto. De todos modos, si no te emborrachas, tal vez te pongas demasiado ansioso y te comportes mal con la novia, ¿verdad, Damon? —Agregó alguna broma acerca de la luz de la luna que Andrew no alcanzó a comprender, pero que hizo que Damon se riera, avergonzado.

—Veo que estás consultando a Andrew para que te aconseje acerca de lo que harás esta misma noche, más tarde. Dime, Andrew, ¿tu gente también tiene una máquina para eso? ¿No? —Fingió un exagerado alivio—.

¡Me alegro! Tenía miedo de que tuviéramos que hacer arreglos para una demostración especial.

Dezi observaba a Damon con concentrada atención. ¿Ya estaba borracho?

—Me alegra —dijo Dezi— que hayas declarado tu intención de legitimar a tus hijos. A tu edad, ¿pretendes decirme que no tienes hijos, Damon?

Damon le respondió sonriente, ya que una boda no era el momento adecuado para ofenderse por las intrusiones ni las inquisiciones.

—No soy monje ni *ombredin*, Dezi, de modo que no lo creo imposible, pero si los tengo, sus madres no se han tomado el trabajo de informarme acerca de su existencia. Pero aceptaría de buen grado un hijo, bastardo o no. —Repentinamente, su mente contactó con la de Dezi; ebrio, el muchacho no se había bloqueado, y entre ese estallido de amargura, Damon entendió una cosa importante, advirtiendo por primera vez qué era lo que verdaderamente constituía el núcleo del resentimiento del muchacho.

Dezi creía ser hijo de *Dom* Esteban, nunca reconocido. Pero ¿acaso Esteban le hubiera hecho eso a algún hijo suyo, independientemente de cómo lo hubiera engendrado?, se preguntó Damon. Recordó que Dezi tenía *laran*.

Más tarde, cuando le mencionó el incidente a Domenic, éste le respondió:

—No lo creo. Mi padre es un hombre justo. Reconoció sus hijos *nedestro*, engendrados con Larissa d'Asturien, y les otorgó propiedades. Ha sido tan amable con Dezi como con cualquier otro pariente, pero si Dezi hubiera sido su hijo, seguramente lo habría dicho así.

—Lo envió a Arilinn —argumentó Damon—, y sabes que sólo los de pura sangre Comyn pueden ir allí. No ocurre eso en las otras Torres, pero sí en Arilinn...

Domenic vaciló.

—No discutiré las actitudes de mi padre a sus espaldas —dijo al fin, con firmeza—. Ven a preguntárselo.

—¿Es el momento para esa pregunta?

—Una boda es el momento adecuado para arreglar cuestiones de legitimidad —dijo Domenic firmemente, y Damon le siguió, pensando que todo esto era muy típico de Domenic, que quería zanjar la cuestión en cuanto se había presentado.

Dom Esteban estaba sentado a un lado, hablando con una pareja exageradamente cortés, que se escapó a bailar en cuanto vieron al hijo que se aproximaba. Domenic hizo la pregunta sin rodeos.

—Padre, ¿Dezi es nuestro hermano o no lo es?

Esteban Lanart bajó los ojos hasta la piel de lobo que le cubría las rodillas.

—Bien podría serlo, muchacho —dijo.

—¿Y por qué, entonces, no ha sido reconocido? —preguntó Domenic con ferocidad.

—¿Una vulgar ramera? —demandó Domenic, triste y asqueado.

—¿Por quién me tomas? No, por descontado que no. Era una de mis parientas. Pero ella... —de manera extraña, el rudo anciano se sonrojó, incómodo—. Bien... —dijo por fin—, la pobre chica está muerta ahora, y ya no es posible avergonzarla. Fue en un festival del Solsticio de Invierno, y todos estábamos borrachos, y esa noche ella se acostó conmigo... y no sólo conmigo, sino también con cuatro o cinco de mis primos. De modo que cuando quedó embarazada, ninguno de nosotros estuvo dispuesto a reconocer al muchacho. He hecho todo lo que he podido por él, y al mirarlo resulta obvio que tiene sangre Comyn, pero puede haber sido mío, o de Gabriel, o de Gwynn...

Domenic tenía la cara roja, pero persistió.

—No obstante, un hijo del Comyn debió haber sido reconocido.

Esteban pareció incómodo.

—Gwynn siempre dijo que lo haría, pero murió antes de concretarlo. Yo he vacilado en contarle la historia a Dezi, porque pienso que heriría más su orgullo que una simple bastardía. No creo que haya sido maltratado —dijo, defensivamente—. Yo lo he traído a vivir aquí, lo envié a Arilinn. Ha tenido todo lo que puede tener un heredero *nedestro*, salvo el reconocimiento formal.

Damon reflexionó acerca de eso mientras regresaba a la danza. No era sorprendente que Dezi fuera quisquilloso y perturbado; obviamente, percibía una desgracia que trascendía la bastardía. Era una desdicha que una joven de buena familia hubiera sido tan promiscua. Él sabía que Ellemir había tenido amantes, pero al menos los había elegido con discreción y uno de ellos había sido el esposo de su hermana, lo que constituía una costumbre bien establecida. No se había producido ningún escándalo. Tampoco se había arriesgado a dar a luz un niño que ningún hombre quisiera reconocer.

Cuando Damon y Domenic se marcharon, Andrew fue de mal humor a buscar otra copa. Pensó, un poco sombríamente, que considerando lo que le esperaba esa misma noche, le convenía emborracharse todo lo que pudiera. Entre esas costumbres montañesas que a Damon le parecían divertidas, y el hecho de que Calista y él no pudieran todavía consumar el matrimonio, preveía que iba a ser un infierno en vez de una noche de bodas.

Pensándolo bien, tendría que hacer equilibrios, suficientemente borracho como para esfumar un poco su sensación de incomodidad, pero lo suficientemente sobrio como para cumplir la promesa a Calista, sin presionarla ni apresurarla. La deseaba —nunca en su vida había deseado tanto a una mujer—, pero la deseaba voluntariamente, si ella compartía el mismo deseo. Sabía perfectamente que no le causaría ningún placer nada que se pareciera a una violación, y en el estado actual de la joven, cualquier cosa se parecería a eso.

—Si no te emborrachas, podrías ponerte demasiado ansioso y maltratar a tu novia.

¡Condenado Dómenle, condenadas bromas! Afortunadamente ninguno de ellos, salvo Damon, que comprendía el problema, sabía nada de lo que estaba ocurriendo.

Si lo supieran... ¡Bien, probablemente les parecería gracioso!, pensó Andrew. ¡Otra broma procaz más para esta boda!

Repentinamente se sintió triste, acongojado... ¡Calista! ¡Calista en problemas, en alguna parte! Se apresuró hacia ella, dejando que su sensibilidad telepática le guiara.

La encontró en un extremo del salón, apretada contra la pared por Dezi, que había puesto un brazo a cada lado de ella para que no pudiera esquivarlo ni escaparse. El muchacho se inclinaba hacia ella, como para besarla. Ella giró hacia un lado y luego hacia el otro, tratando de evitar sus labios, implorante.

—No lo hagas, Dezi, no quiero defenderme contra un pariente...

—No estamos en la Torre, *domna*. Vamos, un beso de verdad...

Andrew atrapó al muchacho por un hombro y lo empujó a un lado, levantándolo del suelo.

—¡Maldición, déjala en paz!

—No era más que una broma entre parientes —dijo el muchacho, ceñudo.

—¡Una broma que Calista no parecía disfrutar! —dijo Andrew—. ¡Desaparece! O te...

—Me harás ¿qué? —se mofó Dezi—. ¿Me desafiarás en duelo?

Andrew miró al joven delgado, sonrojado, furioso, obviamente borracho. Súbitamente su ira se esfumó. Había algo bueno, pensó, en la costumbre terrana que prohibía beber hasta una determinada edad.

—¡Demonios, un desafío! —dijo riéndose, mirando al muchacho enfurecido—. Te pondré sobre las rodillas y te daré una paliza por ser un niño tan travieso. ¡Ahora vete, ponte sobrio y deja de molestar a los adultos!

Dezi le lanzó a Andrew una mirada asesina pero se marchó, y Andrew advirtió que por primera vez desde la declaración se encontraba a solas con Calista.

—¿Qué demonios era todo esto?

Ella estaba tan roja como su vestido, pero trató de bromear.

—Oh, dijo que ahora que yo ya no era Celadora, me hallaba libre para dar salida a la irresistible pasión que él provoca en todas las mujeres.

—Debí haberle propinado una paliza —dijo Andrew.

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, no, creo que simplemente ha bebido de más. Y después de todo, es un pariente. Es probable que sea hijo de mi padre.

Al fin y al cabo, Andrew lo había adivinado al ver a Dezi junto a Domenic.

—Pero ¿es capaz de maltratar así a una muchacha que supone que es su hermana?

—Medio-hermana —respondió Calista—, y en las montañas, los medio-hermanos pueden acostarse juntos si quieren, e incluso casarse, aunque se considera mas afortunado para ellos si no engendran hijos. Y en las bodas se espera que hayan bromas pesadas, de modo que lo que hizo fue simplemente grosero, pero no horrible. Yo soy demasiado sensible y, después de todo, él es muy joven. T

odavía se la veía temblorosa y consternada, y Andrew siguió pensando que debió haberle ajustado las cuentas a Dezi; después, más tranquilo, se preguntó si no habría sido demasiado duro con el joven. Dezi no era ni el primero ni el último joven que bebía de más y se ponía pesado.

Miró el rostro tenso y cansado de Calista.

—Pronto acabará todo, amor —dijo tiernamente.

—Lo sé —dijo ella, y vaciló—. ¿Conoces... la costumbre?

—Damon me la contó —replicó él, con picardía—. Supongo que nos llevan a la cama, con gran profusión de bromas pesadas.

Ella asintió, sonrojándose.

—Se supone que eso estimula el engendramiento de niños, y en esta parte del mundo, la procreación es muy importante para una familia joven, como podrás suponer. Así que simplemente... simplemente tendremos que hacernos a la idea. —Lo miró, sonrojada, y agregó—: Lo siento. Sé que todo esto sólo empeorará las cosas...

Él sacudió la cabeza.

—En realidad, no lo creo —dijo, sonriente—. En todo caso, esa clase de bromas sólo me ayudará a inhibirme. —Una vez más vio asomar la culpa en el rostro de ella, y deseó consolarla y darle seguridad.

—Mira —dijo con suavidad—, piénsalo así: que ellos se diviertan, porque nosotros podemos hacer lo que se nos antoje, y ése será nuestro secreto, como debe ser. Cuando llegue el momento. Así que podemos quedarnos tranquilos e ignorar todas sus tonterías.

Ella suspiró y le sonrió.

—Si verdaderamente lo crees así... —le dijo con ternura.

—Lo creo, amor.

—Estoy tan contenta —dijo ella en un susurro—. Mira, Ellemir está allí, empujada por todas las jóvenes. —Rápidamente, al ver la mirada apenada de él, agregó—: No, no le hacen daño, pero es costumbre que una novia luche un poquito. Se remonta a la época en que las muchachas eran entregadas en matrimonio sin su consentimiento, pero ahora es tan sólo una broma. Ves, los criados se han llevado a mi padre, y Leonie también se retirará, para que los jóvenes hagan tanto barullo como deseen.

Pero Leonie no se retiró, sino que se aproximó a ellos, silenciosa y sombría con su atavío carmesí.

—Calista, niña, ¿quieres que me quede? Tal vez, en mi presencia, las bromas sean un poco más sobrias y adecuadas.

Andrew pudo percibir hasta qué punto Calista deseaba eso, pero sonrió y rozó la mano de Leonie, con ese levísimo roce que era típico entre telépatas.

—Te lo agradezco, parienta. Pero... no debo privar a los demás de su diversión. Ninguna novia se murió jamás de incomodidad, y estoy segura de que no seré la primera.

Y Andrew, al mirarla, valerosamente acorazada para resistir sin quejas las bromas obscenas que los demás hubieran inventado para una Celadora que abandonaba su virginidad ritual, recordó a la joven galante que había hecho osadas bromas, incluso cuando era una prisionera, sola y aterrada en las cavernas de Corresanti.

Es por esto que la amo tanto, pensó.

—Como desees, querida —dijo Leonie con amabilidad—.

Tienes mi bendición. —Les hizo una reverencia solemne y se alejó.

Como si su partida hubiera abierto las esclusas, una marea de jóvenes y muchachas cayó sobre ellos.

—Calista, Ann'dra, perdemos el tiempo aquí, la noche está terminando. ¿Esta noche no tenéis nada mejor que hacer que no sea hablar?

Vio que Damon era empujado por Dezi; Domenic lo tomó de la mano y lo separaron de Calista; vio la marea de muchachas que la rodeaban, ocultándola de su vista. Alguien gritó:

—¡Debemos cerciorarnos de que está lista para ti, Ann'dra, para que no tengas que profanar sus santas vestiduras!

—Venid los dos —gritó Domenic, de buen humor—. Estos dos, estoy seguro, preferirían quedarse aquí bebiendo toda la noche, pero ahora deben cumplir con su deber, porque no se debe hacer esperar a una novia.

Él y Damon fueron llevados en volandas por la escalera, y arrojados en la sala de la suite que habían preparado esa misma mañana.

—No os confundáis ahora —dijo el guardia Caradoc con voz pastosa—. Cuando las novias son mellizas. ¿Cómo hace un simple esposo, y borracho, para saber si está en brazos de la mujer que le corresponde?

—¿Qué importancia tiene? —Preguntó un joven desconocido—. Eso es algo que deben arreglar entre ellos, ¿verdad? Y cuando se ha apagado la luz, todas las mujeres son iguales. Si se confunden entre derecha e izquierda, ¿qué importancia tiene?

—Debemos empezar por Damon. Ha perdido tanto tiempo que debe apresurarse a cumplir con su deber hacia, su clan —dijo Domenic alegremente.

Rápidamente, Damon fue despojado de sus ropas y envuelto en una larga bata. La puerta del dormitorio se abrió ceremoniosamente y Andrew pudo ver a Ellemir, delicadamente vestida de sedas, con el pelo cobrizo suelto que caía libre sobre sus pechos. Tenía el rostro enrojecido y se reía de manera incontrolable, pero Andrew percibió que se hallaba al borde del llanto histérico. Ya era suficiente, pensó. Era demasiado. Todo el mundo debía marcharse.

—Damon —dijo solemnemente Domenic—, te he preparado un presente.

Andrew advirtió, con alivio, que Damon estaba suficientemente borracho como para estar también de buen humor.

—Muy gentil de tu parte, hermano político. ¿Cuál es tu regalo?

—Te he preparado un calendario, donde se indican los días y las lunas. Si cumples con tu deber esta noche, ves... ¡he marcado en rojo la fecha en que nacerá tu primer hijo!

Damon se puso rojo, ahogado de risa. Andrew pudo ver que hubiera preferido tirarle el regalo por la cabeza a Domenic, pero lo aceptó y dejó ceremoniosamente que lo acomodaran en la cama, junto a Ellemir. Domenic dijo algo a la joven, algo que la hizo esconder el rostro bajo las sábanas y después condujo a los espectadores hasta la puerta, con fingida solemnidad.

—Y ahora, para que todos podamos pasar la noche bebiendo en paz, sin ser perturbados por lo que ocurra detrás de estas puertas, tengo otro obsequio para la feliz pareja. Colocaré un apaciguador telepático justo al lado de la puerta...

Damon se incorporó en su cama y les arrojó una almohada, perdiendo por fin la paciencia.

—Ya es suficiente —gritó—. ¡Largaos de aquí y dejadnos en paz! vComo si eso hubiera sido lo que habían estado esperando, y tal vez lo era, el grupo de hombres y mujeres empezó a retroceder rápidamente hacia las puertas'.

—Verdaderamente —reprochó Domenic, mientras su rostro cobraba una expresión de reprobación—, ¿no puedes contener un poquito tu impaciencia, Damon? ¡Mi pobre hermanita, a merced de tanto apresuramiento desconsiderado! Pero cerró la puerta, y detrás, Andrew escuchó que Damon la cerraba con pestillo. Al menos había un límite para las bromas, y Damon y Ellemir ya estaban a solas.

Pero ahora le tocaba el turno. Con pena, pensó que al menos había algo bueno en todo esto. Cuando los hombres terminaran con todas sus bromas de borrachos, él estaría demasiado cansado —y también condenadamente loco— como para cualquier otra cosa que no fuera dormirse.

Lo arrojaron dentro de la habitación en la que le esperaba Calista rodeada de muchachas, amigas de Ellemir, sus propias criadas y mujeres nobles del vecindario. Le habían quitado sus sombríos ropajes, ataviándola con un delgado camisón, igual al de Ellemir y le habían soltado el pelo, que

caía sobre sus hombros desnudos. Ella le lanzó una rápida mirada, y por un momento a Andrew le pareció que ella parecía mucho más joven que Ellemir: joven, perdida y vulnerable.

Percibió que luchaba por controlar el llanto. La timidez y la reticencia eran parte del juego, pero si de verdad rompía a llorar, él sabía que todos los demás se sentirían avergonzados y se lamentarían porque ella les había arruinado la diversión. La despreciarían por ser incapaz de tomar parte en el juego.

Los niños podían ser crueles, pensó él, y muchas de estas muchachas no eran más que niñas. A pesar de su aspecto juvenil, Calista era una mujer. Tal vez nunca había sido niña: la Torre le había robado la niñez... El se acorazó para resistir lo que viniera, sabiendo que por más duro que le resultara, era peor para Calista.

¿Cuánto tiempo puedo aguantar hasta echarlos de aquí, pensó, antes de que ella rompa a llorar y se odie por haberlo hecho? ¿Por qué debe tolerar toda esta necedad?

Domenic lo tomó de los hombros con firmeza y le hizo girar hacia él, dándole la espalda a Calista.

—Presta atención —le advirtió—. Todavía no hemos terminado contigo y las mujeres todavía no han preparado a Calista. ¿No puedes esperar unos minutos?

Y Andrew cedió a la voluntad de Domenic, preparándose a prestar una cortés atención a las bromas que no comprendía. Pero pensó, anhelosamente, en el momento en que Calista y él estarían solos.

¿O sería peor eso? Bien, fuera como fuese, primero tenía que pasar por esto. Permitió que Domenic y los otros lo condujeran a la habitación contigua.

OceanofPDF.com

6

Había veces en las que a Andrew le parecía que la satisfacción de Damon era una cosa visible, algo que podía verse y medirse. En esas ocasiones, a medida que los días se alargaban y el invierno se aproximaba a las Kilghard Hills, Andrew no podía evitar sentir una cruel envidia. No porque quisiera negarle a Damon ni uno solo de esos momentos de felicidad, sino porque anhelaba compartirlos.

También Ellemir se veía radiante. A veces lo hacía estremecerse la idea de que los criados de Armida, los extraños, el mismo *Dom* Esteban, pudieran advertir esta diferencia y echarle la culpa a él, porque después de cuarenta días de matrimonio, Ellemir lucía radiante, mientras que Calista parecía, día tras día, más pálida y grave, más apenada y reticente.

Andrew no era desdichado. Se sentía frustrado, sí, pues a veces era intolerable estar tan cerca de Calista, teniendo que tolerar las bromas y las chanzas bien intencionadas que eran comunes, suponía, a todos los recién casados de la galaxia, y estar al mismo tiempo tan separado de ella por una línea invisible que no podía cruzar.

Y sin embargo, si hubieran llegado a conocerse de una forma normal, hubiera habido un largo lapso de espera. Recordó que ambos se habían casado al cabo de cuarenta días desde el momento en que se habían conocido. Y de esta manera él podía estar mucho tiempo con ella, llegar a conocer a la Calista exterior tan bien como había llegado a conocerla internamente, a conocer su mente y su espíritu, cuando la joven se hallaba

en poder de los hombres-gato, prisionera en la oscuridad dentro de las cavernas de Corresanti. Entonces, cuando por alguna extraña razón ella no había podido establecer contacto con ninguna otra mente de Darkover, salvo la de Andrew Carr, sus mentes se habían tocado tan profundamente que muchos años de vida en común no hubieran podido crear un vínculo más íntimo. Él la había amado antes de verla en carne y hueso, la había amado por el valor que había mostrado ante el terror, por lo que ambos habrán pasado juntos.

Ahora, había llegado a amarla también por cosas externas: por su gracia, por su voz dulce, por su grácil encanto y por su rápido ingenio. ¡Ella incluso podía hacer bromas acerca de esta frustrante separación, que era mucho más de lo que el mismo Andrew podía hacer! También amaba la gentileza con la que ella trataba a todo el mundo, desde su padre, inválido y a veces fastidioso, hasta el más joven y torpe de los criados de la casa.

Pero no había estado preparado para su inarticulación. A pesar de su ingenio y de su facilidad de comprensión, le resultaba difícil hablar de las cosas que eran importantes para ella. Él esperaba que podrían hablar libremente acerca de las dificultades que ambos debían afrontar, acerca de la naturaleza del entrenamiento que ella había recibido en la Torre, de la manera en que se le había enseñado a no responder a los estímulos sexuales. Pero ella no hablaba del tema, y en las pocas ocasiones en las que Andrew intentó que hablara, ella volvía el rostro, tartamudeaba y quedaba en silencio, con los ojos colmados de lágrimas.

Él se preguntaba si el recuerdo sería tan penoso, y se indignaba nuevamente ante la bárbara modalidad que había deformado la vida de la joven. Esperaba que eventualmente ella se sintiera suficientemente libre para hablarle de eso: no creía que ninguna otra cosa la librara de esa tensión. Pero por el momento no estaba dispuesto a forzarla a nada, ni siquiera a que hablara, y esperaba.

Tal como ella lo había previsto, no era fácil estar tan próximos y al mismo tiempo tan distantes. Dormir en la misma habitación, aunque sin compartir la cama, verla adormilada y sonrojada y bella por la mañana, en la cama, verla a medio vestir, con el pelo suelto... y no atreverse sin

embargo a nada más que un roce casual. La frustración de él adquirió formas extrañas. Una vez, mientras ella se bañaba, sintiéndose tonto pero incapaz de resistirlo, había buscado el camisón de ella y lo había apretado apasionadamente contra su boca, aspirando la fragancia del cuerpo de ella, el delicado perfume que usaba. Se sintió mareado y avergonzado, como si hubiera cometido alguna indecible perversión. Cuando ella volvió, él no pudo mirarla a la cara, sabiendo que ambos estaban mutuamente abiertos y que ella sabía lo que él había hecho. Había evitado sus ojos y se había marchado con rapidez, ya que no quería enfrentarse al desprecio —o la lástima— que imaginaba haber visto en el rostro de la joven.

Se preguntaba si ella preferiría que él durmiera en otra parte, pero cuando se lo preguntó, ella respondió con timidez:

—No, me gusta tenerte cerca.

Se le ocurrió que tal vez esta intimidad, asexuada como era, era un primer paso necesario del nuevo despertar de ella.

Cuarenta días después de la boda, los vientos y las celliscas dieron paso a densas nevadas, y Andrew ocupó su tiempo, día tras día, en hacer los arreglos para el invierno de los caballos y el resto del ganado, acumulando pienso en áreas resguardadas, inspeccionando y aprovisionando los refugios de los pastores de los valles más altos. Solía pasarse días enteros fuera, sobre la montura, y las noches en refugios o en las granjas más lejanas que formaban parte de la enorme propiedad.

Durante este tiempo advirtió hasta qué punto *Dom* Esteban había estado en lo cierto al exigir una fiesta de bodas. En ese momento, sabiendo que la boda habría sido legal con tan sólo uno o dos testigos, Andrew se había enfurecido con su padre político, que no había permitido que su matrimonio se celebrara en la intimidad. Pero aquella noche de bromas pesadas y procaces lo había convertido en uno más de ellos, no en un desconocido venido de cualquier parte, sino en el hijo político de *Dom* Esteban, el hombre a quien habían visto casarse. Eso le había ahorrado años de esfuerzos destinados a ganarse un lugar entre ellos.

Una mañana se despertó escuchando el repiqueteo de la nieve contra los cristales, y supo que había llegado la primera tormenta del invierno. Hoy no

podría salir ni cabalgar. Se quedó allí tendido, escuchando el viento que gemía en las alturas de la vieja casa, revisando mentalmente la disposición de suministros. Aquellas yeguas de cría que estaban en los pastos, junto a las cumbres gemelas... bien, había suficiente pienso acumulado en los refugios, y un arroyo, le había dicho el viejo encargado de los caballos, que nunca se helaba por completo... se arreglarían. Debería haber separado de la manada a los potrillos jóvenes —podía haber peleas—, pero ahora ya era tarde.

Del otro lado de los cristales asomaba una luz gris, que atravesaba el blanco reflejo de la nieve. Hoy no habría sol. Calista estaba inmóvil en la cama del otro extremo del cuarto, de espaldas a él, por lo que sólo podía ver sus trenzas sobre la almohada. ¡Ella y Ellemir eran tan diferentes! Ellemir siempre estaba despierta y activa al alba, Calista nunca se despertaba hasta que el sol no estaba alto. Pronto escucharía a Ellemir moverse en la otra mitad de la suite, pero todavía era temprano, incluso para ella.

Calista gritó en sueños, un grito de terror, ¿otra vez alguna pesadilla de la época que había pasado prisionera de los hombres-gato? De una zancada, Andrew fue hasta ella, pero se incorporó, bien despierta y de manera súbita, mirando a través de él, con el rostro pálido y consternado.

—¡Ellemir! —gritó, conteniendo el aliento—. ¡Debo ir a verla!

Y sin dirigirle ni una palabra ni una mirada, salió de la cama, envolviéndose en una bata, y corrió hacia la zona central de la suite.

Andrew observó, desalentado, pensando en el vínculo entre mellizos. Había sido vagamente consciente del vínculo telepático que existía entre Ellemir y su hermana, aunque las mellizas respetaban su mutua intimidad. Si la señal de peligro de Ellemir había llegado a la mente de Calista, sin duda debía haber sido intensa. Preocupado, empezó a vestirse. Se estaba atando las botas cuando escuchó a Damon en la sala de su suite. Fue a buscarlo, y el rostro sonriente de su amigo disipó sus temores.

—Debes haberte preocupado cuando Calista salió corriendo tan súbitamente. Creo que por un momento Ellemir también tuvo miedo, pero me parece que fue más sorpresa que otra cosa. A muchas mujeres no les

pasa nada, y además Ellemir es muy sana, pero supongo que ningún hombre sabe demasiado de esto.

—Entonces, ¿no está enferma?

—Si lo está, no es nada que no se cure en el momento adecuado —dijo Damon, riéndose, pero de inmediato volvió a. ponerse serio—. Por supuesto, ahora se siente mil pobrecita, pero Ferrika dice que esta etapa pasará en unos diez días más o menos, de forma que la dejé a su cuidado, y con Calista para que la consolara. Un hombre poco puede hacer por ella. Andrew, sabiendo que Ferrika era la comadrona de la propiedad, adivinó de inmediato cuál debía ser la indisposición de Ellemir.

—¿Tenéis por costumbre felicitar a los afortunados?

—Por descontado —dijo Damon con una sonrisa luminosa—. Pero es más adecuado felicitar primero a Ellemir. ¿Bajamos a decirle a *Dom* Esteban que debe esperar un nieto para después del Solsticio de Verano?

Esteban Lanart se mostró encantado al recibir la noticia. Dezi comentó, con una mueca maliciosa:

—Veo que estás muy ansioso por tener tu primer hijo de acuerdo con el programa. ¿De verdad te sientes tan obligado por el calendario que te dio Domenic, pariente?

Por un momento Andrew creyó que Damon le tiraría su taza por la cabeza pero se controló.

—No, más bien esperaba que Ellemir tuviera uno o dos años en los que pudiera estar libre de esas preocupaciones. No sucedería lo mismo si yo fuera heredero de algún Dominio y tuviera una imperiosa necesidad de tener .hijos. Pero ella quería un hijo de inmediato y la elección fue suya.

—Eso es típico de Elli, sin duda —dijo Dezi, abandonando su actitud maliciosa y sonriendo—. Tiene en brazos a todos los bebés que nacen aquí antes de que la criatura cumpla diez días. Iré a felicitarla cuando se sienta mejor.

—¿Cómo está ella, Calista? —preguntó *Dom* Esteban cuando la joven entró en la habitación.

—Está durmiendo —dijo Calista—. Ferrika le dijo que se quedara en cama tanto como pudiera por las mañanas, mientras no se sienta bien, pero

bajará después del mediodía.

Se sentó junto a Andrew, pero eludió sus ojos, y él se preguntó si ver a Ellemir embarazada la habría entristecido. Por primera vez se le ocurrió que tal vez Calista deseara un hijo; supuso que algunas mujeres los deseaban, aunque a él nunca le había parecido demasiado importante.

La tormenta rugió durante más de diez días, mientras la nieve caía densamente. Después, se aclaró el cielo y fuertes vientos convirtieron la nieve en ráfagas impenetrables, hasta que volvió a nevar. Todo trabajo se interrumpió en la propiedad. Por medio de túneles subterráneos, algunos criados se ocupaban de los caballos de silla y de las vacas lecheras, pero poca cosa más podía hacerse.

Armida parecía silenciosa ahora que Ellemir ya no alborotaba por las mañanas. Damon, ocioso a causa de la tormenta, pasaba mucho tiempo junto a ella. Lo perturbaba ver a la activa Ellemir allí tendida, pálida y sin fuerzas, hasta muy tarde, pero Ferrika se rió de su preocupación, diciéndole que todos los esposos se sentían así cuando su esposa quedaba embarazada por primera vez. Ferrika era la comadrona de Armida, responsable de cada niño que nacía en las aldeas de los alrededores. Sin duda, era una responsabilidad tremenda, para la que ella era demasiado joven; sólo el año anterior había sucedido a su madre en ese trabajo. Era una mujer calmada, firme, de cuerpo redondeado, pequeña y de pelo claro, y como sabía que era demasiado joven para ese cargo, ocultaba el pelo, severamente, bajo una cofia, y se vestía con ropas sobrias y sencillas, tratando de parecer mayor.

La casa se tambaleaba sin las eficientes manos de Ellemir al timón, a pesar de que Calista hacía todo lo que podía. *Dom* Esteban se quejaba de que, a pesar de que tenían una docena de mujeres encargadas de la cocina, el pan era incomible. Damon sospechaba que simplemente echaba de menos la compañía de Ellemir, su alegría. El anciano estaba gruñón y caprichoso, y había convertido la vida de Dezi en un suplicio. Calista se dedicó a su padre, tocando el arpa para él y cantándole viejas baladas y canciones, pasándose horas a su lado, jugando a las cartas, o acompañándole mientras

hacía sus labores de costura y escuchaba pacientemente los interminables relatos de las campañas y batallas en las que él había participado durante los años que había estado al mando de los Guardias.

Una mañana, al bajar a la planta baja, Damon encontró el salón colmado de hombres, que en general trabajaban, cuando el clima era mejor, en los campos y los pastos cercanos. En el centro de estos hombres se encontraban *Dom* Esteban en su silla, hablando con tres de ellos todavía cubiertos de nieve y vestidos con pesadas ropas de abrigo, para protegerse del frío exterior. Les habían cortado las botas para sacárselas, y Ferrika estaba arrodillada ante ellos, examinándoles las manos y los pies. El rostro redondo y agradable de la joven tenía una expresión de preocupación; hubo alivio en su voz cuando alzó los ojos y vio que Damon se acercaba.

—¡Lord Damon, tú que fuiste oficial médico en la Guardia, ven a ver esto!

Perturbado por el tono de Ferrika, Damon se inclinó para examinar los pies de uno de los hombres, y después exclamó consternado:

—Hombre, ¿qué te ha ocurrido?

El hombre que se hallaba ante él, alto, desgarbado, con pelo largo y áspero que caía en congelados rizos de duende sobre sus mejillas enrojecidas y curtidas, respondió en el enrevesado dialecto montañés.

—Nos quedamos nueve días atrapados por el frío, *Dom*, en el refugio que está junto al acantilado norte. Pero el viento derrumbó una pared y nos era imposible secarnos las botas y la ropa. Habríamos muerto de hambre, pues sólo teníamos alimentos para tres días, así que cuando la nieve remitió un poco nos pareció mejor tratar de llegar hasta aquí o a las aldeas. Pero hubo un alud en la ladera, y pasamos tres noches al aire libre, en las cornisas. El viejo Reine murió de frío y tuvimos que sepultarlo en la nieve, hasta el deshielo, con algunas piedras. Darrill tuvo que cargarme hasta aquí... —Indicó con un gesto sus pies helados y blancos, en manos de Ferrika—. No puedo caminar, pero no estoy tan mal como Raimon o Piedro.

Damon sacudió la cabeza, acongojado.

—Haré lo que pueda por ti, muchacho, pero no puedo prometerte nada. ¿Están todos tan mal como él, Ferrika?

La mujer sacudió la cabeza.

—Algunos apenas están heridos. Y otros, como puedes ver, están peor. —Señaló a un hombre cuyas botas cortadas dejaban ver unos jirones de piel ennegrecida y colgante.

En total, eran catorce hombres. Rápidamente, uno tras otro, Damon examinó a los heridos, separando a los menos afectados, que tenían unos pocos indicios de congelamiento en los dedos de los pies, las manos y en las mejillas. Andrew ayudaba al mayordomo, que les servía vino caliente y sopa.

—No les deis vino ni licores fuertes —ordenó Damon—, hasta que no sepamos con certeza en qué estado se encuentran.

Separando a los hombres menos dañados, dijo al viejo Rhodri, el mayordomo:

—Lleva a estos hombres al salón de abajo, y haz que te ayuden algunas de las mujeres. Lávales los pies con mucha agua caliente y jabón y... —Se volvió hacia Ferrika—. ¿Tienes extracto de espino blanco?

—Hay un poco en el cuarto de destilación, Lord Damon; le preguntaré a Lady Calista.

—Ponles compresas, después véndales los pies y ponles mucho ungüento. Manténlos calientes, dales tanta sopa y té caliente como deseen, pero ninguna bebida alcohólica.

Andrew lo interrumpió.

—Y en cuanto nuestra gente pueda pasar, debemos enviar un mensaje a sus mujeres, avisando que están bien.

Damon asintió, advirtiendo que eso era lo primero que debería haber recordado.

—Ocúpate de eso, ¿quieres, hermano?

Mientras Rhodri y los otros criados trasladaban a los menos afectados al salón inferior, él se dedicó a los hombres restantes, los que mostraban serios síntomas de congelamiento en manos y pies.

—¿Qué has hecho por éstos, Ferrika?

—Nada todavía, Lord Damon, esperaba que me aconsejaras. No había visto nada igual en muchos años.

Damon asintió, con expresión preocupada. Un congelamiento así, cuando él era niño, cerca de Corresanti, había dejado a casi la mitad de los hombres del villorrio sin dedos, amputados después de haber sufrido una grave congelación. Otros habían muerto debido a las terribles infecciones o a la gangrena.

—¿Qué harías?

Ferrika vaciló.

—No es el tratamiento usual aquí, pero yo sumergiría sus pies en agua un poco más caliente que la temperatura del cuerpo, pero sin que queme. Ya les he prohibido que se froten los pies, para que no se desprendan la piel. El congelamiento es profundo. Serán afortunados si sólo pierden la piel. —Con decisión, ya que Damon no contestó, la joven añadió—: Los rodearía de ladrillos calientes para estimular la circulación.

Damon asintió.

—¿Dónde aprendiste todo eso, Ferrika? Temí tener que prohibirte que aplicaras los remedios tradicionales, que sólo hacen que empeoren las cosas. Ése es el mismo tratamiento que se usa en Nevarsin, y tuve que luchar para imponerlo en Thendara, en la Guardia.

—Fui entrenada en la Casa del Gremio de las Amazonas en Arilinn, Lord Damon; allí entrenan a las comadronas de todos los Dominios, y saben mucho acerca del cuidado de las heridas. Dom Esteban frunció el ceño.

—¡Necedades de mujeres! —dijo—. Cuando yo era niño, me decían que nunca debía dar calor a un miembro congelado, sino frotarlo con nieve.

—Sí —agregó el hombre que tenía los pies hinchados y ennegrecidos —. Pedí a Narron que me frotara los pies con nieve. Cuando mi abuelo se congeló los pies, durante el reinado del viejo Marius Hastur...

—Yo conocí a tu abuelo —le interrumpió Damon—. Caminó con dos bastones hasta el final de sus días, y me parece que tu amigo trató de que tú corrieras la misma suerte, muchacho. Confía en mí, y será mejor para ti. —Se dirigió a Ferrika—. Ponles compresas y cataplasmas, no de agua caliente sola sino con espino negro, muy fuerte; eso hará que la sangre circule por

los miembros hasta el corazón. Y dales también té de espino negro, para estimular la circulación. —Volvió dirigirse al herido—: Éste es el tratamiento que se usa en Nevarsin, donde el clima es mis duro que aquí, y los monjes dicen que gracias a él han salvado a hombres que, de otra manera, hubieran quedado mutilados de por vida.

—¿Y tú no puedes hacer nada más, Lord Damon? —rogó el hombre que se llamaba Raimon, y Damon, mirando los pies azulados, sacudió la cabeza.

—Verdaderamente no lo sé, muchacho. Haré todo lo que pueda, pero esto es lo peor que he visto. Es lamentable, pero...

—¡Lamentable! —Los ojos del hombre centellearon de furia y de dolor —. ¿Eso es todo lo que puedes decir, *vai dom*? ¿Eso es todo lo que significa para ti? ¿Sabes lo que eso significa para nosotros, especialmente este año? ¡No hay una casa en Ardéis o Corresanti que no haya perdido algún hombre o tal vez más por culpa de los condenados hombres-gato, y la cosecha del año pasado se secó sin ser recogida en los campos, de modo que hay hambre en las montañas! Y ahora hay más de una docena de hombres fuertes heridos, tai vez durante meses, y que tal vez no puedan volver a caminar, y lo único que se te ocurre decir es que «es lamentable». —En su dialecto, imitó con furia la cuidada pronunciación de Damon.

»Está muy bien para los que son como tú, *vai dom*... ¡Tú no pasarás hambre, pase lo que pase! Pero ¿qué ocurrirá con mi esposa, con mis hijos? ¿Qué pasará con la esposa de mi hermano y con *sus* hijos, de los que me hice cargo cuando mi hermano enloqueció y se suicidó en las Tierras Oscurecidas, cuando las brujas-gata se pusieron a jugar con su alma? ¿Qué pasará con mi vieja madre, y con su hermano que perdió un ojo y un pierna durante la campaña de Corresanti? Hay muy pocos hombres capaces en las aldeas, así que hasta las niñas y las esposas viejas tienen que trabajar en los campos, y son demasiado pocas para ocuparse de las cosechas y los animales, y tampoco alcanzan para recoger las nueces antes de que la nieve sepulte nuestra comida, y ahora la mitad de los hombres sanos de dos aldeas están aquí con las manos y los pies congelados, tal vez inválidos de por vida... ¡Lamentable!

Su voz se quebraba por la furia y el dolor, y Damon cerró los ojos, apenado. Era demasiado fácil olvidar. ¿La guerra no había terminado, entonces, cuando se estableció la paz en esta tierra? Podía matar a los enemigos comunes, o lanzar hombres armados contra ellos, pero era impotente ante los enemigos mayores... el hambre, la enfermedad, el mal tiempo, la pérdida de hombres capaces.

—No puedo dar órdenes al clima, amigo. ¿Qué quieres que haga?

—Hubo una época..., eso me contó mi abuelo..., en que la gente del Comyn, los de las Torres, los hechiceros, podían usar sus piedras estelares para curar heridas. Eduin —dijo, señalando al Guardia que se hallaba junto a *Dom* Esteban— te vio curar a Caradoc para que el hombre no se desangrara y muriera cuando la espada de un hombre-gato le hirió en la pierna. ¿No puedes hacer algo por nosotros, *vai dom*?

Sin advertirlo conscientemente, los dedos de Damon se cerraron sobre la pequeña bolsa de cuero que pendía de su cuello y que guardaba la piedra matriz que le habían dado en Arilinn, cuando era un técnico psi novato. Sí, podía hacer alguna de esas cosas. Pero como lo habían despedido de la Torre... sintió que se le cerraba la garganta, de miedo y de rechazo. Era difícil, peligroso, inquietante pensar en hacer esas cosas fuera de la Torre, sin la protección del velo electromagnético que defendía a los técnicos psi de pensamientos y peligros exteriores...

Sin embargo, la alternativa era que estos hombres murieran o quedasen inválidos; un sufrimiento indescriptible, como mínimo, y hambre y miseria en las aldeas.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo, sabiendo que su voz temblaba—. No sé si todavía puedo hacer algo. ¿Tío...?

Dom Esteban sacudió la cabeza.

—Nunca tuve esas habilidades, Damon. El poco tiempo que pasé en la Torre fue trabajando en comunicaciones. Y creí que la mayoría de esas habilidades se habían perdido durante las Épocas de Caos.

Damon sacudió la cabeza.

—No, nos las enseñaron a algunos de los que estábamos en Arilinn. Pero no puedo hacer demasiado yo solo.

—*Domna* Calista —dijo Raimon— era *leronis*...

También eso era verdad. Damon trató de controlar su voz.

—Veré qué puedo hacer. Por ahora, lo más importante es ver hasta qué punto la circulación puede recuperarse naturalmente. Ferrika —dijo a la joven, que había regresado trayendo frascos con ungüentos de hierbas y extractos—, por ahora te dejaré al cuidado de estos hombres. ¿Lady Calista está todavía arriba con mi esposa?

—Está en el cuarto de destilación, *vai dom*, y me ayudó a encontrar estas cosas.

Ese cuarto se hallaba en un pequeño corredor trasero, cerca de las cocinas, y era estrecho, con piso de piedra y atiborrado de estantes. Calista, con la cabeza envuelta en una tela azul, estaba clasificando manojos de hierbas secas. Había otras hierbas colgadas de las vigas y en botellas y jarros. Damon arrugó la nariz ante el acre olor a hierbas que invadía el lugar. Calista se volvió hacia él.

—Ferrika me dijo que tienes unos casos graves de congelamiento. ¿Debo ayudar a rodearlos de ladrillos calientes?

—Puedes hacer algo más que eso —dijo Damon y posó la mano, en un gesto involuntario sobre su propia matriz—. Voy a intentar una regeneración celular con los casos más graves, pues si no Ferrika y yo tendremos que amputar al menos una docena de dedos, o algo peor. Pero no puedo hacerlo solo, debes monitorearme.

—Cierto —dijo ella rápidamente, y sus manos se posaron automáticamente sobre la matriz que pendía de su cuello. Ya estaba dejando nuevamente los frascos en los anaqueles cuando se volvió hacia él... y se detuvo, con los ojos desorbitados por el pánico.

—¡Damon, no puedo! —Permaneció en el umbral de la puerta, tensa; una parte de ella ya estaba decidida a la acción, pero otra parte estaba paralizada al recordar la situación real.

—¡He retirado mi juramento! ¡Tengo prohibido hacerlo!

El la miró con gran pena. Podría haber comprendido si Ellemir, que nunca había vivido en una Torre y sabía poco menos que un extraño, le

hubiera dicho esas palabras, esa antigua superstición. ¿Pero Calista, que había sido Celadora?

—*Breda* —dijo con suavidad, rozándole ligeramente la manga, tal como se hacía entre la gente de Arilinn—, no te pido que hagas el trabajo de una Celadora. Sé que nunca más podrás entrar en los transmisores ni en los anillos de energones... eso es para los que viven aparte, salvaguardando sus poderes con la reclusión. Sólo te pido un simple monitoreo, algo que puede hacer cualquier mujer que no viva según las leyes de una Celadora. Se lo pediría a Ellemir, pero está embarazada y no sería prudente. Seguramente sabes que no has perdido esa habilidad: nunca la perderás.

Ella sacudió la cabeza con obstinación.

—No puedo, Damon. Sabes que cualquier cosa de esta clase que haga sólo servirá para reforzar viejos hábitos, viejas... viejas estructuras que ahora debo romper. —Se quedó inmóvil, bella, orgullosa, furiosa, y Damon maldijo para sus adentros los supersticiosos tabúes que le habían inculcado. ¿Cómo podía ella creer todas esas necedades?

—¿Te das cuenta de lo que está en juego, Calista? —le dijo con ira—. ¿Sabes a cuántos sufrimientos condenas a esos hombres?

—¡No soy la única telépata de Armida! —le espetó ella—.¡Ya he dado años de mi vida por eso, ahora basta! ¡Creí que tú, entre todos los hombres, podrías comprenderlo!

—¡Comprender! —Damon sintió la frustración y la furia que estallaban dentro de él—. ¡Lo que comprendo es que eres egoísta! ¿Te vas a pasar el resto de tu vida contando los agujeros de la ropa blanca y haciendo especias para los panes de hierbas? ¿Tú, que fuiste Calista de Arilinn?

—¡No lo digas! —Ella se protegió como si él la hubiera golpeado. Su rostro se contrajo de dolor—. ¿Qué intentas hacerme, Damon? ¡He hecho mi elección, y no hay manera de regresar, aunque quisiera! ¡Para bien o para mal, ya elegí! ¿Crees... —Su voz se quebró y ella le dio la espalda para que no la viera llorar—. ¿Crees que no me he preguntado... una y otra vez... qué es lo que he hecho? —Ocultó el rostro entre las manos mientras todo su cuerpo se convulsionaba por el terrible dolor que sentía y que la desgarraba.

Damon también sintió el dolor que amenazaba con quebrarla y que ella sólo podía controlar merced a un esfuerzo desesperado:

Tú y Ellemir tenéis vuestra felicidad, ella ya tiene a tu hijo. Y Andrew y yo... Andrew y yo... Ni siquiera he sido capaz de besarlo, nunca he estado en sus brazos, nunca he conocido su amor...

Damon giró, aturdido, y salió del cuarto de destilación, escuchando los sollozos que estallaban a sus espaldas. La distancia no mejoró las cosas: el dolor de ella estaba *allí*, con él, *dentro* de él. Se sintió desgarrado, y luchó por alzar sus barreras, por eliminar su propia conciencia de la angustia de la joven. Damon era un Ridenow, un empata, y la emoción de Calista le golpeó tan profundamente que, durante unos instantes, cegado por ese dolor, se tambaleó por el salón, sin saber dónde estaba ni adonde iba.

—*Bendita Cassilda*, pensó.*Sabía que Calista era desdichada, pero no tenía ni idea de hasta qué punto... Los tabúes que rodean a una Celadora son fuertes, y ella creció escuchando relatos acerca de los castigos que se aplican a una Celadora que quebranta su voto... No puedo, no puedo pedirle nada que pueda prolongar su sufrimiento, ni siquiera por un día...*

Al cabo de un rato logró interrumpir el contacto, recluirse un poco dentro de sí... ¿O acaso Calista había podido controlarse?, esperando, contra toda esperanza, que la angustia de la joven no hubiera alcanzado a Ellemir. Después empezó a pensar qué alternativas tenía. ¿Andrew? El terrario no tenía entrenamiento, pero era un telépata poderoso. Y Dezi... aunque lo hubieran despedido de Arilinn al cabo de una o dos temporadas, debía conocer las técnicas básicas.

Ellemir había bajado y estaba ayudando a Dezi en la tarea de lavar y vendar los pies de los heridos menos graves. Los hombres gruñían y se quejaban, doloridos, a medida que la circulación se restablecía en sus miembros congelados, pero a pesar de que sus sufrimientos eran terribles, Damon sabía que sus heridas eran mucho menos serias que las de los otros.

Uno de los hombres lo miró, con el rostro contraído por el dolor, y le rogó:

—¿No podemos beber algo, Lord Damon? ¡Tal vez no sirva para nuestros pies, pero al menos apaciguará el dolor!

—Lo siento —dijo Damon, con pena—. Podéis tomar tanta sopa como queráis, pero nada de vino ni de bebidas fuertes; eso altera mucho la circulación. Después, Ferrika os traerá algo para aliviar el dolor y para ayudaros a dormir. —Pero haría falta mucho más para ayudar a los otros, cuyos pies estaban gravemente congelados.

—Debo ir a ver a tus camaradas, a los que están en peores condiciones. Dezi...

El muchacho pelirrojo lo miró.

—Cuando estos hombres estén atendidos —le dijo Damon—, ven a hablar conmigo, ¿quieres?

Dezi asintió, y se inclinó sobre el hombre cuyos pies estaba untando con un ungüento oloroso, y empezó a vendárselos. Damon advirtió que tenía manos hábiles y que trabajaba rápidamente, con pericia. Damon se detuvo junto a Ellemir, que enrollaba una venda alrededor de unos dedos congelados, y le dijo:

—No trabajes demasiado duro, querida.

Ella le dedicó una sonrisa rápida y alentadora.

—Oh, sólo me siento mal por la mañana, a primera hora. Más tarde, como ahora, me siento perfectamente bien. Damon, ¿puedes hacer algo por esos pobres hombres? Darril, Piedro y Raimon jugaban con Calista y conmigo cuando éramos niños, y Raimon es hermano de crianza de Dómenle.

—No lo sé —dijo Damon, conmovido—. Haré todo lo que pueda por ellos, mi amor.

Regresó al lugar donde Ferrika estaba ocupada con los heridos más graves, y la ayudó a hacer los vendajes preliminares, administrando a los hombres drogas fuertes para aliviar el dolor. Pero sabía que eso era tan sólo el principio. Sin más ayuda que la de Ferrika y sus hierbas medicinales, morirían o quedarían mutilados de por vida. En el mejor de los casos, perderían dedos de las manos y de los pies, y yacerían indefensos e inválidos durante meses.

Calista ya había recobrado su autodominio, y trabajaba con Ferrika, ayudándole a poner ladrillos calientes alrededor del cuerpo de los heridos.

Restaurar la circulación era la única manera de salvarles los pies, y recuperar la sensibilidad de sus miembros, podría considerarse como una victoria. Damon la observó con remota tristeza, sin culparla. Le resultaba difícil superar su propia inquietud al pensar que debía volver al trabajo de matriz.

Leonie le había dicho que era demasiado sensible, demasiado vulnerable, que si persistía acabaría por destruirse.

También le había dicho que, de haber sido mujer, hubiera sido una buena Celadora.

Se dijo firmemente que no la había creído entonces, y se negaba a creerle ahora. Cualquier buen mecánico de matrices podía desempeñar el trabajo de una Celadora, recordó. Sintió un escalofrío de temor al tener que hacer ese trabajo fuera de los seguros confines de una Torre.

Pero era aquí donde lo necesitaban, y aquí donde debía hacerlo. Tal vez hubiera más necesidad de mecánicos de matrices fuera de las Torres, y no dentro de ellas... Damon advirtió hacia dónde lo estaban conduciendo sus pensamientos arbitrarios, y se estremeció ante la blasfemia. Las Torres —Arilinn, Hali, Neskaya, Dalereuth, el resto dispersas en los Dominios— eran el medio por el cual las antiguas ciencias de matriz de Darkover se habían hecho seguras, después de los terribles abusos cometidos durante las Épocas de Caos. Bajo la segura supervisión de las Celadoras —juramentadas, recluidas, vírgenes, desapasionadas, excluidas de las tensiones políticas y personales del Comyn— todos los operarios de matrices eran cuidadosamente entrenados y probados, cada matriz era monitoreada y protegida de los malos usos.

Y cuando se usaba ilegalmente una matriz, fuera de una Torre y sin permiso, ocurrían cosas similares a la oscuridad que tendió el Gran Gato sobre las Kilghard Hills: locura, destrucción, muerte...

Sus dedos vagaron hasta posarse en su matriz. La había usado, fuera de una Torre, para destruir al Gran Gato y para librar del terror a las Kilghard Hills. *Eso* no había sido darle mal uso. Y este trabajo curativo que estaba a punto de hacer tampoco era un mal uso: era legítimo, permitido. Él era un operario de matriz entrenado y sin embargo se sentía inseguro e incómodo.

Finalmente todos los hombres, los más graves y los otros, fueron vendados, alimentados y acostados en los salones interiores. Los más graves habían sido aliviados por las pociones anestésicas de Ferrika y ésta, con algunas mujeres, se había quedado a vigilarlos. Pero Damon sabía que, a pesar de que algunos de los hombres se recuperarían sin más tratamiento que buenos cuidados y ungüentos curativos, con otros no ocurriría lo mismo.

La calma del mediodía se había posado sobre Armida. Ferrika cuidaba a los heridos; Ellemir jugaba a las cartas con su padre y, a petición de *Dom* Esteban, Calista trajo el arpa y empezó a pulsar sus cuerdas. Damon, que la observaba con cuidado, advirtió que, aunque se la veía tranquila, todavía tenía los ojos enrojecidos y sus dedos eran menos firmes que de costumbre mientras pulsaba los primeros acordes.

¿Qué ruido fue ese en el pantano?
Escucha, oh, escúchalo.
¿Qué ruido fue ese aquí, en la oscuridad?
Fue el viento que golpeó la puerta,
Niño, no tengas miedo.
¿Fue ese ruido el de los cascos de un jinete?
Escucha, oh, escúchalo.
¿Fue el ruido de un jinete que se acerca?
Sólo fueron las hojas que se mueven en el techo,
Niño, no temas.
¿Fue eso un rostro asonado a la ventana?
Escucha, oh, escucha...
Una extraña cara oscura...

Damon se incorporó silenciosamente, indicándole a Dezi que le siguiera. Salieron al corredor.

—Dezi —dijo—, sé perfectamente que no se debe preguntar a alguien por qué se marchó de una Torre, pero ¿te importaría contarme, de manera estrictamente confidencial, por qué te marchaste de Arilinn?

—No, no quiero hacerlo —respondió Dezi, hosco—. ¿Por qué debería decírtelo?

—Porque necesito tu ayuda. Viste en qué estado están esos hombres, y sabes que con agua caliente y ungüento de hierbas, al menos cuatro de ellos no volverán a caminar, y que Raimon, sin duda, morirá. Así que entiendes perfectamente lo que tendré que hacer.

Dezi asintió, y Damon prosiguió.

—Sabes que necesitaré que alguien me monitoree. Y si te despidieron por incompetencia; comprenderás que no me atrevería a utilizarte.

Se produjo un prolongado silencio. Dezi miró las baldosas de color lacre, y ambos oyeron que, dentro del Gran Salón, Calista seguía tocando el arpa mientras entonaba:

¿Por qué yace mi padre en el suelo?
Escucha, oh, escucha...
Herido de muerte por una lanza enemiga...

—No fue por incompetencia —dijo por fin Dezi—. No sé bien por qué decidieron que debía irme. —Parecía sincero, y Damon, que era un telépata capacitado para saber cuándo le estaban mintiendo, decidió que probablemente el muchacho decía la verdad—. Sólo puedo pensar que yo no les gustaba. O tal vez —alzó los ojos, en los que brillaba una luz furiosa y acerada— sabían que yo no era siquiera un *nedestro* reconocido, por lo cual no era suficientemente digno ni bueno para su preciosa Arilinn, donde el linaje y la sangre son tan importantes.

Damon pensó que no, que las Torres no funcionaban de esa manera. Pero no estaba seguro. Arilinn no era la Torre más antigua, pero sí la más orgullosa y se jactaba de tener más de novecientas generaciones de sangre Comyn pura, y de tener como primera Celadora a una hija de Hastur. Damon no lo creía, porque pocos registros históricos habían sobrevivido a las Épocas de Caos.

—Vamos, Dezi, si pudiste atravesar el Velo, eso los convencería de que eras Comyn, o de sangre Comyn, y no creo que eso les importara

demasiado. —Pero sabía que nada de lo que pudiera decir serviría para curar la vanidad herida del muchacho, y la vanidad era un defecto peligroso para un mecánico de matrices.

Los círculos de matrices dependían mucho del carácter de la Celadora. Leonie era una mujer orgullosa. Lo era cuando Damon la conoció, con toda la arrogancia de una Hastur, y no dejó de serlo en los años transcurridos desde entonces. Tal vez ella, personalmente, se había mostrado intolerante con respecto al hecho de que Dezi no tuviera un linaje adecuado. O tal vez él tenía razón, y lo que ocurría era simplemente que no les había gustado... En cualquier caso, eso ahora poco importaba. Damon no tenía opción. Andrew era un telépata poderoso, pero carecía de entrenamiento. Dezi, aunque sólo hubiera estado medio año en la Torre, había recibido un meticuloso entrenamiento sobre la mecánica elemental del arte.

—¿Sabes monitorear?

—Pruébame —dijo Dezi.

Damon se encogió del hombros.

—Probemos, entonces.

Desde el salón, la voz de Calista se alzó en un lamento:

¿Qué fue ese grito que rasgó el aire?
Escucha, oh, escúchalo.
¿Qué horrible aullido desesperado, oscuro?
La plegaría de un huérfano, la maldición de una viuda...

—¡Por los infiernos de Zandru! —estalló *Dom* Esteban, con toda la potencia de su voz—. ¿Por qué una canción tan triste, Calista? Llanto y duelo, muerte y desesperación. ¡No estamos en un funeral! ¡Canta algo más alegre, muchacha!

Se oyó un breve sonido áspero, como si Calista hubiera pulsado una disonancia en su arpa. Dijo con voz temblorosa:

—Me temo que no estoy de humor para cantar, padre. Te ruego que me perdones.

Damon sintió el toque en su mente, ágil y experto, tan perfectamente acorazado que, si Damon no hubiera estado observando a Dezi, no habría sabido quién lo había contactado. Sintió la exploración suave, profunda.

—Tienes un diente lateral torcido —le dijo Dezi—. ¿Te molesta?

El rostro de Dezi se hizo inexpresivo, y adquirió una mirada vidriosa.

—Tu tobillo —dijo al cabo de un momento—... tu tobillo izquierdo... se quebró en dos sitios cuando eras joven. Tardó bastante en curarse, hay cicatrices que dicen que los fragmentos de hueso tardaron bastante en soldarse. Tienes una delgada fisura en la tercera... no, en la cuarta costilla, contando desde la clavícula. Creíste que era sólo una magulladura y no le dijiste nada a Ferrika cuando volviste de la campaña contra los hombres-gato el verano pasado, pero tenías razón, había fractura. Hay una pequeña cicatriz... vertical, de alrededor de diez centímetros de longitud... en tu pantorrilla. La herida fue causada por algo cortante, aunque no sé si fue un cuchillo o una espada. Anoche soñaste...

Damon asintió, riéndose.

—Suficiente —dijo—, puedes monitorear.

¿Cómo, en nombre de Aldones, habían dejado que Dezi se marchara? Era un telépata de enorme habilidad. Con tres años de entrenamiento en Arilinn... ¡hubiera igualado al mejor de todos los Dominios! Dezi captó el pensamiento y sonrió, y una vez más Damon experimentó un momento de inquietud. No había sido falta de competencia, ni falta de confianza. ¿Fue por su vanidad, entonces?

¿O acaso se había producido tan solo un choque de personalidades, alguien de allá que era incapaz o no quería trabajar con los jóvenes? Los círculos de Torre eran algo tan íntimo, establecían un vínculo tan o más estrecho que el de los amantes o los familiares, tanto que la más mínima disonancia emocional podía convertirse, exagerándose, en una tortura. Damon sabía que la personalidad de Dezi podía ser difícil —era joven, susceptible, se ofendía con facilidad—, así que tal vez lo que ocurría era simplemente que había entrado en un momento inadecuado en un grupo que era desde antes tan íntimo que no podía adaptarse a ningún recién llegado,

un círculo que tal vez no necesitara otro operario y que no quisiera hacer, por lo tanto, todas las concesiones y cambios requeridos.

Tal vez no había sido culpa de Dezi, pensó Damon. Tal vez, si era tan bueno, otra Torre podría aceptarlo. Había gran necesidad de fuertes telépatas naturales, y Dezi estaba dotado, demasiado dotado para desperdiciarlo. Vio su sonrisa de placer y supo que Dezi había captado su pensamiento, pero no tenía importancia. Una idea momentánea, de reprobación, pues la vanidad era un defecto peligroso para un técnico en matrices, fue suficiente para Damon, que sabía que Dezi también captaría eso.

—Muy bien —dijo—. Lo intentaremos. No hay tiempo que perder. ¿Te parece que podrás trabajar con Andrew y conmigo?

—A Andrew no le gusto —dijo Dezi, hosco.

—Estás siempre dispuesto a creer que no le gustas a nadie —le reprochó Damon con suavidad, pensando que ya era suficientemente malo que Dezi supiera que lo había elegido tan sólo porque Calista se había negado. Pero no podía traicionar el dolor de la joven. Y Ellemir no podía hacer este trabajo, por su embarazo tan reciente. El embarazo era prácticamente lo único que podía interrumpir seriamente la capacidad de un operador de matrices, ya que implicaba serios riesgos para el niño. Y en los últimos días, en contacto telepático con Ellemir, Damon había empezado a captar las primeras y débiles emanaciones del cerebro en desarrollo, todavía informe, pero que estaba allí, era real y bastaba para que la criatura fuera, para él, una presencia aparte y clara.

Pensó que también debería haber una manera de compensar eso, de proteger a una criatura en desarrollo. Pero no conocía ninguna, ¡y no pensaba experimentar con su propio hijo! De modo que quedaban solamente él, Andrew y Dezi.

Más tarde, cuando trató el tema con él, Andrew frunció el ceño.

—No puedo decir que me entusiasme la idea de trabajar con Dezi —dijo. Pero, ante la reprobación de Damon, admitió que no era digno de un adulto estar resentido con un chico adolescente que, además, estaba borracho en el momento de la ofensa.

—Y Dezi es joven para su edad —le dijo Damon—. Si lo hubieran reconocido como *nedestro*, ya le hubieran dado responsabilidades acordes con sus privilegios. Uno o dos años en los cadetes hubieran dado como resultado algo muy diferente, o un año de la buena y dura disciplina de los monjes en Nevarsin. Es por nuestra culpa y no por la suya, que Dezi se ha convertido en lo que es.

Andrew no protestó más, pero siguió inquieto. Independientemente de quién era el culpable, si Dezi tenía fallos de carácter, Andrew no estaba tranquilo para trabajar con él.

Pero Damon debía saber lo que hacía. Andrew observó a su amigo mientras hacía los preparativos, recordando la primera vez que le había enseñado a usar una matriz. Calista había formado parte del contacto entonces, aunque todavía se hallaba presa en las cavernas y Andrew todavía no la había visto con sus propios ojos. Y ahora ya no era Celadora, y además era su esposa...

Damon sostuvo su matriz en las palmas de las manos, y finalmente dijo en voz alta, esbozando una sonrisa irónica.

—Siempre tuve miedo de hacer esto fuera de una Torre. Nunca he conseguido superar mi temor de que no sea seguro hacerlo. Un miedo absurdo, tal vez, pero real.

—Me alegra que también tú tengas miedo, Damon, —dijo Dezi con suavidad—. Me alegra saber que no sólo me ocurre a mí.

—Creo —dijo Damon con voz temblorosa— que cualquiera que no tenga miedo de usar esta clase de fuerza, no tendría que usarla. Las fuerzas fueron tan mal utilizadas durante las Épocas de Caos que Regis IV ordenó que desde entonces ningún círculo de matriz pudiera usar los grandes transmisores o pantallas fuera de las Torres establecidas. Esa ley no afecta a trabajos como éste, pero aun así tengo la sensación de... de violar un tabú. —Se dirigió a Andrew—. ¿Cómo tratan el congelamiento en tu mundo?

Andrew respondió pensativamente.

—El mejor tratamiento son inyecciones arteriales de estimulantes neurales: acetilcolina o algo similar. Posiblemente transfusiones, pero la medicina no es verdaderamente mi terreno.

Damon suspiró.

—Aparentemente, tengo que hacer este trabajo con mayor frecuencia de la que imaginaba. Bien, empecemos.

Dejó que su mente se internara profundamente en la matriz, buscando el contacto con Andrew. Ya habían estado antes en contacto, y el viejo vínculo se estableció con facilidad. Por un momento, hubo un roce, como una sombra, de Ellemir, sólo un vestigio, como el leve recuerdo de un beso, pero luego ella se salió del contacto, ante la suave advertencia de Damon: debía cuidarse y cuidar al niño. Por un instante también Calista apareció, un roce fragmentario, con aquella vieja intimidad, y Andrew se aferró al contacto. Durante tanto tiempo ni siquiera le había rozado la mano, y ahora estaban nuevamente en contacto, muy juntos... cuando, con brusquedad, ella rompió el vínculo, alejándose. Andrew se sintió helado y vacío sin el contacto con la mente de ella, y sintió el acre regusto del dolor. Le alegró, por un momento, que Dezi todavía no estuviera en contacto. Entonces Damon se extendió y atrajo a Dezi; Andrew lo percibió momentáneamente, a la defensiva, aunque presente, como una fuerza fría y firme, como un apretón de manos.

El triple vínculo se mantuvo durante un momento, mientras Damon captaba a los dos hombres con los que debía trabajar tan estrechamente ligado. Con los ojos cerrados, como siempre lo hacía en un círculo, vio detrás de ellos la azul estructura cristalina de las gemas matrices que los mantenían en contacto amplificando y enviando las definidas resonancias electrónicas de sus cerebros, y más allá, la percepción puramente subjetiva de ellos. Andrew era como una roca, fuerte, protector, de modo que Damon sintió, aliviado, que su propia falta de fuerza no tenía importancia, ya que Andrew la tenía por los dos. Dezi era una rápida precisión, penetrante, una conciencia que centelleaba aquí y allá como los reflejos de la luz sobre un prisma. Damon abrió los ojos y los vio: era difícil conciliar la presencia física con la percepción mental que le daba de ellos la matriz.

Dezi le recordaba muchísimo —físicamente— la imagen de Coryn, su amigo muerto, su hermano juramentado. Por primera vez Damon se preguntó hasta qué punto su amor por Ellemir no surgía de ese recuerdo, del

hermano amigo que tan profundamente había amado en la infancia, y cuya muerte lo había dejado solo. Ellemir era como Coryn, y sin embargo diferente, única... Eliminó la idea. No debía pensar en Ellemir en este vínculo tan estrecho, pues si no la atraería telepáticamente, y este fuerte contacto telepático, este flujo de energones, podría exceder y deformar el cerebro en desarrollo de la criatura. Rápidamente, retomando el contacto con Dezi y Andrew, empezó a visualizar —a crear en el nivel de pensamiento en el que trabajarían— un muro fuerte e inexpugnable en torno a ellos, para que ninguna otra persona de Armida resultara afectada por sus pensamientos.

Cuando trabajemos con los hombres, para curarlos, los traeremos uno a uno al interior de este muro, para que nada desborde y pueda dañar ala criatura, para que nada perturbe la paz de Calista o el sueño de Dom Esteban.

Sabía que se trataba tan sólo de un recurso psicológico, nada parecido al fuerte campo mental eléctrico que rodeaba a Arilinn, tan fuerte como los muros de la Torre, destinado a impedir la entrada física o mental de intrusos. Pero tenía su propia realidad en el nivel en el que trabajarían: los protegería de las interferencias externas, salvaguardando a aquellos que, en Armida, pudieran percibir sus pensamientos y diluirlos o distorsionarlos. También ayudaría a concentrar la curación en aquellos que la necesitaban.

—Antes de empezar, aclaremos lo que debemos hacer —dijo. Ferrika tenía algunos bosquejos anatómicos bien dibujados. Había estado dando clases de higiene básica a las mujeres de las aldeas, innovación que Damon aprobaba por completo, y él había tomado los dibujos que ella utilizaba, descartando aquellos destinados a las embarazadas, pero conservando los que mostraban diagramas de la circulación.

—Mirad esto; tenemos que restaurar la circulación y el flujo de sangre limpia en piernas y pies, licuando la linfa y la sangre congelada, tratando de reparar las fibras nerviosas dañadas por el congelamiento.

Andrew, escuchando la manera distanciada con la que Damon se expresaba, muy similar a la que un médico terrano utilizaría para describir el proceso de una inyección intravenosa, observó con incomodidad la

matriz que el otro sostenía entre las manos. No dudaba de que Damon pudiera hacer todo lo que decía, y estaba absolutamente dispuesto a ayudarlo. Pero también pensaba que constituían un equipo médico bastante insólito.

Los hombres estaban en la habitación a la que se les había trasladado. La mayoría de ellos seguían en el pesado sueño que les habían provocado las drogas, pero Raimon estaba despierto, con los ojos encendidos por la fiebre, arrebolado y dolorido.

—Hemos venido a hacer lo posible por ti, amigo —le dijo Damon con suavidad.

Destapó la matriz que tenía en la mano, y el hombre hizo un gesto de temor.

—Hechicería —masculló—, esas cosas son para los *Hali'imyn*,..

Damon sacudió la cabeza.

—Una habilidad que cualquiera que tenga el talento necesario puede desarrollar. Andrew no nació dentro del Comyn, y ni siquiera pertenece a la raza de Cassilda, aunque tiene la capacidad necesaria para esto, y ha venido a ayudar.

Los febriles ojos de Raimon se posaron en la matriz. Damon vio en su rostro que le daba náuseas, y a pesar de su creciente contacto telepático con la gema, se sintió lo suficientemente distante como para poder decirle:

—No mires directamente la matriz, amigo, pues no estás habituado a hacerlo y perturbará tus ojos y tu cerebro.

El hombre desvió la vista, mientras hacía un conjuro supersticioso, y Damon volvió a irritarse, pero pudo controlarse.

—Acuéstate —dijo—, y trata de dormir, Raimon— y agregó con firmeza—: Dezi, dale otra dosis de la medicina de Ferrika. Si duermen mientras trabajamos, no interferirán en la curación.

Y si se dormían, no sentirían miedo, y sus temores no interferirían tampoco en el delicado trabajo que debían hacer.

Era una lástima que no pudiera enseñar a Ferrika este trabajo, pensó Damon. Se preguntó si la mujer tendría al menos un mínimo de *laran*. Con los conocimientos curativos que tenía, si aprendía a manejar una matriz, sin

duda sería de inapreciable valor para toda la gente que vivía en la propiedad.

¡Eso era lo que debía hacer Calista, decidió, no el trabajo que podía hacer cualquier tonta ama de casa!

Cuando Raimon tragó la medicina somnífera y se hundió nuevamente en sus almohadas, Damon lanzó su mente para retomar los hilos de contacto. Andrew, que observaba las luces de la matriz que se abrillantaban y se atenuaban siguiendo el ritmo de su respiración, notó cómo Damon se extendía para centrarse entre él y Dezi. Para Andrew, subjetivamente, a pesar de que Damon no se movió ni tocó a ninguno de ellos, fue como si se hubiera apoyado en ambos, cuidadosamente, para hundir luego su conciencia en el cuerpo del herido. Andrew pudo sentir, percibir, la tensión de la carne herida, de los vasos sanguíneos rotos, de la sangre acumulada en los tejidos magullados y desgarrados, distendidos o fláccidos, como carne helada y después descongelada. Percibió la conciencia de Damon, lo sintió buscar, con algo similar a los dedos de la mente, los heridos ramales nerviosos dentro del manojo de fibras del tobillo, de los dedos, de los tendones de los pies... *No hay mucho que hacer aquí.* Como si lo hiciera con sus propios dedos, Andrew pudo sentir la tensión de los tendones, percibir la manera en que la presión ejercida por Damon los distendía, por medio de impulsos que volvían a fluir por las fibras dañadas. La superficie de esas fibras nunca se curaría del todo, pero una vez más fluían los impulsos, se recuperaba la sensibilidad. Damon sintió el mismo dolor que sentían las recuperadas fibras nerviosas. *Suerte que le hice administrar la medicina somnífera: no hubiera soportado este dolor de estar despierto.* Después, con delicadas pulsaciones rítmicas, empezó a estimular el pulso sanguíneo, el flujo a través de venas y arterias, casi bloqueadas por la sangre coagulada. Andrew sintió que Damon, concentrado en su delicado trabajo en la profundidad de las células, vacilaba, mientras su respiración se hacía irregular. Sintió que Dezi intervenía y regularizaba el ritmo cardíaco de Damon. Andrew sintió que él mismo se extendía —la imagen que tenía en su mente era la de una roca, detrás de Damon, en la que su amigo podía apoyarse— y fue consciente de algo que los rodeaba. ¿Muros? ¿Gruesos

muros que los rodeaban? ¿Qué importancia tenían? Se concentró en la tarea de dar fuerza a Damon viendo, con los ojos cerrados, que los pies ennegrecidos cambiaban lentamente de color, se volvían más rojos, más pálidos. Finalmente Damon suspiró y abrió los ojos. Cortando casi todo el contacto, salvo una finísima hebra vincular, se Inclinó sobre Raimon, casi dormido, y tocó cuidadosamente los pies con los dedos. La piel ennegrecida se caía a pedazos y debajo de ella había piel roja, llagada, pero, Andrew lo sabía, despojada de toda gangrena o ponzoña.

—Sentirá muchísimo dolor —dijo Damon, inclinándose para tocar uno de los dedos más pequeños, en el que la uña se había caído junto con la piel —, y es probable que pierda uno o dos dedos; los nervios estaban muertos y no pude hacer gran cosa. Pero se recuperará y podrá usar sus pies y manos. Y era el que estaba peor.

Apretó los labios, preocupado por la responsabilidad y, avergonzado de sí mismo porque en su interior había esperado fracasar. Esta clase de responsabilidad le sobrepasaba. Pero podía hacerlo, y había otros hombres en peligro. Y ahora que sabía que podía salvarlos... Con voz deliberadamente áspera se dirigió a Andrew y a Dezi.

—Bien, ¿qué estamos esperando? Será mejor que nos dediquemos a los otros.

Una vez más restableció los hilos del contacto. Andrew ya lo dominaba, ahora sabía exactamente cómo y cuándo infundir a Damon su propia fuerza cuando la del otro vacilaba. Cuando Damon hundió su conciencia en las piernas y los pies del segundo herido, todos trabajaban en equipo, y Andrew, que mantenía separada del resto una pequeña parte de él, sintió los muros que los rodeaban para evitar interferencias. Percibió, junto con Damon, el descenso de una célula a otra, a través de capas de piel y carne y nervios y huesos, el suave estímulo, el nuevo despertar. Era más efectivo que el bisturí de un cirujano, pensó... ¡pero a qué costo! Dos veces más descendieron en la carne viva, congelada, ennegrecida, antes de que Damon cortara el contacto y los separara, y Andrew sintió entonces como si se hubiera deslizado fuera de un espacio cerrado, de un muro circundante. Pero había allí cuatro hombres dormidos, con las piernas y los pies en carne

viva, heridos pero en vías de curación. Curación definitiva, sin riesgos de envenenamiento de la sangre ni infección, heridas limpias que se curarían rápidamente.

Dejaron a los hombres dormidos, tras advertir a Ferrika que se mantuviera cerca de ellos, y bajaron al salón inferior. Damon. se tambaleó y Andrew lo sostuvo, sintiendo que repetía, en el mundo físico, lo que había hecho tantas veces durante el prolongado contacto telepático. No por primera vez, sintió que Damon, mayor que él, era de alguna manera el más joven y debía protegerlo.

Damon se sentó en un banco, exhausto, y se apoyó en Andrew, invadido por el agotamiento que siempre producía el trabajo de matriz. Tomó un poco de pan y fruta que había quedado sobre la mesa después de la comida de la tarde y lo devoró con hambre feroz, sintiendo que su cuerpo vacío necesitaba renovar sus energías. También Dezi había empezado a comer con avidez.

—También tú debes comer algo, Andrew —dijo Damon—; el trabajo con matrices agota las energías, podrías desmayarte. —Casi había olvidado ese terrible sentimiento de vacío, como si la misma vida se le hubiera escapado. En Arilinn le habían dado explicaciones técnicas acerca de las corrientes energéticas del cuerpo, los canales energéticos que transportaban la fuerza física tanto como la psíquica. Pero estaba demasiado cansado para recordarlas durante mucho tiempo.

—No tengo hambre —dijo Andrew.

—Sí lo tienes —replicó Damon, con una sombra de sonrisa—. Simplemente, todavía no lo sabes. —Levantó la mano para detener a Dezi, que estaba sirviéndose una copa de vino—. No, eso es peligroso. Bebe agua, o ve a la cocina a buscar un poco de sopa o de leche pero no bebas alcohol después de algo así. ¡Con media copa te pondrás tan borracho como un monje en la fiesta del Solsticio de Invierno!

Dezi se encogió de hombros y fue a las cocinas, volviendo con una jarra de leche de la cual sirvió a todos.

—Dezi —dijo Damon—, tú estuviste en Arilinn, así que no necesitas explicaciones, pero Andrew sí: debes comer el doble de lo habitual, durante

un día más o menos, y si sientes mareos, náuseas o algo así, debes avisarme. Dezi, ¿hay *kirian* aquí?

—Ferrika no lo prepara, y como Domenic y yo pasamos ya la edad de la enfermedad de umbral, y como Valdir está en Nevarsin, no creo que nadie haya tenido necesidad de ingerirlo.

—¿Qué es *kirian*? —preguntó Andrew.

—Una droga psicoactivadora que se usa en las Torres, o en las familias de telépatas. Disminuye la resistencia al contacto telepático, pero también puede ser útil en caso de exceso de trabajo o presión telepática. Y algunos telépatas tienen perturbaciones en la adolescencia, físicas y psíquicas, cuando el desarrollo se produce de repente. Supongo que tú ya eres demasiado mayor para la enfermedad de umbral, ¿no es así, Dezi?

—Eso creo —dijo el muchacho con desprecio—. La superé antes de los catorce años.

—No obstante, como estuviste alejado del trabajo con matrices desde que te marchaste de Arilinn, tal vez sufras un poco ahora que has vuelto a trabajar —le advirtió Damon—. Y todavía no sabemos cómo reaccionará Andrew.

Pediría a Calista que preparara un poco de *kirian*. Siempre debía haber un poco en una casa de telépatas, para prevenir cualquier emergencia.

Dejó a un lado su copa de leche, medio vacía. Estaba mortalmente cansado.

—Ve a descansar, Dezi, muchacho... eres digno del entrenamiento de Arilinn, créeme. —Dio al muchacho un rápido abrazo y lo miró marcharse a su cuarto, situado junto al de *Dom* Esteban, rogando que el anciano durmiera toda la noche, para que el muchacho pudiera descansar tranquilo.

Fueran cuales fuesen los defectos de Dezi, pensó Damon, al menos había cuidado al anciano como lo hubiera hecho un hijo reconocido. ¿Sería por afecto, se preguntó, o por interés?

Se apoyó en Andrew mientras ambos subían la escalera, disculpándose, pero Andrew rechazó la disculpa.

—Olvídalo. ¿Crees que no sé que fuiste tú quien soportó todo el peso?

De modo que Damon permitió que Andrew le ayudara a subir la escalera, pensando: *Ahora me apoyo en ti igual que cuando estábamos en la matriz...*

En el cuarto exterior de la suite vaciló un momento.

—No tienes entrenamiento de Torre, así que debes saber otra cosa: el trabajo con matrices... te deja impotente durante uno o dos días. No te preocupes por eso, es temporal.

Andrew se encogió de hombros, con una mueca divertida, y Damon, recordando súbitamente la situación real entre Andrew y Calista, advirtió que si se disculpaba sólo lograría empeorar su falta de tacto. Se preguntó cómo demonios podía estar tan agotado como para olvidarse de eso.

En su cuarto, Ellemir estaba semidormida en la cama, envuelta en un peludo chal blanco. Se había soltado el pelo, que se desparramaba como si fuera luz sobre la almohada. Cuando Damon la miró, ella se incorporó, parpadeando, adormilada y luego, como siempre lo hacía, pasó del sueño a la vigilia sin transición, tendiéndole los brazos.

—Oh, Damon, pareces muy cansado... ¿tan terrible fue?

Él se echó a su lado, apoyando la cabeza sobre el pecho de la joven.

—No. Sólo que ya no estoy habituado a este trabajo... ¡y hace tanta falta, tanta falta!, Elli... —Se incorporó por completo, mirándola—. Hay tanta gente sufriendo, aquí en Darkover, gente agonizante, inválida por heridas menores. No debería ser así. No tenemos la clase de servicios médicos que Andrew me cuenta de los terranos. Pero hay tantas cosas que un hombre o una mujer pueden curar por medio de una matriz. Y sin embargo, ¿como pueden trasladarse los enfermos a Arilinn, a Neskaya o a Dalereuth para ser tratados en esas Torres? ¿Qué les importa a los círculos de matrices de las grandes Torres el congelamiento de un campesino o la herida de un pobre cazador a quien ha coceado un *oudrakhí*?

—Bien —dijo Ellemir, perpleja pero tratando de comprender la vehemencia de él—, en las Torres tienen otras cosas que hacer. Cosas importantes. Comunicaciones. Y... minería, y todas esas cosas. No tendrían tiempo de ocuparse de las heridas.

—Eso es cierto. Pero escucha, Elli, en todo Darkover hay hombres como Dezi y mujeres como Calista o como tú. Mujeres y hombres que no pueden, que no *quieren* pasarse la vida en una Torre, lejos de las vidas comunes de la humanidad. Pero pueden hacer también esas cosas.

Volvió a acostarse junto a Ellemir, advirtiendo que estaba más cansado que después de cualquier batalla en la que hubiera combatido con los Guardias.

—No es necesario ser del Comyn —agregó luego—, ni siquiera tener una enorme habilidad para hacer estas cosas. ¡Cualquiera que tenga un poco de *laran* podría ser entrenado para ayudar, para curar, pero nadie recibe esa instrucción!

—Pero Damon —dijo ella, con tono razonable—, siempre me han dicho... Calista me ha dicho... que es peligroso utilizar esos poderes fuera de las Torres...

—¡Tonterías! —Exclamó Damon—. ¿Tan supersticiosa eres, Elli? Tú misma has estado en contacto telepático con Calista. ¿Te pareció muy peligroso?

—No —dijo ella con incomodidad—, pero durante las Épocas de Caos se hicieron cosas tan terribles con las pantallas de matrices, armas tan terribles... formas de fuego y criaturas de viento que derrumbaban castillos y murallas, y criaturas de otras dimensiones que eran liberadas sobre la tierra... que se decretó, en esos tiempos, que todo trabajo con matriz sólo podía llevarse a cabo dentro de las Torres, y con determinadas salvaguardas.

—Pero esa época ha pasado, Elli, y casi todas esas enormes matrices-armas, ilegales, resultaron destruidas en las Épocas de Caos, o en tiempos de Varzil el Bueno. ¿De verdad crees que porque curé a cuatro hombres con los pies congelados y les devolví la capacidad de usar sus miembros soy capaz de mandar una forma de fuego a consumir el bosque, o de construir una cosa, una imagen de las cavernas para que destruya las cosechas?

—No, no, por supuesto que no. —Ella se incorporó, y le tendió los brazos—. Vuelve a acostarte, descansa, querido, estás tan cansado...

Él dejó que le ayudara a desnudarse y se tendió junto a ella, pero prosiguió, mirando obstinadamente la oscuridad:

—Elli, hay algo muy equivocado en la manera en que utilizamos a los telépatas aquí en Darkover. O deben vivir toda su vida aislados dentro de una Torre, de una forma inhumana... tú sabes que casi me destruyó que me despidieran de Arilinn... o si no deben abandonar casi todo lo que aprendieron. Como Calista... que Evanda tenga piedad de ella. —Con una parte de su conciencia aún en contacto con Andrew miró a Calista, que todavía conservaba en el rostro algunos rastros de lágrimas—. Ella ha tenido que abandonar todo lo que aprendió, todo lo que ha hecho. Tiene miedo de hacer cualquier otra cosa. ¡Tiene que haber una manera, Elli, tiene que haber una manera!

—Damon, Damon —le dijo ella, atrayéndolo hacia sí—, siempre ha sido así. Los que reciben entrenamiento de Torre son más sabios que nosotros... ¡seguramente saben de lo que hablan cuando ordenan que las cosas sean como son!

—No estoy tan seguro.

—En todo caso, no hay nada que podamos hacer ahora, querido. Ahora debes descansar y tranquilizarte, pues si no la molestarás —dijo, tomando la mano de Damon y apoyándosela contra el vientre. Damon, que sabía que lo estaba distrayendo deliberadamente, pero dispuesto a seguir con ello —después de todo, Ellemir tenía razón—, sonrió y empezó a percibir las emanaciones informes y casuales —que todavía no eran pensamientos— de la criatura.

—¿*La* molestaré, dijiste?

Ellemir se rió suavemente, con deleite.

—No estoy muy segura de cómo lo sé, pero estoy segura. ¿Una pequeña Calista, tal vez?

Damon pensó: *Espero que su vida sea más feliz. No me gustaría ver la mano de Arilinn cayendo sobre una hija mía...*

Entonces, súbitamente, se estremeció, viendo en un destello de precognición a una esbelta mujer pelirroja, ataviada con los ropajes de color carmesí de una Celadora de Arilinn... Ella se los rasgó desde el cuello hasta el tobillo, se los quitó, los dejó a un lado... Damon parpadeó. Ya no estaba. ¿Precognición? ¿O era una dramatización, una alucinación nacida de su

propia inquietud? Tomando en brazos a su mujer y a su hija, trató de dejar todo de lado por el momento.

OceanofPDF.com

7

Los hombres congelados se recuperaban, pero con tantos hombres incapacitados, gran parte del trabajo físico recayó sobre Andrew, y hasta Damon tuvo que echarle una mano ocasionalmente. El clima se había moderado, pero *Dom* Esteban dijo que se trataba tan sólo de un intervalo antes de que las verdaderas tormentas invernales llegaran desde los Hellers, cubriendo las laderas de nieve durante meses.

Damon se había ofrecido para cabalgar con Andrew hasta Serráis para traer algunos hombres que podrían trabajar en Armida durante el invierno y ayudar con las cosechas de principios de primavera. El viaje duraría más de diez días. Esa mañana, estaban haciendo planes en el Gran Salón de Armida. La náusea matinal de Ellemir había desaparecido y, como siempre, ella se encontraba en la cocina, supervisando el trabajo de las mujeres. Calista estaba sentada junto a su padre cuando de repente se puso de pie con aspecto inquieto.

—¡Oh... Elli, Elli, oh no! —dijo.

Pero incluso antes de que ella pudiera moverse, Damon empujó su silla y corrió hacia las cocinas. En ese momento se escucharon en otras habitaciones gritos de pesar.

Dom Esteban gruñó.

—¿Qué pasa con esas mujeres? —exclamó, pero nadie le escuchó.

Calista había corrido hacia las cocinas. Al cabo de un momento, Damon regresó apresuradamente e indicó a Andrew que fuera con él.

—Ellemir se ha desmayado. No quiero que ningún extraño la toque ahora. ¿Puedes cargarla?

Ellemir yacía en el piso de la cocina, rodeada de una multitud de mujeres alarmadas. Damon les ordenó que se marcharan, y Andrew alzó a Ellemir. Su palidez era aterradora, pero Andrew no sabía nada de mujeres embarazadas, y pensó que un desmayo no era tan alarmante.

—Llévala a su cuarto, Andrew. Yo iré a buscar a Ferrika.

Cuando Andrew tendió a Ellemir en su cama, Damon ya estaba allí con la mujer. Sus manos se cerraron sobre las de Ellemir mientras establecía contacto telepático con ella, buscando el leve e informe contacto con la criatura. Mientras sentía en su propio cuerpo los dolorosos espasmos que recorrían el cuerpo de Ellemir, supo, con angustia, lo qué estaba ocurriendo.

—¿No puedes hacer nada? —imploró.

—Haré todo lo que pueda, Lord Damon —dijo suavemente Ferrika, pero por encima de su cabeza los ojos de Damon se cruzaron con los de Calista, que estaban llenos de lágrimas.

—Ellemir no corre peligro, Damon —le dijo Calista—. Pero es demasiado tarde para la criatura.

Ellemir se aferró a las manos de Damon.

—No me dejes —rogó.

—No. amor —murmuró él—. Nunca. Me quedaré contigo.

Era la costumbre: ningún telépata del Comyn de los Dominios dejaba sola a su esposa durante un parto, ni evitaba compartir con ella el momento de dolor. Conteniendo su propia angustia, Damon se arrodilló junto a ella, abrazándola, acunándola.

Andrew había regresado con *Dom* Esteban, sin nada que decirle salvo que Damon se encontraba con Ellemir, y también Calista, y que había buscado a Ferrika. Sintió que una sombra planeaba sobre la casa durante todo el día. Hasta las criadas se apiñaban, asustadas. Andrew deseaba establecer contacto con Damon, darle fuerza, seguridad, pero ¿qué podía decir o hacer? En un momento dado, al mirar hacia la escalera, vio a Dezi que se acercaba preguntándole:

—¿Cómo está Ellemir?

El resentimiento de Andrew hacia el joven estalló.

—¡Como si te importara lo más mínimo! —le espetó.

—No le deseo ningún daño a Elli —dijo Dezi, en voz baja—. Es la única que ha sido amable conmigo aquí.

Después le volvió la espalda y se alejó, y Andrew tuvo la extraña sensación de que también Dezi estaba al borde del llanto.

Damon y Ellemir eran tan felices con su bebé... ¡y ahora esto! Andrew se preguntó en vano si su propia mala suerte no sería contagiosa, si los problemas de su propio matrimonio no habrían afectado de alguna manera a la otra pareja. Dándose cuenta de que lo que pensaba era una perfecta locura, fue hasta el invernadero y trató de distraerse dando indicaciones a los jardineros.

Horas más tarde, Damon salió de la habitación donde Ellemir ya se había dormido, olvidada del dolor y de la pena gracias a una de las drogas somníferas de Ferrika. La comadrona, deteniéndose un momento a su lado, le habló con afecto.

—Lord Damon, es mejor que haya ocurrido ahora y no que la criatura viviera hasta su nacimiento, y fuera deforme. La caridad de Avarra reviste formas extrañas.

—Sé que hiciste todo lo que pudiste, Ferrika.

Pero Damon se alejó, destrozado, porque no quería que la mujer le viera llorar. Ella comprendió, y bajó la escalera silenciosamente, mientras Damon, aturdido, cruzaba el salón, evitando la posibilidad de decirle todo a *Dom* Esteban. Por instinto se dirigió hacia el invernadero, donde encontró a Andrew, quien se le acercó.

—¿Cómo está Ellemir? ¿Fuera de peligro?

—¿Acaso yo hubiera venido aquí si ella estuviera en peligro? —preguntó Damon y entonces, recordando, se dejó caer en un asiento, se cubrió el rostro con las manos y dio rienda suelta a su dolor.

Andrew se quedó a su lado, con una mano apoyada sobre el hombro de su amigo, tratando, sin palabras, de dar respaldo a Damon, transmitiéndole su compasión.

—Lo peor —dijo Damon al fin, alzando su rostro compungido—, es que Elli piensa que me ha fallado, que fue ella quien no pudo lograr que nuestra hija naciera con vida. Pero si alguien tiene la culpa soy yo, que permití que se ocupara ella sola de esta enorme casa. ¡La culpa es mía! Somos parientes demasiado cercanos, primos hermanos, y en un parentesco tan cercano a menudo hay una herencia de muerte en la sangre. ¡Nunca debí casarme con ella! La amo, la amo, pero sabía que deseaba niños, y debí imaginarme que eso no sería seguro, que éramos parientes demasiado cercanos. No sé si me atreveré a permitirle que lo intente otra vez. —Por fin Damon se tranquilizó un poco y se puso de pie, diciendo con cansancio—: Debo regresar. Cuando despierte, querrá que yo esté a su lado. —Por primera vez desde que Andrew le conocía, Damon aparentaba la edad que verdaderamente tenía.

¡Y él le había envidiado su felicidad! Ellemir era joven, podría tener más niños. Pero ¿con esta carga de culpa?

Más tarde encontró a Calista en el pequeño cuarto de destilación, con el pelo recogido con esa tela desteñida que usaba para protegerse del olor de las hierbas. Ella alzó el rostro hacia él y Andrew advirtió que todavía había en él rastros de las lágrimas. ¿Había compartido ese momento con su melliza? Pero su voz tenía esa calma remota que él había aprendido a esperar de Calista, y que de alguna manera ahora le irritó.

—Estoy preparando algo que aliviará la hemorragia; debe estar recién hecho, pues si no no resulta efectivo, y ella debe tomarlo cada pocas horas. Estaba moliendo unas gruesas hojas grisáceas en un mortero pequeño. Traspasó la mezcla a una copa en forma de cono y empezó a filtrarla con unas bandas de tela estrechamente urdidas, midiendo con cuidado y vertiendo sobre la mezcla un líquido incoloro.

—Ya está. Esto tiene que filtrarse antes de proseguir con cualquier otra cosa. —Se volvió hacia él, alzando los ojos.

—Pero... —preguntó él—, ¿Elli se recobrará? ¿Y podrá tener más hijos, en su momento?

—Oh, sí, supongo que sí.

El deseaba tomarla en sus brazos, consolarla por la pena que había compartido con su hermana melliza. Pero ni siquiera se atrevía a rozarle la mano. Dolorido por la frustración, giró para marcharse.

Mi esposa. Y ni siquiera la he besado una vez. Damon y Ellemir tienen su pena compartida', ¿qué hemos compartido Calista y yo?

Con suavidad, compadecido de la pena que veía en los ojos de ella, Andrew le habló.

—Querida, amor mío, ¿realmente es una tragedia tan grande? No es lo mismo que si hubiera perdido un verdadero bebé. Un niño a punto de nacer, sí... Pero ¿un feto en esta etapa? ¿Cómo puede ser tan grave?

No estaba preparado para el horror y la furia que ella descargó sobre él. Tenía el rostro pálido y sus ojos centelleaban como una llama.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —susurró—. ¿Cómo te *atreves*? ¿No sabes que tanto Damon como Ellemir han estado en contacto con..., con su mente, que han llegado a conocerla como una presencia real, como su propia hija?

Andrew retrocedió ante la furia de ella. Nunca se le había ocurrido que en una familia de telépatas un niño aún no nacido ya era, sin duda, una presencia. Pero ¿tan pronto? ¿Tan rápidamente? Y ¿qué clase de pensamientos podría tener un feto que ni siquiera había llegado a un tercio del embarazo...? Pero Calista captó el desprecio que había en esa idea. Se lanzó contra él, temblando.

—¿Dirías entonces... que no hay ninguna tragedia si nuestro hijo... o nuestra hija... muriera antes de ser lo suficientemente fuerte para vivir fuera de mi cuerpo? —Su voz se quebró—. ¡Lo que no puedes ver no es real para ti, *terrano*!

Andrew levantó la cabeza para asestarle una réplica furiosa: *No es muy probable que lo sepamos nunca, ya que no es seguro que me des un niño, tal como están las cosas.* Pero su rostro pálido y angustiado le detuvo. No podía devolver golpe por golpe. Ese desconsiderado «terrano» le había herido, pero él le había prometido que nunca la apuraría, nunca la presionaría. Se guardó sus furiosas palabras y después vio, por la congoja

que se pintó en el rostro de la joven, que ella las había escuchado de todas maneras.

Por supuesto. Es telépata. La pulla que no le lancé fue para ella tan real como si se lo hubiera gritado.

—Calista —susurró—, querida, lo siento. Perdóname. No quise decir...

—Lo sé —dijo ella, y se tambaleó contra él, aferrándose, apoyando su cabeza brillante contra él. Se quedó allí, dentro de su abrazo, temblando—. Oh, Andrew, Andrew, me gustaría que tuviéramos al menos *eso*... —murmuró, y sollozó.

El la sostuvo, casi sin atreverse a moverse. Ella parecía tensa, como algún pájaro salvaje que hubiera volado hasta él para volver a levantar el vuelo ante la primera palabra o gesto imprudente. Al cabo de un momento, sus sollozos se calmaron, y ella alzó hacia él su típico rostro inmóvil y resignado. Se alejó de Andrew tan suavemente que éste ni siquiera se sintió abandonado.

—Mira, el líquido ya se ha filtrado. Debo terminar la medicina que estoy preparando para mi hermana.

Posó los dedos ligeramente sobre la boca de él, con el antiguo gesto; Andrew se los besó, advirtiendo que, extrañamente, esta pelea los había acercado más.

¿Cuánto tiempo más? En nombre de todos los Dioses, ¿cuánto tiempo más podremos seguir así? E incluso mientras esa idea atravesaba su mente, Andrew advirtió que no estaba seguro si se le había ocurrido a él o a Calista.

Tres días más tarde, Damon y Andrew partieron hacia Serráis tal como lo habían planeado. Ellemir ya estaba fuera de peligro, y no había nada más que Damon pudiera hacer por ella con su presencia. Damon sabía que ahora nada podría ayudar a Ellemir, salvo el tiempo.

Andrew se sentía extrañamente aliviado por marcharse, aunque le hubiera avergonzado admitirlo. No se había dado cuenta de hasta qué punto

la tensión que existía entre él y Calista le había afectado mientras se hallaba en Armida.

Las amplias mesetas de las altiplanicies, las montañas lejanas, todo se parecía al lugar de Arizona donde Andrew había pasado su infancia. Sin embargo, sólo tenía que abrir los ojos y ver el enorme sol rojo, que centelleaba como un ojo congestionado a través de la niebla matinal, para saber que no estaba en Terra. Era media mañana, pero dos pequeñas lunas sombrías, violeta pálido y verde lima, pendían más allá de la cima de la montaña, una casi llena y la otra en menguante. Hasta el olor del aire era extraño, y sin embargo esto era ahora su hogar, su hogar para el resto de su vida. Y Calista. Y Calista, que lo esperaba. Su imaginación conservaba el recuerdo de su rostro que le sonreía desde lo alto de la escalera mientras él se alejaba. Esa sonrisa era para él un tesoro, pues con todas las penas que el matrimonio le había causado, era un milagro que ella todavía pudiera sonreírle, pudiera ofrecerle la punta de los dedos para un beso, pudiera desearle que los Dioses le acompañaran, con un pequeño discurso que él empezaba a comprender: *«Adelandeyo»*.

También Damon empezó a animarse perceptiblemente a medida que recorrían el camino. Los últimos días habían dejado en su rostro arrugas que no tenía antes, pero ya no parecía viejo ni abrumado por la angustia.

A mediodía desmontaron para comer, atando los caballos para que pastaran en la hierba nueva que elevaba sus hojas rollizas a través de los restos de la última nevada. Encontraron un tronco seco donde sentarse, rodeado por pimpollos que soltaban sus copos de nieve y que brotaban en hojas y pétalos revoltosos como si ya hubiera llegado la primavera. Pero cuando Andrew preguntó, Damon dijo con indiferencia:

—¿Primavera? ¡Por los infiernos de Zandru, no! ¡Ni siquiera estamos todavía en pleno invierno, no hasta la fiesta del Solsticio de Invierno! Oh, lo dices por las flores —y soltó una risita—. Con este clima, florecen siempre que hay uno o dos días de sol. Tus científicos terranos tienen una expresión para describir el fenómeno: adaptación evolutiva. En las Kilghard, sólo hay unos pocos días, en pleno verano, en los que no nieva, de modo que las flores florecen cuando hay un poquito de sol. Si esto te parece extraño,

deberías ir a los Hellers y ver las flores y los frutos que florecen alrededor de Nevarsin. Aquí no podemos plantar melones de hielo, ¿sabes? Hace demasiado calor, y es una planta de los glaciares. —Damon se había quitado su capa de viaje, forrada de piel, y cabalgaba en mangas de camisa, aunque Andrew todavía seguía abrigado para protegerse de lo que le parecía un día frío y cruel.

Damon desenvolvió el paquete de comida que Calista les había dado para el viaje, y estalló en carcajadas.

—Calista dice... y siempre se disculpa por ello, que no sabe nada del manejo del hogar. Pero estamos de suerte, ya que todavía no ha aprendido qué clase de comida se les debe dar a los viajeros.

Había un ave de corral asada, fría, que Damon dividió con el cuchillo que llevaba en el cinturón, y una hogaza de pan todavía caliente, recién salida del horno. Andrew no pudo entender de qué se estaba riendo Damon.

—No le veo nada de gracioso —dijo—. Me preguntó qué me gustaría comer durante este largo viaje, y yo se lo dije.

Damon se rió, dándole a Andrew una generosa porción de la carne asada. Estaba crujiente por las especias que el terrano todavía no identificaba por su nombre.

—Por alguna razón, supongo que por la costumbre, casi toda la comida que uno puede conseguir para el camino consiste en pan duro, rollos de carne seca, frutas secas, nueces y cosas por el estilo.

Observó a Andrew, que cortaba el pan en rebanadas, elaborando un apetitoso emparedado con la carne asada.

—Eso tiene buen aspecto. Voy a hacerme uno. Y ¡que nunca acaben estas maravillas...! También nos dio manzanas frescas, de la bodega. ¡Bien, bien! —Reía mientras mordía con deleite una pata de ave asada—. ¡A mí jamás se me hubiera ocurrido cuestionar la comida de viaje, ni a Elli se le hubiera ocurrido preguntarme qué quería! ¡Tal vez podamos aprovechar algunas ideas nuevas en nuestro mundo!

Se puso serio, perdiéndose en sus pensamientos mientras observaba a Andrew comerse sus rebanadas de pan con carne. Él mismo había tenido ideas heréticas acerca del trabajo con matrices fuera de las Torres. Pero

sabía que si le decía eso a Leonie, ella se horrorizaría, se horrorizaría tanto como si estuviera en la época de Regís IV.

Seguramente ella se habría enterado de que Damon estaba haciendo uso de su matriz. Todas las matrices legales sintonizadas con un telépata del Comyn eran monitoreadas desde las grandes pantallas de la Torre de Arilinn. Debían haber identificado a Damon a partir de su matriz y a Dezi y, tal vez, aunque no estaba seguro, incluso a Andrew.

Si es que alguien había estado vigilando. Había escasez de telépatas para trabajos poco importantes como el monitoreo de las pantallas, de modo que probablemente nadie lo había advertido. Pero las pantallas existían, y cada una de las matrices de Darkover estaban sujetas por ley al monitoreo y la revisión. Incluso aquellos como Domenic, que había sido probado para el *laran* y a quien le habían dado una matriz, pero que nunca usaba, eran controlados.

Ésa era otra de las razones que Damon esgrimía para que no se desperdiciara un telépata como Dezi. Aunque su personalidad no encajara en la intimidad de un círculo —y Damon estaba dispuesto a admitir que era difícil convivir con Dezi— podía no obstante designársele para monitorear una pantalla.

Pensó, con malicia, que hoy su cabeza estaba repleta de herejías. ¿Quién era él para cuestionar a Leonie de Arilinn?

Terminó la pata de ave, observando pensativamente al terrano. Andrew comía una manzana y miraba reflexivamente la cadena de montañas distantes.

Es mi amigo. Sin embargo, llegó aquí desde una estrella tan lejana que ni siquiera puedo verla en el cielo nocturno. Y no obstante, el hecho mismo de que existan otros mundos como el nuestro, en otras partes del universo, es lo que cambiará nuestro mundo.

Miró hacia las montañas distantes y pensó: *No quiero que nuestro mundo cambie.*Y entonces se rió cruelmente de sí mismo. Estaba aquí sentado planeando la manera de alterar la utilización de las matrices en Darkover, pensando maneras de reformar el sistema de las antiguas Torres

que guardaban las antiguas ciencias de matrices de su mundo, las guardaban de maneras seguras, establecidas generaciones antes.

—Andrew —preguntó—, ¿por qué estás aquí? ¿En Darkover?

Andrew se encogió de hombros.

—Llegué aquí casi por casualidad. Era un trabajo. Y entonces, un día, vi el rostro de Calista... y aquí estoy.

—No quiero decir eso —respondió Damon—. ¿Por qué está aquí tu gente? ¿Qué es lo que Terra desea de nuestro mundo? No somos un mundo rico, como para ser explotado. Sé lo suficiente de tu Imperio para advertir que la mayoría de los mundos que han colonizado tienen algo para dar. ¿Por qué Darkover? Tenernos pocos metales pesados, somos un mundo aislado con un clima que tu gente encuentra, supongo, inhóspito. ¿Qué es lo que los terranos *desean* de nosotros?

Andrew se abrazó las rodillas.

—En mi mundo —dijo—, hay una vieja historia. Alguien le preguntó a un explorador por qué se le había ocurrido escalar una montaña. Y todo lo que el explorador respondió fue: «¡Pues porque estaba allí!»

—Ésa no parece una razón suficiente para construir un espaciopuerto —objetó Damon.

—Yo tampoco lo comprendo todo. Diablos, Damon, no soy un constructor de imperios. Hubiera preferido quedarme en la finca de mi padre. Por lo que sé, se trata de una cuestión de *situación*. ¿Sabes que la galaxia tiene la forma de una gigantesca espiral? —Recogió una ramita y dibujo un esquema sobre la nieve semiderretida—. Ésta es la espiral superior de la galaxia, y éste es el brazo inferior, y aquí está Darkover, en un lugar ideal para el control de tráfico, las transferencias de pasajeros..., ¿comprendes?

—Pero —arguyó Damon— el traslado de ciudadanos del Imperio desde un extremo del Imperio al otro no significa nada para nosotros.

Andrew se encogió de hombros.

—Lo sé —dijo—. Estoy seguro de que la Central hubiera preferido un mundo deshabitado aquí en el cruce de caminos y así no tendrían que preocuparse por los que viven aquí. Pero aquí estamos todos. —Eludió la

mirada ceñuda de Damon—. No soy *yo* quien decide la política, Damon. Ni siquiera estoy seguro de comprenderla. Simplemente, esto es lo que me explicaron.

Damon se rió sin alegría.

—¡Y yo que me sorprendí porque Calista nos dio carne asada y manzanas frescas para comer durante el viaje! El cambio es relativo, me imagino. —Vio el aspecto preocupado de Andrew y se obligó a sonreír. Nada de todo eso era culpa de Andrew—. ¡Esperemos que todos los cambios sean para mejor, como el ave asada de Calista!

Se incorporó y enterró cuidadosamente el corazón de la manzana bajo la nieve. El dolor lo invadió. Si las cosas hubieran sido de otra manera, podría haber plantado un manzano para su hija. Andrew, con esa pavorosa sensibilidad que demostraba de tanto en tanto, se inclinó a su lado, en silencio, para enterrar el corazón de su propia manzana. Estuvo silencioso hasta que volvieron a montar.

—Algún día, Damon —le dijo entonces, con suavidad—, nuestros hijos comerán las manzanas de estos árboles.

Estuvieron lejos de Armida más de tres veces diez días. En Serráis les llevó tiempo encontrar hombres que estuvieran dispuestos a abandonar sus aldeas, y tal vez sus familias, para ir a trabajar a la propiedad de Armida durante más de un año. Sin embargo, no podían contratar a demasiados hombres solteros, pues eso alteraría la vida de las aldeas. Damon trató de encontrar familias que tuvieran vínculos de sangre o de crianza con la gente de las tierras de Armida. Había muchos en esa situación. Después, Damon quiso visitar a su hermano Kieran, y a su hermana Marisela y sus hijos.

Marisela, una joven amable y regordeta, parecida a Damon pero con pelo rubio en vez de rojo, expresó su pena al enterarse de la desgracia de Ellemir. Con simpatía, dijo que si no tenían mejor suerte al cabo de uno o dos años, Damon debía criar a uno de sus hijos, oferta que sorprendió a Andrew, pero que Damon acogió con absoluta naturalidad.

—Gracias, Mari. Tal vez sea necesario, ya que los hijos de primos dobles rara vez viven. No tengo gran necesidad de un heredero, pero

Ellemir siente sus brazos vacíos, y se apena. Y no es probable que Calista tenga un niño muy pronto.

—No conozco muy bien a Calista —dijo Marisela—. Incluso, cuando éramos niñas, todas sabíamos que ella estaba destinada a la Torre, y no se mezclaba demasiado con las otras niñas. La gente es tan chismosa —agregó con vehemencia—. Cal tiene perfecto derecho a dejar la Torre y a casarse si se le antoja, pero es verdad que a todos nos sorprendió. Sé que las Celadoras de otras Torres suelen marcharse para casarse... ¿pero las de Arilinn? Y Leonie ha estado allí desde que tengo memoria, desde que nuestra madre tiene memoria. Todos creíamos que ocuparía directamente el lugar de Leonie. En una época, las Celadoras de Arilinn no podían abandonar su puesto, ni aunque lo desearan...

—Esa época pasó hace mucho —dijo Damon con impaciencia, pero Marisela prosiguió, impávida.

—A mime hicieron la prueba del *laran* en Neskaya, a los trece años, y una de las muchachas me dijo que si se me enviaba a Arilinn debía negarme, porque allí neutralizaban a las Celadoras. Ya no eran mujeres sino *emmascas*, tal como la leyenda dice que la hija de Robardin era *emmasca* y se convirtió en mujer por el amor de Hastur...

—¡Cuentos de hadas! —dijo Damon, riéndose—. ¡Eso no se hace desde hace cientos de años, Marisela!

—Sólo te cuento lo que me dijeron —dijo Marisela, herida—. Y sin duda Leonie parece una *emmasca*, y Calista... Calista es más delgada que Ellemir, y parece más joven, de modo que no puedes censurarme si pienso que tal vez no sea del todo una mujer. Aun así, eso no significaría que no pueda casarse si lo desea, aunque la mayoría no lo desea.

—¡Marisa, niña, te aseguro que la esposa de Andrew no es ninguna *emmasca*!

Marisela se dirigió a Andrew.

—¿Ya está embarazada Calista?

Andrew se rió y sacudió la cabeza. No tenía ningún sentido ofenderse; los hábitos de comportamiento diferían muchísimo entre ambas culturas... ¿Por qué debía censurar a Marisela, que después de todo era la prima de

Calista, por preguntar lo que todo el mundo deseaba saber sobre una recién casada? Recordó lo que había dicho Damon acerca de Ellemir, y lo repitió.

—Me parece bien que durante uno o dos años esté libre de esa preocupación. Todavía es muy joven.

Pero más tarde, en privado, preguntó a Damon:

—¿Qué demonios es una *emmasca*?

—La palabra *solía* designar a alguien de la antigua raza de los bosques. Ahora no se mezclan con los humanos, pero se dice que hay sangre *chieri* en el Comyn, especialmente en los Hellers: algunos de los Ardáis y los Aldarán tienen seis dedos en cada mano. No estoy seguro de creer ese cuento... cualquier criador de caballos te dirá que los de media casta son estériles... pero la historia dice que hay sangre *chieri* en el Comyn, que en el pasado los *chieri* se mezclaron con los humanos, y también sus sangres. Se creía que un *chieri* podía aparecerse como hombre ante una mujer y como mujer ante un hombre, ya que era ambas cosas, o tal vez ninguna. De modo que se dice que en la antigüedad también algunos Comyn eran *emmasca*, ni hombre ni mujer, sino neutros. Bien, eso sucedió mucho tiempo atrás, pero persiste la tradición que afirma que esas fueron las primeras Celadoras, ni hombres ni mujeres. Más tarde, cuando las mujeres cargaron con esa responsabilidad, se las convertía en *emmascas*, se las convertía en neutras quirúrgicamente, porque se creía que era más seguro que una mujer trabajara en las pantallas sin cargar con el peso de la femineidad. Pero ahora ya nadie recuerda que ninguna mujer haya sido neutralizada, ni siquiera en Arilinn, cuyas leyes conozco perfectamente, para trabajar en las Torres. La virginidad de una Celadora sirve para protegerla de los peligros de la femineidad.

—Sigo sin comprenderlo —dijo Andrew, y Damon le explicó.

—Es una cuestión de alineamiento nervioso. Los mismos nervios del cuerpo conducen el *laran* y el sexo. ¿Recuerdas que después de trabajar con las matrices todos estuvimos impotentes durante varios días? Los mismos canales nerviosos no pueden transportar ambos conjuntos de impulsos al mismo tiempo. Una mujer no tiene esa válvula de seguridad particular, de modo que las Celadoras, que tienen que manejar frecuencias tan tremendas,

y que deben coordinar a todos los otros telépatas, tienen que conservar sus canales completamente limpios, solamente para el *laran*. De otro modo, pueden sobrecargar sus nervios y quemarse. Si te interesa, en alguna oportunidad te mostraré los canales. Si no, puedes preguntarle a Calista.

Andrew no continuó con el tema. La idea del condicionamiento que había sufrido Calista todavía producía en él una furia tan profunda que le parecía mejor no pensar en eso.

Llegaron a Armida al cabo de un largo viaje de regreso, interrumpido tres veces por el mal tiempo, que les obligó a pasar la noche en diferentes lugares, a veces alojados en lujosas habitaciones, otras veces compartiendo una manta en el piso con los hijos menores de alguna familia.. Andrew, observando las luces de Armida a través del valle, pensó con extraña conciencia que verdaderamente regresaba a casa. A media galaxia de distancia del lugar donde había nacido, este sitio era, no obstante, su hogar, y allí estaba Calista. Se preguntó si todos los hombres, tras haber hallado la mujer que daba un sentido a su vida, definirían así su hogar: el lugar donde su amada le esperaba. Damon, al menos, parecía compartir ese sentimiento, ya que parecía tan contento de regresar a Armida como lo había estado treinta días antes, al marcharse. La enorme casa parecía familiar ahora, como si siempre hubiera vivido allí.

Ellemir bajó corriendo los peldaños para recibir a Damon en el patio, permitiéndole que la enlazara en un abrazo exuberante. Se la veía alegre y saludable, con las mejillas coloreadas y brillantes, y los ojos centelleantes. Pero Andrew no tuvo demasiado tiempo para dedicar a Ellemir, pues Calista lo esperaba en lo alto de la escalera, inmóvil y seria.

Cuando le dedicó su pequeña semisonrisa, Andrew pensó que eso, de alguna manera significaba más para él que la desbordante alegría de Ellemir. La joven le ofreció ambas manos, permitiéndole que se las llevara a los labios y las besara; luego, cuando sus dedos aún yacían en los de él, le condujo al interior. Damon se inclinó y saludó a *Dom* Esteban depositando un beso filial en la mejilla del anciano, y abrazó rápidamente a Dezi. Andrew, más reservado, hizo una inclinación a su suegro, y Calista vino a

sentarse a su lado mientras él le ofrecía a *Dom* Esteban un informe del viaje.

Damon preguntó por los hombres congelados. Los menos graves se habían recuperado y estaban ya al cuidado de sus propias familias; los más gravemente heridos, los que habían sido curados con la matriz, aún se estaban recuperando. Raimon había perdido dos dedos del pie derecho y Piedro nunca había recuperado la sensibilidad de algunos dedos de la mano izquierda, pero no estaban inválidos como temían.

—Todavía están aquí —dijo Ellemir—, porque Ferrika debe cambiarles los vendajes dos veces por día, y ponerles aceites curativos. ¿Sabías que Raimon es un espléndido músico? Casi todas las noches toca para que bailemos, las criadas y los sirvientes, y Calista y Dezi y yo también, pero ahora que habéis vuelto... —Se acurrucó junto a Damon, mirándole con ojos de felicidad.

Calista siguió la mirada de Andrew y le dijo suavemente:

—Te he extrañado, Andrew. Tal vez no puedo demostrarlo como Elli. Pero estoy más contenta de lo que puedo expresar porque estás nuevamente con nosotros.

Después de cenar en el gran salón, *Dom* Esteban propuso:

—¿Tendremos un poco de música, pues?

—Haré llamar a Raimon, ¿de acuerdo? —dijo Ellemir, y fue a llamar a los hombres.

—¿Cantarás para mí, Calista? —dijo Andrew con suavidad.

Calista miró a su padre, pidiéndole permiso. El anciano asintió, y ella tomó su pequeña arpa y desgranó uno o dos acordes.

¿Cómo llegó esta sangre a tu mano derecha?
Hermano dime, dímelo...

Dezi emitió un gutural sonido de protesta. Ellemir que retornaba y vio su cara de perturbación, intervino:

—¡Calista, canta alguna otra cosa!

Ante la mirada sorprendida e inquisitiva de Andrew, se vio obligada a agregar:

—Es de mal agüero que una hermana cante eso en presencia de un hermano. Cuenta la historia de un hermano que asesinó a toda su familia salvo a una única hermana, que se vio forzada a condenarle.

Dom Esteban reaccionó.

—No soy supersticioso —dijo—, y en esta sala no hay ningún hijo mío. Canta, Calista.

Perturbada, Calista volvió a inclinarse sobre el arpa, pero obedeció.

Estábamos de fiesta, peleábamos en broma,
Te lo juro, hermana,
Una furia salvaje invadió mi mano
Y vergonzosamente los asesiné.

¿Qué ocurrirá contigo ahora, querido corazón?
Hermano dime, dímelo,..

Andrew, al ver los relampagueantes ojos de Dezi, sintió una oleada de tristeza por el muchacho, por el gratuito insulto que *Dom* Esteban le había infligido. Calista buscó los ojos de Dezi, como para disculparse, pero el joven se puso de pie y se marchó de la habitación, golpeando la puerta. Andrew pensó que debería decir algo, hacer algo, pero ¿qué?

Más tarde, renqueando, con sus bastones, llegó Raimon y empezó a tocar una melodía de danza. La tensión desapareció cuando los hombres y mujeres de la casa se apiñaron en el centro de la habitación para emprender una danza que describía círculos y espirales, con los hombres en el círculo exterior, y las mujeres en el de dentro. Uno de los hombres buscó una gaita, un instrumento poco familiar que, pensó Andrew, hacía un ruido infernal, para que otros dos interpretaran la danza de la espada. Después empezaron a bailar en parejas, aunque Andrew advirtió que la mayoría de las mujeres más jóvenes sólo bailaban entre sí. Calista estaba tocando para los bailarines, así que Andrew invitó a Ferrika para que bailara con él.

Más tarde vio que Damon y Ellemir bailaban juntos, los brazos de ella en tomo al cuello de él, mientras sus ojos sonrientes se alzaban hacia su esposo. Eso le recordó sus propios intentos, contrarios a la costumbre, de bailar con Calista durante la boda. Fue a buscar a la joven, que había cedido el arpa a otra mujer y que bailaba ahora con Dezi. Cuando ambos se separaron, Andrew se acercó a ellos y tendió los brazos a Calista.

Ella sonrió con alegría y se le acercó, pero Dezi se interpuso. Habló en voz tan baja que sólo fue posible escucharle desde muy cerca, pero era inconfundible la malicia que había en su voz.

—Oh, no podemos permitir que bailéis juntos *todavía*, ¿verdad?

Las manos de Calista cayeron y todo el color desapareció de su rostro. Andrew escuchó el ruido de platos rotos y de copas astilladas en algún sitio, a causa del aterrador impacto que produjo el grito mental de dolor que la joven emitió. Evidentemente, todos los que tenían un ápice de conciencia telepática captaron su ultraje e indignación. Andrew no se paró a pensar. Su puño golpeó con fuerza el rostro de Dezi, enviándole lejos.

Lentamente, el joven se recuperó. Se enjugó la sangre que le manaba de la boca, mientras sus ojos centelleaban de furia. Se lanzó luego contra Andrew, pero Damon lo atrapó por la cintura, reteniéndole por la fuerza.

—¡Por los infiernos de Zandru, Dezi! —estalló—. ¿Estás loco? ¡Se han declarado disputas de sangre por tres generaciones por un insulto menor que el que le has lanzado a nuestro hermano?

Andrew observó el círculo de rostros asombrados y consternados que les rodeaba, hasta que vio a Calista, con la mirada perdida. De repente, la joven se cubrió el rostro con las manos y salió apresuradamente de la habitación. No lloraba en voz alta, pero Andrew pudo sentir, como una vibración tangible, las lágrimas que ella no podía derramar.

La voz furiosa de Dom Esteban cortó el prolongado e incómodo silencio.

—La explicación más piadosa que puede dársele a esto, Desiderio. . ¡es que nuevamente has bebido más de lo que puedes tolerar! Si no aguantas el alcohol como un hombre, ¡será mejor que en la cena te limites a tomar

shallan, como los niños! ¡Pide disculpas a nuestro pariente, y vete a dormirla!

Andrew pensó que ésa era la mejor manera de tratar el asunto. A juzgar por la confusión reinante, la mayoría de las personas que se hallaban allí ni siquiera sabían qué había dicho Dezi. Simplemente, habían captado la indignación y la pena de Calista.

Dezi masculló algo.... algo que Andrew supuso que sería una disculpa.

—No me importan los insultos que me inflijas, Dezi —respondió—. pero ¿qué clase de hombre sería yo si te permitiera hablarle ofensivamente a mi esposa?

Dezi miró a *Dom* Esteban por encima del hombro —¿para asegurarse de que no le oiría?— y dijo en voz baja, con tono perverso:

—¿Tu esposa? ¿Ni siquiera sabes que el matrimonio de compañeros libres sólo es legal después de la consumación? ¡Ella es tan esposa tuya como podría serlo mía! —Y entonces pasó rápidamente delante de Andrew y salió de la habitación.

Todo rastro de alegría había desaparecido de la velada. Apresuradamente, Ellemir agradeció a Raimon la música y salió luego de la habitación. *Dom* Esteban hizo una seña a Andrew, instándolo a que se acercara, y le preguntó si Dezi se había disculpado. Andrew, esquivando sus ojos —el anciano era telépata, ¿cómo podía mentirle?— dijo incómodo que sí y, ante su alivio, el anciano dejó pasar la respuesta. De todos modos, ¿qué podía hacer? No podía pelearse con el medio hermano de su esposa, un adolescente bebido con cierto gusto por los insultos y los golpes bajos.

Pero ¿era cierto lo que le había dicho Dezi? En su propia suite le planteó la pregunta a Damon, quien, a pesar de sacudir la cabeza, denegando, parecía preocupado.

—Mi querido amigo, no te preocupes por eso. Nadie tendría motivos para cuestionar la legalidad de tu matrimonio. Tus intenciones son claras, y nadie puede preocuparse por los detalles más sutiles de la ley —dijo. Pero Andrew sintió que Damon ni siquiera estaba convencido. Podía escuchar que Calista lloraba dentro de su habitación, y también la oyó Damon.

—¡Me gustaría romperle el cuello a Dezi!

Andrew sentía lo mismo. Con unas pocas palabras maliciosas, el joven había destrozado toda la alegría de la reunión.

Calista había dejado de llorar cuando entró Andrew. Estaba de pie ante su tocador, desprendiendo lentamente la hebilla en forma de mariposa que usaba en la nuca, soltándose el cabello sobre los hombros. Se volvió, mojándose los labios, como para pronunciar un discurso que hubiera ensayado muchas veces,

—Andrew, lo siento... Siento haberte expuesto a eso... Es *mi* culpa.

Se sentó ante el tocador y empezó a cepillarse el pelo lentamente con su peine de marfil tallado. Andrew se arrodilló a su lado, deseando desesperadamente poder tomarla en sus brazos y consolarla.

—¿Tu culpa, amor? ¿Cómo podrías ser culpable de la malicia de ese muchacho? No te pediré que lo olvides, porque sé que no podrías, pero no dejes que eso te perturbe.

—Pero es mi culpa —dijo ella, que ni siquiera podía mirarle a través del espejo—. Por ser lo que soy. Es mi culpa que lo que él dijo sea... verdad.

Él pensó, con dolor, en la manera en que Ellemir se había acurrucado en brazos de Damon, en la manera en que sus brazos le habían rodeado durante la danza.

—Bien, Cal —dijo al fin—, no te mentiré, pues esto no me resulta fácil. No fingiré que estoy disfrutando de esta espera. Pero te lo prometí, y no me quejo. Dejémoslo por ahora, amor.

La pequeña barbilla de la joven se alzó en un gesto de obstinación.

—No puedo dejarlo así como así. No puedes entender que tú... que tu necesidad me hiere también a mí, porque yo también te deseo y no puedo, no me atrevo... Andrew, escúchame. No, déjame terminar, ¿recuerdas lo que te pedí el día de nuestra boda? ¿Que si esto te resultaba demasiado duro, tomaras... tomaras a otra?

El, disgustado, frunció el ceño a través del espejo.

—Creí que eso había quedado aclarado para siempre, Calista. En nombre de Dios, ¿crees que me importa alguna de las criadas o cocineras? — ¿Acaso la había perturbado que bailara esa noche con Ferrika? ¿Acaso pensaba...?

Ella sacudió la cabeza, diciendo en voz muy baja:

—No. Pero si te sirve... he hablado de esto con Ellemir. Me dijo que... está dispuesta...

Andrew la miró fijamente, consternado, mientras la tristeza se mezclaba también con su emoción.

—¿Estás hablando en serio?

Lo estaba. El rostro grave de la joven lo revelaba, y de todos modos, sabía que no era capaz de gastar bromas de esa clase.

—¿Ellemir? Ella es la última, la última... tu propia hermana... ¡Calista! ¿Cómo podría hacerte algo así?

—¿Crees que me hace feliz verte tan desdichado, saber que un mocoso como Dezi puede avergonzarte de esa manera? Y ¿cómo podría estar celosa de mi propia hermana?

El hizo un gesto de rechazo, y ella le tendió una mano.

—No, Andrew, escúchame. Es nuestra costumbre. Si fueras uno de los nuestros, sería habitual que mi hermana y yo... nos comportáramos así. Aun cuando las cosas fueran... como deben ser entre nosotros, si en algún momento yo estuviera enferma, o embarazada, o... simplemente no te deseara... Es una costumbre muy antigua. ¿Me has oído cantar la Balada de Hastur y Cassilda? Incluso allí, en esa balada, se habla de cómo Camila ocupó el lugar de su *breda* en brazos del Dios, y por eso murió. Fue así cómo Cassilda sobrevivió a la traición de Alar, y llevó dentro de sí al hijo del Dios... —Su voz se esfumó.

—Esa clase de cosas —dijo Andrew con sequedad— pueden estar muy bien en las viejas baladas y cuentos de hadas. Pero no en la vida real.

—¿Ni aunque yo lo quiera, Andrew? Me sentiría menos culpable pues así cada día que pasara yo no estaría aumentando tu sufrimiento...

—¿Y si dejas que yo me preocupe por eso? No es necesario que te sientas culpable.

Pero ella se volvió, cansada y derrotada. Se puso en pie, dejando que su cabello cayera en cascada hasta la cintura, y lentamente lo separó en mechones para trenzarlo.

—Ya no soporto más esto —dijo, con voz ahogada.

—Entonces a ti te corresponde acabar con esto —dijo Andrew suavemente. Tomó un mechón de su pelo y se lo llevó a los labios, saboreando la fina textura, la fragancia delicada. El contacto lo mareó. Había prometido que jamás la presionaría. Pero durante ¿cuánto tiempo más...?

—Querida, ¿que puedo decirte? ¿La idea te resulta todavía tan aterradora?

Ella habló con voz triste, desdichada.

—Sé que no debería ser así. Pero tengo miedo. Creo que no estoy lista...

Él la abrazó, muy suavemente.

—¿Cómo lo sabrás, Calista, si no lo pruebas? —le dijo en un susurro—. ¿No quieres venir a dormir a mi lado? Solamente eso... te juro que no te pediré nada que no estés dispuesta a darme...

Ella vaciló, retorciéndose un rizo.

—¿No empeoraría las cosas... para ti... si yo decidiera... si yo decidiera que no puedo... que todavía no estoy lista?

—¿Debo jurártelo, amor? ¿No confías en mí?

Ella dijo, con una sonrisa desgarradora:

—No es de ti de quien desconfío, esposo —y las palabras se quebraron en su garganta.

—¿Entonces...? —Él la retuvo en el círculo de sus brazos. Al cabo de un largo rato, casi imperceptiblemente, ella asintió.

Con suavidad, él la alzó en sus brazos y la llevó a su cama. Al dejarla sobre las almohadas, le dijo:

—Bien, si lo sientes así, ¿no prueba eso que ha llegado el momento, querida? Te prometo que seré gentil contigo...

Ella sacudió la cabeza susurrando:

—¡Oh, Andrew, si fuera así de simple! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Súbitamente, le abrazó.

—¿Andrew, harás algo si te lo pido? ¿Algo que tal vez no desees hacer? ¿Me lo prometes, Andrew?

Él dijo, dolorido de amor:

—No se me ocurre nada, de este mundo ni del otro, que yo no haría por ti, Cal. Mi querida, mi tesoro, cualquier cosa que te lo haga más fácil.

Ella le miró, temblando, y dijo:

—Atúrdeme de un golpe. Tómame por la fuerza, esta vez, cuando no esté en condiciones de resistirme...

Andrew se echó hacia atrás, mirándola horrorizado. Por un momento quedó literalmente sin habla, asqueado y consternado. Finalmente logró balbucear:

—¡Debes estar loca, Calista! Por Dios, ¿cómo podría hacerle eso a una mujer? ¡Y menos aún a ti!

Ella le miró, desesperada.

—Lo prometiste.

El se enfureció.

—¿Qué *eres* tú, Calista? ¿Qué clase de loca perversa...? —Las palabras le traicionaron. Indiferente a su ternura, ¿acaso ella reclamaba entonces su crueldad?

Los ojos de la joven aún estaban inundados de lágrimas. Captó la idea de él y le dijo:

—No, no, nunca creí que *querrías* hacerlo. Fue la única manera que se me ocurrió de... ¡Oh, que Avarra tenga piedad de mí, tendría que haber muerto, tendría que haber muerto...!

Ella se dio la vuelta, sepultando el rostro en la almohada, y empezó a llorar tan desesperadamente que Andrew se aterrorizó. Se acostó junto a ella, trató de tomarla en sus brazos, pero ella se desasió con violencia. Apenado, sintiendo un dolor casi tan grande como el de la joven, Andrew la abrazó, sosteniéndola contra su pecho, acariciándola y calmándola, tratando de establecer contacto con su mente, pero ella se había aislado detrás de una barrera. El la sostuvo, en silencio, y la dejó llorar. Por fin, la joven quedó inmóvil en sus brazos, como no lo había hecho desde que la había sacado en sus brazos de las cavernas de Corresanti, y a él le pareció que también había caído una barrera interna.

—Eres tan bueno —dijo ella en un susurro—, y me siento tan avergonzada...

—Te amo, Calista. Pero creo que has construido esta cosa en tu mente, fuera de toda proporción. Creo que nos equivocamos al esperar, creo que cuanto más esperemos peor será todo.

El sintió el familiar contacto de la mente de la joven y supo, ahora, que ella lo agradecía igual que en aquel momento de soledad y de miedo.

—Yo no tenía miedo entonces —dijo Calista.

—Nada ha cambiado desde entonces —dijo él con firmeza—, salvo que te amo más ahora.

No sabía demasiado acerca de las inhibiciones sexuales, pero sí sabía que existía un estado de frigidez patológica, y lo poco que le habían contado acerca del entrenamiento que recibía una Celadora le confirmaba que eso era lo que le habían hecho a la joven: un condicionamiento total en contra de cualquier respuesta sexual. No era tan ingenuo como para creer que una seducción amable pudiera disolver todos los miedos y convertirla en una esposa apasionada y sensible, pero le parecía que ésa era la forma de empezar. Al menos, tal vez le daría un poco de seguridad.

Ahora estaban profundamente en contacto. Percibió que no había en ella ni el menor rastro de excitación física, de esa excitación física que era tan intensa en él, pero supo que ella deseaba la intimidad que podría terminar con la tensión que había entre ambos. Suavemente, la atrajo hacia sí. La deseaba, sí, pero no a disgusto. Quería que ella compartiera con él esa tempestad de pasión que lo había hecho temblar. Las palabras no eran necesarias. Ella le hizo bajar el rostro, apretando sus labios contra los de él, con tímida vacilación, y él sintió una inquietud súbita. Nunca había conocido a una mujer sin experiencia. Sin embargo podía sentir (estaban profundamente contactados) el tremendo esfuerzo que ella hacía para no desasirse de él. Le pareció que estallaría de ternura. En sus brazos, ella era dócil, le acariciaba con timidez sin tratar de ocultar su falta de respuesta. No se trataba de la pasividad de la ignorancia, evidentemente comprendía lo que se esperaba de ella, pero no había ni la menor traza de excitación física.

El volvió a buscar contacto con la mente de Calista. Entonces, a través de la presencia familiar de ella, percibió una confusión, algo extraño y sin embargo familiar, intensamente sexual. *¿Ellemir? ¿Damon y Ellemir?* Su

primera reacción fue retirarse, interponer barreras mentales — *¡No soy ningún «voyeur!*—, pero entonces, vacilante y todavía confuso sintió que Calista se introducía en la fusión cuádruple, que el viejo vínculo entre ellos se reestablecía como cuando todos estaban unidos a través de la matriz. Y por primera vez sintió que Calista se entregaba, no sólo mentalmente, sino también físicamente. Perdió aprensión, como si todo esto le diera menos miedo si lo compartía con su melliza. Mientras era atraído hacia el vínculo cuádruple, a una intensa participación en el amor de la otra pareja, le pareció por un instante que era Ellemir la que estaba en sus brazos, la que le besaba, la que se abría por completo a él, cálida, respondiéndole... No, era simplemente que Calista lo había sumergido en la respuesta de Ellemir, y a través de ella podía sentir la tímida sorpresa de Calista, la confirmación del placer y la excitación de Ellemir. Andrew apretó su boca contra la de Calista, en un beso prolongado e indagatorio, y por primera vez sintió un chispazo de respuesta sexual. Calista ya no le dejaba hacer pasivamente, sino que por primera vez compartía verdaderamente su beso.

¿Habría necesitado esta clase de confirmación, entonces? Ante el urgente susurro de él, la joven se apretó cálidamente contra Andrew. Él sabía que ahora se hallaba profundamente fundida con la conciencia de Ellemir. dejando que esa respuesta invadiera su propio cuerpo. También podía sentir a Damon, y eso le resultaba inquietante, ¿o se trataba tan sólo de que podía sentir y compartir la respuesta de Ellemir ante la extraña y provocativa mezcla sensual de suavidad y violencia que venía de Damon?

Por un momento le pareció que bastaba por ahora, que era suficiente deslizarse por la superficie del apasionado abrazo de *ellos*, que no había que pretender más que dejarse llevar por esta cálida conciencia múltiple. Pero todavía le resultaba demasiado extraño, y su cuerpo, que se había tornado exigente, insistía en lograr la plenitud. Jadeó como un nadador falto de aire, tratando de desembarazarse del vínculo múltiple, para centrar su conciencia solamente en Calista, que estaba en sus brazos, frágil, vulnerable, absolutamente dócil, completamente entregada.

De repente, con inimaginable violencia, la frágil fusión de conciencias se hizo añicos. En el mismo momento sintió un dolor desgarrador,

abrasador, en los genitales. Consternado, gritando, escuchó que Calista gritaba también en desesperada y salvaje protesta, y sintió que algo lo arrancaba del abrazo y lo lanzaba por el aire. Su mente giraba locamente. *¡Esto no podía ser real!* Su cabeza golpeó contra algo agudo, y en un estallido de dolor, mientras luces rojas explotaban como bombas dentro de su cabeza, perdió el sentido.

OceanofPDF.com

8

Estaba tendido en el suelo.

Antes de recuperar completamente la conciencia, advirtió que recobraba el sentido, y una confusa protesta: *¿Cómo demonios llegué aquí?* Sentía un agudo dolor en la cabeza, y otro peor en la ingle. Emitió un sonido de protesta, sintiendo que le explotaba la cabeza, y abrió los ojos. Damon, completamente desnudo, estaba arrodillado junto a él.

—Quédate quieto —le dijo secamente, cuando Andrew intentó incorporarse—. ¡Deja que te quite la sangre de los ojos, idiota!

La más intensa emoción de Andrew, que desplazaba incluso al dolor, era la indignación. Con violencia, alejó la mano de Damon.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Cómo te atreves? Calista y yo...

—También nosotros —dijo Damon con una sonrisa maliciosa—, y lo sabes condenadamente bien. ¿Crees que queríamos ser interrumpidos de este modo? Pero mejor que hayamos sido nosotros y no los criados los que hayan venido corriendo para ver quién había sido asesinado. Por todos los infiernos, ¿no escuchaste los gritos de Calista?

Todo lo que Andrew podía oír era un gemido sollozante, pero le pareció hallar en su mente una vaga idea, que no llegaba a ser un recuerdo, de gritos desgarradores. Logró ponerse en pie, ignorando la mano auxiliadora de Damon.

—¡Calista! Debo ir con ella...

—Ellemir está con ella, y no creo que pueda enfrentarse contigo todavía. Déjame echar un vistazo a esto —dijo, y su mano escrutadora fue tan impersonal que Andrew no pudo sentirse ofendido—. ¿Te duele?

Le dolía. Damon parecía serio, pero al cabo de otra palpación, dijo:

—Los testículos no han sufrido ningún daño permanente, creo. No, no mires, no estás familiarizado con las heridas, y te parecerá peor de lo que es. ¿Puedes ver bien?

Andrew lo intentó.

—Un poco borroso —dijo.

Damon volvió a limpiarle la herida de la frente.

—Las heridas en la cabeza sangran como el infierno, pero creo que ésta necesita uno o dos puntos.

—Eso no importa —dijo, y los sollozos de Calista penetraron en su conciencia—. ¿Calista está bien? Oh, Dios, ¿le hice daño?

—¿Si *tú* le hiciste daño? —dijo Ellemir detrás de ellos, agriamente—. Fue ella la que no logró matarte del todo, por esta vez.

—Déjala tranquila —dijo Andrew, ferozmente protector. Todo lo que recordaba era su pasión y una interrupción violenta... aterradoramente violenta—. ¿Qué pasó, un terremoto?

Calista estaba tendida de costado, con el rostro hinchado por el llanto. Desnuda, parecía tan indefensa que Andrew se sintió consternado. Buscó su bata y la extendió suavemente sobre el cuerpo desnudo de la joven. —

Querida... querida, ¿que te hice?

Ella volvió a estallar en frenéticos sollozos.

—Traté con tanta fuerza... y casi lo maté, Damon. ¡Creí que estaba lista y no era así! Podría haberle matado...

Damon le retiró el pelo del rostro húmedo.

—No llores más, *breda*. Ni siquiera todos los herreros de las Fraguas de Zandru pueden reparar un huevo roto. No le mataste, y eso es lo único que importa ahora.

—¿Estás tratando de decirme que *Calista*....?

—Un error de juicio —dijo Damon con objetividad—. No deberías haberlo intentado sin pedirme primero que la monitoreara para ver si estaba

lista. Creí que podía confiar en ella.

Andrew escuchó, mentalmente, el eco de las palabras de Calista: «No es de ti de quien desconfío.» Y a Damon, que decía: «El hombre que viola a una Celadora arriesga su vida y su cordura.» Evidentemente, Calista se hallaba aún protegida por un conjunto de reflejos psi completamente involuntarios, reflejos que no podía controlar... y que no diferenciaban entre un intento de violación y el más tierno amor.

—Tengo que dar unos puntos en esa herida que Andrew tiene en la frente, Elli —dijo Damon—. Quédate con Calista, no la dejes sola ni un momento. —Su mirada se cruzó con la de Ellemir, y agregó con gravedad —: ¿Comprendes que es muy importante?

Ella asintió. De repente Andrew advirtió que ella también estaba desnuda, aunque no parecía ser consciente de ello. Al cabo de un momento, cuando percibió que él sí era consciente de su desnudez, se volvió y se puso una bata de Calista que se hallaba sobre una silla, y después se sentó junto a su hermana, sosteniéndole la mano.

—Quédate quieto. Tal vez te duela un poco.

En realidad, le dolió bastante, pero fue tan rápido que antes de que Andrew tuviera tiempo de darse cuenta, Damon ya estaba desinfectando la aguja sobre la llama de la vela antes de guardarla. Sirvió un trago a Andrew, otro más para él y se sentó frente a su amigo, mirándole pensativamente.

—Si la otra herida te molesta mucho mañana, toma un par de baños calientes. Maldición, Andrew, ¿Qué te *ocurrió*? Intentarlo ahora, sin consultar siquiera...

—¿Qué demonios te importa cuándo... o cómo se me ocurre dormir con mi esposa?

—La respuesta a tu pregunta —dijo Damon—, debería resultarte obvia. Sabes que nos interrumpisteis en un momento crítico. Podría haber interpuesto una barrera, pero pensé que tal vez podríamos ayudar a Calista. Con lo que ocurrió, si yo no tuviera entrenamiento de Torre, los dos hubiéramos resultado gravemente Heridos. *Yo* recibí el rebote, así que es asunto mío, ¿te das cuenta? Además —agregó suavemente—, Calista me importa mucho, y también tú.

—Pensé que simplemente tenía miedo. Porque había estado protegida, resguardada, condicionada a la virginidad...

Damon lanzó un juramento.

—Por los infiernos de Zandru, ¿cómo pueden ocurrir estas cosas? ¡Los cuatros somos telépatas, y ninguno tuvo el buen sentido de hablar honestamente de la cuestión! Es culpa mía. Yo lo sabía, pero nunca se me ocurrió que tú no lo sabías. Creí que Leonie te lo había explicado: evidentemente, ella pensó que te lo había explicado yo. Y sin duda creí que Calista te lo advertiría antes de intentarlo... Bien, demonios, ya está hecho, y no puede deshacerse.

Andrew se sintió totalmente fracasado, desesperado.

—No tiene sentido, ¿verdad, Damon? No sirvo para Cal ni para nadie. ¿Debo marcharme... salir silenciosamente de su vida? ¿Irme, dejar de intentarlo, dejar de atormentarla?

Damon extendió la mano y lo asió con fuerza.

—¿Quieres que se *muera*?—le dijo con tono urgente—. ¿Sabes que está muy cerca de la muerte? ¡Ahora puede matarse con un simple pensamiento, con tanta facilidad como cuando estuvo a punto de matarte a ti! No tiene a nadie, a nadie más, y puede suicidarse con un solo pensamiento. ¿Quieres hacerle eso?

—¡Por Dios, *no*!

—Te creo —dijo Damon al cabo de un minuto—, pero tendrás que lograr que *ella* te crea. —Vaciló—. Tengo que saberlo. ¿La penetraste, aunque tan sólo fuera un poco?

La indignación de Andrew fue tan intensa que Damon se echó atrás, incluso antes de que el otro hablara.

—Mira, Damon... ¿qué demonios...?

Damon suspiró.

—Podría preguntárselo a Cal, pero pensé que podría ahorrárselo.

Andrew bajó los ojos.

—No estoy seguro. Todo... fue confuso...

—Creo que si lo hubieras hecho, habrías sufrido más daño.

—¡No sabía que ella me odiara tanto! —dijo Andrew, con incontrolable amargura.

Damon apoyó una mano sobre el hombro del terrano.

—No es así. No permitas que esto arruine el recuerdo de lo que sí fue bueno. Esa parte también existió. —Agregó, al cabo de un momento—: Lo sé, yo estaba allí, ¿recuerdas? Lamento que eso te moleste, pero suele ocurrir, sabes, en el caso de los telépatas, y todos estuvimos reunidos por la matriz. *Fue* real, y Calista te ama y te desea. En cuanto al resto, un simple error de cálculo, quizá creería que ya estaba libre. La mayoría de las Celadoras, ¿sabes?, cuando van a casarse o cuando se enamoran, usualmente se marchan de la Torre antes de que el condicionamiento se complete. O descubren que no pueden trabajar a causa del dolor o las perturbaciones, así que eso mismo desgasta el condicionamiento y pueden marcharse. El entrenamiento de una Celadora es terrible. Dos de cada tres muchachas que lo intentan no pueden resistirlo. Y una vez que está completo, si se ha hecho de manera apropiada, es muy raro que desaparezca. Cuando Leonie le dio a Calista autorización para casarse, creería que era uno de esos casos raros, pues de otro modo Cal no hubiera querido abandonar la Torre.

Andrew empalideció mientras le escuchaba.

—¿Qué se puede hacer al respecto?

—No lo sé —dijo sinceramente Damon—. Haré lo que pueda. —Se pasó una mano temblorosa por la frente—. Me gustaría tener un poco de *kirian* para darle. Pero por ahora lo que necesita es confianza, y sólo tú puedes dársela. Ven e inténtalo.

Ellemir había lavado el rostro lacrimoso de Calista, le había peinado y trenzado el cabello y le había puesto un camisón. Cuando la joven vio a Andrew, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¡Andrew, lo intenté! ¡No me odies! Casi... casi...

—Lo sé —dijo él, y le tomó la mano—. Debiste haberme dicho exactamente de qué tenías miedo, amor.

—No podía. —Sus ojos estaban anegados de dolor y de culpa.

—Lo que te dije iba en serio, Calista. Te amo, y puedo esperar. Tanto como sea necesario.

Ella se aferró a su mano. Damon se inclinó sobre ella.

—Elli dormirá contigo esta noche —dijo—. Quiero que se quede todo el tiempo cerca de ti. ¿Sientes algún dolor?

Ella asintió, mordiéndose los labios.

—Ellemir —dijo Damon—, cuando la vestiste, ¿viste si tenía alguna quemadura o ennegrecimiento?

—Nada serio. Una parte ennegrecida en el interior del muslo —dijo Ellemir, levantándole el camisón, y Andrew observó con horror la marca sobre la carne. ¿La fuerza psi golpeaba como un rayo, entonces?

—No habrá cicatriz, me parece —dijo Damon—. Pero, maldición, Cal, no me gusta tener que preguntártelo, pero...

—No —dijo ella con rapidez—, no me penetró.

Damon asintió, obviamente aliviado y Andrew. mirando la ennegrecida marca de la quemadura, se dio cuenta, horrorizado, por qué había preguntado Damon.

—Andrew no sufrió grandes daños, un golpe en la cabeza, sin conmoción. Pero si tú sientes dolores, será mejor que te revise. —Ante la velada protesta de la joven, agregó—: Calista, yo monitoreaba a los mecánicos psi cuando tú todavía eras una niña. Eso es, tiéndete de espaldas. No tanta luz, Elli, no veo bien con tanta luz. —Andrew pensó que eso sonaba raro, pero cuando Ellemir atenuó las luces, Damon hizo un gesto de asentimiento. Indicó a Andrew que se acercara—. Tendría que haber tenido la sensatez necesaria de haberte enseñado esto antes.

Deslizó la punta de los dedos sobre el cuerpo de Calista, sin tocarla, a unos escasos centímetros por encima del camisón. Andrew parpadeó al ver una suave luz centelleante que seguía el trayecto de los dedos de Damon, débiles corrientes arremolinadas que pulsaban aquí y allí con tenues y brumosas espirales de color.

—Mira. Aquí están los principales canales nerviosos... espera, quiero mostrarte primero un esquema normal. ¿Ellemir?

Obedientemente, la joven se acostó junto a Calista.

—Mira —dijo Damon—, las principales corrientes, los canales a ambos lados de la columna vertebral, positivo y negativo, y a partir de ellos, los centros principales: el de la frente, el de la garganta, el del plexo solar, el del útero, el de la base de la columna, el de los genitales. —Señaló los centros espiralados de luz brillante—. Ellemir es una mujer adulta, sexualmente madura —dijo con fría objetividad—. Si fuera virgen, las corrientes serían iguales, sólo que los centros inferiores serían menos brillantes, ya que transportarían menos energía. Éste es el esquema normal. En el caso de una Celadora, esas corrientes se han alterado, por medio del condicionamiento, con el objeto de eliminar los impulsos en los canales inferiores, los mismos que transportan la energía sexual y la fuerza psi. En un telépata normal, y Ellemir tiene una cantidad considerable de *laran*, las dos fuerzas surgen simultáneamente en la pubertad y, al cabo de ciertos trastornos, a los que designamos como enfermedad de umbral, empiezan a trabajar selectivamente, transportando una u otra energía según la necesidad, alimentadas ambas por la misma fuerza mental. A veces los canales se sobrecargan. ¿Recuerdas que cuando trabajamos con la matriz te advertí que podías sufrir una impotencia temporal? Pero en el caso de una Celadora, las fuerzas psi que se manejan son tan enormes que un flujo doble sería demasiado fuerte para que un solo cuerpo lo soportara, si los canales no se mantuvieran completamente limpios para el paso de la fuerza psi. Entonces, los canales inferiores son separados de los superiores, ya que los inferiores son los que controlan la vitalidad sexual, y no hay reflujo. Lo que aquí tenemos —dijo señalando a Calista, y Andrew recordó, absurdamente, a algún profesor de anatomía— es una sobrecarga de importancia en los canales. Normalmente, las fuerzas psi fluyen *alrededor* de los centros sexuales, sin involucrarlos. Pero mira aquí —dijo, señalando los centros vitales inferiores de Calista, que si se los comparaba con los de Ellemir, claros y brillantes, resultaban apenas luminosos y pulsaban como inflamadas heridas y producían remolinos densos y enfermizos—. Ha habido estimulación y también respuesta sexual, pero los canales que normalmente se encargarían de transportar esos impulsos han sido bloqueados y puestos en cortocircuito por el entrenamiento de Celadora. —

Suavemente, posó una mano sobre el cuerpo de la joven, tocando una de las arremolinadas corrientes. Se escuchó un crujido audible y definido, y Calista gimió.

—¿Te duele? Eso me temía —se disculpó Damon—. Y ni siquiera puedo limpiar estos canales. No hay *kirian* en la casa, ¿verdad? No podrás tolerar el dolor.

Todo eso era chino para Andrew, pero lo que sí podía ver era el oscuro remolino rojo que, en Calista, reemplazaba los luminosos y tersos pulsos que aparecían sobre el cuerpo de Ellemir.

—No te preocupes por eso ahora —dijo Damon—. Tal vez se aclaren solos después de que hayas dormido.

—Creo que podría dormir mejor si Andrew me abrazara —dijo Calista débilmente.

—Sé cómo te sientes, *breda* —respondió compasivamente Damon—, pero no sería prudente. Una vez que has empezado a responderle, experimentas dos conjuntos de reflejos conflictivos simultáneamente. —Se dirigió a Andrew con gravedad—. ¡No quiero que la toques, al menos hasta que los canales vuelvan a limpiarse! —Y agregó severamente, esta vez dirigiéndose a Calista—: Y eso vale para los dos.

Ellemir se acostó con Calista, cubriendo a ambas con las mantas. Andrew advirtió que las corrientes luminosas habían vuelto a hacerse invisibles, y se preguntó cómo habría hecho Damon para hacerlas visibles. Damon, que captó su idea, dijo:

—No hay truco, alguna vez te mostraré cómo se hace. Tienes suficiente *laran* para lograrlo. ¿Por qué no te acuestas en la cama de Calista y tratas de dormir? Parece que te hace falta. Yo me quedaré aquí a monitorearla hasta asegurarme de que no tendrá una crisis.

Andrew se acostó en la cama de Calista. Todavía tenía el perfume de su pelo, la esencia que ella usaba, un delicado perfume a flores. Durante un rato yació despierto, desdichado e inquieto, pensando en lo que le había hecho a Calista. ¡Ella había tenido razón! Veía a Damon, silencioso en su sillón, meditando, y por un momento le pareció que no era un ser físico sino

una red de corrientes magnéticas, campos eléctricos, una encrucijada de energías. Finalmente cayó en un sueño inquieto.

Andrew durmió muy poco esa noche. La cabeza le dolía de manera intolerable, y cada uno de los nervios de su cuerpo parecía aullar por la tensión. De tanto en tanto se despertaba, sobresaltado, escuchando a Calista que gritaba o gemía en sueños, y no podía evitar revivir su fracaso, como una pesadilla. Se estaba haciendo de día cuando vio que Damon se incorporaba silenciosamente para marcharse a su propia habitación. Andrew se levantó de la cama y fue tras él. En la semipenumbra, Damon se veía exhausto y circunspecto.

—¿Tampoco tú pudiste dormir, pariente?

—Dormí un rato. —Andrew pensó que Damon tenía un aspecto espantoso. El otro captó la idea y su boca esbozó una mueca irónica.

—Ayer pasé el día entero cabalgando, y todo ese barullo anoche. .. Pero estoy casi seguro que no sufrirá una crisis ni convulsiones otra vez, de modo que puedo dormir un rato. —Se dirigió hacia su parte de la suite—. Y ¿cómo te sientes *tú*?

—¡Tengo el peor dolor de cabeza de mi vida!

—Y algunos otros dolores, me imagino —dijo Damon—. Aun así, fuiste afortunado.

¡Afortunado! Andrew escuchó la palabra con incredulidad, pero Damon no le dio más explicaciones. Fue hasta la ventana y la abrió, quedándose en la helada corriente y mirando los blancos remolinos de la nieve.

—Maldición. Parece que se avecina una cellisca. Es lo peor que podía ocurrir. Especialmente ahora, con Calista...

—¿Por qué?

—Bien, cuando nieva en las Kilghard Hills, nieva de verdad. Es probable que quedemos aislados durante treinta o cuarenta días. Esperaba poder enviar a alguien a Neskaya, a la Torre, para buscar un poco de *kirian*, ya que no creo que Calista lo haya preparado antes, por si tenía que limpiarle los canales. Pero nadie podrá viajar con este clima, ni siquiera

podría pedírselo. —Se dejó caer, exhausto, en el nicho de la ventana. Andrew, al ver que el viento helado le desordenaba los cabellos, exclamó:

—No te duermas *ahí*, maldición, pillarás una pulmonía —y cerró la ventana—. Ve a descansar, Damon. Yo puedo cuidar a Calista. Es *mi* esposa, y *mi* responsabilidad.

Damon suspiró.

—Pero ahora que *Dom* Esteban está incapacitado, yo soy el pariente más cercano de Calista. Y fui yo quien estableció el contacto entre vosotros dos a través de la matriz. Eso hace que todo sea de *mi* responsabilidad: por el juramento que hice. —Se tambaleó, sintió que Andrew le sostenía—. Pero tengo que intentar dormir o no podré ayudarla si me necesita —dijo confusamente.

Andrew lo condujo hasta la cama, y el otro captó un jirón de los pensamientos del terrano, un recuerdo perturbador, consciente, de que Andrew había sido, por un rato, espectador del gesto de amor de Damon y Ellemir. Damon se preguntó confusamente por qué eso habría perturbado a su amigo, pero estaba demasiado cansado para preocuparse. Se tendió en la desordenada cama. Se obligó a pensar con claridad por un momento.

—Quédate cerca de las mujeres —dijo—. Deja dormir a Calista, pero si se despierta y está dolorida, llámame. —Se tendió de espaldas, tratando de ver el rostro de Andrew con claridad, a pesar de su borrosa visión—. No toques a Calista... es terriblemente importante... ni siquiera si ella te lo pide. Podría ser peligroso...

—Correré mis propios riesgos, Damon.

—Peligroso para *ella* —dijo Damon con tono urgente, pensando: *Maldición si no puedo confiar en él tendré que regresar...*

Andrew, captando el pensamiento, dijo:

—Está bien, lo prometo. Pero quiero que me lo expliques, cuando puedas.

Damon exhaló un suspiro de cansancio.

—También yo te lo prometo —y se dejó caer en el vacío del sueño. Andrew se quedó junto a él, observando cómo las tensas arrugas de preocupación se aligeraban con el sueño. Después cubrió cuidadosamente a

su amigo y se alejó. Dijo al criado de Damon que dejara dormir a su amo y después, en un impulso, como Ellemir siempre se levantaba tan temprano y resultaría incómodo que alguien la buscara, dijo al hombre que dijera al mayordomo que todos ellos habían estado despiertos hasta muy tarde y que sería mejor que nadie les molestara.

Regresó y volvió a acostarse en la cama de Calista. Al cabo de un rato, volvió a quedarse dormido. Se despertó repentinamente, consciente de haber dormido durante horas. Era de día pero estaba oscuro, y la nieve se arremolinaba contra las ventanas. Calista y Ellemir yacían lado a lado sobre la cama, pero mientras las miraba, Ellemir se incorporó, pasó cuidadosamente por encima de Calista y se acercó a él de puntillas.

—¿Dónde está Damon?

—Supongo que durmiendo.

—¿Nadie ha venido a buscarme?

Andrew le explicó lo que había hecho, y ella se lo agradeció.

—Debo ir a vestirme —dijo—. Si no te importa, usaré el baño de Calista; no quiero molestar a Damon. También me pondré algo de ropa de mi hermana.

Deslizándose como una sombra, buscó algunas prendas en el guardarropa de Calista. Andrew la observó con un resentimiento generalizado —¿prefería molestar a Calista antes que a Damon?—, pero, evidentemente, la presencia familiar de su melliza no perturbó el profundo sueño de la joven.

Involuntariamente, Andrew recordó a Ellemir de pie junto a Calista la noche anterior, desnuda y sin preocuparse por ello. Supuso que si una persona estaba habituada a vivir con la mente totalmente abierta, la desnudez física no podía significar demasiado para ella. Pero descubrió que también recordaba el momento de la noche en que le pareció que era Ellemir quien estaba en sus brazos, cálida, respondiéndole como Calista no podía hacerlo... Inquieto, se dio vuelta en la cama. Un calor intenso afluyó a su rostro, y una punzada en su cuerpo le recordó dolorosamente el fiasco de la noche anterior. ¿Ellemir sabría, se preguntó, que él había sido parte de su gesto amoroso, también ella lo habría advertido?

Ellemir lo miró por un momento con sonrisa preocupada y después, mordiéndose un labio, se dirigió al baño, llevando una brazada de ropa azul y blanca.

Andrew, luchando por recuperar la compostura, miró a su esposa dormida. Se la veía pálida y cansada, con grandes ojeras oscuras, como magullones, debajo de los ojos. Yacía de costado, con un brazo cubriéndole la cara en parte, y Andrew recordó, con renovado dolor, que la había visto yacer así en la penumbrosa luz del supramundo. Prisionera de los hombres-gato, mientras su cuerpo se hallaba en las oscuras cavernas de Corresanti, ella había acudido a él en espíritu, durante el sueño; magullada, sangrante, exhausta, aterrada. Y él no podía hacer nada por ella. Su propia impotencia lo había enloquecido entonces; ahora sintió otra vez el tormento de la impotencia al contemplar la solitaria tortura de la joven.

Lentamente, ella abrió los ojos.

—¿Andrew?

—Aquí estoy, contigo, mi amor. —Vio que el dolor se agitaba visiblemente en el rostro de ella, como una sombra—. ¿Cómo te sientes, querida?

—Terriblemente —dijo ella con una mueca picara—. Como si me hubiera arrollado una estampida de *oudrakhis* salvajes. — ¿Quién sino Calista, se preguntó él, podría haber bromeado en un momento como éste? —. ¿Dónde está Damon?

—Durmiendo, amor. Y Ellemir fue a bañarse y vestirse.

Ella suspiró, cerrando los ojos por un momento.

—Y yo que creí que hoy verdaderamente sería una novia. Por caridad de Evanda, los que nos escucharon fueron Damon y Ellemir, y no ese mocoso procaz de Dezi.

Andrew sintió resentimiento ante la idea. Habían sido las pullas de Dezi, sin duda, las que habían provocado todo el desastre.

—¡Querría haberle roto el maldito cuello! —dijo con énfasis.

Ella suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No, no fue su culpa. Los dos somos adultos, sabemos lo suficiente para tomar nuestras propias decisiones. Lo que él dijo fue una grosería.

Entre telépatas, se aprende rápidamente a no espiar en esas cuestiones, y si involuntariamente uno se entera de esas intimidades, hay que comportarse más cortésmente. Fue imperdonable, pero no tiene la culpa de lo que ocurrió después, mi amor. Fue nuestra elección.

—Mi elección —dijo él, bajando la mirada. Ella le tomó la mano. Sus dedos pequeños estaban fríos. Una vez más él vio el dolor en el rostro de la joven—. Damon dijo que debía llamarle si te despertabas dolorida, Calista.

—Todavía no. Déjale dormir. Se agotó por nosotros. Andrew...

Él se arrodilló junto a ella y la joven le tendió los brazos.

—Andrew, abrázame, sólo un momento. Déjame estar en tus brazos... Déjame sentir que estás cerca...

Él se movió, respondiendo rápidamente al ruego, pensando que, a pesar de lo ocurrido la noche anterior, ella todavía le amaba, le deseaba. Después, recordando, se echó atrás. Dijo, con el corazón destrozado:

—Querida, le prometí a Damon que no te tocaría.

—¡Oh, Damon, Damon, siempre Damon! —dijo frenéticamente—. Me siento tan enferma y desdichada... sólo quería que me abrazaras... —Se interrumpió y dejó que sus ojos volvieran a cerrarse con un suspiro de congoja.

Él deseó desesperadamente tomarla en sus brazos, ya no con deseo —eso estaba muy lejos—, sino simplemente para tenerla cerca, para protegerla, para calmarla, para aliviar su dolor. Pero su promesa le retuvo, inmóvil, y ella finalmente habló.

—Oh, supongo que tiene razón, maldición, siempre tiene razón.

Pero él vio el dolor en los ojos de la joven, el dolor que la envejecía, que marcaba en su rostro huellas de cansancio. De algún modo, y la idea le horrorizó, sólo podía pensar ahora en el rostro de Leonie, avejentado, desgastado, cansado, viejo.

Otra vez el recuerdo le invadió, el momento de la noche en que por un instante habían estado totalmente sumergidos en el acto amoroso de Damon y Ellemir. Ella lo había deseado, había empezado a responderle sólo después de haber compartido todo, plenamente, con la otra pareja. Una vez más el latido de dolor en su ingle, el doloroso recuerdo del fracaso, borraron

su excitación. Su amor por Calista no había disminuido ni un ápice, pero experimentaba la pavorosa e indefinible sensación de que algo se había arruinado. Un hálito de intrusión, como si Damon y Ellemir, a pesar de ser queridos y cercanos, se hubieran interpuesto de algún modo entre Calista y él.

Los ojos de Calista estaban llenos de lágrimas. En otro momento, indiferente a la promesa que había hecho, la hubiera tomado en sus brazos, pero Ellemir, fresca y rosada después del baño, y vestida con ropa de Calista, entró nuevamente en la habitación. Vio despierta a Calista y se dirigió directamente a ella.

—¿Te sientes mejor, *breda*?

Calista sacudió la cabeza.

—No. Creo que peor.

—¿Puedes levantarte, amor?

—No lo sé —dijo, y se movió tentativamente—. Supongo que debo hacerlo. ¿Quieres llamar a mi criada, Elli?

—No, no lo haré. Nadie debe tocarte, dijo Damon, y no permitiré que esas tontas jóvenes empiecen a chismorrear. Yo me ocuparé de ti, Cal. Andrew, será mejor que le digas a Damon que Cal se ha despertado.

Encontró a Damon ya levantado, afeitándose en el lujoso baño que era un duplicado exacto del que él tenía en su propia suite. Por medio de un gesto, indicó a Andrew que entrara.

—¿Calista parece estar mejor?

Entonces advirtió la vacilación de Andrew.

—Demonios, nunca pensé... ¿Hay tabúes de desnudez en el imperio?

Andrew sintió, de manera extraña, que era él y no Damon quien debía sentirse incómodo.

—En algunas culturas, sí —dijo—. En la mía, entre ellas. Pero estoy en tu mundo, de modo que supongo que soy yo quien debe adaptarse a las costumbres, y no tú a las mías.

Andrew sabía que era tonto que se sintiera incómodo, furioso, o indignado ante el recuerdo de Damon. Anoche, inclinándose desnudo sobre Calista, observando el cuerpo frágil y desnudo de la joven.

Damon se encogió de hombros.

—No hay muchos tabúes de esa clase aquí —dijo con tono casual—. Unos pocos entre los *crístóforos*, o en presencia de no-humanos, o entre diferentes generaciones. No me mostraría desnudo ante un grupo de contemporáneos de mi padre, o de *Dom* Esteban. No está prohibido, sin embargo, ni tampoco incomoda tanto como parece incomodarte a ti. Tampoco rne presentaría desnudo ante un grupo de criadas, pero si la casa se incendiara, o algo así, no vacilaría en hacerlo. Tratándose de un hombre de mi edad, casado con la hermana de mi esposa... —Se encogió de hombros, desconcertado—. Nunca se me hubiera ocurrido.

Andrew advirtió que debería haberlo supuesto la noche anterior, cuando Ellemir se había presentado desnuda, sin incomodidad.

Damon se lavó la cara, y después se pasó una loción de hierbas, verde y de olor agradable. El olor le recordó a Andrew el cuartito de destilación de Calista. Damon se rió, poniéndose la camisa.

—En cuanto a Elli —dijo—, deberías sentirte aliviado. Significa que te ha aceptado como parte de la familia. ¿Te gustaría que se sintiera incómoda en tu presencia y que se mantuviera cuidadosamente oculta por las ropas, como si fueras un extraño?

—No, no me gustaría. —Pero ¿acaso eso significaba que no lo consideraba en absoluto como varón?, se preguntó Andrew. ¿Una sutil manera de desvirilizarlo?

—Date tiempo —dijo Damon—. Todo se aclarará solo. —Con soltura, se puso el resto de sus ropas—. ¿Sigue nevando?

—Más fuerte que nunca.

Damon fue a mirar, pero cuando abrió mínimamente la ventana, el viento aullante invadió la habitación como un huracán. Apresuradamente, volvió a cerrarla.

—¿Cal está despierta? ¿Quién está con ella? Bien, esperaba que Ellemir tuviera la sensatez de mantener lejos a las criadas. En su estado, la presencia de cualquier no-telépata sería prácticamente insoportable. Por eso no tenemos sirvientes humanos en las Torres, sabes, —Se dirigió hacia la puerta—. ¿Habéis comido?

—Todavía no —dijo Andrew, dándose cuenta de que ya había pasado el mediodía y de que tenía mucha hambre.

—Baja, por favor, y dile a Rhodri que nos mande algo de comer. Creo que todos debemos quedarnos con Calista —dijo, y luego vaciló—: Voy a encomendarte un trabajo complicado. Tendrás que ir y darle a *Dom* Esteban alguna explicación. Si voy yo, con una sola mirada sabrá toda la historia. Tú todavía le resultas un poco desconocido y será más reservado contigo. ¿No te importa? Yo no quisiera explicárselo.

—No, no me importa —dijo Andrew. Le importaba, pero sabía que darle alguna explicación al inválido Lord Alton sólo era simple cortesía. Ya hacía mucho que había pasado la hora en que Ellemir solía ocuparse de la casa, y *Dom* Esteban, además, estaba acostumbrado a la compañía de Calista.

Le dijo al mayordomo que todos ellos habían estado despiertos hasta muy tarde y que desayunarían en sus habitaciones. Recordando lo que Damon le había dicho acerca de la presencia de no-telépatas, aclaró que nadie debía entrar en la suite, sino que tan sólo dejaran la comida junto a la puerta.

—Así se hará, *Dom* Ann'dra —le respondió el hombre, sin dar muestras de curiosidad, como si la petición fuera habitual.

En el Gran Salón, estaba *Dom* Esteban en su silla de ruedas, junto a la ventana, acompañado por el guardia Caradoc. Con alivio, Andrew advirtió que no se veía a Dezi por ninguna parte. *Dom* Esteban y Caradoc jugaban a un juego parecido al ajedrez, que Damon había tratado en una oportunidad de enseñarle a Andrew. Se llamaba castillos, y se jugaba con piezas de cristal tallado que no se ordenaban sobre el tablero sino que se mezclaban al azar y debían ser movidas a partir del lugar en el que caían, siguiendo ciertas complejas reglas. *Dom* Esteban tomó del tablero una pieza de cristal roja, hizo una mueca de triunfo dirigida a Caradoc, y luego alzó la vista hacia Andrew.

—Buenos días, ¿o será mejor decir buenas tardes? ¿Supongo que dormiste bien?

—Muy bien, señor, pero Calista está... está ligeramente indispuesta. Y Ellemir está con ella.

—Y también los dos esposos, lo que es correcto y adecuado —dijo *Dom* Esteban, sonriendo.

—¿Es necesario hacer algo, suegro...?

—¿Con este tiempo? —dijo el anciano, señalando hacia afuera—. Nada, no hay necesidad de disculparse.

Andrew recordó que el anciano era también un poderoso telépata. Si la perturbación de la noche había alarmado a Damon y Ellemir, incluso en su lecho matrimonial, ¿habría sobresaltado también al anciano? Pero si había sido de ese modo, Lord Alton no se lo demostró ni siquiera con un parpadeo.

—Dale mi amor a Calista —dijo—, y dile que espero que se mejore pronto. Y dile a Ellemir que cuide a su hermana. Yo tengo suficiente compañía, de modo que puedo arreglarme solo durante un día o dos.

Caradoc hizo algunos comentarios en su cerrado dialecto montañés, acerca de que la época de las nevadas era el mejor momento para quedarse en casa y gozar de la compañía de las esposas. *Dom* Esteban se rió ruidosamente, pero la broma resultó un poco oscura para Andrew. Se sentía agradecido con el viejo, pero también herido, indecentemente expuesto. Nadie que tuviera un ápice de fuerza telepática podría haber dormido durante la última noche, pensó. ¡Debían haber despertado a todos los telépatas que vivían entre Armida y Thendara!

Habían traído la comida, y Damon la había llevado junto a la cama de Calista. La joven estaba otra vez acostada, con aspecto pálido y demacrado. Ellemir la instaba a comer, tal como lo hubiera hecho con una criatura enferma. Damon hizo lugar para Andrew a su lado, y le alcanzó un rollito caliente.

—No te esperamos —dijo—. Yo tenía hambre, después de lo de anoche. ¡Probablemente los criados creen que estamos haciendo una orgía!

—Me gustaría que tuvieran razón —dijo Calista, con una risita picara —. Sin duda sería una gran mejoría de nuestra verdadera situación. —

Sacudió la cabeza cuando Ellemir le ofreció una rebanada de pan caliente, untada con la aromática miel montañesa—. No, de veras, no puedo.

Damon la observó con inquietud. La joven había tomado unos pocos tragos de leche, pero se había negado a comer, como si el esfuerzo de masticar fuera demasiado para ella.

—Tú te has hecho cargo del cuarto de destilación, Calista —le dijo Damon—. ¿Has preparado un poco de *kirian*?

Ella negó con la cabeza.

—Lo he estado postergando, ya que no hay nadie aquí que lo necesite, y Valdir está en Nevarsin. Y es difícil prepararlo, porque hay que destilarlo tres veces.

—Lo sé. Yo nunca lo preparé, pero vi cómo lo hacían —dijo Damon, observándola detenidamente mientras la joven cambiaba de posición—. ¿Todavía estás dolorida?

Ella asintió y dijo con voz débil:

—Estoy sangrando.

—¿También? — ¿Tendría que pasar también por eso?—. ¿Cuánto tiempo antes del ciclo regular? Si se trata solamente de unos pocos días, puede ser simplemente el shock.

Ella sacudió la cabeza.

—No comprendes. Para mí... para mí no hay fechas regulares. Esta es la primera vez...

El la miró consternado, casi sin creerle.

—Pero tenías trece años cuando fuiste a la Torre... ¿tus ciclos menstruales todavía no habían comenzado?

A Andrew le pareció que la joven se sentía incómoda, casi avergonzada.

—No. Leonie dijo que era una suerte que todavía no hubiera empezado a menstruar.

—¡Debió esperar a eso antes de empezar tu adiestramiento! —dijo Damon, con ira.

Calista miró hacia otro lado, enrojeciendo.

—Me dijo que... al empezar tan joven, se alterarían algunos de los procesos físicos normales. Pero también me dijo que todo sería más sencillo

para mí si se me ahorraba todo eso.

—¡Yo pensé que *eso* era una actitud bárbara de las Épocas de Caos! ¡Durante generaciones se ha dado por sentado que una Celadora debía ser una mujer adulta!

Calista salió en defensa de su madre adoptiva.

—Me dijo que otras seis muchachas habían intentado adaptarse, y habían fracasado, y que a mí me resultaría más sencillo, con menos problemas y menos doloroso...

Damon frunció el ceño, sorbiendo una copa de vino, mirando fijamente la nada, como si hubiera visto allí algo desagradable.

—Dime algo, pero piénsalo cuidadosamente. En la Torre, ¿te dieron alguna clase de droga para suprimir tus menstruaciones?

—No, no fue necesario.

—No lo puedo creer de Leonie, pero... ¿alguna vez trabajó con una matriz sobre las corrientes de tu cuerpo?

—Sólo durante el adiestramiento habitual, creo —dijo Calista, dudando. Andrew interrumpió:

—Pero ¿de qué estás hablando?

El rostro de Damon era sombrío.

—En otras épocas —dijo—, se solía neutralizar a las Celadoras... Marisela habló de eso, ¿recuerdas? No puedo creer... ¡No puedo *creer* —repitió con énfasis— que Leonie pueda haber mutilado tu femineidad de esa manera!

Calista pareció sobresaltarse.

—¡Oh, no, Damon! ¡Oh, no! Leonie me ama, ella nunca... —pero su voz se quebró. Tenía miedo.

Leonie había estado tan segura de que la elección de la joven era para toda la vida... Y se había mostrado tan reticente a liberarla...

Andrew buscó la mano fría de Calista. Damon frunció el ceño.

—No, sé que no fuiste neutralizada, por supuesto que no —dijo—. Si has empezado a menstruar, es porque tu reloj está nuevamente en marcha. Pero a veces lo hacían, antes, cuando les parecía que la virginidad sería una carga menos pesada para las muchachas que aún no eran maduras.

—Pero ahora que ha empezado, ella estará bien... ¿verdad? —preguntó Ellemir con ansiedad.

—Esperemos que sea así —dijo Damon.

Tal vez el despertar de la noche anterior, a pesar de haber sido abortivo, había abierto algunos de los canales bloqueados de su cuerpo; si hubiera madurado repentinamente, era probable que todos los malestares físicos que experimentaba ahora fueran las perturbaciones normales típicas del desarrollo. A partir de los años que Damon había pasado en la Torre, recordaba que las mujeres jóvenes que recibían adiestramiento de Celadoras, y cualquier otra mujer que trabajara con mecánicos psi por encima del nivel de monitores, sufrían dificultades menstruales periódicamente y por, lo general, muy dolorosas. Calista, que había captado su pensamiento, se rió.

—Bien —dijo—, he administrado té de flor de oro y otros remedios a las otras mujeres de Arilinn, y siempre me creí afortunada por ser inmune a sus desdichas. ¡Por lo que parece, en ese aspecto me he unido a las filas de las mujeres normales! Sé que hay té de flor de oro en el cuarto de destilación; Ferrika se lo da a la mitad de las mujeres de la zona. Tal vez una dosis de eso sea todo cuanto necesito.

—Iré a buscarlo —dijo Ellemir, y al cabo de un rato volvió con una tacita de una infusión humeante. Tenía un penetrante olor a hierbas, muy aromático. La voz de Calista delató por un momento un indicio de su antigua alegría.

—¿Me creerás si te digo que nunca lo probé? ¡Espero que no sea una pócima horrible!

Ellemir se rió.

—Si lo fuera, te lo merecerías, mala mujer, por haberlo administrado sin tener idea de su sabor. No, en realidad, tiene buen sabor. Nunca me molestó tomarlo. Te provocará somnolencia, de modo que acuéstate y dale tiempo para que actúe.

Obedientemente, Calista bebió la humeante infusión y se acomodó debajo de las mantas. Ellemir trajo su labor de costura y se sentó junto a ella.

—Vamos, Andrew —dijo Damon—, ellas estarán bien ahora.

Abajo, en el cuarto de destilación, Damon empezó a revolver la provisión que Calista tenía allí de hierbas, esencias, y el equipo de destilación. Andrew, al ver los envases de formas extrañas, los morteros y las botellas alineadas sobre los estantes, los manojos de hierbas secas, hojas, tallos, flores y semillas, preguntó:

—¿Todas son drogas y medicinas?

—¡Oh, no! —respondió Damon, abstraído, mientras abría un cajón—. Éstas —agregó, señalando unas semillas trituradas— son especias de cocina, y también sirven como incienso para perfumar el ambiente y elaborar algunos perfumes y lociones cosméticas. Lo que puedes comprar en las ciudades es muy inferior a lo que se puede hacer en casa, siguiendo las viejas recetas.

—¿Qué era eso que le dio Ellemir?

Damon se encogió de hombros.

—¿Flor de oro? Es un suave tónico muscular, bueno para los calambres y espasmos de todo tipo. No puede hacerle ningún daño: suele darse a las mujeres embarazadas y a los bebés con cólicos. —Pero se preguntó si en realidad podía aliviar a Calista. Una interferencia tan seria de los procesos físicos... ¿cómo podía Leonie haber hecho algo así?

Andrew captó el pensamiento, con tanta claridad como si Damon lo hubiera expresado en voz alta.

—Sabía que las Celadoras eran sometidas a ciertos cambios físicos. Pero ¿tanto?

—Yo también estoy consternado —dijo Damon, haciendo girar un puñado de espino blanco—. Ciertamente es algo que ya no se acostumbra. Yo creía que era ilegal. Por supuesto, las intenciones de Leonie deben haber sido buenas. Tú viste las alteraciones de las corrientes nerviosas. Algunas de las jóvenes tienen muchos problemas con sus ciclos femeninos, y probablemente Leonie no soportara ver sufrir a Calista. ¡Pero a qué precio! —Hizo un gesto de disgusto y otra vez empezó a escarbar en los cajones—. Si Calista lo hubiera elegido libremente... ¡pero Leonie no le dijo nada! ¡*Eso* es lo que no puedo comprender ni perdonar!

Andrew sintió una pena insidiosa, un horror físico. Después de todo, ¿por qué esto le causaba tanto horror? Al fin y al cabo, las modificaciones físicas no eran algo que le resultara completamente desconocido. A la mayoría de las mujeres que tripulaban las naves estelares del Imperio —que de todas maneras resultaban esterilizadas por las radiaciones del espacio— se les ahorraba la molestia de la menstruación. Los tratamientos hormonales hacían que eso fuera innecesario para todas las mujeres que no se dedicaban activamente a la maternidad. ¿Por qué le asombraba tanto? ¡No era asombroso, pero a Damon *sí* le horrorizaba! ¿Se acostumbraría alguna vez a esta especie de vida, dentro de una pecera? ¿Ya ni siquiera podía pensar *sus* propios pensamientos?

Damon estaba revolviendo puñados de hierbas.

—Debes comprenderlo —dijo—. Calista tiene más de veinte años. Es una mujer adulta que ha estado llevando a cabo un trabajo difícil, muy técnico, como mecánica de matrices, y durante años. Es una profesional experta en la tarea más exigente que existe en Darkover. Ahora, nada de su adiestramiento, ninguna de sus habilidades le resulta de utilidad. Está luchando con el descondicionamiento y con el despertar de su sexualidad, y tiene todos los problemas emocionales de una recién casada. Y ahora, además de todo eso, ¡descubro que físicamente se la ha mantenido en el estado de una chica de doce o trece años! ¡Por Evanda! Si al menos lo hubiera sabido...

Andrew bajó los ojos Más de una vez, desde el terrible fiasco de la noche anterior, se había sentido tal como imaginaba que debía sentirse un violador. Si Calista era, físicamente, una adolescente inmadura... Experimentó un escalofrío de horror.

—¡No! —le dijo Damon con amabilidad—. Ni siquiera Calista lo sabía. Recuerda que durante seis años ha estado trabajando como una profesional adulta y experimentada. —Sin embargo, sabía que tampoco esto era enteramente cierto. Calista debía haber sido consciente del tremendo e infranqueable abismo que se abría entre ella y las demás mujeres. Leonie podía haberle ahorrado a su protegida cierto sufrimiento físico, pero ¿a qué precio?

Bien, era un buen signo que el ciclo menstrual se hubiera reanudado espontáneamente. Tal vez otras barreras desaparecerían con un poco de tiempo y de paciencia. Tomó un puñado de pimpollos secos y los olió con cautela.

—Bien, aquí está. *Kireseth*... no, no lo huelas, Andrew, le hace cosas raras al cerebro humano. —Sintió un vago recuerdo de culpa. El tabú con respecto a *kireseth*, entre los operarios psi, era absoluto, y sintió que había cometido un crimen por haberlo olido. Habló más para sí que para Andrew —: Puedo preparar *kirian* con esto. No sé destilarlo como lo hacen en Arilinn, pero puedo preparar una poción... —Su mente estaba llena de alternativas: una solución fuerte de las resinas disueltas en alcohol. Tal vez con ayuda de Ferrika pudiera hacer una única destilación. Dejó los capullos, imaginando que el olor le llegaba hasta el fondo del cerebro, eliminando todo su control, haciendo desaparecer las barreras entre cuerpo y mente...

Andrew, inquieto, caminaba de un lado a otro del cuarto de destilación. Su propia mente estaba colmada de horror.

—Damon, Calista tenía que saber lo que podía ocurrir.

—Por supuesto que lo sabía —dijo Damon, sin prestarle verdadera atención—. Antes de los quince años aprendió que ningún hombre puede tocar a una Celadora.

—Y si yo podía dañarla o asustarla de manera tan terrible... ¡Damon! —De pronto se sintió sobrecogido por el mismo horror y el mismo rechazo de la noche anterior. Su voz se convirtió en un susurro—. ¿Sabes qué es lo que quería que yo hiciera? Me pidió... que la desmayara de un golpe y que la violara mientras... mientras ella no pudiera resistirse. —Trató de expresar el horror que la petición le había provocado, pero Damon simplemente se quedó pensativo.

—Tal vez hubiera funcionado —dijo—. Fue inteligente que Calista pensara en eso. Eso demuestra que tiene idea de los problemas que hay en juego.

Andrew no pudo evitar un gesto de horror:

—¡Buen Dios! ¡Y lo dices así, tan tranquilo!

Damon, volviéndose, advirtió de pronto que su amigo ya no soportaba más.

—Andrew —le dijo suavemente—, sabes qué es lo que te salvó de morir, ¿verdad?

—Ya no sé casi nada. ¡Y lo que sé me sirve de poco! —La desesperación le invadió—. ¿De verdad crees que...?

—No, no, por supuesto que no, *bredu*. Sé que no hubieras podido golpearla. ¡Ningún hombre decente habría podido hacerlo! —Con suavidad, posó una mano sobre la muñeca de Andrew—. Andrew, lo que te salvó... lo que os salvó a los dos... fue el hecho de que ella *no tuviera* miedo. El hecho de que te amara, te deseara. De modo que sólo te golpeó con el reflejo físico, que no pudo controlar. Ni siquiera fue ella quien te golpeó, sino que te golpeaste la cabeza contra los muebles. Si ella hubiera estado aterrorizada y se hubiera resistido, si verdaderamente hubieras querido poseerla en contra de su voluntad... ¿te imaginas lo que te hubiera hecho? Calista es una de las más poderosas telépatas de Darkover... ¡y entrenada como Celadora en Arilinn! Si ella no lo hubiera deseado, sí lo hubiera sentido como una violación, si hubiera sentido algún tipo de temor o de rechazo por... por tu deseo... ¡estarías muerto! —Lo repitió, enfatizando—: ¡Estarías muerto, *muerto*!

Pero ella tenía miedo, pensó Damon, hasta que estableció contacto con Damon y Ellemir... ¡Fue su conciencia del placer de Ellemir lo que le hizo desear compartirlo! Aún más perturbadora era la idea de que Damon había sido tan consciente de Calista como él mismo había sido de Ellemir. Damon, al advertir la confusión de su amigo, se sintió consternado por un momento, sintiéndose rechazado. Todos habían estado tan próximos... ¿Acaso Andrew no había formado parte de esa intimidad? Le puso una mano sobre el hombro, un contacto raro para un telépata, pero que resultaba ahora suficientemente natural a partir de la conciencia de la intimidad que habían compartido. Andrew lo evitó y Damon se retiró, preocupado y apenado. ¿Debía conservar tanta distancia? ¿Por cuánto tiempo? ¿Era un hermano o un extraño?

—Sé que todo esto es nuevo para ti, Andrew —dijo con suavidad—. Siempre me olvido de que crecí como telépata, y doy por hecho cualquier cosa de este tipo. Todo se arreglará, ya verás.

¿Se arreglará?, se preguntó Andrew. ¿Sabiendo que sólo el hecho de haberse convertido involuntariamente en un *voyeur* era lo que había impedido que su esposa lo matara? ¿Saber que Damon y Ellemir tomaban con total naturalidad estas cosas, que las aceptaban? ¿Acaso a Damon le molestaba que él quisiera a Calista exclusivamente para sí? Recordó la sugerencia que le había hecho Calista, recordó la sensación de tener a Ellemir en sus brazos —cálida, respondiéndole— *como no podía hacerlo Calista.* Conmocionado, desesperadamente confuso, se alejó de Damon, cegado por el horror, y salió del cuarto. Estaba abrumado por la vergüenza y el horror. Deseaba —necesitaba— alejarse, a cualquier lado que no fuera aquél, alejarse del contacto demasiado revelador de Damon, del hombre que podía leer sus pensamientos más íntimos. No sabía que estaba realmente enfermo, afectado por una enfermedad muy real llamada shock cultural. Sólo sabía que Se sentía enfermo, y la enfermedad adquirió la forma de una furia feroz contra Damon. El denso perfume de las hierbas le hizo creer que vomitaría.

—Tengo que tomar un poco de aire —dijo con voz espesa, y abrió la puerta, tambaleándose por las cocinas desiertas hasta el patio. Se quedó allí, mientras a su alrededor caía densamente la nieve, y maldijo el planeta al que había llegado y el azar que lo había traído hasta allí.

Debí haber muerto cuando se estrelló el avión. Cal no me necesita. .. Nunca lograré más que herirla.

Detrás de él, Damon dijo:

—Andrew, ven a hablar conmigo. No te quedes solo ni trates de esconderlo todo.

—¡Oh, Dios! —Dijo Andrew, exhalando un suspiro que pareció un sollozo—, tengo que hacerlo. Ya no puedo hablar. Ya no puedo soportarlo. Déjame solo, maldición... ¿no puedes, simplemente, dejarme solo?

Sintió la presencia de Damon como un agudo dolor físico, como una presión, como una compulsión. Sabía que le estaba hiriendo, pero se negaba

a saberlo, a volverse, a mirarle...

—Está bien, Ann'dra —dijo finalmente Damon—. Sé que ya has tolerado todo lo que podías. Un ratito, entonces. Pero no demasiado.

Y Andrew, sin volverse, supo que Damon se había marchado. No, pensó con un escalofrío de horror, Damon nunca había estado allí, sino que todavía estaba en el pequeño cuarto de destilación.

Se quedó en el patio, mientras la densa nieve caía en torno a él y su furia se abatía un poco contra los muros que le rodeaban. *Calista*. Buscó el contacto confirmatorio, pero ella no estaba allí, era sólo un leve pulso, inquieto, y él no se atrevió a perturbar su sueño inducido por la droga.

¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? Para su propio asombro y horror empezó a llorar, solo en el páramo nevado. Nunca se había sentido tan solo en su vida, ni siquiera cuando se estrelló el avión y se había encontrado abandonado en un planeta extraño, bajo un sol extraño, entre montañas desconocidas, sin caminos ni mapas...

Todo lo que alguna vez conocí ha desaparecido, es inútil, sin significado o algo peor. Mis amigos son extraños, mi esposa la más desconocida de todos. Mi mundo ha desaparecido. Nunca podré regresar; deben creerme muerto.

Pensó: *Ojalá pille una neumonía y me muera.* Después, consciente de la puerilidad de su idea, advirtió que se hallaba verdaderamente en peligro. Sombríamente, no por instinto de conservación sino por un vago resto de obligación, volvió a entrar. La casa parecía extraña, desconocida, un lugar en el que ningún terrano podía vivir. ¿Cómo alguna vez le había resultado acogedora, un hogar? Miró, con profunda sensación de extrañeza. el vacío salón, contento de que estuviera vacío. *Dom* Esteban debía estar haciendo su siesta del mediodía. Las criadas chismorreaban en voz baja. Se dejó caer sobre un banco, apoyando la cabeza sobre los brazos, y se quedó allí sin dormir pero ausente suponiendo que si se quedaba muy quieto todo lo que ocurría desaparecería de alguna manera, dejaría de ser real.

Largo rato después, alguien le puso una copa en las manos. Bebió con agradecimiento, tomó otra, y otra, hasta confundir sus sentidos. Se escuchó

hablar, contarlo todo a un oído comprensivo. Hubo más tragos. Se dio cuenta, y le agradó desmayarse.

En su mente había una voz que se abría camino, arrastrándose como un gusano, derribando sus barreras, hasta lo más profundo de su inconsciente, venciendo todas sus resistencias.

Nadie te quiere aquí. Nadie te necesita aquí. Por qué no irte ahora, mientras aún puedes hacerlo, antes de que ocurra algo espantoso. Vete ahora, regresa al lugar del que viniste, regresa a tu propio mundo. Allí serás más feliz. Vete ahora. Márchate ahora. Nadie lo sabrá. A nadie le importará.

Andrew sabía que este razonamiento era erróneo. Damon le había dado algunas buenas razones de por qué no debía marcharse, pero entonces recordó que estaba enojado con Damon.

La voz persistía, suavemente, instándole:

Crees que Damon es tu amigo. No confíes en Damon. Te usará cuando necesite ayuda, y luego te dejará de lado.

Había algo familiar en la voz, pero no era en absoluto una voz. ¡De algún modo la escuchaba dentro de su cabeza! Invadido por el pánico, trató de eliminarla, pero era tan acariciante...

Vete ahora. Vete ahora. Nadie te necesita aquí. Serás más feliz si regresas con tu gente. Aquí nunca serás feliz.

Con pasos torpes, tambaleándose, Andrew salió hacia el pasillo lateral. Buscó su capa de montar y se la ajustó sobre los hombros. Alguien le ayudaba a ajustar los pasadores ¿Era Damon? Damon sabía que él no podía quedarse. No podía confiar en Damon. Sería feliz con su propia gente. Regresaría a Thendara, regresaría a la Ciudad Comercial, al Imperio Terrano, donde su mente era verdaderamente suya...

Vete ahora, Nadie te quiere aquí.

A pesar de la borrachera, y de su intensa confusión, la violencia de la tormenta le golpeó, dejándole sin aliento. Estaba a punto de regresar a la casa, pero la voz empezó a sonar una vez más.

Vete ahora. Márchate. Aquí nadie te quiere. Has fracasado. Sólo has logrado herir a Calista. Vete, ve con tu propia gente.

Sus botas resbalaban en la nieve, pero él siguió, levantándolas y dejándolas caer con obstinada resolución. *Calista no te necesita.*

Estaba más borracho de lo que había advertido. Apenas podía caminar. Apenas si podía respirar... ¿o acaso la arremolinada nieve le había quitado el aliento, se lo había arrebatado, se negaba a devolvérselo?

Vete. Márchate con tu propia gente. Aquí nadie te necesita.

En un desesperado intento final de conservación, volvió un poco a sus cabales.

Estaba solo en medio de la tormenta, y las luces de Armida ya habían desaparecido en la oscuridad. Se volvió desesperadamente, tambaleándose, cayendo de rodillas, advirtiendo que estaba borracho, o loco. vCon gran dificultad, se puso en pie, sintió que su mente se ofuscaba, y volvió a caer cuan largo era sobre la nieve. Debía levantarse, seguir, regresar, conseguir algún refugio... pero estaba tan cansado...

Sólo descansaré aquí un minuto... Sólo un minuto...

La oscuridad cubrió su mente mientras perdía el sentido.

OceanofPDF.com

9

Damon trabajó durante largo rato en el estrecho cuartito de destilación, y finalmente abandonó, derrotado. No había forma de preparar el *kirian* tal como lo hacían en Arilinn. No tenía la pericia ni, según sospechaba a partir de una investigación relativamente cuidadosa del equipo disponible, los materiales adecuados. Miró la inacabada poción que había logrado producir sin ningún entusiasmo. Ni siquiera suponía que quisiera probarla, y estaba seguro que Calista no lo haría. Sin embargo, había una buena cantidad de materia prima, y tal vez le saliera mejor en otra oportunidad. Tal vez debería haber comenzado por una extracción de éter. Le preguntaría a Calista. Mientras se lavaba las manos y eliminaba cuidadosamente los residuos, pensó repentinamente en Andrew. ¿Adonde habría ido? Pero cuando subió, para hallar que Calista seguía durmiendo, Ellemir respondió con sorpresa a su preocupada pregunta.

—¿Andrew? No, creí que estaba contigo. ¿Debo ir a...?

—No, quédate con Calista.

Pensó que Andrew debía de haber ido a hablar con los hombres, o a los establos por los túneles subterráneos. Pero *Dom* Esteban, que cenaba frugalmente con la única compañía de Eduin y Caradoc, frunció el ceño cuando escuchó la pregunta.

—¿Andrew? Lo vi bebiendo en el salón inferior, con Dezi. A juzgar por la manera en que tragaba, supongo que se ha desmayado en alguna parte. —

Las cejas grises del anciano se alzaron con desprecio—. ¡Bonita conducta, con su esposa enferma, la de emborracharse así! ¿Cómo está Calista?

—No lo sé —dijo Damon, y súbitamente pensó que el anciano *Dom* sabía algo. ¿Qué otra cosa podía ser, si Calista estaba enferma, en cama, y Andrew se emborrachaba? Pero en Darkover, uno de los más fuertes tabúes sexuales era el que separaba a las generaciones. Aun cuando *Dom* Esteban hubiera sido el padre de Damon, no de Ellemir, la costumbre no hubiera permitido que trataran el tema.

Damon exploró la casa, todos los lugares que le parecieron más probables y después, con pánico creciente, todos los lugares improbables. Finalmente llamó a los criados, para escuchar tan sólo que nadie había visto a Andrew desde media tarde, cuando él y Dezi habían estado bebiendo en el salón inferior. Mandó a buscar a Dezi, temiendo repentinamente que Andrew, borracho y no habituado todavía al clima darkovano, pudiera haber salido en medio de la tormenta, subestimando el peligro. Cuando el joven entró en la habitación, le interrogó:

—¿Dónde está Andrew?

Dezi se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? No soy su guardián... ¡ni su hermano adoptivo!

Pero ante el evidente centelleo de triunfo y el resplandor momentáneo que vio en la mirada de Dezi, Damon lo supo, antes incluso de que Dezi desviara los ojos.

—Está bien —dijo sombríamente—. ¿Dónde está, Dezi? Tú fuiste el último que le vio.

El muchacho volvió a encogerse de hombros, frunciendo el ceño.

—¡De vuelta al lugar del que vino, supongo, y que tenga buen viaje!

—¿Con este tiempo? —Damon observó consternado la tormenta que rugía afuera. Después se volvió hacia Dezi con una violencia que hizo que el muchacho retrocediera y se alejara de él.

—¡*Tú* tuviste algo que ver con esto! —dijo, en voz baja y furiosa—. Me ocuparé de ti más tarde. ¡Ahora no hay tiempo que perder!

Corrió, llamando a gritos a los criados.

Andrew se despertó, lentamente, sintiendo un dolor lacerante en manos y pies. Estaba envuelto en mantas y en vendajes. Ferrika estaba inclinada sobre él con algo caliente. Sosteniéndole la cabeza, le ayudó a tragar. Los ojos de Damon emergieron entre una niebla, y Andrew advirtió que su amigo estaba verdaderamente preocupado por él. Le importaba. No era verdad lo que Andrew había pensado.

—Creo que te encontramos justo a tiempo —dijo Damon suavemente —. Una hora más y no podríamos haber salvado ni tus pies ni tus manos; dos horas más y hubieras muerto. ¿Qué es lo que recuerdas?

Andrew se debatió, tratando de recordar.

—No mucho. Estaba borracho —dijo—. Lo siento, Damon, debo haberme vuelto loco. No dejaba de pensar: *Vete, Calista no te quiere.* Era como una voz dentro de mi cabeza, de modo que traté de hacerlo, hacer eso, irme... Lamento haber causado tanto problema, Damon.

—*Tú* no tienes que lamentarlo —dijo sombríamente Damon, mientras su furia se hacía palpable por el resplandor rojo que lo circundaba.

Andrew, sensibilizado, lo vio como una red de energías eléctricas, no como el Damon de siempre, el que conocía. Centelleaba, temblaba de furia.

—Tú no causaste el problema. Fuiste víctima de una sucia treta, que casi te mató. —Volvió a ser Damon, un hombre esbelto y delgado, que apoyaba una mano, suavemente, sobre el hombro de Andrew.

—Duerme y no te preocupes. Estás aquí, con nosotros, y nosotros te cuidaremos.

Dejó a Andrew dormido y fue en busca de *Dom* Esteban. La furia hacía latir su mente. Dezi tenía el don de Alton, la capacidad de forzar el contacto telepático, de forzar el vínculo mental con cualquiera, incluso con un no-telépata. Andrew, borracho, había sido una víctima perfecta, y conociendo a Andrew, Damon sospechaba que no se había emborrachado por propia voluntad.

Dezi estaba celoso de Andrew. Eso era obvio. Pero ¿por qué? ¿Acaso creía que si sacaba de en medio a Andrew, *Dom* Esteban lo reconocería como el hijo que tan desesperadamente necesitaba? ¿O tenía pensado

casarse con Calista, esperando que eso obligara al anciano a admitir que Dezi era el hermano de Calista? Todo eso constituía un acertijo que Damon no podía descifrar.

Tal vez hubiera podido perdonar que un telépata común sufriera una tentación semejante. Pero Dezi había sido entrenado en Arilinn, y había hecho el juramento de todas las Torres de no interferir jamás en la integridad de otra mente, ni forzar la voluntad ajena, ni su conciencia. Se le había confiado una matriz, y todo el pavoroso poder que una de esas piedras comportaba.

Y él había traicionado su juramento.

No había llegado a asesinar. La fortuna, y la vista aguda de Caradoc, habían hecho que descubrieran a Andrew en un remolino de nieve, cubierto en parte por los copos que caían. En una hora más, hubiera quedado completamente sepultado, y tai vez hubieran hallado su cadáver durante el deshielo de la primavera. ¿Y qué habría ocurrido con Calista, si hubiera creído que Andrew la había abandonado? Damon se estremeció, advirtiendo que tal vez no hubiera sobrevivido. Gracias a todos los dioses que había estado dormida todo el tiempo por acción de las drogas. Tendría que saberlo —no había forma de mantener estas cosas en secreto dentro de una familia telepática—, pero todavía no.

Dom Esteban escuchó toda la historia con profunda congoja.

—Sabía que el muchacho tenía mala sangre —dijo—. Le hubiera reconocido como hijo mío años atrás, pero nunca sentí que pudiera confiar absolutamente en él. Hice lo que pude por él, lo mantuve en lugares donde pudiera vigilarle pero siempre me pareció que había algo malo en él.

Damon suspiró, sabiendo que el estallido del anciano estaba causado por la culpa. Seguro, reconocido, criado como hijo del Comyn, Dezi no hubiera tenido necesidad de compensar sus enormes inseguridades por medio de los celos, la envidia y el desprecio, sentimientos que finalmente le habían conducido a un intento de asesinato. Lo más probable, pensó Damon, aislando cuidadosamente la idea para que el anciano no la captara, es que *Dom* Esteban no había querido perpetuar ni cargar con la responsabilidad de un episodio de ebriedad. La bastardía no era una

desgracia. Para una mujer, engendrar un hijo del Comyn era un honor, para ella y para el niño, aunque el epíteto más oprobioso de la lengua *casta* se traducía como «de seis padres».

Y hasta eso podría haberse evitado, Damon lo sabía, si durante el embarazo la muchacha hubiera sido monitoreada para descubrir de quién era el hijo que llevaba. Damon pensó con desesperación que algo estaba muy mal en la manera en que se utilizaban los telépatas en Darkover.

Pero ya era muy tarde para esas cosas. Para lo que Dezi había hecho existía un único castigo. Damon lo sabía, *Dom* Esteban lo sabía, y Dezi —Damon podía verlo perfectamente— también lo sabía. Más tarde lo trajeron ante Damon atado de pies y manos y medio muerto de miedo.

Lo habían hallado en los establos, preparándose para ensillar y salir en medio de la tormenta. Habían hecho falta tres de los guardias de *Dom* Esteban para dominarlo.

Damon pensó que hubiera sido mejor que se marchara. En la tormenta habría hallado la misma justicia, la misma muerte que había preparado para Andrew, y una muerte sin mutilación. Pero Damon estaba obligado por el mismo juramento que Dezi había quebrantado.

Andrew sentía que también él hubiera preferido enfrentarse a la muerte en medio de la tormenta antes que someterse a la furia terrible que percibía en Damon. De todos modos, paradójicamente, Andrew sintió lástima por Dezi en el momento en que lo trajeron, flaco y asustado, casi un niño. Parecía un muchacho adolescente, de modo que las sogas que le sujetaban aparecían como una injusticia y una tortura.

¿Por qué Damon no lo dejaba en sus manos?, se preguntó Andrew. El le daría una buena paliza, y para un muchacho de esa edad, debería ser suficiente. Se lo dijo a Damon, pero éste ni siquiera se molestó en contestarle. Ya había sido muy claro.

De otra manera, Andrew no volvería a estar a salvo del cuchillo en la espalda, del pensamiento asesino... Dezi era un Alton, y un pensamiento asesino podía matar. Ya había estado a punto de lograrlo. Dezi no era un niño. Según la ley de los Dominios, podía batirse en duelo, reconocer a un hijo, ser responsable de un crimen.

Miró ahora al asustado Dezi y a Damon con temor. Como todos los hombres que se enojaban fácilmente, pero cuya furia era de corta vida, Andrew no tenía ninguna experiencia con los resentimientos duraderos, ni tampoco con la furia que se vuelca hacia adentro devorando al hombre furioso tanto como a la víctima de su ira. Eso fue lo que percibía ahora Damon, como un resplandor rojo, siniestro, ligeramente visible a su alrededor. El señor del Comyn parecía sombrío, y su voz era inexpresiva.

—Bien, Dezi no espero que hagas que esto sea fácil, ni para mí ni para ti, pero te daré la alternativa, a pesar de que es más de lo que mereces. ¿Estás dispuesto a combinar tus resonancias con las mías para dejar que te quite tu matriz sin lucha?

Dezi no respondió. Sus ojos centellearon con un amargo odio desafiante. Damon pensó que todo esto era una lástima, un desperdicio. ¡Era tan fuerte! Retrocedió, evitando la intimidad a la que el muchacho le forzaba, la menos grata de todas, la intimidad entre el torturador y el torturado. *No quiero matarle, y probablemente tenga que hacerlo. Por caridad de Avarra, ni siquiera deseo hacerle daño.*

Sin embargo, pensando en lo que tenía que hacer, no pudo evitar un estremecimiento. Sus dedos se cerraron, con gesto espasmódico, sobre la matriz que tenía en su bolsa aislante y que pendía de su cuello.

Allí, por encima del pulso, por encima del centelleante centro del canal nervioso principal. Desde que se la habían entregado a Damon, a los quince años, cuando las luces de la piedra se encendieron por primera vez ante el contacto con su mente, nunca la había dejado fuera del alcance confirmatorio de sus propios dedos. Ningún otro ser humano, con la excepción de su Celadora, Leonie, y durante un breve lapso del tiempo que pasó en la Torre, de la joven Sub celadora Hilary Castamir, la había tocado jamás. La sola idea de que pudieran despojarle de ella para siempre lo colmaba de un terror frío y negro peor que el de la agonía. Conocía, con cada fibra del don de los Ridenow, el *laran* empático, el tormento que Dezi sufría ahora.

Era cegador. Era mutilante. Era una mutilación...

Era la pena impuesta por el juramento de Arilinn para castigar el uso ilegal de una matriz. Y, según la ley, eso es lo que debía hacer cumplir ahora.

—Sin una Celadora presente, lo que cometes es un asesinato —dijo Dezi, en un último impulso desafiante—. ¿El asesinato es la pena, entonces, por el intento de asesinato?

Damon, a pesar de sentir el terror de Dezi en sus propias visceras, logró que su voz siguiera siendo inexpresiva.

—Cualquier técnico de matrices medianamente competente, y yo soy un técnico graduado, puede hacer esta parte de la tarea de una Celadora, Dezi. Puedo combinar las resonancias y quitártela con total seguridad. No te mataré. Si tratas de no resistirte, será más fácil para ti.

—¡No, maldito seas! —le escupió Dezi, y Damon se preparó para la odisea que le esperaba.

Admiraba el intento del muchacho de fingir coraje, una cierta dignidad. Tuvo que recordar que el coraje era un defecto en un cobarde que había dado mal uso a su *laran* en contra de un hombre al que había emborrachado con ese propósito. Admirar a Dezi ahora, tan sólo porque no cedía y no rogaba piedad —tal como Damon sabía que él mismo habría hecho en el lugar del otro— no tenía ningún sentido.

Seguía sintiendo las emociones de Dezi —corno empata entrenado, su *laran* se había afinado en Arilinn, y no podía bloquearlas del todo— pero se acorazó para ignorarlas, concentrándose en el trabajo que le esperaba. El primer paso era concentrarse dentro de su propia matriz, dejar que su conciencia se expandiera por el campo magnético de su cuerpo. Dejó que las emociones se filtraran a través de él, como debía hacerlo una Celadora, sintiéndolas y aceptándolas sin penetrar ni un ápice en ellas.

Leonie le había dicho una vez que si hubiera sido mujer habría sido Celadora, pero que, como hombre, era demasiado sensible, y que ese trabajo le destruiría. De algún modo, ese recuerdo volvió a ponerle furioso, y esa furia le fortaleció. ¿Por qué la sensibilidad habría de destruir a un hombre, cuando capacitaba a una mujer para hacer el más delicado trabajo con matrices, el trabajo de una Celadora? En aquel momento, las palabras

de Leonie habían estado a punto de destruirle; las había sentido como un ataque contra su virilidad. Ahora le confirmaron la idea de que podía cumplir con esta parte de la tarea de una Celadora.

Andrew, que observaba ligeramente contactado con Damon, volvió a verle como le había visto, durante un momento, la noche anterior, mientras vigilaba a la durmiente Calista: como un arremolinado campo de corrientes interconectadas con centros pulsantes, de donde surgían colores relucientes. Lentamente, empezó a ver a Dezi de la misma manera, a percibir lo que estaba haciendo Damon, que era acercar su nivel de vibraciones al nivel de las de Dezi, adaptar los flujos de modo que sus cuerpos —y sus gemas matrices— vibraran en perfecta resonancia. Sabía que esto permitiría tocar la matriz de Dezi sin causar dolor, sin infligirle al joven un shock físico o nervioso que pudiera causarle la muerte.

Si alguien que no estaba sintonizado con k resonancia precisa intentaba tocar la matriz de otro, podía causarle un shock, convulsiones, incluso la muerte y, en cualquier caso, una insoportable agonía.

Vio cómo las resonancias se igualaban, cómo pulsaban juntas como si, por un momento, los dos campos magnéticos se hubieran fundido hasta convertirse en uno solo. Damon se incorporó de su silla —a Andrew le pareció que era una nube de campos energéticos vinculados, que se desplazaba— y se acercó al muchacho. Repentinamente, Dezi logró nuevamente el control de sus resonancias, quitándoselas a Damon y destrozando la fusión del contacto. Fue como el choque de una explosión de fuerzas. Damon jadeó, angustiado, y Andrew sintió el dolor lacerante que explotó en los nervios y en el cerebro de su amigo. Automáticamente, Damon se salió del alcance de los campos en choque, y se acomodó para volver a combinar sus resonancias con el nuevo campo que Dezi había creado. Pensó, casi con lástima, que Dezi había sufrido un acceso de pánico que no había podido controlar.

Una vez vueltas a combinar las resonancias, los campos de energía empezaron a vibrar en consonancia; una vez más se produjo el intento de acercarse a Dezi para quitarle físicamente la matriz y alejarla del campo magnético de su cuerpo. Y una vez más ese dolor lacerante cuando Dezi

rompió las resonancias y las separó con una explosión de dolor cayendo sobre los cuerpos de los dos.

—Dezi, sé que es duro —dijo Damon, compasivamente.

Para sí, se dijo que el muchacho también podría haber sido Celador. ¡A su edad, Damon no podía combinar resonancias de esa manera! Pero nunca se había sentido tan desesperado, ni tampoco tan atormentado. El hecho de quebrar las resonancias le resultaba tan doloroso a Dezi como al mismo Damon.

—Trata de no resistirte esta vez, muchacho. No quiero hacerte daño.

Y entonces —estaban abiertos entre sí— sintió el agudo desprecio de Dezi por su propia compasión, y supo que la reacción del muchacho no era en absoluto producto del pánico. ¡Dezi simplemente se resistía, luchaba! Tal vez pensara que podía resistirse a Damon, derrotarle. Damon salió del cuarto y regresó con un apaciguador telepático, un curioso aparato que emitía una vibración capaz de atenuar las emanaciones telepáticas dentro de una amplia gama de frecuencias. Sombríamente, pensó en la broma que les había hecho Domenic la noche de su boda con Ellemir. Esos aparatos se usaban, a veces, para impedir filtraciones telepáticas, cuando había otros cerca, para proteger la intimidad, para permitir conversaciones secretas o para impedir filtraciones telepáticas involuntarias o deliberadas. A veces se utilizaban en el Concejo del Comyn, o para proteger a otros cuando había un adolescente descontrolado que sufría alteraciones físicas porque todavía no había aprendido a controlar o concentrar sus poderes. Vio que el rostro de Dezi cambiaba y dejaba traslucir un verdadero pánico, más allá de la expresión desafiante.

Inexpresivamente, Damon advirtió a Andrew:

—Ponte fuera del alcance si deseas hacerlo. Voy a tener que usarlo para atenuar las frecuencias que él trate de imponer.

Andrew sacudió la cabeza.

—Me quedaré —dijo.

Damon captó el pensamiento de Andrew: *No te dejaré solo con él.* Agradecido por la lealtad de su amigo, Damon se arrodilló y empezó a preparar el apaciguador.

Al poco rato, lo sintonizó para atenuar el ataque que Dezi lanzaba contra su conciencia. Después, sólo tuvo que vigilar sus propias resonancias, adecuándolas al campo físico de vibraciones de Dezi. Esta vez, cuando llegó al punto en que los campos se mezclaban, el apaciguador bloqueó el ataque mental de Dezi, destinado a alterar las frecuencias y alejar a Damon. Era penoso y difícil desplazarse dentro del campo del apaciguador, algo que, según creía, sólo una Celadora hábil podía lograr, con el apaciguador al máximo. Físicamente parecía que estuviera debatiéndose dentro de un espeso y viscoso fluido que inmovilizara sus miembros y también su cerebro.

Cuando se acercó, Dezi empezó a debatirse como loco. Pero no tenía esperanzas, y lo sabía. Dezi podía agotarse intentando cambiar las frecuencias, pero ya no podría alterar las de Damon, y cuanto más lograra cambiar las de él, más daño le haría el shock final.

Suavemente, Damon posó una mano sobre la pequeña bolsita de seda que pendía del cuello de Dezi. Sus dedos se movieron, desatando el cordón. Dezi había empezado a gemir y a debatirse otra vez, y sus movimientos, como los de un conejo en la trampa, dieron lástima a Damon, a pesar de que el terror del muchacho estaba ahora bloqueado por la acción del apaciguador. Consiguió abrir la bolsita. La piedra azul, pulsante, centelleante por el terror de Dezi, cayó en sus manos. Mientras cerraba los dedos, sintió el terrible espasmo, la fractura interior, y vio que Dezi caía como segado por un golpe demoledor. Se preguntó, con desdicha, si habría matado al muchacho. Lanzó la matriz dentro del campo del apaciguador, la vio aquietarse, cobrar un pulso leve, un ritmo de reposo. Dezi estaba inconsciente, con la cabeza caída a un lado, y había espuma entre sus labios mordidos. Damon tuvo que endurecerse y recordar a Andrew, inconsciente, en su sueño mortal sobre la nieve, tuvo que pensar en el dolor de Calista si se hubiera encontrado abandonada, o si fuera viuda debido a una traición, antes de poder decir:

—Ya está.

Puso la matriz bajo el apaciguador durante algunos minutos, la vio palidecer y mostrar levísimas luces pulsantes. Todavía vivía, pero su fuerza

había sido disminuida hasta un punto en el que ya no podía utilizársela para el *laran*.

Lanzó una mirada compasiva hacia Dezi, sabiendo que le había cegado. Dezi estaba peor ahora que Damon cuando le despidieron de Arilinn. A pesar del crimen cometido por el muchacho, Damon no podía evitar sentir lástima por él, tan dotado, un telépata tan poderoso, con un potencial más elevado que el de muchos que trabajaban actualmente con las pantallas y los transmisores.

¡Por los infiernos de Zandru, pensó, qué desperdicio!

Y él lo había mutilado.

—Terminemos con esto, Andrew —dijo con voz cascada—. Entrégame esa caja sellada, ¿quieres?

Se la había dado *Dom* Esteban, quien la había vaciado previamente de algunas alhajas que contenía. Mientras arrojaba la matriz en su interior y cerraba la tapa, pensó en el antiguo cuento de hadas: el del gigante que conservó su corazón fuera del cuerpo, en el lugar más secreto que pudo encontrar, para que nadie pudiera matarle si no hallaba primero su corazón oculto. Dio una breve explicación a Andrew mientras cerraba el pequeño cerrojo que sellaba la caja con la matriz, acercándole su propia gema.

—No podemos destruir la matriz —dijo—, pues Dezi moriría con ella. Pero aquí está guardada con un cerrojo de matriz, de modo que solamente mi propia piedra, sintonizada, puede volver a abrir esta caja.

La caja se cerró, Damon la guardó, regresó y se inclinó sobre Dezi, controlando la respiración del joven, su corazón acelerado.

Sobreviviría.

Mutilado... cegado... pero sobreviviría. Damon sabía que, de estar en su lugar, preferiría haber muerto.

Se incorporó, escuchando el inquietante ruido de la tormenta, afuera.

Extrajo su daga y cortó las ligaduras que inmovilizaban al muchacho, pensando que tal vez fuera mejor cortarle la garganta. Ya no querría vivir. ¿Su terrible lucha habría sido sólo una manera de suicidarse?

Suspiró, colocando un poco de dinero, en una bolsa, cerca del muchacho.

—*Dom* Esteban me dio esto para él —dijo a Andrew—. Probablemente se vaya a Thendara, donde Domenic le prometió que tendría un nombramiento de cadete. Allí no puede hacer mucho daño, trabajando en los Guardias de la Ciudad, y tal vez pueda hacer una carrera. Domenic se ocupará de él... después de todo, hay cierto sentimiento de lealtad familiar. Dezi ni siquiera tendrá que confesarle lo que ha hecho. Estará bien.

Más tarde, mientras le contaba a Ellemir lo que había hecho, mientras Andrew controlaba a la durmiente Calista, lo repitió:

—Yo no hubiera querido vivir. Cuando me incliné sobre él con la daga, para cortar las sogas con las que le habían atado, me pregunté si no sería más piadoso matarle. Pero yo me las arreglé para vivir después de que me despidieron de Arilinn. Dezi también debe tener su oportunidad.

Suspiró, recordando el día que se había marchado de Arilinn, ciego de dolor, atontado por la ruptura del vínculo con el círculo de Torre, el vínculo más estrecho que conocían los que tenían *laran*, más estrecho que el parentesco, más estrecho que el vínculo entre amantes, más estrecho que el vínculo entre esposo y esposa...

—Yo seguí deseando morirme —dijo—, y pasó mucho tiempo antes de que volviera a desear la vida. —Abrazando estrechamente a Ellemir, pensó: *Sólo cuando te tuve a ti.*

Los ojos de Ellemir mostraron la suavidad de la ternura y luego, mientras su boca se endurecía, dijo:

—Deberías haberle matado.

Damon, pensando en la dormida Calista, quien había estado, sin saberlo, tan próxima a la muerte, pensó que era una simple expresión de amargura. Andrew era el marido de su hermana, Ellemir había estado en contacto con él por medio de la matriz durante la larga búsqueda de Calista, y todos se habían reunido durante el breve y espontáneo vínculo cuádruple, antes de que el aterrador reflejo que Calista no pudo controlar los separara. Al igual que Ellemir, también Damon había estado conectado con Andrew, había sentido su fuerza y su suavidad, su ternura y su pasión... y ése era el hombre que, por resentimiento, Dezi había intentado matar. Dezi, que había estado

en contacto telepático con Andrew cuando curaron a los hombres congelados. Dezi, que tan bien conocía sus cualidades y su bondad.

Ellemir repitió, implacable:

—Deberías haberle matado.

Sólo meses más tarde Damon advirtió que no lo decía por amargura, sino que era precognición.

Por la mañana, la tormenta amainó y Dezi, llevándose el dinero que Damon le había dejado, sus ropas y su caballo se marchó de Armida. Damon esperaba, casi con sentimiento de culpa, que se las arreglara para vivir de alguna manera, para recorrer el camino hasta Thendara, donde estaría bajo la protección de Domenic. Domenic, heredero de Alton, era, después de todo, medio hermano de Dezi. Damon estaba seguro de eso ahora: nadie que no fuera Comyn puro podría haber presentado semejante batalla.

Domenic lo cuidaría, pensó. Pero era como un peso sobre su corazón, un peso que no quería sacarse.

OceanofPDF.com

10

Andrew soñaba...

Vagaba en medio de la tormenta que arrojaba nieve y cierzo, contra los torreones de Armida. Pero él nunca había visto Armida. Estaba solo y vagaba por un páramo sin caminos, sin casas, sin refugios, como le ocurrió cuando el avión se estrelló y él quedó abandonado en un mundo extraño. Avanzaba tambaleándose sobre la nieve y el viento le desgarraba los pulmones y una voz susurraba como un eco dentro de su cabeza: *Aquí no hay nada para ti.*

Y entonces vio a la muchacha.

Y la voz dentro de su cabeza susurró: *Todo esto ya ha ocurrido antes.* Ella tenía puesto un camisón delgado y rasgado, y él podía ver su piel pálida a través de los desgarrones, pero la prenda no ondulaba ni se movía con los furiosos vientos, ni tampoco el pelo de la joven se encrespaba con el rugir de la tormenta. De hecho ella no estaba allí, era un fantasma, un sueño, una muchacha que nunca había existido, y sin embargo él sabía que, en otro nivel de realidad, ella era Calista, era su esposa. ¿O habría sido sólo un sueño dentro de otro sueño, algo que había soñado mientras estaba allí en medio de la tormenta, y se quedaría allí y seguiría soñando hasta morir...? Empezó a debatirse, se oyó gritar...

Y la tormenta ya no estaba. Yacía en su cama, en su dormitorio, en Armida. Fuera la tormenta se calmaba, pero el fuego de la chimenea de la habitación se había reducido a ascuas, A la tenue luz podía vislumbrar a Calista, ¿o sería Ellemir, que había dormido con su hermana desde la noche en que el reflejo psi que ella no había podido controlar los había atacado en medio del amor?

Durante los primeros días posteriores al intento de asesinato de Dezi, él había hecho poca cosa salvo dormir, ya que sufría las secuelas de una conmoción leve, el shock y la exposición a la intemperie. Se tocó la herida de la frente, todavía no cicatrizada. Damon le había sacado los puntos un par de días antes, y los bordes empezaban a unirse limpiamente. Le quedaría una cicatriz pequeña. No necesitaba cicatriz para recordar la manera en que había sido arrancado de los brazos de Calista, mientras una fuerza semejante a un rayo le atravesaba el cuerpo. Recordó que, en los viejos tiempos, en Terra, una de las formas favoritas de tortura consistía en aplicar un electrodo sobre los genitales. Sin embargo, no había sido culpa de Calista: el shock que experimentó al saber lo que había hecho casi la había matado también.

Ella estaba todavía en cama, y a Andrew no le parecía que mejorara. Sabía que Damon estaba preocupado por ella. Le administraba pócimas de hierbas de olor extraño, y discutía largamente el estado de la joven, con palabras de las cuales Andrew apenas entendía una décima parte. Se sentía totalmente inútil. E incluso cuando empezó a mejorar, cuando empezó a desear actividad, no pudo tampoco concentrarse y perderse en las tareas habituales de la finca. Con la época de las tormentas, toda la actividad quedaba suspendida. Un puñado de criados, utilizando túneles subterráneos, se ocupaba de los animales de silla y de aquellos que proporcionaban leche a la casa. Un puñado de jardineros se ocupaban de los invernaderos, Andrew estaba nominalmente a cargo de todo, pero no tenía nada que hacer.

Sabía que, sin Calista, no había nada que pudiera retenerle aquí, y no había estado a solas con ella ni un momento desde el fiasco. Damon había insistido en que Ellemir durmiera con ella y que nunca, ni siquiera durante

el sueño, la joven debía sentirse sola, y para ello la persona más indicada para acompañarla era su melliza.

Ellemir la había cuidado incansablemente, noche y día. En cierto sentido, Andrew agradecía a Ellemir sus tiernos cuidados, pues él poca cosa podía hacer por Calista. Pero al mismo tiempo, le ofendía, le ultrajaba estar aislado de su esposa, sobre todo por la manera en que ese aislamiento acentuaba la fragilidad de la hebra que le unía a Calista.

Él hubiera querido cuidarla, alimentarla, alzarla... pero no le dejaban solo con ella ni un momento, y también eso le ofendía. ¿Acaso creían que si dejaban sola a Calista, Andrew caería sobre ella como un animal salvaje, para violarla? Maldición, pensó, era más probable que de ahora en adelante tuviera pánico de rozarla siquiera con un dedo. Simplemente me gustaría estar con ella. Ellos le decían que la joven necesitaba saber que él aún la amaba, pero actuaban como si no se atrevieran a dejarles solos ni un minuto...

Dándose cuenta de que sólo estaba andando en círculos y recontando obsesivamente frustraciones con las que nada podía hacer, giró en la cama, desasosegado, y trató de volverse a dormir. Escuchó la tranquila respiración de Ellemir, y el suspiro inquieto de Calista cuando la joven cambió de posición. Buscó contacto mental con ella, sintió su roce leve dentro de la mente. Estaba profundamente dormida, drogada con otro de los remedios de hierbas de Damon o de Ferrika. Le gustaría saber qué le estaban administrando, y por qué. Confiaba en Damon, pero le hubiera gustado que Damon confiara en él un poco más.

Y también la presencia de Ellemir significaba una sorda irritación, tan semejante a su hermana melliza, pero rosada y saludable cuando Calista estaba pálida y enferma...

Era Calista tal como debía haber sido. El embarazo, a pesar de haberse frustrado tan pronto, había suavizado su cuerpo, acentuando el contraste con la profunda delgadez de Calista. Maldición, no debía pensar en Ellemir. Era la hermana de su esposa, la esposa de su mejor amigo, la única mujer prohibida para él. Además, era telépata y debía captar la idea, que la pondría endiabladamente incómoda. Una vez, Damon le había dicho que, en

una familia de telépatas, un pensamiento lascivo era el equivalente psicológico de una violación. No le importaba lo más mínimo Ellemir —era tan sólo su cuñada—, sólo que le hacía pensar en Calista tal como sería si fuera saludable y estuviera libre del dominio de la condenada Torre.

Era tan amable con él

Al cabo de un rato volvió a caer en el sueño, empezó a soñar otra vez.

Estaba en el pequeño refugio de pastores al que Calista, desplazándose por el supramundo, el mundo del pensamiento y la ilusión, le había llevado en medio de la tormenta, después del accidente de avión. No, no era el refugio de pastores sino la extraña estructura amurallada que Damon había construido en sus mentes, que tan solo era real en sus cerebros pero que tenía entidad propia en el reino de las ideas, de modo que podía ver incluso las piedras y ladrillos que la componían. Se despertó, como le había ocurrido entonces, bajo una luz tenebrosa, y vio a la muchacha que yacía junto a él, una forma en sombras, inmóvil, dormida. Tal como había hecho entonces, tendió los brazos hacia ella sólo para descubrir que no estaba allí en absoluto, que no estaba en esta dimensión sino que su forma, a través del supramundo, que según le explicó era la red energética que duplicaba el mundo real, había llegado a él a través del espacio y tal vez también del tiempo, adquiriendo una forma engañosa. Pero ella no le había engañado.

Le miró esbozando una sonrisa grave, y le dijo, con cierta picardía: «Ah, esto sí que es triste. La primera vez que me acuesto con un hombre, y no estoy en condiciones de disfrutarlo.»

«Pero estás aquí conmigo, amada» susurro él y la abrazó, y esta vez sí la sintió en sus brazos, cálida y adorable, alzando la cara para recibir su beso, apretándose contra él con tímida ansiedad, tal como, por un momento, había ocurrido una vez.

«¿Acaso esto no es prueba suficiente para ti, amor?» La atrajo hacia sí, y sus labios se juntaron, mientras sus cuerpos se unían. El volvió a sentir el dolor y la urgencia de la necesidad, pero tenía

miedo. Había alguna razón para no tocarla... y de pronto, en ese momento de tensión y miedo, ella le sonrió y fue Ellemir quien estaba en sus brazos, tan parecida y tan distinta a su melliza.

El dijo «¡No!» y la alejó de sí, pero las manos de ella, pequeñas y fuertes, volvieron a atraerlo. Ella le sonrió y le dijo: «Le dije a Calista que te dijera que estoy dispuesta, tal como se cuenta en la balada de Hastur y Cassilda.» Él miró a su alrededor, y vio a Calista que les miraba sonriente...

Y se despertó sobresaltado y avergonzado. Se sentó en la cama y miró fijamente a su alrededor para asegurarse de que en realidad nada había ocurrido, nada. Era de día, y Ellemir, bostezando, somnolienta se deslizó de la cama y quedó allí de pie, cubierta por un delgado camisón. Rápidamente, Andrew desvió los ojos de ella.

Ella ni siquiera lo advirtió —para ella, él no era en absoluto un hombre —, sino que siguió caminando frente a él a medio vestir, manteniéndole constantemente pendiente, con una sorda frustración que en realidad no era en absoluto sexual... Él recordó que estaba en el mundo de *ellos*, y que era él quien debía habituarse a *sus* costumbres en vez de obligarles a aceptar las suyas. Era su propio estado de frustración, y el vergonzoso realismo del sueño que había tenido, lo que lo tornaba casi penosamente consciente de la joven. Pero a medida que el pensamiento se volvía más claro, ella giró lentamente hacia él y le miró. Su mirada era circunspecta, pero le sonrió', y de pronto él recordó el sueño y supo que de alguna manera ella lo había compartido, que los pensamientos de él, su deseo, se habían entretejido de algún modo en el sueño de ella.

¿Qué endemoniada clase de hombre soy? Allí está mi esposa, gravemente enferma, quizás apunto de morir, y yo aquí, deseando a su melliza... Trató de evadirse para impedir que Ellemir captara el pensamiento. La esposa de mi mejor amigo.

Sin embargo, las palabras del sueño persistían en su mente: *Le dije a Calista que te dijera que estoy dispuesta...*

Ella le sonrió, pero parecía preocupada. Él sintió que debía disculparse por sus pensamientos. Pero en cambio, ella le dijo, muy suavemente:

—Está bien, Andrew.

Por un momento, no pudo creer que la joven había dicho esas palabras en voz alta. Parpadeó, pero antes de que pudiera pensar qué decir, ella ya había reunido sus ropas y se había marchado al baño.

Andrew fue silenciosamente hasta la ventana y miró la tormenta que ya remitía. Hasta donde alcanzaba su vista, todo se veía blanco, apenas enrojecido por la luz del gran sol rojo, que se asomaba tímidamente entre los bordes matizados de las nubes. Los vientos habían amontonado la nieve dándole el aspecto de dunas de helado, que se erguían como olas de algún océano duro y blanco, cubriendo todo lo visible hasta las borrosas montañas distantes. A Andrew le pareció que el clima era un reflejo de su propio estado de ánimo: gris, sombrío, insufrible.

¡Qué frágil, después de todo, era el vínculo que le unía a Calista! Y no obstante, sabía que jamás podría regresar. También había descubierto dentro de sí muchas profundidades, muchas rarezas que le resultaban ajenas. El antiguo Carr, el Andrew Carr del Imperio Terrano, había dejado de existir por completo aquel día, ya lejano, en el que Damon los puso a todos en contacto telepático por medio de la matriz. Cerró los dedos sobre la suya, dura y helada dentro de la pequeña bolsa aislante que pendía de su cuello, y supo que ése era un gesto darkovano, un gesto que había visto hacer a Damon cien veces. Con ese gesto automático, volvió a sentir la extrañeza de su nuevo mundo.

Nunca podría regresar. Debía construirse una nueva vida aquí, o pasar los años que le quedaban como un espectro, una nada, sin identidad.

Hasta unas pocas noches antes, había sentido que estaba en camino de construirse una nueva vida. Tenía un trabajo que valía la pena hacer, una familia, amigos, un hermano y una hermana, un segundo padre, una esposa amante y amada. Y entonces, con la caída de un rayo invisible, todo su nuevo mundo se había hecho pedazos en torno a él, y la sensación de ser un extraño había vuelto a encerrarle. Se ahogaba en ella, se hundía... Hasta

Damon, habitualmente tan cercano y amistoso, su hermano, se había tornado frío y extraño.

¿O era el mismo Andrew quien ahora percibía extrañeza en todas las cosas y las personas?

Vio que Calista se movía y, temeroso de repente de que sus pensamientos pudieran perturbarla, juntó sus ropas y se marchó a bañarse y vestirse.

Cuando regresó, Calista se había despertado y Ellemir la había preparado para el día, poniéndole un camisón limpio, lavándola, trenzándole el pelo. Habían traído el desayuno, y Damon y Ellemir estaban allí, esperándole en torno a la mesa en la que los cuatro habían comido desde el principio de la enfermedad de Calista.

Pero Ellemir seguía aún junto a Calista, preocupada. Cuando Andrew llegó, la joven, con voz que revelaba una inquietud profunda, dijo:

—Calista, me gustaría que permitieras que Ferrika te hiciera una revisión. Sé que es joven, pero fue adiestrada en la Casa del Gremio de las Amazonas, y es la mejor comadrona que hemos tenido en Armida. Ella...

—¡Los servicios de una comadrona —dijo Calista—, son lo último que necesito, y es probable que no los necesite jamás!

—De todos modos, Calista, ella conoce muy bien todos los trastornos femeninos. Sin duda podría hacer más por ti que yo. Damon —preguntó—, ¿qué te parece?

Él se hallaba de pie junto a la ventana, mirando la nieve. Se volvió y les miró, frunciendo un poco el ceño:

—Nadie siente más respeto que yo por las aptitudes y el adiestramiento de Ferrika, Elli. Pero no sé si tendrá la experiencia necesaria para ocuparse de este caso. No es algo normal, ni siquiera en las Torres.

—¡No comprendo nada de esto! —Dijo Andrew—. ¿Se trata solamente del inicio de la menstruación? Si se trata de eso, tal vez... —Se dirigió a Calista—. ¿Qué daño te haría que Ferrika te examinara?

Calista sacudió la cabeza.

—No, hace varios días que se terminó. Creo... —y miró a Damon, riéndose— que simplemente estoy aprovechándome, por perezosa, de las

debilidades femeninas.

—Querría que sólo fuera eso, Calista —dijo Damon, y se acercó para sentarse a la mesa—. Me gustaría poder pensar que podrías levantarte hoy. —La observó lentamente, mientras untaba con mantequilla una rebanada de pan con nueces. Ella se la llevó a la boca y la masticó, pero Andrew no vio que se la tragara.

Ellemir cortó una rebanada de pan.

—¡Tenemos una docena de criadas en la cocina, y si falto uno o dos días, el pan es incomible!

Andrew pensó que el pan se veía como siempre: caliente, fragante, de rústica textura, harina mezclada con las nueces que constituían la alimentación habitual de Darkover. Estaba fragante por las hierbas, y tenía buen sabor, pero al probarlo Andrew descubrió que le disgustaba la textura extrañamente gruesa, y el sabor de especias poco habituales. Calista tampoco comía, y Ellemir parecía preocupada.

—¿Hago traer alguna otra cosa para ti, Calista? —preguntó la joven.

Calista sacudió la cabeza.

—No, de verdad, no puedo, Elli. No tengo hambre...

No había comido nada durante muchos días. En nombre de Dios, pensó Andrew, ¿qué es lo que le ocurre?

—¿Lo ves, Calista? —Dijo Damon con súbita aspereza—. ¡Es lo que te dije! Has sido operaria de matrices durante cuánto tiempo... ¿nueve años? ¡Sabes muy bien qué significa que no puedas comer!

Ella pareció atemorizada.

—Lo intentaré, Damon —dijo—. De veras lo intentaré —y tomó una cucharada de la fruta cocida que tenía en el plato, tragándola con dificultad. Damon la observó, preocupado, pensando que no era eso lo que él pretendía, forzarla a fingir hambre cuando en realidad no lo sentía.

—Si el clima mejorara —dijo, observando las dunas de crema batida de la nieve, teñidas de púrpura por la luz—, enviaría a alguien hasta Neskaya. Tal vez la *leronis* podría venir a cuidarte.

—Parece como si fuera a escampar —dijo Andrew, pero Damon negó con la cabeza.

—Esta noche nevará más fuerte que nunca. Conozco el clima de estas montañas. Cualquiera que partiera por la mañana, se vería bloqueado por el clima después del mediodía.

Y ciertamente, poco después de mediodía, la nieve empezó a caer en enormes copos blancos, primero lentamente, después cada vez más densamente, como una cortina irresistible que borraba el paisaje y la cadena de montañas. Andrew la observó mientras iba a través de los túneles al establo y a los invernaderos, para supervisar a los mayordomos, indignado y sin poder creerlo. ¿Cómo era posible que ese cielo albergara tanta nieve?

Regresó ya entrada la tarde, en cuanto hubo acabado con las tareas mínimas que era posible llevar a cabo con este tiempo. Como siempre que estaba un rato alejado de Calista, se sentía deprimido. Le pareció que desde la mañana ella había empalidecido más y la vio más delgada, como si fuera diez años mayor que su hermana melliza. Pero los ojos de la joven se encendieron al recibirle, y cuando él le tomó la punta de los dedos, ella los cerró sobre la mano de él, hambrienta.

—¿Estás sola, Calista? ¿Donde está Ellemir?

—Fue a pasar un rato con Damon. Pobres, han pasado tan poco tiempo juntos últimamente, siempre está conmigo uno u otro. —Se movió con esa expresión de dolor que nunca parecía abandonarla—. Por piedad de Avarra, estoy muy cansada de estar en la cama.

Él se inclinó sobre ella y la alzó en sus brazos.

—Entonces te alzaré un ratito —le dijo, llevándola hasta una silla que se hallaba cerca de la ventana. Parecía una criatura en sus brazos, laxa y ligera. Apoyó la cabeza, cansada, sobre el hombro de él. Andrew sintió una dolorosa ternura, sin deseo... ¿Cómo era posible que un hombre perturbara con su deseo a esta niña enferma? La acunó suavemente.

—Cuéntame lo que está ocurriendo, Andrew. He estado tan aislada; el mundo podría haberse terminado y yo no me hubiera enterado.

Él señaló el blanco y liso mundo de nieve que se extendía más allá de la ventana.

—No ha ocurrido casi nada, como puedes ver. Hay poco que contar, a menos que quieras saber cuántas frutas están madurando en los

invernaderos.

—Bien, es bueno saber que no han sido destruidas por las tormentas. A veces el viento se abre paso y mata las plantas, pero todavía es temprano para eso —dijo ella, y se apoyó, cansada, contra él, como si el esfuerzo de hablar la hubiera agotado.

Andrew se quedó allí sentado, con Calista en sus brazos, contento de que ella no quisiera alejarse de él, de que aparentemente ahora ansiara tanto el contacto con él como antes lo había temido. Tal vez la joven tenía razón: ahora que se habían iniciado sus ciclos normales, adultos, tal vez, con tiempo y paciencia fuera posible superar el condicionamiento de la Torre. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida.

Estuvieron allí durante un rato, hasta que Damon, que entró súbitamente en el cuarto, se quedó inmóvil de asombro, consternado. Abrió la boca para hablar, y Andrew captó directamente de su mente el susto y la urgencia:

¡Andrew! Déjala en la cama... ¡rápido! ¡Aléjate de ella!

Andrew alzó la cabeza, irritado, pero al percibir la genuina preocupación del pensamiento de Damon actuó con rapidez, alzando a Calista y llevándola hasta la cama. Ella quedó allí tendida, inconsciente e inmóvil.

—¿Durante cuánto tiempo —dijo Damon con voz inexpresiva— ha estado así?

—Sólo unos pocos minutos. Estábamos conversando —dijo Andrew, a la defensiva.

Damon suspiró.

—¡Creí que podía confiar en ti, creí que comprendías! —le dijo.

—Ella no me tiene miedo, Damon... ¡*quería* que yo la tuviera en mis brazos!

Los ojos de Calista se abrieron. Bajo la pálida luz que inundaba la habitación, reflejada por la nieve, sus ojos parecían incoloros.

—No le riñas, Damon, estaba cansada de estar en la cama. De veras, estoy mejor. Pensé que esta noche me haría traer el arpa para tocar un poco. Estoy tan cansada de esta inactividad....

Damon la miró con escepticismo.

—La haré traer, si lo deseas —dijo.

—Yo iré —dijo Andrew.

¡Si era cierto que tenía ganas de tocar el arpa sin duda estaría mejor! Bajó al Gran Salón, donde halló a un mayordomo y le pidió el arpa de Lady Calista. El hombre trajo el pequeño instrumento, no mucho más grande que una guitarra terrana, dentro de su estuche de madera tallada:

—¿La llevo arriba, *Dom* Ann'dra?

—No, yo la llevaré.

Detrás del mayordomo oyó decir a una de las criadas:

—Nuestras felicitaciones a la dama, y dile que esperamos que pronto esté suficientemente recuperada para poder recibirlas personalmente.

Andrew soltó un insulto, incapaz de contenerse. Rápidamente se disculpó, ya que la mujer no había tenido mala intención. ¿Y qué otra cosa podían haber pensado? Calista había estado diez días en cama, y no se le había pedido a nadie que la cuidara, sólo su hermana melliza había estado con ella. ¿Acaso alguien podía echarles la culpa de que pensaran que Calista estaba embarazada, y que su hermana y su cuñado se ocuparan de que la criatura no corriera la misma suerte que la de Ellemir? Finalmente Andrew respondió, y supo que su voz no era firme:

—Agradezco... tus buenos deseos, pero mi esposa no tiene esa fortuna... —y no pudo continuar. Aceptó el murmullo de simpatía de la mujer, y huyó rápidamente escaleras arriba.

En el cuarto exterior de la suite se detuvo, al escuchar que Damon, enfurecido, alzaba la voz:

—No tiene sentido, Calista, y lo sabes. No puedes comer, no duermes sin drogas. Yo esperaba que todo se arreglara solo, una vez que tus ciclos se ordenaran. ¡Pero mira cómo estás!

Calista murmuró algo que Andrew no pudo entender, pero de todas maneras pudo percibir el tono de protesta.

—Sé honesta, Calista. Tú fuiste *leronis* en Arilinn. Si te trajeran a alguien en este estado, ¿que harías? —Una breve pausa—. Entonces sabes qué es lo que debo hacer, y debo hacerlo rápidamente.

—¡Damon, no! —Fue un grito de desesperación.

—*Breda*, te prometo que trataré...

—¡Oh, Damon, dame un poco más de tiempo! —La escuchó sollozar Andrew—. Trataré de comer, te lo prometo. Me siento mejor, hoy estuve sentada más de una hora, pregúntaselo a Ellemir. Damon... ¿no puedes darme un poquito más de tiempo?

Hubo un largo silencio y después Damon soltó un juramento y salió de la habitación. Iba a pasar junto a Andrew sin dirigirle la palabra, pero el terrano lo tomo del brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le dijiste para que se trastornara tanto?

Damon le miró atravesándole, como si el otro no estuviera allí, y Andrew concibió la perturbadora idea de que en realidad era Damon el que estaba en otra parte.

—No quiere que haga lo que debo hacer —dijo, y al ver el estuche del arpa agregó, con desprecio—: ¿De verdad crees que está suficientemente bien para tocar eso?

—No lo sé —dijo Andrew, furioso—. Sólo sé que me la pidió. —Súbitamente, al recordar las palabras de la criada, sintió que ya no podía soportarlo más.

—Damon, ¿qué es lo que le ocurre? Has eludido la respuesta cada vez que te lo he preguntado.

Damon suspiró y se sentó apoyando la cabeza entre las manos.

—No creo que pueda explicarlo. No tienes entrenamiento con matrices, no tienes el vocabulario, ni siquiera tienes los *conceptos*.

—Simplemente, ponlo todo en palabras de una sílaba —dijo Andrew, sombrío.

—No hay ninguna. —Damon suspiró y quedó en silencio, meditando. Finalmente dijo—: Te mostré los canales, en Calista y también en Ellemir.

Andrew asintió, recordando las relucientes líneas de luz y sus centros pulsantes, tan claros en Ellemir, tan inflamados y opacos en Calista.

—Básicamente, lo que la aqueja es una sobrecarga de los canales nerviosos —dijo, y advirtió la incomprensión de Andrew—. Te dije que los mismos canales conducían la energía sexual y las fuerzas psi, aunque no al mismo tiempo, por supuesto. Cuando fue entrenada como Celadora, Calista

aprendió técnicas que le impedían ser consciente o capaz de la más leve respuesta sexual. ¿Está claro hasta aquí?

—Eso creo. —Se imaginó todo el sistema sexual de la joven inutilizado para que ella pudiera utilizar su cuerpo como transformador de energía. ¡Dios qué cosa para hacérsela a una mujer!

—De acuerdo, pues. En un adulto normal los canales funcionan selectivamente. Desconectando las fuerzas psi cuando los canales deben conducir energía sexual, y eliminando los impulsos sexuales cuando se utilizan las fuerzas psi. Después de trabajar con la matriz, estuviste impotente unos días, ¿recuerdas? Normalmente, cuando una Celadora abandona su trabajo sus canales recobran el nivel y la selectividad normales. Entonces ya no puede, y una Celadora *debe poder*, estar completamente libre del más pequeño rastro de energía sexual en sus canales. Evidentemente, Calista debe haber pensado que eso era lo que le había ocurrido a sus canales, porque sentía que reaccionaba a ti. Por un momento, eso es lo que ocurrió, como bien sabes —dijo, mirando a Andrew con vacilación, y Andrew, remiso a recordar siquiera por un momento el cuádruple contacto, a reconocer que Damon había formado parte de él, no pudo alzar la mirada. Simplemente asintió sin levantar la vista.

—Bien, entonces si una Celadora común... una Celadora con funcionamiento pleno, el condicionamiento intacto y sus canales limpios..., si una Celadora común es atacada, puede protegerse. Por ejemplo, si tú no hubieras sido el esposo de Calista alguien a quien ella ha concedido derechos, si hubieras sido un desconocido que pretendiera violarla. Ella hubiera lanzado su descarga directamente *a través* de ti. Y tú estarías muerto y Calista estaría... bien, supongo que hubiera tenido un shock, pero después de una buena comida y de un poco de sueño, hubiera estado bien. Pero no es eso lo que ha ocurrido.

—¡Dios! —dijo Andrew, como atontado.

No es de ti de quien desconfío, esposo mío...

—Debe haber creído que estaba lista, pues si no nunca lo hubiera intentado. Y cuando advirtió que no estaba lista... en ese segundo, antes de lanzar sobre ti el reflejo que no pudo controlar, absorbió el exceso con su

propio cuerpo. Y eso te salvó la vida. Si todo ese flujo de energía hubiera caído sobre ti... ¿puedes imaginarte lo que habría ocurrido?

Andrew podía imaginárselo pero pensó que sería mejor no intentarlo.

—Ese shock debe haberle provocado la menstruación. La vigilé cuidadosamente hasta asegurarme de que no sufriera una crisis, pero después pensé que la menstruación y el drenaje normal de energías que experimentaban las mujeres durante su período podrían disipar la sobrecarga y limpiarle los canales. Pero no ha sido así. —Frunció el ceño —. Quisiera saber precisamente qué le hizo Leonie. Mientras tanto, te pedí que no la tocaras. Y no debes hacerlo.

—¿Temes que vuelva a atacarme?

Damon negó con la cabeza.

—No creo que tenga la fuerza necesaria. En cierto sentido, es peor. Reacciona físicamente a tu presencia, pero sus canales no están limpios, de modo que no hay manera de que sus canales conduzcan normalmente las energías sexuales. Hay dos conjuntos de reflejos operando simultáneamente, y cada uno de ellos interfiere en el otro inhibiendo el normal funcionamiento de ambos.

—Estoy más confundido que nunca —dijo Andrew, dejando caer la cabeza entre sus manos, y Damon intentó simplificarlo más.

—Una mujer con entrenamiento de Celadora a veces debe coordinar a ocho o diez telépatas. Al trabajar en los anillos de energones, tiene que canalizar toda esa fuerza *a través* de su propio cuerpo. Manejan tensiones psi tan enormes como —captó limpiamente la analogía de la mente de Andrew— un transformador de energía. Así que no pueden, no se atreven a confiar en la selectividad normal de un adulto común. Tienen que conservar sus canales completamente limpios para la circulación de las fuerzas psi. ¿Te acuerdas de lo que dijo mi hermana Marisela?

Ambos lo escucharon como un eco en la mente de Damon: *En otras épocas las Celadora de Arilinn no podían abandonar su puesto por más que lo desearan,.. Las Celadoras de Arilinn no son mujeres sino emmascas...*

—Por supuesto, ya no se neutraliza a las mujeres. Confían en sus votos de virginidad y en un intensivo condicionamiento antisexual para mantener los canales completamente limpios. Pero después de todo, una Celadora es una mujer, y si se enamora probablemente empiece a experimentar reacciones sexuales porque sus canales han recuperado la selectividad normal entre las fuerzas psi y los impulsos sexuales. Tienen que dejar de funcionar como Celadoras, porque sus canales ya no están completamente limpios. Pueden manejar una fuerza psi común, pero no las enormes tensiones de una Celadora, los anillos de energones ni las pantallas... Bien, no sabes mucho de eso, así que no importa. En la práctica, una Celadora cuyo condicionamiento ha fracasado suele abandonar por completo el trabajo con su *laran*. Creo que es una tontería, pero ésa es la costumbre. Pero eso era lo que Calista esperaba: que una vez que empezara a reaccionar contigo, también comenzaría a utilizar selectivamente sus canales, como cualquier telépata maduro normal.

— ¿Y por qué no fue así? —preguntó Andrew.

—No lo sé —dijo Damon, desesperado—. Nunca vi algo semejante. No me gustaría creer que Leonie le ha alterado los canales para que nunca puedan funcionar selectivamente, pero no se me ocurre ninguna otra cosa. Como evidentemente Leonie le alteró los canales de alguna manera, para mantenerla físicamente inmadura, sólo puedo pensar que ésa fue la causa. Pero ¿comprendes ahora por qué no debes tocarla, Andrew? No porque volvería a atacarte, y probablemente matarte esta vez, sino porque ella moriría antes de hacerlo. Para ella sería tan fácil que en realidad me aterra pensarlo. Pero eso sucede porque sus reflejos todavía están *allí*, y ella se resiste a ellos, y eso la está matando.

Andrew se cubrió el rostro con las manos.

—Y yo que le rogué... —dijo con voz casi inaudible.

—No podías saberlo —le dijo Damon con suavidad—. Tampoco ella lo sabía. Creyó que se estaba desacondicionando normalmente, pues si no nunca hubiera corrido el riesgo. Estaba dispuesta a abandonar completamente las funciones psi de sus canales, por ti. ¿Sabes lo que eso significaba para ella?

—No soy digno de eso —dijo Andrew—. De todo ese sufrimiento.

—¡Y tan condenadamente innecesario! —le interrumpió Damon. Estaba blasfemando. No había ninguna ley más estricta que aquella que prohibía a una Celadora, si había devuelto el juramento y perdido la virginidad, volver a hacer alguna vez trabajos de matriz serios.

—Eso era lo que ella deseaba, Andrew. Abandonar su trabajo de Celadora por ti.

—Entonces ¿qué debemos hacer? —preguntó Andrew—. ¡No puede seguir así, o todo esto la matará!

—Tendré que limpiarle los canales —dijo Damon, con reticencia—. Y eso es lo que ella no quiere que haga.

—¿Por qué no?

Damon no respondió de inmediato.

—Usualmente se hace bajo los efectos del *kirian* —dijo finalmente—, y yo no dispongo de él. Sin *kirian*, resulta condenadamente doloroso.

La respuesta podía llevar a pensar que Calista era una cobarde, y él no quería dar esa impresión, pero no se sentía capaz de explicarle a Andrew cuál era la verdadera objeción de Calista. Con alivio, sus ojos cayeron sobre el estuche del *rryl*.

—Pero si está suficientemente bien para pedir su instrumento, tal vez verdaderamente esté mejor —dijo, con un ápice de esperanza—. Llévaselo, Andrew. Pero... —hizo una pausa antes de decir con reticencia otra vez—: no la toques. Aún reacciona contigo.

—Pero ¿no es eso lo queremos?

—No mientras ambos sistemas estén sobrecargados y se interfieran —dijo Damon, y Andrew bajó la cabeza, diciendo en voz baja:

—Lo prometo.

Pasó junto a Damon, para entrar en la habitación de Calista... y se detuvo, consternado. Calista estaba tendida, en silencio, inmóvil, y durante un aterrador momento no la vio respirar. Tenía los ojos abiertos, pero no le veía, y sus ojos no se movieron para seguirle cuando la sombra de él se interpuso entre ella y la luz. Un miedo terrible le invadió; sintió que un grito inaudible le anudaba la garganta. Giró para llamar a Damon, pero éste ya

había captado el impacto telepático de su pánico y entró corriendo en la habitación. Del pecho de su amigo brotó un enorme suspiro de alivio, casi un jadeo.

—Está bien —dijo agarrándose a Andrew, como si estuviera mareado —... no está muerta, ha... ha dejado su cuerpo. Está en el supramundo, eso es todo.

—¿Qué podemos hacer por ella? —susurró Andrew, observando con fijeza los ojos muy abiertos que nada veían.

—En su actual estado físico, no podrá quedarse demasiado —dijo Damon, mientras en su voz se mezclaban la preocupación y la esperanza—. Ni siquiera imaginé que tenía la fuerza suficiente para esto... Pero si la tiene... —No lo dijo en voz alta, pero ambos escucharon lo que no había dicho: *Pero si la tiene, tal vez no esté tan mal como tememos.*

Desplazándose por los grises espacios del supramundo, Calista percibió sus gritos y temores, pero vagamente, como en un sueño. Por primera vez en una eternidad, no sentía dolor. Había dejado atrás su cuerpo torturado, saliendo de él como de una prenda demasiado grande, deslizándose hasta los reinos familiares. Sintió que se formaba en los grises espacios del supramundo, con su cuerpo tibio y calmado y tranquilo como era antes... Se vio envuelta en los translúcidos pliegues de su túnica de Celadora, una leronis, una hechicera. *¿Todavía me veo de esta manera?*, se preguntó, profundamente perturbada. *No soy una Celadora sino una mujer casada, en mente y corazón aunque no en los hechos...*

La vacuidad del mundo gris la asustó. Buscó, casi automáticamente, un punto de referencia, y a cierta distancia, entre la bruma, vio el leve centelleo que era el equivalente de la red energética, en este mundo, de la Torre de Arilinn.

No puedo ir *allí*, pensó, *he renunciado*, aunque con el pensamiento sentía un desesperado anhelo de volver al mundo que había dejado atrás para siempre. Como si ese anhelo hubiera dado vida a una respuesta, vio que el centelleo se hacía más intenso y, casi con la velocidad del pensamiento, se encontró *allí*, dentro del Velo, en su propio retiro secreto, el Jardín de la Fragancia, el Jardín de las Celadoras.

Entonces vio ante ella la forma velada que adquiría consistencia lentamente. No necesitaba ver el rostro de Leonie para reconocerla.

—Mi querida niña —dijo Leonie. Calista sabía que se trataba tan sólo de un tenue contacto del pensamiento, pero tan real era su mutua presencia en este terreno familiar que la voz de Leonie sonaba rica, cálida, más tierna que en la vida real. Sabía que solamente en este plano no físico, Leonie podía arriesgarse a experimentar una emoción de esa clase—. ¿Por qué has acudido a nosotros? Creí que te habías ido para siempre, que estabas fuera de nuestro alcance, *chiya*. ¿O has llegado hasta aquí vagando en sueños?

—No es un sueño, *Kiya*. —La ira la invadió, como si fuera un shock helado que inundara cada uno de sus nervios. La controló, tal como le habían enseñado a hacerlo desde la infancia, ya que la ira de los Alton podía matar. Con voz fría e inquisitiva, que rechazaba la ternura de Leonie, dijo —: ¡Vine a buscarte para preguntarte por qué me diste tu bendición mintiendo! ¿Por qué me mentiste? —Su voz sonaba como un alarido para sus propios oídos—. ¿Por qué me ataste con ligaduras que no puedo romper? ¿Cuando me entregaste en matrimonio, te burlaste de mí? Tú, que no conociste la felicidad, ¿me la niegas también a mí?

Leonie hizo un gesto de dolor, y de dolor también estaba colmada su voz.

—Había supuesto que eras feliz, una esposa, *chiya*.

—¡Sabes muy bien lo que has hecho para lograr que eso sea imposible! ¿Puedes jurarme que no me has neutralizado, tal como se hacía en otras épocas a todas las Damas de Arilinn?

El rostro de Leonie se colmó de horror.

—Los Dioses son testigos, niña, y los objetos sagrados de Hali... no eres neutra. Pero, Calista, eras muy joven cuando entraste en la Torre...

Mientras Leonie hablaba, el tiempo pareció retroceder y Calista se sintió transportada a una época casi olvidada, cuando el pelo se le rizaba a la altura de las mejillas y aún no lo llevaba trenzado como el de una mujer... Sintió una vez más la atemorizada reverencia que había sentido por Leonie antes de que la mujer se convirtiera en su madre, su guía, su maestra, su sacerdotisa...

—Tuviste éxito como Celadora mientras otras seis fracasaban, mi niña. Creí que estabas orgullosa de eso.

—Lo estaba —murmuró Calista, agachando la cabeza.

—Pero me engañaste, Calista; si no, jamás te hubiera permitido irte. Me hiciste creer... aunque no me parecía posible, que ya habías respondido a tu amante, que si no te habías acostado con él había faltado muy poco para que pudieras hacerlo. Y entonces pensé que tal vez yo misma no había tenido éxito, que tal vez tu éxito corno Celadora se había producido porque tú misma *creías* que estabas libre de las cosas que atormentaban a las otras mujeres. Entonces, cuando el amor llegó a tu vida y descubriste en qué lugar se hallaba tu corazón, entonces, como ha ocurrido con muchas Celadoras, ya no te había resultado posible seguir dormida. Y entonces te di mi bendición y te liberé de tu juramento, Pero si no es así, Calista, si no es así...

Calista recordó la furiosa pulla de Damon: *¿Te pasarás la vida contando la ropa blanca y preparando hierbas para el pan especiado, tú que fuiste Calista de Arilinn?* Y Leonie también escuchó mentalmente, el mismo eco.

—Te lo dije antes, querida, y ahora te lo repito otra vez. Puedes volver a nosotros. Un poco de tiempo, un poco de readiestramiento y serías otra vez una de nosotras.

Hizo un gesto, el aire se encrespó, y Calista apareció vestida con el atavío carmesí de Celadora, con ornamentos rituales en la frente y en el cuello.

—Vuelve a nosotros Calista. Vuelve.

—Mí esposo... —dijo ella, con voz desgarrada.

Leonie descartó la objeción con un gesto.

—Los matrimonios entre compañeros libres no significan nada, Calista, una ficción legal mientras no se han consumado. ¿Qué es lo que te ata a ese hombre?

Calista empezó a decir:

—El amor,.. —pero ante la despreciativa mirada de Leonie ni siquiera pudo terminar de pronunciar la palabra.

—Una promesa, Leonie —dijo en cambio.

—Tu promesa a nosotros fue anterior. Naciste para este trabajo, Calista, es tu destino. ¿Recuerdas que diste tu consentimiento para que se te hiciera lo que se te hizo? Eras una entre las siete que vinieron ese año. Seis de las jóvenes fallaron, una tras otra. Ya eran adultas, sus canales nerviosos eran maduros. La limpieza de los canales y el condicionamiento antisexual les resultó demasiado doloroso. Y también estaba Hilary Castamir, ¿recuerdas? Fue Celadora, pero cada mes, durante su período menstrual, padecía convulsiones, y el costo era demasiado alto para ella. Yo estaba desesperada, Calista, ¿recuerdas? Hacía el trabajo de tres Celadoras, y mi propia salud había empezado a resentirse. Y por ese motivo te lo expliqué todo, y tú consentiste...

—¿Cómo podía consentir? —Gritó Calista, desesperada—. ¡Ni siquiera sabía qué era lo que me pedías!

—Sin embargo aceptaste ser entrenada cuando todavía no eras adulta y tus canales estaban, por lo tanto, inmaduros. Y así pudiste adaptarte al entrenamiento con toda facilidad.

—Lo recuerdo —dijo Calista, en voz muy baja.

Se había sentido tan orgullosa por tener éxito donde muchas fracasaban, por ser Calista de Arilinn y ocupar un lugar entre las grandes Celadoras de las leyendas. Recordó el gozo que le causó asumir la dirección de los grandes círculos, sentir que esas enormes presiones fluían sin obstáculos a través de su cuerpo, de aprender y dirigir los enormes anillos de energones...

—Y eras tan joven, que no me pareció probable que alguna vez pudieras cambiar. Fue pura casualidad. Pero, querida, todo puede volver a ser tuyo otra vez. Sólo tienes que decirlo.

—¡No! —Gritó Calista—. ¡No! He devuelto mi juramento...¡No lo quiero!

Y sin embargo, en cierto sentido no estaba del todo segura.

—Calista, yo podría haberte obligado a regresar. Todavía eras virgen, y la ley me permitía requerirte para que regresaras a Arilinn. Hay mucha necesidad, y yo ya soy vieja. Sin embargo, tal como dije, es una carga

demasiado grande para llevarla sin voluntad. Te liberé, niña, a pesar de que soy vieja y esto significa para mí que debo seguir llevando esa carga hasta que Janine tenga edad y fuerza suficientes para este trabajo. ¿Acaso eso te parece un mal deseo, crees que te mentí cuando te di mi bendición y te deseé que pudieras vivir feliz con tu amante? Creí que ya estabas libre. Pensé que al aceptar tu renuncia me sometía ante lo inevitable, que ya eras libre de hecho y que no había motivo para retenerte, atada a tu palabra, y torturarte intentando hacerte regresar, para limpiarte los canales y obligarte a intentarlo otra vez.

—Yo esperaba... creí estar libre... —susurró Calista.

Pudo sentir el horror de Leonie como una cosa tangible.

—Mi pobre niña... ¡qué riesgo asumiste! ¿Cómo podía importarte tanto un hombre, teniendo todo esto ante ti? ¡Calista, querida, vuelve a nosotros! Curaremos todas tus heridas. Regresa al lugar que perteneces...

—¡No!

Fue un grito de renuncia. Como si hubiera reverberado en el otro mundo, pudo oír la voz de Andrew, que gritaba su nombre con dolor.

—Calista, Calista, vuelve con nosotros...

Hubo una breve y aguda conmoción, la conmoción de la caída. Leonie desapareció y el dolor se clavó como flechas en su cuerpo. Se encontró tendida en su cama, y vio el rostro de Andrew, pálido como la muerte, inclinado sobre ella.

—Pensé que esta vez te había perdido para siempre —susurró él.

—Tal vez sería mejor... —murmuró la joven, atormentada.

Leonie tenía razón. Nada me ata a él salvo palabras... y mi destino es ser una Celadora. Por un instante, el tiempo pareció detenerse y se vio protegida por una extraña pared desconocida, que no era la de Arilinn. Atrapó los hilos de fuerza entre sus manos, armó los anillos de energones...

Tendió las manos hacia Andrew, pero instintivamente se replegó. Después, al sentir la pena de él, volvió a tenderle las manos, indiferente al puñal del dolor, a su advertencia.

—Nunca volveré a dejarte —dijo, y se aferró desesperadamente a sus manos.

No puedo regresar. Si no hay ninguna respuesta moriré, pero no regresaré jamás.

Sólo las palabras me atan a Andrew. Y sin embargo... las palabras... las palabras tienen poder. Abrió los ojos, mirando directamente a su esposo, y repitió las palabras que él había pronunciado en la boda.

—Andrew. En los buenos tiempos y en los malos... en la riqueza y en la pobreza... en la salud o la enfermedad... mientras estemos con vida —dijo, y sus manos se cerraron sobre las de él—. Andrew, amor mío, no debes llorar.

OceanofPDF.com

11

Damon sentía que nunca había experimentado tanta frustración como ahora. Leonie había actuado por motivos que, en su momento, le habían parecido lícitos y que él, de alguna manera, podía comprender.

Debía haber una Celadora en Arilinn. Durante toda la vida de Leonie, ésa había sido la consideración principal, y nada podía superarla. Pero no encontraba la forma de explicarle eso a Andrew.

—Estoy seguro de que, si yo estuviera en tu lugar, me sentiría de la misma manera —le dijo. Era ya tarde, de noche, y Calista había caído en un sueño agotado e inquieto, pero al menos dormía, sin drogas, y Damon trató de hallar en ese signo un atisbo de esperanza—. No puedes culpar a Leonie...

—¡Puedo hacerlo y lo hago! —le interrumpió Andrew, y Damon suspiró.

—Trata de comprender. Hizo lo que creyó mejor, no sólo para las Torres sino también para Calista, para ahorrarle todo el dolor y el sufrimiento. Difícilmente podría haber supuesto que Calista desearía casarse... —había empezado a decir «con alguien de otro mundo», pero se interrumpió, aunque por supuesto Andrew captó el pensamiento de todos modos. Un oscuro sonrojo, a medias de indignación, a medias de vergüenza, se extendió en el rostro del terrano. Dio la espalda a Damon, con una expresión cerrada y terca, y Damon suspiró, pensando que todo esto debía arreglarse rápido, pues si no perderían también a Andrew.

La idea resultaba dura, casi intolerable. Desde aquel momento de fusión cuádruple a través de la matriz, cuando Calista todavía estaba prisionera, Damon había encontrado algo que había creído irrevocablemente perdido para él cuando lo despidieron de la Torre: el vínculo telepático de un círculo.

Lo había perdido cuando Leonie le despidió de Arilinn, se había resignado a vivir sin eso y entonces, cuando ya había perdido toda esperanza, había vuelto a encontrarlo en sus dos primas y este extraño... Ahora prefería morir antes de volver a perderlo.

—Leonie hizo esto —dijo con firmeza— por las razones que fueran, buenas o malas, y es la responsable. Calista no está aún lo suficientemente fuerte para que pueda darnos una respuesta. Pero Leonie, y únicamente Leonie, debe tener la clave de lo que ocurre.

Andrew observó la oscuridad, punteada de blanco por la nieve que se extendía más allá de la ventana.

—Eso no es de gran ayuda. ¿A qué distancia de aquí está Arilinn?

—No sé cómo mides la distancia. Nosotros la calculamos como diez días de viaje —dijo Damon—, pero no había pensado ir allí. Haré lo mismo que Calista: la buscaré en el supramundo. —Sus labios rígidos esbozaron una sonrisa sombría—. Ahora que *Dom* Esteban está inválido, y que Domenic todavía no es adulto, yo soy su pariente más próximo. Tengo el derecho y la responsabilidad de pedir a Leonie que me rinda cuentas de lo ocurrido.

Pero ¿quién podía pedirle a una Hastur, Dama de Arilinn, que rindiera cuentas?

—Tengo ganas de ir contigo y montar mi propio escándalo —dijo Andrew.

—No sabrías qué decirle. Te prometo, Andrew, que si hay una respuesta, yo la descubriré.

—¿Y si no hay ninguna?

Damon le dio la espalda, porque ni siquiera quería pensar eso. Calista dormía con inquietud, removiéndose continuamente y gimiendo en sueños. Ellemir cosía en un sillón, frunciendo el ceño con cada puntada, mientras su

rostro brillaba bajo el óvalo de luz de la lámpara. Damon buscó contacto con ella, y sintió la rápida respuesta, un roce de confirmación, de amor. *La necesito conmigo, y debo ir solo.*

—Vamos a la otra habitación, Andrew, aquí las molestaríamos. Tienes que controlarme —dijo mientras se dirigían a la otra habitación y se acomodaba luego en una gran silla, con Andrew a su lado—. Controla...

Se concentró en la matriz, sintió el breve shock al dejar su cuerpo, sintió la fuerza de Andrew mientras flotaba un momento en la habitación... Después se encontró de pie en la planicie gris e informe, viendo con sorpresa que debajo de él, en el supramundo, había un hito, una estructura leve, todavía en sombras. Por supuesto, Dezi, Andrew y él la habían construido como refugio mientras trabajaban con los hombres congelados, era un refugio, una protección. *Mi propio lugar. Ahora y a no tengo otro.* Con firmeza, dejó de lado esa idea, buscando la centelleante luz, como un faro, que era Arilinn. Después, literalmente con la velocidad del pensamiento, se encontró allí, y Leonie ante él, con la cara tapada por un velo.

Había sido tan bella... Una vez más se sintió tocado por el viejo amor, el viejo anhelo, pero se acorazó pensando en Ellemir. Pero ¿por qué Leonie acudía con un velo, ocultándose, ante él?

—Cuando Calista vino supe que no tardarías mucho, Damon. Por supuesto que sé, a grandes rasgos, qué deseas. Pero ¿cómo puedo ayudarte, Damon?

—Lo sabes tan bien como yo. No necesito ayuda para mí, sino para Calista.

—Ella ha fracasado —dijo Leonie—. Yo estaba dispuesta a liberarla... ha tenido su oportunidad, pero ahora ya sabe que éste es el único lugar para ella. Debe regresar con nosotros, a Arilinn, Damon.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Damon—. Creo que antes preferiría morir. Y está muy próxima a la muerte. —Escuchó que su voz temblaba—. ¿Estás diciendo que prefieres verla muerta antes que liberarla, Leonie? ¿El poder de Arilinn es pues el poder de la muerte?

Pudo ver el horror de Leonie como una nube visible, aquí donde las emociones eran una realidad sólida.

—¡Damon, no! —Su voz tembló—. Cuando se libera a una Celadora, es porque ya no se puede lograr que sus canales mantengan la estructura típica de una Celadora, y ya no están lo suficientemente limpios para cumplir con el trabajo psi. Yo creí que eso nunca podría ocurrirle a Calista, pero ella me dijo que así era, y yo accedí a liberarla.

—¡Sabías que tú misma lo habías hecho imposible! —la acusó Damon.

—Yo,.. no estaba segura —dijo Leonie, y sus velos se agitaron en gesto de negación—. Ella me dijo... me dijo que lo había tocado. Había... Damon, ¿qué podía pensar? Pero ahora sabe que no es así. En la época en que las niñas recibían entrenamiento de Celadoras antes de ser adultas, se daba por hecho que la elección era de por vida, y que no había manera de revocarla.

—¿Y tú sabías eso, y aun así hiciste esa elección para Calista?

—¿Qué otra cosa podía hacer, Damon? Debemos tener Celadoras, pues si no nuestro mundo se oscurece con la sombra de la barbarie. Hice lo que debía hacer, y si Calista es mínimamente justa conmigo, admitirá que lo hice con su consentimiento. Y no obstante, Damon escuchó, como un eco de la mente de Leonie, el grito desesperado:

¿Cómo podía consentir? ¡Sólo tenía doce años!

—¿Me estás diciendo que no hay esperanza, entonces? —dijo Damon, furioso—. ¿Que Calista debe regresar a Arilinn o morir de pena?

La voz de Leonie fue insegura; hasta su imagen se hizo borrosa en el mundo gris.

—Sé que alguna vez existió una manera, y que la manera era conocida. Nada del pasado puede ocultarse por completo. Cuando yo misma era joven conocí a una mujer que había sido tratada de esa manera, y me dijo que existía un modo para revertir esta fijación de los canales, pero no me dijo cuál era, y murió antes de que tú nacieras. Ese método era conocido en todas partes en la época en que las Torres eran como templos y las Celadoras sacerdotisas. He dicho toda la verdad —dijo, quitándose el velo de su rostro descarnado—. Si hubieras vivido en esa época, Damon,

hubieras hallado tu verdadera vocación como Celador. Naciste con trescientos años de retraso.

—De poco me sirve eso ahora, parienta —dijo Damon. Se alejó de Leonie, de su rostro, viéndolo emborronarse y cambiar ante él y transformarse a medias en la Leonie que había sido cuando él estaba en la Torre, cuando la amaba, y a medias en la Leonie de hoy, la que había visto en su boda. No quería ver su rostro, deseaba que volviera a cubrirse con su velo.

—En la época de Rafael II, cuando las Torres de Neskaya y Tramontana fueron incendiadas hasta los cimientos, todos los círculos murieron con sus Celadoras. Muchas, muchas de las antiguas técnicas se perdieron entonces, y no todas han sido recordadas o redescubiertas.

—¿Se supone que debo redescubrirlas durante los próximos días? ¡Tienes una extraordinaria confianza en mí, Leonie!

—Las ideas que han existido alguna vez en la mente humana, en cualquier parte del universo, no pueden perderse del todo jamás.

—¡No estoy aquí para tener una discusión filosófica! —respondió él con impaciencia.

Leonie sacudió negativamente la cabeza.

—Eso no es filosofía sino simples hechos. Si una idea ha agitado alguna vez la materia de la que está hecho el universo, esa idea permanece, indeleble, y puede ser recuperada. Hubo una época en la que estas cosas se sabían, y la textura del tiempo permanece...

Su imagen se difuminó, se estremeció como un estanque al que se arrojara una piedra, y desapareció. Damon, solo otra vez en el interminable e informe mundo gris, se preguntó: *¿Cómo, en nombre de todos los Dioses, puedo cuestionar la textura del tiempo?* Y por un instante vio, como desde una altura enorme, la imagen de un hombre vestido de verde y oro, con el rostro semioculto, y nada claro para los ojos de Damon, salvo un gran anillo centelleante que llevaba en un dedo. ¿Un anillo o una matriz? Empezó a moverse, a ondular, a emanar grandes olas de luz, y Damon sintió que su conciencia se atenuaba, desvaneciéndose. Se aferró a la matriz que llevaba en el cuello, tratando desesperadamente de orientarse en el supramundo

gris. La imagen desapareció, y volvió a hallarse solo en el vacío, en la nada sin formas. Percibió apenas, en el horizonte, la forma vaga que marcaba su propio hito, el que ellos habían construido allí. Con absoluto alivio, sintió que sus pensamientos le llevaban en esa dirección, y súbitamente se encontró de vuelta en su habitación de Armida, donde Andrew se inclinaba, con ansiedad, sobre él.

Parpadeó, tratando de coordinar sus desperdigadas impresiones. *¿Encontraste una respuesta?* Captó la pregunta en la mente de Andrew, pero todavía no lo sabía. Leonie no había prometido ayudar, liberar a Calista de su atadura, en cuerpo y mente, a la Torre. No podía hacerlo. En el supramundo, no podía mentir ni tampoco ocultar sus intenciones. Quería que Calista regresara a la Torre. Sentía instintivamente que Calista había tenido ya su oportunidad, y había fracasado. Sin embargo, tampoco podía ocultar que había una respuesta, y que esa respuesta debía hallarse en las profundidades del tiempo. Damon se estremeció por el frío mortal que parecía concentrarse en sus huesos, arropándose con la sobretúnica que le cubría los hombros. ¿Era ésa la única manera?

En el supramundo, Leonie no podía mentir directamente. Sin embargo, él percibía que tampoco le había dicho toda la verdad, porque él no sabía dónde buscar toda la verdad, y había muchas cosas que la mujer le ocultaba. Pero ¿por qué? ¿Por qué tenía necesidad de ocultarle algo? ¿Acaso no sabía que Damon siempre la había amado, que todavía —que los Dioses le ayudaran— la amaba, y que nunca haría nada que pudiera dañarla? Dejó caer el rostro entre las manos, tratando desesperadamente de rehacerse. No podía ver a Ellemir en este estado. Sabía que su pena y su confusión estaban dañando a Andrew, y Andrew ni siquiera comprendía cómo.

Una de las cortesías básicas de un telépata, recordó, era enfrentarse con la propia desdicha para evitar que también todos los demás se sintieran desdichados... Al cabo de un momento logró calmarse y volver a establecer sus barreras. Alzó el rostro hacia Andrew.

—Creo que tengo un indicio de la respuesta. No la respuesta completa, pero si tenemos tiempo, tal vez pueda conseguirla. ¿Cuánto tiempo estuve afuera?

Se puso de pie y fue hasta la mesa, donde aún quedaban restos de la cena, y se sirvió una copa de vino que sorbió lentamente, dejando que le calentara y le calmara.

—Horas —dijo Andrew—. Debe ser más de medianoche.

Damon asintió. Conocía el efecto telescópico-temporal de esos viajes. El tiempo, en el supramundo, parecía transcurrir en una escala diferente que ni siquiera era constante, sino algo completamente diferente, de modo que a veces una breve conversación podía llevar horas, y otras veces un viaje prolongado que subjetivamente parecía durar días pasaba tan rápido como un abrir y cerrar de ojos.

Ellemir apareció en la puerta, diciendo con ansiedad:

—Bien, todavía estáis despiertos. Damon, ven a ver a Calista, no me gusta la manera en que gime en sueños.

Damon dejó la copa de vino, se apoyó con ambas manos en la mesa. Fue a la otra habitación. Calista parecía dormida, pero tenía los ojos semiabiertos, y cuando Damon la tocó hizo un gesto de dolor, evidentemente consciente del roce, pero sin conciencia en la mirada. La expresión de Andrew se hizo sombría.

—¿Qué le ocurre ahora, Damon?

—Una crisis. Esto es lo que temía —dijo Damon—, pero creía que sobrevendría la primera noche. —Rápidamente, desplazó los dedos sobre el cuerpo de la joven, sin tocarla—. Elli, ayúdame a darle la vuelta. No, no la toques, ella es consciente de ti aun durante el sueño.

Ellemir le ayudó a darle la vuelta, compartiendo con él el momento de consternación al quitarle las mantas de encima. ¡Cuánto había adelgazado! Revoloteando celosamente cerca de las líneas de luz que brotaban del cuerpo de Calista, Andrew vio las oscuras y desvaídas corrientes. Pero Damon sabía que no acababa de comprenderlo.

—Sabía que debía limpiarle los canales inmediatamente —dijo Damon, con furia y desesperanza. ¿Cómo podría lograr que Andrew comprendiera? Intentó, sin mucha esperanza, expresarlo con palabras:

—Necesita alguna clase de... de vaciado de la sobrecarga de energía. Los canales están bloqueados y la energía se acumula... se filtra, si te

parece, en todo el resto de su sistema, y está empezando a afectar sus funciones vitales: el corazón, la circulación, la respiración. Y antes de que pueda...

Ellemir soltó un súbito suspiro de temor. Damon vio que el cuerpo de Calista se ponía rígido y se arqueaba hacia atrás mientras la joven emitía un extraño grito. Durante varios segundos un estremecimiento, un temblor convulsivo agitó todos sus miembros, y luego cayó inerte, inmóvil.

—¡Dios! —Exclamó Andrew—. ¿Qué fue eso?

—Una convulsión —dijo escuetamente Damon—. Eso era lo que temía. Significa claramente que ya no tenemos tiempo. —Se agachó para controlarle el pulso y comprobar la respiración.

—Sabía que debía limpiarle los canales.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Andrew.

—Te lo dije: no tengo *kirian* para darle, y sin él no sé si Calista podría soportar el dolor.

—Hazlo ahora que está inconsciente —dijo Andrew, y Damon negó con la cabeza.

—Tiene que estar despierta para poder cooperar conscientemente conmigo, pues de otro modo puedo causarle un serio daño. Y... y ella no desea hacerlo —dijo finalmente.

—¿Por qué?

Después de una pausa, Damon respondió, reticente:

—Porque si limpio sus canales ella recuperará su estado normal, el estado normal de una Celadora, con los canales completamente separados de los de una mujer normal... limpios para la fuerza psi, y fijados de esa manera. Igual que antes de irse de la Torre. Sería completamente indiferente a ti, incapaz de reaccionar sexualmente. De vuelta al punto de partida.

Andrew exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué alternativa hay?

—Me temo que ninguna, ahora —dijo Damon escuetamente—. Así no puede vivir mucho tiempo más.

Tocó brevemente la fría mano de la joven y luego fue a su cuarto, donde guardaba la provisión de remedios y hierbas que había estado utilizando.

Vaciló, eligió finalmente un pequeño tubo, regresó, lo destapó y vertió el líquido entre los exangües labios de Calista, sosteniéndole la cabeza para que lo tragara.

—¿Qué es eso? ¿Qué le estás dando, maldición?

—Impedirá que tenga otra convulsión —dijo Damon—, al menos durante el resto de la noche. Y mañana... —Pero no terminó la oración. Ni siquiera cuando trabajaba regularmente en la Torre le había gustado limpiar los canales. No le agradaba infligir dolor, no quería enfrentar a Calista con la dura idea de que debía sacrificar todos los progresos que había hecho en su maduración y volver al estado que le había impuesto Leonie, sin respuesta, inmadura, neutra. Se alejó de Calista para lavar y volver a llenar el tubo, tratando de tranquilizarse. Se sentó en la otra cama, mirando apenado a Calista mientras Ellemir se sentaba a su lado. Andrew seguía arrodillado junto a su esposa, y Damon pensó que debía alejarle, porque incluso dormida, Calista era consciente de su presencia, y sus canales reaccionaban ante su presencia física, aunque la mente no lo hiciera. Por un momento le pareció ver a Andrew y a Calista en campos magnéticos unidos, enlazados, corriendo el uno hacia la otra, asiendo e intercambiando polaridades. Pero allí donde las energías deberían reforzarse entre sí, todas las fuerzas se arremolinaban concentrándose en Calista, drenando su fuerza, incapaces de fluir con libertad. Y ¿qué le ocurría a Andrew? También él perdía fuerza. Con violencia, Damon eliminó esa percepción, obligándose a volver a la superficie, a ver a Calista tan sólo como una mujer desesperadamente enferma que había quedado postrada después de una convulsión, y a Andrew simplemente como un hombre preocupado, atado a ella por el temor y la desesperación.

Supo que Leonie lo había despedido de la Torre por cosas como ésta. Había dicho que él era demasiado sensible, que lo destruirían, recordó, y entonces, por primera vez en su vida, se rebeló. Su sensibilidad debería haber sido una fuerza, no una debilidad. Debería haberlo hecho todavía más valioso para ellas. Ellemir se sentó a su lado. Damon extendió una mano hacia ella aunque, a pesar de toda su angustiosa necesidad, hacía mucho que no les había unido el acto amoroso. Pero la larga disciplina de un mecánico

de matrices se mantuvo en su mente. No se le ocurrió que podía quebrantar el hábito. La atrajo hacia sí, la besó suavemente y le dijo:

—Tengo que ahorrar mis fuerzas, mañana será un día muy exigente. De otro modo...

Depositó un beso en la palma de la mano de la joven, como un recuerdo privado y una promesa.

Ellemir percibió que él fingía una alegría y una confianza que en realidad no sentía, y por un momento la indignó que Damon creyera que ella no lo sabía, o que pensara que podía fingir o mentirle. Entonces advirtió la dura disciplina que se ocultaba detrás de ese optimismo, la rígida cortesía de un trabajador telepático. Otorgar cualquier tipo de reconocimiento mental a ese miedo sólo lo reforzaría, crearía una suerte de retroalimentación positiva, que los haría girar en un perpetuo caos de desesperación. Con un atisbo de cinismo, la joven pensó que estaba recibiendo duras lecciones acerca de lo que significaba estar tan estrechamente vinculada a un telépata en actividad. Pero su amor y su preocupación por Damon eran más grandes. Sabía que él no deseaba compasión, sino que su mayor necesidad, ahora, era la de liberarse de la preocupación de tener que compensar el miedo *de ella*.

Debía cargar con su propio miedo, se advirtió a sí misma. No podía cargárselo a Damon. Le tomó la mano y se inclinó para devolverle el beso.

Agradecido, él la atrajo hacia sí, sosteniéndola con su brazo, en un contacto consolador que nada pedía a cambio.

Andrew los miró desde donde se hallaba, arrodillado junto a Calista, y Damon percibió sus emociones: miedo por Calista, pavor, incertidumbre —*¿Verdaderamente Damon puede ayudarla?*—, tristeza al pensar que la joven volvería a ser íntegramente una Celadora, si todos sus canales quedaban limpios como durante el condicionamiento. Y, al ver a Ellemir junto a Damon, arrebujada en sus brazos, sintió una confusión que en realidad no eran celos verdaderos. Calista y él nunca habían tenido eso... La compasión de Damon por Andrew fue tan profunda que tuvo que ahogarla, asfixiarla para que no lo desgarrara y le quitara fuerzas para lo que debía hacer al día siguiente.

—Quédate cerca de Calista. Llámame si hay algún cambio, por pequeño que sea —dijo, y Andrew acercó una silla a la cama de la joven y se agachó sobre ella, sosteniéndole con cuidado una mano.

Pobre diablo, pensó Damon, ahora ni siquiera puede perturbarla. Ella está ya demasiado lejos, pero él tiene que sentir que está haciendo algo por ella, o se derrumbará. Y desapareció el consuelo que le trasmitía la presencia cercana de Ellemir. Con rígida disciplina, se obligó a relajarse, a tenderse en silencio a su lado, a aflojar los músculos y a flotar en el estado de calma que necesitaba para lo que tendría que hacer.

Finalmente, flotando, se durmió. Hacía rato que había amanecido cuando Calista se movió y abrió los ojos, confundida.

—¿Andrew?

—Aquí estoy, amor. —Le apretó la mano—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, creo. —No podía sentir ningún dolor. En algún momento, mucho tiempo atrás, alguien le había dicho que eso era un mal signo. Pero después de todo el sufrimiento de los últimos días, se sentía agradecida—. Aparentemente, he dormido mucho tiempo, y Damon se preocupaba porque no lo hacía.

¿Ni siquiera sabía que había estado drogada? En voz alta, él le dijo:

—Iré a llamar a Damon —y se marchó.

En la otra cama, Damon estaba tendido abrazando a Ellemir con un solo brazo. Andrew volvió a sentir la cruel puñalada de la envidia y el dolor. Se les veía tan seguros, tan felices el uno con el otro. ¿Alguna vez tendrían algo así Calista y él? Tenía que creer que sí, o moriría.

Se abrieron los azules ojos de Ellemir. Le sonrió, y Damon se despertó instantáneamente al sentir que la joven se había movido.

—¿Cómo está Calista?

—Parece que mejor.

Damon le miró con escepticismo, se levantó y fue junto a Calista. Al seguirle, de pronto Andrew la vio a través de los ojos de Damon: pálida y demacrada, con los ojos profundamente hundidos en sus cuencas.

—Calista —dijo Damon con suavidad—, tú sabes tan bien como yo lo que tenemos que hacer. Eres una Celadora, muchacha.

—¡No me llames así! —estalló ella—. ¡Nunca más!

—Sé que has sido liberada de tu juramento, pero un juramento es tan sólo una palabra, Calista. Te lo recuerdo, no hay otro camino. No puedo asumir la responsabilidad...

—¡No te he pedido que lo hagas! ¡Soy libre!

—Libre para morir —dijo brutalmente Damon.

—¿No crees que preferiría morir? —dijo ella, y por primera vez desde aquella noche, rompió a llorar. Damon la observó con el rostro impasible como una piedra, pero Andrew la tomó en brazos, estrechándola contra él en un gesto protector.

—¡Damon, qué demonios crees que le estás haciendo!

El rostro de Damon se sonrojó de ira.

—¡Maldición, Calista —dijo—, estoy cansado de que me traten como un monstruo que se interpone entre ambos! ¡Me he agotado tratando de protegeros a los dos!

—Lo sé —sollozó ella—, pero no puedo soportarlo. ¡Sabes lo que todo esto nos está haciendo a Andrew y a mí, nos está matando!

Andrew notó que las manos de la joven temblaban mientras ella se le aferraba y él la acunaba, acunaba su cuerpo frágil como el de una criatura. Desde alguna parte, le pareció verla como una extraña red de luz, una especie de red energética eléctrica. ¿De donde procedía esa extraña percepción? Andrew sentía que su cuerpo ya no parecía real, sino que temblaba en el vacío, y que también él era tan sólo una frágil red de energías eléctricas que chispeaban y centelleaban mientras le invadía una debilidad mortal, creciente...

Ahora tampoco podía ver a Damon... también él se había perdido detrás de las arremolinadas redes de energía. No, Damon fluía, cambiante, encendiéndose de ira, con un opaco color rojo, como el de un horno. Andrew ya le había visto así cuando se había enfrentado con Dezi. Como todos los hombres de fuerte temperamento, cuya furia estallaba con la misma rapidez con que se apaciguaba, Andrew quedó consternado y horrorizado al ver el profundo centelleo rojo como un horno de Damon. Vagamente supo, detrás de los cambiantes colores de las energías eléctricas,

que el hombre-Damon caminaba hacia la ventana y se quedaba allí, dándoles la espalda, contemplando la tormenta de nieve mientras luchaba para controlar su ira. Andrew podía sentir su furia interna, del mismo modo que sentía el dolor de Calista, la confusión de Ellemir. Luchó para lograr que todos ellos se volvieran sólidos otra vez, que fueran otra vez consistentes y humanos, no confusos remolinos de imágenes eléctricas. ¿Qué era real?, se preguntó. ¿Acaso eran tan sólo masas de energías que giraban, campos energéticos y átomos que se movían en el espacio? Se debatió para conservar las percepciones humanas, a través del contacto febril y frenético de Calista. Deseaba ir hasta la ventana... Fue hasta la ventana y tocó a Damon... No se movió, retenido por el peso de Calista en su regazo. Luchando por recuperar el habla, dijo, en tono convincente:

—Damon, nadie cree que seas un monstruo. Calista hará lo que te parezca mejor. Los dos confiamos en ti, ¿verdad, Calista?

Haciendo un esfuerzo, Damon logró controlar su ira. Era raro en él que dejara que le dominara aunque sólo fuera por un momento. Se sintió avergonzado. Finalmente se acercó a ellos y dijo suavemente:

—Andrew tiene derecho a intervenir en tu decisión, Calista. No puedes seguir haciéndonos esto a todos. Si fuera solamente decisión tuya... —Se interrumpió, alarmado—: ¡Andrew, déjala, rápido!

Calista se había desmayado en brazos de Andrew. Estremecido por el temor que percibió en la voz de Damon, Andrew no protestó cuando el otro le quitó a Calista del regazo y la depositó en la cama. Con un gesto, indicó a Andrew que se alejara. Perplejo, resentido, Andrew obedeció. Damon se inclinó sobre la joven.

—¿Lo ves? —le dijo—. No, no vuelvas a llorar, no tienes fuerzas suficientes. ¿No sabes que tuviste una crisis anoche? Tuviste una convulsión. Te di un poco de *raivannin*... Tú sabes tan bien como yo lo que eso significa, Cal.

Ella apenas si tenía fuerza como para hablar en un susurro.

—Creo... que todos estaríamos mejor...

Damon le tomó suavemente las muñecas, unas muñecas tan delgadas que incluso las manos de Damon, que no eran grandes, las podían abarcar.

Sintiendo la mirada resentida de Andrew, dijo con cansancio:

—No tiene fuerzas ni para soportar otra convulsión.

—¿También eso es culpa mía? —dijo Andrew, ya sin capacidad de resistencia—. ¿Siempre será peligroso que yo la toque?

—No culpes a Andrew, Damon... —La voz de Calista fue tan sólo un hálito—. Fui yo la que quiso...

—¿Lo ves? —Dijo Damon—. Si estás lejos de ella, quiere morir. Si te dejo tocarla, su tensión física empeora. Aparte de la tensión emocional, que os está destrozando, físicamente ya no puede soportar más. Hay que hacer algo rápido, antes de...

—Se interrumpió, pero todos sabían qué era lo que no había dicho: antes de que padezca otra convulsión, y no podamos controlarla.

—Sabes qué es lo que hay que hacer, Calista, y sabes cuánto tiempo tienes para decidirte. Maldición, Cal, ¿crees que quiero atormentarte cuando te hallas en este estado? Sé que físicamente estás en el mismo estado de una niña de doce años, pero *no* eres una niña... ¿por qué no dejas de comportarte como si lo fueras? ¿De alguna manera no puedes conseguir comportarte como la adulta profesional que te enseñaron a ser? ¡Acaba con tu conducta emocional! ¡Debemos enfrentarnos con un hecho físico! Eres una Celadora...

—¡No lo soy! ¡No lo soy! —jadeó ella.

—¡Demuestra al menos un poco del valor y del buen sentido que aprendiste! Estoy avergonzado de ti. Tu círculo se avergonzaría de ti. Leonie se avergonzaría...

—Maldición, Damon —empezó a decir Andrew, pero Ellemir, con los ojos centelleantes, le tomó del brazo.

—No te metas en esto, tonto —le susurró—. ¡Damon sabe lo que hace! ¡Lo que está en juego es la vida de ella!

—Tienes miedo —le dijo Damon, provocándola—, ¡tienes miedo! ¡Hilary Castamir no tenía todavía quince años, pero soportó que le limpiaran los canales cada cuarenta días durante más de un año! ¡Y tú tienes miedo de que yo te toque!

Calista yacía cobre sus almohadas, inmóvil bajo la presión de Damon, con el rostro mortalmente pálido cuando sus ojos empezaron a brillar con una llama poderosa que ninguno de ellos había visto antes. Su voz, a despecho de la debilidad, temblaba con una furia tal que sonó como un grito.

—¡Tú...! ¡Tú te atreves a hablarme de ese modo, tú a quien Leonie despidió de Arilinn gimiendo como un cachorro, porque no tenías el valor necesario! ¿Quién te crees que eres para hablarme de este modo?

Damon se incorporó, liberándola como si, pensó Andrew, tuviera miedo de estrangularla si no se alejaba de ella. Otra vez estaba rodeado de ese oscuro resplandor rojo, como el de un horno. Andrew apretó los puños hasta ver la sangre debajo de las uñas, tratando de impedir que todos ellos volvieran a desintegrarse en arremolinados campos energéticos.

—¿Que quién soy? —gritó Damon—. ¡Soy tu pariente más cercano, y soy tu técnico, y sabes muy bien qué más soy! Y si no logro que seas razonable, si no usas tus conocimientos y tu sentido común, te juro, Calista de Arilinn, que haré que traigan a *Dom* Esteban para que ensayes con él tus rabietas. Si tu esposo no consigue que te comportes como debes, y si tampoco lo consigo yo, como técnico, entonces, muchacha, ¡arréglate con tu padre! Es viejo, pero todavía es Lord Alton, y sí le explico...

—¡No te atreverías! —dijo ella, pálida de furia.

—Pruébalo —replicó Damon, volviéndole la espalda y manteniéndose firme, ignorándolos a todos. Andrew se quedó en su sitio, incómodo, paseando la mirada desde la espalda de Damon hasta el rostro de Calista, pálido y furioso sobre la almohada, aferrada a su conciencia solamente gracias a esa misma furia. ¿Alguno de los dos cedería, o ambos quedarían encerrados en esa terrible lucha hasta que alguno de ellos muriera? Captó un pensamiento al azar de... ¿Ellemir? que afirmaba que la madre de Damon era una Alton, y que él también tenía el don de Alton. Pero Calista era la más débil, y Andrew sabía que no podría sostener durante demasiado tiempo esa furia que estaba destruyéndoles a todos. El debía acabar con esto, y rápido. Ellemir estaba equivocada. Damon no podría hacerla ceder de ese modo, ni siquiera para salvarle la vida.

Fue hacia Calista y volvió a arrodillarse junto a ella.

—¡Querida, haz lo que Damon te pide! —le rogó.

—¿Acaso te dijo que eso significaría... que yo ya no podría.... que perderíamos incluso lo poco que hemos tenido hasta ahora? —susurró ella, mientras su furia se desmoronaba y él podía ver la terrible pena que había detrás.

—Me lo dijo —contestó Andrew, intentando demostrar, desesperadamente, un poco de la dolorosa ternura que había consumido cualquier otro sentimiento—. Pero, querida, empecé a amarte antes de haberte visto. ¿Crees que tu cuerpo es todo lo que deseo de ti?

Damon se volvió con lentitud. Su ira había desaparecido. Les miró con una lástima profunda y angustiosa, pero su voz fue dura.

—¿Tienes el valor necesario, Calista?

Ella suspiró.

—¿Valor? ¡Oh, Damon, no es eso lo que me falta! Pero ¿con qué objeto? Dices que salvarás mi vida. Pero ¿vale la pena conservar esta vida? Y os he involucrado a todos. Ahora preferiría morirme antes de que todos sufráis lo mismo que yo.

Andrew quedó atónito ante la insondable desesperación que se traslucía en su voz. Hizo el gesto de abrazarla una vez más y recordó entonces que el menor roce la ponía en peligro. Se quedó paralizado, inmovilizado por la angustia. Damon se acercó y se arrodilló a su lado. No tocó a Calista tampoco, pero de cualquier manera contactó con ella, con ambos, y los acercó. El lento y suave pulso, el flujo y el reflujo de los ritmos combinados, desnudos en la oscuridad móvil, los reunió estrechamente en una intimidad mayor que la del acto amoroso.

—Calista, si se tratara tan sólo de tu decisión —dijo Damon, en un susurro—, te dejaría morir. Pero te has convertido en una parte de nosotros, y no puedo dejarte morir.

Y de uno de ellos, Andrew nunca supo de cuál, emanó el pensamiento que se desplazó por el vínculo múltiple del círculo: *Calista, mientras tengamos esto, vale la pena seguir viviendo, con la esperanza de que hallaremos la manera de tener todo lo demás.*

Como si emergiera de una profunda zambullida, Andrew recuperó su conciencia aparte. Los ojos de Damon se cruzaron con los de él, y Andrew no eludió la intimidad de la mirada. Los ojos de Calista estaban tan dilatados por el dolor que parecían negros en su rostro pálido, pero sonrió, moviéndose un poco contra el brazo del hombre.

—Está bien, Damon. Haz lo que debes hacer. Ya os he... ya os he herido lo suficiente a todos. —Su respiración se agitó y ella pareció debatirse por conservar la conciencia. Ellemir le dio un leve beso en la frente.

—No trates de hablar. Nosotros comprendemos.

Damon se incorporó y salió del cuarto, llevándose a Andrew.

—Maldición, esto es trabajo para una Celadora. Existieron Celadores en algún momento, pero yo no tengo el entrenamiento. —

No quieres hacerlo, ¿verdad Damon?

—¿Quién querría hacerlo? —Su voz temblaba de manera incontrolable —. Pero no se puede hacer otra cosa. Si vuelve a sufrir más convulsiones tal vez no termine el día. Y si sobrevive, es probable que el daño cerebral sea tan grande que no vuelva a reconocernos siquiera. La sobrecarga de todas las funciones vitales...pulso, respiración,... y si se deteriora más... bueno, es una Alton. —Sacudió la cabeza con desesperación—. Lo que te hizo a ti sería nada comparado con lo que podría hacernos a todos si su mente dejara de funcionar y ella creyera que le estamos haciendo daño. —Se estremeció de miedo—. Tengo que hacerle tanto daño. Pero debo hacerlo mientras esté consciente y en condiciones de controlarse y cooperar de manera inteligente.

—¿De qué tienes miedo? No puedes hacerle verdadero daño... ¿verdad?, si usas, ¿qué es?, ¿la fuerza psi?, para limpiarle los canales. Ni siquiera son físicos, ¿verdad?

Damon cerró los ojos por un momento, en un movimiento involuntario, casi espasmódico.

—No la mataré —dijo—. Sé lo suficiente para no hacerlo. Aunque por eso mismo ella debe estar consciente. Si yo calculara mal, podría dañar algún nervio, y están centrados alrededor de los órganos reproductivos. Podría hacerle suficiente daño como para perjudicar sus posibilidades de

tener un niño, y ella sabe mejor que yo dónde están los nervios principales. —

En nombre de Dios —dijo Andrew en un susurro—, ¿no puedes hacerlo mientras ella está inconsciente? ¿Qué *importa* que no pueda tener un niño?

Damon lo miró consternado de horror.

—¡No estarás hablando en serio! —dijo desesperadamente, aunque comprendiendo el dolor de su amigo—. Calista es Comyn, tiene *laran*. Cualquier mujer preferiría morir antes de arriesgarse a *eso*. ¡Se trata de tu esposa, no de una mujer de la calle!

Ante el sincero horror de Damon, Andrew quedó en silencio, tratando de ocultar su absoluto desconcierto. Había vuelto a pisotear algún otro tabú darkovano. ¿Aprendería alguna vez?

—Lamento haberte ofendido, Damon —dijo rígidamente.

—¿Ofenderme? No exactamente, pero sí... sí me has sorprendido. —Damon estaba perplejo. ¿Acaso Andrew no creía que eso era la cosa más preciosa que ella podía darle, la herencia, el clan? ¿Su amor era tan sólo deseo egoísta? Volvió a quedar perplejo. No, pensó, Andrew había soportado demasiadas cosas por ella, no se trataba de simple egoísmo. Finalmente pensó, desesperado: *Le aprecio, pero ¿le comprenderé alguna vez?*

Andrew, atrapado en las emociones del otro, se acercó y con incomodidad, apoyó una mano sobre el hombro de Damon.

—Me pregunto si... —dijo vacilante, en voz alta—... ¿alguna vez alguien entiende a alguien? Estoy intentándolo, Damon. Dame tiempo.

La reacción normal de Damon hubiera sido abrazar ¿Andrew, pero se había acostumbrado a que el otro rechazara, incómodo esos gestos naturales. También habría que hacer algo al respecto de eso.

—Acabamos de ponernos de acuerdo al menos en un punto, hermano: ambos deseamos lo mejor para Calista. Volvamos con ella.

Andrew regresó al lado de Calista. A pesar de todo, antes hubiera creído que Damon *debía* estar exagerando. Eran cosas psicológicas, ¿cómo podían tener un verdadero efecto físico? Ahora sabía que Damon estaba en lo cierto. Calista se estaba muriendo. Con un estremecimiento de miedo

advirtió que la joven ya no intentaba mover la cabeza, aunque sus ojos se movieron.

—Damon, júrame que después habrá una manera de que... de que vuelva a la normalidad...

—Lo juro, *breda* —y la voz de Damon fue tan firme como sus manos, pero Andrew pudo ver que luchaba por controlarse. Calista, sin embargo, parecía tranquila.

—No tengo *kirian*, Calista.

Andrew pudo sentir el miedo en ella.

—Puedo arreglarme sin kirian —dijo—. Haz lo que tengas que hacer.

—Calista, si quieres arriesgarte a eso... ¿tienes flores de kireseth?

Ella hizo un débil gesto negativo. Damon ya sabía que no accedería: el tabú era absoluto entre los que tenían entrenamiento de Torre. Sin embargo, hubiera preferido que fuera menos escrupulosa, menos consciente.

—Dijiste que tratarías... —dijo la joven.

El asintió, extrayendo un frasquito.

—Es una tintura. Filtré las impurezas, y disolví las resinas en vino —dijo—. Tal vez sea mejor que nada.

Ella se rió sin hacer ruido, casi como un suspiro. Andrew, al verla, se maravilló de que todavía pudiera reírse.

—Sé muy bien que no es esa tu mayor habilidad, Damon. Lo tomaré, pero déjame probarlo primero. Si no es la resina adecuada... —Olió cautelosamente el frasco, probó unas gotas y dijo finalmente—: Es seguro. Lo intentaré, pero... —Pensó para agregar, finalmente, mostrando una mínima distancia entre el pulgar y el índice—: Sólo una cantidad así, pequeña.

—Necesitarás mucho más, Calista. No podrás soportar el dolor —protestó Damon.

—Tengo que estar completamente consciente con respecto a los centros más bajos, y a los nervios troncales. Los principales nódulos de descarga están sobrecargados así que tal vez tengas que hacer un reordenamiento.

Andrew sintió un escalofrío de horror ante el tono distanciado, clínico, de la voz de ella, que había hablado como si su propio cuerpo fuera una

especie de máquina que funcionaba mal, como si sus propios nervios no fueran más que piezas defectuosas. ¡Qué cosa tan infernal, hacerle eso a una mujer!

Damon le alzó la cabeza y se la sostuvo mientras Calista tomaba la dosis convenida. Se detuvo precisamente en la cantidad indicada cerrando la boca con obstinación.

—No, no, basta, Damon, conozco mis límites.

—Va a ser mucho más duro que cualquier otra cosa que te hayan hecho antes —le advirtió él, con tono inexpresivo.

—Lo sé. Si tocas el nódulo demasiado cerca de... —Andrew no pudo comprender el término que ella utilizó—... puedo tener otra crisis.

—Seré muy cuidadoso. ¿Cuántos días hace que dejaste de sangrar completamente? ¿Sabes a qué profundidad tendré que trabajar?

Ella esbozó una sonrisa.

—Lo sé. Limpié dos veces los canales de Hilary, y yo tengo más sobrecarga de la que ella tuvo nunca. Todavía hay un residuo...

Damon percibió la expresión horrorizada de Andrew.

—¿De veras quieres que él se quede aquí, querida? —le preguntó a Calista.

—Tiene derecho —dijo ella, y le apretó la mano.

La voz de Damon fue tan tensa que sonó áspera, pero Andrew, que aún seguía en contacto con su amigo, supo que se trataba solamente de tensión interna.

—No está habituado a esto, Calista. Sólo se dará cuenta de que estoy haciéndote mucho daño.

¡Dios!, pensó Andrew. ¿Tendría que seguir viendo cómo Calista sufría? Pero dijo tan sólo:

—Me quedaré si me necesitas, Calista.

—Si yo estuviera dando a luz a su hijo, él permanecería aquí, en contacto telepático conmigo, y tendría que compartir conmigo un dolor mayor que éste.

—Sí —dijo Damon con suavidad—, pero si se tratara de eso... ¡y por el Señor de la Luz, cómo me gustaría que así fuera!, podrías apoyarte en él y

usar su fuerza tanto como necesitaras Pero ahora, y tú lo sabes, Calista, tendría que prohibirle que te tocara, en cualquier caso. Y también que tú establecieras contacto con él. Permítele que se vaya.

Ella estuvo a punto de rebelarse otra vez, pero sintiendo, en su desdicha, el miedo de Damon, su deseo desesperado de no hacerle daño, alzó una mano, con una especie de dolorida sorpresa, y le tocó la cara.

—Pobre Damon —dijo en un susurro—. Odias tener que hacer esto, ¿verdad? ¿Si le digo que se vaya te resultará más fácil?

Damon asintió con un gesto, ya que no confiaba en sí mismo y no podía hablar. Ya le resultaba suficientemente difícil infligir dolor como para tolerar además las reacciones de otros que no tenían ni la menor idea de lo que estaba haciendo.

Con decisión, Calista miró a Andrew.

—Márchate, amor. Ellemir, llévatelo. Esto es un asunto para técnicos psi capacitados, y aunque tengas la mejor voluntad del mundo, no puedes ayudar, y tal vez perjudiques la tarea.

Andrew sintió una mezcla de dolor y alivio —si ella podía soportarlo, él debía ser lo suficientemente fuerte para compartirlo—, pero sintió que Damon agradecía la decisión de Calista. Percibía el esfuerzo que estaba haciendo Damon para crear en sí mismo la misma actitud clínica, poco emocional, que Calista trataba de demostrar. Con una mezcla de horror y culpa, de vergüenza y alivio, se incorporó rápidamente y salió de la habitación.

Detrás de él, Ellemir vaciló, mirando a Calista, preguntándose si las cosas no serían más fáciles si ambas podían compartirlas por medio del contacto telepático. Pero le bastó echar una mirada a Damon para decidirse. Esto ya era suficientemente malo para él. Si debía infligírselo también a su esposa, todo sería peor. Deliberamente, rompió el contacto que aún quedaba entre los tres, y sin volverse para ver qué efecto les hacía a los dos que quedaban —aunque pudo percibirlo, un alivio tan grande casi como el que había experimentado Andrew—, le siguió rápidamente al vestíbulo de la suite. Cuando le alcanzó, él ya estaba en el pasillo.

—Creo que necesitas una copa. ¿Qué te parece?

Lo llevó a la sala de la suite y rebuscó en un armario hasta encontrar una botella cuadrada, de cerámica, y un par de copas. Sirvió, captando los pensamientos inculpatorios de Andrew: *Aquí estoy disfrutando una copa y sólo Dios sabe lo que estará pasando Calista en este momento.*

Andrew tomó la copa que ella le alcanzaba y bebió. Había esperado que fuera vino, pero en cambio se traba de un licor fuerte, feroz, muy concentrado. Tomó un sorbo.

—No quiero emborracharme —dijo con tono vacilante.

Ellemir se encogió de hombros.

— ¿Por qué no? Tal vez sea lo mejor que puedes hacer.

¿Emborracharme? ¿Con Calista..,?

Los ojos de Ellemir se cruzaron con los de él.

—Precisamente por eso —dijo—. Eso le da a Damon la seguridad de que no interferirás y le dejarás hacer lo que tiene que hacer. Odia tener que hacerlo —agregó, y la tensión de su voz hizo que Andrew advirtiera que la joven estaba tan preocupada por Damon como por Calista.

—No tanto —dijo ella, pero su voz tembló—. No de la misma... no de la misma manera. No podemos ayudar, todo lo que podemos hacer es... no interferir. Y no estoy acostumbrada... a que me deje fuera de este modo —dijo, guiñando con ferocidad.

Tan parecida a Calista, y tan diferente, pensó Andrew. Se había acostumbrado tanto a pensar que ella era más fuerte que Calista, y sin embargo Calista había sobrevivido a toda aquella odisea en las cuevas. No era ninguna frágil doncella en apuros, no era ni la mitad de frágil de lo que él había creído. Ninguna Celadora podía ser débil. Era una fuerza de otra clase. Incluso ahora, cuando había rehusado tomar la cantidad de droga que Damon le ofrecía.

Ellemir sorbió la fuerte bebida.

—Damon siempre ha odiado este trabajo —dijo—. Pero lo hará por Calista. Y —agregó al cabo de un momento— por ti.

—Damon ha sido un buen amigo. Lo sé —replicó él en voz baja.

—Aparentemente, te resulta difícil demostrárselo —dijo Ellemir—, pero supongo que así te enseñaron a reaccionar ante la gente en tu propio

mundo. Para ti debe ser muy difícil —agregó—. Creo que ni siquiera puedo imaginarme hasta qué punto te resultan difíciles las cosas aquí. Encontrarte con gente que piensa de manera extraña, gente para quien cada una de las pequeñas cosas es diferente de lo que es para ti. Y supongo que es más difícil acostumbrarse a las cosas pequeñas que a las grandes, cuando son diferentes. Uno se acostumbra a las cosas grandes, la mente se adapta. Pero las cosas pequeñas llegan inesperadamente, cuando uno no las había previsto, no se había preparado para ellas.

Qué perceptiva era, pensó Andrew. Sin duda, lo más difícil para él eran las cosas pequeñas. La desenfadada desnudez de Damon —y de Ellemir—, que lo había puesto incómodo, como si todos los impensados hábitos de toda una vida se vieran constreñidos y fueran de alguna manera brutales; la extraña consistencia del pan; el hecho de que Damon besara a *Dom* Esteban a manera de saludo; Calista, al principio de su convivencia, que no se había sentido incómoda porque él la viera semidesnuda o cuando una vez, por accidente, la vio totalmente desnuda en el baño, pero que sí se había sonrojado y había empezado a tartamudear, incómoda, la vez que él, desde atrás, le había levantado las largas guedejas y había desnudado su cuello.

—Estoy tratando de habituarme a estas costumbres... —dijo en voz baja.

—Andrew, quiero hablar contigo —dijo ella, volviéndole a llenar la copa de licor.

Era la misma frase que había usado Calista, y eso lo puso de alguna manera alerta y vigilante.

—Te escucho.

—Aquella noche Calista te dijo —y él supo instantáneamente a qué noche se refería ella— lo que yo había ofrecido. ¿Por qué te enojaste por eso? ¿De verdad te disgusto tanto?

—¿Que si me disgustas? Por supuesto que no —dijo Andrew—, pero... —y se detuvo, literalmente sin habla—. No me parece justo que me tientes de este modo.

—¿Y tú has sido justo con alguno de nosotros? —exclamó ella—. ¿Es justo que insistas en seguir en un estado que todos tenemos que compartir,

nos guste o no? Estás... has estado durante mucho tiempo, en un terrible estado de necesidad sexual. ¿Te crees que yo no lo sé? ¿Crees que Calista no lo sabe?

Él se sintió herido, invadido.

—¿Y a ti qué te importa?

Ella echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Sabes perfectamente que sí me importa. Sin embargo, Calista dijo que te negaste...

Maldición, había sido una sugerencia ultrajante, pero... ¡al menos Calista había tenido la decencia de plantearla de manera un poquito diferente! Y Ellemir era tan parecida a Calista, que Andrew no pudo impedir su propia reacción ante la joven.

—Puedo controlarlo —dijo con la boca apretada—. No soy un animal.

—¿Y qué eres? ¿Una planta de coles? ¿Controlarlo? No creo haber insinuado que te fueras y violaras a la primera mujer que se te cruzara. Pero que no lo hagas no significa que la necesidad no exista. De modo que, en esencia, nos estás mintiendo en todo lo que haces, en todo lo que *eres*.

—¡Dios todopoderoso! —estalló él—. ¿No hay vida privada en este lugar?

—Por supuesto. ¿No te has dado cuenta? Mi padre no ha estado haciendo preguntas que nos pudieran hacer sentir incómodos. En realidad no es asunto *de él*, ¿te das cuenta? No espiará. *Ninguno* de nosotros sabrá jamás si él sabe algo de lo que ha estado ocurriendo. Pero entre nosotros cuatro... es diferente, Andrew. ¿No puedes ser honesto al menos con nosotros?

—Y ¿qué se supone que debo hacer, entonces? ¿Atormentarla por aquello que ella no puede darme? —Recordó la noche en la que había hecho precisamente eso—. ¡No puedo volver a hacerlo!

—Por supuesto que no. Pero ¿no te das cuenta de que eso forma parte de lo que está dañando a Calista? Ella era terriblemente consciente de tu necesidad, de modo que finalmente se arriesgó...a lo que finalmente *ocurrió*, porque conocía tu necesidad, y sabía que tú no aceptarías ninguna otra cosa. ¿Vas a seguir así... aumentando su culpa... y la nuestra?

La falta de sueño, la preocupación y la fatiga, sumadas al fuerte licor ingerido con el estómago vacío, habían afectado profundamente a Andrew, confundiendo sus percepciones hasta lograr que las ofensivas sugerencias de Ellemir le parecieran casi sensatas. Si él hubiera hecho lo que le había pedido Calista, las cosas nunca hubieran llegado a ser tan serias...

No era justo. Tan parecida a Calista y tan terriblemente diferente... Echaba chispas.

—Soy amigo de Damon. ¿Cómo podría hacerle algo así?

—Damon es *tu* amigo —le replicó ella, con voz verdaderamente furiosa —. ¿Crees que disfruta viéndote sufrir? ¿O eres tan arrogante como para pensar —y su voz tembló— que podrías lograr que Damon me importara menos si hago por ti lo que cualquier mujer decente desearía hacer al ver a un amigo en ese estado?

Andrew la miró, y su furia igualó la de ella.

—Ya que somos tan espantosamente honestos, ¿no se te ocurrió que no es a ti a quien deseo? —Incluso ahora, la deseaba porque ella estaba *allí*, tan parecida a Calista como si fuera ella misma.

La furia de ella desapareció repentinamente.

—Mi querido hermano —usó la palabra *bredu*—, sé que es a Calista a quien amas. Pero en tu sueño era yo.

—Un reflejo físico —dijo él, brutalmente.

—Bien, también eso es real. Y significaría, al menos, que ya no necesitas atormentar a Calista por lo que ella no puede darte. —Se levantó para volver a llenarle la copa. Él la detuvo.

—No quiero más. Ya estoy medio borracho. Maldición, ¿acaso importa si la atormento de esa manera, o si la atormento acostándome con alguna otra?

—No comprendo —dijo, y él sintió que la confusión de Ellemir era genuina—. ¿Quieres decir que una mujer de tu pueblo, si por alguna razón no puede compartir la cama con su marido, se enojaría al descubrir... que él ha encontrado... consuelo en otra parte? ¡Qué extraño, y qué cruel!

—Creo que la mayoría de las mujeres piensan que si ellas... ellas tienen que abstenerse por alguna razón, es justo que el hombre comparta esa..., esa

abstinencia. —Torpemente, buscó las palabras—. Mira, si Calista es desdichada, y yo voy a pegarme un revolcón... oh, diablos, no conozco las palabras corteses para decirlo... bien, ¿no es una indecencia que yo actúe así, como si *su* desdicha no importara demasiado, siempre y cuando yo esté satisfecho?

Suavemente, Ellemir le apoyó una mano sobre el brazo.

—Eso habla bien de ti, Andrew. Pero me resulta difícil imaginar que una mujer que ame a un hombre pueda no alegrarse de que él satisfaga sus necesidades.

—Pero ¿no sentiría que no la amo lo suficiente como para poder esperar?

—¿Crees que amarías menos a Calista si te acostaras conmigo?

Él le devolvió la mirada con firmeza.

—Nada en este mundo podría lograr que yo amara menos a Calista. *Nada.*

Ella se encogió de hombros.

—Entonces, ¿cómo podría sentirse herida? Y piensa en esto, Andrew. Supongamos que algún otro, que no seas tú, pudiera ayudar a Calista a romper esas ataduras que no desea y que ella misma no puede romper. ¿Te enojarías acaso con ella, o la amarías menos?

Tocado en lo más vivo, Andrew recordó el momento en que le había parecido que Damon se había interpuesto entre los dos, sus celos casi frenéticos.

—¿Pretendes que crea que aquí a un hombre eso tampoco le importaría?

—Acabas de decirme que nada podría lograr que la amaras menos. ¿Se lo prohibirías entonces?

—¿Prohibírselo? No —dijo Andrew—, pero me preguntaría hasta qué punto era profundo *su* amor.

La voz de Ellemir tembló.

—¿Entonces los terranos son como los de las Ciudades Secas, que recluyen a sus mujeres detrás de los muros y las encadenan para que ningún otro hombre pueda tocarlas? ¿Es para ti un juguete que puedes guardar en

una caja para que nadie más juegue con él? ¿Qué es el matrimonio para *ti*, entonces?

—No lo sé —dijo Andrew melancólicamente, mientras su furia se desvanecía—. Nunca antes estuve casado. No quiero pelear contigo, Elli. —Pronunció el apodo con torpeza—. Yo... solamente... bien, antes hablábamos de que las cosas eran extrañas para mí, y ésta es una de ellas. Creer que Calista no se molestaría si...

—Si la hubieras abandonado, o si la hubieras obligado a consentir, en contra de su voluntad... como ocurrió con *Dom* Ruyven de Castamir, que forzó a Lady Crystal a albergar a su *barragana* y a criar a todos los hijos bastardos que ella le dio... entonces, sí, ella podría tener un motivo de disgusto. Pero ¿cómo puedes creer que es una crueldad cuando es voluntad de ella? —Le miró a los ojos, extendió una mano y, suavemente, tomó una de las suyas—. Si tú sufres, Andrew, eso nos hace daño a todos. También a Calista. Y... a mí, Andrew.

Él había bajado todas sus defensas. El roce, las miradas, lo hacían sentir totalmente expuesto ante ella. No era raro que no vacilara en pasearse desnuda delante de él, se dijo. La verdadera desnudez era ésta.

Había llegado a ese momento crítico de la borrachera en el que desaparecen los prejuicios y las personas hacen cosas ultrajantes pensando que son habituales. Veía a Ellemir a veces como ella misma, a veces como si fuera Calista, a veces como un signo visible de contacto que sólo comenzaba a comprender, del vínculo cuádruple que existía entre ellos. Ella se agachó y posó su boca sobre la de él. El roce repercutió en su cuerpo como si fuera una corriente eléctrica. Toda su dolorida frustración respaldó la fuerza con que la tomó en sus brazos.

¿Esto está ocurriendo o estoy borracho y otra vez lo estoy soñando?

Sus pensamientos se confundieron. Era consciente del cuerpo de Ellemir entre sus brazos, esbelto, desnudo, confiado, con esa curiosa aceptación natural, espontánea. En un momento de claridad absoluta, supo que de esta manera ella también borraba su conciencia de Damon. No era sólo la necesidad de él, sino también la de ella. Eso le produjo alegría.

Estaba desnudo, pero no recordaba haberse sacado la ropa. Ella era cálida y flexible en sus brazos.

Sí, ella ha estado aquí antes, por un momento, los cuatro hemos estado fusionados, justo antes de que se produjera la catástrofe... En lo profundo de su mente sintió una alegría cálida, agradable: *No, no eres una desconocida.*

A través de la excitación creciente, llegó un triste, extraño pensamiento: *Debería haber sido Calista.* Ellemir era tan distinta en sus brazos, de alguna manera tan *sólida,* sin nada de la timidez ni la fragilidad que tanto le excitaban en Calista. Entonces sintió que ella le tocaba, y eso le excitó, borrando todo pensamiento. Sintió que su memoria desaparecía, y por un momento se preguntó si ella lo había hecho para que esa bruma suave oscureciera todo lo demás. Era sólo un cuerpo que sentía y reaccionaba, impulsado por la necesidad y la larga privación, sólo consciente del otro cuerpo entre sus brazos, que le respondía y lo aceptaba, de la excitación y la ternura que igualaban las que él mismo sentía, mientras buscaba la liberación deseada durante tanto tiempo. Cuando llegó fue tan intensa que creyó que perdería el sentido.

Al cabo de un tiempo cambió de posición. Ella le sonrió y le apartó el cabello de la cara. Se sintió tranquilo, calmado, agradecido. No, era más que gratitud, era una proximidad, como cuando... sí, como cuando se habían reunido a través de la matriz.

—Ellemir —dijo suavemente, como una reafirmación, como una constatación. Por el momento, era claramente ella misma, no Calista ni ninguna otra persona.

Ella le besó con suavidad en la sien, y de repente el agotamiento y el alivio de liberarse después de una prolongada abstinencia cayeron simultáneamente sobre él, y se durmió en brazos de Ellemir. Tiempo después, un tiempo que no podía definir, se despertó para ver a Damon que les miraba.

Se le veía agotado, demacrado y Andrew pensó, consternado, que era el mejor amigo que había tenido nunca, y aquí estaba, en la cama con su esposa.

Ellemir se incorporó con rapidez.

—¿Calista...?

El suspiro de Damon pareció brotar de las raíces de su cuerpo.

—Estará bien. Está dormida.

Se tambaleó y casi cayó sobre ellos. Ellemir le tendió los brazos, estrechándole contra su pecho.

Andrew pensó que sobraba aquí, y después, al percibir el agotamiento de Damon, y lo próximo que estaba a un derrumbe, advirtió que su preocupación por sí mismo era egoísta, irrelevante. Torpemente, deseando encontrar mejor manera de expresar lo que sentía, rodeó con un brazo los hombros de Damon.

Damon volvió a suspirar.

—Está mejor de lo que suponía —dijo—. Está muy débil, por supuesto, y exhausta. Después de todo lo que tuvo que pasar... —Se estremeció, y Ellemir lo estrechó sobre sus pechos.

—¿Fue tan terrible, querido?

—Terrible, sí, terrible para *ella* —murmuró Damon, e incluso entonces, sintió Ellemir, mientras se le encogía el corazón, Damon trataba de protegerla, de protegerlos a ambos de la desnudez de su recuerdo.

—Fue muy valiente —agregó—, y yo no podía soportar tener que hacerle tanto daño. —Su voz se quebró. Ocultó el rostro entre los pechos de Ellemir y empezó a sollozar roncamente, indefenso.

Andrew pensó que debía marcharse, pero Damon buscó su mano aferrándose a ella con la intensidad del dolor. Andrew, dejando de lado la incomodidad que sentía por estar presente en un momento así, pensó que en ese instante Damon necesitaba todo el consuelo que se le pudiera ofrecer. Sólo dijo suavemente, cuando el llanto de su amigo se calmó:

—¿Debería ir con Calista?

Damon captó el doble sentido: *Tú y Ellemir tal vez prefiráis quedaros solos.* En su estado, en carne viva, exhausto, le resultó tan doloroso como un rechazo. Cuando habló, sus palabras fueron hirientes.

—No sabrá si estás con ella o no. ¡Pero haz lo que se te antoje! —y lo que no dijo fue tan audible como lo que había dicho: *Si no ves la hora de*

alejarte de nosotros...

Todavía no comprende....

Damon, ¿cómo podría comprender?

La misma Ellemir apenas si comprendía. Sólo sabía que cuando Damon estaba así resultaba penoso, agotador. Su necesidad era tanto mayor de la que ella podía satisfacer y tampoco podía consolarlo de ninguna manera. Su propia incapacidad la atormentaba. No era algo sexual —*eso* podría haberlo comprendido, y aliviarlo—, sino que lo que sentía en Damon la dejaba exhausta e impotente porque no era ninguna clase de necesidad que ella pudiera reconocer o comprender. Algo de su desesperación llegó a Andrew, aunque todo lo que la joven dijo fue:

—Por favor, quédate. Creo que ahora nos quiere a ambos aquí.

Damon, aferrándose a ambos con una desesperada y profunda necesidad de contacto físico que no era, la verdadera necesidad que sentía, pensó: *No, no comprenden.* Y más racionalmente: *Yo tampoco lo comprendo.*

Por el momento, era suficiente que estuvieran allí. No lo era todo, no era lo que necesitaba, pero por el momento podía pasar. Y Ellemir, estrechándolo con fuerza, desesperada, pensó que tal vez así pudieran calmarlo un poco.

Pero ¿qué era lo que verdaderamente necesitaba? ¿Lo sabría ella alguna vez? Se preguntaba: ¿Cómo podría saberlo, si él mismo no lo sabía?

OceanofPDF.com

12

Calista se despertó y permaneció con los ojos cerrados, sintiendo el sol sobre los párpados. Durante la noche, a través del sueño, había sentido que la tormenta cesaba, que la nieve dejaba de caer y que las nubes desaparecían. Esta mañana había sol. Se desperezó, disfrutando del lujo de no sentir dolor. Todavía se sentía débil, exhausta, aunque ahora le parecía que había dormido dos o tres días enteros, sin intervalos, después de aquella pavorosa odisea. Más tarde, se había quedado algunos días en cama, recuperando las fuerzas, aunque se sentía bastante bien. Sabía que lo primero que debía recuperar era la salud, esa salud que siempre había sido excelente, y eso le llevaría tiempo.

Y cuando estuviera bien, ¿qué ocurriría? Pero se controló. Si empezaba o preocuparse por eso, no tendría paz.

Estaba sola en la habitación. Eso también era un lujo. Había pasado tantos años sola que había llegado a ansiar tanto la soledad como la había temido durante los difíciles años del entrenamiento. Y mientras estuvo enferma no estuvo jamás sola, ni por un instante. Conocía el motivo —ella misma, sin vacilar, hubiera indicado el mismo tratamiento para cualquiera que se hallara en su estado— y había agradecido los cuidados y el amor permanente que le habían dispensado. Ahora, sin embargo, le agradaba despertarse y advertir que otra vez podía estar sola.

Abrió los ojos y se sentó en la cama. La cama de Andrew estaba vacía. Vagamente recordaba haber oído, a través del sueño, que él se movía

alrededor, se vestía, salía. Ahora que había cesado la tormenta, seguramente habría que atender muchas cosas de la propiedad. Y también en la casa, pues Ellemir había pasado tanto tiempo a su lado durante la enfermedad que había tenido que descuidar su manejo.

Calista decidió que esa mañana bajaría.

La noche anterior Andrew había vuelto a estar con Ellemir. Ella lo había percibido vagamente, ya que por disciplina había alejado su mente de eso. El había entrado cautelosamente, cerca de medianoche, desplazándose en silencio para no molestarla, mientras ella fingía dormir.

Soy necia y desconsiderada, se dijo a sí misma. *Yo quería que esto ocurriera, y verdaderamente me alegra; sin embargo, no puedo hablar con él y decírselo.* Pero tampoco ese pensamiento la llevaba a alguna parte. Sólo podía hacer una cosa, y debía reunir toda su fuerza para hacerla: debía vivir cada día de la mejor manera, recuperando su salud, confiando en la promesa que le había hecho Damon. Sin embargo, Andrew todavía la amaba y la deseaba, pensó con un distanciamiento tan clínico que ni siquiera creó amargura, y no podía imaginar por qué no habría de ser así. Una vez más, ¿por qué insistir en la única cosa que no podían compartir? Con decisión, se levantó y fue a bañarse.

Se puso una falda de lana azul y una túnica blanca tejida, con un cuello largo que podía atarse como un mantón. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía verdaderamente hambrienta. Abajo, las criadas ya habían retirado la vajilla del desayuno. La silla de su padre había sido empujada hasta la ventana, y el anciano miraba hacia afuera, donde en el patio, azotado por el viento, un grupo de servidores, muy abrigados, limpiaban la nieve. Ella se acercó y le dio un beso cariñoso en la frente.

—¿Ya estás bien, hija?

—Mucho mejor, creo —dijo, y él le indicó que se sentara a su lado, examinándole el rostro con cuidado, entrecerrando los ojos.

—Estás más delgada. ¡Por los infiernos de Zandru, muchacha, tienes el mismo aspecto que si te hubiera comido el lobo de Alar! ¿Qué te sucedió, o

no debo preguntarlo?

Ella no tenía idea de lo que podrían haberle dicho Andrew o Damon, si es que le habían dicho algo.

—Nada demasiado grave. Un trastorno femenino.

—Nada de esos cuentos —le dijo su padre, rudamente—, no eres ninguna enfermiza. El matrimonio no parece sentarte bien, muchacha.

Ella se incomodó, y en el rostro de su padre advirtió que é! había captado su incomodidad, y con rapidez se echó atrás.

—Bien, bien, niña, hace mucho que sé que las Torres no sueltan con facilidad a aquellos de quienes se han apropiado. Recuerdo muy bien que Damon se pasó más de un año como un alma en pena que vagara por los infiernos exteriores. —Con torpeza, le palmeó un brazo—. No haré más preguntas, *chiya*. Pero si ese esposo tuyo no se porta bien contigo...

Con rapidez, ella alzó una mano, como para detenerlo.

—No, no. No tiene nada que ver con Andrew, padre.

Él frunció el ceño con escepticismo.

—Cuando una recién casada tiene el aspecto que tú tienes, el esposo suele tener la culpa.

Ella se sonrojó ante tan escrupuloso escrutinio, pero habló con voz firme.

—Te doy mi palabra, padre, que no ha habido ninguna disputa, y Andrew rió tiene la culpa de nada.

Era la verdad, aunque no toda la verdad. No había manera de decirle la verdad a alguien que no perteneciera al cerrado círculo que ellos formaban, y ni siquiera estaba segura de conocerla ella misma. *Dom* Esteban percibió que la joven lo estaba eludiendo, pero aceptó esa barrera que se interponía entre ambos.

—Bien, bien, el mundo marchará como se le antoje, hija, y no como tú o yo lo deseemos. ¿Has desayunado?

—No, esperé para hacerte compañía.

Ella le permitió que llamara a los criados y les ordenara que trajeran el desayuno, pero sabía que el anciano se había asombrado ante su delgadez y su rostro pálido. Como una niña obediente, se obligó a comer un poco más

de lo que verdaderamente deseaba. Los ojos de él la vigilaron mientras comía, y finalmente dijo, con mayor amabilidad de la que era habitual en él:

—A veces pienso, niña, que las hijas del Comyn que van a las Torres corren tantos riesgos como nuestros hijos, que entran en la Guardia, y que luchan en las fronteras... y es igualmente inevitable, supongo, que algunas resulten heridas.

¿Cuánto sabía? ¿Cuánto comprendía? Ella sabía que el anciano había dicho todo lo que podía decir sin quebrantar uno de los más fuertes tabúes de una familia telepática. Se sintió amargamente consolada, a pesar de su incomodidad. A él no le habría resultado fácil, seguramente, ir tan lejos.

El anciano le pasó una jarra de miel para que untara el pan. Ella la rechazó, riéndose.

—¿Quieres engordarme como un ganso?

—Tanto, tal vez, como una aguja de bordar —se burló él.

Ella lo observó y vio que también él había adelgazado, estaba demacrado y enjuto, y sus ojos parecían estar más profundamente engastados en las cuencas.

—¿No hay nadie que te haga compañía, padre?

—Oh, Ellemir va y viene de las cocinas. Damon ha ido a la aldea, a ver a las familias de los hombres que se congelaron durante la gran tormenta, y Andrew está en el invernadero, cerciorándose de los daños ocasionados por la escarcha. ¿Por qué no vas a buscarle allá, niña? Estoy seguro de que hay trabajo para dos.

—Cierto, pues no soy de gran ayuda para Ellemir en las cocinas —dijo ella, riendo—. Tal vez más tarde. Si hay sol, seguramente estarán lavando, y debo ocuparme de la ropa blanca.

El también rió.

—Por supuesto. ¡Ellemir siempre ha dicho que prefiere limpiar los establos antes que usar una aguja! Pero tal vez más tarde podamos tener otra vez un poco de música. He estado acordándome de que cuando era joven, solía tocar el laúd. Tal vez mis dedos podrían recuperar la habilidad. Tengo tan poco que hacer aquí sentado todo el día...

Las mujeres de la casa, y algunos de los hombres, habían sacado las grandes cazuelas y estaban lavando en las cocinas traseras. Calista descubrió muy pronto que su presencia era innecesaria y se deslizó hasta el cuarto de destilación en el que solía trabajar. Nada estaba tal como ella lo había dejado. Recordó que Damon había estado trabajando allí durante su enfermedad y, al ver el desorden que había dejado, se dedicó a ordenarlo todo otra vez.

También advirtió que debía reaprovisionarse de algunos remedios y medicinas comunes, pero mientras tenía las manos ocupadas haciendo una de las más sencillas mezclas de hierbas, se dio cuenta de que la esperaba una tarea más urgente: debía preparar un poco de *kirian*.

Cuando había abandonado la Torre, creyó que nunca volvería a elaborarlo: Valdir era demasiado joven para necesitarlo, y Domenic demasiado mayor. Sin embargo, había advertido que, fuera como fuese, esa droga en particular nunca podía faltar en una casa de telépatas. Era, con mucho, la droga de preparación más dificultosa de todas las que conocía, ya que tenía que ser destilada en tres etapas separadas, cada una de ellas destinada a obtener de la resina una fracción química diferente. Puso todo en orden, y estaba preparando ya el equipo de destilación cuando entró Ferrika y se detuvo, asombrada por encontrarla allí.

—Perdóname por molestarte, *vai domna*.

—No, pasa, Ferrika. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Una de las criadas se ha escaldado una mano con el lavado. Vine a buscar un poco de ungüento para quemaduras.

—Aquí está —dijo Calista, retirando un frasco del estante—. ¿Puedo hacer algo?

—No, señora, no es nada serio —dijo la mujer, y se marchó. Al cabo de un momento regresó para devolver el frasco del ungüento.

—¿Es una quemadura profunda?

Ferrika sacudió la cabeza.

—No, no, en un descuidó sumergió la mano en una olla equivocada, eso es todo, pero creo que deberíamos tener un poco de ungüento para quemaduras en la cocina y en los lavaderos. Si alguien resulta más

seriamente herido, perderíamos mucho tiempo si tuviéramos que venir a buscar el remedio aquí.

Calista asintió.

—Me parece que tienes razón. Pon un poco en los frascos más pequeños, pues, y llévatelos —dijo. Mientras Ferrika hacía lo convenido sobre la mesa más pequeña, Calista frunció el ceño, abriendo un cajón tras otro hasta que Ferrika se volvió para preguntarle:

—Señora, ¿puedo ayudarte a encontrar lo que buscas? Si Lord Damon, o yo misma, hemos cambiado algo de lugar...

Calista frunció el ceño una vez más,

—Sí —dijo—. Había aquí algunas flores de *kireseth*...

—Lord Damon utilizó algunas, señora, cuando estabas enferma...

Calista asintió, recordando la burda tintura que había preparado Damon.

—Lo he tenido en cuenta, pero a menos que haya arruinado o desperdiciado una gran cantidad, había mucho más de lo que él puede haber usado, y estaba aquí guardado, dentro de una bolsa, en este armario. —Siguió revisando el armario y los cajones—. ¿Tú has usado algo, Ferrika?

La mujer negó con la cabeza.

—No lo he tocado.

Ferrika trasvasaba el ungüento con una espátula de madera. Al observarla, Calista le preguntó:

—¿Sabes cómo preparar *kirian*?

—Sé como se hace, señora. Cuando fui entrenada en la Casa del Gremio, en Arilinn, cada una de nosotras pasaba cierto tiempo trabajando como aprendiz de un herbolario para aprender a preparar las drogas y medicinas. Pero yo misma nunca lo preparé —dijo la mujer—. No lo utilizábamos en la Casa del Gremio, aunque teníamos que aprender a reconocerlo. Sabes que... alguna gente vende, ilegalmente, los subproductos de la destilación del *kirian*, ¿verdad?

—Lo había oído decir, incluso en la Torre —dijo Calista, con sequedad. El *kireseth* era una planta cuyas hojas, flores y tallos contenían diversas resinas. En las Kilghard Hills, en algunas épocas, el polen creaba un problema, ya que tenía cualidades peligrosamente psicoactivas. En el

kirian, la droga telepática que disminuía las barreras mentales, se utilizaba tan sólo una pequeña parte, y además, debía utilizarse con gran cautela. El uso del *kireseth* natural, o de las otras resinas, estaba prohibido por ley en Thendara y en Arilinn, y se lo consideraba criminal en todas partes de los Dominios. Incluso el *kirian* debía tratarse con cautela, y los profanos sentían por él una especie de supersticioso temor.

Mientras contaba y elegía los filtros, Calista pensó, con peculiar nostalgia, en las lejanas llanuras de Arilinn. Había sido su hogar durante tanto tiempo. Suponía que nunca volvería a ver esos lugares.

Podía ser su hogar otra vez, Leonie se lo había dicho... Para librarse de la idea, preguntó:

—¿Cuánto tiempo viviste en Arilinn, Ferrika?

—Durante tres años, *domna*.

—Pero tú naciste en esta propiedad, ¿no es cierto? Recuerdo que tú, Dorian, Ellemir y yo jugábamos juntas cuando éramos pequeñas, y tomábamos lecciones de danza.

—Sí, señora, pero cuando Dorian se casó, y tú te fuiste a la Torre, yo decidí que no quería quedarme en casa toda mi vida, como una enredadera que se aferra a su muro. Recordarás que mi madre era comadrona aquí, y me pareció que yo también tenía talento para ese trabajo. Dentro de la propiedad, en Syrtis, había una comadrona que había sido entrenada en la Casa del Gremio de Arilinn, donde entrenan comadronas y curadoras. Y vi que, bajo sus cuidados, muchas vidas que mi madre hubiera confiado a la misericordia de Avarra, no se perdían, y los niños nacían con vida. Mi madre decía que esos métodos nuevos eran tonterías, y seguramente también impíos, pero yo me marché a la Casa del Gremio de Neskaya e hice mi juramento allí. Me enviaron a Arilinn para ser entrenada. Y pedí autorización a mi madrina de juramento para emplearme aquí, y ella accedió.

—No sabía que en Arilinn hubiera alguien de nuestras aldeas.

—Oh, yo te veía de tanto en tanto, señora, cuando salías a cabalgar con las otras *vai leroni* —dijo Ferrika—. Y una vez, *domna* Lirielle vino a ayudarnos a la Casa del Gremio. Había allí una mujer cuyas partes internas

estaban destruidas por alguna horrible enfermedad, y la Madre del Gremio dijo que nada podía salvarla, salvo una operación de neutralización.

—Yo creí que era ilegal —dijo Calista, con un escalofrío, y Ferrika le respondió.

—Bien, lo es, *domna*, excepto para salvar una vida. Más que ilegal, es muy peligrosa si se hace con el bisturí de un cirujano. Muchas nunca se recuperan. Pero puede hacerse con una matriz... —Se interrumpió con una sonrisa de disculpa y dijo—: Pero ¿quién soy yo para decírtelo a ti, que fuiste Dama de Arilinn y conoces todas esas artes?

—Nunca lo he visto —dijo Calista.

—Yo tuve el privilegio de observar a la *leronis* —dijo Ferrika—, y me pareció que sería una gran ayuda para todas las mujeres de nuestro mundo si ese arte se conociera más.

Con un estremecimiento de disgusto, Calista preguntó:

—¿La neutralización?

—No sólo eso, *domna*, aunque si es para salvar una vida, eso también. La mujer vivió. A pesar de que su femineidad había sido destruida, también lo había sido la enfermedad. Pero se podrían hacer muchas otras cosas. No viste lo que Lord Damon hizo con los hombres congelados después de la tormenta, pero yo sí vi cómo se recuperaron después... y sé muy bien cómo se recuperan cuando he tenido que amputarles los dedos para salvarlos de la peste negra. Y hay mujeres cuya salud peligra si tienen más hijos, y no hay una manera segura de prevenir un embarazo. Durante mucho tiempo he pensado que tal vez una neutralización parcial podría ser la respuesta, si pudiera hacerse sin los riesgos que comporta la cirugía. Es una pena, señora, que ese arte de lograrlo por medio de una matriz no se conozca fuera de las Torres.

Calista pareció sobrecogerse ante la sola idea, y Ferrika supo que había ido demasiado lejos. Colocó la tapa del frasco de ungüento con dedos firmes.

—¿Has encontrado el *kireseth* que faltaba, Lady Calista? Deberías preguntarle a Lord Damon si no lo puso en otra parte. —Puso en su lugar el ungüento, echó un vistazo a los tés de hierbas que Calista había separado en

dosis y examinó los estantes—. Cuando ésta se termine, nos quedaremos sin raíz de baya negra, señora.

Calista miró los rizados pedazos de raíz que se hallaban en el fondo del frasco.

—Debemos enviar a alguien al mercado de Neskaya cuando los caminos estén transitables. Viene de las Ciudades Secas. Pero no la utilizamos con frecuencia, ¿verdad?

—Se la he estado administrando a tu padre, *domna*, para fortalecerle el corazón. Durante un tiempo puedo darle junquillo rojo, pero éste es mejor para uso diario.

—Entonces, tienes autorización para mandarlo traer. Pero mi padre siempre ha sido un hombre vigoroso y fuerte. ¿Por qué crees que su corazón necesita estimulantes, Ferrika?

—Ocurre con frecuencia con los hombres que han sido muy activos, *domna*, como espadachines, jinetes, atletas, guías montañeses. Si alguna herida les recluye en la cama por mucho tiempo, sus corazones se debilitan. Es como si sus cuerpos desplegaran una gran necesidad de actividad, y cuando ésta súbitamente desaparece, enferman, y a veces mueren. No sé por qué es así, señora, pero sé que con frecuencia ocurre.

También eso era por su culpa, pensó Calista, con súbita desesperación. Fue luchando contra los hombres-gato que su padre había quedado inválido. Y, al recordar la ternura que su padre le había dispensado esa misma mañana, la pena la invadió. ¡Si se muriera, justo ahora que ella empezaba a conocerle! En la Torre, había estado aislada tanto del dolor como de la alegría. Ahora le parecía que el mundo exterior estaba colmado de dolores que ella no podría soportar. ¿Cómo había tenido alguna vez el valor de marcharse de la Torre?

Ferrika la miraba con simpatía, pero Calista era demasiado inexperta para advertirlo. Le habían enseñado a confiar tan completamente en sí misma que no era capaz de recurrir a otra persona en busca de consuelo o consejo. Al cabo de un rato, Ferrika, viendo que Calista estaba abstraída en sus propios pensamientos, se marchó silenciosamente, y la joven trató de reanudar su trabajo, pero lo que había escuchado la había dejado tan

temblorosa que sus manos no le obedecían. Finalmente, acomodó todo, limpió su equipo y salió, cerrando la puerta.

Los hombres y las criadas habían terminado con el lavado, y bajo el inusual brillo del sol, tendían prendas, sábanas y toallas en unas cuerdas extendidas en el patio. Reían con alegría y las bromas pasaban de uno a otro, mientras caminaban sobre el lodo y la nieve que se derretía. El patio estaba colmado de prendas húmedas y tremolantes bajo las ráfagas del viento. Todos se veían alegres y activos, pero Calista sabía, por experiencia, que si se unía a ellos, el buen humor se atenuaría. Estaban acostumbrados a Ellemir, pero para las mujeres de la casa —e incluso para los hombres—, ella era todavía una extraña, algo exótico, que debía ser reverenciada y temida, una dama del Comyn que había sido *leronis* en Arilinn. Sólo Ferrika, que la había conocido de niña, era capaz de tratarla como a otras jóvenes de su edad. Estaba tan sola, advirtió mientras observaba a las mujeres que corrían de un lado a otro con brazadas de ropas húmedas para colgar en las sogas, y con sábanas secas que debían guardar en los armarios, riéndose y bromeando entre ellas.

Sentía que estaba sola, que no pertenecía a ninguna parte: ni a la Torre ni a este lugar.

Al cabo de un rato, se dirigió al invernadero. En los invernaderos había calefactores, pero vio que algunas de las plantas más próximas a las ventanas estaban congeladas, y en uno de los edificios, el peso de la nieve había roto varios paneles. Aunque los habían reparado rápidamente con cartones, algunos arbustos frutales se habían congelado. Vio a Andrew en un extremo, mostrando a los jardineros cómo debían podar unas vides dañadas y buscar el tronco vivo.

Rara vez *miraba* a Andrew, porque estaba muy acostumbrada a ser consciente de él de otras maneras. Ahora se preguntó si a Ellemir le resultaría o no atractivo. La idea la irritó sobremanera. Sabía que Andrew la consideraba bella. Como no era una mujer vanidosa, y a causa del tabú que la había rodeado durante toda su vida adulta, que la había desacostumbrado a las atenciones masculinas, que él la creyera bella siempre la había

sorprendido. Pero ahora, sintió que como Ellemir era tan adorable, y ella tan pálida y delgada, seguramente a Andrew le resultaría más bella Ellemir.

Andrew alzó los ojos, le sonrió y le hizo un gesto para que se acercara. Ella lo hizo, saludando al jardinero con un cortés gesto de asentimiento.

—¿Todos estos arbustos están muertos?

El sacudió la cabeza.

—Creo que no. Sólo secos hasta la raíz, tal vez, pero volverán a crecer en la primavera. —Se dirigió al hombre—: Deja una marca en el lugar donde están, para que nadie plante allí algo que pueda perjudicar a las raíces.

Calista miró los arbustos talados.

—Estas hojas deben ser seleccionadas, y las que no están afectadas por la escarcha deben secarse... ¡de otro modo no tendremos especias para la carne asada hasta que no llegue la primavera!

Andrew transmitió la orden.

—¡Suerte que estabas aquí! Puedo ser un buen jardinero, pero no soy un buen cocinero, ni siquiera en mi mundo.

Ella se rió.

—Yo no soy buena cocinera en ningún mundo. Sé algo de hierbas, eso es todo.

El jardinero se agachó a recoger las ramas cortadas, y a sus espaldas Andrew se inclinó para besarla rápidamente en la frente. Ella tuvo que acorazarse para no alejarse de él, tal como se lo indicaban sus antiguos hábitos y sus reflejos más profundos. Él advirtió su gesto de rechazo y la miró con dolorida sorpresa, pero después, al recordar, suspiró y le sonrió.

—Me alegra verte con tan buen aspecto, amor.

Ella suspiró y le dijo, sin sentir su beso;

—Me siento como ese arbusto, muerta hasta la raíz. Esperemos que también yo vuelva a crecer con la primavera.

—¿Puedes salir de la habitación? Damon dijo que todavía debías descansar.

—Bueno, Damon tiene la mala costumbre de estar siempre en lo cierto, pero me siento como un hongo en un sótano oscuro —dijo Calista—. ¡Hace

tanto que no veo la luz del sol!

Se detuvo en una zona soleada, disfrutando del calor sobre su rostro, mientras Andrew seguía caminando, examinando las hileras de vegetales y hierbas en tiestos.

—Creo que todo está en orden aquí, pero no conozco estas variedades. ¿Qué te parecen a ti, Calista?

Ella se acercó y se arrodilló junto a los arbustos bajos, examinando las raíces.

—Hace años le dije a papá que no debía plantar los melones tan cerca del muro. Es cierto que hay más luz aquí, pero si hay una tormenta fuerte, no están suficientemente protegidos. Éste morirá antes de que los frutos maduren, y si éste otro sobrevive... —señaló—, el frío habrá matado sus frutos. La corteza puede servir para conserva, pero no madurará, y habrá que arrancarlo antes de que se pudra. —Llamó al jardinero y le dio la orden.

—Tendremos que pedir más semillas a alguna de las granjas de las zonas más bajas. Tal vez Syrtis no haya sufrido tanto la tormenta. Tienen buenos árboles frutales, y podemos pedirles algunos melones y algunos retoños de sus vides. Y éstas hay que llevarlas a las cocinas. Pueden hacerse conservas, o tal vez puedan salarlas antes de que se echen a perder.

Mientras los criados cumplían las indicaciones, Andrew deslizó una mano entre el brazo y el cuerpo de la joven. Ella se puso tensa, rígida, y luego el color invadió su rostro.

—Lo siento. Es tan sólo... un reflejo... un hábito...

De regreso al punto de partida. Todos sus reflejos físicos, que tan lentamente se habían empezado a borrar durante los meses transcurridos desde la boda, habían regresado con toda su fuerza. Andrew se sintió vencido, impotente. Sabía que eso había sido necesario para salvar la vida de la joven, pero el hecho de ver los antiguos reflejos en acción le volvía a producir un shock, y un shock muy duro.

—No te pongas así —le rogó Calista—. ¡Sólo durará un tiempo!

El suspiró.

—Lo sé —dijo—. Leonie me lo advirtió —agregó, pero su rostro adquirió una expresión tensa.

—En realidad la odias, ¿verdad? —le dijo Calista, nerviosamente.

—A ella no. Pero odio lo que te hizo. No puedo perdonárselo, y nunca lo haré.

Calista sintió un curioso temblor interior, un estremecimiento que no podía controlar por completo. Con un esfuerzo, logró que su voz fuera firme.

—Sé justo, Andrew, Leonie no me coaccionó para que fuera Celadora. Yo lo elegí por propia voluntad. Ella simplemente me ayudó a seguir el más difícil de los caminos. Y también fue por propia voluntad que elegí soportar el... dolor de marcharme. Por *ti* —agregó, mirando directamente a Andrew.

Andrew sintió que estaban peligrosamente próximos a una pelea. Una parte de él la anhelaba, anhelaba la descarga eléctrica que limpiaría el aire. Involuntariamente, se le ocurrió que ése sería el camino si se tratara de Ellemir: una disputa breve, intensa, y luego una reconciliación que los acercaría más que nunca.

Pero no podía hacer eso con Calista. Ella había aprendido, con un sufrimiento que él ni siquiera podía imaginar, a conservar sus emociones profundamente guardadas, ocultas detrás de una barrera impenetrable. Sólo podía franquear ese muro corriendo serios riesgos. De tanto en tanto podía persuadirla de que lo bajara, o lo dejara de lado, pero siempre estaría allí, y él no podía arriesgarse a destruirlo, porque eso podía destruir también a Calista. Si superficialmente ella parecía dura e invulnerable, él sabía muy bien que en lo profundo era increíblemente vulnerable.

—No le echo la culpa, querida, pero me gustaría que hubiera sido más explícita con nosotros, con los dos.

Eso era bastante justo, pensó Calista, recordando — ¡como si fuera un mal sueño, una pesadilla!— cómo se había enojado ella misma con Leonie en el supramundo.

—Leonie no lo sabía —dijo, sin embargo, sintiéndose obligada a defenderla.

Andrew deseó gritar: Bien, ¿por qué demonios no lo sabía? Era su trabajo, ¿verdad? Pero él tampoco se atrevió a criticar a Leonie.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo en cambio, con voz temblorosa—. ¿Seguir así, mientras tú ni siquiera quieres tocarme la mano?

—No es que no quiera —le dijo ella, forzando las palabras a través de un nudo en la garganta—. *No puedo.* Creí que Damon te lo había explicado.

—¡Y lo mejor que pudo hacer Damon fue empeorarlo todo!

—No lo empeoró —dijo ella, y sus ojos centellearon otra vez—. ¡Me salvó la vida! ¡Sé justo, Andrew!

—Estoy cansado de ser justo —murmuró Andrew, bajando la vista.

—¡Cuando hablas así siento que me odias!

—Nunca, Cal —dijo él, calmándose—. Es tan sólo que me siento condenadamente impotente. ¿Qué vamos a hacer?

Ella desvió los ojos.

—No me parece que sea tan difícil para ti. Ellemir... —Pero se interrumpió, y Andrew, invadido por toda la vieja ternura por ella, buscó el contacto más profundo, para reafirmarla y para asegurarse también él de que todavía existía, que podía sobrevivir a la separación. Se le ocurrió que a causa de las profundas diferencias culturales que había entre ambos, ni siquiera la telepatía era garantía contra los malentendidos. Pero la cercanía estaba allí.

Debían partir de eso. La comprensión llegaría más tarde.

—Te ves cansada, Cal —dijo con amabilidad—. No deberías exagerar, es el primer día que te levantas. Déjame llevarte arriba.

Y cuando estuvieron solos en su cuarto, le preguntó suavemente:

—¿Me estás haciendo reproches por lo de Ellemir Calista? Creí que eso era lo que deseabas.

—Lo era —dijo ella, tartamudeando—. Sólo... sólo era porque te haría más fácil la espera. ¿Tenemos que hablar de eso, Andrew?

—Creó que sí —dijo Andrew, muy tranquilo—. Aquella noche. .. —Y una vez más ella supo exactamente lo que él quería decir. Para los cuatro, durante mucho tiempo, «aquella noche» sólo tendría un significado—. Damon me dijo algo que me impactó. Los cuatro telépatas, me dijo, y ninguno con la sensatez necesaria para asegurarse de que nos comprendíamos. Ellemir y yo logramos hablar —dijo, y agregó, con una

ligera sonrisa—: aunque es verdad que tuvo que emborracharme para lograr que yo hablara honestamente con ella.

—Te ha facilitado las cosas, ¿verdad? —dijo ella, sin mirarle.

—En cierto modo. Pero no vale la pena, si eso te avergüenza al mirarme, Calista.

—No es vergüenza —dijo, y logró alzar los ojos—. No es vergüenza, no, sino que tan sólo... me enseñaron a pensar en otra cosa, para no ser... vulnerable. Si quieres hablar de eso... — ¡Que Evanda y Avarra no permitieran que fuera menos honesta que Ellemir con él!— lo intentaré. Pero no estoy... acostumbrada a esas conversaciones ni a esas ideas y tal vez... no encuentre fácilmente las palabras. Si tú... lo soportas... entonces, lo intentaré.

Él vio que se mordía los labios, que luchaba por encontrar las palabras que traspusieran la barrera de su inarticulación, y sintió una profunda piedad. Pensó en ahorrarle esto, pero sabía que una barrera de silencio era el único tipo de barrera que tal vez nunca pudiera atravesar. A cualquier precio —y mirando las sonrojadas mejillas y la boca temblorosa de Calista supo que el precio sería alto— debían mantener abierta una línea de comunicación.

—Damon dijo que jamás debíamos permitir que te sintieras sola, ni que creyeras que te habíamos abandonado. Sólo me pregunto: ¿te hace daño esto? ¿O te hace sentir... abandonada?

Ella se retorció los dedos.

—Sólo si verdaderamente... me hubieras abandonado. Si yo ya no te importara. Si dejaras de amarme.

Él pensó que era algo tan íntimo que no podía menos que acercarlo más a Ellemir, distanciarlo más de Calista.

Andrew no estaba defendido, y Calista, que había percibido su idea, estalló, indignada:

—¿Sólo me deseas porque creíste que te daría más placer en la cama que mi hermana?

Él se sonrojó intensamente. Bien, había querido una conversación directa: la tenía.

—¡Dios no lo permita! ¡Nunca lo pensé así! Es tan sólo que... si crees que voy a desearte menos, preferiría olvidar todo el asunto. ¿De verdad piensas que porque me acuesto con Ellemir he dejado de desearte?

—No más de lo que yo he dejado de desearte a tí, Andrew. Pero... pero ahora estamos iguales.

—No comprendo.

—Ahora tu necesidad de mí es igual que la mía de ti. —Sus ojos eran tranquilos y límpidos, pero él sintió que en su interior ella lloraba—. Una... una cuestión de la mente y del corazón, una pena como la mía, pero no un... un tormento del cuerpo. Yo quería que estuvieras satisfecho, porque... —se mojó los labios, luchando contra sus inhibiciones de muchos años— ...*eso* era terrible para mí, sentir tu necesidad, tu hambre, tu soledad. Y entonces traté de... compartir todo contigo y... casi te maté. —Las lágrimas brotaron, pero ella no lloró y se las enjugó con furia—. ¿Comprendes? Cuando siento *eso* en ti, haría cualquier cosa, me arriesgaría a cualquier cosa por evitarlo...

La desolación que vio en su rostro hizo que Andrew también sintiera deseos de llorar. Deseaba desesperadamente tomarla en sus brazos y consolarla, aunque sabía que no debía arriesgarse y que sólo podía rozarla. Suavemente, casi respetuosamente, se llevó la delgada mano de Calista a los labios y besó ligerísimamente la punta de sus dedos.

—Eres tan generosa que me avergüenzas, Calista. Pero no hay en el mundo ninguna mujer que pueda darme lo que deseo de ti. Estoy dispuesto a... a compartir tu sufrimiento, querida.

Era una idea tan extraña que ella le miró atónita. Él lo decía en serio, pensó ella con una extraña excitación. Sus mundos eran muy diferentes, lo sabía, pero en sus propios términos, Andrew deseaba verdaderamente no ser egoísta. Era la primera vez que ella advertía verdaderamente sus diferencias, y le produjo un shock profundo, desgarrador. Ella sólo había visto antes sus semejanzas; ahora debía enfrentarse, súbitamente, a sus diferencias.

Advirtió que él intentaba decirle que, porque la amaba, estaba dispuesto a sufrir todo el dolor de la privación... Tal vez ni siquiera había sabido,

aquella noche, hasta qué punto la necesidad de él la había atormentado, hasta qué punto podía atormentarla todavía.

Ella le apretó la mano, recordando con desesperación que durante un breve momento había sabido lo que era desearlo, pero ahora ni siquiera podía recordar cómo había sido. Habló tratando de igualar la suavidad de él:

—Andrew, esposo mío, mi amor, si me vieras llevar una pesada carga, ¿me cargarías también con tu propio peso? Mi sufrimiento no se aliviará si también tengo que soportar el tuyo.

Otra vez la consternación, la extrañeza, el asombro, y Andrew advirtió, con súbita intuición, que en una cultura telepática compartir el sufrimiento significaba algo diferente.

—¿Y no te das cuenta —dijo ella, con una breve sonrisa—, que también Damon y Ellemir forman parte de esto, y que también ellos serán desdichados si tienen que compartir tu desdicha?

Él exploraba lentamente la idea, como si fuera un laberinto. No era fácil. Había creído despojarse de gran parte de sus prejuicios culturales. Ahora, como si fuera una cebolla, cada capa que caía parecía mostrarle otra más profunda, espesa e impenetrable.

Recordó haberse despertado en la cama de Ellemir y, al ver a Damon allí, haber esperado, ansiado casi, sus reproches. Tal vez deseaba que Damon se enojara porque un hombre de su propio mundo se habría enojado, y ansiaba sentir algo familiar. Hasta la culpa le habría agradado...

—Pero ¿y Ellemir? Tú simplemente *esperabas* esto de ella. Nadie la consultó ni le preguntó si estaba dispuesta.

—¿Se ha quejado Ellemir? —preguntó Calista, sonriente.

Demonios, no, pensó él. Parecía disfrutarlo. Y eso también le resultaba molesto. Si ella y Damon eran tan felices, ¿por qué ella parecía sentir tanto placer —maldición, tanta alegría— acostándose con Andrew? Se sintió furioso y culpable, y era peor aún porque sabía que Calista tampoco comprendía eso.

—Pero por supuesto que cuando Elli y yo nos casamos y acordamos vivir bajo un mismo techo —dijo Calista—, dimos eso por hecho. Sin duda

sabes que si cualquiera de las dos se hubiera casado con un hombre que la otra no pudiera... no pudiera aceptar, nos hubiéramos asegurado de...

De alguna manera, eso hizo sonar un timbre de alarma para Andrew. No deseaba pensar en lo que aquello, obviamente, implicaba.

Ella prosiguió.

—Hasta hace unos pocos cientos de años, el matrimonio, tal como lo conocemos, simplemente no existía. Y no se consideraba correcto que una mujer tuviera más de uno o dos niños del mismo hombre. ¿Las palabras *combinación genética* significan algo para ti? Hubo un período de nuestra historia durante el cual algunos dones variables o rasgos hereditarios, casi se perdieron. Se creyó mejor que los niños tuvieran tantas combinaciones genéticas como fueran posibles, para protegerles y prever la pérdida accidental de genes de importancia. Dar hijos a un solo hombre puede significar una forma de egoísmo. Y así, en esa época no tuvimos matrimonios en el sentido en el que los tenemos ahora. No se obligaba a las esposas, como hacen en las Ciudades Secas, a albergar a las concubinas, pero siempre había otras mujeres que podían compartir el lecho. ¿Qué es lo que hacen los terranos cuando las mujeres están embarazadas, cuando el embarazo es muy avanzado y la mujer está demasiado pesada, o demasiado cansada, o enferma? ¿Piden a sus mujeres que violenten sus instintos para comodidad de los hombres?

Si hubiera sido Ellemir quien se lo preguntara, Andrew hubiera sentido que ganaba un punto, pero tal como se lo preguntaba Calista, sentía que el desafío no existía.

—Los prejuicios culturales no son racionales. Los nuestros van en contra de dormir con otras mujeres. Aquí, van en contra de acostarse con una mujer embarazada. Y para mí no tiene sentido, a menos que la mujer esté verdaderamente enferma.

Ella se encogió de hombros.

—Biológicamente —dijo—, ningún animal preñado desea sexo, la mayoría ni siquiera lo tolera. Si tus mujeres han sido condicionadas culturalmente para aceptarlo, como precio por retener el interés sexual de

sus esposos, ¡lo único que se me ocurre decir es que lo lamento por ellas! ¿Acaso tú me lo exigirías si a mí no me causara placer?

Andrew descubrió, repentinamente, que estaba riéndose.

—¡Amor mío, de todas nuestras preocupaciones, ésa parece la más fácil de postergar hasta que se presente! ¿No tenéis un proverbio... uno que dice: cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él?

Ella también se rió.

—Nosotros decimos que montaremos ese potrillo cuando sea suficientemente grande para llevar montura. Pero de verdad, Andrew, ¿los terranos...?

—Dios me ayude, amor, no *sé* qué es lo que hace la mayoría de los hombres. Yo no creo que pudiera pedirte algo que tú no desearas. Probablemente... probablemente aceptaría todo. Creo que algunos hombres se acuestan con otras, pero se cuidan muy bien de que sus esposas no lo sepan. Hay otro viejo dicho: ojos que no ven, corazón que no siente.

—Pero en una familia de telépatas, el engaño es imposible —dijo Calista—, y yo prefiero saber que mi esposo ha quedado contento en brazos de alguien que se entrega por amor, una hermana o una amiga, y no por una aventura con alguna desconocida.

Pero ya estaba más tranquila, y Andrew advirtió que el hecho de que la charla se hubiera desplazado de un problema inmediato a otro más distante perturbaba menos a Calista.

—Moriría antes que hacerte daño —dijo él.

Tal como había hecho antes, se llevó los dedos de ella a los labios y los besó, muy levemente.

—Ah, esposo mío, si tú murieras me harías más daño que con cualquier otra actitud —le dijo ella con una sonrisa.

OceanofPDF.com

13

Andrew cabalgaba sobre la nieve que se derretía, mientras caían aún unos copos aislados. A través del valle podía ver las luces de Armida como un suave titilar contra la masa de las montañas. Damon decía que eran sólo las laderas más bajas, pero para Andrew eran montañas, y altas además. Detrás de él, escuchó a los hombres que hablaban en voz baja, y supo que también ellos deseaban llegar y anhelaban la comida, el fuego y el hogar, después de pasarse ocho días en los lejanos campos de pastoreo, cerciorándose de los daños causados por la gran tormenta, del estado de los caminos, de las pérdidas del ganado.

Él mismo había agradecido esa oportunidad de estar solo con personas que no pudieran leer sus pensamientos. Todavía no se había acostumbrado del todo a la vida en el seno de una familia telépata y aún no se había acostumbrado tampoco a protegerse de las intrusiones accidentales. De esos hombres, sólo percibía una pequeña agitación de pensamientos, superficial, sin consecuencias, nada perturbadora. Pero también le alegraba volver a casa. Atravesó el portal del patio y vinieron los criados a hacerse cargo de su caballo. Aceptó el gesto sin pensar, aunque cuando se detenía a pensar, siempre le turbaba la atención. Calista bajó los peldaños corriendo para darle la bienvenida. El se agachó para darle un beso leve en la mejilla y después descubrió que, como estaba tan oscuro en el patio, en realidad era a Ellemir a quien abrazaba. Riéndose, compartiendo con ella la gracia que le causaba su propio error, la abrazó estrechamente y la besó en la boca,

sintiendo la boca cálida y familiar. Subieron los peldaños cogidos de la mano.

—¿Cómo están todos en casa, Ellemir?

—Bastante bien, aunque papá respira dificultosamente y come poco. Calista está con él, pero yo no quería que llegaras y nadie te recibiera —dijo ella, pellizcándole suavemente la punta de los dedos—. Te he extrañado.

Andrew también la había extrañado, y la culpa lo invadió. Maldición, ¿por qué su esposa sería melliza?

—¿Cómo está Damon? —preguntó.

—Ocupado —dijo ella, riéndose—. Ha estado enterrado en los antiguos registros de los Dominios, de aquellos de nuestra familia que fueron Celadoras o técnicos de las Torres de Neskaya o de Arilinn. No sé qué es lo que está buscando, y no me lo ha dicho. ¡Durante los últimos diez días, le he visto menos que a ti!

Dentro de la casa, en el vestíbulo, Andrew se despojó de su gruesa capa de montar y se la dio al mayordomo. Rhodri le quitó las botas llenas de nieve y le dio unas botas de interior, forradas en piel y altas hasta el tobillo. Con Ellemir del brazo, entró en el Gran Salón.

Calista se hallaba sentada junto a su padre, pero cuando le vio atravesar la puerta se interrumpió, dejó el arpa sin prisas sobre un banco, y se acercó para recibirle. Se le acercó pausadamente, mientras los pliegues de su vestido azul ondulaban detrás de ella, y en contra de su voluntad, Andrew descubrió que comparaba este recibimiento con el más cálido que le había dispensado Ellemir. Sin embargo, no pudo dejar de observar, hechizado. Cada uno de sus movimientos todavía lo colmaban de fascinación, de deseo, de ansiedad. Ella le tendió las manos, y al rozar esos dedos delicados, él volvió a desconcertarse.

¿Qué demonios era el amor de todos modos?, se preguntó. Siempre había sentido que el hecho de enamorarse de una mujer implica desenamorarse de todas las otras. ¿De cuál de las dos estaba enamorado? ¿De su esposa... o de la hermana?

—Te extrañé —dijo él, sosteniéndole las manos con suavidad, y ella alzó la cara y le sonrió.

—Bienvenido, hijo, ¿fue duro el viaje? —dijo *Dom* Esteban.

—No demasiado. —Como era lo que se esperaba de él, se agachó para depositar un beso en la delgada mejilla del anciano, pensando que se le veía más pálido, no del todo bien. Se suponía que eso era lo que debía esperarse.

—¿Cómo estás tú, padre?

—Oh, en mí nada cambia ya —dijo el anciano mientras Calista le alcanzaba una copa a Andrew. Era sidra caliente, especiada, y entraba maravillosamente después de la larga cabalgata. Era bueno estar en casa. En el extremo inferior del salón, las criadas preparaban la mesa para la cena.

—¿Cómo está todo allá afuera? —preguntó *Dom* Esteban, y Andrew empezó a informarle.

—La mayoría de los caminos están limpios, aunque hay algunos aludes y también hielo acumulado en la curva del río. Si se considera toda la situación, creo que no se ha perdido demasiado ganado. Encontramos cuatro yeguas y tres potrillos congelados en el refugio que está detrás del vado. La escarcha había congelado el pienso y probablemente hayan muerto de hambre antes de congelarse.

El señor de Alton adoptó una expresión sombría.

—Una buena yegua de crianza vale su peso en oro, pero con semejante tormenta podríamos haber experimentado pérdidas más serias. ¿Qué más?

—En las montañas, a un día de marcha al norte de Corresanti, algunos potros de un año se separaron del resto. Uno, que tenía una pata rota, no pudo llegar al refugio, y fue sepultado por un alud. El resto está hambriento y con frío, pero sobrevivirán, ahora que están alimentados y atendidos, y hemos dejado a un hombre para que se ocupe de ellos. Media docena de terneros estaban muertos en los pastos más lejanos, en la aldea de Bellazi. La carne estaba congelada, y los aldeanos pidieron los cuerpos, diciendo que la carne todavía estaba buena, y que tú siempre se la dabas. Les dije que siguieran la costumbre. ¿Es correcto?

El anciano asintió.

—Es la costumbre desde hace algunos cientos de años. El ganado que resulta muerto durante una tormenta se entrega a la aldea más cercana, para que sus habitantes utilicen todo lo que esté en buen estado. A cambio, ellos

protegen y alimentan al ganado que hallen extraviado durante una tormenta, y si pueden lo traen de regreso. Si en una época de hambre matan uno o dos de más, yo no me preocupo demasiado. No soy ningún tirano.

Las criadas traían la comida. Los hombres y las mujeres del servicio se reunieron en torno a la mesa del salón inferior, y Andrew empujó la silla de ruedas de *Dom* Esteban hasta su sitio en la mesa superior, donde se sentaba la familia junto con los criados más importantes y los profesionales capacitados que administraban la propiedad. Andrew empezó a preguntarse si Damon no aparecería, cuando repentinamente su amigo abrió las puertas traseras del salón y, disculpándose brevemente con Ellemir por su tardanza, se acercó a Andrew esbozando una sonrisa de bienvenida.

—Oí decir que habías regresado a casa. ¿Cómo te las arreglaste solo? Me quedé pensando que debía haber ido contigo, por ser la primera vez.

—Me las arreglé bastante bien, aunque me hubiera agradado tu compañía —dijo Andrew. Advirtió que Damon se veía demacrado y cansado, y se preguntó qué era lo que su amigo habría estado haciendo. Damon no le explicó nada, y empezó a hacerle preguntas acerca del ganado y los depósitos de pienso, los daños causados por la tormenta, los puentes y los vados, como si lo único que hubiera aprendido en su vida era a manejar una propiedad. Mientras hablaban con *Dom* Esteban acerca del tema, Calista y Ellemir conversaban entre sí en voz baja. Andrew se encontró pensando lo bueno que sería estar otra vez los cuatro solos, pero no se enojaba por el tiempo que dedicaba a su suegro y a los asuntos de la propiedad. Cuando era tan solo un recién llegado, había temido que sólo se le recibiera como esposo de Calista, como un extraño sin un céntimo, que resultaba inútil para resolver los extraños asuntos de un mundo extraño. Ahora sabía que lo aceptaban y lo valoraban como si hubiera sido alguien nacido en los Dominios, como un heredero.

La cuestión de la reparación de los puentes y los edificios, del reemplazo del ganado perdido, ocupó gran parte de la comida. Las mujeres estaban retirando la vajilla cuando Calista se dirigió en voz baja a su padre. El asintió, dándole autorización, y ella se puso de pie, golpeando brevemente el borde de un jarro metálico, para llamar la atención de los

presentes. Los criados que se movían por el salón la miraron respetuosamente. Una Celadora era objeto de una reverenda casi supersticiosa, y aunque Calista ya había abandonado su status formal, todavía se la trataba con un respeto mayor del habitual. Cuando el salón quedó en perfecto silencio, la joven habló con su voz clara y suave, que de todas maneras llegaba perfectamente hasta todos los rincones del gran salón:

—Alguien de aquí, sin autorización, ha entrado en mi cuarto de destilación y ha tomado algunas hierbas que había allí. Si las devuelve de inmediato, y si no hace con ellas nada no autorizado, supondré que todo ha sido una equivocación y no iré más lejos con la cuestión. Pero si las hierbas no me han sido devueltas mañana por la mañana, emprenderé cualquier acción que me parezca adecuada.

Se produjo un confuso silencio en el salón. Unos pocos empezaron a murmurar entre sí, pero ninguno habló en voz alta, y finalmente Calista volvió a hablar:

—Muy bien. Tenéis toda la noche para, pensar sobre el asunto. Mañana usaré cualquier método que renga a mi disposición —con un gesto automático, arrogante, su mano se deslizó hasta la matriz que llevaba oculta, pendiente del cuello— para descubrir al culpable. Eso es todo, podéis retiraos.

Era la primera vez que Andrew la veía utilizar deliberadamente su antigua autoridad de Celadora, y eso lo perturbó. Cuando ella regresó a su lugar, Andrew le preguntó:

—¿Qué es lo que falta, Calista?

—*Kireseth* —dijo ella, escuetamente—. Es una hierba peligrosa, y su uso está prohibido salvo para los que tienen entrenamiento de Torre, o una autorización expresa. —La joven había fruncido el ceño en un gesto de preocupación—. No me gusta nada la idea de que alguna persona ignorante ande por ahí enloquecida por la sustancia. Produce delirios, es alucinógena.

—Oh, vamos, Calista, seguramente no e tan peligrosa —protestó *Dom* Esteban. Sé que la gente de las Torres tiene con respecto a la sustancia un

tabú supersticioso, pero crece silvestre aquí en las montañas, y nunca ha sido...

—De todas maneras, yo soy personalmente responsable, y debo asegurarme de que no se le dé mal uso por culpa de algún descuido mío.

Damon levantó la cabeza.

—No molestes a los criados, Calista —dijo con cansancio—. *Yo* fui quien tomó el *kireseth*.

Ella lo miró, atónita.

—¿Tú, Damon? ¿Qué querías hacer con él?

—¿Te bastará si te digo que tenía mis propias razones, Calista?

—Pero ¿por qué, Damon? —insistió ella—. Si me lo hubieras pedido, te lo habría dado, pero...

—Pero me hubieras preguntado para qué —dijo Damon. mientras su rostro mostraba una expresión de agotamiento y dolor—. No, Cal, no trates de leerme —agregó, y sus ojos se endurecieron súbitamente—. Lo tomé por razones que me parecieron buenas, y que no pienso decirte. Tal vez no lo necesite, y en ese caso te lo devolveré, pero por el momento creo que sí lo usaré. Déjalo así, *breda*.

—Por supuesto, si insistes, Damon —dijo ella. Alzó la copa y bebió, observando a Damon con mirada preocupada. Era sencillo leer sus pensamientos: *Damon está entrenado en el uso de/ kirian, pero no sabe prepararlo,.. ¿Qué podría querer con la hierba natural? ¿Qué es lo que piensa hacer con ella? No creo que le dé mal uso, pero ¿qué se propone?*

Los criados se dispersaron. *Dom* Esteban preguntó si alguien querría jugar a las cartas con él, o a los castillos, el juego parecido al ajedrez que Andrew estaba aprendiendo a jugar. Andrew accedió y se sentó a estudiar las pequeñas piezas de cristal cortado con aparente absorción, pero su mente estaba en otra parte. ¿Qué habría pretendido hacer Damon con el *kireseth*? Damon le había advertido que no debía tocarlo ni olerlo, recordó. Al mover una pieza, que perdió a manos de su suegro, le pareció que los pensamientos de Damon se filtraban dentro del perímetro de sus propias emociones. Sabía cuánto odiaba y temía Damon el trabajo de matriz para el que lo habían entrenado, al que lo habían obligado a renunciar y al que

había vuelto en contra de su voluntad. *Hasta que Calista sea libre. E incluso entonces... Hay tantas cosas que un te/epata puede hacer, tantas cosas necesarias...* Eliminado los pensamientos de Damon por la fuerza, Andrew se obligó a concentrarse en el tablero que tenía ante sí, perdió tres piezas en rápida sucesión, y luego hizo un movimiento erróneo que le costó la pieza más importante, llamada el dragón. Se dio por vencido, diciendo a manera de disculpa:

—Lo siento, las formas de esas dos piezas todavía me confunden un poco.

—No tiene importancia —dijo el anciano, devolviéndole amablemente la pieza que Andrew había movido mal—. De todas maneras, eres mejor jugador que Ellemir, aunque ella es la única que tiene la paciencia suficiente para jugar conmigo. Damon juega bien, pero rara vez tiene tiempo. Damon, cuando Andrew y yo terminemos esta partida, ¿querrás jugar con el ganador?

—Esta noche no, tío —dijo Damon, saliendo de su profunda abstracción, y el anciano, echando un vistazo al salón, advirtió que la mayoría de los criados ya se habían ido a la cama. Sólo su criado personal, que bostezaba, se hallaba ante el fuego. El señor de Alton suspiró y observó el ángulo de la luz de la luna más allá de las ventanas.

—Soy un egoísta. Os retengo aquí hablando hasta medianoche cuando Andrew ha hecho una larga cabalgata y ha pasado mucho tiempo separado de su esposa. Duermo mal ahora, y las noches me resultan eternas porque no tengo a nadie que me haga compañía, de modo que tiendo a aferrarme a vosotros. Id, id todos a la cama.

Ellemir dio un beso a su padre, deseándole buenas noches, y se retiró. Calista hablaba con el criado personal del anciano. Damon siguió a Ellemir, pero en el quicio de la puerta se detuvo y regresó.

—Padre, hay un trabajo importante que debemos hacer. ¿Puedes prescindir de nosotros durante algunos días?

—¿Debes viajar?

—No, viajar no —respondió Damon—, pero tal vez necesite colocar apaciguadores y una barrera para aislarnos a los cuatro. Puedo elegir el

momento, pero preferiría no demorarme demasiado. —Miró a Calista, y Andrew captó el pensamiento que el otro trataba de ocultar: *Ella morirá de pena...*

—Necesitaremos al menos tres o cuatro días sin que nos interrumpan. ¿Puede arreglarse?

El anciano asintió con lentitud.

—Tómate el tiempo que necesites, Damon. Pero para un período prolongado de trabajo, lo mejor sería esperar hasta después del Solsticio de Invierno y hasta que se hayan terminado las reparaciones de los daños ocasionados por la tormenta. ¿Es posible?

Andrew advirtió la mirada inquieta que *Dom* Esteban dirigió a Calista, y escuchó lo que Lord Alton no dijo: *¿Una Celadora que ha devuelto su juramento?* Supo que también Damon lo había captado, pero su amigo dijo solamente:

—Es posible, y eso es lo que haremos. Gracias, padre. —Se inclinó para besar al anciano. Lo observó, frunciendo un poco el ceño, mientras los criados empujaban su silla para sacarlo de la habitación.

—Creo que extraña a Dezi. Sean cuales fueren los defectos del muchacho, era un buen hijo para el viejo. Por su bien, tal vez me hubiera gustado poder perdonar a Dezi.

Suspiró mientras subían la escalera.

—Se siente solo. Ninguno de nosotros es una verdadera compañía para él. Creo que cuando llegue el deshielo de primavera, tendremos que llamar a algún pariente o amigo para que le haga compañía.

Calista subía la escalera detrás de ellos. Damon se detuvo antes de doblar el recodo que conducía a su propia suite.

—Cal, creo que te convertiste en Celadora siendo muy joven, demasiado joven. ¿También recibiste entrenamiento para los otros grados? ¿Eres monitora, mecánica o técnica? ¿O solamente trabajaste en los transmisores principales como *tenerésteis*? —Usó la palabra arcaica que en *casta* se traducía habitualmente como «celadora», aunque «custodio» o «guardián» hubieran resultado igualmente adecuados.

—Damon, tú mismo me enseñaste a monitorear. Era mi primer año en la Torre, y el último para ti. Por certificado, soy solamente mecánico, nunca intenté hacer el trabajo de un técnico. No había falta de técnicos, y yo tenía mucho trabajo con los emisores. ¿Por qué?

—Quería saber qué capacidades reuníamos —dijo Damon—. Yo llegué al nivel de técnico. Sé construir las pantallas que podamos necesitar, si tengo los cristales y los nódulos en blanco. Pero tal vez necesite un mecánico, y sin duda necesitaré un monitor para buscar la respuesta que te prometí, de modo que será mejor que te asegures de estar en condiciones de monitorear en caso necesario. ¿Sigues controlando tu respiración?

—De otro modo no podría dormir. Sospecho que todos los que hemos recibido entrenamiento lo seguiremos haciendo toda la vida —dijo ella, y Damon sonrió, inclinándose luego para besarla levemente en la mejilla.

—Tienes mucha razón, hermana. Que duermas bien. Buenas noches, hermano —agregó dirigiéndose a Andrew, y se marchó.

Era obvio que algo preocupaba a Damon. Calista estaba sentada ante su tocador, trenzándose el largo cabello para la noche. Eso le recordó a Andrew, cruelmente, otra noche, pero trató de pensar en otra cosa. Calista, todavía preocupada por Damon, dijo:

—Está mucho más perturbado de lo que aparenta. Hace mucho tiempo que le conozco. No tiene sentido preguntarle nada que él no quiera decirnos...

Pero ¿qué es lo que querría con el kireseth?

Andrew recordó, con un ramalazo de celos, que ella no había eludido el beso que Damon le había dado en la mejilla, pero sabía perfectamente qué ocurriría si él mismo lo intentaba. Entonces, en contra de su voluntad, Andrew descubrió que estaba pensando en Damon y Ellemir, juntos, reunidos.

Ella era su esposa, después de todo, y él, Damon, no tenía derecho... ningún derecho, en absoluto.

Calista apagó la luz y se acostó en su propia cama. Suspirando, Andrew se acostó, contemplando las cuatro lunas que se desplazaban por el cielo. Finalmente, se durmió, sin advertirlo. Fue como si se desplazara en algún

estado de conciencia intermedio entre la realidad y el sueño. Damon le había dicho en una oportunidad que a veces, en el sueño, la mente se trasladaba al supramundo, sin pensamientos conscientes.

Le pareció que había dejado atrás su cuerpo y se desplazaba ahora por la informe penumbra del supramundo. En alguna parte, en todas partes, podía ver y ser consciente de Damon y Ellemir que hacían el amor, y aunque sabía que sería bien recibido si se unía a ellos, vinculándose a ese contacto jubiloso, a esa intimidad, él no dejaba de desviar los ojos y la mente de esa escena. No era un «voyeur», todavía no era un depravado, ni siquiera aquí.

Al cabo de largo rato encontró la estructura que habían construido para el caso de los hombres congelados. Tuvo miedo de encontrarlos también allí, ya que parecían estar en todas partes al mismo tiempo, pero Ellemir estaba dormida y Damon se hallaba sentado sobre un tronco, con aspecto deprimido, y con un manojo de flores secas de *kireseth* a su lado.

Le preguntó: «¿Qué piensas hacer con ellas Damon?», y el otro hombre respondió: «No estoy seguro. ¿Por qué crees que no pude explicárselo a Calista? Está prohibido. Todo está prohibido. No deberíamos estar aquí en absoluto.»

Andrew dijo: «Pero sólo estamos soñando, y ¿cómo es posible prohibir un sueño?» Pero sabía, y se sentía culpable por ello, que un telépata debía ser responsable incluso de sus sueños, y que ni siquiera en sueños podía acudir a Ellemir, como ansiaba. Damon dijo: «Pero ya te dije que es tan sólo una parte integral de nuestro ser», y Andrew dio la espalda a Damon y trató de salir de la estructura, pero los muros le encerraron y le rodearon. Entonces Calista — ¿o era Ellemir?, ya no podía estar seguro de cuál de las dos era su esposa— se acercó a él con un ramo de flores de *kireseth* en la mano, y le dijo: «Tómalas. Nuestros hijos comerán este fruto algún día.»

El fruto prohibido. Pero las tomó en sus manos, mordiendo los capullos que eran suaves como pechos de mujer, y el perfume de las flores fue como un aguijón dentro de su mente. Entonces un rayo cayó sobre los muros, y la estructura empezó a temblar y a estremecerse, y a través de los muros que caían, Leonie los insultaba y maldecía, y oscuramente Andrew supo que era su culpa, porque él había alejado a Calista de Leonie.

Y después se halló solo en la planicie gris, y el hito estaba ya muy lejos en el horizonte. Aunque caminó durante una eternidad, días, horas, eones, no pudo llegar. Sabía que Damon y Calista y Ellemir estaban dentro, y que habían hallado la respuesta y eran felices, pero él estaba nuevamente solo, era otra vez un extranjero y nunca volvería a ser una parte de ellos. Tan pronto como conseguía acercarse, la penumbra se expandía, como si fuera elástica, y la estructura volvía a alejarse una vez más hasta el horizonte. Y no obstante, de alguna manera estaba también, al mismo tiempo, dentro de esos muros, y Calista estaba en sus brazos — ¿o era. Ellemir, o de alguna manera estaba haciendo el amor con ambas a la vez?— y era Damon el que vagaba más allá del horizonte, debatiéndose por acercarse al hito, sin alcanzarlo nunca, nunca, nunca... Le dijo a Ellemir: «Debes llevarle algunas flores de *kireseth*», pero ella se convirtió en Calista y dijo: «Está prohibido para los que tienen entrenamiento de Torre», y Andrew no pudo decidir si estaba allí, tendido entre las dos mujeres, o si estaba fuera, vagando por el horizonte distante... De alguna manera sabía que estaba atrapado dentro del sueño de Damon, y que no podía salir.

Se despertó sobresaltado. Calista dormía inquieta en la sombra gris de la habitación. Se escuchó decir, a media voz:

—Sabrás qué hacer con ella cuando llegue el momento... —y después, preguntándose qué habría querido decir con eso, supo que las palabras formaban parte del sueño de Damon. Volvió a dormirse, vagando por el reino gris e informe hasta el amanecer. Consciente en parte de que no se

trataba en absoluto de su propia conciencia, se preguntó si era él mismo, o si de alguna manera se había fusionado con Damon.

Se encontró pensando que la precognición era algo casi peor que no tener ningún don. SÍ fuera una advertencia, serviría como guía. Pero sólo se trataba de un tiempo fuera de foco, y ni siquiera Leonie podía comprender el tiempo. Y Andrew, con su propia conciencia, deseó que Damon se guardara para sí sus condenados sueños perturbadores.

Era una mañana dura y fría, y caía aguanieve. Damon sintió que el cielo era un reflejo de su estado de ánimo.

Durante muchos años había eludido este trabajo, y ahora se veía obligado a hacerlo una vez más. Y ahora sabía que no era tan sólo por Calista. Había estado equivocado al renunciar a él de manera tan completa.

Lo había confundido el tabú que establecía que los telépatas no podían hacer trabajo de matriz fuera de las Torres. Después de las Épocas de Caos, tal vez el tabú hubiera tenido algún sentido. Pero ahora sentía, con todas sus fibras, que era un error.

Había tanto trabajo que hacer para un telépata. Y nadie lo hacía.

Él se había construido una especie de nueva carrera en la Guardia, pero nunca se había sentido satisfecho. A diferencia de Andrew. tampoco podía hallar satisfacción o plenitud en ayudar a administrar las tierras de su padre político. Sabía que para muchos hijos menores, que no poseían tierras propias, ésa hubiera sido una solución perfecta: al no tener tierras, hacerse cargo de otra propiedad para que sus hijos tuvieran una herencia. Pero eso no era para Damon. Sabía que era un trabajo que un mayordomo medianamente capacitado podía cumplir. Sólo estaba allí para asegurarse de que ningún empleado poco escrupuloso abusara del padre de su esposa,

No le molestaba invertir un poco de tiempo en la propiedad. Su vida estaba aquí, con Ellemir, y ahora le destrozaría separarse también de Andrew o de Calista.

Para Andrew era diferente. Había crecido en un mundo bastante semejante a éste, y para él esta vida implicaba la recuperación de un mundo

que había creído perdido al marcharse de Terra. Pero Damon había empezado a preguntarse ahora si su verdadero trabajo no sería aquél para el que lo habían entrenado en la Torre.

—Tu parte y la de Ellemir —le dijo a Andrew—, es simplemente protegernos de cualquier intrusión. Si hay alguna interrupción, aunque he tratado de arreglar que no las haya, tú debes ocuparte. De todas formas, sólo tendrás que mantenerte en contacto telepático y soportarme con tu fuerza.

La tarea de Calista era más dificultosa. Al principio se había negado a participar, pero él había conseguido persuadirla, cosa que lo alegraba porque podía confiar absolutamente en la joven. Al igual que él, Calista había sido entrenada en Arilinn, y era una monitora psi capacitada que sabía con precisión lo que debía hacer. Debería vigilar las funciones vitales de Damon, asegurándose de que su cuerpo siguiera funcionando normalmente mientras su yo esencial se hallaba en otra parte.

Se la veía pálida y extraña, y él sabía que le costaba retornar a un trabajo que había abandonado para siempre no como él. por miedo o disgusto, sino porque a Calista en realidad le había resultado penoso dejarlo. Tras haber renunciado a él, no quería volver a comprometerse.

Sin embargo, Damon sabía que era el verdadero trabajo de la joven. Había nacido para eso, para eso se la había entrenado. Era una crueldad y una equivocación que una mujer no pudiera hacer ese trabajo sin renunciar a su condición de mujer. ¡Para cualquier cosa inferior al trabajo con las grandes pantallas y emisores, Calista estaría completamente capacitada aunque se casara doce veces y fuera muchas veces madre! No obstante, estaba perdida para las Torres, y también eso era una pérdida para ella. Era una idea necia, reflexionó Damon, creer que la pérdida de su virginidad podría privarla de todas las habilidades tan penosamente incorporadas, y de todos los conocimientos que había adquirido, a tan alto precio, durante todos los años pasados en Arilinn.

Pensó: *No lo creo*, y contuvo el aliento. ¡Era una blasfemia, sacrílega, impensable! Sin embargo, lanzó a Calista una mirada desafiante y pensó: *No obstante, ¡no lo creo!*

Estaba violando el tabú de la Torre al utilizarla incluso para monitorear. ¡Qué estúpido, qué terriblemente estúpido!

Por supuesto, legalmente no estaba cometiendo ninguna trasgresión. Calista, a pesar de haber declarado su intención de casarse en una ceremonia de compañeros libres, no era en realidad la esposa de Andrew. Todavía era virgen, y por lo tanto estaba capacitada... ¡Qué estupidez era todo eso! ¡Qué trágicamente estúpido!

Algo estaba mal, pensó otra vez, terrible y trágicamente mal en el concepto del entrenamiento de telépatas en Darkover. A causa de los abusos de las Épocas de Caos, a causa de los crímenes de hombres y mujeres muertos, hacía tanto tiempo que sus huesos ya se habían convertido en polvo, otros hombres y mujeres estaban condenados a una muerte en vida.

—¿Qué pasa, Damon? —preguntó Calista suavemente—. ¡Te veo tan enojado!

Él no podía explicárselo. Ella estaba todavía atada por el tabú, que era muy profundo.

—Tengo frío —dijo él, y lo dejó así. Se había abrigado con una túnica suelta, que al menos protegería su cuerpo del pavoroso frío del supramundo. Advirtió que también Calista había reemplazado sus ropas habituales por un abrigo grueso y suelto. Damon se tendió en un sillón mullido, en tanto Calista se acomodaba en un almohadón, a sus pies. Andrew y Ellemir estaban un poco más lejos, y la joven dijo:

—Cuando yo te controlé, me pediste que estuviera en contacto físico y te tomara el pulso.

—Tú no tienes entrenamiento, querida. Calista ha estado haciendo este trabajo desde que era una niña. Si tuviera que hacerlo, incluso podría monitorearme desde otra habitación. Andrew y tú sois básicamente innecesarios, aunque ayuda teneros a los dos aquí. He dado órdenes de que no lo hagan, pero si algo nos interrumpiera, los Dioses no lo quieran, la casa se incendiara o *Dom* Esteban se indispusiera y necesitara ayuda, vosotros podéis ocuparos de eso, e impedir que nos estorben a Calista y a mí.

Calista tenía su matriz en el regazo. Él advirtió que se la había ajustado a la muñeca con una cinta. Había diferentes maneras de manejar una matriz,

y en Arilinn se estimulaba a todos para que experimentaran hasta averiguar cuál era la manera que les resultaba más cómoda. También advirtió que la joven contactaba con la gema psi sin mirar físicamente la piedra, en tanto él mismo observaba las profundidades de la suya, viendo cómo las luces entraban lentamente en foco... Empezó a respirar cada vez más lentamente, percibiendo el momento en que Calista contactó con su mente, combinando las resonancias de sus dos campos corporales. Más vagamente, en la distancia, la sintió cuando incorporó a Andrew y Ellemir al contacto telepático. Por un momento disfrutó de la satisfacción que le producía tenerlos a todos a su alrededor, cerca, confirmándolo con el más íntimo vínculo conocido. En ese momento sabía que estaba más cerca de Calista que de cualquier otra persona del mundo. Más cerca que de Ellemir, cuyo cuerpo conocía tan bien, cuyos pensamientos había compartido, y que tan brevemente había alojado al hijo de ambos. No obstante, Calista estaba tan próxima a él como dos gemelos antes de nacer, y Ellemir más allá, en la distancia exterior. Más lejos, detrás de ella, percibió a Andrew, un gigante, una roca de fortaleza que les protegía, les salvaguardaba...

Sintió que los muros del refugio les circundaban con esa estructura astral, la que él había construido para trabajar con los hombres congelados. Después, con ese curioso impulso ascendente, se encontró en el supramundo y pudo *ver* los muros que cobraban forma en torno a ellos. Cuando lo había construido, con Dezi y Andrew, había parecido un refugio de viaje de rústica piedra parda, tal vez porque lo había considerado temporal. Las estructuras del supramundo eran lo que uno creía que eran. Advirtió que los rústicos ladrillos y las piedras se habían hecho tersos y brillantes, que bajo sus pies había un piso de piedra lacre parecido al del cuarto de destilación de Calista. Desde donde estaba pudo ver, con los colores verde y oro de su Dominio, algunos muebles. Según como los mirara, se veían curiosamente transparentes e insustanciales, pero sabía que si intentaba sentarse sobre ellos cobrarían fuerza y solidez. Serían cómodos y, lo que es más, proporcionarían cualquier tipo de superficie que él deseara: terciopelo o seda o piel, a voluntad. En uno de esos sillones se hallaba Calista, y también ella se veía extrañamente transparente, aunque

Damon sabía que también ella se haría más sólida a medida que permaneciera más tiempo allí. Andrew y Ellemir tenían aspecto más difuso, y vio que estaban dormidos en otro de los muebles, porque sólo estaban aquí en su propia mente, y no eran conscientes en absoluto del supramundo. Solamente sus pensamientos, que penetraban en los suyos gracias al contacto telepático que Calista había establecido con ellos, estaban fuertemente presentes. Ellos eran pasivos aquí, ya que proporcionaban toda su fuerza a Damon. Éste flotó durante un momento, disfrutando de la comodidad que le proporcionaba este círculo de respaldo, sabiendo que eso lo protegería del espantoso agotamiento que había padecido otras veces. Advirtió que Calista sostenía en las manos una serie de hebras, como una telaraña, y supo que así era como ella visualizaba el control que ejercía sobre el cuerpo de Damon que yacía en el mundo más sólido. Si su respiración se alteraba, si su circulación se veía dificultada por la posición, incluso si padecía algún escozor que pudiera entorpecer su concentración, aquí, en el supramundo, ella podría reparar el daño mucho antes de que el mismo Damon fuera consciente de él. Protegido por Calista, su cuerpo estaba seguro, detrás del refugio que les ofrecía esta construcción.

Pero no podía entretenerse aquí, y mientras se le ocurría la idea ya estaba desplazándose a través de las impalpables paredes del refugio. Sus pensamientos le permitían salir, aunque ningún extraño podría entrar jamás, y se encontró en el exterior, en la gris y chata planicie del supramundo. En la distancia pudo ver los picos de la Torre de Arilinn o, más bien, el duplicado de esa Torre en el supramundo.

Tal vez durante mil años los pensamientos de cada uno de los técnicos psi que se desplazaron por el supramundo habían creado Arilinn, como un hito seguro. ¿Por qué estaba tan lejana? Damon se lo preguntó, y después supo por qué: era la visualización de Calista, unida a la suya propia, y para ella Arilinn se hallaba sin duda muy distante. Pero aquí en el supramundo el espacio no tenía realidad y con la velocidad —literalmente— del pensamiento, Damon se encontró ante los portales de Arilinn.

Había sido despedido de aquí. ¿Podría entrar ahora si lo intentaba? Al pensarlo, se encontró dentro, de pie sobre los peldaños del patio exterior, y

Leonie se hallaba ante él, con velo.

—Sé por qué has venido, Damon. He buscado por todas partes los registros que deseas, y durante estos días he aprendido más que nunca la historia de Arilinn. Sabía, ciertamente, que en la vieja época, en los primeros días de las Torres, muchas Celadoras eran *emmascas*, de sangre *chieri*, ni hombre ni mujer. No sabía que cuando esos nacimientos se tornaron raros, ya que los *chieri* empezaron a mezclarse cada vez menos con los humanos, algunas de las primeras Celadoras fueron convertidas en neutras para asemejárseles. ¿Sabías, Damon, que no sólo se usaban como Celadoras a las mujeres neutras, sino también a algunos varones castrados? ¡Qué barbarie!

—Y además innecesaria —dijo Damon—. Cualquier técnico psi medianamente capacitado puede hacer la mayoría del trabajo de una Celadora, a costa tan sólo de unos pocos días de impotencia.

Leonie esbozó una sonrisa.

—Hay muchos hombres que creen que ese precio es demasiado alto, Damon.

Damon asintió, pensando en su hermano Lorenz, y en el desprecio que había en su voz cuando dijo de Damon: «Medio monje, medio eunuco.»

—Y en cuanto a las mujeres —dijo Leonie—, se descubrió que no era necesario que una Celadora fuera neutralizada, aunque aún no se habían descubierto las técnicas de entrenamiento que utilizamos ahora. Bastaba con fijar los canales completamente limpios para que no transportaran ningún impulso que no fueran los de la fuerza psi. De modo que se hizo eso, sin la barbarie que implicaba la neutralización. Pero en nuestra época, eso también parecía demasiada disminución para una mujer. —El rostro de Leonie mostró desprecio—. Creo que fue tan sólo el orgullo de los hombres del Comyn, quienes creían que el más precioso atributo de una mujer era su fertilidad, su capacidad de perpetuar la herencia masculina. Se pusieron susceptibles con respecto a cualquier cosa que implicara una disminución de la capacidad femenina de engendrar hijos.

—Pero eso también significó —dijo Damon, en voz baja—, que una mujer que pensara, siendo niña todavía, que deseaba ser Celadora, no debía

hacer una elección para toda la vida antes de saber lo que eso implicaba.

Leonie descartó la observación.

—Tú eres hombre, Damon, y no espero que lo comprendas. Eso se hizo para ahorrarles a las mujeres la pesada carga de la elección. —De repente su voz se quebró—. Acaso no crees que yo hubiera preferido que todo eso se me ahorrara en la infancia, en vez de pasarme toda la vida aprisionada, sabiendo que yo misma tenía la llave de mi cárcel, y que sólo mi juramento, mi honor, mi palabra de Hastur me mantenían así...así...aprisionada—. Damon no pudo saber si era el dolor o la furia lo que le hacía temblar la voz —. Si yo hubiera triunfado, si los hombres del Comyn no estuvieran tan preocupados por la preciosa fertilidad de sus mujeres, cualquier joven que llegara a la Torre sería neutralizada de inmediato, y viviría feliz su vida de Celadora, libre de la carga de la femineidad. Estaría libre del dolor y de los eternos recordatorios de la elección... del hecho de no poder elegir para siempre y de tener que hacer la misma elección cada día de su vida.

—¿Las convertirías en esclavas perpetuas de la Torre?

La voz de Leonie fue casi inaudible, pero a Damon le sonó como un grito.

—¿No crees que somos esclavas?

—Leonie, Leonie, si eso era lo que sentías, ¿por qué lo soportaste durante todos estos años? Había otras que podrían haberte aliviado de esa carga cuando se hizo demasiado pesada para ti.

—Soy una Hastur —dijo ella—, y juré que no me descargaría de ese peso hasta que no hubiera entrenado a alguien que pudiera llevarlo. ¿Crees que no lo intenté? —Le miró directamente a los ojos y Damon se puso tenso con el recuerdo de la angustia, pues en el supramundo ella era tal como los pensamientos del hombre la concebían, y era la Leonie de sus primeros años en la Torre la que se hallaba ante él. El nunca sabría si algún otro hombre la había creído bella, pero para él era infinitamente bella, deseable y sostenía todas las cuerdas de su alma en sus manos esbeltas... Se volvió, debatiéndose para verla solamente como la había visto la última vez, en su boda: como a una mujer calmada, madura, controlada, más allá de la furia o la rebelión.

—Creí que estabas satisfecha con el poder y la reverencia, Leonie, con el lugar más encumbrado de todos, igual al de un señor del Comyn... Leonie de Arilinn, Dama de Darkover.

Ella habló, y sus palabras parecieron provenir de una distancia inmensa.

—Si tú hubieras percibido mi rebelión, Damon, yo habría sido un fracaso. Mi vida misma, mi cordura, mi puesto de Celadora, dependían de eso, de que apenas lo supiera yo misma. Sin embargo, intenté una y otra vez que alguien ocupara mi lugar, para poder desprenderme de una carga que era demasiado pesada para mí. Siempre que entrenaba a una Celadora, alguna otra Torre descubría que su propia Celadora había decidido abandonarla, o que su entrenamiento había fracasado y que debía marcharse para casarse. Eran una buena banda de mujeres débiles e irresolutas, y ninguna de ellas tenía la fuerza necesaria para resistir. Yo era la única Celadora de los Dominios que había sostenido esa responsabilidad durante más de veinte años. Y cuando empecé a envejecer, tres veces cedí mi sucesora, dos veces a Dareleuth y una vez a Neskaya, y yo, que había entrenado una Celadora para cada una de las Torres de los Dominios, sólo deseaba entrenar a una para Arilinn, para poder descansar. Tú estabas allí, Damon, y viste lo ocurrido. Seis jóvenes, cada una de ellas con el talento suficiente para actuar como Celadoras. Pero tres eran ya mujeres y, jóvenes como eran, ya habían experimentado algún tipo de despertar sexual. Sus canales ya estaban diferenciados y no podían transportar frecuencias tan intensas, aunque dos de ellas se convirtieron más tarde en monitoras y técnicas de Arilinn y Neskaya. Entonces empecé a elegir niñas cada vez más jóvenes, casi criaturas. Me aproximé al éxito en el caso de Hilary. Dos años trabajó conmigo como Subceladora, *rikhi*, pero tú sabes lo que soportó, y al fin sentí que debía compadecerme de ella y permitirle que se marchara. Después Calista...

—Y te aseguraste de que *ella* no fracasara —dijo Damon, enfurecido—. ¡Alteraste sus canales para que no pudiera maduran

—Soy Celadora —dijo Leonie con ira—, ¡y sólo soy responsable ante mi propia conciencia! Y ella dio su consentimiento a lo que hicimos.

¿Acaso yo podía prever que su fantasía acabaría por caer sobre ese *terrano*, y que su juramento no significaría nada para ella?

Ante el silencio acusador de Damon, agregó, a la defensiva:

—¡Y aun así, Damon, la amo y no puedo soportar que no sea feliz! Si hubiera sabido que era tan sólo una fantasía infantil, la habría traído de regreso a Arilinn, conmigo. Le hubiera dado tanto amor y ternura que nunca habría echado de menos a su amante terrano. Y sin embargo... sin embargo... ella me hizo creer...

En los fluidos niveles del supramundo, Damon pudo ver y compartir con Leonie la imagen que ésta había visto en la mente de Calista: Calista en brazos de Andrew, agotada y vulnerable, mientras él la sacaba de las cuevas de Corresanti.

Ahora que la había visto, aunque sólo fuera reflejada en la mente de Leonie, tal como la joven podría haber sido, sin daño, sin cambio, y tras haberla visto una vez así, supo que no estaría satisfecho mientras no volviera a verla en ese estado.

—No puedo creer —dijo con voz suave— que le hayas hecho esto si no creías que podías remediarlo de algún modo.

—Soy una Celadora —repitió ella, con rebeldía—, y sólo soy responsable ante mi propia conciencia.

Eso era verdad. Según la ley de las Torres, una Celadora era infalible, y su palabra era ley en lo referido a cada uno de los miembros del círculo. No obstante, Damon insistió.

—Si era así, ¿por qué no la neutralizaste y acabaste con el asunto?

Ella quedó en silencio.

—Hablas de ese modo porque eres hombre, Damon —dijo finalmente —, y para ti una mujer no es más que una esposa, un instrumento necesario para darte hijos, para perpetuar tu preciosa herencia Comyn. Yo tengo otros propósitos, Damon. Estaba muy cansada, y sentí que no soportaba gastar toda mi fuerza y mi energía, poner en ella todo mi corazón durante años y años para después observar su despertar y verla marcharse en los brazos de algún hombre. O, como en el caso de Hilary, verla enfermar y sufrir las torturas de un alma condenada con cada luna. ¡No fue egoísmo, Damon! La

amé como nunca amé a Hilary. Sabía que ella no fracasaría, pero temí que fuera demasiado fuerte para ceder, incluso si le tocaba un sufrimiento tan grande como el de Hilary, temía que lo tolerara... como lo hice yo, Damon... año tras año. De modo que le ahorré todo eso, y tenía el derecho de hacerlo. —Y agregó, desafiante—: ¡Yo era su Celadora!

—¡Y le quitaste el derecho de elegir!

—Ninguna mujer del Comyn tiene elección —dijo Leonie en un susurro —, verdadera elección. Yo no elegí ser Celadora, ni que me enviaran a una Torre. Era una Hastur y ése era mi destino, así como el destino de mis compañeros de juego era casarse y darles hijos a sus clanes. Y no era irrevocable. Cuando era niña conocí a una mujer que había pasado por ese tratamiento, y ella me dijo que era reversible. Me dijo que era legal, a diferencia de la neutralización, pues así la mujer podía ser reclamada, si sus padres así lo decidían, para comprometerla en uno de esos matrimonios dinásticos tan queridos a los corazones del Comyn... ¡Y no había riesgo de disminuir la preciosa fertilidad de una hija del Comyn! —El sarcasmo en su voz era tan intenso que Damon vaciló.

—Es reversible... ¿cómo? —demandó—. Calista no puede vivir así, sin ser libre y sin ser tampoco una Celadora.

—No lo sé —dijo Leonie—. Cuando se hizo, nunca creí que tuviera que revertirse alguna vez, de modo que no planifiqué nada. Pero me alegró... en la medida que algo así podía alegrarme, claro, cuando ella me dijo que mi trabajo no había sido tan bueno como creí. —Una vez más Damon compartió con ella la breve visión de Calista en brazos de Andrew, mientras él la sacaba de Corresanti—. Pero parece que Calista se equivocó.

Leonie parecía agotada, exhausta.

—¡Damon, Damon, déjala volver con nosotros! ¿Es algo tan malo que sea Dama de Arilinn? ¿Por qué debe renunciar a eso para ser la esposa de un *terrano* y parir sus mocosos mestizos?

Damon respondió con voz temblorosa.

—Si ella deseara ser la Dama de Arilinn, yo daría mi vida defendiendo su derecho a serlo. Pero ella ha elegido otra cosa. Es la esposa de un hombre honorable, a quien me enorgullezco de llamar mi hermano, y no

quiero ver destruida su felicidad. Pero aunque Andrew no fuera mi amigo, defendería el derecho que tiene Calista a disponer de su vida como se le antoje. A renunciar al título de Dama de Arilinn y, si lo desea, a ser la esposa de un carbonero del bosque, o de tomar la espada, como su antecesora Lady Bruna, y comandar los Guardias en lugar de su hermano. ¡Es su vida, Leonie, no la mía ni la tuya!

Leonie ocultó el rostro entre las manos. Cuando habló, su voz sonó ahogada.

—Que así sea entonces. Ella tendrá elección, aunque yo no tuve ninguna, aunque tú no tuviste ninguna. ¡Elegirá lo que los hombres de Darkover han designado como la única vida adecuada para una mujer! Y soy yo quien deberá sufrir por su elección, cargando con el peso de Arilinn hasta que Janine sea lo suficientemente fuerte y grande para llevarlo. —Su rostro estaba tan envejecido y demacrado que Damon se alejó de ella.

Pero pensó que para ella no era una verdadera carga. Tal vez antes habría deseado deshacerse de ella. Pero ahora no tenía otra cosa y para ella era muy importante tener sobre todos ellos el poder de vida y muerte, sobre todos ellos, pobres desdichados, que daban sus vidas a las Torres. ¡Él sabía que para ella significaba mucho que Calista tuviera que venir a rogarle aquello que le pertenecía por derecho propio!

—Esa ha sido siempre la ley —dijo él, con voz dura—. Te he oído decir que la vida de una Celadora es demasiado dura para aceptarla involuntariamente. Y siempre ha ocurrido: una Celadora es liberada cuando ya no puede cumplir con su trabajo de manera segura. Dijiste, y es verdad, que eres una Celadora y que sólo eres responsable ante tu propia conciencia. ¡Pero qué es ser una Celadora, Leonie, si su conciencia no te exige la honestidad digna de una Celadora, o de una Hastur!

Se produjo otro largo silencio.

—Te doy mi palabra de Hastur, Damon, de que no sé cómo se revierte. Toda mi investigación de los registros me informó tan sólo de que cuando esto se hacía comúnmente, en la antigüedad, después de que las Torres dejaron de neutralizar a sus Celadoras para que la sagrada fertilidad de una Comynara no sufriera ni siquiera en teoría, esas Celadoras eran enviadas a

Neskaya. De modo que investigué los registros de allí. Theolinda, en Neskaya, me dijo que todos los manuscritos fueron destruidos cuando Neskaya fue quemada hasta los cimientos, durante las Épocas de Caos. Y así, aunque todavía siento que Calista debería regresar a nosotros, hay una única manera posible de redescubrir lo que podemos hacer por ella. Damon, ¿sabes lo que significa Búsqueda Temporal?

El sintió un curioso estremecimiento, un escalofrío, como si la textura misma del supramundo temblara bajo sus pies.

—Había oído decir que también esa técnica se había perdido.

—No, pues yo lo he hecho —dijo Leonie—. Se había desviado el curso de un río, y todas las granjas y aldeas próximas estaban amenazadas por la sequía o la inundación, y el hambre. Yo hice una Búsqueda Temporal para averiguar precisamente por dónde había fluido cien años atrás, para poder volverlo a su curso intentando que fluyera por su canal natural. No fue fácil. —Su voz sonó leve y temerosa—. Y tú tendrás que ir más atrás que yo. Tendrás que retroceder hasta antes del incendio de Neskaya, durante las rebeliones contra los Hastur. Fue una mala época. ¿Crees que podrás llegar a ese nivel?

—Puedo trabajar en muchos niveles del supramundo —dijo Damon lentamente—. Hay otros, por supuesto, a los que no tengo acceso. No sé cómo llegar al nivel en el que puede hacerse una Búsqueda Temporal.

—Yo puedo guiarte hasta allí —dijo Leonie—. Sabes, por supuesto, que los supramundos son tan sólo una serie de convenciones. Aquí en este mundo es más fácil visualizar tu cuerpo físico desplazándose por una planicie de espacio gris, con formas ideales a modo de hitos —señaló la forma penumbrosa de Arilinn que se erguía detrás de ellos—, que acercarse a la verdad, que es que tu mente es una tenue red de intangibles deseos que se desplazan dentro de un mundo de abstracciones. Por supuesto, aprendiste eso durante tu primer año en la Torre. Es posible, por supuesto, que el supramundo esté más cerca de la realidad objetiva del universo que el mundo de la forma, lo que llamas el mundo real. Sin embargo, cualquier buen técnico puede ver allí, a voluntad, que los cuerpos son redes de átomos y energías giratorias y campos magnéticos.

Damon asintió, sabiendo que era verdad.

—No es fácil que alejes tu mente de los convencionalismos a los que llamas mundo real para liberarte del tiempo tal como lo conoces. Probablemente, el tiempo mismo no sea más que una forma de estructurar la realidad de modo que nuestros cerebros puedan darle algún sentido —dijo Leonie—. Probablemente en la realidad última del universo, con respecto a la cual nuestras experiencias son aproximaciones, tal vez no exista una experiencia del tiempo como secuencia, sino que el pasado y el presente y el futuro existen juntos como un todo caótico. En un nivel físico, y por supuesto eso incluye el nivel en el que nos hallamos ahora, el mundo de las imágenes, donde nuestra visualización recrea constantemente el mundo que preterimos ver a nuestro alrededor, nos resulta más fácil viajar siguiendo una secuencia personal desde lo que llamamos pasado al presente y al futuro. Pero en realidad, incluso un organismo físico existe probablemente de manera íntegra al mismo tiempo, y su desarrollo biológico, desde el embrión hasta la senilidad y la muerte es meramente otra de sus dimensiones, como la longitud. ¿Te estoy confundiendo, Damon?

—No mucho, prosigue.

—En el nivel de la Búsqueda Temporal todo ese concepto de secuencia lineal desaparece. Tú mismo debes crearlo para no perderte en la caótica realidad, y debes anclarte de algún modo para que tu cuerpo físico no se retrotraiga a través de las resonancias. Es como vagar con los ojos vendados en un laberinto de espejos. Preferiría hacer cualquier cosa en este mundo antes que intentarlo otra vez. Sin embargo, me temo que sólo por medio de una búsqueda en el tiempo como la que te digo, puedas hallar una respuesta para Calista. Damon, ¿*debes* arriesgarte a eso?

—Debo hacerlo, Leonie. Hice la promesa a Calista. —No quería decirle a Leonie en qué grado extremo había hecho esa promesa, ni contarle la agonía que la joven había soportado, aunque le hubiera resultado más sencillo morir si no hubiera confiado en su promesa—. No soy un Hastur, pero no traicionaré mi palabra.

Leonie suspiró profundamente.

—Yo soy una Hastur —dijo—, y Celadora, responsable de todos los que han jurado ante mí, hombres y mujeres. Ahora siento que si a mí me correspondiera elegir, ninguna mujer recibiría entrenamiento de Celadora si no consintiera en ser neutralizada, tal como se hacía en las viejas épocas. Pero el mundo marchará como quiera, no como me parezca a mí. Me haré responsable, Damon, aunque no puedo asumir toda la responsabilidad. Soy la única Celadora sobreviviente en Arilinn. Neskaya está frecuentemente fuera de los emisores porque Theolinda no es lo bastante fuerte, y Dalereuth está utilizando un círculo de mecánicos sin Celadora, de modo que me siento culpable por conservar a Janine a mi lado en Arilinn. Tal como están las cosas, no podemos entrenar suficientes Celadoras, Damon, y las que sí entrenamos suelen perder sus poderes cuando son todavía jóvenes. ¿Te das cuenta por qué necesitamos tan terriblemente a Calista, Damon?

Era un problema sin respuesta, pero Damon no aceptaría que Calista fuera convertida en un mero instrumento, y Leonie lo sabía. Ella dijo finalmente, como preguntándoselo:

—¡Cómo debes amarla, Damon! Tal vez debí habértela entregado a ti.

—¿Amor? —replicó Damon—. No en ese sentido, Leonie. Aunque es muy querida para mí por su gran coraje, que es lo que más admiro en los demás.

—¿Tú tienes poco coraje, Damon? —Leonie quedó en silencio durante largo rato y él vio que su imagen se hacía borrosa como ocurría con las olas de calor en el desierto que estaba más allá de las Ciudades Secas—. Damon, oh, Damon, ¿acaso he destruido a todos los que amo? Sólo ahora advierto que te hice daño, tal como dañé a Calista...

Dentro de Damon, ese sonido resonó como un eco atemporal. *¿He destruido a todos los que amo? ¿A todos los que amo, a todos los que..., a todos los que amo?*

—Dijiste que era por mí bien que me despedías de Arilinn, Leonie, que yo era demasiado sensible, que el trabajo me destruiría. —Había vivido con esas palabras durante años, se había ahogado en ellas, las había tragado amargamente, odiándose a sí mismo por vivir para escucharlas o para

repetirlas. Nunca se le ocurrió dudar de ellas, ni por un instante... era la palabra de una Celadora, de una Hastur.

Atrapada, ella gritó:

—¿Qué otra cosa podría haberte dicho? —Y después, en un grito agónico—: ¡Algo está mal, terriblemente mal, en nuestro sistema para entrenar a los trabajadores psi! ¿Cómo puede estar bien sacrificar vidas enteras de esta manera? ¡La de Calista, la de Hilary, la tuya! —Y agregó, con indescriptible amargura—: La mía.

Si ella hubiera tenido el coraje, pensó Damon amargamente, o la honestidad de decirle la verdad, de decirle «uno de los dos debe marcharse, y yo soy Celadora y debo quedarme», él hubiera perdido Arilinn, sí, pero no se hubiera perdido a sí mismo.

Pero ahora había recuperado algo que había perdido cuando le despidieron de la Torre. Estaba entero otra vez, no destrozado como cuando Leonie le expulsó y él se creyó débil, inútil, alguien que no era lo suficientemente fuerte como para afrontar el trabajo que había elegido.

Algo estaba terriblemente mal en el sistema de entrenamiento de los trabajadores psi. Ahora hasta Leonie lo advertía.

Estaba consternado por la tragedia que veía en los ojos de Leonie.

—¿Qué quieres de mí, Damon? —susurró ella—. ¿Por qué estuve a punto de destruir tu vida por culpa de mi debilidad, mi honor de Hastur me obligará ahora a soportar sin una queja que tú destruyas mi vida en este momento?

Damon agachó la cabeza. Su prolongado amor, el sufrimiento que había logrado dominar, el amor que había creído desaparecido años atrás, le hicieron sentir compasión. Aquí, en el supramundo, donde ningún indicio de pasión física podía ser peligroso para el gesto o el pensamiento, tendió los brazos hacia Leonie y, tal como había anhelado hacer durante muchos años desesperanzados, la tomó en sus brazos y la besó. No importaba que sólo fueran imágenes, que en el mundo real estuvieran a diez días de distancia, que ella pudiera responder a su pasión tanto como Calista. Nada de eso importaba. Era un beso de amor tan desesperado como nunca lo había dado, como nunca volvería a darle a ninguna mujer viviente. Por un

momento la imagen de Leonie onduló y fluyó hasta convertirse otra vez en la joven Leonie, radiante, casta, intocable, la Leonie por cuya presencia él se había desesperado durante tantos años solitarios, angustiados, y por la que se había atormentado por la culpa de desearla.

Después volvió a ser la Leonie de hoy, demacrada, gastada, ajada por el tiempo, que lloraba con un sonido desgarrador que a él le rompía el corazón.

—Vete ahora, Damon —susurró—. Vuelve después del Solsticio de Invierno y te guiaré hasta donde puedas buscar en el tiempo el destino de Calista y el tuyo. ¡Pero ahora, si queda algo de compasión en ti, vete!

El supramundo se estremeció como azotado por una tormenta, se desvaneció en la penumbra, y Damon se encontró de regreso en su habitación de Armida. Calista le miraba consternada y preocupada. Ellemir susurró:

—Damon, mi amor, ¿por qué lloras?

Pero Damon sabía que no podía responder.

Era innecesario, por Cassilda y por todos los Dioses. Era innecesario todo ese sufrimiento, el suyo, el de Calista. Pobre pequeña Hilary. Pobre Leonie. Y sólo la piadosa Avarra sabía cuántas vidas, cuántos telépatas de las Torres de los Dominios estaban condenados a sufrir...

Hubiera sido mejor para el Comyn, mejor para todos ellos, pensó con desesperación, si en las Épocas de Caos cada hijo de Hastur y Cassilda se hubiera hecho pedazos, y con ellos también sus piedras estelares. ¡Pero debía haber alguna manera de poner fin a tantos sufrimientos!

Se aferró desesperadamente a Ellemir, tendió la mano más allá para asir las de Andrew, las de Calista. No era suficiente. Nada sería jamás suficiente para borrar de su conciencia toda esa desdicha. Pero mientras ellos estuvieran en torno a él, próximos, él podría soportarla. Por ahora. Tal vez.

OceanofPDF.com

14

Dom Esteban les había pedido que postergaran el trabajo psi hasta después del Solsticio de Invierno y de que se terminaran las tareas de reparación de los daños ocasionados por la tormenta, Damon agradeció el respiro, aun cuando estaba enfermo de aprensión y necesitaba que todo se solucionara de una vez por todas. Sabía que en gran parte, todo dependería del clima. Si había otra tormenta, el festival del Solsticio de Invierno se celebraría solamente con la gente de la casa, pero si el tiempo era bueno, vendrían todas las personas que vivieran a un día de distancia, y muchos de ellos se quedarían a pasar la noche. La víspera del Solsticio de Invierno amaneció un día claro y agradable, y Damon vio que *Dom* Esteban estaba visiblemente satisfecho. Damon se sintió avergonzado de su propia reticencia. Una interrupción del aislamiento invernal significaba mucho en las Kilghard Hills, y más aún para un anciano, inválido y atado a su silla de ruedas. Durante el desayuno, Ellemir charló alegremente sobre los planes para el festival, con espíritu festivo.

—Pondré a las jóvenes de la cocina a hornear las tortas del festival, y alguno de los hombres debería cabalgar hasta el Valle del Sur a pedirles al viejo Yashri y a sus hijos que vengan a tocar para el baile. Y si son muchos los que se quedan a dormir, deberemos abrir y ventilar todos los cuartos de huéspedes. Y supongo que la capilla debe estar vergonzosamente sucia y llena de polvo. No he estado allí abajo desde... —Se interrumpió y desvió la vista, y Calista dijo rápidamente:

—Yo atenderé la capilla, Elli, pero ¿no haremos un fuego? —Miró a su padre.

—Me atrevería a decir —dijo *Dom* Esteban— que es una necedad, en esta época, encender un fuego solar. —Miró a Andrew con las cejas alzadas, como si, pensó Damon, esperara que el joven se mofara. Pero Andrew dijo:

—Aparentemente, señor, parece ser una de las más universales costumbres humanas, en todos los mundos, la de tener algún tipo de festival del Solsticio de Invierno que señale el regreso del sol después de la noche más larga, y alguna forma de festival de Verano durante el día más largo.

Damon nunca se había considerado un hombre sentimental, se había entrenado duramente para enterrar el pasado; sin embargo, ahora recordaba los inviernos que había pasado en Armida, como amigo de Coryn. Solía permanecer de pie junto a Coryn durante el festival del Solsticio de Invierno, con todas las jóvenes alrededor, pensando que si alguna vez tenía una familia propia conservaría esta costumbre. Su suegro captó el recuerdo y alzó los ojos, sonriendo a Damon.

—Creí que todos los jóvenes —dijo con voz burlona— consideraban que todo esto era una tontería pagana que sería mejor olvidar, pero si alguien puede llevar mi silla hasta el patio, podremos encenderlo, si es que hay suficiente sol. Damon, no puedo ir a elegir el vino para la fiesta, así que aquí tienes la llave de la bodega. Rhodri dice que el vino fue bueno este año, a pesar de que yo no me ocupé de eso.

Andrew regresaba de su diaria inspección de los caballos de montar cuando Calista le interpeló.

—Ven conmigo y ayúdame a atender la capilla. Ningún sirviente puede ocuparse de eso, sino sólo aquellos relacionados por sangre o por matrimonio con el Dominio. Nunca has estado allí.

Andrew no conocía la capilla. La religión no parecía desempeñar un papel importante en la vida cotidiana de los Dominios, al menos en Armida.

Calista se había puesto un enorme delantal, y mientras bajaban las escaleras le explicó:

—Cuando era niña, ésta era mi única tarea; Dorian y yo solíamos ocuparnos de la capilla durante los festivales. Nunca se lo permitían a Elli, porque era demasiado ruidosa y solía romper cosas.

Era fácil imaginar a Calista como una niñita seria, a quien confiaban el manejo de las cosas más frágiles y valiosas, con la seguridad de que no las rompería. Mientras entraban en la capilla, la joven añadió:

—No he estado en casa para el festival desde que me marché a la Torre. Y ahora Dorian está casada y tiene dos hijitas... tampoco las he visto nunca... y Domenic está en Thendara comandando la Guardia, y mi hermano menor en Nevarsin. No he visto a Valdir desde que era un bebé de pecho. No creo que vuelva a verle hasta que sea adulto. —Se detuvo y experimentó un súbito estremecimiento, como si hubiera visto algo que la asustara.

—¿Dorian es parecida a ti y a Elli?

—No, no mucho. Es rubia, como muchos Ridenow. Todos decían que era la belleza de la familia.

—No me gustaría pensar que toda tu familia tiene mala vista —dijo Andrew, riéndose, y ella se sonrojó, conduciéndole al interior de la capilla.

En el centro había un altar cuadrado, una mole de translúcida piedra blanca. Parecía muy antiguo. Sobre las paredes de la capilla había antiguas pinturas. Calista las señaló, explicando dulcemente:

—Éstos son los Cuatro, los antiguos Dioses: Aldones, el Señor de la Luz; Zandru, que hace el mal en la oscuridad; Evanda, señora de la primavera y de las cosas que crecen; y Avarra, la oscura madre del nacimiento y la muerte.

La joven tomó una escoba y empezó a barrer la habitación, que estaba, sin duda, muy polvorienta. Andrew se preguntó si la joven creería en esos dioses, o si su observancia religiosa sería meramente formal. Tal vez el desprecio que ella sentía por la religión fuera diferente de lo que él suponía.

—No estoy segura de lo que creo —dijo ella, vacilando—. Soy una Celadora, una *tenerésteis*, una mecánica. Se nos enseña que el orden del

universo no depende de ninguna deidad, y sin embargo. .. y sin embargo quién sabe si no fueron los dioses los que ordenaron las leyes según las cuales las cosas son como son, esas leyes que no podemos dejar de obedecer.

Permaneció inmóvil durante un momento, y después fue a barrer un rincón, pidiéndole a Andrew que la ayudara a recoger el polvo, a colocar los pequeños platos y vasijas sobre el altar. En un nicho de la pared había una estatua muy antigua de una mujer con velo, rodeada de cabezas de niños rústicamente esculpidas en piedra azul.

—Tal vez sea supersticiosa, después de todo —dijo Calista en voz baja —. Esta es Cassilda, llamada la Bendita, que dio un hijo a Lord Hastur, el hijo de la Luz. Dicen que de sus siete hijos descienden los Siete Dominios. No tengo idea de si ese relato es cierto, o sólo una leyenda, un cuento de hadas, o recuerdo distorsionado de alguna vieja verdad, pero las mujeres de nuestras familias hacemos ofrendas... —Quedó en silencio, y entre el polvo del altar, Andrew vio un ramo de flores, que se había marchitado allí.

La ofrenda de Ellemir, cuando pensó que le daría un hijo a Damon.

En silencio, Andrew rodeó con el brazo la cintura de Calista, sintiéndose más cerca de ella que en cualquier otro momento desde aquella espantosa noche de la catástrofe. Eran muchos y extraños los hilos que constituían la urdimbre de un matrimonio... Los labios de ella se movían, y Andrew se preguntó si estaría orando. Después, ella levantó la cabeza, suspiró y tomó el ramo marchito entre sus dedos, dejándolo caer con ternura sobre la pila de basura.

—Vamos, debemos limpiar todas esas vasijas y preparar el altar para que arda allí el fuego nuevo. Debemos fregar todos esos candelabros... ¿Cómo han dejado toda esa cera vieja aquí desde el año pasado, me pregunto? —Una vez más su voz estaba colmada de alegría—. Ve hasta el pozo, Andrew, y trae un poco de agua fresca.

A mediodía, el enorme disco rojo del sol brillaba esplendoroso, sin una nube, y dos o tres de los Guardias más fuertes transportaron a *Dom* Esteban al patio, mientras Damon se ocupaba de acomodar el espejo, la lupa y las maderitas que atizarían el fuego preparado en la antigua vasija de piedra. Se

podía oler el incienso balsámico que Calista había quemado en el altar interior y Damon, al contemplar a Calista y Ellemir, casi pudo verlas de niñas, con sus vestidos de tartán, el pelo ensortijado sobre las mejillas, solemnes y educadas. A veces, Dorian solía traer su muñeca a las ceremonias —no podía recordar haber visto alguna vez a Calista o Ellemir con una muñeca. El y Coryn solían permanecer junto a *Dom* Esteban durante esta ceremonia. Ahora el anciano no podía arrodillarse junto a la vasija del fuego, y fue Damon quien sostuvo la lupa y se quedó esperando mientras el brillante foco de luz se desplazaba sobre las maderitas y las resinas, elevando una fina columna de humo fragante. Tras largo tiempo el hogar crujió, encendiéndose mientras se elevaba el humo. Después, una chispa roja brotó del resplandor del sol reflejado en el espejo, y una llamita surgió en el centro del humo. Damon se acuclilló junto a la vasija, avivando la llama, alimentándola cuidadosamente con ramitas de resina y astillas hasta que creció, acompañada de hurras y gritos de estímulo por parte de los observadores. Le entregó la vasija con el fuego a Ellemir, quien la transportó hasta el altar. Después, riendo e intercambiando buenos deseos y saludos, todos empezaron a abandonar el patio, pasando uno a uno ante la silla del anciano para recibir sus regalos. Ellemir, de pie al lado de su padre, los entregaba: eran barritas de plata y a veces de cobre. En unos pocos casos —el de los criados más apreciados—, entregaba certificados que les daban posesión de ganado o de otros bienes. Calista y Ellemir se agacharon, por turno, para besar a su padre y desearle felicidades. *Dom* Esteban regaló a sus hijas valiosas pieles que podrían convertir en capas de viaje para el clima más frío.

Su regalo para Andrew fue un equipo de navajas guardadas en un estuche de terciopelo. Las navajas estaban hechas de alguna liviana aleación de metales, y Andrew advirtió que, en un planeta como Darkover, escaso en metales, el regalo era muy preciado. Se inclinó, sintiéndose torpe, y besó al anciano, sintiendo las mejillas con patillas con una curiosa sensación de calidez, de pertenencia.

—Te deseo un buen festival para ti, hijo, y un gozoso Año Nuevo.

—Lo mismo digo, padre —dijo Andrew, deseando poder pensar en palabras más elocuentes. De todos modos, sintió como si estuviera avanzando un paso más hacia su destino, el de encontrar aquí su lugar. Calista le apretó la mano, y ambos entraron en la casa para los preparativos de la fiesta que se llevaría a cabo más tarde.

Durante toda la tarde llegaron huéspedes de las granjas, de las pequeñas propiedades cercanas, muchos de los cuales habían sido invitados a la boda. Al ir a vestirse para la cena, Damon descubrió que había sido exiliado de su mitad de la suite. Ellemir le condujo a las habitaciones que compartían Andrew y Calista.

—Le he dado nuestras habitaciones a la gente de Syrtis —le explicó—. A Lorenz y Caitlia y a sus hijas. Tú y yo pasaremos la noche aquí, con Andrew y Calista. Aquí tengo tus ropas de fiesta.

Andrew, que compartía las atestadas habitaciones con Damon, con espíritu festivo decidió poner más bajo el espejo para que su amigo, más pequeño, alcanzara a verse en él. El mismo se agachó tocándose el pelo que había crecido sobre su nuca.

—Necesito que alguien me corte el pelo —dijo Andrew, y Damon se rió.

—No eres un Guardia ni un monje, así que no lo querrás más corto de lo que lo tienes, ¿verdad?

El pelo de Damon estaba cuidadosamente cortado a la altura del cuello; Andrew se encogió de hombros. Las costumbres y las vestimentas eran completamente relativas. Su propio pelo le parecía ahora terriblemente largo, descuidado e incómodo, y sin embargo era más corto que el de Damon. Al afeitarse con las navajas nuevas, se preguntó por qué, en un planeta tan frío como Darkover, sólo los ancianos tenían barba para protegerse del clima. Pero en fin, muchas veces las tradiciones no tenían sentido.

Abajo, al ver todo el salón adornado con ramas verdes y las tortas especiadas que olían de manera parecida al pan de jengibre de las Navidades terranas, todo le pareció intensa y dolorosamente semejante a una de las celebraciones de su infancia, en Terra. La mayoría de los

invitados eran personas que ya había conocido en su boda. Todo el mundo bailaba, y se bebía tanto que eso sorprendió a Andrew, que había creído que los montañeses de Darkover eran gente sobria. Eso le dijo a Damon, y su cuñado asintió:

—Lo somos. Por eso sólo nos dedicamos a la bebida en ocasiones especiales, y esas ocasiones no son muy frecuentes. De modo que aprovéchalas. ¡Bebe, hermano! —Damon estaba siguiendo su propio consejo al pie de la letra, y ya estaba medio ebrio.

También hubo algunos de los ruidosos juegos y bazuquees que Andrew recordaba de su boda. Recordó también algo que había leído años atrás, acerca de que las sociedades urbanas, que tenían muchos momentos de ocio, desarrollaban diversiones muy sofisticadas, que eran innecesarias para los escasos momentos de ocio que gozaban las personas que pasaban gran parte de su tiempo dedicadas a pesados trabajos manuales. Al recordar, además, lo que había escuchado en ciertos lugares de su propio mundo, acerca de que los esforzados granjeros pasaban el tiempo con lo que más tarde se considerarían juegos de niños —pescar manzanas, o la gallinita ciega—, advirtió que debería haber imaginado esto. Incluso aquí, en la Casa Grande, había mucho trabajo duro y los festivales como éste eran escasos, de modo que si los juegos le parecían infantiles era por su culpa, no por culpa de estos granjeros trabajadores. La mayoría de los hombres tenían manos callosas, que delataban pesadas tareas físicas, incluso en el caso de los más nobles y distinguidos. Sus propias manos estaban endurecidas como nunca desde que había dejado el rancho de Arizona, a los diecinueve años. También las mujeres trabajaban, pensó, recordando los días que Ellemir se pasaba supervisando las cocinas, y las largas horas que Calista pasaba en el cuarto de destilación y en los invernaderos. Las dos se unieron alegremente a la danza y a los juegos simples. Uno de ellos era parecido a la gallinita ciega, en el que un hombre y una mujer tenían los ojos vendados y eran obligados a buscarse entre la multitud.

Cuando empezó el baile, Andrew fue muy requerido. Descubrió el motivo cuando un joven todavía adolescente arrastró a Calista a la danza,

diciéndole a su pareja anterior, una muchacha que no parecía tener más de catorce años:

—¡Si bailo con una recién casada en el Solsticio de Invierno, me casaré antes de que termine el año!

La chica: una niña en realidad, vestida con una prenda floreada, y el pelo rizado sobre las mejillas, se acercó a Andrew, diciéndole con una sonrisa picara destinada a ocultar su timidez:

—¡Bien, entonces yo bailaré con el novio!

Andrew permitió que la niña le condujera a la pista de baile, advirtiéndole que no era buen bailarín. Más tarde volvió a verla, en un rincón junto al joven que quería casarse ese año, besándose con lo que le pareció una pasión muy poco infantil.

A medida que transcurría la noche empezaron a reunirse muchas parejas en los rincones, y había otras que se iban a la parte más oscura y externa del salón. *Dom* Esteban se emborrachó mucho, y finalmente lo llevaron a la cama, sin sentido, Uno a uno los huéspedes se marcharon, o se despidieron dando las buenas noches antes de ser escoltados a sus habitaciones. La mayoría de los criados se habían unido a la fiesta y estaban tan borrachos como los invitados, ya que no tenían por delante una larga cabalgata en el frío exterior. Damon se había quedado dormido sobre un banco del Gran Salón, y roncaba. Ya había la penumbra anterior al alba cuando miraron el Gran Salón, lleno de ramas marchitas, botellas y copas desparramadas, refrescos y dulces, y advirtieron que sus deberes de anfitriones habían concluido y podían irse a la cama. Al cabo de unos pocos esfuerzos por despertar a Damon, que masculló algo, lo dejaron allí y se fueron arriba sin él. Andrew estaba atónito. Incluso en su boda, Damon había bebido muy poco. Bien, incluso un hombre sobrio tenía derecho a emborracharse en Año Nuevo, supuso.

En las habitaciones que las dos parejas debían compartir esa noche a causa de los huéspedes, sintió una terrible frustración, intensificada por su estado de semiebriedad, una frustración amorosa, una desilusión. Era una vida infernal, esto de estar casado y tener que dormir solo. Un matrimonio infernal, hasta ahora, y con lo que le parecía una distorsión de fiesta

navideña. Se sentía deprimido, sombrío. Tal vez, al estar Damon borracho, Ellemir... pero no, las mujeres se habían acostado juntas en la cama grande, tal como había ocurrido durante la prolongada enfermedad de Calista. Andrew supuso que debía dormir otra vez en la cama pequeña que era habitualmente la de Calista, y que Damon, si es que subía, dormiría en la salita exterior.

Las mujeres emitían risitas como de niñas. ¿También ellas habrían bebido? Calista le llamó con suavidad, y él se acercó a ellas. Las dos estaban muy juntas, y se reían bajo la escasa luz. Calista extendió una mano y lo atrajo hacia ellas.

—Hay lugar para ti aquí.

Él vaciló. ¿Tenía algún sentido que lo confundieran así? Después se rió. y se acostó junto a ambas. La cama era tan enorme que podría albergar a media docena de personas sin estar atestada.

—Quería probarte algo, amor mío —dijo Calista con suavidad, y con ternura empujó a Ellemir hacia Andrew.

Él sintió una feroz incomodidad que pareció arder en todo su cuerpo, aplacando su pasión como si fuera agua helada. Nunca en su vida se había sentido tan desnudo, tan expuesto.

Oh, demonios, pensó. Se estaba comportando como un tonto. ¿Acaso no era éste el paso siguiente, el más lógico? Pero la lógica no formaba parte de sus sentimientos.

Ellemir era cálida, familiar, consoladora entre sus brazos.

—¿Qué pasa, Andrew?

Lo que pasaba y, maldición, ella debía saberlo, era la presencia de Calista. Él suponía que para algunas personas, la situación resultaría particularmente excitante. Ellemir siguió sus pensamientos, que asociaban esta clase de situación con exhibiciones eróticas, intentos de despertar los paladares embotados, decadencia.

—Pero no es nada de eso, Andrew —le susurró—. Todos somos telépatas. Hagamos lo que hagamos, los otros lo sabrán, serán parte de eso... ¿de modo que por qué fingir que alguno de nosotros puede estar alguna vez totalmente aparte de los otros?

Sintió que los dedos de Calista le acariciaban el rostro. Era raro que incluso en la oscuridad, aunque las dos tenían manos pequeñas, idénticas, él pudiera estar seguro de que se trataba de la mano de Calista, y no la de Ellemir, la que le recorría las mejillas.

Sabía que entre telépatas no podía existir esa clase de intimidad, de modo que cerrar las puertas e intentar aislarse era tan sólo una farsa. Pero llegaba el momento en que uno dejaba de fingir...

Trató de reproducir su anterior estado amoroso, pero la borrachera y la incomodidad conspiraron para derrotarle. Ellemir se rió, pero era perfectamente claro que esa risa no pretendía ridiculizarlo.

—Creo que todos hemos bebido demasiado. Será mejor dormir, entonces.

Todos estaban casi dormidos cuando se abrió la puerta de la habitación y entró Damon, desplazándose de manera insegura. Les miró y sonrió.

—Sabía que os encontraría aquí. —Tiró sus ropas por todas partes. Todavía estaba muy borracho—. Vamos, hacedme sitio, dónde...

—Damon, tienes que dormir la borrachera —le dijo Calista—, ¿No estarías más cómodo...?

—Al infierno la comodidad —dijo Damon con voz espesa—. ¡Nadie debe dormir solo la noche del festival!

Riendo, Calista le hizo sitio a su lado, Damon se acostó y se durmió instantáneamente. Andrew sintió que una risa salvaje borraba toda su incomodidad. Mientras se quedaba dormido advirtió una fina hebra del contacto telepático que se establecía entre ellos, como si Damon, aún dormido, buscara el consuelo de la presencia de ellos, los acercara, entrelazados, juntos, sus corazones latiendo con el mismo ritmo, un pulso lento, un consuelo infinito. Pensó, sin saber si el pensamiento era suyo, o de algún otro, que Damon estaba allí y todo estaba bien ahora. Así debía ser. Sintió la conciencia de Damon: *Todos mis seres amados... Nunca volveré a estar solo...*

Era tarde cuando se despertaron, pero las cortinas estaban cerradas y oscurecían la habitación. Ellemir se hallaba todavía en sus brazos. La joven se movió, se dio la vuelta somnolienta hacia él, lo abrazó con todo su calor de mujer. El sentimiento de intimidad, de compartirlo todo, todavía estaba allí, y él permitió que lo invadiera, aceptando la bienvenida que le daba el cuerpo de ella. De algún modo no se trataba solamente de Ellemir y él, sino de la conciencia, que se hallaba por debajo del nivel consciente, de que todos ellos participaban de eso, de que se entrelazaban de manera perfecta, única, más allá de todo análisis. Sentía ganas de gritarle al mundo, a todos: «Te amo, amo a todos.» En su estado de exaltación, no diferenciaba la excitación sexual que sentía por Ellemir de la ternura que experimentaba hacia Calista, de la fuerte calidez protectora que le unía a Damon. Todo era una emoción única, y era amor. Flotó y se sumergió en ella, se vació, la disfrutó. Sabía que habían despertado a los otros. Eso no parecía tener importancia.

Ellemir se movió h primera, estirándose, suspirando, riendo, bostezando. Se incorporó un poco y le besó rápidamente.

—Me gustaría quedarme todo el día aquí —dijo quejumbrosa—, pero estoy pensando en el caos que quedó abajo. Será mejor que baje por si alguno de nuestros huéspedes quiere desayunar. —Se inclinó y besó a Damon y, al cabo de un momento, besó también a Calista. Luego se levantó y fue a vestirse.

Damon, menos involucrado físicamente, percibió el esfuerzo que hacía Calista para conservar sus barreras. De modo que, después de todo, nada era completo. Ella todavía estaba afuera. Acercó un dedo a un ojo cerrado de la joven. Andrew había ido al baño. Estaban solos, y Damon sintió que el fingimiento de la joven desaparecía.

—¿Estas llorando, Calista?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué habría de llorar? —Pero lloraba.

Él la abrazó, sabiendo que en ese momento los dos compartían algo que no incluía a los otros, esa experiencia compartida, esa penosa disciplina, esa sensación de estar *aparte*.

Andrew había ido a vestirse. Damon captó un fragmento de sus pensamientos. Satisfacción mezclada con mortificación, y pensó que por un tiempo Andrew fue uno de ellos. Ahora también estaba aparte. Sintió también las emociones de Calista, que nada le reprochaba a Ellemir, pero que necesitaba desesperadamente saber si podía compartir con ella. Sintió su pena desesperada, el súbito impulso salvaje de arañarse, de golpearse con los puños, de castigar su cuerpo mutilado e inútil, que era tan diferente de lo que debería ser. La abrazó, tratando de calmarla y tranquilizarla por medio de su contacto.

Ellemir regresó del baño con el pelo mojado y se sentó ante el tocador de Calista.

—Me pondré uno de tus vestidos, Cal. Hay tantas cosas que hacer —dijo—. ¡Eso es lo único malo de las fiestas!

Vio a Calista, que ocultaba el rostro contra Damon, y por un momento se sintió desgarrada por el mismo dolor de su hermana. Ellemir había sido criada creyendo que tenía muy poco del *laran* de su clan, pero ahora, al absorber todo el impacto del dolor de su melliza, sabía que el *laran* era más una maldición que una bendición. Y cuando Andrew regresó, sintió además que él estaba aparte.

Andrew estaba pensando que uno tenía que haber crecido acostumbrado a esta clase de cosas. Interpretó el tenso silencio de Ellemir como vergüenza o arrepentimiento por lo que había ocurrido, y se preguntó si tendría que disculparse. ¿Por qué? ¿Ante quién? ¿Ellemir? ¿Damon? Vio que Calista estaba en brazos de Damon. ¿Tenía derecho a quejarse? Intercambiarse era juego limpio, pero todavía sentía esa incomodidad casi física, disgusto, náusea... ¿o era tan sólo que había bebido demasiado la noche anterior?

Damon vio que Andrew les estaba mirando y sonrió.

—Supongo que a *Dom* Esteban le duele todavía más que a mí la cabeza esta mañana. Iré a echarme un poco de agua fría, y después bajaré para ver si puedo hacer algo por nuestro padre. No tengo corazón para dejarlo hoy también a cargo de su criado. —Agregó, desasiéndose lentamente, sin apuro, de Calista—: ¿Los terranos tienen alguna expresión para esta mañana, la que sigue a una noche como la de ayer?

—Docenas de expresiones —dijo Andrew, sombrío—, y cada una de ellas tan espantosa como la cosa que describe. —Resaca, pensó.

Damon fue al baño y Andrew se quedó cepillándose el pelo, furioso con Calista. Ni siquiera advirtió que la joven tenía los ojos enrojecidos. Lentamente, ella se levantó de la cama y se puso su bata floreada.

—Debo ir a ayudar a Ellemir. Las criadas no sabrán por dónde empezar. ¿Por qué me miras tan fijamente, esposo mío?

La expresión le enfureció, lo puso hostil.

—¡Ni siquiera me permites que te roce la punta de los dedos, y si te beso, me evitas como si yo pensara violarte, y sin embargo allí estabas, en brazos de Damon...!

Ella bajó los ojos.

—Tú sabes por qué me atrevo a hacerlo... con él.

Andrew recordó la intensa conciencia, la sexualidad que él había sentido, que había *compartido* con Damon. Era inquietante, lo invadía de una vaga incomodidad.

—¡No puedes decirme que Damon no es un hombre!

—Por supuesto que lo es —dijo Calista—, pero ha aprendido. .. y en la misma escuela que yo... cuándo y cómo *no* parecerlo.

Eso, para la culpa y la hipersensibilidad que Andrew sentía, fue como una pulla, como si él fuera alguna especie de bestia, de animal, que no podía controlar sus instintos sexuales y debía ser satisfecho. Ella le había empujado, literalmente, a los brazos de Ellemir pero Damon no necesitaba ese tipo de concesiones. Repentinamente, con furia, tomó a Calista en su brazos y la obligó a darle un beso. Por un momento, ella luchó contra él, tratando de despegar su boca, y él pudo sentir la salvaje turbación que la invadía. De pronto, se tornó completamente pasiva en sus brazos, y sus labios quedaron fríos, inmóviles, tan lejanos que la joven podría haber estado en otra habitación. Le habló en voz baja, y su voz lo desgarró como si fueran colmillos:

—Puedo soportar que hagas lo que creas que debes hacer. Tai como estoy ahora, eso no constituirá ninguna diferencia. No me hará daño, tampoco me excitará hasta el punto de que pueda reaccionar contra ti, o

golpearte. Incluso si sientes que debes... que debes llevarme a la cama... eso no significaría nada para mí. Pero si a ti te da placer...

Frío, consternado hasta la médula, él la dejó libre. De algún modo, la reacción de ella era más horrible que si se le hubiera resistido salvajemente, le hubiera mordido o arañado, o le hubiera azotado con un rayo. Antes, ella temía su propia excitación. Ahora, sabía que nada traspasaría sus defensas... nada.

—¡Oh, Calista, perdóname! ¡Oh, Dios, Calista, perdóname! Andrew cayó de rodillas ante ella, tomándole los dedos, llevándoselos a los labios en una agonía de remordimiento. Damon volvió del baño y quedó atónito ante la escena, pero ninguno de los dos lo vio ni lo oyó. Lentamente, Calista puso ambas manos sobre la cara de Andrew.

—Oh. amor —susurró—, soy yo quien debe pedirte perdón. No deseo... no deseo ser indiferente a ti. —Su voz estaba tan colmada de dolor que Damon supo que no podía seguir esperando.

Sabía por qué se había emborrachado tanto la noche anterior. Era porque, pasado el Solsticio de Invierno, ya no podría demorar más su odisea. Ahora debía ir al supramundo, al interior del tiempo mismo, y buscar ayuda allí, buscar la manera de que Calista volviera a ellos. Ahora, ante el terrible dolor de la joven, sintió que estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella, por Andrew.

Muy silenciosamente, se retiró y salió de la suite por la otra puerta.

OceanofPDF.com

15

Después del Solsticio de Invierno, sorprendentemente, el clima se moderó y las reparaciones de los daños causados por la gran tormenta se llevaron a cabo rápidamente. Se completaron en diez días, y Andrew sintió que durante un tiempo podía dejar todo en manos del *coridom*.

Pensó que nunca había visto a Damon tan nervioso e irritable como esa mañana, después de haber aislado la suite con apaciguadores telepáticos y advertir a los criados que no se acercaran por allí. Desde el Solsticio de Invierno, Damon había estado reconcentrado y silencioso, pero ahora, mientras graduaba los apaciguadores y se movía inquieto en la suite, todos ellos pudieron notarlo. Calista finalmente dejó escapar su preocupación.

—¡Basta ya, Damon! Tiéndete y respira lentamente. No puedes empezar en este estado, y lo sabes tan bien como yo. Primero debes calmarte. ¿Quieres un poco de *kirian*?

—No lo quiero —dijo Damon, con irritación—. Pero supongo que será mejor que lo tome. Y quiero una manta o algo así. Siempre vuelvo medio congelado.

Ella le indicó a Ellemir, con un gesto, que le cubriera y fue a buscar el *kirian*.

—Pruébalo primero. Mi aparato de destilación, el que tengo aquí, no es tan eficiente como el que tenía en Arilinn, y puede tener residuos, a pesar de que lo filtré dos veces.

—Es difícil que lo prepares peor que yo —dijo Damon, y lo olió cuidadosamente. Después rió, recordando que Calista había hecho lo mismo con la rústica tintura que él había preparado—. No importa, querida, supongo que no nos envenenaremos entre nosotros. —Le permitió que midiera cuidadosamente una dosis, y luego agregó—: No sé cuál es el factor de distorsión del tiempo, y tú tendrás que estar en fase para monitorearme, ¿No será mejor que también tú tomes un poco?

Ella sacudió la cabeza.

—Tengo una pésima tolerancia para esa cosa, Damon. Si tomara lo suficiente como para estar en fase, tendría serios problemas. Puedo conectarme sin él.

—Terminarás terriblemente acalambrada y helada —le advirtió Damon, pero se dio cuenta de que después de tantos años como Celadora. Calista probablemente supiera con exactitud cuál era su margen de tolerancia a la droga telepática. Ella sonrió, y se midió una dosis de unas pocas gotas.

—Tengo puesto un abrigo extra —dijo—. Si yo monitoreo tus funciones vitales, ¿cuándo quieres que te traiga de regreso?

Él no lo sabía. No tenía experiencia con respecto a las tensiones de la Búsqueda Temporal. No tenía idea de lo que tendría que soportar como efectos colaterales,

—Será mejor que no me hagas regresar mientras no tenga convulsiones.

—¿Sólo entonces? —Calista sintió una terrible puñalada de culpa. Por ella Damon corría este terrible riesgo, volviendo a ese trabajo que tanto temía y odiaba. Ya estaban estrechamente contactados. Él le puso una mano sobre la muñeca.

—No es sólo por ti. Querida. Es por todos nosotros. Por los niños.

Y por la Celadora, por la que vendría. Calista no dijo esas palabras en voz alta, pero el tiempo se salió de foco, como ocurría a veces para un Alton, y se vio a sí misma desde una gran distancia, aquí, en otra parte, de pie y hundida hasta las rodillas en un gran prado de flores, mirando a una delicada joven que yacía inconsciente ante ella; de pie en la capilla de Armida ante la estatua de Cassilda, con una corona de flores rojas en la

mano. Dejó las flores en el altar y entonces regresó con ellos, mareada, sonrojada, exaltada.

—Damon, tú viste... —susurró.

También Andrew había visto, todos ellos habían visto, y recordó la expresión de lástima y dolor de Calista cuando había retirado de la capilla la olvidada ofrenda de Ellemir.

—Nuestras mujeres todavía dejan sus ofrendas en el santuario de Cassilda... —dijo suavemente Damon—. Lo vi, Cal. Pero hay un largo camino entre esto y aquello, lo sabes.

Calista se preguntó si a Andrew le importaría mucho, entonces se obligó a volver, con firme disciplina, a su trabajo.

—Déjame controlar tu respiración —dijo, y pasó ligeramente los dedos por encima del cuerpo de Damon—. Toma el *kirian* ahora.

El tragó, haciendo una mueca.

—¡Uf! ¿Con qué le diste sabor, con orina de caballo?

—Con nada, es que has olvidado el sabor, eso es todo. ¿Cuántos años hace que lo tomaste por última vez? Tiéndete y deja de apretar los puños, sólo lograrás poner en tensión los músculos y te darán calambres.

Damon obedeció, observando los rostros que le rodeaban: Ellemir, que parecía un poco temerosa; Andrew, fuerte y tranquilo, pero también, y Damon lo percibió, con una subterránea corriente de aprensión. Una vez más sus ojos regresaron al rostro confiado de Calista. Podía confiar absolutamente en ella, con su entrenamiento de Arilinn. Su respiración, sus funciones vitales, su vida misma estaban en manos de ella, y él estaba satisfecho de que así fuera.

¿Por qué tenía que renunciar a esto, sólo porque deseaba vivir feliz y tener hijos?

Calista estaba integrando a Andrew y Ellemir en el círculo. Damon les sintió entrar en contacto telepático, mezclarse. Ya estaba vagando, flotando, muy distante. Miró a Ellemir como si la joven fuera transparente, pensando cuánto la amaba, qué feliz era ella.

—Sólo permitiré que llegues a la primera etapa de una crisis, no a las convulsiones. Eso no te haría ningún bien, ni tampoco a nosotros —le dijo

Calista suavemente.

Damon ni siquiera se molestó en protestar. Ella había sido entrenada en Arilinn; la decisión le correspondía. Entonces se encontró en el supramundo, sintiendo cómo el hito se formaba en torno a él, una torre como Arilinn, menos sólida, menos brillante, no un faro sino un refugio, muy remota aunque sólida, una protección, un hogar. Por un momento, míentras miraba el mundo gris, protegido, demorándose tras los muros, descubrió que se preguntaba, con una ligereza absurda, qué pensarían los otros telépatas que vagaban por el mundo gris al encontrarse una Torre nueva aquí. ¿O acaso los otros no la advertirían, no llegarían jamás al remoto lugar en el que Damon y su grupo trabajaban? Con resolución, dio forma a sus pensamientos para que le condujeran rápidamente a Arilinn, y se encontró de pie en el patio, ante Leonie. Vio, con alivio, que ella llevaba el rostro velado y que su voz era fría y remota, como si aquel momento de pasión nunca hubiera existido.

—Primero debemos alcanzar el nivel en el que es posible moverse a través del tiempo. ¿Has tenido suficiente cautela como para disponer que te monitoreen?

Damon sintió que ella miraba *a través* de él. hacia el supra-mundo, hacia el mundo que él había dejado detrás junto con su cuerpo, a cuyo lado vigilaba Calista. Leonie adquirió una expresión extrañamente triunfal, pero sólo dijo:

—Puedes estar lejos mucho tiempo, y parecerá más aún. Yo te conduciré tan sólo hasta el nivel de la Búsqueda Temporal, aunque no estoy segura de que pueda permanecer allí. Pero debemos desplazarnos gradualmente a través de los niveles. Usualmente trato de visualizarlos como escaleras —agregó, y él vio que la penumbra que les rodeaba se había disipado lo suficiente para revelar un penumbroso tramo de escaleras que se curvaban hacia arriba y que desaparecían en una oscuridad más densa allá arriba, como una niebla que envolviera el curso de un río. Advirtió que la escalera tenía un pasamanos dorado, y se preguntó qué escalera de la infancia de Leonie, tai vez del Castillo Hastur, era la que se repetía ahora en la imagen mental.

Mientras ponía un pie sobre el primer peldaño, en pos de Leonie, Damon sabía perfectamente que en realidad sólo sus mentes se desplazaban a través de los átomos sin forma del universo, pero la firme visualización de la escalera era confirmatoriamente sólida bajo sus pies, y les daba un punto focal para desplazarse de un nivel a otro. Leonie conocía el camino, y él estaba contento de seguirla.

La escalera no era empinada, pero a medida que ascendían, a Damon le pareció que respiraba más aguadamente, corno si escalara un paso de montaña. La escalera seguía siendo firme, incluso estaba alfombrada, aunque él sabía que sus propios pies eran tan sólo formulaciones mentales. Cada vez se le hizo más difícil sentirlos, levantarlos de un peldaño a otro. La escalera se hizo menos sólida y más difusa y conducía hacia una espesa niebla gris. La forma de Leonie era tan sólo un perfil velado de carmesí.

La niebla gris se cerró. Bajo sus pies, sólo podía ver unos pocos centímetros de la escalera, y caminaba en una penumbra que hacía desaparecer su cuerpo. La penumbra se convirtió en oscuridad, atravesada por vertiginosas luces azules.

El nivel de las redes energéticas. Damon había trabajado en este nivel como técnico psi, y con gran esfuerzo logró tornarlo sólido, convirtiéndolo en una oscura caverna con sendas apenas iluminadas y huellas que conducían hacia arriba a través de un laberinto de agua que caía. Leonie era difusa y leve aquí, y sus vestidos incoloros. Ahora él ya no la escuchaba como si ella le hablara con palabras:

Con cuidado aquí. Estamos en el nivel de las matrices monitoreadas. Nos vigilarán para que no me ocurra ningún daño. Pero sígueme de cerca; sé en qué lugares se están haciendo trabajos de matriz, y no debemos interferir.

En silencio, Damon siguió por las sendas iluminadas de azul. En un momento dado se produjo un estallido de luz azul, pero la idea de Leonie le llegó con celeridad:

¡Aléjate de ella!

Y él advirtió que en algún lugar se estaba llevando a cabo una operación de matriz de naturaleza tan delicada que incluso un pensamiento casual

—«mirarla»— podía alterar el equilibrio y poner en peligro a los mecánicos. Visualizó que físicamente le daba la espalda a la luz, cerrando los ojos para no ver siquiera por un resquicio de los párpados. Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que volviera a percibir los pensamientos de Leonie:

Ahora podemos seguir.

Una vez más la escalera volvió a concretarse bajo sus pies, aunque no podía verla, y empezó a ascender. Sólo una obstinada concentración le permitía ahora materializar la ilusión de un cuerpo Físico con el cual ascender, y las escaleras parecían una bruma bajo sus pies. Su pulso empezó a acelerarse mientras ascendía, y su respiración se tornó más dificultosa. Era como escalar un paso de montaña, como los empinados peldaños de roca que conducían hasta el Monasterio de Nevarsin. Palpó a su alrededor, tentando en la oscuridad en busca del pasamanos congelado: sintió que el hielo le quemaba los dedos, pero se sintió agradecido por esa sensación. Le ayudó a solidificar la terrible falta de forma de este nivel. No tenía idea de cómo Leonie, que no tenía entrenamiento para escalar, podía arreglárselas aquí, pero la sentía muy próxima a él en la oscuridad, y advirtió que ella debía tener sus propias técnicas mentales para ascender los niveles. La respiración de Damon se hizo aún más dificultosa, y sintió que su corazón latía agudamente perturbado. Sintió el vértigo que producen las grandes alturas. No podía obligarse a continuar. Se aferró al pasamanos, y sus manos se insensibilizaron con el frío.

No puedo seguir, no puedo. Moriré aquí.

Lentamente, su respiración se hizo más fluida y se calmó el pulso de su corazón. Supo, con remota conciencia, que Calista había entrado en fase con él, regulando su respiración y su pulso. Ahora podía seguir ascendiendo, aunque la escalera había desaparecido. A medida que su ascenso se tornaba más trabajoso, empezó a formular desesperadamente el recuerdo de las técnicas de escalamiento en hielo y rocas que había aprendido siendo un muchacho en Nevarsin, como si estuviera izándose por medio de las manos y los pies, fijando cuerdas y soportes imaginarios para hacer ascender a su cuerpo reticente. Entonces volvió a perder su cuerpo, y

toda conciencia de los niveles y el esfuerzo, y se desplazó de una oscuridad a otra sólo por medio de una concentración feroz. En una de esas oscuridades había unas extrañas e informes masas de nubes, y le pareció que vadeaba ciénagas de lodo frío. En otra había presencias en todas partes, presencias que se apiñaban a su alrededor, arrojando contra él su intangible informidad... constriñéndole... Se había perdido el concepto mismo de *forma*. No podía recordar qué era un cuerpo, o qué se sentía al tenerlo. Él era tan informe, estaba en todas y ninguna parte como *ellos*, fueran lo que fuesen, penetrando en todas partes. Se sintió asqueado y violado, pero siguió luchando por ascender, y al cabo de una eternidad también esas presencias desaparecieron.

Finalmente llegaron a una oscuridad extraña, delgada, y Leonie, cercana ahora en estos espacios de ninguna parte, dijo sin palabras:

Éste es el nivel en el que podemos liberarnos del tiempo lineal, 'Trata de pensar que te desplazas por un río en contra de la comente. Será más fácil si encontramos un lugar fijo y nos movemos desde allí hacia atrás. Ayúdame a encontrar Arilinn.

Damon pensó: *¿También aquí está Arilinn?*, y supo que su pregunta era absurda. Cada uno de los lugares que tenían existencia física debían existir en rodos los niveles del Universo. Intangiblemente, una mano asió la de él, y Damon sintió que su propia mano se materializaba en el lugar en el que debería haber estado si, en este lugar, tuviera manos. Concentró su mente en Arilinn, vio una vaga sombra y se encontró allí, dentro de la habitación de Leonie.

Una vez, durante su último año allí, Leonie se había desmayado dentro de los transmisores. Damon la había llevado a su habitación y la había acostado en su cama. En ese momento, no había registrado conscientemente ni un solo detalle de ese cuarto, y sin embargo ahora lo vio, vagamente perfilado en su memoria...

¡No, Damon! ¡Por piedad de Avarra, no!

El no tenía intención de evocar aquel día olvidado, ni tampoco ningún deseo de recordar... ¡No, por los infiernos de Zandru! El recuerdo había sido de Leonie, y él lo sabía, pero aceptó la culpa y buscó un recuerdo más

neutro. En la cámara de matrices de Arilinn contempló a Calista, a los trece años, todavía con el pelo suelto. Guió sus dedos suavemente, tocando los nódulos donde los nervios se traslucían a través de la piel. Podía ver las mariposas bordadas de los puños del vestido de la joven; entonces, no las había advertido. Vagamente, pero con una realidad que le preocupó —¿serían ideas revividas del pasado o se trataban de recuerdos de la Calista actual?— vio que ella era dócil pero estaba asustada de este hombre que había sido el amigo juramentado de su hermano muerto, aunque ahora se le veía impasible, viejo, ajeno, distante. Un extraño, no el conocido pariente.

¿Fui tan rudo con ella, tan distante? ¿Tenías miedo de mí, Cal? Por los infiernos de Zandru, ¿por qué somos tan duros con esos niños?

Las manos de Leonie le rozaron a través de las de Calista. ¡Qué austera había sido, incluso entonces, qué severa y arrugada se había vuelto su cara en unos pocos años! Pero el tiempo fluyó hacia atrás y Calista desapareció, sin haber estado nunca allí. Damon estaba por primera vez ante Leonie, un joven monitor psi que veía por primera vez el rostro de la Celadora de Arilinn. *¡Evanda! ¡Qué bella había sido! Todas las mujeres Hastur eran bellas, pero ella poseía la legendaria belleza de Cassilda.* Sintió una vez más la agonía del primer amor, la desesperación de saber que no tenía esperanzas, pero el tiempo seguía fluyendo hacia atrás con piadosa rapidez. Damon perdió conciencia de su cuerpo, que nunca había existido; él mismo era tan sólo un vago sueño en una oscura penumbra, y veía rostros de Celadoras que nunca había conocido. (Seguramente esa mujer rubia era una Ridenow de su propio clan.) Vio un monumento construido en el patio para honrar la memoria de Marelie Hastur, y supo, con un espasmo de terror, que estaba viendo algo que se había producido tres siglos antes de su propio nacimiento. Siguió adelante, desplazándose en contra de la corriente, sintió que Leonie se separaba de él, trató de abrirse camino tras ella...

No puedo ir más allá, Damon. Que los Dioses te protejan, pariente.

Con pánico, él intentó aferraría, pero ella había desaparecido, no nacería hasta cientos de años después. Estaba solo, atontado, cansado, en una vasta oscuridad brumosa, y sólo la sombra de Arilinn se alzaba detrás de él. *¿A*

dónde puedo ir? Podría vagar eternamente por las Épocas de Caos y no enterarme de nada.

Neskaya. Sabía que Neskaya era el centro del secreto. Hizo que Arilinn se disolviera, sintió que su pensamiento y él mismo se desplazaban hasta la Torre de Neskaya, que se perfilaba contra las Kilghard Hills. Era como vadear un frío río de montaña en contra de la corriente que le empujaba hacia abajo, hacia su propio tiempo. En esa lucha, casi había perdido conciencia de su objetivo. Ahora, desesperadamente, volvió a formularlo: encontrar una Celadora de Neskaya antes de que esa Torre fuera destruida en las Épocas del Caos, para ser reconstruida más tarde. Luchó por avanzar hacia atrás, hacia atrás, y vio la Torre de Neskaya en ruinas, destruida durante la última de las grandes guerras de esa época, quemada hasta los cimientos, y la Celadora y todo el círculo asesinados.

Allí estaba otra vez, y ya no era la sólida estructura de guijarros que había visto detrás de las murallas de la ciudad de Neskaya, sino una Torre alta, luminosa, de pálida piedra azul. ¡Neskaya! Neskaya en sus épocas de gloria, antes de que el Comyn se convirtiera en el pobre remedo que era hoy. Sintió súbitamente que se estremecía al saber que veía algo que ningún hombre ni mujer viviente de su época había visto jamás: la Torre de Neskaya en la época dorada del Comyn.

En el patio empezó a titilar una luz, y en ese resplandor, Damon vio a un joven y recordó, asombrado y agradecido, que ya había visto esto antes. Prefirió interpretarlo como un signo. El joven estaba vestido de verde y oro, y tenía en un dedo un enorme anillo centelleante. ¿Anillo o matriz? ¿Quizá ese rostro delicado, las ropas verde y oro de corte antiguo, señalaban que el joven era un Ridenow? Sí, Damon lo había visto antes, aunque brevemente. Sintió que su cuerpo se materializaba, con una curiosa sensación de alivio emocional. Sabía que el cuerpo que tenía en este complejo nivel astral era solamente una imagen, la sombra de una sombra. Por un momento, fue consciente de su propio cuerpo, frío, comatoso, acalambrado, un atormentado trozo de carne que se hallaba, inconcebiblemente, *en otra parte*. El cuerpo que tenía aquí, en el nivel más alto, era impoluto, calmo, cómodo. Después de esas agotadoras eternidades de informidad, hasta la

sombra de una forma era un alivio de la tensión, casi una explosión de placer. Un peso sólido, la sangre que podía sentir pulsando en sus venas, ojos que podían ver... El joven se hizo borroso, y luego más firme. Sí, era un Ridenow, muy parecido a Kieran, el hermano de Damon, el único a quien Damon amaba en vez de tolerarlo por respeto a su misma sangre.

Damon sintió un arrebato de amor por ese desconocido que debía ser uno de sus más remotos ancestros. Llevaba una larga túnica dorada, con cinturón verde, y observaba a Damon con una mirada tranquila y amable.

—Por tu rostro y por tus ropas —le dijo— seguramente debes ser alguien de mi clan. ¿Estás vagando en sueños, pariente, o estás buscándome desde alguna otra Torre?

—Soy Damon Ridenow. —Empezó a decir que no trabajaba ya en ninguna Torre, pero se le ocurrió que en este nivel el tiempo no tenía sentido. Si todo el tiempo coexistía, y así debía ser, entonces el tiempo en el que había sido técnico psi era tan real y presente como el tiempo en el que estuvo en Armida, investigando—. Damon Ridenow, Tercero de la Torre de Arilinn, con grado de técnico, bajo la custodia de Leonie de Arilinn, Lady Hastur.

—Sin duda sueñas —dijo el joven amablemente—, o estás loco o te has perdido en el tiempo, pariente. Conozco a todas las Celadoras desde Nevarsin a Hali, y no hay entre ellas ninguna Leonie, ni tampoco ninguna mujer Hastur. —Sonrió con amabilidad—. ¿Te envío a tu lugar, primo, y a tu propia época? Estos niveles son peligrosos, y ningún técnico puede recorrerlos con seguridad. Debes regresar cuando hayas adquirido fuerza de Celador, primo, y el hecho de que hayas llegado hasta aquí me demuestra que ya tienes esa fuerza. Pero puedo enviarte hasta un nivel que sea seguro para ti, y desearte tanta cautela como valentía posees.

—No estoy loco ni soñando —dijo Damon—, ni tampoco extraviado en el tiempo, aunque verdaderamente estoy muy lejos de mi propia época. MÍ Celadora me envió aquí, y tal vez tú seas el que busco. ¿Quién eres?

—Soy Varzil —dijo el joven—, Varzil de Neskaya, Celador de la Torre.

Celador. A Damon le habían contado que en otras épocas los hombres eran Celadores. El joven había usado la palabra de una forma que él nunca

había oído, sin embargo: *tenerézu*. Cuando Leonie le había contado lo de los Celadores varones, había usado la forma común de la palabra, que era invariablemente femenina. Pronunciada por Varzil, la palabra fue como un golpe. *¡Varzil!* El legendario Varzil, llamado el Bueno, que había redimido Hali después de que el Cataclismo destruyera el lago que había allí.

—En mi época tú eres una leyenda, Varzil de Neskaya, más recordado como Señor de Hali.

Varzil sonrió. Tenía un rostro tranquilo, inteligente, pero vivo por la curiosidad, sin esa cualidad remota, aislada, que tenían todas las Celadoras que Damon había conocido.

—¿Una leyenda, primo? Bien, supongo que las leyendas existen tanto en tu época como en la mía, y tal vez sea mejor que yo no sepa nada del futuro, para no volverme temeroso ni arrogante. No me digas nada, Damon. Sin embargo, algo me has dicho ya. Porque si una mujer es Celadora en tu época, eso significa que mi trabajo tuvo éxito y que los que creían que una mujer no tenía fuerza suficiente para ser Celadora han sido acallados. De modo que sé que mi trabajo no es inútil y que tendrá éxito, Y como me has hecho ese regalo, Damon, un presente de confianza, ¿qué puedo darte a cambio? Pues no emprenderías un viaje tan largo si no estuvieras en terrible necesidad.

—La necesidad no es mía sino de mi parienta —dijo Damon—. Fue entrenada para ser Celadora de Arilinn, pero ha sido liberada de sus votos, para casarse.

—¿Necesita ser liberada para eso? —Preguntó Varzil—. Pero ¿qué es lo que necesitas, pariente? Ni siquiera en mi época los Celadores son mutilados quirúrgicamente., ¿o crees que soy un eunuco? —Se rió con tanta alegría que por algún motivo le hizo recordar a Ellemir.

—No, pero está a mitad de camino entre una Celadora y una mujer normal —dijo Damon—. Sus canales fueron fijados para el esquema de Celadora cuando era demasiado joven, antes de madurar, y no puede readaptar los canales para hacerlos selectivos para el uso normal.

Varzil pareció pensativo.

—Sí, eso puede ocurrir —dijo—. Dime, ¿qué edad tenía cuando fue entrenada?

—Entre trece y catorce años, creo.

Varzil asintió.

—Eso me pareció. La mente se inscribe intensamente en el cuerpo, y los canales ya no pueden readaptarse si tienen en la mente la marca de muchos años como Celadora. Debes hacer regresar su mente a los días en que su cuerpo era libre, antes de que los canales fueran alterados y fijados, antes de que muchos años de Celadora hubieran congelado esa marca en los canales nerviosos. Una vez que su mente esté libre, el cuerpo se liberará solo. Cuando la conduzcas hasta el próximo sacramento... pero, espera, ¿estás seguro de que los canales no han sido alterados quirúrgicamente, ni los nervios cortados?

—No, aparentemente todo fue hecho durante el entrenamiento, con una matriz.

Varzil se encogió de hombros.

—Innecesario, aunque no serio —dijo—. Siempre hay algunas mujeres que fijan sus canales de ese modo, pero en el festival de Fin de Año llega la liberación. Algunos de nuestros primeros Celadores eran *chieri*, ni hombre ni mujer sino *emmasca*, y también ellos se encontraban a veces con los canales congelados en un esquema. Por supuesto, por eso instituimos el antiguo rito sacramental de Fin de Año. ¡Cómo debes amarla, primo, para venir tan lejos! Ojalá te dé niños que sean un crédito para tu clan tanto como para su valiente padre.

—No es mi esposa —dijo Damon—, sino que está casada con mi hermano de juramento... —Tan pronto como lo dijo, se sintió confundido, pues las palabras no parecieron tener sentido para Varzil, quien sacudió la cabeza como pasándolas por alto.

—Tú eres su Celador; a ti te corresponde la responsabilidad.

—No, es ella la Celadora —protestó Damon, sintiendo una repentina irritabilidad de temor, y Varzil le miró de manera incisiva. El supramundo se estremeció, tembló, y por un momento Damon perdió de vista a Varzil, e incluso el centelleo de su anillo se convirtió en un remoto y leve punto azul.

¿Era una matriz? Sentía que se ahogaba, que se asfixiaba en la oscuridad. Escuchó que Varzil le llamaba por su nombre desde muy lejos, después con alivio sintió que la mano de Varzil se cerraba levemente sobre la imagen de su propia mano. Su cuerpo volvió a entrar en foco, pero se sentía débil y enfermo. Sólo veía vagamente a Varzil. y más allá de él un círculo de rostros, un centelleante anillo de piedras, rostros del Comyn que debían ser sus olvidados ancestros. Varzil pareció profundamente preocupado.

—No puedes quedarte más aquí, primo, este nivel es mortal para los que no tienen entrenamiento. Vuelve, si debes hacerlo, cuando hayas ganado toda su fuerza de *tenerézu*. No temas por tu familiar, Damon. A ti te corresponde, como su Celador, conducirla al antiguo sacramento de Fin de Año, como si fuera medio *chieri* y *emmasca*. Me temo que deberás esperar hasta el festival, si ella debe trabajar como Celadora en el intervalo, pero después todo irá bien. Y ni en trescientos ni en mil años los hijos de las Torres podrán olvidar el festival.

Damon se tambaleó, mareado, y Varzil volvió a sostenerle, diciéndole con cálida preocupación:

—Mira mi anillo. Te enviaré a algún nivel que sea seguro para ti. No temas, este anillo no tiene ninguno de los peligros de una matriz común. Adiós, pariente, lleva mi amor y mis saludos a la que amas.

Sintiendo que su conciencia se atenuaba, Damon dijo, vacilando:

—No... no entiendo. —Ya nada era claro salvo el anillo de Varzil, que centelleaba y chasqueaba, disipando la oscuridad. *Vi esto antes, como un faro.*

El habla había desaparecido. Ya no podía formular palabras. Pero Varzil estaba muy cerca de él, en la oscuridad. *Sí. Ahora me marcharé y dejaré un faro que te guíe hasta aquí... este anillo.*

Damon pensó, de manera confusa: *Ya lo vi antes.*

No luches por lograr definiciones del tiempo, primo. Cuando seas Celador comprenderás.

En mi época los hombres no son Celadores.

Sin embargo, tú eres Celador, pues sino nunca hubieras podido llegar hasta aquí con vida. Ahora y a no puedo demorar tu regreso por más

tiempo, primo, hermano...

El resplandor del anillo colmó la conciencia de Damon. La visión se desvaneció, la luz le abandonó, su cuerpo se tornó informe. Flotaba, luchando por mantener el equilibrio sobre un abismo de nada. Se debatió para encontrar algún apoyo, sintió que algo le empujaba y caía. *Todos esos niveles que tan penosamente subí... ¿debo caer a través de ellos...?*

Cayó, y supo que seguiría cayendo, cayendo, durante cientos de años.

Oscuridad. Dolor. Agotamiento sin forma. Después la voz de Calista.

—Creo que está volviendo en sí. Andrew, levántale la cabeza, ¿quieres? Elli, si no dejas de llorar, te haré salir de aquí..., ¡y lo digo en serio!

Damon sintió el ardor del *firi* en la lengua, y después el rostro de Calista apareció dentro de su campo visual. Damon susurró, sintiendo que le castañeteaban los dientes:

—Frío... tengo tanto frío...

—No, no lo tienes, amor —le dijo tiernamente Calista—. Estás envuelto con todas las mantas que tenemos y hay ladrillos calientes a tus pies, ¿ves? El frío está *dentro* de ti, ¿o crees que no lo conozco? No, basta de *firi*. En un minuto te datemos un poco de sopa caliente.

Ahora podía ver, y cada uno de los detalles de su viaje, de su conversación con Varzil. volvieron como una marea a su mente. ¿De verdad había estado con un antepasado muerto tanto tiempo antes que ahora hasta sus huesos eran polvo? ¿O acaso había soñado, dramatizando conocimientos profundamente sepultados en su inconsciente? ¿O acaso su mente había explorado profundamente el tiempo para ver lo que estaba escrito en la textura del pasado? ¿Qué *era* la realidad?

Pero ¿a qué festival se había referido Varzil? Había dicho que ni en trescientos ni en mil años los Comyn olvidarían el festival y el sacramento, pero Varzil no había tenido en cuenta las Épocas de Caos, ni la destrucción de la Torre de Neskaya.

Sin embargo, la respuesta estaba allí. Todavía era oscura, pero Damon ya podía ver adonde conducía. *La mente se inscribe profundamente en el*

cuerpo. De algún modo, pues, debía conducir la mente de Calista de regreso a la época en que su cuerpo estaba libre todavía de las crueles restricciones impuestas durante sus largos años como Celadora. *A ti te corresponde, como su Celador, conducirla al antiguo sacramento de Fin de Año, como si fuera medio chieri y emmasca.*

Fuera cual fuese ese festival perdido, podría reconstruirse de alguna manera. ¿Un ritual destinado a liberar la mente de sus restricciones? Si todo lo demás fracasaba... ¿qué había dicho Varzil? *Regresa cuando hayas ganado toda tu fuerza de Celador.*

Damon se estremeció. ¿Entonces debía continuar con este aterrador trabajo, fuera de la seguridad de una Torre, convertirse verdaderamente en Celador, con el potencial que Leonie había percibido en él? Bien, lo había prometido, y tal vez para Calista no hubiera otra salida.

Tal vez no fuera tan malo, pensó esperanzadoramente. Debía haber algún registro del festival de Fin de Año en las otras Torres, o tal vez en Hali, en el *rbu fead*, el lugar sagrado del Comyn.

Ellemir miró por encima del hombro de Calista. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Él se incorporó, aferrando las mantas contra sí.

—¿Te asusté, mi amor querido?

Ella jadeó.

—Estabas tan frío, tan rígido, ni siquiera parecías respirar. Y después empezaste a jadear, a gemir... Creí que te morías, que habías muerto... ¡Oh, Damon! —Sus manos se aferraron a él—. ¡No vuelvas a hacerlo! ¡Prométemelo!

Cuarenta días antes, él se lo hubiera prometido con gusto.

—Querida, me entrenaron para este trabajo, y debo ser libre para hacerlo según la necesidad. —Varzil le había saludado nombrándolo Celador. ¿Era ése su destino?

Pero no en una Torre. Allí habían convertido el hecho de deformar las vidas de los trabajadores en un arte. Al procurar liberar a Calista, ¿acabaría por liberar también a todos los hijos e hijas por venir?

Calista alzó la cabeza al escuchar un ruido.

—Eso debe ser la comida que pedí. Ve a buscarla, Andrew, no queremos extraños aquí.

Cuando Andrew regresó, Calista sirvió sopa caliente en un cuenco.

—Tómala tan rápido como puedas, Damon. Estás tan débil como un pichoncito recién nacido.

Él hizo una mueca, diciendo:

—La próxima vez me quedaré dentro del huevo. —Empezó a tomar la sopa con sorbos vacilantes, inseguro al principio de poder tragarla. Sus manos temblaban tanto que no podía sostener el cuenco, y Andrew le ayudó.

—¿Cuánto tiempo estuve afuera?

—Todo el día y la mayor parte de la noche —dijo Calista—. Y por supuesto, tampoco yo pude moverme durante todo ese tiempo... ¡así que estoy tan rígida como los listones de un ataúd! —Con gesto de cansancio, estiró sus miembros acalambrados, y Andrew, dejando que Ellemir sostuviera el cuenco de Damon, se Acercó y se arrodilló ante Calista, le quitó los escarpines de terciopelo y empezó a masajearle los pies con sus manos fuertes.

—¡Qué fríos están! —dijo, apenado.

—Casi la única ventaja que tienen los niveles más altos con respecto a los inviernos de Nevarsin es que uno no se congela —dijo Calista, y Damon esbozó una sonrisa picara.

—Uno tampoco se congela en los infiernos —dijo—, pero nunca escuché que nadie dijera que ésa es una buena razón para no quedarse en ellos. —Andrew pareció perplejo, y Damon le preguntó—: ¿O tu gente tiene un infierno caliente, como he oído decir de los de las Ciudades Secas?

Andrew asintió, y Damon terminó su sopa y extendió el cuenco pidiendo más.

—Supuestamente —empezó a explicar—, Zandru reina en nueve infiernos, cada uno más frío que el anterior. Cuando yo estaba en Nevarsin solían decir que el dormitorio de los estudiantes se mantenía más o menos a la misma temperatura que el cuarto infierno, como manera de demostrarnos lo que nos aguardaba si transgredíamos demasiadas leyes. —Echó un

vistazo a la oscuridad que se extendía más allá de los cristales de las ventanas—. ¿Está nevando?

—¿Acaso alguna vez ocurre *otra cosa* aquí de noche? —preguntó Andrew.

Damon se calentó los dedos con el cuenco cerámico.

—Oh, sí, a veces, en verano, tenemos ocho o diez noches sin nieve.

—Y supongo —dijo Andrew, muy serio—, que la gente empieza a desmayarse por la insolación o se muere por deshidratación.

—Bueno, no, nunca escuché que... —empezó Calista, pero al ver el guiño de Andrew, se interrumpió y rompió a reír.

Damon los observó, exhausto, agotado, en paz. Movió los dedos de sus pies.

—No me sorprendería descubrir que sí estoy congelado, después de todo. En uno de los niveles ascendí a través del hielo... o creí hacerlo —agregó, con un estremecimiento provocado por el recuerdo.

—Quítale el calzado y mira, Ellemir.

—Vamos, Cal, estaba bromeando...

—Yo no. Una vez, Hilary quedó atrapada en un nivel en el que parecía haber fuego, y regresó con quemaduras y llagas en las plantas de los pies. No pudo caminar durante días —dijo Calista—. Leonie solía decir: «Lamente se inscribe profundamente en el cuerpo»... Damon, ¿qué ocurre? —Se agachó para mirar los pies descalzos del hombre y sonrió—. No, no parece haber daños físicos, pero estoy segura de que te *sientes* medio congelado. Cuando termines tu sopa, tal vez debieras tomar un baño caliente. Eso asegurará que tu circulación no ha sufrido daño.

Captó la mirada inquisitiva de Andrew. y prosiguió:

—De veras, no sé si es el frío de los niveles el que se refleja en el cuerpo, o algo mental, o si el *kirian* hace más fácil que la mente se refleje en el cuerpo, o si el *kirian* vuelve más lenta la circulación y eso hace que sea más fácil visualizar el frío. Pero sea lo que fuere, la experiencia subjetiva del supramundo es el frío, un frío glacial, frío hasta la médula, y sin argumentar de dónde procede ese frío, lo he experimentado con suficiente frecuencia para saber que la sopa, los ladrillos calientes, un buen

baño caliente y muchas mantas deben estar siempre preparadas para cualquiera que regrese de uno de esos viajes.

Damon no deseaba estar solo, ni siquiera en el baño. Mientras estuvo acostado se sintió bien, pero en cuanto intentó incorporarse, caminar, le parecía que su cuerpo se adelgazaba hasta la insustancialidad, sus pies no sentían el suelo y él caminaba sin cuerpo, desvaneciéndose en el espacio vacío. Escuchó, avergonzado, su propio gemido de protesta.

Sintió el fuerte brazo de Andrew que le sostenía, volviéndolo sólido, *real* para sí mismo.

—Lo siento —dijo, como disculpándose—. Sigo sintiendo que desaparezco.

—No te dejaré caer. —Finalmente, Andrew casi tuvo que cargarlo hasta el baño. El agua caliente devolvió a Damon la conciencia de su ser físico. Andrew, a quien Calista había advertido acerca de esta reacción, pareció aliviarse cuando Damon empezó a parecer él mismo. De todos modos, se sentó en un banco junto a la bañera.

—Aquí estoy por si me necesitas —dijo.

Damon se sintió colmado de una enorme calidez, de gratitud. ¡Qué buenos eran todos con él, qué amables, qué amantes, qué preocupados por su bienestar! ¡Cómo los amaba a todos! Flotó en su baño, eufórico, sintiendo una alegría tan grande como grande había sido antes su desdicha, hasta que el agua empezó a enfriarse. Andrew, pasando por alto el ruego de que llamara al criado personal de Damon, lo alzó en vilo, sacándolo del agua, lo secó y lo envolvió en una bata. Cuando regresaron adonde estaban las mujeres, Damon todavía seguía eufórico. Calista había pedido más comida, y Damon comió lentamente, disfrutando cada bocado, sintiendo que la comida nunca le había parecido tan fresca, tan dulce, tan buena.

En las profundidades de su mente sabía que su actual bienestar era simplemente una parte de la reacción, y que tarde o temprano daría paso a una depresión enorme, pero se aferró a la sensación, disfrutándola, tratando de saborear cada momento. Cuando terminó de comer tanto como pudo (también Calista había comido como un campesino tras su larga sesión de monitoreo), les rogó:

—No quiero estar solo. ¿No podemos quedarnos todos juntos como lo hicimos en el Solsticio de Invierno?

Calista vaciló y luego dijo, lanzando una mirada a Andrew:

—Sin duda. Ninguno de nosotros te dejará mientras nos necesites cerca.

Sabiendo que la presencia de criados no-telépatas sería intensamente dolorosa para Damon y Calista en el estado en que se encontraban, Andrew fue a llevar los platos y los restos de la comida. Cuando regresó, todos estaban en la cama, Calista dormía ya junto a la pared y Damon tenía a Ellemir en sus brazos, con los ojos cerrados. Ellemir le miró y lentamente le hizo sitio a su lado, y Andrew se les unió sin vacilaciones. Parecía correcto, natural como respuesta a la necesidad de Damon.

Damon, con Ellemir estrechamente abrazada a él, sintió que primero Andrew y luego Ellemir se dormían, pero él permaneció despierto, reticente a dejarles, incluso en sueños. No sentía ni un atisbo de deseo —sabía que en su estado no lo sentiría durante varios días—, sino que simplemente se contentaba con tener a Ellemir en sus brazos, su pelo contra la mejilla, asegurándole que él era *real*. Podía escuchar y percibir a Andrew, un poco más allá, como un fuerte bastión contra el miedo. *Aquí estoy con mis seres amados, no estoy solo, estoy a salvo.*

Suavemente, sin deseo, acarició a Ellemir; sus dedos corrieron por el pelo suave, por el cuello cálido y desnudo, por sus pechos tersos. Su conciencia tenía una sintonía tan alta que pudo sentir, a través del sueño de la joven que ella respondía a su mano con un nuevo cosquilleo. Tal como le habían enseñado mucho tiempo atrás, cuando era monitor, dejó que su conciencia se hundiera en el cuerpo de ella, percibiendo los cambios en los pechos, en lo profundo del vientre, sin ninguna sorpresa. El había sido tan cuidadoso desde que perdieron el niño que éste debía ser obra de Andrew. Sintió que eso estaba bien. Ella y él estaban tan cercanos. Le besó la nuca, tan cálido y tan lleno de amor que pensó que estallaría. Por instinto, había protegido a Ellemir del peligro de tener un niño tras muchas generaciones de endogamia, y ahora ella podía tener el hijo que tanto deseaba, sin temor. *Sabía*, con un profundo conocimiento interno, que esta criatura no se perdería, y se alegró por Ellemir, por todos ellos. Se estiró por encima de

Ellemir para rozar la mano de Andrew en la oscuridad. Andrew no se despertó, pero aun dormido sus dedos apretaron los de Damon. *Mi amigo. Mi hermano. ¿Sabes ya de nuestra buena fortuna?* Abrazando estrechamente a Ellemir, advirtió, estremeciéndose, que podría haber muerto allá, en los niveles más altos del supramundo, que podría no haber vuelto a ver nunca a los que tanto amaba, pero ni siquiera esa idea le perturbó demasiado.

Andrew se hubiera ocupado de ellas, de sus vidas. Pero era bueno estar todavía con ellos, compartir este calor, pensar en los niños que nacerían aquí, en la vida que se extendía por delante, en la interminable calidez. Nunca más volvería a estar solo. Al dormirse, pensó: *Nunca en mi vida he sido tan feliz.*

Cuando Damon se despertó, horas más tarde, de su espíritu habían desaparecido los últimos rastros de euforia y calidez. Se sentía solo y frío, y su cuerpo era vago y tenue. No podía sentirlo, y se aferró a Ellemir en un espasmo de pánico. El contacto la despertó de inmediato, y reaccionó ante la desesperada necesidad de contacto apretándose contra él, cálida, sensual, viva, contrastando con ese frío mortal. Él sabía, racionalmente, que por ahora su necesidad no era sexual, pero aun así se aferró a ella tratando de encender en sí mismo alguna chispa, alguna sombra del amor que sentía por la joven. Era una necesidad agónica, y Ellemir sabía que en realidad no era en absoluto sexual. Lo abrazó y lo calmó, haciendo todo lo posible, pero en el estado de agotamiento de Damon éste no podía sostener ni siquiera los intermitentes chispazos de excitación. Ella sentía mucho miedo de que él se agotara aún más con este intento desesperado, pero no se le ocurría nada que pudiera decirle sin herirle todavía más. Temía que le estallara el corazón al sentir toda esa frenética ternura. Finalmente, tal como ella había supuesto que ocurriría, Damon suspiró, soltándola. Ella deseaba decirle que no tenía importancia, que comprendía, pero para él sí tenía importancia, y Ellemir lo sabía, y jamás habría manera de cambiar eso. Simplemente le besó, aceptando el fracaso y la desesperación, y suspiró.

Pero ahora Damon percibió que los otros se habían despertado. Se extendió suavemente, reuniendo a su alrededor el cuádruple contacto

telepático, que le daba más seguridad que su desesperado intento sexual. Intensamente consciente, más íntimo que el roce de los cuerpos, más allá de las palabras, todos sintieron que se fundían en uno solo. Andrew, sintiendo en él mismo la necesidad de Damon, buscó a Ellemir, que se entregó ansiosamente a sus brazos. La excitación mezclada creció, inundándolos a todos, atrapando incluso a Calista, fundiéndolos en una entidad única que tocaba, abarcaba, surgía, respondía. ¿Los labios de quién se tocaron y apretaron, los muslos de quién se cerraron, los brazos de quién abrazaron al cuerpo de quién en un beso feroz? Todo fluyó, se extendió como una ola, como una marea de fuego, como una caliente y estremecedora explosión de placer y satisfacción. A medida que la excitación cedió —o se estabilizó, más bien, en un nivel menos intenso—, Ellemir se desprendió de los brazos de Andrew y abrazó a Calista, sosteniéndola, abriendo generosamente su mente a la de su hermana. Hambrienta. Calista se aferró a ese contacto mental, tratando de asir algo de esa intimidad, esa reunión que sólo podía compartir de esta manera, de segunda mano. Por un momento perdió conciencia de su cuerpo anestesiado, tan estrechamente unida estaba a esa inquebrantable cadena de emociones.

Andrew, que percibió que lamente de Calista se había abierto plenamente, de tal manera que en cierto sentido *había sido* ella quien había estado en sus brazos, sintió una loca exaltación. Sentía como si se derramara, como si se extendiera hasta ocupar todo el espacio de la habitación, abarcándolos a los cuatro en sus brazos, y tanto Damon como Calista captaron su impulsivo pensamiento: *¡Querría estar en todas partes al mismo tiempo! ¡Quiero hacer el amor con todos al mismo tiempo!* Damon se acercó a Andrew, abrazándole con el confuso deseo de compartir, de algún modo, este intenso deleite y esta intimidad, de compartir participando verdaderamente de la lenta repetición de la excitación, de las suaves e intensas caricias...

Entonces la consternación, la depresión... *¿Qué demonios está pasando?* ...cuando Andrew advirtió de quién eran las manos que le acariciaban. La frágil urdimbre del contacto telepático se hizo añicos como un cristal, destruida por el duro golpe físico. Calista soltó un grito breve y

tembloroso, como un sollozo, y Ellemir casi gritó en voz alta: *¡Oh, Andrew, cómo pudiste...!*

Andrew se quedó muy quieto, obligándose rígidamente a no separarse físicamente de Damon. *Es mi amigo. No tiene tanta importancia.* Pero el momento ya había pasado, Damon se alejó, enterrando el rostro en la almohada, y cuando habló su voz fue ronca.

—Por los infiernos de Zandru, Andrew, ¿durante cuánto tiempo más nos temeremos mutuamente?

Andrew, parpadeando, emergió lentamente de la confusión. Sólo vagamente se daba cuenta de lo ocurrido. Giró y puso una mano sobre el hombro de Damon.

—Lo lamento, hermano —dijo torpemente—. Me sobresaltaste, eso es todo.

Damon había logrado controlarse, pero había sido atrapado en el momento de mayor vulnerabilidad, totalmente abierto a todos ellos, y el rechazo le había herido de manera inimaginable. Aun así, era un Ridenow, un empata, y le dolieron el arrepentimiento y la culpa que percibía en Andrew.

—¿Otro de tus tabúes culturales?

Andrew asintió, estremecido. Jamás se le había ocurrido que algo que pudiera hacer podía herir tan enormemente a Damon.

—Lo... Damon, lo siento. Fue tan sólo una especie de... una especie de reflejo, eso es todo. —Torpe, asustado todavía por la inmensidad de lo que le había hecho a Damon, se inclinó hacia el otro y lo abrazó. Damon se rió, le devolvió el abrazo y se incorporó. Se sentía agotado, dolorido, pero la desorientación había desaparecido.

Tratamiento de shock, advirtió. En los casos de histeria, tranquilizar era efectivo. Pero también un buen bofetón. Cuando se levantó para lavarse y vestirse se sintió gratamente sólido, otra vez real. Pensó, con sobriedad, que después de todo no había sido tan malo. Esta vez, cuando Andrew había recibido el golpe contra uno de sus tabúes profundos, no había salido corriendo ni tampoco se había desasido por la fuerza. Sabía que había herido a Damon, y lo había aceptado.

Ambos se entretuvieron un momento en la habitación de la suite, cuando las mujeres ya se habían vestido y se habían marchado. Andrew miró a Damon tímidamente, preguntándose si su amigo todavía estaría enojado con él.

—Enojado no —dijo Damon en voz alta—. Debería haberlo esperado. Siempre has tenido miedo de la sexualidad masculina, ¿verdad? Aquella primera noche, cuando Calista y tú entrasteis en contacto telepático con Ellemir y conmigo, lo percibí. Esa noche tuve tantas cosas en las que preocuparme que lo había olvidado, pero cuando nos tocamos accidentalmente, durante el contacto, sentiste pánico. —Volvió a sentir la evasiva respuesta de Andrew, su perturbación, su aislamiento—. ¿Es necesario culturalmente que consideres que todas las sexualidades masculinas, salvo la tuya, son una amenaza?

—No tengo miedo —dijo Andrew, con un chispazo de furia—, sino que me siento asqueado cuando se dirige a mí.

Damon se encogió de hombros.

—Los humanos no son una manada de animales en la que cada macho considera que los otros son un rival o una amenaza. ¿Te resulta imposible sentir placer con la sexualidad masculina?

—Demonios, sí —dijo Andrew, con disgusto—. ¿A ti no?

—Claro que no —dijo Damon, perplejo—. Celebro la... la conciencia de tu masculinidad así como celebro la femineidad de las mujeres. ¿Es tan difícil de comprender? Eso me hace más consiente de mi propia... de mi propia virilidad... —Se interrumpió con una risa de incomodidad—. ¿Cómo llegamos a semejante enredo? Ni siquiera la telepatía es útil, no hay imágenes mentales que coincidan con las palabras. —Agregó, más suavemente—: No soy un amante de hombres, Andrew. Pero me resulta difícil comprender esa clase de... temor.

—Me imagino que no tiene tanta importancia —masculló Andrew, sin mirarle—. No aquí.

Damon se apenó de que algo tan simple para él pudiera causar tantas dudas, tanto verdadero temor a su amigo.

—No —dijo preocupado—, pero, Andrew, estamos casados con hermanas mellizas. Probablemente pasemos juntos gran parte de nuestra vida. ¿Siempre tendré que temer que un momento de... de afecto pueda volverte ajeno, perturbarte hasta el punto de que todos nosotros, incluso las mujeres, terminemos heridos? ¿Siempre temerás que yo... transgreda algún límite invisible, que traté de obligarte a algo que... rechazas tanto? ¿Cuánto tiempo... — y su voz se quebró—... cuánto tiempo estarás en guardia conmigo?

Andrew sintió una profunda incomodidad. Deseaba estar a mil millas de distancia para no tener que encontrarse así, expuesto a la intensidad de Damon, a su proximidad. Nunca se había dado cuenta de lo que significaba ser telépata y formar parte de un grupo como éste, en el que no había manera de ocultarse. Cada vez que trataban de ocultarse de los otros tenían problemas. Tenían que enfrentarse a los, hechos. Bruscamente, levantó la cabeza y miró directamente a Damon.

—Mira, eres mi amigo —dijo en voz baja—. Cualquier cosa que desees... estará bien para mí. Trataré de no... no turbarme con las cosas. Yo... —ni siquiera sus manos se tocaban, pero de alguna manera le pareció que Damon y él estaban muy juntos, abrazándose como hermanos— lo siento, siento haber herido tus sentimientos. No quiero herirte por nada del mundo, Damon, y si no lo sabes, deberías saberlo.

Damon le miró tremendamente conmovido, percibiendo la tremenda valentía que Andrew debía tener para decirle eso. Un extraño, que había llegado de muy lejos. Sabiendo que Andrew ya había franqueado más de la mitad del abismo, que había cerrado la herida infligida, le rozó levemente la muñeca, con el roce que los telépatas usaban entre sí para hacer más intensa la intimidad.

—Y yo trataré de recordar —dijo Damon suavemente— que todo esto es extraño para ti. Ahora eres hasta tal punto uno más de nosotros que a veces me olvido de hacer concesiones. Y ahora basta. Hay trabajo que hacer. Debo buscar en los archivos de Armida para ver si hay allí algún registro del festival de Fin de Año, de antes de las Épocas de Caos y del incendio de Neskaya. Si aquí no hay nada, debo mirar en los registros de

todas las otras Torres, y parte de ese trabajo tendrá que hacerse por difusión telepática. No puedo viajar a Arilinn, a Neskaya y a Dalereuth, pero verdaderamente creo que ahora podremos tener la respuesta en algún momento.

Empezó a contarle todo a Andrew. Todavía se sentía cansado y deprimido, producto de la fatiga residual del largo viaje por el supramundo que todavía le perturbaba con la inevitable reacción. Se dijo que no debía echar la culpa a Andrew por su propio estado mental. Sería más fácil cuando todos ellos volvieran a su estado normal.

Pero al menos, pensó, ahora había alguna esperanza de lograrlo.

OceanofPDF.com

16

La búsqueda en los archivos de Armida resultó improductiva. Había registros de toda clase de festivales que habían sido habituales en algún momento en las Kilghard Hills, pero el único festival de Fin de Año que Damon pudo descubrir era un viejo ritual de fertilidad que se había extinguido mucho tiempo antes del incendio de Neskaya y que no parecía tener nada que ver con el problema de Calista. Sin embargo, ahora que la investigación estaba en marcha, ella parecía más paciente, y su salud siguió mejorando.

Había tenido dos veces la menstruación, pero aunque Damon insistió en que, por precaución, la joven pasara un día en cama cada vez, y había estado preparado para limpiarle los canales otra vez si era necesario, nada de esto hizo falta. ¡Era un buen signo con respecto a su salud física, pero malo para el eventual desarrollo de la selectividad normal de sus canales!

El trabajo invernal normal de Armida dejó paso a un invierno benigno a medida que se aproximaba el deshielo de primavera. Como era usual durante el invierno, Armida estaba aislada, con pocas noticias de lo que ocurría en el mundo exterior. Las noticias más insignificantes adquirían gran importancia. Una de las yeguas de los campos de pastoreo más bajos había dado a luz mellizas. *Dom* Esteban se las regaló a Calista y Ellemir, diciéndoles que en pocos años podrían tener la misma cabalgadura. El viejo juglar, Yashri, que había tocado en el baile del Solsticio de Invierno, se rompió dos dedos de una mano en una caída, borracho, tras una fiesta de

cumpleaños en la aldea, y su nieto de nueve años vino con orgullo a Armida, trayendo el arpa del abuelo —que era casi tan alta como él— para tocar para ellos durante las largas noches. Una mujer del límite de la propiedad dio a luz cuatro niños en un único parto, y Calista fue con Ferrika hasta la aldea en cuestión para entregar regalos y buenos deseos. Una tormenta súbita la obligó a pasar dos noches fuera de casa, para preocupación de Andrew. Cuando regresó y Andrew le preguntó por qué había sido necesario su alejamiento, ella le dijo suavemente:

—Era necesario para seguridad de las criaturas, esposo mío. En las montañas más distantes la gente es ignorante. Consideran un nacimiento así como un suceso afortunado o maligno... ¿y quién sabe cuál de las dos posibilidades pueden elegir? Ferrika puede *decirles* que todo son tonterías, pero ellos no le prestarán atención porque es una de ellos, a pesar de ser una comadrona entrenada en Arilinn, Amazona libre y probablemente mucho más inteligente que yo. Pero yo soy *Comyn*, y *leronis*. Si llevo presentes a los niños, y consuelo a la madre, la gente sabe que están bajo mi protección, y al menos no los considerarán como un terrible presagio de alguna catástrofe inminente.

—¿Cómo eran los bebés? —preguntó ansiosamente Ellemir, y Calista hizo una mueca.

—Todos los recién nacidos me parecen conejos pelados para el asador, Elli, extraordinariamente feos.

—¡Oh, Cal, cómo puedes decir *eso*!—le reprochó Ellemir—. Bien, tendré que ir a verlos por mí misma. ¡Cuatro de una vez, qué maravilla!

—Sin embargo, es duro para la pobre mujer. Pude lograr que dos de las mujeres de la aldea colaboraran para amamantarlos, pero incluso antes de que sean destetados tendremos que enviarles algún animal lechero.

La noticia del nacimiento cuádruple se extendió por las montañas, y Ferrika dijo que le alegraba que todavía fuera invierno y que los caminos no estuvieran en muy buenas condiciones —aunque ciertamente era un invierno benigno—, pues si no la pobre mujer estaría acosada por mucha gente llegada a ver la maravilla. Andrew se preguntó cómo sería un invierno severo, si éste era benigno. Supuso que algún año lo averiguaría.

Había perdido la noción del paso del tiempo, salvo en lo que se refería a las fechas esperadas de nacimientos en las caballerizas, por lo cual se enfrascaba en largas y complejas discusiones con Dom Esteban y Rhodri acerca de los acoplamientos de las mejores yeguas. Los días se alargaban perceptiblemente cuando reparó por la fuerza en el paso del tiempo.

Había llegado a la casa tras un largo día a caballo, y se dispuso a subir para lavarse y prepararse para la comida de la noche. Calista se hallaba en el Gran Salón con su padre, enseñándole a tocar el arpa. Ellemir le recibió en la puerta de la suite que compartían y le condujo a su mitad de las habitaciones.

Esto no era inusual. Damon había estado abstraído en su investigación, y de tanto en tanto hacía prolongados viajes por el supramundo. Hasta ahora sus esfuerzos habían sido estériles, pero había sufrido las consecuencias normales del trabajo de matriz, y Ellemir, de manera natural, había acogido a Andrew varias veces en su lecho. Al principio, él había aceptado la situación como lo que siempre había sido, un sustituto de la incapacidad de Calista. Después, una noche, cuando tan sólo estaba durmiendo con ella —que había rechazado una intimidad mayor, diciéndole que estaba muy cansada—, había advertido que no deseaba solamente eso de Ellemir.

La amaba. No como sustituía de Calista, sino por ella misma. La idea le resultó intensamente perturbadora, ya que siempre había creído que enamorarse de una mujer involucraba desenamorarse de todas las otras. Ocultó cuidadosamente el pensamiento, sabiendo que la perturbaría, y sólo se permitió explorarlo cuando estaba en medio de las montañas, lejos de todos. *Que Dios me ayude, ¿me he casado con la mujer equivocada?* Y sin embargo cuando volvió a ver a Calista, supo que no la amaba menos que antes, que la amaría eternamente aunque no pudiera ni rozarle la punta de los dedos. Las amaba a las dos. ¿Qué podía hacer al respecto? Ahora, mientras miraba a Ellemir, pequeña, sonriente y sonrojada, no pudo evitar tomarla en sus brazos y besarla apasionadamente.

Ella frunció la nariz.

—Hueles a caballo...

—Lo siento, iba a tomar un baño.

—No te disculpes. Me gusta el olor a los caballos, y en invierno nunca puedo salir a cabalgar. ¿Qué estuviste haciendo? —Cuando él se lo dijo, ella respondió—: Creí que el *coridom* podía ocuparse de eso.

—Oh, sí, pero si ellos se habitúan a verme manejar sus problemas, estarán dispuestos a recurrir a mí en vez de molestar a *Dom* Esteban. Últimamente se le ve muy cansado y demacrado. Creo que el invierno le pesa.

—También a mí —dijo Ellemir—, pero ahora tengo algo para ti que hará que esta espera valga la pena. Andrew, quería decírtelo primero que a los otros: ¡estoy embarazada! Debe haber sido poco antes del Solsticio de Invierno...

—¡Dios Todopoderoso! —dijo él, consternado y grave—. Ellemir, lo siento, amor... Debería haber sido...

Fue como un bofetón. Ella se alejó de él, mientras sus ojos centelleaban de furia.

—Yo quería darte las gracias, y ahora veo que me niegas el mayor de los dones. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Espera, espera... —Se sintió confundido—. Elli, amor...

—¿Cómo te atreves a darme nombres amorosos después de... después de abofetearme de este modo?

El tendió una mano hacia ella.

—Ellemir, por favor, espera. Una vez más no entiendo, pensé... ¿Estás tratando de decirme que *te alegra* estar embarazada?

Ella se sintió igualmente confundida.

—¿Cómo podría *no* alegrarme? ¿Qué clase de mujeres has conocido? Me sentí tan feliz, tan feliz cuando Ferrika me dijo esta mañana que ahora era seguro, que no se trataba tan sólo de mi propio deseo... —Parecía a punto de llorar—. ¡Quería compartir mi felicidad y tú me tratas como a una prostituta, como si no mereciera tener un hijo tuyo!

Rompió a llorar, y Andrew la abrazó. Ella se desasió pero después empezó a llorar sobre su hombro.

Él se sintió impotente.

—Oh, Ellemir, Ellemir, ¿lograré alguna vez llegar a comprenderos? Si tú te sientes feliz por esto, entonces, también yo me siento feliz.

Advirtió que lo decía de veras, como nunca lo había hecho en su vida.

Ella se enjugó las lágrimas y alzó la cabeza, como un día de primavera, con lluvia pasajera y sol.

—¿De veras, Andrew? ¿Verdaderamente feliz?

—Por supuesto, querida, si tú lo eres. —Cualquier complicación que hubiera, sería su responsabilidad. Debía ser un hijo de él, pues si no ella se lo hubiera contado primero a Damon.

Ellemir percibió la confusión de Andrew.

—Pero ¿cómo *podría* sentirse Damon? ¡Por supuesto que comparte mi felicidad, y se alegra! —Se echó hacia atrás, le miró directamente y dijo—: ¿Esto también sería algo malo para tu gente? ¡Me alegra no conocer a ninguno de ellos!

La frecuencia de esta clase de shocks había insensibilizado a Andrew.

—Damon es mi amigo, mi mejor amigo. Entre los míos esto se consideraría una mala pasada, una traición. La esposa de mi mejor amigo sería la única mujer prohibida para mí.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que tu gente no me gusta en *lo más mínimo*. ¿Crees que compartiría mi cama con alguien a quien mi esposo no conociera y amara? ¿Engendraría un niño de quien mi esposo fuera el padre, con un extraño o un enemigo? —Al cabo de un momento, agregó—: Es cierto que quería primero un hijo de Damon, pero ya sabes lo que ocurrió, y puede volver a ocurrir. Somos parientes demasiado cercanos, de modo que ahora podemos decidir no tener niños entre nosotros, ya que él no necesita un heredero de sangre Ridenow, y es probable que un niño tuyo sea más sano y más fuerte que el que pueda darme Damon.

—Ya veo. —Podía admitir que tenía cierto sentido, pero se detuvo a examinar sus propios sentimientos. Un hijo suyo y de una mujer a la que amaba. Pero no de su amada esposa. Un niño que llamaría padre a otro hombre, un niño sobre el que no tendría ningún derecho. Y ¿cómo se

sentida Calista? ¿Le parecería otra marca de su distanciamiento, de su exclusión? ¿Se sentiría traicionada?

—Estoy segura de que también ella se alegrará por mí —dijo Ellemir con suavidad—. No pienses que es mi intención añadir más peso al dolor que ya tiene que soportar.

—¿Lo sabe? —dijo él, inseguro.

—No, aunque doy por supuesto que puede sospecharlo. —Vaciló—. Siempre olvido que no eres uno de nosotros. Si tú quieres, se lo diré, aunque alguien de nuestro propio mundo preferiría decírselo él.

Las complejas cortesías de este mundo lo abrumaban, pero de pronto deseó hacer lo que era correcto en su mundo adoptivo.

—Yo se lo diré —contestó con firmeza.

Pero elegiría el momento, un momento en el que ella no pudiera dudar de su amor.

Se marchó a su habitación, confundido, y mientras se preparaba para la comida de la noche, sus pensamientos hicieron un extraño contrapunto con el gesto mundano de bañarse, recortarse la barba, que, desafiando la costumbre, había empezado a dejar crecer, y vestirse con sus atildadas ropas de interior.

Su propio hijo. Aquí, en un mundo extraño, y ni siquiera un hijo de su esposa. Pero a Ellemir no le parecía raro y Damon, evidentemente, lo había sabido desde antes, y lo aprobaba.

Antes de estar listo, escuchó que había jinetes en el patio, y cuando bajó encontró a Kieran, el hermano de Damon, que volvía de una visita invernal a Thendara, con su hijo mayor, un muchacho pelirrojo y de ojos brillantes, de unos catorce años, y media docena de Guardias, servidores y acompañantes. A Andrew no le había agradado Lorenz, el hermano mayor de Damon, pero Kieran le resultó grato, y le dio tanto placer como a Dom Esteban recibir algunas noticias del mundo exterior.

—Dime cómo está Domenic —pidió el anciano, y Kieran sonrió.

—En realidad, lo vi bastante —dijo—. Kester —señaló a su hijo—, entrará este verano en el cuerpo de cadetes, de modo que me pareció mejor rechazar la oferta de ocupar el cargo de maestro de cadetes en favor de

Danvan; ningún hombre puede ser maestro de su propio hijo. —Sonrió para quitar aspereza a sus palabras y agregó—: No quiero tener que ser tan duro con mi hijo como tú tuviste que serlo con el tuyo, Lord Alton.

—¿Está bien? ¿Maneja la Guardia de manera competente?

—Por lo que vi, tú mismo no podrías hacerlo mejor —dijo Kieran—. Piensa mucho y escucha con atención a mentes más sabias. Ha pedido muchos consejos a Kyril Ardáis y a Danvan, e incluso a Lorenz, aunque no creo... —y dedicó una sonrisa a Damon, porque era una broma que ambos compartían— que en realidad piense mucho mejor que nosotros de Lorenz. Sin embargo, es listo y diplomático, se ha hecho amigos adecuados y no tiene favoritos. Sus *bredin* son muchachos bien educados, tanto el joven Cathal Lindir como el otro, uno de sus hermanos nedestro... ¿se llama Dezirado, me parece?

—Desiderio —dijo *Dom* Esteban con una sonrisa de alivio—. Me alegra oír que también Dezi está bien y a salvo.

—Oh, sí, los tres andan siempre juntos, pero no peleando ni con prostitutas ni molestando. Son más serios que tres monjes. Se diría que Domenic ha advertido, como si tuviera tres veces su edad, que un hombre tan joven al mando será vigilado día y noche. Tampoco son pedantes o solemnes...el joven Nic siempre está riéndose o bromeando, pero de todos modos se hace cargo de su responsabilidad —les contó Kieran.

Andrew, recordando al alegre joven que lo había respaldado durante la boda, quedó complacido con la noticia de que a Domenic le iba tan bien. En cuanto a Dezi, bien, tal vez una tarea de responsabilidad y el hecho de saber que Domenic reconocía su status familiar, aunque el anciano no lo hiciera, tal vez le ayudara finalmente a encontrarse a sí mismo. Eso esperaba. Sabía lo que se sentía cuando uno no pertenecía a ninguna parte.

—¿Hay otras novedades, cuñado? —preguntó Ellemir ansiosamente, y Kieran sonrió.

—Sin duda —dijo—, debí haber prestado atención a los chismes de las damas de Thendara, hermana. Déjame pensar... Hubo un tumulto en la calle donde está la Casa del Gremio de las Amazonas Libres, y, según dicen,

parece que un hombre protestó diciendo que su esposa había sido llevada allí en contra de su voluntad...

—Eso no es verdad —dijo Ferrika con furia—. Perdón, *Dom* Kieran, ¡pero una mujer debe ir por sí misma allí para pedir que la admitan!

Kieran rió con buena voluntad.

—No lo dudo, *mestra*, pero eso se dice en Thendara, y parece que él envió mercenarios armados para que la llevaran de vuelta, y dicen también que su esposa luchó junto con las Amazonas defendiendo su casa, y que le hirió. El relato crece con cada boca que lo repite. Sin duda, algún día dirán que ella le mató y que clavó su cabeza en la pared. Alguien exhibía en el mercado el cuerpo de un potrillo con dos cabezas, pero mi criado me dijo que era una farsa, y bastante torpe además. En su juventud, fue aprendiz de un talabartero y conoce todos los trucos. Y, esperad que piense un momento... oh, sí. Mientras cabalgaba por las montañas, oí hablar de un campo de *kireseth* florecido durante los días cálidos, no un verdadero Viento Fantasma del verano sino una floración invernal.

Dom Esteban asintió, sonriendo.

—Es raro, pero suele suceder, y es un buen augurio —dijo.

Calista le explicó a Andrew, en voz baja:

—El *kireseth* es una flor que florece raramente en estas montañas. Con el polen y las flores preparamos el *kirian*. Cuando florece, en medio del verano, con el calor y el viento de las montañas, baja desde la altura como un viento de locura al que llaman Viento Fantasma. Bajo su influjo, los hombres hacen cosas extrañas, y cuando hay un verdadero Viento Fantasma, hacemos sonar las alarmas y nos encerramos en nuestras casas, pues las bestias corren enloquecidas por los bosques, y a veces no-humanos bajan de las montañas y atacan a los humanos. Una vez, cuando era niña, los vi —dijo estremeciéndose.

Dom Esteban prosiguió:

—Pero una floración invernal no puede durar lo suficiente para ser algo serio. Los aldeanos pueden olvidarse de arar y sembrar, tal vez dejen sus campos desatendidos durante uno o dos días para hacerse los tontos, pero al cabo de unas pocas horas la lluvia asienta el polen. Lo peor que he

escuchado durante una floración invernal fue que los lobos carroñeros del bosque se volvieron audaces... el polen afecta tanto el cerebro humano como el de los animales... y se aproximaron a los campos a atacar a hombres y bestias por igual. En general, una floración invernal es algo así como unas vacaciones inesperadas.

Andrew recordó que Damon le había advertido que no debía tocar ni oler las flores de *kireseth* que había en el cuarto de destilación.

—Tiene otro efecto derivado —dijo Ferrika, con una sonrisa—. En esa aldea habrá más trabajo para la comadrona cuando llegue el otoño. Las mujeres que han decidido no tener más niños, e incluso las matronas que tienen hijos adultos suelen quedar embarazadas.

Dom Esteban soltó la carcajada.

—Ah, sí, cuando yo era joven solían bromear en las bodas, si el matrimonio había sido concertado por las familias o si la novia no estaba bien dispuesta. Un verano hubo una boda, lejos, hacia el norte, cerca de Edelweiss, y durante la fiesta sopló el Viento Fantasma. La celebración fue muy ruidosa, con mucha bebida y... bien, fue indecorosa, y duró varios días. Lamentablemente yo era demasiado joven para sacarle buen provecho, pero recuerdo haber visto muchas cosas que habitualmente se ocultaban a los ojos de los niños. —Se enjugó algunas lágrimas provocadas por la risa—. Y después, más de medio año más tarde, nacieron muchos niños cuya filiación era, por así decirlo, incierta. Ahora ya no se hacen esas bromas en las bodas.

—¡Qué espantoso! —dijo Ferrika, con una mueca de disgusto, pero Damon no pudo evitar reírse, pensando en esa boda cuyos juegos y bromas vulgares, que no eran en serio, se había convertido en una orgía bajo el influjo del Viento Fantasma.

—No creo que a *ellos* les resultara divertido —dijo Ellemir con seriedad, y *Dom* Esteban respondió:

—No, por cierto que no, *chiya*. Tal como te dije, ¡ya no se hacen esas bromas en las bodas! Pero sin duda, en las montañas se decía que en verano, cuando soplaba el Viento Fantasma, alguna gente de los Dominios solía hacer un festival, un antiguo festival de la fertilidad. Eran días de

barbarie, tal vez anteriores al Pacto, tal vez anteriores incluso a las Épocas de Caos. —Y agregó—: Pero, por supuesto, una floración invernal no es nada serio.

—Ni tampoco nada para reírse —dijo Ferrika— ¡Al menos para las mujeres que descubrirán que están embarazadas de niños que no deseaban!

Andrew vio que Ellemir fruncía un poco el ceño en gesto de perplejidad. Con facilidad pudo captar sus pensamientos: ¿Acaso era posible que una mujer *no* deseara un niño?

—A mí me gustaría que hubiera alguna floración invernal por aquí —dijo Calista—. Debo preparar más *kirian,* porque ya casi no nos queda nada, y debemos tenerlo siempre en la casa.

Uno de los mayordomos, que comía en una mesa lateral para estar a mano si se le necesitaba, alzó la cabeza y dijo con voz rústica y servicial:

—*Domna,* si eso es lo que deseas, hay flores de *kireseth* en la ladera que está junto al campo de pastoreo donde nacieron las yeguas mellizas, la ladera en la que está el antiguo puente de piedra. No sé si todavía están en flor, pero mi hermano las vio cuando pasó por allí hace tres días.

—¿De veras? —Dijo Calista—. Te lo agradezco, Rimal. Si el clima se mantiene, aunque no es probable, mañana iré hasta allí y repondré mi provisión.

Esa noche no llovió ni nevó y, después del desayuno, cuando Kieran Ridenow ya había partido —*Dom* Esteban lo había instado a quedarse durante algunos días, pero él había dicho que debía aprovechar el buen tiempo—, Calista ordenó que ensillaran su caballo. *Dom* Esteban frunció el ceño al verla ataviada con su falda de montar.

—Esto no me gusta, Calista,' *chiya*. Cuando yo era joven todos decían que ninguna mujer debía cabalgar sola por las montañas cuando el *kireseth* estaba en flor.

Calista se rió.

—¿Padre, de veras piensas...?

—Eres *comynara*, niña, y ninguno de los nuestros te haría daño, loco o cuerdo, pero podría haber extraños o bandidos en las montañas.

—Llevaré a Ferrika conmigo —dijo ella alegremente—. Ha sido entrenada en la Casa del Gremio de las Amazonas, y sabe defenderse de cualquier hombre, ladrón o violador.

Pero Ferrika, al ser convocada, se negó a ir.

—La mujer del lechero probablemente dé a luz hoy, *domna* —dijo—. No sería adecuado abandonar mis tareas y dar un paseo de placer por las montañas. Tienes esposo, señora, pídele a *él* que te acompañe.

Andrew no tenía demasiadas cosas que hacer en la propiedad, ya que se habían terminado los trabajos de reparación de los daños causados por la tormenta, y todo el resto estaba aún sumido en el letargo invernal, a pesar del buen tiempo. Hizo ensillar su caballo.

Lejos de la casa, pensó, cuando estuvieran solos, quizás encontrara el momento adecuado para hablarle de Ellemir. Y del bebé.

Era todavía temprano cuando partieron. Hacia el este, el cielo estaba cruzado de púrpura y de espesas nubes blancas, teñidas de carmesí por el sol. Mientras cabalgaban por las empinadas sendas, mirando los valles de abajo, con restos de nieve debajo de los árboles, y caballos que pastaban en todas las laderas la hierba nueva, el corazón de Andrew se alegró. Calista nunca había parecido más alegre, más bella. Cantaba fragmentos de viejas baladas, y una vez se detuvo, como una niña, a la entrada de un largo valle, para lanzar un prolongado y dulce «Ho-o-o-ola-a-a-a», riéndose gozosamente cuando el eco lo devolvió cien veces multiplicado desde las altas laderas rocosas. A medida que cabalgaban el sol subió en el cielo y el día se hizo más cálido. Ella se desprendió de su capa de montar azul y la colgó del arzón de su montura

—No sabía que cabalgaras tan bien —dijo Andrew.

—Oh, sí, incluso cuando estaba en Arilinn cabalgaba mucho. Pasábamos tanto tiempo dentro, con las pantallas y los emisores, que si no hacíamos un poco de ejercicio... ¡Nos sentíamos tan rígidas y sin vida como las viejas pinturas de Hastur y Cassilda que teníamos en la capilla! Los días festivos, solíamos llevar nuestros halcones, y cabalgábamos por la campiña

que rodea Arilinn, y los lanzábamos contra aves y presas pequeñas. Yo estaba orgullosa porque podía manejar un halcón *verrin*, un pájaro grande así —separó las manos—, no el pájaro típico de una dama, como tenían la mayoría de las mujeres. —Volvió a reírse con un sonido cristalino—. Pobre Andrew, he estado cautiva, y enferma tanto tiempo dentro de la casa que crees que soy una delicada doncella de cuento de hadas, pero en realidad soy una muchacha campesina, y muy fuerte. Cuando era niña cabalgaba tan bien como mi hermano Coryn. ¡Y ahora creo que mi yegua puede ganarle a tu caballo una carrera hasta esa cerca que está allá! —Espoleó su caballo y partió tan rápido como el viento. Andrew hizo lo mismo y galopó tras ella, con el corazón en la boca: ella no estaba acostumbrada a cabalgar ahora, podía caerse en cualquier momento, pero la mujer y el caballo parecían fundidos en una sola criatura. Cuando Calista llegó a la cerca, en vez de detener su cabalgadura, la saltó con un fuerte grito de regocijo y excitación, y su yegua gris se elevó en el aire como un pájaro, aterrizando suavemente en el otro lado. Cuando Andrew la siguió, Calista detuvo el paso de su caballo y ambos continuaron más lentamente, lado a lado.

Tal vez esto era estar enamorado, pensó Andrew. Cada vez que veía a Calista era como la primera vez, todo era siempre nuevo y sorprendente. Pero esa misma idea despertó su culpa, que nunca estaba muy lejana. Al cabo de unos minutos ella advirtió su silencio y se volvió hacia él, extendiendo su pequeña mano enguantada.

—¿Qué ocurre, esposo mío?

—Tengo algo que decirte, Calista —dijo él bruscamente—. ¿Sabías que Ellemir está otra vez embarazada?

El rostro de ella se iluminó con una sonrisa.

—¡Me alegro tanto por ella! Ha sido muy valiente, pero ahora todo su dolor y su pena acabarán.

—No comprendes —observó Andrew con obstinación—. Dice que el hijo es mío...

—Oh, por supuesto —dijo Calista—, ella misma me dijo que Damon no quería que lo intentaran nuevamente tan pronto, porque temía que ella... lo perdiera. Estoy muy contenta, Andrew.

¿Alguna vez se habituaría a sus costumbres? Suponía que era una suerte para él, pero aun así...

—¿No te importa, Calista?

Ella empezó a decir —Andrew casi escuchó las palabras— « ¿Por qué habría de molestarme?», pero advirtió que las silenciaba. A pesar de todo, él era todavía un extraño en algunos aspectos.

—No, Andrew —dijo ella por fin, lentamente—, de verdad, no me importa. No creo que comprendas. Pero piénsalo de este modo. —Su rostro volvió a iluminarse con una sonrisa de regocijo—. Habrá un niño en la casa, un hijo tuyo, y aunque me gustan bastante los bebés, en realidad no quiero tener uno todavía. En realidad, y esto es ridículo, Andrew —agregó, riéndose—, aunque Ellemir y yo somos mellizas, ¡yo todavía no soy lo suficientemente mayor como para tener un bebé! ¿No sabes que las comadronas dicen que ninguna mujer debe tener un niño mientras su cuerpo no haya tenido tres años completos de madurez? ¡Y en mi caso no ha pasado todavía ni medio año! ¿No es raro? ¡Elli y yo somos mellizas, y ella está embarazada por segunda vez...! ¡Y yo ni siquiera tengo edad suficiente para tener un bebé!

A él la broma le dolió. Cómo podía hacer bromas acerca de la forma en que su cuerpo había sido retenido así, inmaduro, y sin embargo, advirtió con cordura, era esa misma capacidad de buscar la parte divertida de las cosas, incluso de ésta, la que les había salvado a todos de la desesperación.

Llegaron al valle del antiguo puente de piedra, el valle donde habían nacido las yeguas gemelas. Juntos ascendieron la larga cuesta, ataron los caballos a un árbol y desmontaron.

—El *kireseth* es una flor de las alturas —dijo Calista—. No crece en los valles, y probablemente eso sea bueno. A veces los hombres incluso lo siegan cuando crece en las laderas más bajas, porque el polen causa problemas: cuando florece, incluso los caballos y el ganado suelen enloquecer, forman estampidas, se atacan entre sí, se acoplan fuera de época. Pero es muy valioso, pues con él preparamos el *kirian*. Y mira, es bello —dijo, señalando la extensa ladera cubierta de hierba, cubierta con una cascada de flores azules que centelleaban con sus estambres dorados.

Algunas eran todavía azules, otras parecían campanas de oro, cubiertas por el polen dorado.

Ella se ató un pedazo de tela, a manera de máscara, sobre la parte inferior de su rostro.

—Estoy entrenada para manejarlo sin que me afecte demasiado —dijo —, pero aun así, no quiero aspirar mucho.

El la observó mientras hacía los preparativos para juntar las flores, pero ella le advirtió:

—No te acerques mucho, Andrew. Nunca has estado expuesto a esto antes. Todos los que viven en las Kilghard Hills han pasado alguna vez por la experiencia del Viento Fantasma, y saben cómo reaccionarán, pero produce cosas muy extrañas. Quédate aquí bajo los árboles, con los caballos.

Andrew se resistió, pero ella le repitió la orden con firmeza.

—¿Crees que necesito ayuda para cortar unas pocas flores, Andrew? Te pedí que vinieras conmigo para disfrutar de tu compañía durante la larga cabalgada, y para calmar el temor de mi padre de que pudiera haber en las montañas algunos bandidos que intentaran despojarme de las alhajas que no llevo, o que quisieran violarme, hecho que —agregó, con una sonrisa triste — podría tener peores resultados para ellos que para mí.

Andrew miró hacia otro lado. Le alegraba que Calista pudiera divertirse un rato, pero esa broma en particular no le pareció de muy buen gusto.

—No me llevará mucho tiempo cortar lo que necesito; están florecidas y cargadas de resina. Espérame aquí, mi amor.

El hizo lo que ella le decía, observándola mientras se dirigía hacia las flores. Calista se agachó y empezó a cortar las flores, colocándolas en una gruesa canasta que había traído con ese objeto. Andrew se tendió sobre la hierba, junto a los caballos, y la observó mientras ella se desplazaba graciosamente por el campo de flores doradas y azules, con su pelo rojo dorado cayéndole sobre la espalda en una única trenza. El sol era cálido, más cálido de lo que podía recordar desde que estaba en Darkover. En el campo de flores zumbaban las abejas y otros insectos, y algunos pájaros revoloteaban alrededor. Con los sentidos agudizados, Andrew podía oler a

los caballos y sus monturas de cuero, el denso aroma de los árboles de resina y un perfume dulce y frutal que, supuso, debería ser el de las flores de *kireseth*. Podía sentir que le llenaba la cabeza. Recordando que Damon le había advertido que no tocara ni oliera incluso las flores secas, por precaución alejó un poco a los caballos. Era un día tranquilo y sin viento, ni siquiera soplaba una brisa leve. Se quitó la chaqueta de montar y la dobló para ponérsela bajo la cabeza. El sol le dio sueño. Cuánta gracia tenía Calista cuando se agachaba entre las flores, cortando un pimpollo aquí y otro allá, guardándolos luego en la canasta. Cerró los ojos, pero le pareció ver, detrás de los párpados, el sol que estallaba en brillantes prismas de colores. Sabía que era efecto de la resina, Damon le había dicho que era alucinógena. Pero se sentía tranquilo y satisfecho, y no sentía ningún impulso de hacer ninguna de esas cosas peligrosas que, según le habían dicho, hacían los hombres y los animales en estos casos. Estaba absolutamente satisfecho de encontrarse allí tendido sobre la cálida hierba, vagamente consciente de los cambiantes colores del arco iris que veía con los ojos cerrados. Cuando los abría, la luz del sol le parecía más brillante, más cálida.

Entonces vio que Calista venía hacia él, la máscara desprendida de su rostro, el pelo flotando. Parecía vadear, hundida hasta la cintura en las centelleantes olas doradas de las flores con forma de estrella, una delicada mujer aniñada rodeada de un halo de brillante cabello cobrizo. Por un momento su forma se hizo borrosa y se agitó como si no estuviera en absoluto allí, como si no fuera su esposa con falda de montar sino la imagen espectral que él había visto cuando estaba prisionera en las cavernas de Corresanti y sólo podía acudir a él con la forma insustancial del supramundo. Pero era real. Se sentó sobre la hierba, junto a él, inclinando el rostro con una sonrisa tan tierna que Andrew no pudo evitar abrazarla y besarla. Ella le devolvió el beso con una intensidad que le sorprendió un poco... aunque, semidormido y con sus sentidos un poco agudizados y un poco confundidos por el polen, no pudo recordar muy bien por qué ese hecho debía sorprenderle.

El la tomó en sus brazos, la tendió a su lado sobre la hierba. La abrazó, besándola apasionadamente, y ella le devolvió los besos sin vacilaciones ni retraimiento.

Una idea pasajera cruzó la mente de Andrew, como una ráfaga de viento que agitara las flores centelleantes: *¿Alguna vez soñé que me había casado con la mujer equivocada?* Esta Calista nueva, que le respondía, cálida de ternura, hacía que la idea fuera absurda. Él sabía que la joven había compartido su pensamiento —ya no se preocupaba por intentar ocultarle nada— y que le divertía. Podía sentir las oleadas de risa a través de las olas de deseo que los inundaban a ambos.

Sabía positivamente que ahora podía hacer lo que quisiera, y que ella no protestaría, pero por precaución no fue más allá de esos besos que Calista compartía y que le devolvía con tanta intensidad. A pesar de lo que sintiera, podía ser peligroso para ella. Aquella noche... ella también lo había deseado. Y todo había terminado en una catástrofe, casi una tragedia. No volvería a arriesgarse hasta no estar seguro, más por ella que por él mismo.

Sabía que Calista no tenía miedo, pero sin embargo aceptó ese límite tal como había aceptado los besos y las caricias. Extrañamente, no sentía ningún deseo de ir más allá, ningún dolor ni frustración. Él también se estremecía con oleadas de risa que parecían de algún modo hacer más intenso este momento, de sol y calidez y flores e insectos que zumbaban en la hierba a su alrededor, una risa, una alegría que también estremecía a Calista junto con el deseo.

Los dos estaban perfectamente satisfechos de estar allí tendidos sobre la hierba, juntos, con las ropas puestas, sin hacer otra cosa más que besarse, como si fueran adolescentes... Era absurdamente gracioso y delicioso.

La más cortés de las palabras darkovanas para designar el sexo era *accandir*, que significaba simplemente dormir juntos y que era tan neutra que incluso podía usarse en presencia de los niños. Bien, pensó él, otra vez estremecido por la risa, eso era lo que estaban haciendo. Nunca supo cuánto tiempo estuvieron acostados uno junto al otro sobre la hierba, besándose o acariciándose suavemente, mientras él jugaba con los mechones del pelo de

ella o contemplaba cómo los suaves prismas de color que estaban detrás de sus párpados se desplazaban por la resplandeciente cara de la joven.

Debían haber pasado muchas horas —el sol había empezado a bajar del cenit— cuando una nube oscureció el aire y empezó a soplar un viento que dispersó el pelo de Calista sobre su rostro. Andrew parpadeó y se incorporó, mirándola. Ella descansaba sobre su codo, con la túnica interior abierta en el cuello y briznas y pétalos de flores enredados en su pelo. De repente, había empezado a hacer frío, y Calista miró el cielo con expresión apenada.

—Me temo que tendremos que irnos si no queremos que nos pille la lluvia. Mira las nubes.

Con dedos reticentes, ella se ató los lazos de la túnica, se quitó las hojas del pelo y se lo trenzó descuidadamente.

—Lo suficiente para parecer decente —dijo, riéndose—. ¡No quiero que parezca que he estado tendida en los prados, ni siquiera con mi propio esposo!

El se rió, recogiendo la canasta de flores y colgándola del arzón de la montura de Calista. ¿Qué les había ocurrido? se preguntó. El sol, el polen... ¿qué había sido? Estaba listo para ayudarla a montar cuando ella se detuvo, rodeándole el cuello con sus brazos.

—Andrew... oh, por favor —dijo, echando una mirada hacia el borde del prado, hacia el refugio que ofrecían los árboles. Él sabía lo que pensaba la joven, no había ninguna necesidad de expresarlo con palabras.

—Quiero... quiero ser completamente tuya.

Las manos de Andrew se tensaron sobre la cintura de ella, pero no se movió.

—No, querida. Nada de riesgos —dijo con mucha suavidad.

Todo parecía estar bien, pero él no estaba seguro. Si sus canales volvían a sobrecargarse... No podía soportar verla sufrir de esa manera. No otra vez.

Ella exhaló un prolongado suspiro de decepción, pero Andrew supo que había aceptado su decisión. Cuando Calista le miró, sus ojos estaban colmados de lágrimas, pero sonreía. *No arrojaré ninguna sombra sobre este día maravilloso, pidiendo más como una niña golosa.*

El le puso la capa de montar sobre los hombros, pues soplaba un viento penetrante desde las alturas, y hacía frío. Cuando la alzó hasta la montura, Andrew pudo ver el campo de flores, ahora de un azul helado, sin el resplandor dorado que antes lo había cubierto. El délo se oscurecía y empezó a lloviznar. La sentó en la montura y, en la lejanía, cuando montó, pudo ver que en la otra ladera del valle los caballos empezaron a juntarse con inquietud, buscando refugio.

El regreso fue silencioso, y Andrew se sentía deprimido, apenado. Sentía que había sido un tonto. Debería haber aprovechado la entrega de Calista, esa súbita desaparición del miedo y de la vacilación. ¿Qué precaución estúpida se lo había impedido?

Después de todo, si era la respuesta de Calista lo que le sobrecargaba los canales, la joven había respondido tanto a él como si la hubiera hecho suya. ¡Cómo lo deseaba! ¡Qué tonto había sido, qué condenadamente tonto!

Calista también estaba silenciosa, y de tanto en tanto le miraba con una inexpresable mirada de temor y miedo. Él percibió ese miedo, que borraba toda su alegría.

Me alegra haber sabido, una vez más, lo que es desearlo, devolverle su amor... pero tengo miedo. Y él podía sentir la cualidad paralizante de ese miedo, el recuerdo del dolor que la joven había experimentado cuando antes se había permitido responderle. *No podría volver a soportarlo. Ni siquiera con kirian. Y también seña terrible para Damon. Por piedad de Avarra, ¿qué he hecho?*

Llovía intensamente cuando llegaron a Armida, y Andrew bajó a Calista de la montura, sintiendo con pena que el cuerpo de ella se ponía rígido ante el contacto. ¿Otra vez? Besó el húmedo rostro bajo la capucha empapada. Ella no rechazó el beso, pero tampoco se lo devolvió. Perplejo, pero tratando de comprender —estaba asustada, pobre muchacha, ¿y quién podía acusarla después de aquella espantosa odisea?—, Andrew la llevó en brazos hasta subir las escaleras, y luego la depositó en el suelo.

—Ve a secarte, preciosa, no me esperes. Debo ocuparme de que atiendan adecuadamente a los caballos.

Calista se marchó lentamente y con pena. Su alegría había desaparecido, dejándola agotada y enferma de aprensión. Uno de los más fuertes tabúes de Arilinn era el que prohibía absolutamente la planta natural del *kireseth*, no tratada. Aunque ella ya no estaba atada a esas leyes, se sentía igualmente culpable y avergonzada. Aun sabiendo que las flores la afectarían, se había quedado allí para disfrutar del efecto, sin alejarse ni retirarse. Y además de culpa, sentía miedo. No sentía nada parecido a la sobrecarga de sus canales —en realidad, rara vez se había sentido mejor—, pero sabiendo lo que había hecho, estaba mortalmente asustada.

Fue en busca de Damon, que de inmediato adivinó lo ocurrido.

—¿Te expusiste al *kireseth*, Calista? Cuéntame.

Tartamudeando, avergonzada, asustada, ella logró contarle a Damon un poco de lo que había ocurrido. Damon, al escuchar sus vacilantes palabras, pensó con angustiada empatia que la joven parecía una ramera arrepentida, no una mujer casada que había pasado inocentemente el día con su propio esposo. Pero se preocupó. Después de lo que había sucedido a principios del invierno, Andrew no debería haberse acercado a ella de este modo, sin una invitación explícita. El *kireseth*, en realidad, tenía fama de acabar con las inhibiciones. Pero fuera cual fuese la causa, Calista podía haber sobrecargado sus canales con dos grupos conflictivos de respuestas.

—Bien, veamos qué daños hay.

Pero después de monitorearla brevemente, se sintió confundido.

—¿Estás *segura*, Calista? Tus canales son los de una Celadora, sin alteraciones. ¿Qué clase de broma es ésta?

—¿Broma? Damon, ¿qué quieres decir? Todo ocurrió tal como te he dicho.

—Pero eso es imposible —dijo Damon—. Tú *no puedes* haber reaccionado como dices. Si lo hubieras hecho, tus canales estarían sobrecargados, y tú estarías muy enferma. ¿Qué sientes ahora?

—Nada —dijo ella con cansancio, derrotada—. ¡No siento nada, nada, *nada*! —Por un momento Damon creyó que rompería a llorar. Ella volvió a hablar, con la voz cargada por las lágrimas contenidas—: Todo ha pasado

como un sueño, y he quebrantado la leyes de la Torre. Soy una descastada, y total para nada.

Damon no sabía qué pensar. ¿Un sueño que compensaba sus privaciones, las privaciones de su vida? Después de todo, el *kireseth* era una droga alucinógena. Le tendió las manos. El automático rechazo de ella verificó lo que ya suponía: ella y Andrew tan sólo habían compartido una ilusión.

Más tarde interrogó a Andrew, y pudo hacerlo de manera más profunda y específica, discutiendo la clase de respuestas físicas en cuestión. Andrew estaba deprimido y a la defensiva, aunque admitió voluntariamente que él hubiera sido personalmente responsable si Calista hubiera sufrido algún daño. Por los infiernos de Zandru, pensó Damon, ¡qué enredo! Andrew ya se sentía muy culpable por desear a Calista cuando ella no estaba en condiciones de responderle, y ahora debía privarle incluso de esta ilusión. Puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Está bien, Andrew. No le hiciste daño. Está bien, te lo aseguro, y tiene los canales completamente limpios.

—No creo que haya sido un sueño, ni una ilusión ni nada de eso —dijo Andrew con obstinación—. ¡Maldición, yo no inventé las hojas enredadas en mi pelo!

—No dudo que estuvierais tendidos en alguna parte, sobre la hierba —dijo Damon, desgarrado por la compasión—. El *kireseth* contiene un componente que estimula el *laran*. Evidentemente, Calista y tú estuvisteis en contacto telepático, de manera más intensa de lo habitual, y tus... tus frustraciones construyeron un sueño. Algo que pudo ocurrir... sin ponerla en peligro. Y sin ponerte en peligro a ti.

Andrew ocultó el rostro entre las manos. Ya era suficientemente desagradable sentirse como un tonto por haberse pasado el día besándose y acariciándose con su esposa, sin nada más íntimo, pero era peor que le dijeran que, por efecto de la droga, simplemente había soñado haberlo hecho. Miró a Damon con obstinación.

—No creo que haya sido un sueño —dijo—. Si fue un sueño, ¿por qué no soñé que hacía lo que *verdaderamente* deseaba hacer? ¿Por qué no lo

soñó *ella*? Se supone que los sueños alivian las frustraciones, no que producen otras nuevas, ¿verdad?

Damon admitió que ésa era, por supuesto, una buena pregunta, pero ¿qué sabía él de los miedos y las frustraciones que podían inhibir incluso los sueños? Una noche, en su juventud, había soñado que tocaba a Leonie de una manera que ninguna Celadora podía ser tocada, ni siquiera con el pensamiento, y se había pasado tres noches sin dormir por miedo a repetir esa ofensa.

En su habitación, lavándose para la cena, Andrew observó sus ropas, arrugadas y sucias. ¿Era tan tonto como para tener sueños eróticos con su propia esposa? No lo creía. Damon no había estado allí, pero él sí. Y sabía perfectamente lo que había ocurrido, aunque no pudiera explicarlo siquiera. Estaba sumamente contento de que Calista no hubiera sufrido daños, aunque tampoco podía comprender lo que había pasado.

Esa noche, durante la cena, *Dom* Esteban dijo, con tono de preocupación:

—Me pregunto... ¿Creéis que Domenic está bien? Siento que algo lo amenaza, algo maligno...

—Tonterías, padre —dijo amablemente Ellemir—. Esta mañana *Dom* Kieran nos dijko que estaba perfectamente bien y rodeado de sus amigos, comportándose correctamente y haciéndose cargo de sus responsabilidades de la mejor manera posible. ¡No seas tonto!

—Supongo que tienes razón —dijo el anciano, pero su aspecto de preocupación persitió.

—Me gustaría que estuviera en casa.

Damon y Ellemir cambiaron miradas de preocupación. Al igual que todos los Alton, *Dom* Esteban tenía ocasionales destellos de precognición. Quieran los Dioses que sólo sea preocupación, pensó Damon, que no esté viendo el futuro. El anciano estaba inválido y enfermo. Probablemente, sólo fuera preocupación.

Pero Damon descubrió que también él había empezado a preocuparse, y su preocupación no cesó.

OceanofPDF.com

17

Durante toda la noche los sueños de Damon estuvieron acechados por el ruido de cascos de caballos que galopaban... galopaban hacia Armida con malas noticias. Ellemir se estaba vistiendo, preparándose para bajar a supervisar las cocinas —este embarazo no le ocasionaba ninguna de las molestias que había sufrido durante el anterior— cuando repentinamente se puso pálida y gritó. Damon se acercó rápidamente a ella, pero la joven se fue corriendo hacia la escalera, bajó hasta el salón, salió al patio y permaneció en los portales, con el rostro mortalmente pálido.

Damon, sintiendo que la premonición también hacía presa de él, la siguió, rogándole:

—Ellemir, ¿qué pasa? Amor, no debes quedarte aquí de este modo...

—Padre —susurró ella—. Esto matará a nuestro padre. ¡Oh, bendita Cassilda, Domenic, Domenic!

El la condujo suavemente hasta la casa, a través de la fina niebla de la llovizna matinal. En cuanto traspasaron la puerta encontraron a Calista, pálida y demacrada, con Andrew, preocupado y aprensivo, a su lado. Calista fue a la habitación de su padre, diciendo suavemente:

—Todo lo que podemos hacer ahora es estar con él, Andrew.

Andrew y Damon permanecieron junto al anciano mientras su criado personal le vestía. Suavemente, Damon le ayudó a sentarse en su silla de ruedas.

—Querido tío, sólo nos queda esperar las noticias. Pero ocurra lo que ocurra, recuerda que todavía tienes hijas e hijos que te aman y que están junto a ti.

En el Gran Salón, Ellemir se acercó para arrodillarse junto a su padre, sollozando. *Dom* Esteban le acarició el brillante cabello y dijo con voz ronca:

—Cuídala a ella, Damon, no te preocupes por mí. Si... si algo malo le ha ocurrido a Domenic, ese niño que llevas, Ellemir, es el próximo heredero de Alton.

¡Que Dios les ayudara a todos, pensó Damon, porque Valdir no tenía todavía doce años! ¿Quién comandaría la Guardia? ¡Hasta Domenic había sido considerado muy joven para esa tarea!

Andrew estaba pensando que su hijo, el niño de Ellemir, sería heredero del Dominio. La idea parecía tan terriblemente improbable que le asaltó una risa histérica.

Calista puso una copa entre las manos del anciano *dom*.

—Bebe esto, padre.

—¡No quiero ninguna de tus drogas! ¡Nadie me tranquilizará ni me hará dormir hasta que no sepa...

—¡Bebe! —ordenó ella, pálida y furiosa a su lado—. No es para disminuir tu conciencia sino para fortalecerte. ¡Hoy necesitarás toda tu fuerza!

Con cierta reticencia, el anciano tomó la poción. Ellemir se incorporó.

—Los criados y los campesinos no deben pasar hambre por culpa de nuestro dolor —dijo—. Debo ocuparme del desayuno. Condujeron al anciano a la mesa y lo instaron a que comiera, pero ninguno de ellos comió mucho, y Andrew descubrió que se esforzaba por escuchar más allá del alcance de sus oídos, esperando al mensajero que traía las noticias que ya todos daban por supuestas.

—Ahí está —dijo Calista, dejando un pedazo de pan untado con mantequilla y poniéndose en pie. Su padre levantó la mano, deteniéndola, muy pálido pero perfectamente dueño de sí, Lord Alton, cabeza del Dominio, Comyn.

—Permanece sentada, hija. Las malas noticias llegarán cuando quieran, pero no es adecuado salir corriendo en su busca. Se llevó a la boca una cucharada de potaje de nueces pero volvió a dejarla, intacta. Ninguno pretendía fingir que comía ahora, al escuchar el ruido de los cascos en el patio de piedra, las botas del mensajero subiendo los peldaños. Era un Guardia, muy joven, con el pelo rojo que, Andrew ya sabía, significaba que en alguna parte, próxima o distante, tenía sangre Comyn. Parecía cansado, triste, asustado.

—Bienvenido a mi casa, Darren —dijo *Dom* Esteban con suavidad—. ¿Qué te trae a estas horas, muchacho?

—Lord Alton. —La voz del mensajero pareció quebrarse en su garganta —. Lamento traerte malas noticias. —Sus ojos recorrieron el Salón. Parecía acorralado, desdichado, reticente a dar las malas noticias al anciano, frágil y demacrado en su silla.

—Tuve una advertencia de esto, muchacho —dijo *Dom* Esteban suavemente—. Vamos, dímelo. —Levantó la mano y el joven, vacilante, se acercó a la mesa—. Se trata de mi hijo Domenic. ¿Ha... ha muerto?

El joven Darren bajó los ojos. Dom Esteban exhaló un suspiro ronco, estremecedor como un sollozo, pero cuando habló había recobrado el control.

—Estás cansado por la larga cabalgada. —Hizo una seña a los criados para que tomaran la capa del joven Guardia, le quitaran las pesadas botas de montar y le alcanzaran pantuflas de interior. Tras servirle un cuenco de vino tibio, pusieron una silla para él cerca de la mesa—. Cuéntame, muchacho. ¿Cómo murió?

—Por mala suerte, Lord Alton. Estaba en la armería, practicando esgrima con su hombre juramentado, el joven Cathal Lindir. De algún modo, a pesar de tener la máscara puesta, recibió un golpe en la cabeza. Nadie creyó que fuera serio, pero antes de que pudieran traer al oficial médico, Domenic estaba muerto.

Pobre Cathal, pensó Damon. Había sido uno de los cadetes durante el año que Damon fue maestro de cadetes, al igual que el joven Domenic. Los dos habían sido inseparables, iban juntos a todas partes: la práctica de

esgrima, cuando estaban de servicio, durante las horas de descanso. Damon sabía que eran *bredin*, hermanos juramentados. Ya hubiera sido malo que Domenic muriera accidentalmente, por mala suerte, pero por un golpe de su amigo juramentado... que ésa fuera la causa de su muerte... ¡Bendita Cassilda, cómo sufriría el pobre muchacho!

Dom Esteban había logrado recomponerse, e interrogaba al mensajero acerca de los arreglos que se habían hecho.

—Valdir debe ser llamado de Nevarsin de inmediato, y designado heredero.

—Lord Lorill Hastur ya lo ha mandado buscar —dijo Darren—, y te pide que vayas urgentemente a Thendara si estás en condiciones, señor.

—En condiciones o no, hoy mismo nos pondremos en marcha —dijo *Dom* Esteban con firmeza—. Aunque tenga que viajar en una litera. Damon, Andrew, tenéis que venir conmigo.

—También yo —dijo Calista, con el rostro pálido pero con voz firme.

—Y yo —dijo Ellemir, llorando en silencio.

—Rhodri —dijo Damon, llamando al viejo mayordomo—, busca sitio para que el mensajero pueda descansar, y envía a uno de nuestros hombres inmediatamente a Thendara en el caballo más rápido que tengamos, para avisar a Lord Hastur que dentro de tres días nos reuniremos con él. Y pídele a Ferrika que venga de inmediato a ver a Lady Ellemir.

El hombre asintió. Las lágrimas caían sobre las arrugadas mejillas de Rhodri, y Damon recordó que había estado toda su vida en Armida, había tenido en sus rodillas tanto a Domenic como a Coryn cuando eran niños. Pero no había tiempo para pensar en esas cosas. Ferrika, al ser consultada acerca de Ellemir, admitió que el viaje probablemente no le hiciera ningún daño.

—Pero debes ir al menos un tramo en litera, señora, pues una cabalgada prolongada podría agotarte.

Cuando le dijeron a Ferrika que ella debía acompañarles, la joven protestó:

—En la propiedad hay muchos que necesitan de mis servicios, Lord Damon.

—Lady Ellemir lleva al próximo heredero de Alton. Ella es quien más necesita tus cuidados, y eres su amiga de la infancia. Has instruido a otras mujeres de la propiedad. Que ahora justifiquen el entrenamiento recibido.

Era tan obvio, incluso para la comadrona Amazona, que pronunció la frase cortés de respeto y aquiescencia, y fue a hablar con sus subordinadas. Calista había pedido a las criadas que embalaran todo lo que podrían necesitar para una estancia probablemente prolongada en Thendara. Cuando Ellemir le preguntó por qué, su hermana le contestó brevemente:

—Valdir es un niño. El Concejo del Comyn tal vez no esté de acuerdo en permitir que nuestro padre, inválido y con un corazón delicado, sea la cabeza del Dominio; puede haber una lucha prolongada para decidir quién será guardián de Valdir.

—Creo que Damon sería el guardián más lógico —dijo Ellemir, y Calista esbozó una sonrisa sombría.

—Bien, eso es lo lógico, hermana, pero yo he participado en el Concejo, sustituyendo a Leonie, y sé que para esos grandes señores nada es nunca simple ni obvio cuando se puede lograr alguna ventaja política. ¿Recuerdas que Domenic nos contó cómo debatieron su derecho a comandar la Guardia, porque le consideraban demasiado joven? Valdir es todavía más joven.

Ellemir se tambaleó, protegiéndose el vientre con un gesto automático. Había escuchado viejas historias acerca de terribles disputas de sangre en el Concejo del Comyn, de luchas aún más crueles porque los combatientes no eran enemigos sino parientes. Como decía el viejo proverbio, cuando los *bredin* luchaban entre sí, los enemigos aprovechaban para agrandar el abismo.

—¡Callie! ¿Crees... crees que Domenic fue *asesinado*?

—Por Cassilda, Madre de los Siete Dominios, espero que no haya sido así —dijo Calista, con voz quebrada—. Si hubiera muerto envenenado, o de alguna enfermedad misteriosa, podría temerlo... hubo tantas discusiones acerca de quién era el heredero de Alton..., pero ¿por un golpe de Cathal, haciendo esgrima? *Conocemos* a Cathal, Elli, ¡y sabemos que amaba a Domenic tanto como a su propia vida! Habían hecho el juramento de

bredin. ¡Podría creer que Damon rompería su juramento tanto como nuestro primo Cathal! —Agregó luego, con el rostro pálido y alterado—: Si se tratara de Dezi...

Las mellizas se miraron, sin querer hacer la acusación en voz alta, pero recordando que la malicia de Dezi casi le había costado la vida a Andrew. Finalmente, Ellemir fue la que habló con voz temblorosa.

—Me pregunto... ¿dónde estaba Dezi cuando murió Domenic?

—Oh, no, no, Ellemir. —Calista abrazó a su hermana, interrumpiéndola —. ¡No, no, ni siquiera lo pienses! ¡Nuestro padre ama a Dezi, aunque no quiera reconocerlo, de modo que no empeores más las cosas! ¡Elli, te lo ruego, te lo ruego, no pongas esa idea en la cabeza de papá!

Ellemir sabía lo que Calista le pedía: de alguna manera debía arreglárselas para proteger sus pensamientos, de modo que esa acusación no llegara a su padre. Pero la idea siguió molestándola mientras se ocupaba de instruir a las criadas para que se hicieran cargo de la casa en su ausencia. Encontró un momento para deslizarse hasta la capilla y poner una pequeña guirnalda de flores invernales ante el altar de Cassilda. Había deseado que su hijo naciera en Armida, donde viviría rodeado de la herencia que alguna vez sería suya.

Todo lo que había deseado en la vida era casarse con Damon, dar hijos e hijas a su clan y al de él. ¿Era eso demasiado pedir?, pensó con impotencia. No era como Calista, que ambicionaba trabajar con su *laran*, participar en el Concejo y discutir asuntos de estado. ¿Por qué no podía vivir en paz? Y sin embargo sabía que en los días venideros no podría recurrir a este refugio de su femineidad.

¿Pedirían a Damon que comandara la Guardia en lugar de su suegro? Como todas las hijas de Alton, ella estaba orgullosa del cargo hereditario de comandante que su padre había ostentado, el cargo que ella creyó que ocuparía Domenic durante muchos años. Pero ahora Domenic estaba muerto, y Valdir era demasiado joven... y ¿quién se haría cargo? Miró a su alrededor, los dioses pintados en las paredes, la representación rígida y estilizada de Hastur, Hijo de Aldones, en Hali con Cassilda y Camila. Eran los antepasados del Comyn, en una época en que la vida era más simple.

Cansinamente, salió de la capilla y fue arriba para ver cuáles de las criadas viajarían con ellos y cuáles quedarían al cuidado de la propiedad en su ausencia.

También Andrew tenía demasiadas cosas en qué ocupar su mente mientras conversaba con el viejo *coridom* —que como todos los demás criados, estaba terriblemente apenado por la noticia de la muerte del joven amo— acerca del manejo del ganado y de los asuntos de la propiedad durante su ausencia. Pensó que él dehería quedarse, ya que no tenía nada que hacer en Thendara, y la propiedad no debería quedar en manos de los criados. Pero sabía que parte de su reticencia se debía al hecho de que el Cuartel General del Imperio Terrano se hallaba en Thendara. Le complacía que los terranos le creyeran muerto; no tenía parientes que pudieran llorarle y no deseaba nada de lo que había allí. Pero ahora, inesperadamente, el conflicto volvía a presentarse. Sabía racionalmente que los terranos no le reclamarían, que ni siquiera se enterarían de su presencia en la ciudad vieja de Thendara, y que sin duda no irían a buscarle. De todos modos, sentía cierta aprensión. Y también él se preguntaba dónde habría estado Dezi cuando murió Domenic, pero descartó la idea pues le pareció indigna.

Damon le había dicho que Thendara no estaba a más de un día de viaje si el trayecto lo hacía un hombre solo en un caballo veloz, con buen tiempo. Pero para un grupo grande, con criados, equipaje, una mujer embarazada y un anciano inválido que debía viajar en litera, necesitarían cuatro o cinco veces ese tiempo. Gran parte de la tarea de preparar los caballos y el equipaje recayó sobre Andrew, que se sintió cansado pero satisfecho cuando finalmente el grupo traspasó los grandes portales. *Dom* Esteban iba en una litera sostenida por dos caballos; otra esperaba a Ellemir cuando la joven se cansara de cabalgar, pero ahora cabalgaba junto a Damon, envuelta en una verde capa de montar, con los ojos hinchados por el llanto. Andrew recordó a Domenic bromeando con Ellemir el día de la boda y se entristeció profundamente; había tenido tan poco tiempo para conocer a ese alegre hermano que le había aceptado con tanta rapidez.

Después venía una larga fila de animales de carga, criados que montaban las bestias astadas que tenían en las montañas un andar más

seguro que los caballos, y media docena de Guardias al final para protegerles de los riesgos de un viaje por las montañas. Calista se veía muy alta, pálida y como de otro mundo, envuelta en su negra capa de montar. Observando su rostro demacrado debajo de la capucha oscura, era difícil recordar a la muchacha sonriente del campo de flores. ¿Eso había ocurrido tan sólo ayer?

Y sin embargo, debajo de la solemnidad del luto, de sus prendas oscuras y su rostro pálido, seguía siendo esa mujer sonriente que había dado y recibido sus besos con insospechada pasión. Algún día —pronto, pronto, se prometió ferozmente— él la liberaría y la tendría para siempre. Contempló su cabeza agachada, y ella alzó el rostro y le dedicó una sonrisa tenue.

El viaje duró cuatro agotadores y fríos días. Al segundo día, Ellemir aceptó la litera y no volvió a cabalgar hasta que no estuvieron a las puertas de la ciudad. Al llegar al desfiladero a cuyos pies se extendía la ciudad, la joven insistió en abandonar la litera y volver a montar.

—Esa litera me sacude, y también al bebé, mucho más que el andar de Shirina —insistió con terquedad—, y no quiero entrar en Thendara como si fuera una reina malcriada o una inválida. ¡Quiero que sepan que mi hijo no es enfermizo!

Ferrika la defendió, diciendo que el bienestar de Ellemir era más importante que nada, y que si ella prefería montar, y era capaz de hacerlo, debía montar.

Andrew nunca había visto el castillo del Comyn, salvo desde lejos, desde la Zona Terrana. Se erguía por encima de la ciudad, inmenso y antiguo, y Calista le dijo que allí había estado desde antes de las Épocas de Caos, y que no había sido construido por manos humanas. Las piedras habían sido puestas en su lugar por medio de los círculos de matrices de las Torres, trabajando en conjunto para transformar las fuerzas.

El interior era un laberinto de largos corredores, y los cuartos que les destinaron —habitaciones, le dijo Calista, reservadas para los Alton desde épocas inmemoriales durante la época de sesión del Consejo— eran casi tan espaciosas como las suites contiguas que ocupaban en Armida.

Con excepción de las habitaciones de los Alton, el castillo parecía desierto.

—Pero Lord Hastur está aquí —le dijo Calista—. Permanece en Thendara casi todo el año, y su hijo Danvan está ayudando a comandar la Guardia. Supongo que convocarán el Concejo para decidir acerca del heredero de Alton. Siempre hay problemas, y Valdir es tan joven...

Cuando *Dom* Esteban fue conducido hasta el salón principal de las habitaciones de Alton, un muchacho delgado de rostro agudo e inteligente y pelo tan oscuro que casi no parecía rojo, de alrededor de doce años, se acercó a recibirle.

—Valdir. —*Dom* Esteban le tendió los brazos y el muchacho se arrodilló a sus pies.

—¡Eres tan joven, muchacho, aunque tendrás que ser un hombre adulto ya! —Cuando el muchacho se incorporó, el anciano lo abrazó—. ¿Sabes lo que ha ocurrido con tu hermano...? —Su voz se quebró.

—Descansa en la capilla, y su amigo de juramento está con él —dijo suavemente el joven Valdir—. No sabía qué tenía que hacer, pero... —hizo un gesto, y Dezi entró, vacilante, en el salón— mi hermano Dezi ha sido de gran ayuda para mí, desde que llegué de Nevarsin.

Damon pensó, despiadadamente, que Dezi no había perdido el tiempo, ahora que su protector estaba muerto, para ganarse el beneplácito del próximo heredero. Junto al delgado y enjuto Valdir, Dezi, con su pelo rojo y su rostro pecoso, parecía mucho más un miembro de la familia que el hijo legítimo. *Dom* Esteban abrazó a Dezi, llorando.

—Mi querido, querido muchacho...

Damon se preguntó cómo podía privar al anciano del consuelo del otro único hijo que le quedaba con vida, cómo podía privar a Valdir de su único hermano vivo. Era cierto lo que decía el proverbio: desnuda está la espalda de quien no tiene hermano. En cualquier caso, Dezi, despojado de su matriz, era inofensivo.

Valdir se acercó y abrazó a Ellemir.

—Veo que finalmente te casaste con Damon. Me imaginé que lo harías.

Pero ante Calista se retrajo, tímidamente. Calista le tendió las manos, explicando a Andrew:

—Fui a la Torre cuando Valdir era todavía una criatura de pecho; desde entonces, le he visto pocas veces, y la última era todavía un niño. Estoy segura de que no me recuerdas, hermano.

—No mucho —dijo el muchacho, alzando los ojos hasta su alta hermana—, pero aparentemente recuerdo un poco. Estábamos en un cuarto lleno de colores, como un arco iris. Debía ser muy pequeño. Me caí y me lastimé una rodilla, y tú me alzaste y me cantaste. Tenías puesto un vestido blanco con algo de azul.

Ella sonrió.

—Ahora lo recuerdo, fue cuando te presentaron en la Cámara de Cristal, tal como debe hacerse con cada hijo del Comyn, para demostrar que no tiene ningún defecto ni deformidad oculta, para cuando más tarde se le comprometa en matrimonio. Entonces yo era solamente una monitora psi. Tú no tenías ni cinco años; me sorprende que recuerdes incluso el velo azul. Éste es mi esposo, Andrew.

El muchacho hizo una cortés reverencia pero no ofreció la mano a Andrew, retirándose al lado de Dezi. Andrew le hizo una fría inclinación de cabeza a Dezi; Damon le dio un abrazo de pariente esperando que ese contacto disipara las sospechas de las que no podía librarse. Pero Dezi estaba bien protegido. Damon no pudo leer su mente. Entonces, no pudo menos que advertirse que debía ser justo. En su último encuentro, él había torturado a Dezi, por poco lo había matado... ¿cómo podía el otro ofrecerle ahora su amistad?

Dom Esteban fue conducido a sus habitaciones. Miró a Dezi como suplicándole, y el joven siguió a su padre. Cuando salieron, Andrew dijo, haciendo una mueca de disgusto:

—Creí que nos habíamos librado de él. Pero si a nuestro padre lo consuela su presencia, ¿qué podemos hacer?

Damon pensó que no sería la primera vez que un hijo bastardo, tras un mal comportamiento durante su juventud, se transformaba en el principal

apoyo de un padre que había perdido a sus otros hijos. Por el bien de *Dom* Esteban, y del mismo Dezi, esperaba que este caso fuera igual.

Se unió a Andrew y a Calista, diciéndoles:

—¿Venís conmigo a la capilla para ver qué han hecho con Domenic? Si todo es correcto, podemos ahorrarle esto a nuestro padre, y también a Ellemir. Ferrika la ha acostado. Ella era la que mejor conocía a Domenic... no hay necesidad de seguir hiriendo sus sentimientos.

La capilla estaba en la parte más baja del castillo Comyn, excavada en la roca misma de la montaña. Tenía todo el frío y la humedad de una caverna subterránea. Domenic yacía en ese silencio colmado de ecos, en un largo féretro colocado sobre caballetes ante la imagen tallada que Andrew reconoció como la Bendita Cassilda, Madre de los Dominios. Le pareció reconocer en la figura tallada cierta semejanza con los rasgos de Calista, y con el rostro frío y sin vida del joven muerto.

Damon bajó la cabeza, sepultando el rostro entre las manos. Calista se inclinó suavemente y besó la fría frente, murmurando algo que Andrew no pudo comprender. De pronto, una figura oscura, arrodillada junto al féretro, se incorporó. Era un joven bajo y rollizo, desaliñado y con los ojos hinchados y los párpados enrojecidos de tanto llorar. Andrew supo quién era incluso antes de que Calista le tendiera las manos.

—Cathal, querido primo.

Él les miró fija y penosamente durante un momento antes de poder hablar.

—Lady Ellemir, señores...

—No soy Ellemir sino Calista, primo —le dijo ella con suavidad—. Te agradecemos que hayas permanecido con Domenic hasta que llegáramos. Es correcto que haya junto a él alguien que le amaba.

—Eso me pareció, y sin embargo me he sentido culpable. Yo, su asesino... —Su voz se quebró. Damon abrazó al tembloroso muchacho.

—Todos sabemos que fue mala suerte, pariente. Cuéntame cómo ocurrió.

La mirada enrojecida del joven movía a compasión.

—Estábamos en la armería, trabajando como todos los días con las espadas de práctica, de madera. Él era mejor espadachín que yo —dijo Cathal, y su rostro se descompuso. También él, advirtió Andrew, tenías los rasgos del Comyn; la designación «primo» no era mera cortesía.

—No sabía que le había golpeado con tanta fuerza, de veras que no lo sabía. Pensé que fingía, que estaba burlándose de mí, que se pondría en pie y empezaría a reírse... lo hacía con tanta frecuencia. —Su rostro se contorsionó. Damon, recordando las bromas de Domenic durante su año en los cadetes, apretó la mano de Cathal.

—Ya lo sé, muchacho. — ¿Acaso este joven había estado así, sin ningún consuelo, desde el momento de la muerte?

—Cuéntamelo todo.

—Lo sacudí. —Cathal estaba pálido de horror—. Le dije: «Levántate, burro tonto, deja de bromear.» Y entonces le quité la máscara y vi que estaba inconsciente. Pero ni siquiera entonces me preocupé demasiado... siempre hay alguien que resulta herido.

—Lo sé, Cathal, yo mismo caí desmayado de un golpe media docena de veces durante mis años de cadete, y mira mi dedo corazón: todavía está torcido de cuando Coryn me lo quebró con una espada de práctica. Pero ¿qué hiciste entonces, muchacho?

—Salí corriendo a buscar al oficial médico. Maese Nicol.

—¿Le dejaste solo?

—No, su hermano estaba con él —dijo Cathal—. Dezi le ponía agua fría en la cara, tratando de reanirmarle. Pero cuando regresé con maese Nicol, estaba muerto. v—¿Estás seguro de que estaba con vida cuando le dejaste, Cathal?

—Sí —dijo Cathal con seguridad—. Percibí su respiración y le tomé el pulso.

Damon sacudió la cabeza, suspirando.

—¿Te fijaste en sus ojos? ¿Tenía las pupilas dilatadas? ¿Contraídas? ¿Reaccionaba de alguna manera a la luz?

—Yo... no me fijé, Lord Damon. No se me ocurrió.

Damon volvió a suspirar.

—No, supongo que no. Bien, querido muchacho, las heridas en la cabeza no siempre siguen las reglas. Durante mi año como oficial médico, un Guardia fue golpeado contra una pared durante una pelea callejera, y cuando lo levantaron parecía encontrarse bien, pero a la hora de la cena se quedó dormido sobre la mesa, y nunca más se despertó. Murió mientras dormía. —Se puso en pie, mientras su mano se posaba sobre el hombro de Cathal.

—Quédate en paz, Cathal. No había nada que pudieras hacer.

—Lord Hastur y algunos de los otros me interrogaron una y otra vez, como si creyeran que yo podía haber deseado hacerle daño a Domenic. Éramos *bredin*... yo le amaba. —El muchacho se dirigió hacia la imagen de Cassilda y dijo con vehemencia—: ¡Que los Señores de la Luz me hieran ahora mismo si alguna vez deseé hacerle daño! —Después se volvió y se arrodilló por un momento a los pies de Calista—: *Domna*, tú eres *leronis*, puedes demostrar que no me animaba ningún sentimiento maligno hacia mi querido señor... ¡que hubiera muerto por protegerle, que hubiera preferido que mi mano perdiera vida!

Otra vez lloraba, y Damon se inclinó y le obligó a incorporarse, diciéndole con firmeza:

—Lo sabemos, querido muchacho, créeme.

La pena y la culpa lo invadieron. El muchacho estaba completamente abierto a Damon, pero la culpa sólo era por el descuido del golpe, Cathal no era culpable.

—Si ahora sigues llorando, sólo será por autocompasión. Debes ir a descansar. Eres su hombre juramentado, deberás cabalgar junto a él cuando sea entregado a la tierra.

Cathal respiró profundamente, mirando a Damon a los ojos,

—Tú me crees, Lord Damon. Ahora creo que verdaderamente podré dormir.

Damon observó cómo se marchaba, suspirando. A pesar de las seguridades que se le dieran, Cathal viviría el resto de su vida sabiendo que por mala suerte había asesinado a su pariente y amigo juramentado. Pobre

Cathal. Domenic había muerto rápidamente y sin dolor. Cathal sufriría durante muchos años.

Calista estaba en pie ante el féretro, mirando a Domenic, ataviado con los colores de su Dominio, el pelo rizado alisado de manera poco natural, con los ojos pacíficamente cerrados. Buscó algo en el cuello del joven.

—¿Dónde está su matriz? Damon, debe ser sepultada con él.

Damon frunció el ceño.

—¿Cathal? —llamó.

El muchacho, que había llegado hasta la puerta de la capilla, se detuvo.

—¿Señor?

—¿Quién lo preparó para el entierro? ¿Por qué le quitaron la matriz?

—¿Matriz? —Sus ojos azules no comprendían—. Con frecuencia le oí decir que no tenía ningún interés en esas cosas. Ni siquiera sabía que tuviera una.

Los dedos de Calista se deslizaron hasta su cuello.

—Se la dieron cuando fue probado. Tenía *laran*, aunque rara vez lo utilizaba. La última vez que le vi la llevaba colgada del cuello, en una bolsita como ésta.

—Ahora recuerdo —dijo Cathal—. Tenía algo colgando del cuello, yo creí que era un talismán o algo así. Nunca supe qué era. Tal vez el que lo haya preparado para el entierro creyó que era algo muy vulgar para enterrarlo con él.

Damon dejó que Cathal se marchara. Preguntaría quién había preparado el cadáver de Dómenle para el entierro. Sin duda, la matriz debía ser sepultada con él.

—¿Cómo es posible que alguien la cogiera? —preguntó Andrew—. Me has dicho, y me has demostrado, que no es seguro tocar la matriz de otro. Cuando tú tomaste la de Dezi, fue casi tan doloroso para ti como para él.

—En general, cuando el dueño de una matriz sintonizada muere, la piedra muere con él. Después es solamente un pedazo de cristal azul, muerto, sin luz. Pero no es adecuado que se la deje y que alguien más la toque. —Había muchísimas posibilidades de que algún criado hubiera

creído, tal como dijo Cathal, que era un talismán vulgar, poco adecuado para que fuera sepultado junto con un heredero del Comyn.

Si Maese Nicol, sin comprender, la hubiera tocado, o aflojado tratando de dar más aire a Domenic, *eso* podría haberle matado, pero no, Dezi estaba ahí. Dezi se hubiera dado cuenta, porque había sido entrenado en Arilinn. Si Maese Nicol hubiera intentado quitarle la matriz, Dezi, que, como Damon sabía, podía hacer el trabajo de una Celadora, hubiera preferido seguramente manejarla él mismo, que hubiera podido hacerlo con toda seguridad.

Pero si Dezi era el que la había cogido...

No. *No* podía creer eso. A pesar de todos sus defectos, Dezi había amado a Domenic. Domenic había sido el único de la familia que le había protegido, que le había tratado como a un verdadero hermano, que había insistido defendiendo sus derechos.

Ya antes algún hermano había asesinado a su hermano, pero no. Dezi había amado a Domenic, amaba a su padre. Hubiera sido difícil, sin duda, no amar a Domenic.

Por un momento Damon permaneció junto al féretro del joven muerto. Pasara lo que pasase, esto era el fin de la vieja época de Armida. Valdir era tan joven que si tenía que ser heredero tan pronto no tendría tiempo para recibir el entrenamiento habitual de un hijo del Comyn, los años en el cuerpo de cadetes y en la Guardia, y pasar una temporada en la Torre si eso era lo adecuado para él. El y Andrew harían todo lo posible para comportarse como hijos del anciano Lord Alton, pero a pesar de sus buenas intenciones, no eran Alton, ni estaban empapados de las tradiciones de los Lanart de Armida. Pasara lo que pasase, esto era el final de una época.

Calista siguió a Andrew cuando éste fue a examinar las pinturas murales. Eran muy antiguas, y estaban hechas con pigmentos que brillaban como gemas, y describían la leyenda de Hastur y Cassilda, el gran mito del Comyn. Hastur con sus ropas doradas vagando por las orillas del lago; Cassilda y Camila en sus telares; Camila rodeada de sus palomas, llevándole a Hastur frutos tradicionales; Cassilda, con una flor en la mano, ofreciéndosela al hijo del Dios. Los dibujos eran antiguos y estilizados;

pero ella podía reconocer algunos frutos y algunas flores. El capullo azul y dorado que Cassilda tenía en la mano era el *kireseth*, la flor azul en forma de estrella de las Kilghard Hills, coloquialmente llamada campanilla dorada. ¿Era por esta asociación sagrada, se preguntó la joven, que la flor del *kireseth* era tabú en todos los círculos de Torre, desde Dalereuth hasta los Hellers? Pensó, con un ramalazo de dolor, cómo había yacido en brazos de Andrew, sin temor, durante la floración invernal. Solían bromear sobre eso en las bodas, cuando la novia era remisa. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo. Ahora que el heredero del Dominio, su amado hermano mayor, yacía allí, muerto... ¿era el momento de preocuparse por sus problemas particulares?

OceanofPDF.com

18

Era una mañana gris. El sol estaba oculto detrás de bancos de niebla, y caían ráfagas de lluvia y aguanieve alrededor de las cumbres, mientras la procesión funeral marchaba hacia el norte de Thendara, llevando el cuerpo de Domenic Lanart-Alton a que yaciera junto a sus ancestros del Comyn. El *rhu fead*, en Hali, el lugar sagrado del Comyn, estaba a una hora de marcha al norte del Castillo Comyn, y cada uno de los señores y las damas de sangre Comyn que habían podido llegar al Concejo durante los tres últimos días marchaban con ellos para honrar al heredero de Alton, muerto a tan temprana edad por una trágica desgracia.

Todos excepto Esteban Lanart-Alton. Andrew, que cabalgaba junto a Cathal Lindir y el joven Valdir, recordó la escena que se había producido esa mañana cuando Ferrika, al ser llamada por el anciano, que le pidió que le administrara algo que lo fortaleciera para el viaje, se había negado en redondo a hacerlo.

—No estás en condiciones de viajar, *vai dom*, ni siquiera en una litera. Si lo acompañas a su tumba, estarás allí enterrado con él en menos de diez días. —Más amablemente, agregó—: El pobre muchacho ya está más allá de cualquier daño o de cualquier consuelo, Lord Alton. Debemos pensar ahora en tu propia fuerza.

El anciano había caído en una furia tal que Calista, a quien llamaron apresuradamente, había temido que su misma ira produjera la catástrofe que tanto temía Ferrika. Había intentado mediar, diciendo:

—¿Puede hacerle tanto daño como una alteración de esta clase?

—No aceptaré órdenes de una mujer —había gritado *Dom* Esteban—. ¡Llamad a mi criado personal y marchaos de aquí las dos! Dezi... —Se había dirigido al muchacho, buscando confirmación, y Dezi respondió, mientras su rostro se sonrojaba:

—Si tú vas, tío, yo iré contigo.

Pero Ferrika había salido y había regresado enseguida con Maese Nicol, el oficial médico de la Guardia. Éste tomó el pulso del anciano, le bajó los párpados para observar las pequeñas venas y por fin dijo brevemente:

—Señor, si cabalgas hoy, es probable que no regreses. Hay otros que pueden sepultar a los muertos. Tu heredero ni siquiera ha sido aceptado por el Concejo, y en todo caso no es más que un joven de doce años. Tu obligación, *vai dom*, es reservar tus fuerzas hasta que el muchacho sea adulto. Por prestar un último servicio sentimental a tu hijo muerto, ¿te arriesgarás a dejar huérfano al que te queda?

Ante estas verdades poco gratas, no había nada que decir. Apenado, *Dom* Esteban había permitido que Maese Nicol volviera a acostarle. Se había aferrado a la mano de Dezi, y el muchacho había permanecido dócilmente junto a él.

Ahora, cabalgando hacia el norte en dirección a Hali, Andrew recordó las visitas de condolencia, las largas conversaciones con otros miembros del Concejo, que habían exprimido al máximo las fuerzas de Lord Alton. Aunque sobreviviera a la inminente temporada de sesión del Concejo y al viaje de regreso al hogar... ¿viviría hasta que Valdir fuera declarado adulto, a los quince años? Y ¿cómo haría un muchacho de quince años para enfrentarse con las complejidades políticas del Dominio? ¡Sin duda sería difícil para este muchacho protegido y educado en un monasterio!

Valdir cabalgaba a la cabeza de la procesión, vestido formalmente de luto, con el rostro muy pálido en contraste con las negras vestiduras. A su lado cabalgaba su amigo juramentado, Valentine Aillard, que había venido con él desde Nevarsin, un muchacho grande y fuerte, con pelo tan rubio que parecía blanco. Ambos muchachos tenían aspecto solemne, pero no

parecían demasiado apenados. Ninguno de los dos había conocido a Domenic lo suficiente.

En las costas del Lago de Hali, donde, según decía la leyenda, había llegado a Darkover, Hastur, hijo de la Luz, el cuerpo de Domenic fue colocado en una tumba sin nombre, tal como requería la costumbre. Calista se apoyó en Andrew mientras ambos se hallaban junto a la tumba abierta, y él captó su pensamiento: *No importa dónde se le entierre, él se ha ido a otro lugar. Pero hubiera sido un consuelo para mi padre que se le sepultara en la tierra de Armida.*

Andrew miró a su alrededor, el cementerio, y se estremeció. Aquí, bajo sus pies, yacían los desechos mortales de incontables generaciones de Comyn, sin ningún signo que señalara sus sepulturas salvo los irregulares montículos formados por la nieve invernal y el deshielo de la primavera. ¿Yacerían aquí algún día sus propios hijos e hijas? ¿Acaso él mismo yacería algún día bajo el extraño sol?

Valdir, como pariente más próximo, fue el primero que se acercó a la tumba. Su voz era aguda e infantil, y habló con vacilación:

—Cuando yo tenía cinco años, mi hermano Domenic me bajó de mi pony y dijo que yo debía tener un caballo adecuado para un hombre. Me llevó a los establos, y ayudó al *coridom* a elegir un caballo manso para mí. Que ese recuerdo aligere el dolor.

Dio un paso atrás y Valentine Aillard ocupó su lugar.

—Durante mi primer año en Nevarsin —dijo—, me sentía solitario y desdichado, como se sienten en ese caso todos los niños, y más aún porque no tengo padre ni madre vivos, y mi hermana fue educada en otra parte. Domenic vino a visitar a Valdir. Me llevó a la ciudad y me compró regalos y dulces para que tuviera lo mismo que los otros niños después de una visita de sus parientes. Cuando envió regalos a Valdir para el festival del Solsticio de Invierno, también me los envió a mí. Que ese recuerdo aligere el dolor.

Uno a uno los miembros del cortejo fúnebre se adelantaron para expresar algún recuerdo o para presentar tributo al que yacía en la tumba. Cathal Lindir sólo pudo quedar en silencio, tragándose los sollozos, y finalmente espetó:

—Éramos *bredin*. Yo le amaba —y dio un paso atrás, ocultándose en la multitud, incapaz de pronunciar incluso las palabras rituales.

Calista, que tomó su lugar junto a la tumba, dijo:

—Era el único miembro de mi familia para quien yo no era... no era algo distante ni extraño. Incluso mientras vivía en mi Arilinn, y todos mis otros parientes me trataban como a una extraña, Domenic siguió siendo el mismo conmigo. Que ese recuerdo aligere el dolor. —Deseó que Ellemir estuviera aquí para que pudiera escuchar los tributos que se hacían a su hermano favorito, pero ella había preferido quedarse con su padre. Domenic, había dicho, estaba más allá de todo daño y de todo consuelo, pero su padre la necesitaba.

Cuando llegó su turno, Andrew avanzó hacia la tumba.

—Yo llegué a Armida como un extraño. Él estuvo a mi lado durante mi boda, pues yo no tenía parientes. —Cuando concluyó diciendo: «Que ese recuerdo aligere el dolor», sintió tristeza por haber tenido tan poco tiempo de conocer a su joven cuñado.

Parecía que cada uno de los señores y las damas del Comyn que habían cabalgado hasta la tumba de Domenic habían escarbado en su memoria para hallar algún recuerdo amable, algún encuentro grato a los deudos, que les permitiera recordar al muerto. Lorenz Ridenow, quien, según Andrew recordaba, había intrigado para despojar a Domenic de su cargo de comandante de la Guardia diciendo que era demasiado joven, explicó que el joven había sido muy modesto y muy competente para hacerse cargo de la autoridad que había caído sobre él siendo tan joven. Danvan Hastur, un joven bajo y fuerte, de pelo dorado y ojos grises, maestro de cadetes de la Guardia, contó cómo el joven comandante había intercedido por la víctima de una cruel broma de los cadetes. Damon, que había sido maestro de cadetes de Domenic cuando aquél tenía catorce años y acababa de ingresar en el cuerpo, recordó, y les contó, que a pesar de las eternas bromas y jugarretas del joven, jamás había oído a Domenic hacer una broma maliciosa, ni una jugarreta cruel. Andrew advirtió, con un ramalazo de dolor, que el joven sería echado de menos por todos. Sería duro para Valdir ocupar el lugar de un joven tan querido y respetado.

Cuando cabalgaban de regreso, la niebla empezó a disiparse. Al pasar a través del desfiladero que bajaba hasta Thendara, Andrew volvió a mirar a través del valle, hacia los edificios que habían empezado a crecer dentro de los muros cerrados de la Zona Terrana, escuchando, aun desde allí, el zumbido de las máquinas de construcción. Una vez él había sido Andrew Carr y había vivido en un lugar así, donde las luces amarillas borraban el color del sol bajo el cual vivía, y no le había importado en absoluto lo que había más allá. Ahora miró con indiferencia las pequeñas y distantes formas de las naves espaciales, los esqueletos de sostén de los rascacielos en obra. Todo eso no tenía nada que ver con él.

Cuando se volvió vio la mirada de Lorill Hastur detenida sobre él. Lorill era el Regente del Concejo del Comyn, y Calista le había explicado que era más poderoso que el Rey, un hombre de mediana edad, alto, imponente, con pelo rojo oscuro ligeramente encanecido sobre las sienes. Sus ojos retuvieron los de Andrew por un momento. El terrano recordó que se suponía que Lorill era un poderoso telépata y desvió rápidamente la mirada. Sabía que era una tontería... ¡si el señor de Hastur quería leerle la mente, podía hacerlo sin mirarle a los ojos! Y ahora ya sabía lo suficiente de las cortesías de los telépatas para darse cuenta de que Lorill no haría tal cosa sin permiso, salvo por alguna buena razón. Sin embargo, se sintió incómodo, ya que sabía que se encontraba allí bajo apariencia falsa. Nadie sabía que él era terrano. Pero trató de aparentar indiferencia, atendiendo a Calista, que le señalaba los diferentes estandartes de los Dominios.

—El abeto plateado sobre fondo azul es Hastur, por supuesto, lo viste cuando Leonie vino a Armida. Y aquél es el estandarte de los Ridenow, verde y oro, allí donde cabalga Lorenz. Damon tiene derecho a un porta-estandarte, pero rara vez se molesta en llevarlo. Aquél rojo con plumas grises es el estandarte de los Aillard, y el árbol plateado con la corona pertenece a los Elhalyn. Alguna vez fueron un clan de los Hastur. —El príncipe Duvic, pensó Andrew, que había venido a honrar al heredero de Alton, tenía aspecto menos regio que Lorill Hastur, e incluso que el joven Danvan. Duvic era un joven malcriado, de aspecto disoluto, pomposamente vestido con pieles.

—Y aquél es el anciano *Dom* Gabriel de Ardáis, y su esposa Lady Rohana... ¿Ves el halcón de su estandarte?

—Eso suma seis, contando Armida —dijo Andrew, calculando—. ¿Cuál es el séptimo Dominio?

—El Dominio de Aldarán fue exiliado hace mucho tiempo. He escuchado todo tipo de razones para eso, pero sospecho que simplemente vivían demasiado lejos pata asistir al Concejo todos los años. El castillo Aldarán está lejos, en los Hellers, y es difícil gobernar a gente que vive tan arriba de las montañas que nadie sabe si respetan o no las leyes. Algunos dicen que los aldaranes no fueron exiliados sino que se separaron por propia voluntad. Cada uno a quien preguntes te dará una respuesta diferente acerca de por qué Aldarán ya no sigue siendo el séptimo Dominio. Supongo que algún día alguno de los Dominios más grandes volverá a dividirse, y nuevamente habrá siete. Eso hicieron los Hastur cuando se extinguió el antiguo linaje de Elhalyn. De todos modos, todos somos parientes, y muchos de los miembros de la nobleza menor tienen sangre Comyn. Papá habló alguna vez de casar a Ellemir con Cathal... —Se quedó en silencio y Andrew suspiró, pensando en lo que eso implicaba. Se había vinculado por matrimonio a una casta hereditaria de gobernantes. El hijo de Ellemir, todos los que Calista podía concebir, heredarían una terrible responsabilidad.

¡Y yo empecé en un rancho de caballos, en Arizona!

Se sintió igualmente consternado cuando, más tarde, ese mismo día, el Concejo del Comyn se reunió en lo que Calista llamaba la Cámara de Cristal, una habitación en la parte más alta de una de las torres, hecha de piedra translúcida cortada en prismas que centelleaban con la luz del sol, de modo que estar allí era como caminar en el corazón de un arco iris. La habitación era octogonal, con asientos, y cada uno de los Dominios del Comyn tenía una parte asignada, señalada por cada emblema y estandarte. Calista le susurró que cada miembro de una familia con derecho al Concejo, que hubiera demostrado tener *laran*, tenía indiscutible derecho a asistir y a hablar en el Concejo. Como Celadora de Arilinn, ella había tenido ese derecho, aunque rara vez se había molestado en asistir.

Leonie estaba allí, entre los Hastur; Andrew desvió la mirada de ella. De no haber sido por ella, Calista sería su esposa no sólo de nombre y tal vez sería Calista, no Ellemir, la que hubiera concebido a su hijo.

Pero entonces, pensó, él nunca habría conocido a Ellemir. ¿Cómo podía desear eso?

Dom Esteban, pálido y demacrado pero digno y erguido en su silla de ruedas, estaba sentado en una de las filas más bajas, al nivel del suelo. A ambos lados estaban sentados sus hijos. Valdir, pálido y excitado, y Dezi, con el rostro tranquilo e inexpresivo. Andrew vio las cejas que se alzaban, las miradas curiosas que caían sobre Dezi. La semejanza familiar era inconfundible, y el hecho de que *Dom* Esteban hubiera hecho sentar a Dezi a su lado en la Cámara de Cristal era un tardío reconocimiento público.

Se oyó la voz de Lorill Hastur, profunda y solemne.

—Esta mañana presentamos nuestros respetos al heredero de Alton, trágicamente muerto por mala suerte. Pero la vida continúa, y ahora debemos designar al próximo heredero. Esteban Lanart-Alton, quieres... —Se corrigió al mirar al anciano en su silla de ruedas—. ¿Puedes ocupar tu lugar entre nosotros? Si no, puedes hablar desde donde estás.

Dezi se incorporó y empujó la silla hacia adelante, regresando rápida y ágilmente a su asiento.

—Esteban, te pido que designes los próximos herederos de tu Dominio, para que todos podamos conocerlos y aceptarlos.

Esteban dijo con calma:

—Mi heredero más inmediato es mi hijo menor, legítimo, Valdir-Lewis Lanart Ridenow, concebido por mi legal cónyuge *di catenas*, Marcella Ridenow. —Con un gesto, indicó a Valdir que se adelantara; el muchacho se arrodilló a los pies de su padre.

—Valdir-Lewis Lanart-Alton —dijo *Dom* Esteban, nombrándolo por primera vez con el título del Dominio, que sólo usaban el principal y su heredero más próximo—, como hijo menor, no fuiste juramento ante el Comyn ni siquiera por intermediación, y a causa de tu juventud, no se te pedirá ni se te aceptará juramento alguno. Sólo te pido pues, que cumplas

fielmente los votos hechos en tu nombre, y que los repitas cuando tengas la edad legal para hacerlo.

—Lo haré —dijo el muchacho con voz temblorosa.

—Entonces —dijo Esteban, indicando a Valdir que se incorporara, y besándole luego formalmente, en ambas mejillas—, te nombro heredero de Alton. ¿Hay alguien que lo cuestione?

Gabriel Ardáis, un hombre de más de sesenta años, alto y marcial pero encanecido y demacrado, con la palidez típica de la mala salud, dijo con voz áspera y ronca:

—No cuestiono, Esteban, que el muchacho tiene un nacimiento adecuado y parece sano, y mi hijo adoptivo Valentine, que fue compañero de él en Nevarsin, me ha dicho que es rápido e inteligente. Pero no me gusta que el heredero de un Dominio tan poderoso sea un muchacho menor de edad. Tu salud es incierta, Esteban; debes considerar la posibilidad de que tal vez no vivas hasta que Valdir llegue a la madurez. Habría que designar un regente para el Dominio.

—Estoy dispuesto a designar un regente —dijo Esteban—. Mi siguiente heredero, después de Valdir, es el hijo no nacido de mi hija Ellemir. Con permiso, señores, designaré a su esposo, Damon Ridenow, como regente de Alton y guardián de Valdir y del niño que aún no ha nacido.

—No es un Alton —protestó Aran Elhalyn, y Esteban respondió:

—Es un pariente más próximo que muchos otros; su madre fue Camila, mi hermana menor. Es mi sobrino, posee *laran*, y tiene derecho al Dominio por matrimonio.

—Conozco a Lord Damon —dijo Aran—. No es un joven, sino un hombre responsable que bordea los cuarenta años. Ha asumido con honor muchas responsabilidades asignadas a los hijos del Comyn. Pero el Concejo no fue informado de ese matrimonio. ¿Podemos saber por qué un matrimonio realizado entre un hijo del Comyn y una *comynara* se hizo con una celeridad tan inadecuada, y solamente en calidad de compañeros libres?

—No era época de sesión del Concejo —dijo Esteban—, y los jóvenes no quisieron esperar medio año más.

—Damon —dijo Lorill Hastur—, si te van a nombrar regente de un Dominio, sería más adecuado que tu matrimonio se hiciera legalmente según la ley del Concejo, *di catenas*. ¿Estás dispuesto a casarte con Ellemir Lanart con toda ceremonia?

Damon replicó de buen humor, tomando la mano de Ellemir:

—Me casaré con ella doce veces, si así lo deseáis, o con cualquier otro ritual que elijáis, si ella me acepta.

Ellemir se rió en voz alta, con un sonido cristalino.

—¿Puedes dudarlo, esposo mío?

—Entonces adelántate, Damon Ridenow de Serráis.

Damon se abrió paso hasta el espacio central de la habitación, y Lorill le preguntó solemnemente:

—Damon, ¿eres libre para aceptar esta obligación? ¿Eres heredero de tu propio Dominio?

—No, salvo tal vez en duodécimo lugar —dijo Damon—. Tengo cuatro hermanos mayores y, entre ellos, creo que tienen once hijos, o los tenían la última vez que los conté, tal vez ahora sean más. Y Lorenz ya es dos veces abuelo. Juraré gustosamente lealtad a Alton si mi hermano, el Señor de Serráis, me autoriza a hacerlo.

—¿Lorenz? —preguntó Lorill mirando hacia la zona de la habitación donde se sentaban los señores Ridenow.

Lorenz se encogió de hombros.

—Damon puede hacer lo que quiera. Tiene edad suficiente para ser responsable, y no es probable que herede Serráis. Se ha casado dentro del Dominio Alton. Doy mi consentimiento.

Damon miró a Andrew, levantando cómicamente una ceja, y Andrew captó su pensamiento: *Ciertamente es la primera vez que Lorenz ha aprobado completamente algo que yo haga.* Pero externamente siguió siendo solemne, tal como correspondía a la seriedad de la ocasión.

—Arrodíllate, entonces, Damon Ridenow —dijo Lorill—. Has sido designado regente y guardián del Dominio Alton, como pariente varón más cercano de Valdir-Lewis Lanart-Alton, heredero de Alton, y del no nacido hijo de Ellemir, tu legítima esposa. ¿Estás dispuesto a jurar lealtad al señor

del Dominio, Custodio de Alton, y a renunciar a todas las otras lealtades, salvo a aquélla dedicada al Rey y a los Dioses?

—Lo juro —dijo Damon con firmeza.

—¿Estás dispuesto a asumir la custodia del Dominio en caso de que la cabeza legal de ese Dominio esté incapacitada para hacerlo por enfermedad, vejez o indisposición; y a jurar además que defenderás y protegerás a los herederos de Alton con tu propia vida, si así lo ordenan los Dioses?

—Lo juro.

Ellemir, observando desde su asiento, pudo ver el sudor que perlaba la frente de Damon, y supo que su esposo no deseaba nada de esto. Lo haría en nombre de los niños, de Valdir y de su hijo, pero no lo deseaba. Y ferozmente, para sí... ¡deseó que su padre supiera lo que le estaba haciendo a Damon!

—¿Declaras solemnemente que, según tu mejor entender, eres apto para asumir esta responsabilidad? —Preguntó Lorill Hastur—. ¿Hay algún hombre que cuestione tu derecho a esta solemne custodia de la gente de tu Dominio, de la gente de todos los Dominios, del pueblo de Darkover?

Arrodillándose, Damon pensó: *¿Quién podría ser verdaderamente apto para asumir esa responsabilidad? ¡Yo no, Aldones, Señor de la Luz, no yo! Sin embargo, haré todo lo que pueda, lo juro ante todos los Dioses. Por Valdir, por Ellemir y su hijo.*

—Responderé a cualquier cuestionamiento o desafío —dijo Damon en voz alta.

Danvan Hastur, comandante de la Guardia de Honor del Concejo, se adelantó hasta el centro de la habitación, donde Damon seguía arrodillado mientras la luz del arco iris jugaba sobre su rostro. Espada en mano, dijo en voz alta:

—Hay alguna oposición a la custodia de Damon Ridenow-Alton, Regente de Alton?

En el silencio una voz joven dijo:

—Yo me opongo.

Damon, sobresaltado, percibiendo la consternación de Andrew, que estaba sentado en la última fila de los asientos de Alton, alzó la cabeza para

ver que Dezi se adelantaba y tomaba la espada de la mano de Lorill.

—¿Sobre qué base? —inquirió Lorill—. ¿Y con qué derecho? No te conozco, joven.

Dom Esteban miró consternado a Dezi.

—¿No confías en mí, Dezi, hijo mío? —preguntó con voz temblorosa.

Dezi ignoró esas palabras y la ternura que había en ellas.

—Soy Desiderio Leynier, hijo *nedestro* de Gwennis Leynier y de Esteban Lanart-Alton, y como único hijo adulto vivo del señor del Dominio reclamo el derecho de actuar como custodio de mi hermano y del hijo todavía no nacido de mi hermana.

—No tenemos registro de ningún hijo *nedestro* de Esteban Lanart-Alton, con excepción de los dos hijos de Larissa d'Asturien, que no tienen *laran* y que por ley han sido excluidos, en consecuencia, de este Concejo —dijo Lorill con severidad—. ¿Puedo preguntarte por qué nunca fuiste reconocido?

—En cuanto a eso —dijo Dezi, con una sonrisa casi insolente—, será mejor que le preguntes a mi padre. Pero convoco a la Dama de Arilinn para que dé fe de que soy un Alton, y que poseo en plena medida el don de ese Dominio. Ante la pregunta de Lorill, Leonie se puso de pie, con el ceño fruncido para demostrar su disgusto ante todo el procedimiento.

—No es asunto mío designar herederos para el Comyn, pero como me han llamado a dar testimonio, debo afirmar que Desiderio dice la verdad: es hijo de Esteban Lanart y tiene el don de Alton.

—Estoy preparado y dispuesto a reconocer a Dezi como hijo mío si este Concejo así lo quiere —dijo Esteban con voz gruesa—, para eso lo traje. Pero no creo que sea el Guardián más apropiado para mi hijo menor ni para mi futuro nieto. Damon es un hombre maduro, y Dezi un jovencito. Pido a Dezi que retire el desafío.

—Con todo respeto, padre —dijo Dezi, con deferencia—, no puedo hacerlo.

Damon, arrodillado, se preguntó qué ocurriría ahora. Tradicionalmente, el cuestionamiento se zanjaba por medio de un combate, un duelo formal, o uno de los desafiantes podía retirarse, o ambos podían presentar evidencias

para que el Concejo las examinara, pruebas destinadas a demostrar que el otro era inepto. Lorill estaba explicando esto.

—¿Tienes motivos para creer que Damon es inepto, Desiderio Leynier, *nedestro* de Alton?

—Los tengo. —La voz de Dezi fue estridente—. Afirmo que Damon intentó asesinarme para que su reclamación fuera segura. Sabía que yo era hijo de Esteban, en tanto él era tan sólo hijo político de Alton, y por lo tanto me despojó de mi matriz. Fue solamente mi pericia con el *laran* lo que le salvó de cometer el asesinato de un hermano político.

Oh, Dios mío, pensó Andrew, sintiendo que se atragantaba. *Ese bastardo, ese condenado y apestoso joven bastardo. ¿Quién sino Dezi podía tramar algo como esto?*

—Esa es una acusación extremadamente seria, Damon —dijo Lorill Hastur—. Has servido honrosamente al Comyn durante muchos años. No tenemos necesidad de escuchar todo esto, si ofreces alguna explicación.

Damon tragó saliva y levantó la vista, consciente de que todos los ojos estaban fijos en él. Dijo con firmeza:

—Por mi juramento a Arilinn hice votos de impedir el mal uso de cualquier matriz. Retiré la de Dezi por ese juramento, pues él había hecho mal uso de su *laran* imponiendo su voluntad al esposo de mi hermana, Ann'dra.

—Es cierto —dijo Dezi, sin esperar el desafío—. Mi hermana Calista está seducida por ese don nadie venido de ninguna parte, un terrano. Sólo quería deshacerme de ese advenedizo que la había hechizado malignamente, para que ella pudiera realizar un matrimonio digno de una dama del Comyn, en vez de deshonrarse en el lecho de un espía terrano.

Griterío general. Damon se puso en pie de un salto, furioso, pero Dezi permaneció allí, haciéndole frente, desafiante, un poco burlón. Parecía que todos los presentes en la Cámara de Cristal hablaban, gritaban, preguntaban al mismo tiempo. Una y otra vez Lorill Hastur ordenó silencio, en vano.

Cuando se restauró algo parecido al orden, dijo, con aspecto grave:

—Debemos investigar en privado este asunto. Se han hecho acusaciones y contraacusaciones muy serias. Por ahora, os pido que levantemos la

sesión y que no discutamos el asunto entre nosotros. Los chismes no mejorarán nada la situación. No hagamos fuego descuidadamente en el bosque; no sostengamos una charla descuidada entre nobles. Pero, ciertamente, examinaremos los buenos y malos aspectos de este asunto, y los presentaremos aquí para que sean juzgados dentro de tres días.

La habitación se vació lentamente. Esteban, mortalmente pálido, miró entristecido a Damon y a Dezi.

—Cuando los hermanos discuten —dijo—, los extraños aprovechan para profundizar el abismo. Dezi, ¿cómo has podido hacer esto?

En el rostro de Dezi apareció una expresión de obstinación.

—Padre —dijo—, sólo vivo para servirte. ¿Dudas de mí? —Miró a Ellemir, aferrada al brazo de Damon, y después se dirigió a Calista—: Algún día me lo agradecerás, hermana mía.

—¡Hermana! —Calista miró a Dezi directamente a los ojos, y después, deliberadamente, le escupió en la cara y se alejó. Posó los dedos sobre el brazo de Andrew y dijo con toda claridad—: Sácame de aquí, esposo mío. Este lugar apesta a traición.

—Hija... —rogó *Dom* Esteban, pero Calista le volvió la espalda y Andrew no pudo hacer más que seguirla. Pero su corazón latía con violencia, y sus pensamientos parecían repetir el alterado ritmo de sus latidos: *Y ahora ¿qué?*

OceanofPDF.com

19

Cuando llegaron a sus habitaciones, Calista se dirigió a Andrew, diciéndole con vehemencia:

—¡Él mató a Domenic! ¡No sé cómo lo logró, pero estoy segura de eso!

—Sólo lo puede haber hecho de una manera —dijo Damon—, ¡y me temo que creo que es lo suficientemente fuerte!

—¿Puede haber forzado la mente de Cathal, obligándole a golpear a Domenic en un sitio vulnerable? —Preguntó Ellemir—. Tiene el don de Alton y puede forzar el contacto telepático... —Pero su voz era vacilante, y Calista sacudió la cabeza.

—No sin matar a Cathal, o infligiéndole tanto daño cerebral que el estado mismo de Cathal delataría todo.

El rostro de Damon estaba sombrío e inexpresivo.

—Dezi tiene talento para el trabajo de una Celadora —dijo—, todos lo vimos cuando le quité la matriz. Puede modificar o manejar la piedra de otro, adaptarla a sus propias resonancias. Creo que, al quedar solo con Domenic, que estaba herido pero con vida, no pudo resistir la tentación de volver a tener una matriz. Y cuando le quitó la suya a Domenic... —hizo un gesto de dolor, y Andrew vio que le temblaban las manos— el corazón de Domenic se detuvo como consecuencia del shock. Un crimen perfecto, indetectable, ya que no había ala ninguna Celadora conocida, y la mayoría de la gente ni siquiera estaba enterada de que Domenic tenía una matriz. Y eso explicaría por qué Dezi se amuralla contra mí.

La voz de Calista se estremeció.

—¡Entre telépatas, tendrá que vivir amurallado hasta el día de su muerte! ¡Sin duda, un destino horrible!

—¡No tan horrible como la muerte que infligió a Domenic! —dijo salvajemente Ellemir.

—Es peor todavía —dijo Damon, en voz baja—. ¿Crees que Valdir estará a salvo ahora que conoce cuál es su poder? ¿Por cuánto tiempo respetará a Valdir, ahora que es el único que se interpone entre él y la herencia de Alton? Y cuando tenga la perfecta confianza de *Dom* Esteban, ¿quién más se interpone entre él y el señorío del Dominio?

Ellemir se puso pálida, y sus manos se apoyaron contra su vientre, como si quisiera proteger al niño que llevaba allí.

—Te dije que debiste haberle matado —dijo, rompiendo a llorar. Calista la miró, consternada.

—Sería muy simple romper unos cuantos vasos sanguíneos, muy frágiles, y el niño no nacido se desangraría hasta morir, cortado su vínculo con la vida.

—¡No! —gritó Ellemir.

—¿Por qué crees que somos tan cuidadosos al entrenar a los monitores así? —Preguntó Calista—. Las mujeres de las Torres son cuidadosas y tratan de no quedar embarazadas durante sus períodos de trabajo, pero a veces ocurre, por supuesto. Y Dezi aprendió a monitorear allí... ¡Por piedad de Avarra, yo se lo enseñé! Y aprender cuáles son los sitios vulnerables, aprender cómo *no* hacer daño a la madre ni al niño, hace muy fácil saber cómo se pueden dañar.

—Yo no esperaría —dijo Andrew, hablando por primera vez—, pero tampoco colgaría a un perro sin más pruebas que las que tenemos aquí. ¿Habrá alguna manera de probar todo esto? —Aunque Dezi hubiera matado a Domenic quitándole la matriz de su cuerpo inconsciente, sólo había tenido que deshacerse de un pedacito de cristal muerto.

El rostro de Damon mostraba una expresión resuelta.

—Creo que las propias debilidades de Dezi le dejarán expuesto. Es cierto que puede haberse deshecho de la prueba, pero no creo que se haya

desprendido de ese poder. ¿Podría resistirse a tener otra vez una matriz en sus manos? No, conozco a Dezi. Y pudo haber modificado la piedra para usarla él, lo que implica que todavía hay pruebas en su contra. Pruebas silenciosas, pero pruebas al fin.

—Maravilloso —dijo Andrew con sarcasmo—. Sólo tenemos que buscarle y decirle que entregue la matriz, como un buen chico. La misma por la que mató a Domenic.

La mano de Damon se cerró sobre su propia piedra como buscando confirmación.

—Si tiene una matriz modificada, las pantallas de Arilinn y de las otras Torres lo demostrarán.

—Maravilloso —volvió a decir Andrew—. ¿A qué distancia está Arilinn de aquí? ¿A diez días de viaje o más?

—Es mucho más simple —dijo Calista—. Hay pantallas emisoras aquí en la antigua Torre del castillo Comyn. Dicen que en el pasado, los técnicos podían teletransportarse entre las Torres por medio de las grandes pantallas. Ya no se hace mucho. Pero también hay pantallas de monitores, sintonizadas con las de las otras Torres. Cualquier mecánico puede contactarse y rastrear cualquier matriz con licencia de todo Darkover. —Vaciló—. No puedo... he retirado mi juramento.

Damon se impacientó con esa cuestión técnica. Una pérdida tan grande para las Torres, una pérdida tan grande para Calista, pero la Celadora o el mecánico que estuviera ahora a cargo de la antigua Torre, observaría la prohibición, y no había nada que hacer.

—¿Quién atiende la antigua Torre, Calista? No puedo creer que la Madre Ashara nos reciba por algo así.

—Por lo que se recuerda, nadie ha visto a Ashara fuera de la Torre —dijo Calista—. Creo que ya no podría salir aunque lo deseara, es muy vieja. Yo misma jamás la he visto, salvo en las pantallas, y creo que Leonie tampoco. Pero lo último que supe fue que Margwenn Elhalyn era su Sub celadora; ella te dirá lo que deseas saber.

—Margwenn era monitora psi cuando yo era Tercero en la Torre —dijo Damon—. Fue de Arilinn a Hali; no sabía que había venido aquí. —Los

técnicos, mecánicos y monitores eran trasladados de una Torre a otra según la necesidad. Si bien Margwenn Elhalyn no era precisamente una vieja amiga, al menos le conocía, y eso le ahorraría larguísimas explicaciones con respecto a lo que deseaba saber.

Nunca había estado en el interior de la antigua Torre del castillo Comyn. Margwenn le hizo pasar a la cámara de matrices, el lugar de las antiguas pantallas y redes, maquinarias cuya existencia misma había sido olvidada desde las Épocas de Caos. Damon, que había olvidado por un momento su cometido, miró todo con ávida curiosidad. ¿Por qué habían permitido que toda esta tecnología, las antiguas ciencias de Darkover, se hundiera en la oscuridad? Ni siquiera en Arilinn había aprendido a usar estas cosas. Era cierto que había tan pocos técnicos y mecánicos que no alcanzaban siquiera para ocuparse de los transmisores que abastecían las comunicaciones y generaban la energía esencial para ciertas tecnologías, pero aunque los operarios de matrices ya no estuvieran dispuestos, en esta época autocomplaciente, a abandonar sus vidas, regaladas y resguardadas, detrás de las murallas... ¡sin duda *algunas* de estas cosas podrían hacerse fuera de las Torres!

Eran ideas extrañamente heréticas para pensarlas en el centro mismo de la antigua ciencia. ¡Cuando sus antepasados prohibieron esas cosas, tendrían muy buenas razones!

Margwenn Elhalyn era una mujer delgada y rubia, de edad incalculable, aunque Damon sabía que era un poco mayor que él. Tenía ese aislamiento frío, ese decoro casi hierático de todas las Celadoras.

—La Madre Ashara no puede recibirte, su mente pasa mucho tiempo en otra parte en estos días. ¿En qué puedo servirte, Damon?

Damon vaciló, reticente a explicar su objetivo y acusar a Dezi, sin pruebas, de lo que sospechaba. Margwenn no había asistido al Concejo, a pesar de tener perfecto derecho a hacerlo. Muchos técnicos no estaban interesados en la política. El mismo Damon se había sentido alguna vez de esa manera, creyendo que su trabajo estaba por encima de consideraciones tan bajas. Ahora ya no estaba tan seguro.

—Se ha producido cierta confusión con respecto al paradero de ciertas matrices en poder del clan Alton, matrices legítimas —dijo por fin—, pero de paradero incierto. ¿Conoces a Dezi Leynier, que fue admitido en Arilinn hace algún tiempo, durante un año aproximadamente?

—¿Dezi? —Dijo ella sin interés—. Algún bastardo de Lord Alton, ¿verdad? Oí decir que le habían despedido porque era incapaz de respetar la disciplina. —Fue hasta la pantalla de monitores y se quedó inmóvil ante la brillante superficie. Al cabo de un minuto las luces empezaron a titilar dentro de la pantalla y Damon, que observaba el rostro de ella sin intentar leer sus pensamientos, supo que Margwenn estaba en contacto con el emisor de Arilinn.

Finalmente la mujer habló.

—Evidentemente, ha dejado su matriz. Está en posesión de una Celadora, no inactiva pero a nivel muy bajo.

En poder de una Celadora. Damon, que había disminuido ese nivel de actividad y había guardado la matriz en una caja sellada, metálica y con cerrojo, comprendió perfectamente.

En poder de una Celadora. Pero cualquier técnico competente podía hacer el trabajo de una Celadora. ¿Por qué había que rodearlo de tabúes, rituales y supersticiosa reverencia? Ocultando sus pensamientos a Margwenn, dijo:

—¿Ahora puedes comprobar qué ha ocurrido con la matriz de Domenic Lanart?

—Lo intentaré —respondió ella—, pero creí que había muerto. Probablemente, su matriz ha muerto con él.

—Yo también lo creí —dijo Damon—, pero no la encontraron en su cadáver. ¿Es posible que también esté en posesión de una Celadora?

Margwenn se encogió de hombros.

—No es muy probable, pero supongo que, si ella sabía que Domenic no usaría su *laran*, tal vez la haya reclamado y la haya modificado para que la usara otro, o para ella misma. Aunque la mayoría de las Celadoras prefieren empezar con un cristal vacío. ¿Dónde le hicieron la prueba? No en Arilinn, por cierto.

—Creo que en Neskaya.

Margwenn arqueó las cejas mientras se dirigía hacia la pantalla. No hacía falta ninguna sutileza telepática para seguir sus pensamientos: *De los de Neskaya se puede esperar cualquier cosa.*

Finalmente, Margwenn se volvió y dijo:

—Tu suposición es correcta, está en manos de una Celadora, aunque no en Neskaya. No murió con Domenic, sino que está en pleno funcionamiento.

Y lo estaba, pensó Damon, mientras se le encogía el corazón.

Una cosa muy pequeña que servía como prueba irrefutable de un asesinato brutal, a sangre fría.

Pero no premeditado. Quedaba ese único consuelo. Nadie podía haber previsto que Cathal golpearía a Domenic, desmayándole, mientras practicaban. Pero una tentación repentina... y la matriz de Domenic le había sobrevivido, señalando infaliblemente a la única persona que pudo haberla tomado de su cuerpo sin que eso le matara.

¡Por los Dioses, qué desperdicio! Si *Dom* Esteban hubiera sido capaz de superar su orgullo, admitir las vergonzosas circunstancias de la concepción de Dezi, si hubiera estado dispuesto a reconocer a este habilidoso joven, Dezi nunca habría llegado a esto.

Damon pensó, con desgarradora empatia, que la tentación debía haber sido repentina e irresistible. Para un telépata entrenado, estar sin una matriz era como estar sordo, ciego, mutilado, y el espectáculo de Domenic, inconsciente, debía haberle inducido al asesinato. El asesinato del único hermano que había defendido su derecho a ser considerado hermano, su defensor y su amigo.

—¿Damon? ¿Qué ocurre? —Margwenn lo miraba atónita—. ¿Te encuentras mal, pariente?

Dio alguna excusa cortés, le agradeció la ayuda que le había ofrecido, y se marchó. Ella se enteraría muy pronto. ¡Por los infiernos de Zandru, no habría manera de ocultar esto! ¡Todo el Comyn lo sabría muy pronto, y todo el mundo en Thendara! ¡Qué escándalo para los Alton!

De regreso a sus habitaciones, su rostro compungido hizo que Ellemir adivinara la verdad de inmediato.

—Es cierto, entonces. Por piedad de Avarra, ¿qué le hará todo esto a nuestro padre? Él amaba a Dezi. Y también Domenic le amaba.

—Me gustaría poder ahorrarle esta noticia —dijo Damon con tristeza—. Pero tú sabes por qué no puedo hacerlo, Elli.

—¡Seguro que cuando papá sepa la verdad, habrá otro asesinato! —dijo Calista.

—Ama al muchacho, ya le ha protegido antes —protestó Andrew, y Calista apretó los labios.

—Es cierto. Pero cuando yo era una niña, papá tenía un sabueso favorito. Lo había criado personalmente desde que era cachorro y dormía con él por la noche, y se tendía siempre a sus pies en el Gran Salón. Sin embargo, cuando se convirtió en un perro adulto, cambió su carácter. Se acostumbró a matar animales de la casa, y una vez mordió a Dorian hasta hacerla sangrar. El *coridom* dijo que había que matarlo, pero sabía que papá quería mucho a ese perro, y se ofreció a hacerlo él. Pero papá dijo: «No, esto es asunto mío.» Se fue a los establos, llamó al animal y cuando éste se acercó le rompió el cuello con sus propias manos. —La joven quedó en silencio, recordando cómo había llorado después su padre, la única vez que ella le había visto llorar, salvo cuando Coryn murió.

Pero nunca había retrocedido, siempre había hecho lo que debía hacer.

Damon sabía que Calista estaba en lo cierto. El hubiera preferido ahorrarle esto a su suegro, pero Esteban Lanart era Lord Alton, y tenía derecho incluso de vida o muerte, sobre cada uno de los hombres, mujeres y niños del Dominio Alton. Nunca había hecho justicia de manera arbitraria, pero nunca había dejado de hacer justicia.

—Ven —dijo Damon a Andrew—, debemos exponerle el caso.

Pero cuando Calista se puso en pie para seguirlos, Damon negó con la cabeza.

—*Breda*, éste es un asunto de hombres.

Ella se volvió, pálida de furia.

—¿Tú te atreves a hablarme así, Damon? Domenic era mi hermano, y también lo es Dezi. ¡Soy una Alton!

—Y también yo —dijo Ellemir—, ¡y mi hijo es el heredero que sigue a Valdir!

Mientras se dirigían hacia la puerta, Damon descubrió que tenía en mente un fragmento de canción, incongruente, con un recuerdo dulce y doloroso. Al cabo de un momento la reconoció: era la canción que Calista había comenzado a cantar antes de que le reprocharan la elección:

De dónde vino esa sangre en tu mano derecha,
Hermano dime, dímelo...
Es la sangre de mis hermanos
Que conmigo vinieron a beber.

Ellemir había dicho la verdad, incluso más de lo que pensaba: era mala suerte que una hermana entonara esa canción con un hermano presente. Pero, mirando a las mujeres, Damon pensó que, al igual que la hermana de la antigua balada, que había condenado a su hermano, ellas dos no le evitarían la sentencia.

Sólo había pocos pasos hasta la otra parte de la suite, pero a Damon le pareció un largo viaje, como si hubiera cruzado un abismo de desdicha antes de llegar ante *Dom* Esteban, que les miró con perplejidad.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué estáis todos tan solemnes? Calista, ¿qué te ocurre, *chiya*? Elli, ¿has estado llorando?

—Padre —dijo Calista, mortalmente pálida—, ¿dónde está Valdir? ¿Dezi está cerca?

—Están juntos, espero. Sé que tú estás resentido con él, Damon —dijo —, pero después de todo, tiene razón. Debí haber hecho hace años lo que me propongo hacer ahora. No es lo suficientemente adulto como para ser regente del Dominio, por supuesto, ni tampoco para ser el guardián de Valdir, la idea es ridícula, pero una vez que sea reconocido lo comprenderá. Y entonces será tan buen hermano para Valdir como lo fue para mi pobre Domenic.

—Padre —dijo Ellemir en voz baja—, eso es lo que tememos.

Furioso, el anciano se volvió contra ella.

—¡Pensé que tú, al menos, tendrías un gesto fraternal, Ellemir! —Entonces miró a Damon y Andrew a los ojos, quienes le observaban con fijeza. Volvió a pasear la vista de uno a otro, cada vez más irritado y angustiado.

—¡Cómo os atrevéis! —Impacientemente, estableció contacto telepático, leyendo directamente en las mentes de los otros lo que sabían. Damon sintió que la idea se hundía en la mente del anciano con un enorme ramalazo de dolor. Fue como la muerte, un cegador momento de agonía física. Percibió el último pensamiento del anciano: *Mi corazón, sin duda mi corazón se rompe. Creí que no era en serio, pero ahora lo siento allí,* antes de que cayera en una piadosa inconsciencia. Andrew, con rapidez, tomó el cuerpo exánime en sus brazos cuando caía de la silla de ruedas.

Demasiado consternado para pensar con claridad, lo depositó sobre la cama. Damon estaba todavía paralizado por el rebote del dolor del señor de Alton.

—Creo que está muerto —dijo Andrew, consternado, pero Calista se acercó a tomarle el pulso y apoyó durante un momento el oído contra el pecho del anciano.

—No, el corazón late todavía. ¡Rápido, Ellemir! Ve a buscar a Ferrika, que es la que está más cerca, pero uno de los hombres debe bajar hasta el vestíbulo de la Guardia y buscar a Maese Nicol.

Ella se quedó junto a su padre, recordando que Ferrika le había advertido acerca del debilitamiento de su corazón. Cuando la mujer llegó, confirmó los temores de la joven.

—Algo se ha estropeado en su corazón, Calista —dijo, olvidándose en el momento del formal «Lady», recordando tan sólo que ambas habían jugado juntas cuando eran niñas—. Ha tenido que soportar demasiados golpes. —Buscó drogas estimulantes y cuando llegó Maese Nicol, entre ambos lograron administrarle una dosis.

—No es muy útil —les advirtió el oficial médico—. Puede morir en cualquier momento, o estabilizarse en este estado hasta el Solsticio de

Verano. ¿Ha sufrido un shock? Con todo respeto, Lord Damon, tendría que haber sido protegido de toda tensión, de las malas noticias.

Damon tenía ganas de preguntarle cómo se hacía para proteger a un telépata de las malas noticias. Pero Maese Nicol estaba haciendo todo lo que podía, y no hubiera tenido respuesta, así como tampoco la tenía Damon.

—Haremos todo lo posible, Lord Damon, pero por ahora... es una suerte que ya te hubiera elegido como regente.

Fue como un jarro de agua helada. El era regente de Alton, con custodia y soberanía sobre el Dominio, hasta que Valdir fuera declarado adulto.

Regente. Con poder sobre la vida y la muerte.

No, pensó, dolorido y rebelándose. Era demasiado. No lo deseaba.

Pero mirando al anciano, supo que tenía la obligación. Al enfrentarse con la prueba de la traición de Dezi, el señor de Alton hubiera actuado sin vacilaciones para proteger a los niños, al muchacho y al niño que no había nacido, que eran los próximos herederos de Alton. Y Damon debía actuar de esa manera...

Cuando Dezi regresó con Valdir, los encontró a todos esperándolo.

—Valdir —dijo Ellemir con suavidad—, nuestro padre está muy enfermo. Ve a buscar a Ferrika, que te explicará su estado.

Para gran alivio de todos, Valdir salió de inmediato, y Dezi se quedó allí, desafiante.

—De modo que lo has logrado, Damon. Eres regente de Alton. ¿O no lo eres? Me lo pregunto.

A Damon le costó hablar.

—Estoy prevenido, Dezi. No puedes servirme a mí de la misma manera que serviste a Domenic. Como regente de Alton, te exijo que me entregues la matriz que robaste del cuerpo de Domenic.

Vio que la comprensión invadía el rostro de Dezi. Después, ante el horror de Damon, el joven se rió. Damon pensó que nunca había escuchado un sonido más espantoso que aquella risa.

—Ven y tómala tú, medio hombre Ridenow —le desafío—. ¡Esta vez no te resultará tan fácil! ¡Ahora no podrás quitármela como antes, ni siquiera rodeado de tu Nido! —Damon se estremeció al escuchar la antigua

obscenidad, por la presencia de las mujeres—. ¡Ven, te reté a duelo en el Concejo, tengámoslo ahora! ¿Quién de los dos será regente de Alton? ¿Tienes fuerza suficiente? ¡Medio monje, medio eunuco, así te llaman!

Damon sabía que había captado la expresión de Lorenz... ¿o de él mismo? Logró hablar.

—Si me matas, demostrarás que eres aún menos apto para el cargo de regente. No sólo hace falta fuerza, sino también derecho y responsabilidad.

—¡Oh, termina con esa letanía! —Se burló Dezi—. ¿La misma *responsabilidad*, supongo, que mi amante padre asumió con respecto a mí?

Damon deseaba decir que en realidad el *dom* había amado tanto a Dezi como para que su traición casi le matara. Pero no desperdició palabras, y asió su propia matriz, concentrándose, decidido a alterar las resonancias de la que llevaba Dezi. De la que Dezi había robado.

Dezi sintió el contacto y lanzó un cegador golpe mental. Damon cayó físicamente de rodillas al recibir el impacto. Dezi tenía el don de Alton, la furia que podía matar. Combatiendo contra el pánico, Damon advirtió que Dezi había crecido, era más fuerte. Al igual que un lobo habituado a la sangre humana, debía ser destruido de inmediato, para que esta bestia salvaje no estuviera suelta en el Comyn...

El cuarto empezó a nublarse, a espesarse con las arremolinadas líneas de fuerza que se cruzaban entre ellos. Damon se sintió caer, sintió la fuerza de Andrew respaldándole, incluso físicamente. Dezi resplandecía a través de la niebla, lanzando rayos a ambos hombres. Damon sintió que el suelo se tornaba intangible bajo sus pies, sintió que caía al suelo.

Calista se interpuso entre ellos. Pareció crecer allí, encumbrada, alta e imponente, mientras su matriz resplandecía sobre su cuello. Damon vio que la matriz que Dezi tenía en la mano ardía como carbón encendido, sintió que quemaba la túnica y la carne del muchacho. Dezi aulló de dolor y de furia, y por un instante Damon vio a Calista tal como había sido en Arilinn, centelleando con el carmesí de la túnica de Celadora. Con la pequeña daga que llevaba en la cintura, la joven cortó el cordón que rodeaba el cuello de Dezi. La matriz cayó al suelo y ardió cuando Dezi intentó tomarla. Damon

sintió junto con él el enorme dolor cuando la mano de Dezi empezó a arder en esa llama. La matriz rodó a un costado, una cosa muerta, negra, inútil.

¡Y Dezi *desapareció*! Por una fracción de segundo, Andrew se quedó mirando el lugar donde Dezi se había esfumado y había dejado el aire temblando detrás de él. Entonces un terrible y mortal grito de desesperación y furia resonó en las mentes de todos ellos. Y lo *vieron*, como si estuvieran presentes físicamente en esa habitación de Armida.

Cuando Calista destruyó la matriz robada a Domenic, Dezi no pudo soportar la idea de volver a quedarse sin ella. Con sus últimas fuerzas, se teletransportó a través del supramundo, para materializarse en el sitio en que Damon había guardado la propia matriz del muchacho... una reacción de pánico, irracional. Un solo momento de reflexión le hubiera dicho que su matriz estaba protegida y guardada dentro de una caja fuerte sólida, metálica. Dos objetos sólidos no podían ocupar el mismo espacio al mismo tiempo, al menos no en el universo sólido. Y Dezi —todos ellos lo vieron y se estremecieron de horror— se había materializado a medias dentro y a medias fuera de la caja que contenía su matriz. Y antes de que ese desesperado alarido agónico se extinguiera, todos escucharon su eco en la mente de Damon. Dezi yacía en el suelo de la habitación de seguridad de Armida, total y absolutamente muerto. Aun dentro del horror que sentía, Damon sintió pena por quien tuviera que ocuparse de ese cadáver espantosamente materializado, a medias dentro y a medias fuera de la caja fuerte sólidamente sellada que le había partido el cráneo como si fuera una fruta podrida.

Ellemir había caído al suelo, gimiendo por el shock y por el miedo. El primer pensamiento de Andrew fue para ella. Se apresuró a su lado, sosteniéndola, tratando de infundirle fuerzas, como se las había infundido a Damon. Damon se recuperó lentamente, con la mirada perdida. Calista miraba fijamente su matriz, horrorizada.

—Ahora sí que he traicionado mi juramento... —susurró—. Había devuelto el juramento... y lo usé para matar... —Empezó a gritar salvajemente, golpeándose con sus propios puños, arañándose el rostro. Andrew dejó suavemente a Ellemir en una silla baja y corrió hacia Calista.

Trató de sujetar los agitados brazos de la joven. Hubo una lluvia de chispas azules y él aterrizó, atontado, contra la pared opuesta. Calista, mirándole con ojos desorbitados y enloquecidos de terror, volvió a gritar y sus uñas volvieron a abrir surcos en sus mejillas, marcando en ellas líneas de color rojo, ensangrentadas.

Damon dio un salto hacia adelante. Le tomó ambas muñecas con una sola mano e inmovilizó a la mujer que gritaba y se debatía. La abofeteó duramente. Los gritos se transformaron en sollozos. Calista cayó y él la sostuvo, apoyándole la cabeza sobre su hombro.

Calista sollozaba.

—Había devuelto mi juramento —susurró—. No pude contenerme... lo ataqué *como una Celadora*. ¡Damon, todavía soy Celadora a pesar de mi juramento... de mi juramento!

—¡Al infierno con tu juramento! —dijo Damon, sacudiéndola—. ¡Calista! ¡Basta! ¿Ni siquiera sabes que nos has salvado la vida?

Ella dejó de llorar, pero su rostro, fantasmal por la sangre y las lágrimas, se transformó en una máscara de horror.

—¡He traicionado mi juramento. He traicionado mi juramento!

—Todos lo hemos hecho —dijo Damon—. ¡Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso! ¡Maldición, Cal, contrólate! Tengo que ir a ver si ese bastardo ha logrado también matar a tu padre. Y Ellemir... —No pudo seguir hablando. Y Calista, súbitamente tranquilizada por el shock, fue hasta donde Ellemir se hallaba, inmóvil, sobre la silla.

Al cabo de un momento levantó la cabeza.

—Creo que la criatura no ha sufrido —dijo—. Damon, ve a ver si nuestro padre está bien.

Damon fue a las otras habitaciones de la suite. Pero sin moverse supo que Dom Esteban estaba tan cerca de la muerte que la naturaleza misma lo había protegido. Se le había ahorrado esa batalla a muerte. Sin embargo, Damon necesitó un momento de soledad para digerir este nuevo conocimiento.

Sin pensarlo, había actuado contra una Celadora, una Alton, había actuado automáticamente, para sacarla de la crisis de histeria, asumiendo

toda la responsabilidad.

Yo soy el Celador de estos cuatro. Hagamos lo que hagamos, la responsabilidad es mía.

Sabía que, muy pronto, le llamarían para que rindiera cuentas de lo que había hecho. Cada uno de los telépatas que había entre Dalereuth y los Hellers debían haber sido testigos de esa muerte.

Y también los había alertado acerca de lo que ocurría entre ellos cuatro, aquella vez que, junto con Andrew y Dezi, había construido ese hito en el supramundo para curar a los hombres congelados. Volvió a invadirle la pena por ese muchacho, muerto tan trágica y terriblemente. Aldones, Señor de la Luz... Dezi, Dezi, qué desperdicio, qué trágico desperdicio de todos sus talentos...

Pero incluso la pena dejó paso al conocimiento de lo que había hecho, de aquello en que se había convertido.

Exiliado de Arilinn, había construido su propia Torre. Y Varzil lo había consagrado *tenerézu*. Celador. Era Celador, Celador de una Torre prohibida.

OceanofPDF.com

20

Damon sabía que la resolución no se postergaría demasiado, y en efecto, así ocurrió.

Ellemir se había calmado. Estaba sentada en la silla en la que Andrew la había dejado, y sólo temblaba un poco. Ferrika, cuando la llamaron, la miró con preocupación.

—No sé qué has estado haciendo, señora, pero sea lo que fuere, si no quieres perder también a este niño, será mejor que te vayas a la cama y te quedes allí.

Con suavidad, empezó a desplazar las manos por encima del cuerpo de Ellemir. Ante la sorpresa de Damon, no la tocó, manteniendo unos pocos centímetros de distancia entre la punta de sus dedos y el cuerpo de Ellemir, hasta que finalmente dijo, frunciendo un poco el ceño:

—El niño está bien. En realidad, tú estás peor que él. Pediré comida caliente para ti, comerás y te irás a... —Se interrumpió, mirándose las manos con asombro y temor.

—¡En nombre de la Diosa! ¿Qué estoy haciendo?

Calista, recordando su responsabilidad, dijo:

—No te preocupes, Ferrika, tu intuición es buena. Has estado tanto tiempo con nosotros que no es sorprendente. Si tenías algún indicio *laran* seguramente se ha despertado. Más tarde te enseñaré exactamente cómo se hace. Con las mujeres embarazadas, a veces es un poco engañoso.

Ferrika parpadeó, mirando fijamente a Calista. Su rostro redondo, de nariz respingona, estaba un poco perplejo, y advirtió extrañada los sangrientos rasguños en las pálidas mejillas de Calista.

—No soy ninguna *leronis*.

—Tampoco yo lo soy ahora —dijo Calista con amabilidad—, pero me enseñaron, y yo te lo enseñaré a ti. Es una capacidad utilísima para una comadrona. Estoy segura de que tienes más *laran* del que supones. —Agregó—: Vamos, llevemos a Ellemir a su habitación. Debe descansar y... —se llevó las manos al rostro ensangrentado— debo ocuparme también de esto. Y cuando envíes comida a Ellemir, Damon, envíame un poco a mí; estoy hambrienta.

Damon las vio marchar. Hacía tiempo que sospechaba que Ferrika tenía *laran*, pero agradecía que Calista hubiera decidido asumir la responsabilidad de entrenarla.

No había motivo para que una persona que tuviera talento fuera privada del entrenamiento, fuera o no Comyn. Por el hecho de que las cosas se hicieran de determinada manera desde las Épocas de Caos... ¡no significaba que debieran seguir siendo así hasta que Darkover se hundiera en su Noche Final! Andrew se había convertido en uno de ellos, y era terrano. Ferrika había nacido dentro de la propiedad de Alton, era plebeya y, peor aún, Amazona Libre. Pero tenía todo lo necesario para convertirse también en una de ellos: tenía *laran*.

¿Sangre Comyn? ¡Para lo que le había servido a Dezi!

Advirtiendo que también él estaba hambriento después de la terrible batalla de matrices, pidió un poco de comida, y cuando llegó comió sin reparar en lo que se llevaba a la boca, observando a Andrew hacer lo mismo. Ninguno de ellos mencionó a Dezi. Damon pensó que en algún momento *Dom* Esteban tendría que enterarse de que el hijo bastardo a quien había amado y al que había defendido, había muerto para purgar sus crímenes. Pero no era necesario explicarle las horribles circunstancias.

Andrew comió sin saborear los alimentos, consciente del terrible drenaje de energía que implicaba el contacto telepático a través de una matriz, pero sentía náuseas incluso mientras su cuerpo aceptaba la comida

con mecánica intensidad. Sus pensamientos constituían un agudo contrapunto: veía nuevamente a Damon sacudiendo a Calista, impidiéndole la automutilación. Al recordar el rostro ensangrentado de Calista volvió a sentir náuseas.

Había dejado que Damon se ocupara de ella, porque no había pensado en nadie más que en Ellemir. Ellemir, que llevaba a su hijo en el vientre. Había tocado a Calista y ella le había lanzado a través de la habitación. Damon la había tratado como un cavernícola, y ella se había calmado. Se preguntó con desesperación si ambos no se habrían casado con la mujer equivocada.

Después de todo, pensó, mientras su mente recorría desdichadamente un camino demasiado familiar, los dos tenían entrenamiento de Torre, los dos eran telépatas del más alto nivel, y se comprendían. Elli y él estaban en un nivel diferente, eran tan sólo gente común que no comprendía esas cosas. Miró a Damon con una sensación de resentimiento e inferioridad.

Esta mañana había matado a un muchacho. De manera horrible, i Y allí estaba, sentado, comiendo su cena!

Damon advirtió el resentimiento de Andrew, pero no trató de seguir sus pensamientos. Sabía y aceptaba que había, ocasiones, que tal vez siempre las habría, en las que Andrew, por ningún motivo que Damon pudiera comprender, se distanciaba súbitamente de ellos y dejaba de ser un amado hermano para convertirse en un desesperante extraño, en un *ajeno*. Sabía que era parte del precio que ambos pagaban por e! intento de hacer valer su fraternidad en dos mundos conflictivos, en dos sociedades muy diferentes. Tal vez siempre sería así. Él había intentado franquear ese abismo, y siempre había empeorado las cosas. Ahora todo lo que podía hacer, y lo sabía y le entristecía, era dejar que las cosas siguieran su curso.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Damon levantó la cabeza con una irritación prontamente controlada; después de todo, el criado tenía que hacer su trabajo.

—¿Quieres llevarte los platos? Un momento... Andrew, ¿has terminado?

—*Su serva, dom* —dijo el hombre—, la Dama de Arilinn y sus *leronis* de la Torre han solicitado el favor de poder tener una charla contigo, Lord

Damon.

¿Han solicitado? No era muy probable, pensó escépticamente Damon.

—Diles que las veré en la cámara exterior dentro de unos minutos.

En privado, agradeció a cualquier Dios que pudiera escucharle por el hecho de que Calista estuviera con Ellemir y no hubieran querido verla a ella. Si Leonie veía esos rasguños en su rostro...

—Vamos, Andrew —dijo—. Probablemente quieran vernos a los cuatro, pero todavía no lo saben.

Leonie conducía el grupo. Con ella estaba Margwenn Elhalyn y un par de telépatas de Arilinn posteriores a la época de Damon y uno, llamado Rafael Aillard, que había estado allí con él, a pesar de que ahora estaba asignado a Neskaya. Era increíble, pensó Damon, que en alguna época este hombre formara parte de su círculo y que fuera cara Damon más íntimo que un pariente, que un. amigo querido. Leonie llevaba velo, y eso irritó a Damon. Sin duda era adecuado que una *comynara* y Celadora apareciera con velo ante extraños. Hubiera podido comprender que Margwenn lo hiciera. Pero ¿Leonie?

Pero habló como si fuera normal que esa cámara fuera invadida por cuatro telépatas desconocidos y la Celadora de Arilinn.

—Parienta, me honras. ¿En qué puedo servirte?

—Damon, fuiste despedido de Arilinn hace años —dijo Leonie bruscamente—. Tienes *laran*, y has sido entrenado en el uso de una matriz, de modo que no es posible prohibirte que la utilices para propósitos personales, siempre que sean legales. Pero la ley prohíbe que se lleve a cabo cualquier operación de matriz seria fuera de las protecciones que ofrece una Torre. Y ahora has usado tu matriz para matar.

En realidad, pensó, había sido Calista quien había matado a Dezi. Pero eso no tenía importancia. Era responsabilidad suya. Dijo:

—Soy regente de Alton. Maté legalmente a un asesino que había matado a una persona y que había intentado matar a otra del Dominio. Reclamo mis privilegios.

—Privilegios denegados —dijo Margwenn—. Deberías haberle matado en un duelo legal, con armas legítimas. No tienes poder, fuera de una Torre,

para usar una matriz para una ejecución.

—Tanto el intento de asesinato corno el asesinato fueron cometidos por medio de una matriz. Al tener entrenamiento de Torre, estoy obligado a impedir esos malos usos.

—¿Y haces mal uso para impedir otro, Damon?

—No acepto haber hecho un mal uso.

—Esa decisión no te correspondía —dijo Rafael Aillard—. Si Dezi hubiera transgredido las leyes de Arilinn, y por lo que sé de él, creo que es algo fácil de creer, aunque eso nada tiene que ver ahora, tú deberías habernos expuesto el caso, para que nosotros tomáramos las medidas correspondientes.

La respuesta de Damon fue monosilábica y obscena. Andrew nunca hubiera creído que Damon podía decir semejante cosa en presencia de mujeres.

—El primer delito fue cometido en mi presencia. Trató de imponer su voluntad a mi hermano juramentado, instándole a salir en medio de una tormenta y sin ninguna protección; sólo la buena fortuna le salvó de la muerte. Y ahora ha asesinado al hermano de mi esposa, el heredero de Alton, ¡y casi todos estuvieron a punto de dejarlo pasar como si se tratara de un desafortunado accidente! ¿Quién otro que yo podía ocuparse del castigo? Durante toda la vida me han enseñado que es mi responsabilidad ocuparme de cualquier ofensa infligida a mis parientes. ¿O qué otra cosa es ser Comyn?

—Pero —dijo Leonie— recibiste un entrenamiento para que lo utilizaras dentro de una Torre. Cuando fuiste despedido...

—Cuando fui despedido, ¿acaso debía pasar el resto de mi vida prescindiendo de los conocimientos que me ofrecían mi capacidad y mi entrenamiento? Si no confiabais en mí para disfrutar de ese saber, ¿para qué me lo enseñasteis? ¿Debía haber vivido el resto de mi vida como una criatura en un andador, sin moverme a menos que mi niñera me lo permitiera? —Miró directamente a Leonie. No dijo nada en voz alta, pero todos los que se hallaban en la habitación pudieron captar sus palabras:

Nunca debí haber sido despedido de Arilinn. Me despidieron con un pretexto que ahora sé que es falso.

En voz alta, dijo:

—Cuando me despidieron, se me dio la libertad de actuar bajo mi propia responsabilidad, como cualquier otro hijo del Comyn.

Y ni siquiera ahora, Leonie, te atreverás a enfrentarte a mí.

¡Cómo te atreves!

La mujer se quitó el velo. Había perdido, pensó Damon con distanciamiento, los últimos restos de su notable belleza. Ella se irguió en toda su estatura —unos centímetros más que Damon— y dijo:

—¡No prestaré atención a estas tonterías!

Damon respondió con fría y deliberada insolencia.

—Yo no os invité aquí. ¿Acaso el guardián de los Alton debe escuchar y morderse la lengua, como si fuera un niño malcriado que recibe una reprimenda, en sus propias habitaciones?

Leonie frunció el ceño.

—¿Preferirías exponer formalmente estas cuestiones ante todo el Comyn, en la Cámara de Cristal?

Damon se encogió de hombros y dijo:

—Habla entonces. —Con un gesto, indicó las sillas que había en la habitación—. ¿No deseáis sentaros? No me gusta discutir cuestiones de importancia mientras estoy de pie y apoyo todo mi peso en uno y otro pie, como si fuera un cadete recibiendo su castigo. ¿Puedo ofreceros algún refresco?

—No, gracias.

Pero se sentaron, y también Damon se hundió en una silla. Andrew permaneció de pie. Sin saberlo, había adoptado la postura tradicional del escudero juramentado, detrás de su señor, un paso más atrás del lugar donde Damon se había sentado. Los otros lo advirtieron y fruncieron el ceño, mientras Leonie empezaba a hablar.

—Cuando te marchaste de Arilinn, confiamos en que observarías las leyes, y en general no tenemos quejas. De tanto en tanto seguíamos tu

matriz en las pantallas de monitores, pero la mayoría de las cosas que hacías eran legales y menores.

—Excelente —dijo Damon con énfasis sarcástico—. ¡Me alivia saber que os pareció legal que utilizara mi matriz para cerrar mi caja de seguridad, para encontrar el camino a través de un bosque si me había extraviado, o para detener la hemorragia de la herida de un amigo!

Rafael Aillard le reprendió.

—¡Si nos escuchas sin hacer bromas de mal gusto, tal vez terminemos con esta penosa tarea más rápidamente!

—Tengo tiempo suficiente para escuchar lo que tenéis que decirme —dijo Damon—. Sin embargo, mi esposa está enferma y embarazada y mi suegro está en el umbral mismo de la muerte... ¡de modo que es verdad que podría pasar lo que queda del día de manera más provechosa que escuchando este montón de necedades que me estáis diciendo!

—Lamento que Ellemir no se encuentre bien —dijo Leonie—, pero ¿está Esteban tan seriamente enfermo? En la cámara del Concejo, hoy mismo, se le veía fuerte y enérgico.

Con los labios apretados, Damon dijo:

—Las noticias de la traición cometida por el bastardo que él amaba agravaron su estado. Es posible que viva todo el día, pero no es probable que llegue a ver la nieve de otro invierno.

—De modo que tú te hiciste cargo de vengarle, actuando como verdugo de Dezi —dijo Leonie—. No siento ninguna pena por él. No había permanecido más de diez días en Arilinn cuando advertí en su carácter defectos tan graves que supe que no podría quedarse allí.

—¿Y sabiéndolo asumiste la responsabilidad de entrenarle? Quien usa una herramienta inadecuada para una tarea no debería quejarse si luego sólo sirve para que se corte la mano. —De manera remota, advirtió que poco tiempo antes, en el Solsticio de Invierno, le hubiera resultado impensable la posibilidad de cuestionar las razones y las decisiones de cualquier Celadora, por no hablar de la Dama de Arilinn.

—¿Qué pretendías que hiciéramos? —Dijo Margwenn con impaciencia —. Sabes que no es fácil hallar hijos o hijas del Comyn con *laran* pleno, y

fueran cuales fuesen los defectos de Dezi, sus dotes eran grandes.

—¡Habría sido mejor que entrenaran a un plebeyo con menos sangre noble pero con más decencia y mejor carácter!

—Sabes que nadie que no tenga sangre Comyn puede trasponer el Velo de Arilinn —dijo Rafael.

—Entonces, maldición —dijo Damon, pensando en el suave toque de Ferrika cuando había monitoreado a Ellemir—, ¡tal vez sea tiempo de rasgar el Velo y de introducir algunos cambios en Arilinn!

Los labios de Leonie se apretaron en una mueca de disgusto.

—¿De dónde sacas esas ideas, Damon? ¿Es consecuencia de haber aceptado a un terrano en tu casa?

Pero tampoco le dio tiempo a responder.

—No nos quejamos cuando utilizaste legalmente tu matriz. Ni siquiera nos quejamos cuando le quitaste la matriz a Dezi. Pero no quedaste satisfecho con eso. Has hecho muchas cosas ilegales. Has enseñado a este terrano, algunos rudimentos de la tecnología de matrices. Recordaras que Stefan Hastur decretó, la primera vez que los terranos llegaron aquí, que no se autorizaba a ningún terrano a presenciar una operación con matriz.

—Que descanse en paz —dijo Damon—, pero no estoy dispuesto a permitir que un hombre muerto actúe como guardián de mi conciencia.

—¿Acaso debemos rechazar la sabiduría de nuestros padres? —preguntó Rafael con ira.

—No, pero vivieron como les pareció cuando estaban vivos, y no me consultaron con respecto a mis deseos y necesidades, y haré lo mismo con ellos. ¡Sin duda no los reverenciaré como a dioses, ni trataré todas sus palabras como los *cristóforos* tratan todas las necedades de su Libro de las Cargas!

—¿Cuál es tu excusa por haber entrenado a este terrano —preguntó Margwenn.

—¿Qué excusa necesito? Posee *laran*, y un telépata no entrenado es una amenaza para sí mismo y para todos los que le rodean.

—¿Fue él quien estimuló a Calista para que quebrantara su juramento? Ella había prometido abandonar su trabajo para siempre.

—Tampoco soy el guardián de la conciencia de Calista —dijo Damon —. Tiene ese conocimiento en su cabeza, y yo no puedo quitárselo. —Una vez más, con gran amargura, formuló la pregunta a Leonie—: ¿Acaso debe pasarse la vida contando los agujeros de la ropa blanca y preparando especias para el pan?

Margwenn hizo una mueca despectiva.

—Aparentemente, ésa fue su elección. No se la obligó a que devolviera el juramento. Ni siquiera la violaron. Hizo una elección voluntaria, y ahora debe vivir acorde con ella.

¡Estáis todos locos!, pensó Damon con cansancio, y no hizo ningún esfuerzo por ocultar el pensamiento. Lo vio reflejado en los ojos de Leonie.

—Una de las acusaciones es tan seria que hace que todas las otras sean triviales, Damon. Has construido una Torre en el supramundo. Estás haciendo funcionar un círculo de mecánicos ilegal, Damon, fuera de una Torre construida por decreto del Comyn, y ajena a los juramentos y salvaguardas requeridas desde las Épocas de Caos. El castigo por eso es espantoso. No me agradaría imponértelo. ¿Aceptarás entonces disolver el vínculo de tu círculo, destruir la Torre prohibida que has construido y jurarnos que no volverás a hacerlo? Si me lo prometes, no pediré para ti ningún otro castigo.

Damon se puso en pie, a la defensiva, como cuando se enfrentó al asesino ataque de Dezi. *Esto*, pensó, *debo afrontarlo de pie.*

—Leonie, cuando me despediste de la Torre dejaste de ser mi Celadora, y también la celadora de mi conciencia. Todo lo que he hecho lo he hecho bajo mi propia responsabilidad. Soy un técnico de matrices, entrenado en Arilinn, y he vivido toda mi vida según los preceptos que me enseñaron allí. Mi conciencia está limpia, y no te haré la promesa que me pides.

—Desde las Épocas de Caos —dijo Leonie—, se ha prohibido que un círculo de matriz funcione fuera de una Torre sancionada por decreto del Comyn. Tampoco podemos permitirte que utilices dentro de tu círculo a una mujer que fue Celadora y que ha devuelto su juramento. Según las leyes en vigencia desde los días de Varzil el Bueno, nada de esto está permitido. ¡Es impensable, es obsceno! Debes destruir la Torre, Damon, y prometerme que

nunca más volverás a trabajar con ella. Como regente de Alton y como guardián de Calista, te hago responsable de que ella nunca vuelva a violar las condiciones bajo las que devolvió su juramento.

—No acepto tu juicio —dijo Damon, manteniendo la voz firme con un gran esfuerzo.

—Entonces debo recurrir a algo peor —dijo Leonie—. ¿Deseas que plantee todo esto ante el Concejo y ante los trabajadores de todas las Torres? Sabes cuál será la pena si se te considera culpable. Una vez que todo el mecanismo se ponga en marcha, ni siquiera yo podré salvarte —agregó, mirándole directamente por primera vez desde que se había iniciado la conversación—. Pero sé que si me das tu palabra, no la traicionarás. Dame tu palabra, Damon, de que disolverás ese círculo ilegal, de que retirarás toda tu fuerza de tu Torre del supramundo, y prométeme personalmente que de este día en adelante sólo utilizarás tú matriz para las cosas legalmente permitidas; y a mi vez yo te doy mi palabra de que no iré más allá, a pesar de todo lo que has hecho.

—¿Tu palabra, Leonie? ¿Qué valor tiene tu palabra?

Fue como una bofetada en la cara. La Celadora se puso pálida. Su voz tembló.

—¿Me estás desafiando, Damon?

—Así es —dijo él—. Ni siquiera preguntaste por mis motivos, preferiste ignorarlos. Hablas de Varzil el Bueno. Creo que no sabes de él ni siquiera la mitad de lo que sé yo. Sí, te desafío, Leonie. Responderé a estas acusaciones en el momento adecuado. Puedes exponérselas al Concejo, si quieres, o a las Torres, y estoy dispuesto a responder a ellas.

El rostro de Leonie estaba mortalmente pálido. *Como una calavera*, pensó Damon.

—Que así sea entonces, Damon, conoces el castigo. Se te despojará de tu matriz y, para que no puedas hacer lo que hizo Dezi, se te quemarán los centros cerebrales del *laran*. Que la pena caiga sobre tu cabeza, Damon, y que todos éstos sean testigos de que yo intenté salvarte.

Giró para salir de la habitación. Los otros la siguieron. Damon permaneció inmóvil, con el rostro rígido e impasible, hasta que todos se

marcharon. Consiguió mantener esa fría dignidad hasta que se extinguió el ruido de los pasos. Entonces, tambaleándose como un borracho, fue hasta la habitación interior de la suite.

Escuchó que Andrew maldecía todo un rosario de expresiones en un idioma que suponía debía ser terrano —Damon no sabía una palabra de esa lengua—, pero nadie que tuviera *laran* podía dejar de entender el significado. Pasó delante de Andrew, se arrojó boca abajo sobre un diván y se quedó allí, inmóvil, con el rostro entre las manos. El horror lo invadió mientras la náusea sobrecogía su estómago.

Ahora todo su desafío le parecía una bravata infantil. *Sabía*, sin ninguna duda, que no encontraría manera de responder a las acusaciones, que le hallarían culpable y debería sufrir el castigo.

Ciego. Sordo. Mutilado. Pasar el resto de su vida sin *laran*, prisionero para siempre dentro de su propio cráneo, intolerablemente solo para siempre... vivir como un animal sin mente. Se Retorció en su agonía. Andrew vino a su lado, perturbado, sólo parcialmente consciente de aquello que lo torturaba.

—Damon, no. Sin duda el Concejo permitirá que te expliques; sabrán que hiciste la única cosa que podías hacer.

Damon tan sólo gimió de pavor. Le parecía que todos los miedos de su vida, esos miedos que, según le habían enseñado, no eran de hombre y no debían reconocerse, lo invadían como si fuera una ola única y enorme que lo ahogaba. Los miedos de un niño solitario, no deseado, de un muchacho solitario en los cadetes, torpe y sin amor, tolerado solamente por haber sido el amigo íntimo de Coryn; toda su vida manteniendo el miedo bajo centro! para que nadie le creyera algo menos que un hombre, para que él mismo no lo pensara. El miedo y la inseguridad de que Leonie pudiera ver de algún modo más allá de su control y detectara su pasión y su deseo prohibidos, la culpa y el sentimiento de pérdida cuando ella le había despedido de Arilinn, diciéndole que no era suficientemente fuerte para ese trabajo, alimentando así la idea de su propia debilidad, el miedo que siempre había contenido. El miedo reprimido de todos aquellos años transcurridos en la Guardia, sabiendo que no era buen espadachín, buen soldado. La espantosa culpa de

haber huido, dejando que los Guardias se enfrentaran a la muerte en lugar de él...

Toda su vida. Toda su vida había tenido miedo. ¿Acaso había pasado aunque tan sólo fuera un día durante el que no fuera consciente de que era un cobarde que vanamente fingía no tener miedo, que fingía con bravatas para que nadie se diera cuenta de que en realidad era un gusano, un cobarde impotente, una pobre cosa con la forma de un hombre? Su vida le importaba tan poco que prefería enfrentarse a la muerte antes de exponerse como el vergonzoso y cobarde debilucho que era en realidad.

Pero ahora le amenazaban con lo único que verdaderamente no podía soportar, no podía tolerar. Sería más fácil morir ya, acuchillándose en la garganta, antes que vivir ciego, mutilado, como un cadáver que caminara fingiendo estar vivo.

Lentamente advirtió, a través de la niebla del pánico y el pavor, que Andrew estaba arrodillado a su lado, preocupado y pálido. Le rogaba algo, pero las palabras no lograban llegar a Damon ni atravesar esa pavorosa bruma de temor.

Cómo debía despreciarle Andrew, pensó. El era tan fuerte...

Apenado, Andrew observaba la silenciosa lucha de Damon. Trató de razonar con él, pero sabía que sus palabras en realidad no le llegaban. ¿Le escucharía Damon? Tratando de hacerle reaccionar, se sentó junto a su amigo y le rodeó con un brazo.

—Basta, basta —le dijo con torpeza—. Todo está bien, Damon, yo estoy aquí. —Y entonces, sintiéndose torpe y tímido como siempre que aparecía entre ellos algún indicio de intimidad, dijo, casi en un susurro—: No les permitiré que te hagan daño, *bredu*.

Todo el terror congelado de Damon se quebró, invadiendo a ambos. El hombre sollozó convulsivamente, mientras desaparecían los últimos restos de su autocontrol. Conmovido, Andrew trató de retirarse, pensando que Damon no querría que él le viera en ese estado, pero luego advirtió que esa idea era en realidad un último vestigio de pensamiento terrano. No *podía* retirarse del dolor de Damon, porque era su propio dolor, era tanto una amenaza para Damon como para él mismo. Debía aceptar el miedo y la

debilidad de Damon así como aceptaba otras cosas de él, como aceptaba su amor y su preocupación.

Sí, amor. Ahora, mientras abrazaba al sollozante Damon, mientras el terror del otro lo invadía como la ola de una marea alta, sabía que amaba a Damon como se amaba a sí mismo, como amaba a Calista y a Ellemir... Andrew era parte de ellos. Desde el principio, Damon lo había sabido y lo había aceptado, pero él, Andrew, siempre se había retraído, diciéndose que Damon era su amigo, pero que había límites para la amistad, había lugares que nunca debían tocarse.

Se había resentido cuando Damon y Ellemir se habían fundido en su intento de hacerle el amor a Calista, y había tratado de aislarse con ella, sintiendo que su amor por ella era algo que no podía ni quería compartir. Le había dolido la proximidad de Damon y Calista y nunca, hasta ahora, había entendido completamente qué había instado a Ellemir a hacerle el ofrecimiento que le había hecho. Había considerado su relación con Ellemir como algo aparte de Damon, así como de Calista. Y cuando Damon había intentado compartir su euforia, su desbordante amor por todos ellos, cuando había tratado de expresar el deseo reprimido de Andrew

—*Me gustaría hacer el amor con todos*—, él lo había rechazado con crueldad inimaginable, haciendo añicos el frágil vínculo.

Incluso había llegado a preguntarse si los dos no se habrían casado con la mujer equivocada. Pero Andrew sabía ahora que el equivocado era él.

No eran dos parejas que intercambiaban sus integrantes. Se trataba de los cuatro, de todos ellos. Se pertenecían, y el vínculo entre Damon y él era tan fuerte como el que existía entre las mujeres y ellos.

Tal vez incluso fuera... y sintió que el pensamiento surgía causándole absoluto terror, atreviéndose a un nivel de autoconocimiento que nunca se había permitido, más fuerte. Porque podían verse mutuamente reflejados en el otro. Encontrar una especie de afirmación de la existencia de la propia virilidad. Ahora comprendía lo que había querido decir Damon al declarar que celebraba tanto la masculinidad de Damon como la femineidad de las mujeres. Y no era nada de lo que Andrew temía que fuera.

Porque repentinamente supo que eso era precisamente lo que amaba en Damon, la suavidad y la violencia combinadas, la afirmación misma de la virilidad. Ahora le parecía increíble que alguna vez Damon le hubiera parecido una amenaza contra su virilidad. Más bien confirmaba algo que ambos compartían, otra manera de expresarse mutuamente lo que ambos *eran*. Debería haber agradecido la existencia de esa relación, como manera de cerrar el círculo, de compartir la conciencia de lo que todos ellos significaban para los otros. Pero lo había rechazado, y ahora Damon, al padecer ese terror que no podía compartir con las mujeres, ni siquiera podía recurrir a él para encontrar fuerzas. Y ¿a quién recurriría, sino a su hermano juramentado?

—*Bredu* —susurró otra vez, abrazando a Damon con la feroz protección que desde el principio había sentido hacia él, pero que nunca había sabido expresar. Sus propios ojos estaban cegados por las lágrimas. La enormidad de este compromiso le horrorizaba, pero no se echaría atrás.

Bredin. No había nada semejante a esa relación en la Tierra. Una vez, buscando una analogía, le había mencionado a Damon el rito de la hermandad de sangre. Damon se había estremecido de aprensión y había dicho, mientras su voz temblaba de disgusto:

—Eso sería algo prohibido entre nosotros, derramar la sangre de un hermano. A veces los *bredin* intercambian cuchillos como símbolo de que ninguno de ellos puede herir al otro, ya que el cuchillo que cada uno tiene pertenece en realidad al otro.

Sin embargo, tratando de comprender, a pesar del disgusto, lo que la hermandad de sangre significaba para Andrew, había aceptado, sí, que el peso emocional era el mismo. Andrew, pensando con sus propios símbolos porque todavía no podía compartir los de Damon, pensó ahora, mientras abrazaba a Damon, que daría por él hasta la última gota de sangre, y que seguramente esa idea horrorizaría al otro, así como lo que Damon había intentado darle le había asustado a él.

Lenta, lentamente, todo lo que había en la mente de Andrew se filtró a la de Damon. Andrew comprendía ahora, era finalmente uno de ellos. Y

mientras Andrew le abrazaba, dejando que sus barreras se disolvieran lentamente, el terror de Damon cedió.

No estaba solo. Era Celador de su propio círculo de Torre, y extrajo confianza de Andrew, encontrando una vez más su propia fuerza y su propia virilidad. Ya no llevaba la carga de todos los demás, sino que *compartía* con ellos el peso de lo que eran.

Podía hacer cualquier cosa ahora, pensó, y sintiendo la proximidad de Andrew, se corrigió en voz alta:

—*Podemos* hacer cualquier cosa.

Exhaló un profundo suspiro, se incorporó y dio a Andrew un abrazo de pariente, besándole en la mejilla. Suavemente le dijo:

—Hermano.

Andrew sonrió y le dio unas palmadas en la espalda.

—Estás muy bien —dijo. Las palabras no significaban nada, pero Damon sintió todo lo que había detrás de ellas.

—Lo que te dije una vez sobre la hermandad de sangre —dijo Andrew, debatiéndose por encontrar las palabras— es... la misma sangre, como de hermanos... sangre que cualquiera de ellos vertería por el otro.

Damon asintió, aceptando.

—Hermano —dijo con suavidad—. Hermano de sangre, si lo prefieres. *Bredu.* Sólo que es la vida lo que compartimos, no la sangre. ¿Entiendes?

Pero las palabras no tenían importancia, ni tampoco los símbolos particulares. Sabían qué eran el uno para el otro, y no hacían falta palabras.

—Tenemos que preparar a las mujeres para esto —dijo Damon—. Si presentan esas acusaciones ante el Concejo y profieren allí esas amenazas, y Ellemir no está advertida, podría tener otra pérdida, o algo peor. Debemos decidir cómo enfrentarnos a esto. Pero lo más importante —dijo, y su mano tomó una vez más la de Andrew— es que lo afrontaremos juntos. Todos nosotros.

OceanofPDF.com

21

Durante tres días Esteban Lanart se debatió entre la vida y la muerte. Calista, que le cuidaba (Ferrika había prohibido a Ellemir que se encargara de eso), monitoreando al anciano que aparentemente agonizaba, descubrió que la gran arteria del corazón estaba parcialmente bloqueada. Había una manera de reparar el daño, pero ella tenía miedo de intentarlo.

La noche del tercer día, el anciano abrió los ojos y la vio junto a él. Trató de moverse, y Calista extendió una mano para impedírselo.

—Quédate quieto, padre. Estamos contigo.

—Me perdí... el funeral de Domenic... —susurró Esteban, y Calista pudo ver cómo recobraba la memoria, mientras una convulsión de dolor se imprimía en su rostro—. Dezi... —susurró—, creo que desde donde yo estaba, fuese donde fuese, le sentí... morir, pobre muchacho. No soy inocente...

Calista envolvió la ruda mano del anciano con sus dedos delgados.

—Padre, sean cuales fueren sus crímenes y delitos, está en paz. Ahora sólo debes pensar en ti, porque Valdir te necesita. —Advertía que incluso esas pocas palabras le habían agotado, pero percibía que debajo de esos labios exangües y bajo esa palidez azulada aún se agitaba el viejo gigante.

—Damon... —dijo él, y ella supo qué le estaba preguntando, y le tranquilizó con rapidez.

—El Dominio está a salvo en sus manos, todo está bien.

Satisfecho, el anciano volvió a dormirse, y Calista pensó que el Concejo debía aceptar a Damon como regente. Nadie más tenía derecho. Andrew era terrano, y aunque tuviera habilidad para el gobierno, ellos no le aceptarían. El joven esposo de Dorian era un *nedestro* de Ardáis y no sabía nada de Armida, mientras que para Damon, había sido su segundo hogar. Pero la regencia de Damon estaba ensombrecida por la amenaza de Leonie, y mientras la joven se preguntaba cuánto faltaría para la confrontación, Damon abrió la puerta y le hizo un gesto.

—Déjalo con Ferrika y ven.

Ya en el cuarto exterior, Damon le explicó.

—Nos piden que acudamos a la Cámara de Cristal dentro de una hora, Andrew y yo. Creo que deberíamos ir todos, Calista.

En la penumbra, los ojos de ella se endurecieron, ya no azules sino de un frío y centelleante gris.

—¿Se me acusa de quebrantar mi juramento?

Él asintió.

—Pero como regente de Alton, yo soy tu guardián, y tu esposo es mi hombre juramentado. No es necesario que afrontes la acusación, a menos que decidas hacerlo. —La tomó de los hombros—. ¡Debes comprender esto, voy a desafiarles! ¿Tienes el coraje necesario para desafiarles tú también? ¿Eres lo suficientemente fuerte como para apoyarme, o vas a desmoronarte como un monigote, concediendo así más fuerza a nuestros acusadores?

La voz de él era implacable, y sus manos le apretaban con fuerza los hombros, haciéndole daño.

—Podemos tener la valentía de defender lo que hemos hecho y desafiarles, pero si no la tienes, sabes que perderás a Andrew, y me perderás a mí. ¿Quieres regresar a Arilinn, Calista? —Con una mano, siguió las rojas marcas de las uñas en la mejilla de la joven—. Todavía tienes esa opción, pues sigues siendo virgen. Esa puerta estará abierta mientras tú no la cierres.

La mano de ella se desplazó hasta la matriz que pendía de su cuello.

—Devolví mi juramento por propia voluntad; nunca pensé quebrantarlo.

—Hubiera sido fácil hacer una elección clara, de una vez y para siempre —dijo Damon—. Pero no es tan fácil hacerla ahora. Pero eres mujer y estás bajo custodia. ¿Deseas que responda por ti en el Concejo, Calista?

Ella le quitó la mano con brusquedad.

—Soy *comynara* —dijo—, y fui Calista de Arilinn. ¡No necesito que ningún hombre responda por mí! —Giró y caminó en dirección al cuarto que compartía con Andrew—. ¡Estaré lista!

Damon se dirigió a su propia habitación. La había provocado deliberadamente, pero debía enfrentarse a la idea de que toda la fuerza de Calista podía volverse contra él con igual facilidad.

Su propio temperamento también era desafiante. ¡No se enfrentaría a sus acusadores como si fuera un ladronzuelo arrastrado a juicio!

Era el manojo de capullos secos de *kireseth* que había sacado del cuarto de destilación de Calista, sin saber por qué.

Había actuado siguiendo un impulso que todavía no podía comprender, sin saber si había sido un destello de precognición o algo peor. No había podido explicárselo a la joven, ni había podido explicarle a nadie por qué lo había hecho.

Pero ahora, mientras sostenía las flores en la mano, lo supo. Nunca supo si se había debido a las levísimas emanaciones de la planta —el *kireseth* se usaba mucho para estimular la clarividencia— o si tan sólo era que su mente, que poseía ahora toda la información, había logrado repentinamente sintetizarla sin esfuerzo consciente. Pero de repente *supo* aquello que Varzil había tratado de decirle, supo cuál debió haber sido el ritual de Fin de Año.

A diferencia de Calista, supo precisamente *por qué* estaba prohibido el uso del *kireseth*, salvo cuando se lo destilaba y se lo fraccionaba para obtener esa esencia volátil conocida como kirian. ¡Tal como se lo habían recordado los relatos de *Dom* Esteban, el *kireseth*, la flor azul estrellada que, según la leyenda, Cassilda había dado a Hastur (llamada campana dorada cuando las flores estaban cubiertas por su polen dorado), el *kireseth* era, entre otras cosas, un poderoso afrodisíaco, que barría con todas las inhibiciones y controles! ¡Ahora sí que se habían aclarado todos los eslabones de esa cadena!

Las pinturas de la capilla. Las historias de *Dom* Esteban y la indignación que le habían producido a Ferrika, que había hecho el juramento de las Amazonas Libres, que no se había casado y que consideraba que el matrimonio era una forma de esclavitud. La peculiar ilusión que Andrew y Calista habían compartido en el momento de la floración invernal, aunque ahora Damon sabía que no había sido, una ilusión, a pesar de que los canales de Calista estuvieran completamente claros más tarde. Y el consejo de Varzil...

La clave era el tabú. No estaba prohibido a causa de las asociaciones sucias o lascivas, como siempre había creído, sino a causa de su santidad.

Detrás de él, Ellemir dijo con nerviosismo:

—Ya es la hora. ¿Qué tienes ahí, querido?

Sintiéndose culpable al recordar el tabú que le había sido duramente impuesto desde la infancia, Damon arrojó rápidamente las flores en el interior del cajón, todavía envueltas en la tela.

Le alegró ver que el mismo impulso que le había hecho vestirse con sus mejores ropas para presentarse ante sus acusadores, había actuado también sobre Ellemir. Llevaba puesto un vestido adecuado para un festival, muy escotado. Su pelo, recogido sobre la nuca en una trenza pesada, relucía. El embarazo era obvio ya para cualquiera que se fijara, pero la favorecía. Era bella, una orgullosa dama del Comyn.

Cuando se encontraron con Andrew y Calista en el cuarto exterior de la suite, Damon advirtió que el mismo instinto había hecho presa de todos ellos. Andrew tenía puesto su traje dominical de opaco satén gris, pero Calista les superaba a todos.

Damon nunca había pensado que el formal carmesí de las Celadoras la favoreciera. Era demasiado pálida, y ese color tan brillante la hacía parecer desteñida, como un reflejo más desvaído de su bella melliza. Nunca había considerado bella a Calista; lo confundía que Andrew la encontrara bella. Era demasiado delgada, demasiado parecida a la niña rígida que Damon había conocido en la Torre, con una rigidez virginal que, para Damon, la hacía muy poco atractiva. En Armida, solía elegir descuidadamente la ropa, y se ponía gruesas faldas de tartán y chales. Damon había llegado a

preguntarse si en realidad no se pondría la ropa que Ellemir descartaba, tan escasa era la atención que Calista prestaba a su apariencia.

Pero para asistir al Concejo se había puesto un vestido gris azulado, con un velo del mismo color, sólo que más delgado, entretejido con hebras metálicas que centelleaban cuando la joven se movía, y su pelo brillaba como una llama. Se había hecho algo en el rostro, para ocultar los largos rasguñones rojos, y en sus mejillas había un sonrojo poco habitual. ¿Era la vanidad o el desafío lo que la había impulsado a pintarse de ese modo, para que su palidez no pareciera la palidez del miedo? Zafiros en forma de estrellas relucían en su cuello y llevaba desnuda su matriz, que centelleaba, destacándose entre las otras gemas. Mientras entraban en la cámara del Concejo, Damon se sintió orgulloso de todos ellos, y dispuesto a desafiar a todo Darkover, si era necesario.

Fue Lorill Hastur quien les llamó al orden, diciendo:

—Se han hecho serias acusaciones contra los cuatro. Damon, ¿estás dispuesto a responder a esas acusaciones?

Mirando hacia los asientos de los Hastur, y viendo allí el rostro implacable de Leonie, Damon supo que explicar y justificar, tal como había pretendido hasta entonces, sería una pérdida de tiempo. Su única oportunidad era tomar la iniciativa, y conservarla.

—¿Alguien me escucharía si lo hiciera?

—Para lo que has hecho —dijo Leonie— no hay ninguna explicación ni excusa. Pero estamos inclinados a ser generosos, si te sometes a nuestro juicio, tú y esos otros a quienes has conducido a rebelarse contra las más sagradas leyes del Comyn. —Miraba a Calista como si nunca la hubiera visto antes.

Durante el silencio que siguió, Andrew pensó: *Prisioneros del banquillo de acusados, ¿tienen algo que decir antes de que se dicte sentencia?*

Sobre él recayó primero la mirada de Loríll

—Andrew Carr, tu delito es grave, pero actuaste ignorando nuestras leyes. Serás entregado a tu propia gente y si no has quebrantado ninguna de *sus* leyes, quedarás en libertad, pero pediremos que se te envíe fuera del planeta de manera inmediata.

»Calista Lanart, mereces una sentencia equivalente a la de Damon. Pero Leonie ha intercedido por ti. Tu supuesto matrimonio, al no estar consumado — ¿Cómo, se preguntó Damon, habría llegado Lorill a saberlo? —, no tiene fuerza legal. Lo declaramos nulo e inexistente. Regresarás a Arilinn, donde Leonie se hará personalmente responsable de tu comportamiento.

»Damon Ridenow, por tus delitos y por los delitos de aquellos a quienes indujiste a la desobediencia, mereces, según las antiguas leyes, la muerte o la mutilación. Ahora se te ofrece una opción. Puedes entregar de inmediato tu matriz, a una Celadora que proteja tu vida y tu cordura, de modo que podrás vivir para ser regente de Alton y guardián del heredero de Alton concebido por tu esposa. Si te niegas, la matriz se te quitará por la fuerza. Si sobrevives se te quemarán los centros cerebrales del *laran*, para prevenir cualquier futuro abuso.

Ellemir soltó un grito de dolor. Lorill la miró con algo parecido a la compasión y le dijo:

—Ellemir Lanart, en cuanto a ti, que fuiste desviada por tu esposo, no te impondremos sentencia más que ésta: que ceses de involucrarte en cuestiones ajenas a la esfera de las mujeres y que dediques tus pensamientos a la única obligación que tienes en este momento, que es proteger a tu hijo, heredero de Alton. Como tu padre yace enfermo y tu único hermano superviviente es un menor, y como tu esposo ha sido sentenciado, te ponemos bajo la custodia de Lord Serráis, y volverás a Serráis a dar a luz a tu hijo. Mientras tanto, he elegido a tres respetables matronas del Comyn para que te protejan hasta tanto se haya ejecutado la condena de tu esposo: Lady Rohana Ardáis, Jerana, princesa de Elhalyn, y la esposa de mi propio hijo, Lady Cassilda Hastur. Lo que ocurrirá puede resultar perturbador e incluso peligroso para una mujer en tu estado.

Lady Cassilda, una mujer bonita, de cabello oscuro, más o menos de la edad de Ellemir y con un embarazo muy adelantado, tendió la mano a Ellemir.

—Ven conmigo, querida.

Ellemir miró primero a Cassilda Hastur y luego a Damon.

—¿Puedo hablar, Lord Hastur?

Lorill asintió.

La voz de Ellemir sonó tan leve e infantil como siempre, pero con gran determinación.

—Agradezco a las matronas su amabilidad y su preocupación, pero declino sus buenos servicios. Me quedaré con mi esposo.

—Querida —dijo Cassilda Hastur—, tu lealtad te honra. Pero debes pensar en tu hijo.

—*Estoy* pensando en mi hijo —dijo Ellemir—, en todos nuestros hijos, Cassilda, en los tuyos y en los míos, y en la vida que queremos para ellos. ¿Alguno de vosotros se ha molestado en pensar, en *pensar* verdaderamente acerca de lo que está haciendo Damon?

Damon, que escuchaba con incredulidad —él había vaciado su corazón con ella la noche que había curado a los hombres congelados, pero no había creído que ella lo comprendiera realmente—, la oyó decir:

—Todos sabemos cuan difícil es hallar telépatas para las Torres, en esta época. Incluso los que tienen *laran* no siempre están dispuestos a abandonar sus vidas y a encerrarse detrás de los muros... ¿y quién podría acusarlos? Yo misma no querría hacerlo. Quiero vivir en Armída y tener hijos que vivan allí después que yo. Y no quiero ver sus vidas desgarradas por esa terrible elección, saber que deberán eludir una u otra obligación ante su Dominio. Pero hay muchas cosas que un telépata puede hacer, y nadie las está haciendo. Esas cosas no deben hacerse detrás de los muros de una Torre, sin duda muchas de ellas *no pueden* hacerse desde allí. Pero como hay tanta gente que cree que ésa es la única manera de usar el *laran*, ese trabajo no se hace en absoluto, y todas las personas de los Dominios padecen porque no se hace. Damon ha encontrado la manera de que llegue a todos. No es necesario que el *laran* sea una especie de... de brujería misteriosa, oculta dentro de las Torres. Si yo, que soy una mujer, sin educación y la inferior de dos mellizas, puedo aprender a usarlo, tal como me han enseñado, debe haber muchas personas que pueden hacerlo también. Y...

Margwenn Elhalyn se puso de pie. Estaba muy pálida.

—¿Tenemos que quedarnos aquí sentados, escuchando esta... esta blasfemia? Acaso nosotros, los que hemos entregado nuestra vida a las Torres, debemos quedarnos aquí sentados y escuchar las blasfemias con respecto a nuestra elección, en boca de esta... de esta mujer ignorante que mejor haría quedándose en su casa, junto a la chimenea, haciendo ropas de bebé, en vez de... de balbucear tonterías como una criatura... ¡hablando de cosas que no puede comprender!

—Espera —dijo Rohana Ardáis—, espera, Margwenn. Yo también fui entrenada en una Torre, y se me obligó a abandonar ese trabajo que amaba, para casarme y dar hijos al clan de mi esposo. Hay cierta sabiduría en lo que dice Lady Ellemir. Escuchemos lo que nos quiere decir, sin interrumpirla.

Pero Rohana fue silenciada por las exclamaciones. Lorill Hastur los llamó al orden, y Damon recordó, deprimido, que también Lorill había sido entrenado en la Torre de Dalereuth y también había sido obligado a renunciar cuando heredó el cargo de Regente del Concejo.

—No tienes voz en el Concejo, Lady Ellemir. Puedes retirarte con las matronas que hemos elegido para que te hagan compañía, o puedes permanecer aquí. No tienes otras opciones.

—Me quedo con mi esposo —dijo ella, aferrándose al brazo de Damon.

—Señor —dijo Cassilda Hastur, perturbada—, ¿tiene ella derecho a elegir, cuando su elección puede poner en peligro al niño que lleva? Ya ha tenido una pérdida, y este niño es heredero de Alton. ¿Acaso la seguridad del niño no es más importante que su sentimental deseo de permanecer con Damon?

—¡En nombre de todos los Dioses, Cassilda! —protestó Rohana—. ¡No es una niña! ¿Crees que es un animal lechero, y que simplemente por sacarla de la vista del padre de su hijo lograrás que ella se torne indiferente al destino de su esposo? ¡Siéntate y déjala en paz!

Compungida, la joven Lady Hastur se sentó.

—Damon Ridenow, elige: ¿entregarás tu matriz sin protestas, o deberemos quitártela por la fuerza?

Damon miró a Ellemir, que se aferraba a su brazo; a Calista y su enjoyada actitud desafíame; a Andrew, un paso detrás de él. Les dijo a ellos, no a Lorill:

—¿Puedo hablar, entonces, en nombre de todos? Calista, ¿es tu voluntad regresar a Arilinn, bajo el cuidado de Leonie?

Leonie miraba a Calista con enorme ansiedad, y Damon comprendió repentinamente.

Leonie nunca se había permitido amar. Pero a Calista, que era como ella misma una virgen con votos de por vida, a Calista sí podía amarla sin riesgos, con el hambre de todas sus emociones reprimidas. No era raro que no quisiera soltar a Calista, que le hubiera hecho imposible marcharse de la Torre. Su amor por la muchacha no tenía el más leve rasgo sexual, pero no obstante era amor, un amor tan real como el desesperanzado sentimiento que el mismo Damon había concebido por Leonie.

Calista estaba silenciosa, y Damon se preguntó cuál sería su elección. ¿Acaso Arilinn le resultaba más atractiva que lo que ellos le ofrecían, menos perturbadora, menos penosa? Y entonces supo que el silencio de Calista era solamente compasión, reticencia a rechazar el amor y la protección que Leonie le ofrecía, a arrojárselos a la cara. No quería herir a la mujer que la había amado y protegido cuando ella era una niña solitaria en la Torre. Cuando habló, tenía lágrimas en los ojos.

—He devuelto mi juramento. No lo recibiré otra vez. También yo permaneceré junto a mi esposo.

¡Ahora, por fin, todos eran uno solo! La voz de Damon resonó, desafiante:

—¡Escuchadme todos, pues! —Dijo y estrechó a Ellemir, con feroz gesto protector—. En nombre de mi esposa, agradezco a las nobles damas del Comyn, pero nadie más que yo cuidaré de ella mientras viva. En cuanto á Andrew, es mi hombre juramentado, y tú mismo, Lorill Hastur, durante la construcción del espaciopuerto, estableciste que los terranos podían hacer acuerdos privados con los darkovanos, y a la inversa, y que estos acuerdos debían ser tratados de la misma manera que cualquier otro contrato según las leyes del Dominio. He hecho con Andrew el juramento de *bredin*, y seré

tan responsable de su honor como del mío propio. Esto significa que como regente de Alton, sostengo que su matrimonio con Calista es tan válido como el mío. En cuanto a mí mismo —y entonces se enfrentó a Leonie y le lanzó deliberadamente cada una de las palabras en pleno rostro—, soy Celador, y sólo soy responsable ante mi propia conciencia.

—¿Tú? ¿Celador? —y la voz de Leonie estaba colmada de desprecio—. ¿Tú, Damon?

—Tú misma me guiaste en la Búsqueda Temporal, y fue Varzil el Bueno quien me nombró *tenerézu*. —Deliberadamente utilizó la arcaica forma masculina del término.

—No puedes llamar a dar testimonio a un hombre muerto hace cientos de años —dijo Lorill.

—Aquí me han sometido a juicio según leyes impuestas en esa época —dijo Damon—, y la estructura que he construido en el supramundo sirve de prueba para todos los que tienen acceso a ese nivel. Y ésa era la ley y la prueba que se imponía en esa época. Soy Celador. He establecido mi Torre. Responderé al desafío.

El rostro de Leonie palideció.

—Esa ley no tiene vigencia desde las Épocas de Caos.

Aquí viven según leyes muertas mucho tiempo atrás. No pronunció esas palabras en voz alta, pero Leonie las escuchó, y también todos los que poseían *laran* y que se hallaban dentro de la Cámara de Cristal.

Leonie habló, pálida como una calavera.

—Que así sea —dijo—. Has invocado la antigua prueba de la responsabilidad y el derecho de una Celadora. Tú y Calista sois renegados de Arilinn, de modo que a Arilinn le corresponderá responder al desafío. Será un duelo, Damon, y tú sabes cuál será el castigo si fracasas. No sólo tú y Calista, sino también los cónyuges... si es que alguno sobrevive, lo que no es probable, serán despojados de sus matrices y se les quemarán los centros cerebrales del *laran*, para que vivan como ejemplo y advertencia para todos aquellos que, siendo incapaces, pretendan arrogarse el lugar y el poder de Celadora.

—Veo que sabes cuáles son las consecuencias, Leonie —dijo Calista—. Ojalá las hubieras conocido igual de bien cuando yo me convertí en Celadora.

Leonie la ignoró, mirando a Damon fijamente a los ojos.

—Asumiré la batalla y sus castigos, Leonie —dijo Damon—, pero supongo que te das cuenta de que también te arriesgas a sufrirlos, tú y todos los de Arilinn, si no lográis vencernos.

—¡Creo que nos arriesgaríamos a mucho más que eso para castigar la insolencia de los que han construido una Torre prohibida en nuestro mismo umbral! —dijo ella con furia.

—¡Basta! —Lorill alzó las manos para silenciarlos—. Declaro desafío y duelo entre la Torre de Arilinn y su Celadora, Leonie Hastur y... —vaciló un momento— y la Torre prohibida, con aquel que se ha autoproclamado Celador, Damon Ridenow. Empezará mañana a la salida del sol.

Leonie tenía el rostro pétreo.

—Esperaré la batalla.

—Y yo —dijo Damon—. Hasta la salida del sol, Leonie. Dio una mano a Ellemir, la otra a Calista. Andrew los siguió a un paso de distancia. Sin mirar atrás, abandonaron la Cámara de Cristal.

Hasta la salida del sol. Había hablado valerosamente. Pero ¿podrían enfrentarse a Leonie, y a todas las fuerzas de Arilinn? Debían hacerlo, o morirían.

OceanofPDF.com

22

Lo primero que hizo Damon, cuando regresaron a la suite de Alton, fue buscar un apaciguador telepático y aislar la habitación de *Dom* Esteban. Con amabilidad, le explicó a Ferrika lo que estaba haciendo.

—A la salida del sol puede haber alguna... alguna perturbación telepática —le advirtió, pensando que las palabras eran ridículamente inadecuadas—. Este aparato asegurará que *Dom* Esteban no se vea involucrado, ya que está demasiado débil para esas cosas. Le dejo a tu cuidado, Ferrika; confío en ti.

Descubrió que también deseaba poder aislar tras una barrera semejante a Ellemir y al niño. Se lo dijo cuando regresó a las habitaciones que compartían con Calista y Andrew, y ella esbozó una leve sonrisa.

—Bien, no eres mejor que las damas del Concejo del Comyn, esposo mío, creyendo que debo ser protegida y excusada porque soy una mujer y estoy embarazada. ¿No crees que me doy cuenta de que todos debemos luchar juntos por el derecho a vivir juntos y a educar nuestros hijos para una vida mejor que la que ahora pueden tener la mayoría de los hijos e hijas del Comyn? ¿Crees que quiero que *él*—posó una mano, con gesto expresivo, sobre su vientre— tenga que enfrentarse con la misma castrante elección con la que tú o Calista o Leonie tuvisteis que enfrentaros? ¿Crees que no estoy dispuesta a luchar tanto como tú?

Él le dio un abrazo muy fuerte, advirtiendo que la intuición de ella era más sólida que la suya.

—Querida, que todos los Dioses no permitan que sea yo quien te niegue ese derecho.

Pero cuando se reunieron con Calista y Andrew, Damon advirtió que la batalla que se avecinaba era peor que a vida o muerte. Si perdían —y sobrevivían— estarían peor que si estuvieran muertos.

—La batalla será en el supramundo —les advirtió—, como la última batalla con el Gran Gato. Todos debernos estar muy seguros de nosotros mismos, porque sólo nuestros propios pensamientos pueden derrotarnos.

Ellemir hizo traer comida y vino y cenaron juntos, intentando que la ocasión fuera festiva, olvidando que estaban fortaleciéndose para la mayor odisea de sus vidas. Calista se veía pálida, pero Damon sintió alivio al ver que comía con apetito.

Dos de ellos tenían entrenamiento de Celadores, pensó, y fuerza de Celadores. Pero eso despertó también una idea desagradable. Si perdían, daba lo mismo, pero si ganaban, había un asunto que todavía no habían establecido.

—Si vencemos —dijo—, habré ganado el derecho a trabajar con mi círculo elegido, entonces Ellemir, como mi esposa, y Andrew, como mi hombre juramentado, estarán fuera del alcance de cualquier impedimento que ponga el Comyn. Pero tú, Calista, estás cerca del cargo hereditario del Comyn, sólo hay dos niños antes que tú, y uno de ellos todavía no ha nacido. El Concejo argumentará que mi deber, como regente de Alton, es casarte con algún hombre adecuado, con alguien de sangre Comyn. Una mujer de tu edad, Calista, si no está trabajando en una Torre, suele estar casada.

—Yo estoy casada —le espetó ella.

—*Breda*, tu matrimonio no se sostendrá si alguien lo cuestiona. ¿Crees que el Concejo no lo cuestionará? El viejo *Dom* Gabriel de Ardáis ya me ha hablado de la posibilidad de casarte con su hijo Kyril...

—¿Kyril Ardáis? —preguntó ella, y resopló en señal de desdén—. ¡Preferiría casarme con un bandido de los Hellers y acabar con la cuestión! No he hablado con él desde que era un matón que intimidaba a todos los

niños en las fiestas infantiles... ¡pero no creo que haya mejorado con la edad!

—Sin embargo, es un matrimonio que el Concejo aprobaría. O tal vez se adhieran al deseo de tu padre y quieran entregarte, como él pretendía hacerlo con Ellemir, a Cathal. Pero sin duda querrán casarte. Conoces tan bien como yo la ley de los casamientos de compañeros libres, Calista.

Ella la conocía. E! matrimonio de compañeros libres era legal a partir de la consumación, y podía ser anulado por decreto del Concejo, mientras no hubiera hijos.

—Por piedad de Avarra —dijo ella, paseando la mirada en torno a la mesa, de un rostro a otro—, esto es peor que ser metida en la cama ante la vista de medio Dominio de Alton... ¡y yo que creí que *eso* era incómodo!

Se rió, pero no hubo en ella alegría.

—¿Por qué crees que llevan a una mujer a la cama de manera tan pública? —Le preguntó Ellemir con suavidad—. Para que todos vean y sepan que el matrimonio es un hecho legal. Pero en tu caso, se ha planteado la cuestión. ¡No tengo dudas de que Dezi habló libremente del asunto, maldito sea!

—Yo no dudo de que ya está maldito —dijo Damon—, pero el mal está hecho.

—¿Estás diciéndonos —dijo Andrew, posando su mano sobre la de Calista, y advirtiendo con temor que ella la retiraba con el viejo reflejo automático— que la pulla de Dezi era cierta después de todo, y que nuestro matrimonio no es legal? Damon asintió con reticencia.

—Mientras Domenic vivía y *Dom* Esteban estaba sano, a nadie se le hubiera ocurrido cuestionar lo que hacían sus hijas, allá en las Kilghard Huís. Pero la situación ha cambiado. El Dominio está en manos de un niño y de un hombre agonizante. Aunque Calista fuera todavía Celadora, legalmente ellos no podrían obligarla a casarse, pero se utilizaría cualquier tipo de persuasión, salvo la fuerza, para lograrlo. Y como ella ya ha devuelto su juramento, y se ha negado públicamente a regresar a Arilinn, su matrimonio se ha convertido así en una preocupación legítima del Concejo.

—¿Yo no tengo más derecho en esta cuestión que un caballo al que llevan al mercado? —preguntó Calista.

—Cal, yo no hice las leyes —dijo Damon, con ternura—. Si puedo, trataré de deshacer algunas de ellas, pero no puedo hacerlo en una sola noche. La ley es lo que es.

—El padre de Calista accedió a entregármela en matrimonio —dijo Andrew—. ¿Acaso esa decisión no tiene ningún peso legal?

—Pero es un hombre agonizante, Andrew. Puede morir esta noche, y yo sólo soy custodio de Alton, y estoy sometido al Concejo. —Parecía profundamente perturbado—. Sólo si pudiéramos ir ante el Concejo con un matrimonio establecido según la Ley de Valeron...

—¿Qué es eso? —preguntó Andrew, y Calista explicó con voz neutra:

—Una mujer del Dominio Aillard, de las llanuras de Valeron, ganó una decisión del Concejo que ha servido de precedente desde entonces. Sea o no de compañeros libres su matrimonio, una mujer no puede ser separada en contra de su voluntad del padre de su hijo. Damon quiere decir que si pudieras llevarme a la cama, y preferiblemente me dejaras embarazada de inmediato, tendríamos la posibilidad de responder a los deseos del Concejo. —Hizo un gesto—. No deseo un hijo todavía... y menos aún por imposición del Concejo, como si fuera una yegua reproductora, pero mejor eso que casarme con alguien que el Concejo elija por razones políticas, y tener que dar a luz *su* hijo. —Con aspecto desdichado, paseó la mirada de Damon a Andrew, y agregó—: Pero sabes que es imposible.

—No, Calista —dijo con suavidad Damon—. Este matrimonio, y tú lo sabes, se sostiene o se destruye según puedas o no presentarte mañana ante el Concejo y jurar que ha sido consumado.

Ella gritó, atrapada, aterrada.

—¿Quieres que le mate esta vez? —y sepultó el rostro entre las manos.

Damon dio toda la vuelta a la mesa, y con suavidad hizo girar a Calista hacia él.

—Hay otra manera, Calista. No, mírame. Andrew y yo somos *bredin*. Y yo soy más fuerte que tú. ¡Podrías golpearme con cualquier cosa que arrojaras a Andrew, y más aún, y no me harías daño!

Ella le dio la espalda, sollozando.

—Si no hay más remedio. Si no hay más remedio. ¡Pero, oh, piadosa Avarra, yo quería que ocurriera por amor, cuando estuviera lista, y no en una batalla a muerte!

Hubo un largo silencio, roto solamente por los sollozos ahogados de Cajista. El sonido desgarró el corazón de Andrew, pero sabía que debía confiar en que Damon hallaría una manera. Finalmente, Damon dijo rápidamente:

—Entonces hay tan sólo una manera, Calista. Varzil me dijo que la respuesta para ti era liberar tu mente de la marca dejada en tu cuerpo por tus años de Celadora. Puedo liberar tu mente, y tu cuerpo será libre, como ocurrió durante la floración invernal.

—Me dijiste que sólo había sido una ilusión... —dijo ella con voz quebrada.

—Me equivoqué —dijo Damon con suavidad—. Hace muy poco até todos los cabos. Ojalá, por tu bien, que tú y Andrew hubierais sido capaces de confiar en vuestro instinto. Pero ahora... tengo algunas flores de *kireseth*, Calista.

Calista se tapó la boca con las manos en un gesto de terror, aprensión, comprensión.

—¡Pero es tabú, algo prohibido para cualquiera con entrenamiento de Torre!

—Pero —dijo Damon y su voz fue muy suave—, *nuestra* Torre no se rige por las leyes de Arilinn, *breda*, y yo no soy Celador según esas leyes. ¿Por qué crees que se convirtió en tabú, Calista? Porque, ante el impacto del *kireseth*, como ya has notado, ni siquiera una Celadora podía conservar su inmunidad a la pasión, al deseo, a la necesidad humana. Es una droga telepática catalizadora, pero es mucho, mucho más que eso. Después del entrenamiento que se les da a las Celadoras en las Torres, es aterrador, impensable, admitir que no existe *ninguna razón* para que una Celadora sea casta, salvo temporalmente, debido al trabajo agotador. Y por cierto, que no hay necesidad de esa soledad y de ese aislamiento de por vida. Las Torres han impuesto a sus Celadoras leyes crueles e innecesarias, Calista, desde las

Épocas de Caos, cuando se perdió el ritual de Fin de Año. Creo que debe haber sido, entonces, en la época de nuestro festival del Solsticio de Verano. En nuestro festival, en todos los Dominios, las mujeres reciben flores y frutos en conmemoración del regalo que Cassilda le hizo a Hastur, pero ¿Cómo se representa siempre a la Dama de los Dominios? Con la campana de oro del *kireseth* en las manos. Ese era el ritual antiguo, para que una mujer pudiera trabajar en los círculos de matrices, con los canales limpios, y después recuperar su femineidad normal cuando quisiera.

Tomó entre las suyas las manos de la joven. De manera automática, ella trató de desasirse, pero Damon las retuvo con firmeza, controlándola.

—Calista, ¿tienes el coraje necesario para volverle la espalda a Arilinn y explorar con nosotros una tradición que ce permitirá ser Celadora y mujer al mismo tiempo?

Damon había pulsado la nota justa cuando apeló al coraje. Juntos, ya lo habían probado hasta sus límites más extremos. Ella agachó la cabeza, consintiendo. Pero cuando Damon trajo las flores de *kireseth*, envueltas en una tela, ella vaciló, con el ramillete en la mano.

—He transgredido todas las leyes de Arilinn salvo ésta. Ahora sí que soy una verdadera renegada —dijo, otra vez al borde del llanto.

—A los dos nos han llamado renegados —dijo Damon—. No te pediré que hagas nada que yo no haya hecho primero, Calista.

Tomó el ramo de las manos de la joven, lo desenvolvió y se lo llevó hasta el rostro, inhalando profundamente el perturbador perfume. El miedo lo invadió —la cosa prohibida, el tabú—, pero recordó las palabras de Varzil: «Por eso instituimos el viejo rito sacramental de Fin de Año... Tú eres su Celador; a ti te corresponde la responsabilidad.»

Calista estaba pálida y temblaba, pero tomó el *kireseth* de manos de Damon, y aspiró profundamente. Mientras tanto, Damon pensó en el círculo de Arilinn, que les atacaría a la salida del sol. ¿Estaría cometiendo un trágico error?

Durante los años que había pasado allí, cuando era inminente algún trabajo de importancia, se prohibía cualquier clase de tensión, y en especial cualquier cosa que se relacionara con el contacto sexual. Solían pasar la

noche en solitaria concentración, preparándose para la tarea que les esperaba.

Pero Damon no trabajaba siguiendo esos condicionamientos. Sabía que no podría vencer a Arilinn si hacía lo mismo que ellos. Su Torre estaba construyendo algo totalmente nuevo, sobre la base del contacto telepático cuádruple. Lo que correspondía era que dedicaran la noche a hacer completo el vínculo, ayudando a Cajista a formar parte de él, a compartirlo plenamente.

Andrew tomó las flores de las manos de Calista. Mientras aspiraba el perfume —seco, polvoriento, pero que aún evocaba el campo de flores doradas bajo la roja luz del sol—, le pareció ver a Calista otra vez atravesando el campo de flores, y el recuerdo le produjo una nostalgia enorme. Cuando le llegó el turno a Ellemir, Andrew estuvo a punto de protestar... ¿Era seguro para ella, en su estado? Pero ella tenía derecho a elegir. Compartiría cualquier cosa que la noche les deparara.

Damon sintió una súbita expansión de la conciencia, una agudización de la percepción. Le pareció que la matriz que tenía en el cuello centelleaba y pulsaba como una cosa viva. La tomó con la mano y la piedra pareció hablarle, y por un momento se preguntó si las matrices no serían, después de todo, una forma de vida extraña, que experimentaba el tiempo en un nivel fantásticamente diferente, una forma simbiótica con la humanidad.

Después, le pareció que se deslizaba hacia atrás, tal como le había ocurrido durante la Búsqueda Temporal, y que experimentaba, con curiosa clarividencia, todo lo que había escuchado acerca de la historia de las Torres, en Arilinn y en Nevarsin. Después de las Épocas de Caos, siglos de decadencia, corrupción y conflictos que habían diezmado los Dominios y habían devastado casi medio mundo, las Torres habían sido reconstruidas y se había establecido el Pacto, que prohibía todas las armas salvo aquellas que tuvieran el mismo alcance del brazo que las blandía, y que obligaban a cualquiera que matara a correr el mismo riesgo de muerte. El trabajo con matrices había sido confinado en las Torres y sólo podían realizarlo los de sangre Comyn, que habían hecho juramento a las Torres y las Celadoras. Las Celadoras, que hacían votos de castidad y que no estaban obligadas

siquiera a la lealtad familiar, debían ser desinteresadas y carecer de interés político o dinástico en el gobierno de los Dominios. El entrenamiento de los operarios de Torre estaba basado en fuertes principios éticos, y en la ruptura de cualquier otro vínculo, creando así fuerza e integridad en un mundo corrupto y devastado.

Y las Celadoras juraban proteger los Dominios, impedir cualquier mal uso de las piedras matrices. Aunque carecían de poder político, poseían, no obstante, una tremenda fuerza personal, carismática, ya que eran sacerdotisas, hechiceras con una ascendencia espiritual y religiosa vital, y controlaban a todos los operarios de matrices que había en Darkover.

Pero este hecho mismo, ¿no se había convertido en un abuso?

A Damon le pareció que estaba en contacto telepático, a través de los siglos, con su remoto pariente Varzil... ¿O se trataría solamente de una vaga memoria racial? El ritual había permitido que una Celadora —célibe por pura necesidad, dada la dificultad de su tarea, que en esa época, en el punto más álgido de las Torres, había sido aún más difícil— se tornara periódicamente consciente de su humanidad común, compartiendo los instintos y los deseos de los otros hombres y mujeres.

¿Cuándo habían abandonado ese ritual? Y más aún, ¿*por qué* lo habían abandonado? ¿En algún momento de las Épocas de Caos se había convertido en un episodio corrupto? Pero por las razones que fueran, buenas o malas, el ritual había desaparecido, y con él el conocimiento de cómo desbloquear los canales congelados para el trabajo psi a un nivel tan alto. De modo que las Celadoras, que ya no eran neutralizadas, eran obligadas a confiar en una especie de entrenamiento básicamente inhumano, y el poder de las Celadoras estaba en manos de mujeres que eran capaces de aislarse completamente de sus instintos y sus deseos.

A medida que atravesaba los años, a Damon le pareció sentir dentro de sí todo el sufrimiento de esos hombres y mujeres alienados, desesperados, que fracasaban porque no podían separarse por completo del destino humano. Y los que tenían éxito debían adoptar para sí parámetros imposibles, entrenándose para lograr un rigor inhumano, para alienarse

totalmente incluso de sus propios círculos. Pero ¿qué otra opción habían tenido?

Ahora redescubrirían el valor del antiguo rito...

No estaba mirando a Calista, pero *sintió* que el helado pudor de la joven se disolvía, sintió la disminución de su rigidez física y la tensión que se escapaba de ella como una corriente de agua. Se había dejado caer en una silla.

Damon se volvió y vio que Calista sonreía y se estiraba como un gato, tendiendo los brazos a Andrew. Andrew se acercó y se arrodilló a su lado, y Damon observó, pensando con nostalgia en la adorable niña de la Torre, en toda su exquisita espontaneidad, la que fue perdiendo día a día, la que se fue convirtiendo lentamente en un silencio tenso y rígido. Ahora, con el corazón dolorido, veía una vez más a esa dulce niña, que aparecía debajo de la dulce sonrisa de Calista, dedicada a Andrew. Andrew la besó, con vacilaciones, después con creciente pasión. A medida que los cuatro empezaron a envolverse en el cuádruple contacto telepático, todos ellos compartieron el beso por un momento. Pero Andrew, cuyas inhibiciones habían desaparecido por efecto del *kireseth*, avanzaba con demasiada rapidez. Sus brazos abarcaron a Calista, estrechándola contra sí, y la enorme demanda que había en sus besos la asustó. Sintiendo un súbito pánico, Calista se desasió de él, empujándole con todas las fuerzas de sus brazos, con los ojos desorbitados por el miedo.

Damon percibió la doble textura de su miedo: en parte temía que volviera a ocurrir lo que ya había ocurrido antes, que el reflejo que no podía controlar agrediera a Andrew, le hiriera, le matara; y en parte temía a su propia excitación, extraña, desconocida. Miró a Andrew con algo semejante al terror, y miró luego a Damon con una expresión angustiada que le dejó perplejo.

Los pensamientos de Ellemir se movieron rápidamente, a través del creciente vínculo telepático.

¿Te has olvidado de que ella es ahora muy joven?

Andrew la miró con expresión de incomprensión. ¡Después de todo, Calista era melliza de Ellemir!

Sí, y después de pasar tantos años como Celadora, en algunos aspectos es mayor, pero todo eso ha desaparecido ahora de su mente... Es, esencialmente, la niña de trece años que era cuando llegó a la Torre. Para ella, el sexo es todavía un recuerdo de dolor y terror, de cómo casi te mató. No tiene nada bueno que recordar, salvo unos pocos besos entre las flores. Déjamela un poco a mí, Andrew.

Con reticencia, Andrew se alejó de Calista, y Ellemir rodeó con su brazo los hombros temblorosos de su hermana. Ninguno de ellos sintió la necesidad de decir algo en voz alta, y ninguno se tomó la molestia de hacerlo.

Ven conmigo, querida, no les hará ningún daño esperar hasta que estés lista.

La condujo hasta el cuarto interior, diciéndole: *Esta es tu verdadera noche de bodas. Calista, y ahora no habrá ninguna broma de mal gusto.*

Dócil como una niña, y a Ellemir realmente le parecía una niña. Causea permitió que su melliza la desvistiera, le quitara la pintura con la que había ocultado las rojas marcas de su rosero, le cepillara el largo pelo que le caía sobre los hombros y le pusiera un camisón. El roce las abrió completamente, la una a la otra, ya que las defensas de Ellemir también habían caído por efecto del *kireseth*. Sintió la ola de recuerdos que su melliza no había podido compartir con ella cuando ambas lo habían intentado, cuando la noche anterior a la boda ambas habían intentado intercambiar confidencias.

Ellemir sintió, y *experimentó*, junto con Calista, el condicionamiento que su hermana había sufrido, la dura disciplina para combatir incluso un roce casual de cualquier mano humana. Con sobrecogedor horror, miró las pequeñas cicatrices que Calista tenía en las muñecas y en las manos, padeciendo la angustia física y emocional de los primeros años pasados en la Torre. *¡Y Damon había formado parte de esto!* Por un momento, compartió el dolorido resentimiento de Calista, la furia que jamás había tenido salida sino que se había volcado en una tensión y una fuerza cuya única manifestación había sido usarla a través de la energía concentrada en las pantallas de matrices, y en los transmisores.

Volvió a experimentar con Calista la lenta e inexorable extinción de las respuestas físicas normales, la disminución de los reflejos corporales, el endurecimiento de las tensiones de mente y cuerpo, transformadas en una rígida armadura. Al tercer año de estancia en Arilinn, Calista ya no se había sentido solitaria, ya no había deseado desesperadamente ningún contacto humano, ninguna nutrición emocional.

Era una Celadora.

Era un milagro, advirtió Ellemir, que todavía le quedara compasión humana, algún sentimiento verdadero. En pocos años más, hubiera sido demasiado tarde; ni siquiera el *kireseth* hubiera podido disolver la dura armadura de los años, la marca mental de tantas tensiones.

Pero el *kireseth* había disuelto la rigidez de Calista, convirtiéndola en una niña temblorosa. Su mente estaba libre, y su cuerpo ya no estaba condicionado por los inexorables reflejos incorporados por el entrenamiento, sino que habían desaparecido junto con toda la aceptación intelectual y la madurez con que Calista había cubierto su inexperiencia, y ahora era tan sólo una niña asustada. Esencialmente, pensó Ellemir con profunda compasión, Calista era más joven que ella misma cuando había aceptado a su primer amante.

Después de liberarse, Calista necesitaría uno o dos años para alcanzar la madurez normal, para adquirir primero conciencia emocional y luego física del amor. Pero no tenía tanto tiempo. Sólo tenía esta noche para franquear un abismo de años.

Con angustiada empatia, acunando en sus brazos a la temblorosa muchacha, Ellemir deseó poder darle a Calista algo de su propia aceptación. Calista no carecía de coraje... nadie que hubiera podido soportar ese entrenamiento podía carecer de coraje. Se haría fuerte, pasaría por la consumación y podría enfrentarse mañana al Concejo y jurar que su matrimonio estaba consumado, pero Ellemir temía que fuera una odisea, una prueba de coraje, no el momento gozoso que debería ser.

Era una crueldad, decidió Ellemir. ¡Estaban pidiendo a una niña que consintiera su propia violación... pues en esencia, eso es lo que sería!

No sería la primera. Había tantas mujeres del Comyn que eran casadas, casi niñas todavía, con hombres a quienes apenas conocían, y a los que no amaban. Calista tenía coraje, así que no se rebelaría. Y verdaderamente amaba a Andrew. Pero aún así, pensó Ellemir, sería una desdichada noche de bodas para ella, pobre niña.

Lo único que necesitaba era tiempo, y tiempo era lo único que Ellemir no podía darle.

Sintió el contacto tentativo de Calista en su mente, buscando confirmación, y de repente advirtió que *sí* había una manera de compartir con su melliza su propia experiencia. Las *dos* eran telepatas. Ellemir nunca había creído, siempre había dudado de su propio *laran*, pero con el *kireseth* también ella estaba descubriendo un nuevo potencial, un nuevo crecimiento.

Confiadamente, sosteniendo en su mano la mano de su hermana, dejó que su mente retrocediera hasta sus quince años, la época del embarazo de Dorian, de su creciente intimidad con el esposo de Dorian, del acuerdo entre ambas hermanas acerca de que Ellemir reemplazara a Dorian en la cama. Ellemir había sentido un poco de miedo, no de la experiencia en sí misma, sino de que Mikhail la encontrara ignorante o infantil, demasiado joven, demasiado inexperta, que creyera que no era una sustituta adecuada de Dorian. La primera vez que él la tomó, y Ellemir no recordaba eso desde hacía años, ella se había sentido paralizada por el miedo, casi tan asustada como Calista ahora. ¿Mikhail la encontraría torpe, fea?

Y sin embargo, qué fácil había sido, qué simple y agradable, después de todo, y qué tonto había parecido luego todo su temor. Cuando nació el hijo de Dorian, y Ellemir tuvo que irse, casi lo había lamentado.

Lentamente, se desplazó hacia adelante en el tiempo, fundiendo su conciencia con la de Calista, compartiendo la aparición de su amor por Damon. La primera vez habían bailado juntos en Thendara, en el festival del Solsticio de Verano, y él le había parecido un hombre maduro, tan sólo uno de los oficiales de su padre, silencioso, concentrado, que sólo por cortesía prestaba atención a su prima. Sólo cuando Calista estaba prisionera de los hombres-gato y ella, aterrorizada, lo había hecho llamar, sólo entonces se le había ocurrido que tal vez Damon fuera otra cosa además del

pariente mayor, el amigo de su hermano mayor, muerto hacía mucho tiempo. Y entonces había advertido lo que Damon significaba para ella. Compartió con Calista, de una manera que nunca hubiera sido posible a través de las palabras, la enorme frustración de la espera, la insatisfacción con los besos y los castos abrazos, el éxtasis de la primera reunión amorosa. *¡Ojalá hubiera sabido cómo compartir esto contigo entonces, Cal!*

Volvió a experimentar, con una mezcla de alegría y miedo, su primera sospecha del embarazo: felicidad, el miedo y la indisposición, el torbellino de su cuerpo que se había convertido en una cosa extraña y hostil, pero a pesar de todo, dichosa. Sintió que una vez más sollozaba incontrolablemente mientras revivía el día que el frágil vínculo había cedido y la hija de Damon había muerto, antes de nacer. Y después, de manera vacilante — *¿Eres capaz de aceptar esto? ¿Te duele?*—, sintió una vez más la creciente necesidad de Andrew, recibiéndole en su cama, al principio temiendo un poco que eso pudiera disminuir su intimidad con Damon, pero sintiendo más tarde deleite, pues la intimidad con Damon aumentaba, porque ahora era una cuestión de elección y no meramente de costumbre, y su relación con Damon se había hecho aún más profunda a partir de lo que ella había aprendido de sí misma y de sus propios deseos, al acostarse con Andrew,

Sabía que tú deseabas que lo hiciera, Calista, pero no podía evitar preguntarme si no era porque en realidad tú no sabías lo que significaba para mí.

Calista se sentó en la cama, rodeó a Ellemir con sus brazos y la besó, dándole seguridad. Tenía los ojos muy abiertos por la perplejidad del descubrimiento. Ellemir se sintió impresionada por su belleza. Sabía que también Damon amaba a Calista, que compartía con ella algo que Ellemir nunca compartiría. Sin embargo, podía aceptarlo, tal como sabía que Calista aceptaba que sería Ellemir y no ella quien daría el primer hijo a Andrew. De manera independiente, llegó a la misma conclusión a la que había llegado Andrew: no eran dos parejas que intercambiaban sus componentes de tanto en tanto, como si se tratara de alguna complicada figura de danza. Eran algo diferente, y cada uno de ellos tenía algo único para darles a los demás.

Sabía que el miedo de Calista había desaparecido, que la joven estaba ansiosa por formar parte de esta unión que eran todos, y no le hizo falta alzar la vista para saber que Damon y Andrew estaban allí con ellas. Por un momento se preguntó si Damon y ella se retirarían, dejando a Andrew a solas con Calista, pero después casi se rió de su propia ocurrencia. Todos ellos formaban parte de esto.

Por un momento, el contacto se estableció sólo a través de sus mentes, mientras Damon tejía entre todos el cuádruple contacto telepático, íntimo, entrelazado, completo como nunca. Ellemir pensaba en imágenes musicales, y para ella el contacto era como voces fusionadas: la de Calista, clara y áurea como cuando cantaba con el arpa; la de Andrew, un bajo intenso; la de Damon, una curiosa armonía de muchas voces; y la de ella, la que las entrelazaba a todas, mezclándose con cada una. Mientras visualizaba como música el contacto telepático, como armonía, compartía no obstante las imágenes de los otros: un estallido de colores fusionados en la mente de Calista; la sensación casi táctil de las imágenes privadas de Andrew, que por un momento hizo pensar que todos ellos se arrebujaban, juntos y desnudos, en una oscuridad extraña; las centelleantes hebras, como de telaraña, que era la conciencia de Damon, uniéndoles a todos.

Durante mucho rato, no pareció que necesitaran nada más. Calista, flotando entre esos centelleantes colores, se sentía levemente divertida al percibir el contacto de Damon, sabiendo que había mantenido un poco de conciencia separada para monitorearle los canales. Después, cuando él la tocó, el contacto emocional se hizo más profundo, se transformó en una conciencia más fuerte que su cuerpo, algo nuevo y extraño, pero no atemorizador.

Vagamente, con los bordes de su mente, recordó las historias que les había contado su padre. El *kireseth* se daba a las novias reticentes. Bien, ella ya no era reticente. ¿El efecto de la resina se ejercía sobre la mente o sobre el cuerpo? ¿Había sido la apertura de su mente lo que la había hecho tan consciente de su propio cuerpo, de la proximidad de Ellemir, que estaba muy excitada y era consciente de todos ellos? ¿O era en realidad la necesidad del cuerpo la que abría la mente a la más profunda comunión con

las otras mentes? ¿Tenía acaso alguna importancia? Sabía que Andrew todavía tenía miedo de tocarla. Pobre Andrew, ella le había herido tanto. Le buscó, abrazándole sintió que él la cubría de besos. Esta vez se abandonó a ellos, sintiendo como si se ahogara en el extático centelleo de luces, entrelazada al mismo tiempo en una temblorosa oscuridad.

Sintiendo ese súbito descubrimiento de la sensualidad, de pronto no era suficiente tan sólo sentirse en brazos de Andrew. No se alejó de él, pero buscó a Damon, sintió su contacto, le besó y, repentinamente, en un destello, recordó que había deseado hacer esto durante su primer año pasado en la Torre, y después había ahogado ese recuerdo, frenética y avergonzada. Tocando ambos cuerpos masculinos, sintió que sus dedos también seguían la curva del pecho de su hermana, bajaban por el cuerpo embarazado, y dejó que su conciencia se hundiera más profundamente, llegando a rozar apenas ese ligero temblor que era el sueño sin sueños del niño que no había nacido. De algún modo se sentía envuelta, protegida, segura, rodeada de amor, y supo entonces que también estaba preparada para el resto.

Andrew, que compartía todo con ella, supo que para Calista la aceptación sexual de Ellemir siempre sería la clave, que eso era lo que había franqueado el abismo, casi igual que durante el primer intento catastrófico. Supo que si él no se hubiera resistido entonces al contacto telepático, Ellemir tal vez hubiera logrado que todos salieran indemnes, incluso en ese momento. Pero él había querido estar a solas con Calista, aparte.

Si tan sólo hubiera confiado entonces en Ellemir y en Damon... y a través de su arrepentimiento percibió el pensamiento de Damon: *Eso fue entonces, esto es ahora, todos hemos cambiado, hemos crecido.*

Y ése fue para todos el último momento de conciencia independiente. Ahora, casi como había ocurrido en el Solsticio de Invierno, el contacto telepático era completo. Ninguno de ellos supo ni quiso saber nunca, ninguno de ellos trató jamás de separar o desenmarañar las sensaciones aisladas. Los detalles ya no importaban —de quién eran los muslos que se abrían o aferraban, los brazos de cuál de ellos abrazaban, quién se alejaba

por un momento, sólo para acercarse más, quién besaba, explorando, los labios de quién se abrían bajo el beso, quién penetraba o era penetrado. Por un rato les pareció que todos ellos tocaban todo, compartiendo tan profundamente la intimidad que no existía en ellos conciencia independiente. Después, Calista no estuvo segura de si había compartido la conciencia que Ellemir tenía del acto amoroso o si la había experimentado por sí misma, y durante un breve lapso, en estrecho contacto telepático con uno de los hombres, se vio y se abrazó *a sí misma*... ¿o a su melliza? Sintió que uno de los hombres estallaba en el orgasmo, pero no estuvo segura de si había participado en él o no. Su propia conciencia era demasiado difusa. Sentía que se expandía, mientras Damon y Andrew y Ellemir se convertían en lugares más sólidos que su propio cuerpo, que de alguna manera se había expandido hasta ocupar todo el espacio de la habitación, pulsando con múltiples ritmos de excitación y de conciencia. Nunca estuvo completamente segura de si ella misma había conocido el placer o si simplemente había compartido el intenso placer de los otros; tampoco deseó saberlo. Tampoco ninguno de ellos supo nunca quién había poseído por primera vez el cuerpo de Calista. No tenía importancia; ninguno quería saberlo. Flotaban, sumergidos en éxtasis, tan fusionados sexualmente, compartiendo tanto esa intensidad amorosa que esas cosas eran irrelevantes. El tiempo se había salido de foco, y todo pareció seguir durante años.

Mucho más tarde, Calista advirtió que estaba adormecida, tremendamente satisfecha, todavía rodeada por todos ellos. Ellemir estaba dormida, su cabeza apoyada sobre el hombro de Andrew. Calista se sintió agotada, extraña y dichosa, hundiéndose a veces en la conciencia de Damon, otras en la de Andrew, sumergiéndose durante varios minutos en el sueño de Ellemir. Flotando entre el pasado y el futuro, consciente de su propio cuerpo como nunca desde la infancia, supo que sería capaz de presentarse ante el Concejo y de jurar que su matrimonio había sido consumado y también, con una reticencia que la hizo reír un poco, que a partir de esa noche estaba embarazada. En realidad no deseaba una criatura, todavía no. Había deseado tener un poco de tiempo para conocerse a sí misma, para conocer la clase de crecimiento, de desarrollo, que había tenido

Ellemir, para explorar todas las dimensiones nuevas e inexplicadas de su vida.

Pero sobreviviré a esto, todas las mujeres lo hacen, pensó riéndose en secreto, y la risa alcanzó a Damon. El extendió la mano, enlazando los dedos con los de ella.

¡Gracias a los Dioses que puedes reírte de eso, Cal!

No es como si hubiera tenido que elegir, que era lo que temía. Como si nunca pudiera volver a usar mis habilidades. Es una ampliación de lo que soy, no una disminución de las opciones.

Todavía le dolía el hecho de tener un hijo por elección del Concejo y no por la suya propia —nunca perdonaría al Concejo esa actitud—, pero aceptaba la necesidad y sabía que lograría amar con facilidad a esa criatura no deseada, lo suficiente como para esperar que la hija que vendría no sabría, mientras no tuviera edad suficiente para comprender, hasta *qué punto* no había sido deseada.

Pero nunca deseo saber quién fue su padre... Por favor, Elli, ni cuando me monitorees, nunca, nunca permitas que esté segura. Y se prometieron mutuamente, en silencio, que nunca tratarían de saber si la niña concebida esa noche era hija de Damon o de Andrew. Podrían tener sospechas, pero jamás lo sabrían con seguridad.

Durante horas dormitaron, descansando, compartiendo el cuádruple contacto telepático, sintiendo que iba y venía. Aunque todos los otros se habían dormido cerca del amanecer, Damon estaba en vela, y un poco temeroso. ¿Los habría debilitado, se habría debilitado él mismo para la batalla inminente? ¿Calista podría limpiar sus canales con suficiente rapidez?

Y entonces, hundiéndose en la conciencia de Calista, supo que sus canales estarían siempre completamente limpios para la fuerza que ella decidiera utilizar. Ya no necesitaría el *kireseth*; ahora ella misma sabía qué se sentía cuando se los cambiaba de los mensajes sexuales a la plena potencia del *laran*. Y Damon supo, con confianza creciente, que podía enfrentarse con cualquier problema que se planteara.

Y entonces supo también, con reticencia, por qué se había abandonado el uso del *kireseth*. Como rito extraño, sacramental, era seguro y necesario, ya que ayudaba a las Celadoras a reafirmar su humanidad común, fortaleciendo el estrecho vínculo de los antiguos círculos de Torre, el más estrecho vínculo conocido, más íntimo que el parentesco, más íntimo que el deseo sexual.

Pero con igual facilidad podía convertirse en una huida; una adicción. Si esta libertad era accesible, ¿acaso los hombres aceptarían los ocasionales períodos de impotencia que se producían después de un trabajo exigente? ¿Aceptarían las mujeres la disciplina de aprender a mantener sus canales limpios? Si se abusaba de él, el kireseth era peligroso. Miles de historias acerca de los Vientos Fantasmas, en los Hellers, lo demostraban. Y la tentación de utilizarlo en exceso sería prácticamente irresistible.

De modo que primero se había convertido en tabú, que sólo admitía un uso raro y sacramental; después el tabú se había ampliado hasta implicar absoluta falta de uso y mala fama. Con nostalgia por lo que recordaría siempre como una de las más intensas experiencias de su vida, Damon supo que, incluso como parte del ritual de Fin de Año, el uso del *kireseth* sería una tentación demasiado grande. A ellos les había hecho atravesar, sin ningún daño, la última barrera que se interponía entre este punto y la plenitud, pero en el futuro, todos deberían basarse en la propia disciplina y en la contención.

¿Contención? Nunca, si se tenían entre sí.

Y sin embargo, si todo el tiempo coexistía, esa hora mágica estaría siempre presente para ellos, sería tan real como ahora.

Con tristeza, con amor, sintiéndose rodeado por la presencia de todos, y lamentando que debieran separarse, suspiró. Uno a uno, los despertó.

—Falta poco para que salga el sol —dijo con seriedad—. Observarán precisamente los términos establecidos, no nos darán ni un momento de ventaja, de modo que debemos estar preparados. Es hora de prepararse para el desafío.

OceanofPDF.com

23

Reinaba esa fina oscuridad que precedía al amanecer. Damon, de pie ante la ventana todavía en sombras, ni siquiera agrisada por la luz inminente, se sentía incómodo. Aún estaba invadido por la satisfacción, pero también experimentaba una pequeña e insidiosa inseguridad.

¿Sería esto algo incorrecto, después de todo? Según todas las leyes de Arilinn, la noche pasada debía haberlos debilitado, incapacitándolos para el conflicto que se avecinaba. ¿Habría cometido el más trágico e irrevocable de los errores? Amándolos a todos, ¿los habría condenado a algo peor que la muerte?

No. Había apostado sus vidas por creer que era correcto lo que estaban haciendo. Si a pesar de todo, las antiguas leyes de Arilinn estaban en lo cierto, entonces todos ellos merecían morir y él aceptaría esa muerte; aunque no con alegría, al menos con cierto sentimiento de justicia. Estaban trabajando en una nueva tradición, una menos cruel y menos mutilatoria que la que él había rechazado, y su convicción de que estaban en lo cierto debía triunfar.

Se había envuelto en un grueso abrigo para protegerse del frío del supramundo. Calista había hecho lo mismo, y había envuelto los hombros de Ellemir con un chal. Andrew, encogiéndose de hombros dentro de su capa de montar de piel, preguntó:

—¿Qué ocurrirá exactamente, Damon?

—*¿Exactamente?* No puedo decírtelo —respondió Damon—. Es la vieja prueba para un Celador: construiremos nuestra propia Torre en el supramundo y ellos tratarán de destruirla, y a nosotros con ella. Si no lo logran, tendrán que reconocerla como legal, reconocer que tenemos derecho a estar allí. Si la destruyen... bien, ya sabes lo que ocurrirá entonces. De modo que no debemos permitirles que lo hagan.

Calista se veía pálida y atemorizada. Damon tomó su rostro entre sus manos.

—Nada puede dañarnos en el supramundo si no creemos en ello —le dijo. Pero entonces supo qué era lo que la estaba perturbando: durante toda su vida, la joven había sido condicionada a creer que su poder descansaba en su virginidad ritual.

—Toma tu matriz —le ordenó él suavemente.

Ella obedeció, vacilante.

—Concéntrate en ella. ¿Ves? —le dijo, a medida que las luces empezaron a reunirse dentro de la piedra—. Y sabes que tus canales están limpios.

Lo estaban. Y no era solamente por el *kireseth*. Al liberarse de las enormes tensiones y de la coraza que le había dado el entrenamiento de Celadora, los canales de Calista ya no estaban fijos. La joven podía controlar su normal selectividad. Pero ¿por qué el instinto no se lo había sugerido?

—Damon, ¿cómo y por qué permiten que un secreto como éste haya sido olvidado?

Eso significaba que nadie tenía que volver a hacer la cruel elección que Leonie le había impuesto a ella siendo niña, la elección que otras Celadoras, durante siglos, habían aceptado hacer por absoluta lealtad al Comyn y a las Torres.

—¿Cómo podían abandonar *esto* —dijo Calista, y sus palabras contuvieron toda la maravilla y el descubrimiento de la noche anterior— por *aquello*?

—No lo sé —dijo Damon, con tristeza—, y tampoco sé si lo aceptarán ahora. Es una amenaza para todo lo que les han enseñado, algo que

convierte todos sus sacrificios y sufrimientos en algo inútil, en un gesto necio.

Y sintió en el corazón un ramalazo de dolor al saber que, en lo que estaba haciendo, así como en todos los grandes descubrimientos, se ocultaban los gérmenes de una lucha cruel. Los hombres y las mujeres morirían defendiendo uno u otro bando en esta gran lucha, y supo, angustiado, que una hija suya, con el rostro y el nombre de una flor, una hija engendrada por otra mujer, que no era ninguna de las que se hallaban en la habitación, sería brutalmente asesinada por tratar de introducir este conocimiento en Arilinn. Piadosamente, la idea volvió a borrarse, el tiempo era *ahora*, y no se atrevía a preocuparse por el pasado ni el futuro.

—Arilinn, como las demás Torres, está encerrada en una decisión tomada por nuestros antepasados. Ellos, nuestros ancestros, pueden haber sido guiados por razones que entonces eran válidas, pero que ya no lo son. No estoy obligando a los círculos de Torre a que abandonen su elección, si es que es verdaderamente una elección y si, después de conocer el precio, sabiendo que existe ahora una alternativa, prefieren conservar sus costumbres, no haré nada. Pero quiero que sepan que la alternativa *existe*, que si yo, trabajando solo y fuera de la ley, la he descubierto, puede haber otras, muchos otras que también sirvan y algunas de ellas puedan resultar más aceptables que la que yo descubrí. Pero reclamo el derecho, para mí y para mi círculo, de trabajar a mi manera, según las leyes que nos parezcan correctas y adecuadas.

Todo parecía tan simple y racional. ¿Cómo era posible que otros les amenazaran con la muerte y la mutilación sólo por esto? Sin embargo, Calista sabía que les habían amenazado, y que concretarían esa amenaza.

—No estoy preocupado por ti —dijo Andrew a Ellemir—, pero me gustaría estar seguro de que esto no pondrá en peligro al niño.

Supo que había acertado con el mismo miedo de Ellemir. Pero la joven dijo con firmeza:

—¿Confías o no en Damon? Si él sintiera que hay peligro, me lo habría explicado, permitiéndome elegir con toda libertad.

—Confío en él —dijo Andrew, pero se preguntó si Damon no sentiría que si perdían la batalla que se avecinaba, de todos modos sería inútil que alguno de ellos sobreviviera, incluso Ellemir y el bebé. Con firmeza, desterró esa idea de su pensamiento. Damon era su Celador. La única responsabilidad de Andrew era decidir si Damon era o no digno de confianza, y si lo era, debía seguir sus directrices sin reservas mentales. De modo que preguntó:

—¿Qué haremos primero?

—Construir la Torre, y establecernos allí firmemente, con toda nuestra fuerza. Ha estado allí durante mucho tiempo, pero es aquello que nosotros nos imaginamos que es. —Y agregó, dirigiéndose a Ellemir—: Tú nunca has estado en el supramundo; sólo me has vigilado desde aquí. Establece contacto conmigo, y yo te llevaré allí.

Con un fuerte impulso mental, se encontró en el suprarnundo, con Ellemir a su lado en la tenue penumbra. Al principio difusamente, pero con más claridad al cabo de cada momento que pasaba en medio de la supraluz, pudo distinguir los muros protectores de su construcción.

Al comienzo había sido un rústico refugio, como una cabaña de pastores, visualizada de manera casi accidental. Pero con cada sucesivo uso se había hecho más sólida y fuerte, y ahora una Forre verdadera se erguía en torno a ellos, con grandes y relucientes muros azules, tan real bajo sus pasos como el cuarto del castillo Comyn en el que habían consumado su vínculo cuádruple. Sin duda, habían traído con ellos gran parte de ese mundo, porque, pensó Damon, el vínculo cuádruple y su plenitud era en cierto modo la cosa más importante que le había ocurrido a cada uno de ellos.

Como siempre en el supramundo, se sintió más alto, más fuerte, más confiado, y sintió que eso era la esencia de todo. Ellemir, a su lado, no se parecía a Calista tanto como en el mundo sólido. Físicamente, Calista y ella eran muy semejantes, pero aquí, donde la mente determinaba la apariencia física, eran muy diferentes. Damon sabía lo suficiente de genética para preguntarse, brevemente, si después de todo las dos no eran, en definitiva, gemelas idénticas. Si no lo eran, eso podía significar que tal vez Calista

podía darle un hijo sin correr tantos riesgos como Ellemir. Pero esa idea era para otro momento, para otro nivel de conciencia.

Al cabo de un instante, Calista y Andrew se les unieron en el supramundo. Advirtió que Calista no se había ataviado con la túnica carmesí de una Celadora. Cuando la idea llegó a ella, la joven sonrió y le dijo:

—Te dejo el cargo a ti, Damon.

Para un duelo entre Celadores, tal vez debería vestirse con el carmesí ritual, sagrado, de un Celador, pero la idea le pareció blasfema, y de repente supo por qué.

¡No combatiría en esta batalla según las leyes de Arilinn! No era Celador según esas leyes crueles, negadoras de la vida... ¡era un *tenerézu* de una tradición más antigua, que defendía su derecho a serlo! Usaría los colores de su Dominio y nada más.

Andrew ocupó el lugar de un guardaespaldas juramentado, dos pasos detrás de él. Damon buscó a su derecha la mano de Ellemir, y a la izquierda la de Calista, y sintió apenas el roce de sus dedos, como siempre se sentía el contacto en el supramundo. Dijo en voz baja:

—El sol se alza del lado de nuestra Torre. Sentid su fuerza que nos rodea. La construimos aquí como refugio, Ahora debe erguirse y permanecer aquí, no sólo para nosotros, sino como un símbolo para todos los mecánicos de matrices que se niegan a someterse a las crueles restricciones de las Torres, como un refugio y un faro para todos aquellos que vendrán después.

A Andrew le pareció que podía ver el sol elevándose *a través* de los muros, a pesar de que éstos los rodeaban con toda fortaleza. Calista se lo había explicado una vez:

En el mundo de la supraluz, donde ahora se encontraban, no existía nada semejante a la oscuridad, porque la luz no procedía de un sol sólido. Venía de la red energética del cuerpo solar, que podía brillar a través de la red energética del cuerpo del planeta. Para Andrew el sol rojo era enorme, una pálida luz que se elevaba más allá de la Torre y, de algún modo, a través de ella, derramaba una luz carmesí, ensangrentando las nubes.

Un relámpago centelleó alrededor de ellos, cegándoles, y por un momento pareció que la Torre se tambaleaba, que temblaba, que la textura misma del supramundo se estremecía en su penumbra. Fuertemente contactados, sintieron que los muros de la Torre les rodeaban, fuertes, protectores, mientras Damon daba una rápida explicación a Andrew y Ellemir, menos experimentados.

Tratarán de destruir la Torre, pero como lo que se mantiene firme aquí es nuestra visualización de ella, no podrán hacerlo si nuestra percepción no se debilita.

Uno de los juegos favoritos de los técnicos, mientras recibían el entrenamiento, era el de batirse ficticiamente a duelo en el supramundo, donde la materia mental era completamente maleable, y donde todas sus construcciones podían ser borradas con un pensamiento, tan rápidamente como habían brotado. Aunque sabía que era tan sólo una ilusión, Damon sentía, no obstante, cierto miedo físico, puramente irracional, cada vez que un rayo caía sobre la Torre y parecía sacudirla con sus ruidos ensordecedores. Podía ser un juego peligroso, pues lo que le ocurriera al cuerpo del mundo astral podía ocurrirle también, por repercusión, al yo físico. Pero detrás de los muros de su Torre, todos estaban a salvo.

No pueden hacernos daño. Y yo no deseo hacerles daño a ellos, sólo estar a salvo con mis amigos... Pero sabía que ellos no lo aceptarían. Tarde o temprano, el interminable ataque del exterior acabaría por debilitarlos. Su única defensa era atacar.

Con la rapidez del pensamiento, todos ellos se encontraron en la más alta muralla de la Torre. A Andrew le pareció sentir bajo los pies la firmeza de la roca. Estaba vestido, como siempre en el supramundo, con la gris tela plateada del uniforme del Imperio Terrano, y en cuanto lo advirtió, sintió que su ropa variaba. *No, ya no soy verdaderamente terrano ahora.* Advirtió, tan sólo con un hilo de conciencia, que tenía puestos sus pantalones de montar, de cuero, y la chaqueta de piel que usaba para trabajar en la propiedad. Bien, ése era ahora su verdadero yo; ahora *pertenecía* a Armida.

Mientras permanecían en lo alto de la Torre, podían divisar la masa de Arilinn, que resplandecía como un faro. Damon se preguntó cómo se habría

aproximado tanto. Después advirtió que se trataba de la visualización de Leonie y su círculo, que habían dicho que ellos habían construido la torre prohibida delante de su mismo umbral. A Damon le había parecido muy lejana, a mundos de distancia. Pero ahora estaba muy cerca, tan cerca que pudo ver a Leonie, una estatua con velo carmesí, que convertía puñados de materia mental en rayos que luego les lanzaba. Damon los detuvo, a mitad de camino, con sus propios rayos, los vio estallar y caer sobre el círculo que se hallaba en pie en lo alto de Arilinn, y vio también que se abría una grieta en la superficie de la fortaleza.

¡Nos perciben como una amenaza para ellos! ¿Por qué?

Sólo transcurrió un momento, y otra vez el rayo volvió a caer alrededor de ellos, mientras se desataba una feroz batalla de rayos que se lanzaban y se interceptaban. Damon percibió un pensamiento casual —probablemente de Andrew—: *Me siento como Júpiter lanzando sus truenos.* Se preguntó, con un fragmento infinitesimal de su conciencia, quién o qué sería Júpiter.

Puedo destruir la Torre de Arilinn, porque por alguna razón nos tienen miedo. Pero Leonie cambió bruscamente su táctica. Los rayos se extinguieron y de repente los cuatro sintieron que se ahogaban, mientras caía sobre ellos una lluvia de lodo nauseabundo, sofocándoles, haciéndoles vomitar de asco. Como si fuera fango, semen, excrementos de caballos, los rastros que dejaban las babosas que invadían los invernaderos durante la época de lluvias... Se ahogaban en la inmundicia. *¿Es así como ven lo que hemos hecho?* Damon se debatió para limpiar su mente de la náusea, liberando su mano de... No, eso era otorgarle realidad. Rápidamente, contactando las manos y las mentes de su círculo, condensó el lodo, convirtiéndolo en rica tierra fertilizada, y lo dejó caer de sus cuerpos hasta que de sus ricas profundidades brotaron flores y frutos, cubriendo el techo de la Torre en la que se hallaban con la tumultuosa vida de la primera floración primaveral. Se irguieron triunfantes en medio de un campo de flores, reafirmando la vida que podía brotar de la fealdad.

Luché contra el Gran Gato fuera de una Torre, y triunfé.

Como afirmando el acto que le había dado conciencia de su propio poder psi, inalterado por los años que había pasado fuera de la Torre, invocó

al Gran Gato, volcando en esa imagen sus mentes enlazadas, y enviándolo a cernirse sobre las alturas de Arilinn. *¡Mientras el Gran Gato asolaba las Kilghard Hills y llevaba oscuridad, terror y hambre a nuestro pueblo, todos vosotros os quedasteis tranquilos en Arilinn, sin hacer nada para ayudar!*

Las dos Torres estaban ahora tan próximas que Damon pudo ver el rostro de Leonie *a través* de su velo, centelleando por la ira y la desesperación. En el supramundo, pensó objetivamente Damon, todavía era tan bella como antes. Pero sólo pudo verla durante un momento, pues su rostro se desvaneció en una oscuridad giratoria que borró su círculo. Donde había estado Leonie, se irguió un dragón, rugiendo y escupiendo llamas. Con escamas y garras doradas, alto hasta el cielo por encima de Arilinn, bañó con su fuego la Torre prohibida. Damon sintió el calor lacerante, sintió que su cuerpo se chamuscaba y se marchitaba en el fuego, sintió el Grito agónico de Calista, sintió el terror de Ellemir, y por un momento se preguntó si Leonie tendría éxito y lograría desalojarles del supramundo, obligándoles a retomar sus cuerpos físicos...

Pero junto con la llama sintió también la conciencia de una leyenda que había en la mente de Andrew: *Quémanos y volveremos a renacer como el fénix de nuestras propias cenizas...* Atravesando, con sus últimas fuerzas, el fuego y el incendio que amenazaba con expulsarlos del supramundo, Damon reforzó aún más el contacto telepático. Juntos, volcaron toda su fuerza física en la cambiante materia del supramundo, dando forma a un pájaro gigantesco, de plumas ardientes, que llameaba en la unión extática que les consumía, en la unión de sus cuatro mentes. En la mente de Andrew, Damon percibió que todos ellos estaban desnudos en el interior de una oscuridad, en un huevo, mientras las llamas los consumían totalmente, los convertían en cenizas. Después, en un éxtasis que seguía expandiéndose, la cáscara que los rodeaba se rompió y ellos surgieron de las cenizas, desplegando poderosas alas en un único estallido de llameante energía que se alzaba sobre Arilinn, triunfante... Del pico del fénix brotaron truenos y relámpagos y rayos que conmovieron y agrietaron la Torre de Arilinn. Damon vio, como muy abajo, las pequeñas formas de Leonie y los de su círculo, que observaban con miedo y desesperación.

¡Leonie! ¡No puedes destruirnos! ¡Pido paz!

Damon sabía que no quería destruir Arilinn. Había sido su hogar. Había sufrido allí de manera insoportable, al igual que Calista, pero no obstante allí también le habían entrenado, le habían disciplinado, le habían enseñado a usar toda su fuerza, y a controlarla. Su entrenamiento de Arilinn era la base de todo lo que era ahora, de aquello en lo que eventualmente se convertiría. Arilinn debería permanecer para siempre, en el supramundo y el mundo real, como un hogar para los telépatas, como un símbolo de lo que había sido el entrenamiento de Torre y de lo que alguna vez podría volver a ser. La fuerza y el poder de los Dominios.

Pero la voz de Leonie fue temblorosa, casi inaudible.

—No, Damon, atácanos. Destruyenos completamente, así como has destruido todo lo que defendemos.

—No, Leonie.

Y de repente se encontraron frente a frente sobre la gris planicie del supramundo. Y él supo —y supo que Leonie compartía el pensamiento— que nunca podría hacerle daño. El la amaba, siempre la había amado, siempre la amaría.

—Y yo también te amo —dijo Calista con ternura, a su lado. Tendió los brazos hacia Leonie y entonces, tal como nunca lo había hecho en el mundo real, tomó a Leonie en sus brazos, estrechándola en un tierno abrazo—. Pero, Leonie, mi amada madre adoptiva, ¿no te das cuenta de lo que ha hecho Damon?

—Ha destruido las Torres —dijo Leonie, temblando—. ¡Y tú, Calista, nos has traicionado a todos! —Se desasió de la joven, mirándola con horror.

Damon, que se hallaba ahora en contacto con Leonie, supo que ella podía *ver* lo que le había ocurrido a Calista, que era una mujer que amaba y que era amada, una mujer satisfecha... no una Celadora en el antiguo sentido, pero que sin embargo conservaba todo el poder y la fuerza de su entrenamiento.

—Calista, Calista, ¿qué has hecho?

Fue Damon quien respondió, suavemente pero con firmeza.

—Hemos descubierto la antigua manera de trabajar, con la que una Celadora no debe sacrificar su vida ni todos los goces que ésta le proporciona.

Entonces mi vida fue inútil, mi sacrificio innecesario. Y, con una desesperación que Damon no podía medir ni tolerar: *Déjame morir ahora.*

Él podía ver *a través* de ella, con la nueva visión de un Celador, y vio, horrorizado, lo que ella misma se había hecho. ¿Por qué nunca lo había advertido? Le había despedido de la Torre para eliminar para siempre la tentación de que él pudiera perder el control y revelar su deseo por ella. Pero ¿para eliminar *su propia* tentación? Las leyes prohibían la neutralización de una mujer del Comyn, y ella había estado cerca de hacerlo con Calista, aunque se había detenido.

Pero ¿en su propio caso?

—Tu sacrificio no fue innecesario, Leonie —dijo él, con angustiada compasión—. Tú y todos aquellos como tú que han mantenido viva la tradición, han mantenido con vida las antiguas ciencias de matrices de Darkover para que algún día se hiciera posible este redescubrimiento. Tu heroísmo ha hecho posible que nuestros hijos y nuestros nietos hagan uso de las viejas ciencias sin tanto sufrimiento y tragedia. No deseo destruir las Torres sino tan sólo aliviarte de parte de tu carga, para posibilitar que otros sean entrenados fuera de las Torres, y así no habrá necesidad de que nadie ofrende su vida, y el precio no será tan cruel, tan alto. Tú, y todos aquellos que han venido de Arilinn y de las otras Torres, han mantenido encendida la llama, aunque hayan debido alimentarla con la propia carne y la propia sangre.

Damon permaneció desarmado ante todos ellos, sabiendo que podían destruirle ahora, pero sabiendo también, con un profundo conocimiento interno, que todos habían escuchado sus palabras.

—Ahora esa llama puede avivarse, y no alimentándose de sus propias vidas. Leonie —se volvió una vez más hacia ella, con las manos en un gesto de súplica—, si tú cediste bajo la presión, tú, una Hastur y Dama de Arilinn, entonces sin duda es una carga demasiado pesada para cualquier mortal, hombre o mujer. Nadie podría llevarla sin quebrarse. Trabajemos, Leonie,

sigamos con lo que ya hemos empezado, para que llegue el día en que una vez más los hombres y mujeres que vengan a las Torres puedan hallar gozo en su trabajo, no interminables sacrificios o una muerte en vida.

Lentamente, Leonie agachó la cabeza.

—Te reconozco como Celador, Damon —dijo—. Estás más allá de cualquier daño o venganza que podamos infligirte. Merecemos cualquier castigo que decidas.

Damon respondió, dolorido:

—No puedo infligirte ningún castigo mayor que el que tú misma te has infligido, Leonie, la sentencia voluntaria que deberás seguir soportando hasta que haya otra generación con fuerza suficiente. Que Avarra quiera que tú seas la última Celadora de Arilinn que deba arrastrar esta muerte en vida, pero debes seguir siendo la Celadora de Arilinn hasta que Janine pueda llevar esa carga por su cuenta.

Y tu único castigo será saber que para ti es demasiado tarde.

Desgarrado por la agonía de Leonie, supo que siempre había sido demasiado tarde para ella. Era demasiado tarde ya, a los quince años, cuando había entrado en la Torre de Dalereuth y había hecho el juramento de Celadora. La vio retroceder cada vez más, como una estrella que desaparecía en la luz matinal. Vio que la Torre de Arilinn también retrocedía en el fluido horizonte del supramundo, hasta empequeñecerse en la distancia, brillar luego con una débil luz azul y desaparecer. Damon, Andrew, Ellemir y Calista quedaron solos en la Torre prohibida y entonces, con una aguda conmoción, también el supramundo desapareció y todos se encontraron en su suite del castillo Comyn. Al otro lado de la ventana, las cumbres relucían bajo la luz solar, pero el gran sol rojo apenas se había alzado en el horizonte.

Amanecía. Y el destino de ellos cuatro, y tal vez el destino de todos los telépatas de Darkover, se había decidido en una batalla astral que había durado menos de un cuarto de hora.

OceanofPDF.com

Epílogo

—Eres un tonto, Damon —dijo Lorenz, Lord de Serráis, con profundo disgusto—. ¡Siempre has sido un tonto y siempre lo serás! ¡Podrías haber sido regente de Alton y comandante de la Guardia durante el tiempo necesario para romper la tradición y el poder de los Alton en ese cargo, y dárselo al Dominio de Serráis!

Damon rió de buen humor.

—Pero no quiero ser comandante —dijo—, y ahora ya no es necesario. Es probable que *Dom* Esteban viva el tiempo suficiente como para que Valdir llegue a la madurez, y probablemente más.

Lorenz le miró con suspicacia y desconfianza.

—¿Cómo lo lograste? ¡Nos habían dicho que estaba al borde de la muerte!

—Exageraciones —dijo Damon encogiéndose de hombros, sabiendo que éste sería el trabajo de toda su vida: estudiar las maneras de curar por medio de las matrices y el monitoreo.

Una vez establecido el daño, no había sido difícil entrar en el corazón alterado, eliminar el bloqueo y devolver pleno funcionamiento al corazón. Esteban Lanart, Lord Alton, estaría paralizado para el resto de su vida, pero un hombre podía comandar la Guardia desde una silla de ruedas. Cuando fuera necesario, Danvan Hastur o Kieran Ridenow podrían reemplazarle. Damon era regente del Dominio sólo nominalmente, para prevenir cualquier accidente o situación desafortunada. La precognición no era el

don principal de los Alton ni de los Ridenow, pero ahora tuvo un destello, y supo que Valdir se haría cargo de Alton siendo maduro, y que sería uno de los Alton más innovadores.

—¿No tienes ninguna ambición, Damon? —preguntó Lorenz, con disgusto.

—Más de la que tú imaginas —dijo Damon—, pero asume una forma diferente de la tuya, Lorenz. Y ahora me temo que debemos parar. Nos espera una larga cabalgada. Regresamos a Armida. El niño de Ellemir es el próximo heredero del Dominio, y debe nacer allí.

Lorenz hizo una reverencia poco graciosa. Ignoró a Andrew, que cabalgaba detrás de Damon, pero saludó cortésmente a Ellemir, y a Calista con algo parecido al respeto. Damon se volvió para abrazar a su hermano Kieran.

—¿Querrás visitarnos en Armida cuando vuelvas a Serráis?

—Sin duda lo haré —dijo Kieran—, y espero ver entonces al hijo de Ellemir. ¡Quién sabe, tal vez sea algún día comandante de la Guardia!

Se quedó atrás, dejando que los Guardias que debían acompañar a Damon y su grupo se adelantaran a ellos. Damon estaba a punto de dar la señal para que los demás se pusieran en marcha cuando vio a una mujer esbelta, con manto y capucha, como correspondía a una *comynara* ante tantas personas, que bajaba las escaleras del patio del castillo Comyn. El instinto le dijo quién era. ¿O era tan sólo que nada podría haberle impedido que reconociera a Leonie de Arilinn? Así pues, no montó, sino que indicó a su criado que le tuviera listo el caballo y fue hacia ella, encontrándola al pie de la escalera.

—Leonie —dijo, inclinándose sobre su mano.

—Vine a despedirme, y a darle mi bendición a Calista —dijo ella con suavidad.

Andrew hizo una profunda reverencia cuando Damon la condujo hasta Calista, que se disponía a montar su yegua gris. Leonie alzó la cabeza, y a Andrew le pareció que los ojos de la mujer ardían desde las profundidades de su cráneo, con intenso resentimiento hacia él, pero Leonie tan sólo hizo una inclinación formal y dijo:

—Que la buena fortuna te asista. —Extendió las manos, y Calista le rozó apenas las puntas de los dedos, con el levísimo roce con el que un telépata saludaba a otro.

—Tienes mi bendición, niña —dijo Leonie con suavidad—. Sabes que lo digo de corazón, y que te deseo buena suerte.

—Lo sé —susurró Calista. Su resentimiento había desaparecido. Lo que había hecho Leonie era difícil de tolerar, pero también había posibilitado esta salida más satisfactoria, le había dado lo que ahora sabía que era la más profunda satisfacción posible. Ella y Andrew podrían haber estado juntos sin peligro, y vivir felizmente unidos, pero ella hubiera tenido que abandonar para siempre su *laran*, tal como se suponía que debía hacer una Celadora. Ahora, Calista sabía que en ese caso hubiera tenido que vivir a medias el resto de su vida. Se llevó a los labios los dedos de Leonie y los besó, reverentemente y con profundo amor.

Calista sabía que era demasiado tarde para Leonie, pero ahora la mujer ya no les negaba su felicidad.

Leonie se volvió hacia Ellemir, con un gesto de bendición. Ellemir le hizo una inclinación de cabeza, aceptando el saludo sin devolverlo, y Leonie se dirigió a Damon. Una vez más, en silencio, él se inclinó sobre la mano de la mujer, sin mirarla a los ojos. Todo había sido dicho; entre ellos no había nada más que decir o que hacer. Sabían que no volverían a encontrarse. Había una distancia enorme, infranqueable, entre Arilinn y la Torre prohibida, y así debía ser. Del trabajo de Damon surgiría toda una nueva ciencia de mecánica de matrices, una ciencia que aliviaría la pesada carga que debían llevar las Torres. Ella volvió a hacer el gesto de bendición y se marchó.

En silencio, Damon montó en su caballo y todos ellos atravesaron los portales; Andrew cabalgando junto a Calista a la cabeza del grupo y después los criados, Guardias y portaestandartes. Al final cabalgaba Damon, con Ellemir a su lado. Él sentía que se le rompía el corazón. Tenía su felicidad, una felicidad que jamás se había imaginado. Pero esta felicidad había sido construida sobre las vidas de Leonie y de otros como ella, que habían mantenido vivo el conocimiento. «Cassilda, madre de los Dominios,

rezó, haz que nunca olvidemos, que nunca tomemos a la ligera ese sacrificio...»

Cabalgaba con la cabeza gacha, apenado, hasta que vio los ojos ensombrecidos de Ellemir, y supo que no debía seguir tan triste.

Durante toda su vida recordaría y se lamentaría, pero su dolor debía ser privado, casi un lujo secreto. Ahora debía volver el rostro con firmeza hacia el futuro.

Había trabajo por hacer. Trabajo que quizá fuera demasiado trivial para las Torres, pero importante: trabajos tales como curar el corazón de *Dom* Esteban, como salvar los pies y las manos de los hombres congelados. Y lo que era aún más importante, había que probar los límites de quienes podían recibir en realidad entrenamiento con las matrices. Calista, tal como se lo había prometido, ya había enseñado a Ferrika a monitorear. Era una discípula capaz y aprendería más cosas. Y en los años siguientes, habría otros.

Ellemir cambió de posición en la montura, y Damon le dijo con ansiedad:

—No debes fatigarte, amor mío. ¿De veras quieres montar ahora?

Ellemir se rió con alegría.

—Ferrika está esperando para dar la orden de que preparen la litera, pero por ahora prefiero cabalgar al sol.

Se adelantaron juntos, pasando junto a los criados, los animales de carga, hasta que llegaron junto a Calista y Andrew.

Cuando atravesaban el paso, Andrew echó un último vistazo al espaciopuerto terrano. Tal vez nunca volviera a verlo, pero sin duda los terranos estarían allí durante el resto de su vida. Tal vez la actitud de Valdir hacia los terranos fuera diferente, porque habría conocido bien a Andrew, no como un ajeno, un extraño, sino como a un hombre como todos, el esposo de su hermana.

Pero todo eso pertenecía al futuro. Desvió la vista del espaciopuerto sin volver a mirar atrás. Su mundo estaba ahora en otra parte.

Empezaron a descender, al otro lado del paso, y el espaciopuerto desapareció. Pero Calista pudo escuchar el sonido atronador de una de las

grandes naves, y se estremeció. La hacía pensar demasiado en los cambios que habían llegado a Darkover, en todos los cambios que vendrían, los conociera o no. Pero pensó que si ella misma había podido soportar todos los cambios del último año, sin duda podría enfrentar a los que vinieran después. Ella también tenía trabajo por hacer, junto con Damon, y también tenía que pensar en su hija.

A ella también la llaman sin desearla, a un mundo que tampoco ella desea, como yo...

Pero a sus hijos correspondería enfrentarse al mundo futuro. Todo lo que ella podía hacer era prepararlos, y tratar de construir un mundo mejor donde ellos pudieran vivir. Y ya había comenzado. Buscó la mano de Andrew, disfrutando de saber que podía hacerlo, sin necesidad de sentir que debía alejarse de él. Cuando Damon y Ellemir se reunieron con ellos, Calista sonrió. Cualquier cambio que sobreviniera, lo afrontarían juntos.

OceanofPDF.com

Notas

[1]Esta historia se relata en *La Espada Encantada* (*N. del E.*)

[2]Juego de palabras con funcionario (*civil servant*) y servidor (*servant*). (*N. del E.*)

[3]En castellano en el original (*N. de la T.*)

OceanofPDF.com